

Los Monfies

PRIMERA PARTE

Los amores de Yaye.

CAPITULO I.

EL EDICTO DEL SEÑOR EMPERADOR.

El día 30 de mayo del año de 1546, una inmensa multitud de gentes de todas clases y condiciones, llenaba en Granada la estrecha plazuela comprendida entre la Capilla Real, sepulcro de los Reyes Católicos, la Casa de la Ciudad y las desembocaduras de algunas callejas, que desde aquel punto conducen al Zacatín, á la plaza de Bib-al-Rambla, y á la parte alta de la ciudad.

Entre aquella multitud abundaban los pintorescos trajes de los moriscos, á los que se mezclaban los justillos y las calzas castellanas, y los coletos de ambar y los castoreños con plumas de los soldados de los tercios viejos del rey.

Notábase cierta cuidadosa ansiedad en los rostros de los moriscos y una insolencia punzante en los de los castellanos que se mezclaban con ellos; según todos los indicios y á juzgar por ciertas particularidades de que vamos á ocuparnos, debía prepararse algún acontecimiento importante.

Las particularidades que acabamos de indicar, eran las siguientes:

El gran bálcón de la Casa de la Ciudad, estaba cubierto por una rica colgadura de terciopelo carmesí con franja y rapacejos de oro, y en su centro se veía bordado en realce el blasón de las armas reales de España y Austria, sostenido por un águila de dos cabezas, coronada, y tendidas las alas; en el centro del bálcón y tendido sobre la balaustrada, se veía un pendón rojo de dos puntas, blasonada con las armas de los Reyes Católicos, pendón real que se había tremolado en la torre de la Vela de la Alcazaba de la real fortaleza de la Alhambra, el día de la entrega de Granada, que los Reyes Católicos habían dejado como una inapreciable prenda á la Ciudad, y cuya sola vista hacía palidecer los semblantes y arrasarse de lágrimas los ojos de los moriscos, á consecuencia de los tristísimos recuerdos que avivaba la vista de aquel pendón en su memoria.

Ultimamente, una compañía de albarderos, con su capitán Rodrigo de Monforte á la cabeza, formaba en cuatro filas delante de la puerta de la

Casa de la Ciudad, y á través de los soldados se veían en el extenso patio, cuyas galerías estaban entonces sostenidas por arcos y columnas árabes, los abigarrados colores de las dalmáticas de los reyes de armas de la Ciudad, los sombreretes de canal con pluma y los negros ferreuelos de los alguaciles, los escuderos del señor corregidor y de los señores veinticuatro ó regidores perpetuos, teniendo los caballos de sus señores del diestro, y por último, los timbaleros y trompeteros de la Ciudad á caballo.

Allá en un rincón podía verse también una persona de apariencia abyecta, vestida de negro, con la cabeza descubierta y aislada enteramente; una especie de mancha humana, con la que todos esquivaban ponerse en contacto; el último escalón descendente de la gradación social puesto en contacto con el verdugo.

Aquel hombre era el tío Gonzalvillo, pregonero jurado de la Ciudad.

Se trataba, pues, de un pregón.

Pero pregón que con tal solemnidad se preparaba, debía ser muy importante, y hé aquí la causa de la ansiedad de los moriscos, que todo lo temían de la mala fe que desde el momento después de la entrega de la ciudad de Granada, había usado con ellos la corona de Castilla, durante los reinados de los Reyes Católicos, de la reina doña Juana, su hija, y del emperador D. Carlos, su nieto.

A cada momento llegaban caballeros, vestidos con arneses de corte, ginetes en caballos encubertados de gala y rodeados de pajes y escuderos.

A las once del día oyóse por la calleja que conducía á la parte alta de la ciudad son de timbales, y poco después desembocaron los músicos de la Real Chancillería, y sus reyes de armas á caballo; luego el señor presi-

dente, en una mula, con sus hábitos de arcipreste; después, en otras tantas mulas, los señores oidores, los señores alcaldes de Casa y Corte, y por último, una nube de negros ministros de justicia, ginetes en rocines.

Aquella cabalgata atravesó por medio del apinado gentío, llegó á la puerta de la Casa de la Ciudad, apeáronse los señores de la Chancillería, y entraron por medio de la compañía de alabarderos, que se abrió, quedando fuera la cómitiva, y se entraron en la sala capitular, cuya puerta estaba situada al fondo del patio: la multitud, comprimida por aquel cuerpo extraño que se le había incrustado, y apretada más y más por los nuevos curiosos que llegaban, no cabía ya en la plazuela y empezaba á rebosar por las tres callejas que á ella conducían; á las once y media la multitud tuvo que estrecharse más; por la parte del Zacatín se había escuchado de repente bélico son de clarines y atambores que batían marcha; una compañía de arcabuceros había entrado haciendo plaza, y en pos de ella, precedido por ginetes, el alférez mayor del reino y corte de Granada, llevando el estandarte real; luego el escudero del capitán general Don Luis, Hurtado de Mendoza, marqués de Mondéjar, llevando su adarga; después los lacayos, palafreneros y demás servidumbre del marqués, vestidos de gala; por último, entre una nube de caballeros, capitanes y alféreces, el mismo capitán general sobre un caballo ricamente encubertado, con una banda roja bordada de oro sobre su arnés de corte, el bastón de mando en la diestra, llevando en la cabeza en vez del yelmo, como en señal de paz y confianza, un bonete de grana; seguíanle, empero, como muestra de que iba preparado á todo, cuatro escuderos, el uno de los cuales llevaba desnuda su ancha espada de combate, otro su yelmo de

encaje, otro su lanza de Milán, y otro su viejo escudo de guerra, que, aunque limpio y bruñido, se mostraba honrosamente abollado y remendado, señal clara de que había defendido á su dueño en más de una recia batalla; iban en pos los restantes servidores del marqués, y por último una compañía de piqueros.

Es de advertir que el ayuntamiento había dejado la posesión entera de la plazuela al pueblo; pero que, la Chancillería le había robado un buen espacio; que el capitán general había acabado de comprimirle, y que solo faltaba el Santo Oficio de la General Inquisición para desalojarle enteramente de ella.

El Santo Oficio no tardó en llegar con sus timbales, sus alguaciles, su pendón verde con la cruz dominica, sus inquisidores sombríos y hoscós, montados en mulas, sus familiares, y, por último sus soldados de la Fe.

El pueblo se vió obligado á extenderse fuera totalmente de la plazuela, rellenando las tres calles inmediatas: así pues el ayuntamiento, la Chancillería, el capitán general y la Inquisición, con sus ginetes y pendones, estaban sitiados, como acuñados, por un pueblo inmenso.

Pero aquel pueblo estaba vencido y desarmado, y á pesar de que comprendía que todo aquel aparato era para imponerle nuevas condiciones, para romper más y más las honrosas capitulaciones de la conquista de Granada, cada uno de aquellos moriscos callaba, y temblaba de ansiedad y aun de miedo.

Dieron gravemente las doce en el cercano reloj de la Capilla Real; aun duraba la vibración de la última campanada, cuando se escuchó alto alarido de clarinés y atronante redoblar de timbales y atambores; poco después la multitud que henchía la calleja que comunicaba con el Zacatín, fué

empujada y se puso lentamente en marcha; sucesivamente fueron saliendo de la plazuela los maceros y timbaleros del ayuntamiento; el pendón de la Ciudad, los regidores; el corregidor y los alguaciles; luego la Chancillería; después el capitán general, por último la Inquisición, y tras ella las tres compañías de alabarderos, arcabuceros y piqueros; la multitud que llenaba las otras dos calles se mezcló en la plazuela como dos ríos que confluyen en un punto y siguió lenta y tristemente aquella procesión, cuyos timbales y trompetas atronaban el espacio.

Las tiendas de los mercaderes moriscos del Zacatín se habían cerrado: las ventanas de los primeros pisos estaban engalanadas con tapices, como en honor del pendón real, del pendón de la Fe y del pendón de la Ciudad que pasaban debajo de ellas; pero en aquellas ventanas, aunque no estaban cerradas, no había una sola persona: la multitud estaba en la calle precediendo y siguiendo á las cuatro corporaciones que tan solemnemente atravesaban la Ciudad.

Al fin los primeros timbaleros desembocaron en la Plaza Nueva; esta plaza estaba llena ya de moriscos, cuyo número se aumentaba incesantemente con el interminable cordón de ellos que avanzaba por la calle de Elvira y por los que descendían por las avenidas del Zenete, de la Antequeriuela y de la Carrera de Darro.

En medio de la plaza y delante del sitio donde algunos años después se construyó el palacio de la Chancillería, estaba levantado un extenso tablado; cuando llegaron á él subieron por la gradería los tres alféreces del rey, de la Ciudad y de la Inquisición: el corregidor, el capitán general, el inquisidor mayor y el presidente de la Chancillería; subieron, además, un secretario del ayuntamiento, que lle-

vaba un rollo de pergamino rodado (es decir, con un sello de plomo, pendiente de hilos de seda), y el pregonero.

Entonces los trompeteros de la Ciudad dejaron escuchar por tres veces el largo y ronco son de sus clarines, después de lo cual y en medio de un silencio que habría hecho creer al que aquello hubiese visto de repente, que todos aquellos hombres que llenaban la extensa plaza no eran otra cosa que fantasmas, se oyó la extensa y sonora voz que había valido al tío Gonzalvillo su oficio de pregonero, que repetía estas palabras que le apuntaba en voz baja el secretario de la Ciudad:

«¡Oid! ¡oid! ¡oid!»

Después de esto, Gonzalvillo hizo una pausa. Luego continuó:

«Don Carlos, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de León...

Suprimimos en gracia á la paciencia de nuestros lectores, los largos dictados del emperador don Carlos, y la forma cancelleresca del edicto, que tras dichos dictados, pregonó Gonzalvillo; pero vamos á decir cuales eran los capítulos del edicto, á la enunciación de cada uno de los cuales se aumentaba, por decirlo así, el silencio, y como que parecía que se sentían latir en medio de aquel silencio pavoroso, y como si hubieran sido un solo corazón, los corazones de los moriscos.

El edicto, aprobado y firmado en 1530 por el emperador don Carlos, que á pesar de esto no se había promulgado solemnemente, por no haberse creído oportuno exasperar á los moriscos, era en sustancia lo siguiente:

El emperador, reconociendo las buenas y justas razones que le había expuesto su consejo, decía á sus buenos vasallos, los moriscos del reino de Granada que: «Habiéndose reunido

los años pasados doctos y justos varones, cuyos nombres se citaban largamente, y habiendo estos varones visto y examinado los capítulos y condiciones de las paces que se concedieron á los moros cuando se rindieron, el asiento que tomó de nuevo con ellos el arzobispo de Toledo (1), cuando se convirtieron, y las cédulas y provisiones de los Reyes Católicos, juntamente con las relaciones y pareceres de hombres graves, y visto todo hallaron: que mientras se vistiesen y hablasen como moros, conservarían la memoria de su secta y no serían buenos cristianos, y en quitárselos no se les hacía agravio, antes era hacerles buena obra, pues lo profesaban y decían, se les mandaba dejar su lengua para siempre jamás, y no hablar sino en castellano; que no fuesen válidas las escrituras ni tratos que se hiciesen en lengua arábiga; que dejasen de usar su antiguo traje y usasen el castellano; que abandonasen la costumbre de sus baños; que tuviesen las puertas de sus casas abiertas los días de fiesta y días de viernes y sábado; que no usasen las leilas y zambras á la morisca; que no se tiñesen las mujeres las uñas de las manos y de los pies; que no usasen perfumes en los cabellos; que fuesen por la calle con los rostros descubiertos como las castellanas; que en los desposorios y casamientos no usasen ceremonias moriscas, sino que se hiciese todo con arreglo á los preceptos de la Iglesia Católica; que el día de la boda tuviesen la casa abierta; que oyesen misa; que no tuviesen consigo niños expósitos; que no usasen de sobrenombre, y últimamente, que no tuviesen consigo berberiscos libres ni cautivos.»

Este edicto acababa de anular las capitulaciones de la conquista de Granada, ya en años anteriores harto

(1) Este arzobispo era el cardenal don Fray Francisco Jiménez de Cisneros.

bastardeadas: los moriscos se encontraban reducidos á la condición de un pueblo que se hubiese rendido á discreción.

La fe de la palabra y de la firma real de los Reyes Católicos, ya lastimada en su tiempo, acababa de ser rota por sus sucesores.

Pero ni un murmullo de disgusto se levantó entre aquellos pobres vencidos, tenían miedo: ya habían probado dos veces la insurrección en la Ajarquía y en las Guájaras, y estas dos insurrecciones habían sido vencidas, y durísimamente castigadas á sangre: estaban enteramente dominados, desarmados, y sin embargo, la cólera rugía en cada uno de sus corazones, y el ansia de morir matando á sus aborrecidos opresores, les dominaba.

Pero, como hemos dicho, fuese por el estupor primero que sobrecoge á un pueblo cuando siente sobre sí el golpe audaz del látigo del despotismo, fuese por desaliento, fuese por previsión, ni un murmullo, ni una señal de disgusto se dejó notar entre las turbas.

Acabado el pregón del edicto en la Plaza Nueva, la misma comitiva, en la misma solemne forma, se dirigió al Albaicín y empezó á trepar por sus pendientes y estrechas calles, hasta llegar á la Plaza Larga, donde había otro tablado.

Allí, también, en medio de un gentío inmenso, se pregonó el edicto, y concluido que fué el pregón, la cabalgata se encaminó á la parte baja de la ciudad.

Ni un solo castellano quedó en el Albaicín: todos eran moriscos.

Al retirarse las cuatro corporaciones de la Plaza Nueva, la multitud se había dispersado, retirándose cada uno de los moriscos, triste, cabizbajo y pensativo á su casa. Pero no aconteció lo mismo en la Plaza Larga: en vez de dispersarse el gentío, se es-

trechaba más: empezaba á escucharse un murmullo sordo y amenazador: pero aún no se había proferido un solo grito, no había tenido lugar ni una sola señal sediciosa.

De repente, un joven como de veinte y cuatro años, de continente gallardo, y de apariencia robusta, de rostro enérgico y hermoso, y, aunque vestía completamente como los hidalgos castellanos, morisco, sin duda, á juzgar por la expresión letal y la mirada amenazadora con que había escuchado, desde el dintel de una botica, el pregón de los capítulos del edicto, se volvió bruscamente hacia dentro, y abandonando á un anciano que le acompañaba, y que, por el contrario que el joven, había escuchado el pregón con semblante impassible, empujó rudamente la puerta de la celosía de la tienda, la atravesó fuera de sí, y salvando á saltos unas escaleras, atravesó una habitación, abrió una ventana que daba á la plaza, y avanzando por ella el cuerpo, gritó:

—¡A las armas contra los cristianos! ¡á barrear las calles que bajan á la ciudad! ¡á morir ó á exterminar á nuestros enemigos!

La voz del joven excitado por la cólera, era tonante, extensa, poderosa, como la voz de la tempestad.

Su grito de guerra retumbó claro y distinto por cima de los murmullos de la multitud, en los ángulos más distantes de la plaza.

Aumentóse el murmullo y la agitación; pero ni un solo hombre se movió, ni una sola voz contestó á la voz del joven tribuno.

—¡Cobardes! gritó el joven, irritado por el poco efecto que habían hecho sus palabras en los moriscos, ¡se os sentencia á la pobreza, á la esclavitud y á la deshonra, y lo sufrís como sufre el perro el látigo de su señor!

—¡Cobardes no! gritó otra voz no menos tonante que la del joven, desde

el centro de la multitud: ¡cobardes no! ¡desarmados!

Y aquella voz tenía una entonación de dolor generoso, de desesperación, de rabia, todo junto á la vez.

—¡Que no tenemos armas! exclamó con una feroz energía el joven de la ventana, clavando su mirada de águila en el que le había contestado y reconociéndole. ¿Y eres tú, Farax-aben-Farax el valiente, el descendiente de cien reyes, el que exclamas como una débil mujer: ¡no tenemos armas!— ¿acaso porque no ves la infamia delante de tus ojos, no ves las piedras que tienes delante de los piés? ¿y cuando aun estas mismas piedras nos faltaran, no es preferible morir antes que ver á nuestros pequeñuelos separados de sus madres, á vuestras doncellas afrentadas por el cristiano, á nuestros viejos cubiertos de vergüenza de haber llegado á tan ruines tiempos?

—¡A las armas! ¡á barrear las calles! exclamó la multitud, excitada por el entusiasta y enérgico apóstrofe del joven: ¡á morir ó matar!

Y los moriscos empezaron á revolverse y sin saberse de donde habían salido, empezaron á verse arcabuces, picas y espadas entre la multitud.

Era inminente una insurrección: todas las bocas gritaban; todas las manos se agitaban; algunos cargaban los arcabuces y soplaban las mechas para hacer salva, como en señal de levantamiento.

Entonces apareció en la misma ventana en donde el joven con la voz y los ademanes seguía excitando al pueblo, apareció, decimos, un viejo venerable, de larga barba blanca, vestido á la castellana; el mismo que hemos dicho acompañaba al joven durante el pregón en la puerta de la botica.

Una ansiedad mortal se mostraba en su semblante, antes indiferente, y con sus trémulas manos agitaba un bonete encarnado, de que se había

despojado, dejando descubiertos sus largos cabellos blancos como plata.

La toca del bonete ondeaba, y á todas luces se comprendía que el anciano deseaba que se restableciera el silencio para poder ser escuchado: sus señas se vieron, comprendióse su deseo y mucho respeto, mucho amor debía inspirar aquel venerable viejo á los moriscos, porque los gritos cesaron y los que estaban á punto de salir de la plaza se detuvieron.

—¿Me conocéis aun, hijos míos? exclamó el anciano con voz trémula y conmovida: ¿me conocéis aun, bajo estas ropas castellanas?

—¡Sí! ¡sí! ¡sí!

—Tú eres el justo, el bueno, el santo faquí de la gran mezquita, exclamó el llamado Farax-aben-Farax: tú eres nuestro amado Abd-el-Gewar; habla anciano tus hijos te escuchan.

—¿Qué vais á hacer? exclamó el faquí: ¿no veis la ciudad llena de soldados? ¿no habeis visto la espantable artillería que para causaros terror ha llevado delante de vosotros á la Alhambra el capitán general? ¿no habeis visto hace un momento reunidos el ayuntamiento, la Chancillería, la milicia y la Inquisición? ¿para qué se han dejado ver tantas gentes con tanta pompa, con tanto estruendo, sino para daros á entender que estan resueltas á cumplir aunque para ello necesiten exterminaros, el cruel edicto del emperador?

El anciano, fatigado por el violento esfuerzo que había hecho para dejarse oír de la multitud, se detuvo un momento; los que ocupaban la plaza tenían fijos en él sus ojos, y el silencio, más profundo aun que al principio, continuaba: el joven morisco que poco antes había incitado al pueblo á la insurrección desde la ventana, se veía tras el anciano, de pie, con los brazos cruzados y el semblante sombrío.

—¡Acordáos! continuó el anciano faquí: ¡acordáos los que ya tenéis canas, cuando en el año 99, el alguacil Velasco de Barrionuevo, osó entrar en la casa de un *elche* (1) y sacar á su hija doncella para llevarla á bautizar á la fuerza! ¡acordáos de que, á los gritos de aquella desdichada, iritados nuestros hermanos salieron á la plaza de Bib-al-bolut, salvaron la doncella y mataron al alguacil el Albaicín y mataron al alguacil el Albaicín se levantó, la adarga que don Inigo López de Mendoza nos enviaba en señal de paz fué apedreada; el arzobispo de Toledo que había venido á convertirnos, cercado en su casa: durante tres días defendimos las calles que suben de la ciudad, como desesperados ¿y qué sucedió? solos, sin más amparo que nuestro valor, combatidos por todas partes, fuimos vencidos, nos vimos obligados á besar de nuevo los pies del vencedor y á pedirle gracia; sin embargo, más de quinientas familias fueron castigadas: vimos los pequeñuelos arrancados del pecho de sus madres; el padre anciano separado del hijo robusto; las doncellas, con los rostros descubiertos y los cabellos tendidos, entre la brutal soldadesca; los que habían matado al infame alguacil, ahorcados; otros llevados al interior de las Castillas, vendidos como esclavos; los demás aterrados, gimiendo nuestro dolor y nuestra vergüenza bajo el altivo perdón de los castellanos. ¿Y queréis que hoy volvamos á probar tales afrentas? ¿queréis que hoy también seamos vencidos, despeçados, y que nuestros pequeñuelos y nuestras doncellas nos sean arrebatadas por el vencedor?

—Es que ese edicto nos los arrebató, santo faquí, exclamó Farax aben-Farax.

(1) Llamaban los moros de Granada *Elches* á los descendientes de cristianos renegados que habiéndose hecho moros, vivían entre ellos.

—Ese edicto no se cumplirá, dijo Abd-el-Gewar; no se cumplirá, porque aun tenemos oro con que saclar la codicia de los ministros del rey: mientras tengamos oro, ahorremos sangre: cuando seamos pobres, cuando todo nos lo hayan robado, entonces, hijos míos, yo; delante de vosotros, iré á hacerme matar por los castellanos.

Un murmullo de amor interrumpió al faquí.

—Ahora, hijos míos, á vuestras casas: mostráos en ellas como si nada hubiera acontecido: esta noche á la oración de Alajá (1) los xeques (2) del Albaicín, casa del Habaquí, en San Cristóbal.

El anciano hizo con su toca un ademán de imperio y se quitó de la ventañá.

—¡Oro! ¡siempre oro! dijo el jóven que le acompañaba, siguiéndole. ¿Para cuándo guardamos el hierro?

CAPITULO II.

DE CÓMO UN HOMBRE PUEDE AMAR POR CARIDAD Á UNA MUJER, Y DE CÓMO, Á VECES, PUEDE PARECER LA CARIDAD AMOR.

Ningún pueblo como el pueblo árabe, y como su descendiente el moro, ha llegado á la belleza de las formas, al refinamiento del gusto, á lo voluptuoso de los contrastes; en lo referente á la construcción de sus habitaciones.

La casa de un moro, por pobre que este fuese, era ya una casa bella; porque lo bello estaba y está en el carácter de su arquitectura: la vivienda de un moro rico era ya un verdadero alcázar en cuya construcción, en cuyo aspecto, se notaban unidos, enlazados, la religión y el amor; si hay mucho de voluptuoso, de lascivo en los arcos calados, en los triples transpa-

(1) Después de oscurecer.

(2) Ancianos, jefes de tribu.

rentes, en la media luz que por estos arcos y transparentes penetra en las cámaras; en las labores doradas sobre fondos esmaltados, en los brillantes mosaicos, en las fuentes que murmuraban sobre pavimentos de marmol, habia también en todo aquello mucho de místico, considerado el misticismo desde el punto de vista de las creencias musulmanas.

Visitad los restos de la Alhambra: cualquiera de sus admirables cámaras, ya sea la de Embajadores, ya la de los Abencerrajes, ya la de las Dos Hermanas; ya vagueis entre los arcos del patio de los Leones, ya bajo las cúpulas de la sala de Justicia, cualquiera de aquellos admirables restos, repetimos, si teneis ojos para ver y corazón para sentir, os trasladarán á otros tiempos y á otras gentes; os harán aspirar en cada retrete el sentimiento del amor y de la religión de los musulmanes; os explicarán cómo aquel pueblo pudo llenar una página tan brillante en el interminable libro que ha escrito, escribe y sigue escribiendo la humanidad: son á un tiempo poesías eróticas y salmos sagrados; cantos de guerra y sueños de molicie; la espada del Islan, el libro de la ley y el velo de oro de la hermosa odalisca, todo junto, todo confundido: la materia y el espíritu, la luz y la sombra, y sobre todo esto lo romancesco, lo ideal, lo bello, lo sublime.

En uno de esos admirables retretes árabes, cuyo recuerdo nos ha inspirado la anterior digresión, recostado en un diván, profundamente pensativo, con los elocuentes ojos negros como fijos en la inmensidad, á la luz de una lámpara que ardía sobre una pequeña y preciosa mesa de mosaico, y sirviendo, en fin, de complemento por su magnífica y característica hermosura á la bellísima estancia en que se encontraba, estaba el mismo jóven

que aquella mañana había excitado á los moriscos del Albaicín á la insurrección en la Plaza Larga después de pregonado el edicto del emperador.

Observando detenidamente á aquel jóven, se notaba en él un no se qué misterioso, algo de grande que tenía muchos puntos de comparación con lo que se llama grandeza en los reyes; algo de valiente, pero con esa valentía generosa de los héroes: mucho de firme, de indomable, de audaz en su carácter: parecía que sobre aquella frente se agolpaban como un grupo de rojas nubes grandes destinos, una altísima misión que cumplir, una grande empresa que llevar á cabo.

Aquel jóven por su expresión reflexiva parecía ya viejo.

Pero un viejo con ojos brillantes, con cabellos brillantes, lleno de la enérgica vida de la juventud, bajo cuya ancha frente se adivinaban atrevidos pensamientos, bajo cuya piel densa, blanca y mate, se adivinaba la circulación de lava en vez de sangre.

Aquel joven era uno de esos seres que se hacen notables á primera vista.

Uno de esos seres de quienes se dice: ese es un hombre de corazón.

Uno de esos seres que han nacido para dominar, y que inspiran á las mujeres un amor profundo, una necesidad de convertirse en sus esclavas: que son objeto, en fin, de ese sublime sentimiento que jamás comprenderá el hombre, porque es incapaz de sentirlo: la abnegación de la mujer.

Porque la mujer no ama con el amor de la abnegación más que lo esencialmente bello, grande, fuerte, poderoso.

Este jóven, en medio de su distracción, tenía en sus manos un ramito de madreselva.

Aquel pobre ramo había sido la causa de la abstracción del jóven.

Aquel ramo era una prenda de amor de una mujer.

Entre los árabes y los moros, las flores, las hojas de los árboles, las yerbas, las cintas de colores, son otras tantas frases de un diccionario con cuyo auxilio solo se comprende su dulcísimo lenguaje:

El del amor.

O un lenguaje triste, desesperado, cáustico, provocador:

El de los celos.

O un lenguaje terrible, implacable, feroz:

El de la venganza.

Pero siempre que las flores hablan no pueden referirse á otras pasiones que las que nacen del amor.

El hablar por medio de las flores es peculiar entre los musulmanes á las mujeres, y la mujer toda es amor, ó celos ó venganza: de cualquier manera que la consideréis, la mujer es toda corazón.

¿Sabéis lo que quiere decir entre los orientales, en ese lenguaje inventado por la mujer para expresar sus afectos, un pobre ramo de madreSelva?

Significa: lazo de amor.

¡Lazo de amor! ¡frase terrible bajo su dulzura! ¡frase á la que van unidas todas las consecuencias que pueden emanar de la unión entre un hombre y una mujer!

Es decir: un mundo de pasiones.

El jóven de quien nos ocupamos, había visto caer de una celosía vecina aquel ramo de madreSelva.

La mano que había arrojado aquel ramo era tan hermosa, que por ella sola se concebía que la mujer poseedora de aquella mano debía ser un prodigio de hermosura y de pureza.

La magnífica ajorca de oro y diamantes que descansaba en el nacimiento de aquella mano, demostraba que aquella mujer debía pertenecer á

una familia, no solo riquísima, sino poderosa entre los moriscos.

El jóven había tomado el ramo de madreSelva y le había puesto sobre su corazón, en un herrete de su justillo.

Después había mirado á la celosía y había sonreído lánguida y tristemente.

Hasta que llegó á la inmediata puerta de su casa, la hermosa mano permaneció asomada por bajo de la celosía, como demostrando la presencia de su dueño, y la rica ajorca lanzando fulgidos destellos, herida por los postreros rayos del sol poniente.

Cuando el jóven llegó á la puerta de su casa y le abrieron, saludó con un ademán lleno de gracia y de benevolencia á su hermosa vecina, cuya mano le saludó á su vez. Luego cuando el jóven hubo entrado y cerrado su puerta, la mano se retiró lentamente, como con dolor, y luego se escuchó el leve ruido de una ventana que se cerraba en silencio.

Acaso en aquel mismo punto se escuchó un gemido de las brisas de la tarde.

Acaso el suspiro de una mujer.

El ramo de madreSelva había venido á causar al jóven una impresión que se unió inmediatamente á la profunda impresión que le había causado el edicto del emperador.

«¿Quién piensa en unir su destino al de una mujer, cuando la patria necesita todo nuestro corazón, toda nuestra alma, toda nuestra fuerza, toda nuestra sangre?»

Este fué el primer pensamiento que inspiró al jóven el ramo de madreSelva.

Tras aquel pensamiento se enlazaron natural, necesaria y lógicamente otros.

«Ella me ama, dijo, es hermosa, es pura: mis miradas son su luz, mis pa-

labras su esperanza, mi amor su vida; pero el amor es una debilidad: el amor acaba por apoderarse de nosotros: el amor hace pequeño al hombre porque le esclaviza, y un esclavo no puede ser grande.»

«Yo no quiero ser esclavo.»

«Y luego, esa mujer es enemiga de mi patria, es cristiana de corazón; es la hija de un renegado: yo no puedo ser esposo de esa mujer.»

El joven se equivocaba, se engañaba: mejor dicho, pugnaba por engañarse.

La verdad era, que sus creencias le separaban de su hermosa vecina, y que á pesar de esto ni aún en su conciencia quería hacerla la ofensa de desdeñarla como mujer, y como mujer enamorada.

La verdad del caso era que había de por medio fanatismos y pasiones humanas que impedían á nuestro joven pensar en el amor de aquella mujer.

Ella no se había parado á meditar si había alguna razón que la separase del joven.

La bastaba con saber que le amaba.

Porque la razón suprema de la mujer es el amor.

Necesario es que determinemos nuestro relato para ocuparnos de estos dos jóvenes.

Los dos eran moriscos. Pero existían entre ellos notables diferencias.

El se llamaba entre los cristianos Juan de Andrade, entre los moros Yaye.

Ella se llamaba Isabel de Córdoba y de Valor, y no tenía sobrenombre árabe porque en la época de su nacimiento, hacia ya muchos años que su familia era cristiana y estaba ennoblecida y honrada por los reyes de Castilla.

Sin embargo, sus ascendientes tenían un nobilísimo sobrenombre:

Se llamaban los Beni-Omeyas.

Es decir, los hijos de Omeya, los descendientes de la dinastía Omniada, de los califas de Córdoba.

Isabel, pues, era una doncella de sangre real.

Sus padres habían muerto, y estaba bajo la tutela de dos hermanos: don Diego y don Fernando, llamado entre los moriscos por sobrenombre Al-Zaquir, ó el Zaquer (el pequeño, el secundón).

Juan de Andrade ó Yaye, como mejor queramos, era también cristiano, pero cristiano como lo eran en aquel tiempo la mayor parte de los moriscos de Granada: convertido á la fuerza, por temor á las prescripciones del vencedor y á la implacable dureza con que eran tratados por los cristianos los moriscos que resistían la conversión.

Yaye, pues, era cristiano en el nombre y en la práctica exterior, y en el fondo de su alma musulmana, y musulmán fanático.

Isabel de Córdoba, por el contrario, era cristiana, enteramente cristiana, llena de fe y de entusiasmo por la religión del Crucificado, con esa caridad angelical, madre de todas las virtudes, con esa dulce y poética piedad de la mujer, que es toda amor.

Había, pues, más de una discordancia esencial entre estos jóvenes.

Yaye, impulsado por su ciego y severo fanatismo musulmán, llamaba como á otros muchos moriscos á los Valor, la familia de los renegados.

Isabel, por lo tanto, tenía para el joven sobre su pura y noble frente este fatal estigma religioso.

Existían aún otras gravísimas circunstancias que separaban á Yaye de Isabel.

Yaye no conocía á sus padres, pero el anciano Abd-el-Gewar, que le había educado desde la infancia, le había revelado al tener uso de razón

que era hijo de un rey, y descendiente de reyes. Yaye había querido saber el nombre del rey su padre y el nombre de su reino; pero su anciano ayo le había declarado que hasta que tuviera veinte y cuatro años no conocería á su padre, y aún cuando el joven le rogó y le suplicó se mantuvo inflexible.

Preguntóle Yaye que por qué razón se le criaba como cristiano entre los cristianos, y Abd-el-Gewar guardó también acerca de este punto un profundo silencio, pero procuró hacer del joven príncipe, y lo hizo, un hombre honrado, de pensamiento puro, engrandecido en el alma, severo en materias de moral, y rígido en las costumbres; pero sobre estas buenas cualidades, tenía Yaye algunas muy malas: el disimulo más refinado, la intención más profunda, y el orgullo inherente al conocimiento de su alto origen: esto era resultado del doble papel que se veía obligado á representar: cristiano severo en la forma exterior, era, como hemos dicho, musulmán y musulmán ascético en el fondo de su alma.

Yaye no comprendía el amor, ni las debilidades, ni la compasión en su forma externa: era rígido como una coraza de Damasco. No tenía más creencias, no conocía otros objetos á quienes rendir adoración que al Altísimo, con arreglo á las prescripciones del Koran, y á la patria, á la manera que siente por la patria todo el que está dispuesto á perecer por ella.

Los enemigos de su Dios eran sus enemigos: los enemigos de su Dios eran los enemigos de su patria.

Bajo este doble concepto Yaye era enemigo, y enemigo irreconciliable de la pobre Isabel.

Uno de los más incomprensibles misterios de nuestra alma consiste en

que á veces amamos sin saberlo, á un ser á quien creemos aborrecer.

Este amor misterioso que germina dentro de nosotros, que se desarrolla y al fin se hace sentir, lastimándonos como una polilla, como una carcoma roedora, se demuestra primero en un recuerdo tenaz que no podemos desechár, en un sentimiento vago, con el cual luchamos con todas nuestras fuerzas hasta que caemos vencidos: en un malestar interno, semejante al roce del remordimiento en el fondo de la conciencia.

En nosotros existen dos principios que generalmente están en pugna: la naturaleza y las costumbres, que son una segunda naturaleza, una naturaleza artificial.

Yaye había sido educado de una manera doble: cristiano por fuera, musulmán por dentro: desde su infancia había vestido el traje castellano, desde su adolescencia, el anciano Abd-el-Gewar, le había llevado á las aulas de Salamanca, donde cosa extraña! había aprendido humanidades, teología y cánones: al mismo tiempo y esta era también otra doble faz de su educación, se había ejercitado en la equitación y el manejo de las armas; además, el anciano faquí le había instruido en todos los puntos dogmáticos del Koran, atacando de paso á la teología cristiana, en todos los puntos en que está en discordancia con la alcoránica, como quien durante tantos años había sido gran faquí y sabio expositor del Koran, en la gran mezquita del Albaicín.

Yaye, pues, á los diez y ocho años, y considerado desde los puntos de vista de la ciencia y de la destreza ó del valor, podía haber sido indistintamente canónigo, ó faquí, ó capitán de soldados.

Acaso en las ocultas razones que había tenido Abd-el-Gewar para educarle de tal modo se contaba con la

necesidad que pudiese tener alguna vez de ser cualquiera de estas tres cosas.

Pero lo que hay de más extraño en esto es, que á pesar de lo opuesto de estas enseñanzas, la inteligencia del jóven no se embrolló, ni su trato con los cristianos, ni sus estudios canónicos, destruyeron una sola de sus creencias musulmanas.

Esto consistía en que la influencia de Abd-el-Gewar era, respecto á él, infinitamente más fuerte que la de los maestros de Salamanca; en que cada vacación, después del año escolar, cuando la mayoría de los sopistas se extendía por toda España en busca de recursos para subsistir durante otro año de estudios, de una manera algo más cómoda que la dependencia de la sopa de los conventos, Yaye era llevado por Abd-el-Gewar á las Alpujarras ó á Granada, donde le hacía aspirar un odio irreconciliable contra los cristianos, á la vista de la dureza, de los excesos y aun de las infamias, de que eran víctimas los moriscos. Yaye se irritaba, y esta irritación sorda, esta gota de hiel que la presión de la tiranía, de la intolerancia, del fanatismo, de la soberbia del vencedor, deja caer incesantemente sobre el corazón de los vencidos, iba acrecentando su ódio hacia los cristianos y preparándole á ser algún día uno de sus más terribles enemigos.

Ya hemos visto que, lleno el vaso del sufrimiento del jóven con el pregon del edicto del emperador, su primera palabra había sido un grito de insurrección.

Aún no era tiempo y Abd-el-Gewar supo contener al pueblo, supo cambiar el oro por la sangre; supo inspirarles alguna esperanza y con ella alguna paciencia.

Desde que salió de la Plaza Larga con el jóven, había estado vagando

con él por las cercanas cumbres del cerro del Aceituno y de Santa Elena, y durante un largo paseo por lugares en donde no podían ser escuchados sino por los lagartos y por los grillos, le había preparado á cercanos acontecimientos que debían fijar irrevocablemente su porvenir: le había anunciado que iba por fin á conocer á su padre y á su reino; le había hablado de proyectos de emancipación para el pueblo moro-español, cuando llegase el probablemente próximo caso de que España, fatigada por el mismo peso de su grandeza, empezase á fraccionarse; habíale, en fin, hecho oír estas sentenciosas y magníficas palabras:

—Ten presente, hijo mío, que el hombre que es verdaderamente virtuoso no vive para sí mismo sino para los demás: ten en cuenta que dentro de poco descansarán sobre tus hombros los destinos de un pueblo que es muy desgraciado: que tú no serás un hombre, sino una esperanza: que en fin, ese pueblo tendrá fijos en tí los ojos para execrarte ó para bendecirte.

Después de estas palabras que fueron pronunciadas por el anciano cerca de la puerta de Fajalauza, entraron en el Albaicín: el sol descendía: Abd-el-Gewar se dirigió á la cita que tenía en casa del Habaquí con los xequés del Albaicín, y Yaye se encaminó, pensativo y engrandecido por las palabras de su anciano mentor, á su casa, situada en la calle del Zenete.

Casi junto á su puerta, al pasar bajo los miradores de la casa de don Fernando de Córdoba y de Valor, su vecino, cayó á sus piés el ramito de madreSelva; cuando después de recogerlo alzó los ojos, vió la hermosa mano de Isabel.

Entonces sintió una impresión dolorosa, como la de quien, marchando confiado por un camino en que no espera encontrar obstáculos, se lastima

el pie al tropezar con un objeto durísimo.

Aquel duro objeto era, Isabel, la hija del renegado, la doncella cristiana.

¡Y aquella mujer le arrojaba una prenda que representaba un lazo de amor!

Yaye, sin embargo, como hemos visto, había saludado triste y lánguidamente á la doncella.

¿En qué consistía esta dulce expresión tratándose de un enemigo?

Es que aquel enemigo era una mujer y una mujer enamorada, y Yaye creía sentir hacia ella un impulso de caridad.

Entre otras prevenciones, había hecho Abd-el-Gewar al jóven la de que aquella noche á las doce estuviese dispuesto á montar á caballo y partir con él á las Alpujarras.

Yaye había preparado sus ropas moriscas, su jaco damasquino, su yatagán, su lanza de dos hierros y sus pistoletes: había bajado al jardín, y al extremo de él había entrado en las caballerizas.

Como buen jinete había observado cuidadosamente el estado de los caballos, y había revistado las monturas.

Al salir reparó que, en una galería, sobre otro jardín que solo estaba separado del suyo por una tapia, como solo lo estaba aquella galería de la de sus habitaciones por un tabique, apoyada en su labrada balaustrada de alerce, había una mujer.

Aquella mujer era Isabel de Valor. La amante enemiga de Yaye.

Yaye llevaba aún en su justillo, sobre su corazón, el ramito de madre-selva.

Al ver esta prenda de su amor sobre el pecho de su amado, la pobre niña sonrió como deben sonreír los ángeles en presencia de Dios.

Aquella sonrisa que era equivalen-

te á un encantador saludo, obligó al jóven á detenerse y á hablarla.

Pero se detuvo de mala gana, y como cuando hacemos las cosas á la fuerza somos poco espontáneos, necesitó buscar un medio cualquiera para dirigirla la palabra.

—Estáis pálida, Isabel, la dijo: ¿estáis enferma?

Estas palabras que tenían el acento de una tierna solicitud, hicieron sonreír de nuevo á la jóven de una manera mucho más expresiva.

¿Sabéis lo que es á veces la sonrisa de una mujer?

A veces reemplaza á los ojos, y es más elocuente que ellos: á veces toda el alma de una mujer, con sus delicados perfumes, por decirlo así, se exhala por los labios convertida en una sonrisa.

—Soy muy desgraciada, dijo tristemente la jóven.

Y sus ojos se llenaron de lágrimas, y su hermosa boca antes tan dulce, se contrajo en una expresión de dolor.

—¡Desgraciada! exclamó Yaye, no sabiendo qué contestar.

—Sí, sí, muy desgraciada, pero todo lo espero en vos, todo; y cuando os veo, se alienta mi esperanza y soy muy feliz.

—¿Que lo esperáis todo de mí?

—Sí, todo; no puedo por ahora decir os más, pero esta noche...

Un vivísimo rubor cubrió el rostro de la jóven que al fin continuó, haciendo un esfuerzo:

—Esta noche os espero.

—¡Que me esperáis!

—Sí; tomad la llave del postigo del jardín y esperad para venir á que yo cante en la habitación inmediata á la vuestra: adios.

Y la jóven, saludando con los ojos y con la sonrisa, pero con una sonrisa triste y casi fatal á Yaye, arrojó una llave al jardín, y huyó, desapareciendo como una hada entre los

arcos festoneados del interior de la galería.

—El amor es la pasión impura de Satanás, dijo Yaye recogiendo la llave: los hombres que confían su honor á un ser tan débil como la mujer; son unos insensatos.

Yaye, como veremos más adelante, calumniaba á la pobre Isabel.

A pesar de su grave é impertinente observación, y la llamamos impertinente, porque otro hombre menos dado á la contemplación, no hubiera pensado tan de ligero respecto á Isabel, recogió la llave y se encaminó á su aposento, donde se arrojó sobre un diván.

Sin saber cómo, abstraído en un torbellino de pensamientos, el ramito de madreselva había venido á parar á su mano.

Sin saber cómo, había aspirado más de una vez su ligero aroma silvestre, y al tocar por acaso el ramo á sus labios, su corazón se había estremecido.

Sin saber cómo, la imagen de Isabel flotaba delante de todos sus pensamientos en el fondo de su alma.

Yaye no creía que aquello fuese amor: para él aquello era caridad.

¿Pero sabemos acaso á dónde puede llevar á un hombre la caridad hacia una mujer? ¿Y luego la caridad no es el amor en toda su intensidad, en toda su pureza, en su omnipotencia, en fin?

Yaye respecto á su corazón, se engañaba como sucede en general á todos los hombres.

El sentimiento es la naturaleza; la razón, es la ciencia.

Son opuestos y se combaten.

Pero en esta lucha, tarde ó temprano, acaba por triunfar el corazón, por obedecer la cabeza.

Yaye había conocido á Isabel dos

años antes, durante unas vacaciones, por razón de vecindad.

Entonces tenía Isabel diez y ocho años; Yaye veinte y dos.

Muchas veces cuando Yaye se asomaba á la galería de sus habitaciones, veía en las suyas á su hermosa vecina.

Isabel había heredado de sus abuelos el magnífico tipo de la raza árabe: blanca, pálida, con los cabellos y los ojos negros, y los labios sumamente rojos, era una de esas mujeres que no se ven sin que hagan experimentar una impresión dolorosa, porque siempre es doloroso el deseo cuando no se sabe si será satisfecho.

Yaye la vió, y experimentó aquella vaga y dolorosa inquietud, pero de una manera instintiva, sin darse razón de ello.

Los jóvenes siguieron viéndose: á las pocas vistas se saludaron; á los pocos saludos se hablaron; siempre poco después de amanecer, y como obedeciendo á una costumbre, los jóvenes se veían en las galerías, teniendo solo un tabique de por medio.

Al principio se hablaron algo de lejos; sucesivamente fueron estrechando la distancia; al fin, solo les separó el tabique medianero.

Progresivamente las miradas de Isabel para Yaye, fueron haciéndose más intensas: al cabo el joven conoció que era amado; al conocerlo se dijo:

—Yo no puedo amar á esa mujer: yo no debo alentar con mi presencia sus amores.

Y cortó bruscamente sus entrevistas con Isabel.

Pasaron los días, pasaron las semanas, pasó un mes.

Yaye, entregado al estudio de la filosofía con su maestro, Abd-el-Ge-war, no había salido durante aquellos meses á la calle.

Isabel le había esperado en vano, en la galería al amanecer; por las tar-

des, en la celosía que correspondía á la calle, desde donde se veía la puerta de la casa de Yaye.

Todas las noches este, había escuchado la dulcísima voz de Isabel que en la habitación vecina, cantaba al son de una guitarra tristísimos romances moriscos.

Al fin, un día, cuando ya había pasado un mes de ausencia, Harum-el-Geniz, noble morisco, que servía á Yaye de escudero, le dijo:

—Tengo para vos un encargo de la hermosa vecina.

Yaye frunció el gesto.

—Me ha preguntado si estais enfermo, y aunque la he dicho que no, me ha dado este relicario.

Harum sacó de su bolsillo un objeto envuelto en un pedazo de tela de seda color de rosa.

Era en efecto un relicario.

Pero un relicario riquísimo: de oro, cincelado y esmaltado, pendiente de una cadena del mismo metal, orlado de perlas, y conteniendo por un lado la imagen de la Virgen Inmaculada, y por el otro un pequeño *Lignum Crucis*.

El jóven miró con repugnancia aquel rico objeto de devoción.

—¿Para qué te ha dado esto esa dama? dijo á Harum.

—Doña Isabel me ha dicho: si está enfermo, que se ponga pendiente del cuello esta santa reliquia, y sanará.

Nublóse más el semblante de Yaye y tuvo impulsos de entregar el relicario á Harum para que lo devolviese á Isabel.

—Pero no, dijo para sí: su solicitud por mí, no merece tan descortés respuesta; yo mismo se lo devolveré.

Y despidió á Harum.

Aquella noche el sueño de Yaye fué inquieto: al amanecer se vistió, y se puso en la galería.

Ya estaba en ella Isabel.

Pero pálida, con la palidez enfer-

miza de una salud alterada: flaca, con la mirada tristemente dulce; con las hermosas manos casi diáfanas.

Un solo mes de ausencia, había causado tal estrago en la pobre niña.

Un vivísimo sentimiento de compasión se apoderó de Yaye al ver á Isabel.

—¡Oh! dijo ésta: yo os había creído enfermo... y estais... como siempre... gracias á Dios.

—Vos en cambio... dijo Yaye, y no se atrevió á continuar.

—Sí, he sufrido mucho... Isabel se detuvo también.

—He venido á devolveros un relicario que dísteis ayer á mi escudero, dijo Yaye haciendo un esfuerzo.

Isabel le miró y no pudo contener dos brillantes lágrimas que asomaron á sus ojos.

—¡Ah! ¡no quereis conservar mi relicario!... dijo.

Yaye se conmovió; comprendió al fin cuánto le amaba aquella mujer, *tuvo lástima de ella* y repuso:

—¡Oh! no, perdonad... yo creía... pero conservaré esta prenda... por vuestro amor.

Al fin Yaye había roto la valla; comprendía que su amor era la vida de Isabel, y creyendo ceder solo á la compasión, cuando en realidad quien le impulsaba era su corazón, demostró á Isabel un amor que él creía fingido.

Peró no reparaba, engañándose á sí mismo, que al fingir aquel amor gozaba de unas delicias purísimas, que su corazón se aliviaba de un peso cruel, porque al fin exhalaba el depósito de amor que traidoramente y contra la voluntad de su dueño había absorbido su corazón.

Isabel, que se había puesto flaca y pálida en un mes, volvió á la magnífica turgencia de sus formas, á su admirable hermosura, en una semana: sus ojos brillaban exhalando con un encanto indefinible su alma fecundada

por el amor de Yaye: no solo había recobrado su antigua hermosura: ésta había crecido.

Vióla un día el anciano aquí y exclamó suspirando:

—Para ser un arcángel del sétimo cielo, no la falta á la pobre Isabel otra cosa que no ser cristiana.

El amor para las mujeres, es como el rocío y el sol de la primavera para las flores.

Durante las vacaciones de aquel año, Isabel y Yaye fueron felices. Ella porque se contemplaba amada: él porque creía hacer una obra meritoria de caridad.

El amor de Yaye hacia Isabel no era amor sino misericordia.

Fuése Yaye á Salamanca á estudiar su último año.

Cuando se separó de Isabel, experimentó un dolor agudo, un vacío en el corazón.

A pesar de su repugnancia á todo lo que representaba las creencias cristianas, Yaye se llevó consigo el relicario.

A los pocos días de ausencia, el relicario pendía del cuello de Yaye.

Hubo un momento en que se preguntó con terror si verdaderamente amaba á aquella mujer.

Harum iba y venía con mucha frecuencia de Granada á Salamanca; cuando iba, llevaba una carta de Isabel para Yaye; cuando volvía, una carta de Yaye para Isabel.

Yaye, sin embargo, había logrado engañarse completamente; se había convencido de que no amaba á Isabel, pero seguía escribiéndola amores, y deseando volver á verla, por caridad, por pura caridad.

En tal estado se hallaban los corazones de los jóvenes, cuando Yaye

volvió de Salamanca antes que se acabase el curso, y ya se habían visto algunos días los dos amantes.

Isabel había empezado á ser más explícita: las palabras esposo y esposa empezaban á salir de sus labios.

Yaye comprendió que había llegado el momento de que su caridad fuese puesta á prueba, y empezó á excusar en cierto modo sus entrevistas con Isabel.

En tal situación y cuando las miserias de su pueblo y la noticia de que iba al fin á conocer á su padre, habían abierto para él una nueva vida, había recibido el ramo de madreseiva, y después una llave y una cita de Isabel.

Yaye estaba con razón tan profundamente pensativo y abstraído como le hemos presentado al principio de este capítulo.

Pasaban lentamente las horas.

El reloj de Santa María de la Alhambra marcó á lo lejos las once de la noche, y retumbaron tres sonoros golpes de la campana de la Vela.

Poco después hizo estremecer á Yaye el preludio de una guitarra.

Armonías fugitivas que se exhalaban de las sonoras cuerdas del instrumento, como suspiros de amor: flexibles ráfagas, que parecían destinadas á llevar á los oídos del amado el alma de una mujer.

Yaye sintió vacilar su alma acariciada por aquella armonía que parecía poner en contacto dos seres nacidos el uno para el otro, separados solo por el fanatismo, por la educación.

Luego la voz de Isabel, grave, sonora, dulce, enamorada, entonó las coplas siguientes:

La esperanza es la vida
de quien bien ama,
y su muerte, la muerte
de su esperanza.
¡Ay! ¡Dios no quiera

que mi amante esperanza
se desvanezca!

Extremecióse de piés á cabeza Yaye al escuchar la copla; después un vértigo envolvió su cabeza: nunca había oído cantar con tal pasión á Isabel: entonces comprendió que la amaba; al comprenderlo creyóse entregado á Satanás, porque solo Satanás, según él pensaba en su fanatismo, podía inspirarle amor hácia una enemiga de su ley, hácia la hija, la hermana, la descendiente de los renegados.

—No iré á la cita, se dijo.

Pero hay negativas que se pronuncian con demasiada audacia: instantáneamente pensó que era una cobardía huir del peligro: que era más noble arrostrarle, luchar con él y vencerle.

—Iré, sí, iré: ella no tiene la culpa de ser lo que es... es cierto que yo no puedo unir mi suerte á la suya, que no debo amarla; pero la desengañaré: acabaremos de una vez. ¡Oh! sí por ventura al verse engañada en sus esperanzas, en su amor... ¡oh! ¡si muriese!... pues bien, que se convierta al Dios Altísimo y Único... si no... que olvide ó muera... yo no puedo hacer traición por una mujer á mi patria y á mi ley.

Un cuarto de hora después, estaba Yaye en el jardín de Isabel; pero por una refinada crueldad aconsejada por su fanatismo, porque el fanatismo ha sido siempre cruel, llevaba vestido de una manera completa, un traje morisco.

Isabel no conocía ni poco ni mucho la historia de Yaye: le oía hablar con pureza el castellano, le veía vestir ropas castellanas, sabía que era estudiante.

Isabel le creía un hidalgo castellano.

Y luego á una mujer que ama, la importa poco conocer la posición, el nombre, la historia del hombre ama-

do; la basta con saber que es amado: el corazón se llena con sensaciones, no con palabras. Isabel solo sabía lo que necesitaba saber.

Que el señor Juan de Andrade la amaba con todo su corazón.

Esta era la verdad, por más que Yaye quisiese desconocerla, Isabel no se engañaba: sabía cuánto amor atesoraba para ella el alma de Yaye, porque la mujer no se engaña jamás acerca de los sentimientos que inspira.

Isabel confiaba ciegamente en Yaye. La pobre Isabel se engañaba. No sabía la infeliz que existen dos pasiones terribles que dominan enteramente al corazón del hombre y le arrastran: el fanatismo y la ambición.

Le esperaba á la entrada de un cenador de jazmines, y al verle en aquel trage le hubiera desconocido á no bañar de lleno la luz de la luna su semblante.

Sin embargo, al verle en aquel trage, Isabel que había avanzado rápidamente al sentir sus pasos, retrocedió y se detuvo estremecida por un presentimiento frío, punzante, como la hoja de un puñal.

Los jóvenes hablaron muy poco.

—¿Qué ropas son esas? le dijo Isabel con la voz trémula: ¿á qué ese disfraz?

—Estas ropas, señora, son las ropas de mi pueblo: las que se nos quieren arrancar por los cristianos, las que llevaré desde ahora como buen musulmán.

—¡Ah! exclamó Isabel consternada, llevándose las manos sobre el corazón.

Y luego adelantando un paso, y mirando frente á frente con una ajeza sombría á Yaye exclamó:

—¿Vos no me amáis!

—Os amo, Isabel... pero antes que á vos amo á mi patria.

—Por piedad, contestadme de una vez ¿sois moro?

—Moro soy.

¿Estais resuelto á no convertirlos á la fe de Jesucristo?

—Jamás.

—Entonces no podeis ser mi esposo, exclamó con acento desesperado Isabel.

—Convertíos á la religión de vuestros abuelos los califas de Córdoba.

—Adoro á Dios uno y trino, le adoro con toda mi alma, y por él sufriré el martirio de mi amor; por él sufriré si es preciso el indudablemente menos terrible de mi cuerpo.

—Entonces, adios.

—Esperad un momento: quiero que sepáis hasta dónde llega el tormento á que me habéis sentenciado engañándome: yo os amo; os amo desde el momento en que os ví: os amaré siempre: yo contaba con vos; no sabía quién érais, si pobre ó si rico; si noble ó villano: eso me importaba poco. Estaba resuelta á unirme con vos y á ser vuestra esposa... porque, permaneciendo en mi casa me veré obligada á entrar en un convento ó á casarme con un hombre á quien no puedo amar y con el que me obligan á casar mis hermanos. Vos me posponeis á una religión falsa, á una patria que no podeis salvar. Id con Dios: Pero tened en cuenta que obligada á ser monja ó casada, seré casada; porque no me atrevo á ofrecer á Dios un corazón que está lleno de amor de un hombre: seré casada y haré feliz á mi marido, porque el dolor se quedará todo para mí. Pero acordáos, y que este recuerdo me venga del rudo golpe que me dais cuando menos lo esperaba... acordáos de que me habéis hecho infeliz, de que me habéis robado mi única esperanza sobre la tierra. Que me venga de vos, la rabia de verme entre los brazos de otro... porque me amais, lo sé, lo co-

nozco, estoy segura de ello: me sacrificáis á vuestra soberbia... no sé á qué... pero no importa: el amor que logrado nos hubiera hecho igualmente felices, malogrado nos hace igualmente miserables.

—Una palabra: convertíos á la ley de vuestros abuelos, si es verdad que me amais.

—Seguid vos en el fondo de vuestro corazón en vuestra ley, profesad ante el mundo la del Redentor Divino: si tenemos hijos juradme que serán cristianos, y soy vuestra esposa.

—¡Adios! exclamó fatídicamente el jóven.

—Esperad, esperad un momento: conserváis una prenda mía...

—La llevo sobre mi corazón.

—¡Sobre vuestro corazón la imagen de la Virgen! ¡una reliquia de la cruz del Salvador sobre el corazón de un moro!

—Isabel, dijo con un acento profundamente sentido Yaye: yo no sabía lo que era amor, y no creía sentirlo hasta este momento: yo os amo, os amaré siempre: esta prenda que un día me entregásteis no se separará jamás de mí.

—¡Que ella os proteja! exclamó llorando Isabel.

—El destino nos separa: vuestros abuelos renegaron de su ley por el oro de los cristianos... ¡renegaron! exclamó enérgica y gravemente Yaye, en vista de un movimiento de la jóven: vos no quereis volver al camino de la luz que ellos dejaron. Cúmplase lo que está escrito. Pero cuando el sol aparezca todos los días, cuando bañe con sus primeros rayos ese mirador que tantas veces ha escuchado las palabras de nuestro amor: ¡acordáos de mí!

Y Yaye, temeroso de que sus fuerzas le abandonasen, que la hermosura y el amor de Isabel fuesen más fuertes que sus creencias y sus pro-

pósitos, huyó de ella como hubiera huido un cenobita de un fantasma aterrador.

Isabel le vió desaparecer yerta: mientras resonaron sus pasos sobre la calle de césped alentó alguna esperanza; cuando oyó rechinar la llave en la cerradura del postigo, sintió que se desgarraba su corazón; cuando al fin escuchó la caída de la llave que el joven le devolvía arrojándola por cima de la tapia, perdió su última esperanza y creyó morir.

Luego cayó de rodillas, lloró por su amor perdido y rogó á Dios por el hombre que se llevaba su corazón.

Después se levantó, buscó la llave, la alzó del suelo, y se volvió triste, lenta, como un alma apenada que se vuelve á su tumba.

Isabel había muerto para la felicidad; no la quedaba sobre la tierra más que la amarga copa del sacrificio.

CAPÍTULO III

DE CÓMO PUEDE HABER REYES SIN REINO CONOCIDO, Y ABDICACIONES DE LAS CUALES NO SE HACE CARGO LA HISTORIA.

Hay en la historia de nuestra patria una página correspondiente al siglo XVI.

Esta página está llena con un hecho admirable:

Este hecho es la abdicación del emperador Carlos V en su hijo don Felipe II. Fuése aquella abdicación producto del hastío del emperador hacía las grandezas humanas, fuése aconsejada por el egoísmo de un soberano que conociendo á tiempo que sus años y sus fuerzas eran insuficientes para sostener la carga de tan dilatados imperios, la dejase caer sobre los robustos hombros de su hijo, la página que contiene aquella abdicación es la más gloriosa de la historia de Carlos V, ya se considere bajo el punto de vista de un hombre que ha llegado á

ser bastante grande para poder sobreponerse á las grandezas humanas, ya del de una sabia preevisión política.

Aquella abdicación asombró al mundo; aun asombra hoy á los que no comprenden cuánto contribuye un posterior acto de humildad en un hombre tal como Carlos V para aumentar la grandeza de su fama: el temido emperador acabó siendo respetado; el pecador siendo perdonado; la severidad de las generaciones encargadas de juzgarle, se estrelló contra los sombríos muros del monasterio de San Yuste.

Carlos V para acercarse á las puertas de la eternidad, deponía la púrpura, se vestía el sayal penitente y se cubría la frente de ceniza.

Y en verdad, en verdad, que Carlos V necesitaba del auxilio de una penitente expiación. La grandeza humana tiene generalmente por base el crimen.

Carlos V había sido rey déspota: Carlos V había sido rey conquistador.

Si Carlos V solo hubiera poseído un reñecillo de pocas leguas, si no hubiese llevado sus estandartes victoriosos por todas las partes del mundo, su abdicación no hubiera causado efecto.

Y decimos esto, porque algunos años antes de la abdicación del emperador, tuvo lugar otra, de la cual no se ha hecho cargo, ni aun de la manera más insignificante la historia.

Nosotros tenemos noticias de ella, en algunos fragmentos de manuscritos árabes, hallados por acaso en el derribo de una casa morisca del Albaicín de Granada.

Vamos, pues, á transmitir esta abdicación á la historia siquiera sea en las páginas de una novela.

A las doce de la noche en que tan dolorosamente se había separado Yáye de Isabel de Valor, montó el jóven

á caballo, y acompañado del anciano Abd-el-Gewar, á caballo también, de Harum y de dos esclavos berberiscos, tomó la vuelta de las Alpujarras.

Yaye iba silencioso, apenado: el anciano faquí comprendía la causa de su dolor y lo respetó: ni una sola palabra que tuviese relación con Isabel, se pronunció durante el camino, ni nada tampoco que se refiriese al objeto que le llevaba á las Alpujarras. Al amanecer llegaron á Lanjarón.

Este pueblo estaba un tanto alborotado por las noticias que se tenían en él del pregón que el día anterior se había hecho en Granada.

Allí los mismos síntomas de insurrección que en el Albaicín.

Allí también la voz y los consejos del anciano Abd-el-Gewar pudieron restablecer el sosiego.

Descansaron algún tiempo, y al medio día se pusieron de nuevo en camino.

Poco después de haber cerrado la noche entraban en la villa de Cádiar.

Reinaba un profundo silencio en el pueblo; todo parecía entregado al sueño; ni una luz á través de las ventanas, ni un enamorado en la calle, pulsando, como otras veces, la guitarra, bajo los miradores de su amada; solo de tiempo en tiempo, se veía el turbio reflejo de una linterna, á cuyo opaco resplandor, podían verse algunos alguaciles y soldados que rondaban con el corregidor.

La tranquilidad de Cádiar, que era una de las principales villas de la Taha ó distrito de Juviles, en las Alpujarras, era amenazadora por su misma exageración. Comunmente á aquellas horas no estaba la población tan desierta.

Yaye, Abd-el-Gewar, Harum y los esclavos, rodearon por fuera de las tapias del barrio bajo, subieron, un repecho, y ya cerca del castillo, entraron por el postigo de una tapia de

un jardín, en una casa del barrio alto.

No habían encontrado á su paso ni una sola persona, y sin duda se les esperaba de antemano, porque apenas resonaron las pisadas de los caballos junto al postigo, se abrió este en silencio, y con el mismo silencio volvió á cerrarse apenas hubieron entrado en el jardín los cinco ginetes.

Pasó algún tiempo y al fin se escuchó el primer canto del gallo.

Era la media noche.

Abrióse entonces el postigo del jardín, donde habían entrado Yaye y Abd-el-Gewar y salieron dos personas envueltas en alquiceles blancos.

El postigo se cerró.

Las dos personas descendieron en silencio por el repecho en dirección á las montañas cercanas.

La una, encorvada como bajo el peso de los años, se apoyaba en el brazo de la otra, que era esbelta, fuerte, como alentada por el fuego de una vigorosa juventud.

Su paso era apresurado. El joven sostenía al viejo.

Deslizábanse bajo el rayo de la luna que aparecía en medio de un cielo despejado, iluminando de una manera fantástica las montañas cercanas, que recortaban vigorosamente sus penumbras oscuras sobre los valles, mientras á lo lejos apenas se percibían otras montañas casi perdidas entre las brumas de la noche.

Al fondo se extendía una línea brillante.

Era el mar, cuyo gemido se escuchaba tenue é incesante, debilitado por la distancia.

De tiempo en tiempo y entre el oscuro follaje de los álamos que crecían junto á las riberas, en el fondo de los valles, se levantaba la armoniosa y magnífica voz de un ruiseñor enamorado, y allá en las altísimas rocas se dejaba oír el poderoso y estridente

graznido de los aguiluchos hambrientos, mientras acá y allá, en todas direcciones se levantaba de entre la yerba el canto alegre de millares de grillos.

Ni una habitación humana, ni nada que revelase la existencia del hombre en aquellas soledades, se advertía cerca ó lejos, al poco espacio de haberse aventurado los dos hombres de los alquiceles blancos en la montaña.

El eco repetía sus pasos en las cavidades de las rocas, al marchar sobre las ásperas crestas, y alguna piedra desprendida á su paso del borde de los desfiladeros, rodaba con estruendo á las profundidades de los valles.

Al cabo de media hora de marcha, el viejo y el joven llegaron á la entrada de un obscuro pinar. Antes de que pudiesen aventurarse en él se oyó un chasquido, y un venablo pasó silbando sordamente á mucha distancia de ellos.

Indudablemente era una seña, no una amenaza, puesto que el viejo se detuvo y agitó por tres veces su alquicel.

Á aquella seña viéronse moverse sombras informes en la entrada de la selva, y adelantar hacia el repecho donde se habían detenido el viejo y el joven.

El número de aquellas sombras podía llegar á veinticuatro. Dos de ellas llevaban una litera.

Cuando saliendo de la penumbra de la selva aquellos hombres se pusieron bajo la luz de la luna, pudo verse que sus semblantes eran feroces, casi salvajes: su traje era característico y bravo; llevaban en la cabeza un pequeño turbante blanco; ceñido su cuerpo por un sayo pardo, con mangas anchas, bajo las cuales se veían sus velludos brazos; este sayo, cuya falda apenas les llegaba á las rodillas, estaba ceñido en la cintura por una fa-

ja encarnada y anchísima, en la cual estaban sujetos un alfanje corvo y corto, y un par de largos pistoletes; pendiente de un ancho talabarte llevaban á la espalda una aljaba llena de venablos ó saetas; cada uno de estos hombres mostraba en su mano una fuerte ballesta, y por último, unas calzas de lana azul y unas abarcas, cuyos filamentos de cuero rodeaban sus piernas hasta atarse debajo de las rodillas, completaban su severa y enérgica vestimenta.

Aquellos hombres parecían salteadores, bandidos, gente aparejada á todo linaje de crueldad y de desafuero.

En efecto, tenían mucho de salteadores, porque aquellos hombres eran monjes.

Más adelante tendremos ocasión de decir lo que estos monjes eran.

El anciano habló algunas palabras en árabe con el que parecía jefe de aquella gente, y después abrió la litera, y entró en ella con el joven.

La litera se cerró de tal modo, que los que iban dentro no podían ver el camino por donde se les conducía.

Inmediatamente cuatro de los monjes cargaron con la litera, y rodeados de los restantes adelantaron hacia el oscuro pinar, y se internaron en él.

El lugar donde el joven y el anciano habían entrado en la litera, quedó solitario.

Poco después y durante una hora, aparecieron uno tras otro en el repecho frontero al pinar, doce hombres envueltos en alquiceles blancos.

Siempre que aparecía uno de aquellos hombres, zumbaba á alguna distancia de él una saeta salida del pinar.

El hombre se detenía; agitaba por tres veces el extremo de su alquicel, y adelantaba sin recelo, aventurando-

se en la oscura selva, como en un terreno conocido.

Poco después otro hombre envuelto también en un alquicel blanco, llegó al mismo punto que los otros, y como junto á los otros, zumbó junto á él otra saeta.

En vez de agitar aquel hombre por tres veces su alquicel, se volvió, y empezó á trepar apresuradamente el repecho por donde poco antes había descendido.

Escuchóse entonces el simultáneo chasquido de algunas ballestas, y el ronco silbar de muchos venablos: el que huía cayó.

Poco después algunos monfies estaban á su alrededor, y le reconocían.

—Es el alguacil de Mecina de Bombarón, dijo uno de ellos en árabe á sus compañeros; un perro, espía de los cristianos.

Y arrastrándole por un pié hasta el borde del desfiladero, le arrojó á la profundidad.

Oyóse un ronco gemido, luego el rebotar pesado del cuerpo sobre las rocas, después el zumbido de un objeto voluminoso que cae al agua.

Después nada. Los monfies habían desaparecido.

Solo quedaba en el sendero del repecho junto á la cortadura, un ancho rastro de sangre, y algunos girones blancos que iluminaban la luna sobre los espinos.

.....

En aquel mismo punto, sentado en un diván, en una magnífica cámara, teniendo á los piés, sobre la alfombra de pieles de tigre, una hermosa esclava, había un anciano.

Este anciano dormitaba; su venerable barba blanca se inclinaba sobre su pecho; sus anchas y regias vestiduras se extendían sobre el diván.

Entre la toca árabe del anciano, se

veían las puntas de oro de una corona de rey.

La esclava sentada á sus piés, abstraída y pálida, mostraba en sus negros y radiantes ojos una mirada diáfana, y como fija en la inmensidad; de tiempo en tiempo, su blanca mano, arrancaba una flebil y fugitiva armonía de las cuerdas de oro de su guzla de marfil.

Un ruiñeñor, encerrado en una jaula riquísima, pendiente de la cúpula, lanzaba también de tiempo en tiempo un largo y armónico trino.

Una lámpara de seda pendiente de la cúpula, arrojaba los reflejos de la tenue luz que contenía, destellando dulcemente en los herretes de diamantes del almaizar del anciano, en el brillante pomo de su yatagán, en la cabellera, y en los ojos de la esclava, en la ancha túnica de brocado de ésta, y en los arabescos dorados que enriquecían los arcos sobre que se asentaba la cúpula.

Era un cuadro de reposo que inspiraba sueño.

Una imagen de voluptuosidad, que inspiraba añores.

Un detalle encantador de la vida íntima de los musulmanes.

El anciano era hermoso, á pesar de su edad.

La esclava era un arcángel humano.

La cámara, era un robo hecho al paraíso.

Durante algún tiempo, el anciano continuó dormitando; la esclava pensando, trinando el ruiñeñor.

Más allá todo era silencio.

De repente se escuchó un golpe vibrante y metálico.

El ruiñeñor calló; el anciano levantó la cabeza; la esclava se puso de pie, dejando ver la arrogante esbeltez de sus formas.

Retumbó un segundo golpe; el anciano se puso de pie, y mandó con un ademán á la esclava que saliese.

Esta desapareció por uno de los arcos laterales, como una ilusión de amores.

Cuando se hubo perdido el tenue eco de los pasos de la esclava, el anciano fué á la puerta de la cámara y la abrió.

En ella apareció otro anciano, de semblante atezado, de mirada dura y centelleante, pero respetuosa ante la persona que había abierto la puerta: inclinóse como se inclina un vasallo ante su señor, y dijo:

—Poderoso emir: vuestro leal siervo Abd-el-Gewar, el faquí acaba de llegar.

Coloráronse con una llamarada febril las pálidas mejillas del anciano, arrasáronse sus ojos; y dijo:

—¿Y ha venido solo Abd-el-Gewar?

—No, poderoso emir, le acompaña un jóven.

—¿Dónde están?

—En la antecámara inmediata.

—Haz entrar á Abd-el-Gewar.

—¿Solo?

—Solo. Entré tanto da compañía al jóven.

Inclinóse el anciano, salió, y el emir se dirigió con paso lento, y profundamente pensativo al diván, y se sentó en él.

Poco después se abrió la puerta del fondo, y apareció Abd-el-Gewar, que se detuvo un punto, miró al fondo, vió al emir, brilló en sus ojos una expresión de alegría y adelantando con una ligereza superior á sus años, se arrojó á los pies del emir.

—Que el Señor Altísimo y Único, te bendiga, señor, exclamó asiéndole las manos.

—Alza, Abdel, alza, dijo con la voz ligeramente conmovida el emir: alza mi buen amigo, y siéntate.

Y levantándole, le sentó á su lado en el diván.

Los dos ancianos se contemplaron frente á frente, y en silencio durante

algún tiempo: parecía como que en aquella mútua mirada recordaban todo su pasado: una larga historia de lucha y de sacrificios; los recuerdos de la juventud; las pasiones de la edad viril; los desengaños de la edad madura; aquella mirada mútua, era, como pudiera decirse, una mirada retrospectiva lanzada al mundo que habían dejado atrás, desde ese otro mundo que está ya al borde de la fosa, ese otro mundo desconocido que se llama eternidad.

—¿Y mi hijo? dijo al fin con anhelo el emir.

—Vuestro hijo, señor, contestó Abd-el-Gewar, es un cumplido caballero, un corazón de oro, un brazo de hlerro.

—Hace tres años que no le veo; la última vez que estuve en el Albaicín era un bello adolescente, un leoncillo de buena raza.

—Ahora, señor, es un hombre hermoso, un verdadero león. ¿Crearéis que ayer cuando pregonaron ese terrible edicto del emperador, de que ya tendréis noticias, me fué necesario apelar á todo el respeto que me tiene, para que no se pusiera al frente de los moriscos y acometiese espada en mano á los cristianos?

—¡Ah, buen hijo de sus abuelos! exclamó el anciano; y luego haciendo una rápida transición añadió: ¿y cómo han acogido los moriscos de Granada la promulgación de ese infame edicto?

—De una manera amenazadora, señor; pero no es tiempo aún...

—No, aún no es tiempo, dijo el emir; pero es necesario irnos preparando al combate: un día, cuando menos lo pensemos, el emperador arrastrado por su fanatismo religioso, por su recelo y por las excitaciones de los frailes y de la Inquisición, desatenderá los buenos oficios que nos procuramos á fuerza de oro, del príncipe

Ruy Gómez de Silva y de sus más allegados consejeros, y romperá con nosotros de una manera cruel, y si es necesario, nos exterminará, entregándonos atados á la Inquisición. Entonces será necesario desnudar la espada, rebosar de entre las breñas donde nos ocultamos, y morir matando cristianos. Esta determinación extrema podrá ser necesaria hoy, mañana, cuando menos lo esperemos. Por lo mismo es necesario estar preparados. Mis buenos monfies, saben que tengo un hijo; que ese hijo, para que se instruya, para que conozca el mundo, para que conozca las necesidades de los hombres que han nacido para ser gobernados viviendo entre ellos, ha sido entregado á uno de mis sabios. Yo estoy ya viejo y débil: las desgracias han agotado mis fuerzas gastando mi vida, y mi corazón... ¡oh!... ¡los encendidos recuerdos que nunca se apartan de mi alma!... ¡oh! ¡que desgraciado he sido, Abd-el-Gewar!

El anciano emir inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Es necesario olvidar, dijo Abd-el-Gewar con acento ronco y caverroso.

—¡Olvidar! ¡olvidar! tú mismo no has olvidado, exclamó el emir; y eso que tú no eras su esposo, eso que tú no la amabas... ¡olvidar! ¡olvidar á Ana! olvidar aquel día terrible en que la Inquisición...

El anciano se interrumpió, se cubrió el rostro con las manos y lanzó un grito de horror, como si su recuerdo le hubiese llevado hasta una situación horrible, hasta una de esas situaciones en que parece que Dios coloca á los hombres para probar hasta qué punto puede un corazón humano apurar el dolor sin romperse. Durante algún tiempo el anciano continuó cubierto el rostro con las manos, anonadado, estremecido por un temblor

convulsivo. Luego se irguió de repente; brillaba en sus ojos un fuego salvaje, y exclamó con la voz vibrante y trémula:

—La he vengado con la sangre de los cristianos: las breñas de la Alpujarra me han visto persiguiéndolos como bestias feroces: mi yatagán se ha ensangrentado en ellos, y el terror ha guardado los desfiladeros de la montaña. El nombre de los monfies de las Alpujarras ha retumbado preñado de horror hasta los más remotos confines de España, y en vano ha sido que el emperador haya enviado sus más valientes capitanes y sus soldados más aguerridos en busca nuestra: han sido nuevas víctimas inmoladas al recuerdo de Ana: mi brazo se ha cansado de matar, pero aun no se ha apurado la sed de sangre de mi corazón: he envejecido inmolando sangre á mi venganza, y me veo obligado á entregar esa venganza á mi hijo: me siento morir, Abd-el-Gewar.

—¡Morir! ¡morir vos, señor, cuando apenas contais sesenta años!

—La vejez no es la edad, sino el sufrimiento: desde la muerte de Ana han pasado veinte y cuatro años... y mira: mi piel está arrugada, mis cabellos blancos, mis manos, trémulas: apenas puedo ya sostener la espada... es necesario que mi hijo ocupe mi puesto... es necesario que mi hijo sea rey... rey de las Alpujarras ahora, mañana, si Dios lo quiere, rey de Granada.

—¡Rey de Granada! suponiendo, señor, que llegásemos á rescatar del cristiano nuestra perdida joya, la hermosa Granada, ¿ignoráis que hay un hombre en quien los moriscos de Granada reconocen un derecho?

—¡Don Diego de Córdoba y de Válor! No importa: don Diego sabe muy bien que los moriscos de Granada son gente baldía y floja acostumbrada al yugo. Sabe muy bien que la fuerza,

la constancia, la fe, existen en los monfíes. Además tengo un proyecto que todo lo conciliará. Don Diego de Córdoba tiene una hermana.

—Sí señor, contestó Abd-el-Gewar, mirando con espanto al emir.

—Cuando yo estuve en Granada hace cuatro años, doña Isabel era una doncella de catorce años, hermosa, pura, noble, cándida, con un corazón de angel y una dignidad de reina.

—Pero doña Isabel es cristiana, cristiana de corazón, exclamó con repugnancia el fanático Abd-el-Gewar.

—Cristiana era su tía doña Ana de Córdoba y de Valor, y sin embargo, Abdel, me casé con ella.

—Dios, os castigó de una manera terrible, señor, valiéndose para apartaros de ella de la mano de vuestros enemigos.

—No hagamos á Dios inspirador ni partícipe de los delitos de los hombres, Abd-el-Gewar, yo espero que mi hijo será feliz unido con Isabel de Córdoba.

—¡A pesar de ser cristiana!

—¿No es él cristiano en la apariencia? ¿acaso nuestros abuelos no casaron con cristianas? ¿Acaso no ha habido reyes cristianos casados con moras?

—Allá en los primeros años de la conquista de los árabes sobre España, el emir Abd-al-Azis se unió con la reina Egila, la viuda del rey don Rodrigo: recordad la trágica muerte de Abd-al-Azis: el amor de Egila le hizo traidor á su ley y á su patria, y el califa Walid se vió obligado á condenarle á pesar de sus hazañas. Abd-al-Azis fué asesinado por un enviado del califa, y su cabeza, como testimonio de su muerte fué enviada á Damasco. En los últimos tiempos de la dominación de nuestros abuelos en España, el rey Abu'l-Hacem, el viejo, concibió un amor impuro por una doncella cristiana, por la hija del alcaide de Martos, el comendador Sancho

Jiménez de Solís. Isabel de Solís fué sultana de Granada, en daño de la sultana Aixa-la-Horra, prima de Abou'l-Hacem, que fué repudiada por este. Dios castigó no solo al rey sino también á su reino. Los celos de Aixa-la-Horra y el amor de Isabel de Solís, de la sultana Zoraya, hácia los hijos que había tenido en su matrimonio con Abou'l-Hacem, produjeron las guerras civiles que nos entregaron cansados y sin fuerzas á los cristianos. Zoraya, la cristiana renegada, quiso que sus hijos fuesen reyes: Aixa, la sultana repudiada, fuerte con su derecho y con el de su hijo Abd-Allah-al-Ssaggir (Boabdil), supo atraer á su bando las tribus de los Abencerrajes, de los Zenetes, de los Massamudes, de los Gomeres, mientras Zoraya, la renegada, se apoyaba en los Zegries, en los Mazas y en los Gazules: el hermano menor del rey Abou'l-Hacem, Abd-Allah-al-Ssagar, se aprovechó de estas turbulencias para aspirar á la corona, y se apoyó en las gentes de Almería y en las tribus bereberes: hubo tres reyes para un solo trono: hubo tres bandos en un solo reino: llegaron días de luto en que Abou'l-Hacem fué rey del Albaicín, en la casa del Gallo de Viento; Abd-Allah-al-Sagir, rey de Granada, en el alcazar de la Alhambra; Abd-Allah-al-Ssagar, rey de Almería, de Guadix y de Baza, en el alcazar de Almería. Fernando é Isabel levantaban entre tanto su ciudad real de Santa Fe en la vega de Granada, y sus campeadores llevaban su tala á sangre y fuego hasta los muros de la ciudad: al fin Muley Hacem murió envenenado, Al-Ssagar, envenenado, y el débil Al-Ssagir, cansado, impotente para resistir á los cristianos, se vió obligado á entregarles su reino. Y todo esto fué obra del casamiento de Muley Hacem con una cristiana, con Isabel de Solís.

—Te he dejado referir esa lamentable historia que tan bien conozco, para que no creyese que me negaba á escucharla; temeroso de vacilar con su recuerdo en mi propósito. Del mismo modo que los amores de Muley Haced con Isabel de Solís produjeron la guerra civil que causó la ruina de Granada, la hubiera causado su casamiento con otra mujer cualquiera. Muley Haced estaba ya apartado de Aixa cuando conoció á Isabel de Solís; si no se hubiera casado con ella, se hubiera casado con otra; que del mismo modo le hubiera dado hijos, y del mismo modo hubiera ambicionado para sus hijos la corona. ¿Por qué esa ceguedad que nos hace atribuir á las causas más comunes desgracias que son hijas de la fatalidad, que están escritas por la mano de Dios en el libro del destino? ¿Qué mal habrá en que mi hijo se case con una doncella en cuyas venas circula la sangre de cien Califas, aun cuando esa doncella sea cristiana? Y luego, ¿no dices tú mismo que don Diego de Valor se creyó con derecho á la corona de Granada? para evitar una guerra civil, ¿encuentras nada mejor que mi alianza con esa familia por medio del casamiento de mi hijo con Isabel de Valor?

—¡Ah, señor! pienso que vuestro hijo será el primero que mostrará repugnancia á su casamiento: mira con desprecio á los Valor: los llama los renegados.

—¿Conoce mi hijo á Isabel? exclamó el emir; debe conocerla: cuando yo concebí hace cuatro años el proyecto de casarle con ella, compré la casa medianera á la que habitaba doña Isabel en el Albaicín, con el objeto de que la habitase Yaye: era necesario que se conociesen.

—Y se conocen, dijo Abd-el-Gewar: vuestro hijo le ama, pero sobreponiéndose á su amor la ha desdenado.

—Fatalidad! dijo el emir: ¡amarla y desdenarla!

—Vuestro hijo, señor, tiene el corazón lleno de las desgracias de su patria.

—Bien, bien; dijo el emir: aun es tiempo: acaso todo consiste en el horror que tiene Yaye al nombre cristiano; pero coneluyamos: estoy impaciente por verle: ¿me recuerda alguna vez, Abdel?

—Con mucha frecuencia me habla de vos y con entusiasmo. Ayer cuando le anuncié que había llegado el momento de que conociese á su padre me contestó: ¡oh! ¡si fuese tan noble y tan valiente como el walf Yuzuf-Al-Hlamar!

—¡Oh! ¡me recuerda! exclamó Yuzuf con el placer de un padre á quien llena de alegría y de orgullo el amor de su hijo.

—Si os recuerda pero jamás ha sospechado, á pesar de vuestras extraordinarias muestras de amor hacia él, que seais otra cosa que un valiente walf vasallo de su padre, un buen creyente, un antiguo amigo mío.

—En lo que por cierto no se engaña. Y dime ¿ha sospechado que su padre era el emir de los monfies?

—Muchas veces me ha preguntado el nombre y el reino de su padre, pero presumí que es hijo de un emir de Africa.

—No importa: aquí mejor que en Africa, tendrá ocasión de mostrar su valor y sus virtudes: la adversidad es la piedra de toque de todos los hombres y especialmente de los reyes. ¿Pero qué me quieren?

Acababa de sonar de nuevo un golpe metálico

Aquel golpe se repitió tres veces.

—Vé y abre, dijo el emir á Abd-el-Gewar.

El anciano se levantó y abrió.

Entonces apareció en el banco de la puerta un jóven robusto, gallardo, de

aspecto bravo y un tanto salvaje, que adelantó y se inclinó por tres veces.

—¿Qué quieres Aliathar? le dijo el emir.

—Poderoso señor, dijo Aliathar, los doce xeques de las tahas de las Alpujarras acaban de llegar y todas las tahas de los monjes esperan ya en el cerro de la Sangre.

—Bien, ha llegado el momento, dijo el emir; tú Aliathar, vé al cerro de la Sangre y dá á tus hermanos que muy pronto estarentos entre ellos. De paso dá al wisir Kaleb que introduzca al jóven que acaba de llegar: á Sidy Yaye.

Aliathar se inclinó y salió.

—Tú, Abd-el-Géwar, ve al diván donde ya están reunidos los xeques: tú los conoces á todos; todos te conocen: prepáralos á la vista de mi hijo.

—¿Pero, habéis meditado bien, señor?

—Sí, sí; la corona pesa ya demasiado sobre mi frente y mi brazo está cansado: me siento morir; vé Abdel, vé, y que se cumpla mi voluntad.

—¡Que se cumpla la voluntad de Dios! exclamó Abd-el-Géwar, é inclinandose ante el anciano emir salió.

En aquel momento se abrió la puerta y aparecieron el wisir Kaleb y Yaye.

—Jóven, dijo sólemnemente el wisir, el alto, el poderoso, el invencible emir de los creyentes de las Alpujarras te espera: prostérnate ante él.

Y el viejo Kaleb se inclinó profundamente, en tanto que Yaye fijaba una mirada atónita en Yusuf-Al-Hamar.

—Vete, dijo el emir, indicando con un ademán á Kaleb que saliese.

Kaleb salió.

El emir y Yaye, esto es, el padre y el hijo quedaron solos.

Yuzuf adelantó hácia Yaye.

Este se inclinó.

—Perdonad, señor, dijo, mi sorpresa: pero yo creía...

—Sí, tú creías; Sidy Yaye, que yo no era otra cosa que un noble walf, dijo Yuzuf tomándo las manos de su hijo y mirándole con delicia y con orgullo.

—Perdonad aún, pero jamás creí...

—¿Qué! ¿no me crees digno de ser rey de los valientes monjes de las Alpujarras?

—Os creo digno, señor, de ocupar el diván de los califas de Oriente, de ser rey del mundo: ¿acaso la virtud y el valor no viven en vos? ¿A quién mejor pudieran haber elegido los monjes para que los gobernase y los llevase al combate contra nuestros enemigos?

—Mi padre antes que yo fué emir de los monjes.

—¡Ah señor! ¿con que el noble walf que en mi niñez me sentaba sobre sus rodillas, y me estrechaba como vido entre sus brazos; el que tantas veces me ha aconsejado el desprecio de la vida por la patria; el que de una manera tan enérgica me ha referido las hazañas de nuestros abuelos, era ese poderoso emir invisible, á cuyo nombre palidecían de terror los cristianos, cuyos alcázares jamás ha pisado planta infiel, y que ha fecundado con torrentes de sangre impura las breñas de las Alpujarras?

—Yo era.

—¡Mil veces para mí dichoso el día en que puedo saludaros, señor, como al valiente caudillo, como á la invencible espada, perennemente desnuda y enrojecida en defensa del Islam!

Y Yaye se prosternó.

—Alzad, príncipe, dijo Yuzuf: en mis brazos, que no á mis piés es donde debéis estar: ¿acaso el emir de los monjes, os inspira menos amor que el walf Yuzuf para que huyáis de sus brazos?

Yaye se arrojó en los brazos del anciano.

El corazón de Muley Yuzuf latía con una violencia tal, que no pudo menos de percibirlo Yaye: un pensamiento, primero indeciso como una sospecha, luego más determinado, cubrió de palidez sus mejillas; pero con la palidez que causa una gran emoción: su mirada destelló un relámpago de orgullo y dijo con la voz trémula, pero grave y digna.

—Me habéis llamado príncipe, señor.

—¿Acaso no eres hijo de un rey? ¿acaso ayer no te anunció tu maestro, que muy pronto conocerías á tu padre?

—Es verdad, y acaso...

—Sidy-Yaye-ebn-Al-Hhamar, vuestro padre satisfecho de vos, cumplidos los años que había querido que viviérais como uno de esos infinitos hombres que han nacido para obedecer, os llama para entregaros su espada y su corona.

—Cómo, señor, vos... añadió Yaye más palido aún.

—Yo soy vuestro padre y vuestro rey, dijo acreciendo en solemnidad el emir.

Hubo un momento de profundo silencio.

—Disponed de mí, señor, como mejor os cumpla, dijo al fin Yaye.

—Ten siempre, hijo mío, dijo Muley Yuzuf después de un largo espacio en que estuvo hablando á Yaye acerca de los deberes que el nuevo lugar que iba á ocupar le imponía; ten siempre presente que desde este momento debes sacrificarlo todo á la patria: la felicidad, la vida, y si es preciso el honor: todo por la patria, nada por tí: sé justo y fuerte, y Dios te ayudará.

—Puesto, señor, que es vuestra voluntad el que yo os suceda en vida,

os juro que sabré morir antes que manchar con un hecho cobarde, con una injusticia ó con una traición á la patria, el ilustre nombre que me legais.

Después de esto el emir condujo á su hijo á través de cámaras verdaderamente regias, á un magnífico salón circular.

En aquel salón, sentados en semicírculo en un diván, á entrambos lados de un diván más alto, había doce hombres: todos ellos estaban armados de guerra, y en sus costados se veían largas espadas; todos ellos parecían valientes y caballeros, desde el más viejo cuya barba larga blanca representaba una edad avanzada, hasta el más jóven, cuya barba gris representaba á uno de esos guerreros para los cuales si bien ha pasado la juventud, no han pasado la agilidad ni la fuerza.

En el centro de la cámara, sobre almohadones de brocado, había unas vestiduras reales, una corona de oro y una espada.

De pie, á ambos lados del diván donde estaban sentados los xeques, había como hasta una veintena de personas, todos graves, todas vestidas con túnicas talares y de pie; además, entre gran número de walies y arrayaces, con trajes de guerra, había cinco alfereces: el uno tenía un estandarte rojo bordado de oro, en el centro del cual se veía un escudo azul atravesado con una banda de oro en que estaban escritas en árabe estas palabras: *Le galib ille Allah* (sólo Dios es vencedor). Este era el blasón de los reyes de Granada. Los otros cuatro alfereces tenían cada uno una bandera: cada una de estas banderas tenía un color distinto, la una era verde, la otra blanca, la otra azul y la otra morada.

Detrás del diván del centro, que como hemos dicho, era más alto, y estaba destinado sin duda para el rey, estaban cuatro escuderos: el uno tenía una ancha adarga dorada, el otro una espada de combate, el otro una lanza de dos hierros, el otro en fin, un capacete riquísimo rodeado de una toca blanca.

Allí estaba, por decirlo así, la corte completa del emir de los monfíes.

Se nos olvidaba decir que precedían y seguían al emir y á Yaye, wazires, soldados y esclavos: un alférez pronunció en voz alta, y anteponiéndole algunos adjetivos pomposos, el nombre del emir, en el momento en que este llegó á la puerta.

Los que estaban sentados se pusieron de pie y se inclinaron profundamente, como todos los demás: en el espacio que trascurrió desde que Muley Yuzuf apareció en la puerta hasta que llegó, llevando siempre á su hijo de la mano, al diván del centro, no se vieron más que cuerpos encorbados y brazos cruzados.

Aquella era la representación del despotismo musulmán: la profunda zala ó reverencia con que los buenos creyentes rendían homenaje á su señor, el poderoso emir.

Muley Yuzuf se sentó: Yaye permaneció de pie á su lado.

—Que Dios, el Altísimo y Único, os guarde, más fieles y valientes vasallos, dijo Muley Yuzuf desde el diván, y vosotros nobles y sabios xeques de mi consejo sentaos.

Los xeques se sentaron y los demás se enderezaron.

—Abu-Daly, mi secretario, dijo el emir, volviéndose á un anciano que estaba á la derecha de él, detrás del diván: entrega la gacela que te hemos hecho escribir, al noble Hussan-ebn-Dhirar, nuestro wisir; y tú, añadió dirigiéndose al wisir, lee á nuestros xeques, á nuestros sabios, á nuestros

capitanes; lo que según nuestra voluntad se contiene en esa gacela.

El wisir desenvolvió el largo pergaminó que le había entregado el secretario, y empezó con voz solemne y campanuda la lectura, en medio de un profundo silencio.

Muley Yuzuf-Al-Hhamar reconocía según el contesto de aquella gacela por hijo suyo á Sydi-Yaye-ebn-Al-Hhamar, alegaba las razones que había tenido para hacerle educar entre los cristianos, y después exponía su incapacidad, á causa de los años, de seguir gobernando á los monfíes y conduciéndolos al combate, como hasta entonces; por último, expresaba solemnemente su voluntad de abdicar la corona en su hijo, y de que este le sucediese inmediatamente en el mando.

Apenas hubo terminado el wisir su lectura, cuando todos los circunstantes se inclinaron profundamente, y dijeron en coro como si hubieran sido ensayados para ello:

—¡Cúmplase la voluntad del querido de Dios, el invencible, el grande, el sabio, el poderoso Muley Yuzuf-Al-Hhamar!

Entonces el emir se levantó, tomó de la mano á Yaye, le llevó hasta los almohadones que estaban en el centro de la cámara, y volviéndose á Yaye, dijo solemnemente:

—Hijo mío Sidi Yaye, escuchad lo que va á deciros vuestro padre, y luego paseando lentamente su mirada en torno suyo, añadió: buenos musulmes, sabios, xeques, wazires, cadíes, walfes y caballeros, oid lo que va á deciros vuestro señor.

Todos callaron: ese profundo silencio de la atención excitada, dominó en la cámara donde estaban reunidos más de cien hombres.

—El Altísimo quiere que nada sea eterno ó inmutable más que él: la robusta encina cuvejece, sus ramas es-

térriles dejan de producir hojas y frutos, y el huracán, al que ha resistido durante cien inviernos, le arrebata á cada empuje una de sus ramas secas: pero junto á la vieja encina hay siempre otra encina robusta y jóven, retoño de ella, y sus fuertes brazos cubiertos de verdor, dan sombra y frescura á la tierra que nutre sus poderosas raíces. Todo muere, pero el Altísimo ha querido que al invierno suceda la primavera, á un año otro año, á un cadáver un hombre robusto y jóven. Yo soy la encina que se ha secado, yo soy el invierno que concluye: fuerte y sereno me habéis visto resistir al huracán de la desgracia; me habéis visto fuerte contra la adversidad: hoy mi corazón es jóven, pero mi brazo está cansado y débil: como la encina se despoja al fin para no volver á engalanarse con ella de su diadema de verdura, yo me despojo de la corona que heredé de mi padre, y la pongo sobre la cabeza de mi hijo.

El anciano tomó de sobre los cogines la corona, y después de habérsela ceñido un momento, se despojó de ella y la puso sobre la cabeza de Yaye.

Un murmullo de respeto, una especie de salutación marticulada, semejante á uno de esos rezos que se pronuncian en voz baja, salió de las bocas de aquellos hombres.

—Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar; continuó el anciano: la corona que os he ceñido es la representación de vuestro nombre de rey: al ceñiros la he rodeado vuestra frente de magestad, pero también la he rodeado de los cuidados del gobierno: desde hoy no vivís para vos sino para los demás: vos no podéis tener amor más que para vuestra patria: vos no podéis tener ambición más que para vuestro pueblo: vos no debéis pensar más que en gobernarle en justicia, en procurar que algún día salga del des-

graciado estado en que se encuentra, y en que sus banderas puedan recorrer vencedoras y respetadas los extensos ámbitos de un imperio poderoso y feliz. Jurad que seréis justo y guardador de la ley, que vuestros pensamientos y vuestras obras, solo serán por el bien y la grandeza de vuestros reinos.

—Lo juro, señor, contestó Yaye.

—Entonces el anciano tomó la espada real, se la ceñó y dijo:

—Mi padre, al ceñirse esta corona que yo he ceñido también, y que ahora me vuestra cabeza, se ceñó esta valiente espada: durante treinta años, esta espada ha estado desnuda en las manos de mi padre, y ha brillado sangrienta contra los enemigos del Islam; durante otros veinte años, desde que murió mi padre hasta este momento, mi brazo ha sabido añadir glorias á esta espada; yo os la entrego (y el anciano ajustó el riquísimo talabarte de la espada á la cintura de Yaye), os la doy contra los enemigos de Dios y de nuestro pueblo; jurad que seréis buen caballero, que jamás desnudaréis esta espada contra el bueno, ni el desvalido, que en vuestras manos será un rayo exterminador de infieles, pero nunca un hacha de verdugo, que conservaréis y aumentaréis su gloria, que jamás la desnudaréis sin razón, ni la envainaréis con mancha.

—Os juro, señor, contestó con altivez Yaye, morir antes que manchar con una traición, una injusticia ó una cobardía, la noble espada de mis abuelos.

—¡Sed rey! dijo entonces Yazuñ Al-Hhamar; yo en presencia de Dios y de mi pueblo, renuncio en vos la sagrada potestad de que he estado investido durante treinta años; yo espero que mis buenos y leales vasallos no tendrán que maldecirme por haberlos puesto bajo vuestra espada y

vuestra voluntad. Lo que he podido daros os lo he dado; lo que resta que daros, pedido al pueblo que habéis de mandar.

—¿Me quereis por vuestro rey? dijo Yaye con voz firme y sonora, con la frente alta y resplandeciente de dignidad y de grandeza.

—¡Sí! ¡sí! ¡sí! exclamaron por tres veces, en coro los circunstantes.

—Y en muestra de que así lo queremos y de que así antes de ahora lo hemos determinado, dijo Abd-el-Ge-war, adelantando hácia el centro: yo gran faquí de los creyentes de España; os ciño la túnica real de vuestros mayores á nombre del reino de Granada.

Y tomando un magnífico caftan negro, que estaba sobre los cogines, le puso por la cabeza á Yaye, después de haberle despojado de su sencillo alquicel blanco; después tomó un manto rojo y le puso sobre los hombros del jóven, cerrando sobre su pecho dos magníficos erretes de perlas y diamantes.

—El reino os ha investido con el símbolo de la justicia y de la magestad; el pueblo de Dios espera que seréis justo y grande; el pueblo de Dios, que lucha hace tanto tiempo con sus implacables enemigos, os ayudará, os obedecerá y os respetará como á su rey y señor natural; pero pedirá á Dios que os hiera con el rayo de su justicia si fuéseis cobarde ó tirano.

—Así sea si yo tal fuere, contestó Yaye.

—Sed, pues, rey.

En aquel momento los cinco alféreces adelantaron: el que tenía el estandarte real de Granada, se colocó á la derecha de Yaye; los otros cuatro tendieron sobre el suelo sus banderas, mirando á las cuatro partes de mundo, según antigua usanza en la coronación de los reyes moros, y el escu-

dero que tenía la adarga, adelantó y la puso sobre las astas de las cuatro banderas.

—Desnudad vuestra espada, señor, dijo el justicia mayor del reino, y ponéos sobre la adarga, en señal de que soís rey, y de que de tal manera estaréis siempre armado contra los enemigos de nuestra ley.

Yaye desnudó la espada y se puso sobre la adarga.

—¡Hé aquí nuestro señor, el poderoso, el grande, el temeroso de Dios, Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar! gritó el alguacil mayor.

—Todos se prosternaron, y en tanto el alférez mayor del reino, tremolando el estandarte real gritó:

—¡Que Dios ensalce, y dé prosperidades al magnífico Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar!

Los circunstantes aclamaron á grito herido á Yaye.

Yaye era ya rey de aquel pueblo de extraños bandidos, que vivían entre las breñas, á quienes nadie conocía, y cuyos reyes tenían sus alcázares en las entrañas de la tierra.

Uno tras otro, primero su padre, convertido ya por su voluntad en su vasallo, fueron besando la orla del manto de Yaye, hasta el último caballero.

Quedaba aun la solemne aclamación delante del pueblo.

Para ello Yaye, con un aparato verdaderamente régio, fué sacado del subterráneo; fuera, en un pintoresco valle á la entrada de la gruta, por donde se penetraba al alcázar, había un magnífico caballo blanco, cuyas riendas tenían dos esclavos, otra multitud de caballos esperaban á sus dueños: un centenar de esclavos negros vestidos de blanco, llevaban antorchas encendidas; una taifa como de mil monfíes, armados de ballestas y espadas, formaban á un lado del pequeño valle.

La noche era clarísima: la luna brillaba en toda su plenitud, en medio del cielo, y á lo lejos se escuchaba el ténue quejido del mar, en su eterno romper contra la ribera.

Las antorchas eran más bien un lujo que una necesidad.

Inmediatamente la cabalgata real se formó, la mitad de los monfíes armados rompieron la marcha, y la otra mitad siguió á la comitiva.

Quien hubiera visto aquellas antorchas vagando por la montaña en medio de la noche, aquellos estandartes, aquel rey coronado, aquellos caballeros vestidos de blanco y armados de largas lanzas, aquellos dos tercios de ballesteros que marchaban silenciosos delante y detrás de aquella corte, hubiera creído que el alma en pena de Boabdil el Zogoibi, había salido de su tumba rodeada de sus cortesanos y de sus soldados para vagar sobre las breñas de las Alpujarras en lo más intrincado de la taha de Juviles, y llorar durante la noche su pérdida Granada.

Al cabo de media hora de marcha, el nuevo rey, su corte y su guardia, llegaron á la cumbre de una ancha colina; el terreno de aquella colina no se veía; estaba cubierto de hombres; eran los monfíes de las Alpujarras, que en número de diez mil, habían sido avisados por sus xeques para asistir á la proclamación pública y al reconocimiento del nuevo rey.

Cuando estuvieron en el centro, el alguacil mayor leyó el acta de la abdicación de Yuzuf Al-Hhamar.

Después el alferez mayor ondeó el estandarte real, y proclamó á Yaye.

Los monfíes respondieron con una aclamación inmensa y el viento de la noche fué á llevar á los lugares cercanos el estruendo de los añafles, las dulzainas, los atabales y las atakebiras, tañidas en honor del nuevo emir

de los monfíes Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar.

Después la comitiva real se volvió al alcázar subterráneo, y los diez mil monfíes divididos en taifas, se encaminaron á cubrir sus apostaderos en toda la extensión de las Alpujarras, que habían abandonado por algunas horas para ponerse de nuevo en acecho de los cristianos.

CAPÍTULO IV

LO QUE ERAN LOS MONFÍES.—YUZUF CUENTA SU HISTORIA Á YAYE.

Ya era media noche.

Yuzuf Al-Hhamar, se ocupaba en recorrer el alcázar mostrándole á su hijo. Yaye se había admirado más de una vez y sucesivamente se admiraba más y más.

Todo lo que había acontecido desde el día anterior era extraordinario; había momentos en que se creía entregado á un sueño; á uno de esos sueños que nos llevan de prodigio en prodigio á un punto tal, en que ya demasiado violentada nuestra fantasía nos obliga á despertar.

Yaye había alentado más de una vez ambiciosas aspiraciones; muchas veces al contemplar al pueblo moro tan abatido, tan abyecto, tan tiranizado por los cristianos, había pensado en que tarde ó temprano, aquel pueblo preferiría la muerte al sufrimiento cruel, lento, continuo, y se sublevaría; siempre pensando en una sublevación de los moriscos, había pensado en hacerse su caudillo á fuerza de valor y de sacrificios; su valiente fantasía había pensado en el triunfo: ¿qué oprimido no sueña alguna vez en vencer á sus opresores? y después del triunfo había soñado en una corona.

Aquella corona se le había venido á las manos de una manera extraor-

dinaria, antes de la insurrección y del triunfo. Yaye, preparado ya por el conocimiento de su alto origen y por sus pensamientos ambiciosos, había sostenido sin encogimiento, y como lo hubiera hecho un príncipe heredero, educado al lado de su padre en su misma corte, el alto papel que había desempeñado en la abdicación de Yuzuf.

Es cierto que Yaye conocía á Yuzuf; le había visto desde su infancia todos los años en la estación de los calores en Granada, pero á pesar de que Yuzuf le había tratado siempre con el cariño y la tierna solicitud de un padre, Yaye no había visto en él más que un anciano amigo de su venerable ayo Abd-el-Gewar; nunca había llegado á concebir que aquel viejo de larga barba blanca, de semblante pálido y melancólico, de ojos negros y hermosos, dulces, cuando miraban á Yaye, bravíos y terriblemente feroces, cuando se lamentaba en presencia del jóven de las desgracias de la patria, nunca había pensado Yaye, repetimos, que Yuzuf fuese su padre, y mucho menos que sobre aquella cabeza encanecida por los años y por las desgracias se asentase una corona.

Sin embargo, había llegado el día en que Yaye supiese que Yuzuf era su padre, y á más de su padre, rey de los monfíes.

¿Y qué eran los monfíes? ¿Salteadores como parecía indicarlo su nombre, ó soldados valientes é indomables de un pueblo vencido que sostenían aún con un tesón incansable la bandera del Islam?

Para contestar á esta pregunta que suponemos nos harán nuestros lectores, necesitamos remontarnos á la conquista de Granada.

En el año de 1492 los reyes de Castilla y de Aragón, doña Isabel y don Fernando, terminaron con la conquista

de Granada, la tenaz guerra de restauración contra los árabes, empezada por don Pelayo en Covadonga, y sostenida durante siete siglos por los condes soberanos, los reyes y los señores de España, á vueltas de sangrientas disensiones intestinas; habían puesto al fin el sello á su poder y á su grandeza, constituyendo un solo reino de los diferentes Estados de España, y añadiendo á su corona por fuerza de armas el reino moro de Granada, por cuya conquista el papa Alejandro VI los denominó por excelencia los Reyes Católicos; eran al fin señores de aquel último refugio de los restos del gigantesco imperio fundado por Tarik y sostenido con tanta gloria por los califas Omniades.

Yá desde las columnas de Hércules hasta las fronteras de Portugal, por una parte, y por otra, hasta los ásperos Pirineos, resonaba la voz de un solo señor, y la salmodia de un solo rito; la unidad religiosa y la refundición de tantos reinos en una sola corona, eran un hecho consumado con la conquista de Granada y con la existencia de un descendiente de los Reyes Católicos.

Las pretensiones de la Beltraneja, de aquella desgraciada princesa, cuya legitimidad y cuyos derechos á la corona de Castilla son aún un misterio, habían muerto en la batalla de Toro, y doña Juana la Beltraneja, la *excelente señora*, como la llaman las crónicas portuguesas, se había separado del mundo tomando el velo de esposa del Señor, en el convento de Santa Clara de Coimbra. Ningún obstáculo existía ya delante del astro esplendoroso de los Reyes Católicos, y como si esto no bastase, un hombre oscuro, un pobre piloto genovés, Cristóbal Colón, había arrojado á sus plantas el imperio de un nuevo mundo, que habían ocultado hasta entonces los mares de Occidente. Las naciones más

poderosas miraban con espanto el poder de los Católicos monarcas; la victoria reposaba cansada sobre sus pendones, y una extensa y pacífica monarquía era el sólido fundamento de su poder y de su grandeza.

Sin embargo, á veces en el corazón de un robusto cedro vive un insecto roedor é incansable que no se vé, que no se adivina, pero que trabaja en silencio, que adelanta en su afanosa tarea y que logra acaso atacar la vitalidad del robusto tronco que le contiene.

También bajo el esplendoroso manto de victoria de los Reyes Católicos se ocultaba una carcoma activa y roedora, un elemento hostil, pertinaz, bravío, incansable; una raza vencida, pero malcontenta con el yugo, ansiosa de sacudirlo: esta raza era el pueblo moro, á quien se había concedido una capitulación honrosa, á quien se había conservado el derecho de la pacífica posesión de sus propiedades; de la práctica de su religión, de su idioma, de sus leyes, de sus costumbres, á la manera que Tarik y Muza habían dejado siete siglos antes á los godos y solariegos vencidos; iguales derechos y franquicias.

Pero si los árabes habían respetado religiosamente sus pactos con los españoles subyugados, no había sucedido lo mismo (rubor causa confesarlo) respecto á las estipulaciones concluidas entre los vencedores reyes de Castilla y Aragón, y el vencido rey de Granada. El fanatismo cristiano fué para con los moros infinitamente más intolerante que lo había sido el fanatismo musulmán con los solariegos; los Reyes Católicos, dominados por sus confesores, pertenecientes al clero más feroz de que puede encontrarse ejemplo en la historia, empezaron muy pronto á faltar á los solemnidades tratados concluidos con el rey moro de Granada. Yá, poco después

de la conquista, (30 de marzo de 1492) habían expedido un decreto de expulsión contra los judíos, decreto que arrojó de Granada y del reino, cincuenta mil familias industriosas y opulentas; los moriscos miraron esta medida contra los judíos con un profundo recelo; no podía ocultárseles que tras la expulsión de los judíos, se pensaría en expulsarlos á ellos mismos, ó lo que era peor, de reducirlos por fuerza á una religión extraña, á usos, á costumbres enteramente opuestas á las suyas; el tremendo tribunal de la Inquisición, creado poco tiempo antes, se había establecido en Granada; los frailes cristianos se habían atrevido á penetrar en sus mezquitas, para predicarles la religión del Crucificado, y como estas misiones no habían producido conversión alguna, empezaron las más odiosas persecuciones; las mezquitas fueron ocupadas por el vencedor, con abierta infracción de las capitulaciones; y convertidas en iglesias; se pretendió obligar á que volviesen al cristianismo los descendientes de cristianos que habían abrazado el mahometismo, gentes que se conocían entre los moros con el nombre de *elches*, y estos se negaron enérgicamente, apoyándose en las capitulaciones de la conquista, á pesar de las cuales fueron perseguidos y obligados.

Por consecuencia el Albaicín se sublevó en masa, y fué necesario que el conde de Tendilla, capitán general á la sazón del reino y costa de Granada, apelase á la fuerza y á la artillería; los principales de los sublevados fueron duramente castigados á sangre, y los moriscos, aterrados por el castigo, doblaron la cerviz y aparentaron una sumisión que no sentían; esto en cuanto á los moriscos de Granada y de las aldeas de la vega, que en cuanto á los de las Alpujarras, gente indómita y bravía, se alzaron

de una manera imponente, degollaron á los cristianos que hubieron á las manos, se apoderaron de las fortalezas y se declararon en abierta rebelión.

Fué necesario que el mismo don Fernando el Católico acudiese á cortar aquel incendio; logrólo no sin trabajo; entregáronle los moriscos gran número de rehenes y se obligaron á pagar á la corona en el término de dos años cincuenta mil ducados, dejándose bautizar por añadidura; pero al mismo tiempo que se sofocaba la rebelión en las Alpujarras, brotaba otra en la Serranía de Ronda y se extendía rápidamente á Sierra Bermeja. Aquella sublevación costó la vida á uno de los primeros capitanes de los Reyes Católicos: á don Alonso de Aguilar, hermano mayor del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba.

Aquella sublevación fue sofocada también aunque con más trabajo y más tiempo, y al fin no quedó en España un morisco de las poblaciones que no estuviese bautizado y que públicamente no profesase la religión católica.

¿Qué mucho? Ellos se habían visto obligados á escoger entre el bautismo y las hogueras de la Inquisición.

Eran, pues, cristianos á la fuerza, de una manera externa, y en el fondo de sus corazones aborrecían á muerte al odioso conquistador.

Peró si bien los habitantes de las poblaciones, los que poseían terrenos ú oficios, los que para conservar sus bienes se veían obligados á someterse al yugo, practicaban el cristianismo, había un número considerable de gente suelta, nómada, como los antiguos árabes del Yemen, que preferían la lucha con el vencedor y sus peligros á someterse vergonzosamente al yugo. Estos moriscos, ó mejor dicho, estos moros, porque solo se

llamaba moriscos á los convertidos, no entraban en las poblaciones, sino para saquearlas; vivían en la montaña, se albergaban ya en las cuevas de las rocas, ya bajo sus tiendas de cuero, activos siempre, siempre dispuestos al combate y feroces y terribles hasta el punto de causar terror á los mismos moriscos de quienes habían sido hermanos.

Estos eran los monfíes.

Decíase á la ventura, porque nada podía asegurarse acerca de ellos, que estaban organizados en *tahas* ó distritos, que cada una de estar *tahas* estaba gobernada por un *xeque* (anciano), que todos estos *xeques* obedecían á un *emir* (príncipe) y que este emir tenía junto á sí *walies*, *wazires* y *alímes* (capitanes, consejeros y sabios); abultábanse el poder y las riquezas de este pequeño rey de diez mil soldados, que erraban por las montañas y estaban sujetos á su ley, ó por mejor decir á la ley alcoránica. á cuyo título los regía; hablábase de sus palacios subterráneos; aunque nadie los había visto, y de las maravillas que estos alcázares encerraban; pagábanle tributo las poblaciones de la montaña porque no las invadiese, las saquease ó tal vez las llevase á sangre y fuego, como había acontecido con alguna que había resistido al pago del tributo, y el solo nombre del emir de los monfíes bastaba para imponer terror á los más alentados.

A pesar de esto los monfíes eran una especie de duendes, unos seres misteriosos á los que nadie había visto, puesto que los que los veían durante la sorpresa de una población, ó en los desfiladeros de la montaña ó en las profundidades de una rambla, morían; pero las huellas de aquella gente feroz quedaban señaladas de una manera horrorosa, ya en los humeantes escombros de una aldea arrasada, ya en el cadáver de algún imprudente

viajero, arrojado en los liederos de un camión, ya en las cabezas de los cuadrilleros de la Santa Hermandad ó de los soldados de los tercios reales, que habían ido en su busca: despojos sangrientos que llevados durante la noche á las poblaciones, solían aparecer al día siguiente en las puertas de las iglesias.

Ya este, ya el otro capitán general de la costa y reino de Granada habían pretendido dar caza á estos terribles monfies; pero si la fuerza expedicionaria era respetable, nunca tropezaba con ellos, y si era escasa, poco después los restos ensangrentados se encontraban entre las quebraduras, ó crucificados, asaeteados, ó empalados en los caminos.

Llegó el caso de que las tropas empleadas en su persecución se limitasen solo á salir ostentosamente de las poblaciones para esconderse después en la primera breña que encontraban al paso, para volver al día siguiente diciendo que no habían dado con los monfies.

La existencia de estos, pues, no se conocía más que por la exacción periódica de los tributos, que los habitantes cuidaban de ir á poner en los lugares indicados en los edictos que en ciertas épocas del año aparecían clavados en las puertas de las iglesias ó por este ó el otro cadáver que encontraban acá y allá con suma frecuencia.

Por lo demás eran unos verdaderos duendes á quienes nadie había visto pero cuya influencia se sentía, y sobre todo se temía. Tales eran los monfies de las Alpujarras.

Yuzuf-Al-Hhamar-abu-Yaye era su rey.

¿Quién era este rey?

El mismo nos lo va á decir.

Yuzuf, después de haber mostrado á su hijo todas las maravillas del al-

cazar subterráneo, le condujo á un departamento separado: era el harém.

Más de una magnífica hermosura, joven y pudorosa, había levantado la cabeza adormida de sobre un diván, al sentir los pasos de su señor; Yaye vió con una indiferencia verdaderamente ascética aquellas niñas que se ponían de pie cubriéndose con sus velos y bajando las frentes ante la presencia del padre y del hijo: Yuzuf vió con placer que Yaye era un espíritu fuerte, noblemente levantado sobre las miserias humanas.

Hay que tener en cuenta para apreciar su indiferencia, y casi su hastío, que Yaye solo contaba veinte y cuatro años, que las mujeres, junto á las cuales de retrete en retrete y precedido por esclavos mudos, le llevaba su padre, eran jóvenes, deslumbrantes de belleza, la mayor de las cuales apenas llegaría á los diez y ocho años, africanas las unas, asiáticas las otras, bellezas de ojos negros, cabelleras brillantes, talles flexibles, y aspecto de pureza y de candor: algunas de ellas admiradas de la hermosura de Yaye fijaban en él una mirada dulcemente curiosa, y volvían á inclinar la vista cubiertas de rubor.

Yuzuf hizo conocer á Yaye muchas esclavas: habló con cada una de ellas no con el acento impuro é imperativo de un déspota musulmán, sino con el acento dulce de un padre.

A cada una de ellas decía también señalándolas á Yaye:

—Este es mi hijo; este es vuestro señor.

Las esclavas al escuchar esta frase callaban, cruzaban sus brazos sobre el pecho y se inclinaban.

Cuando hubieron salido del harém, Yuzuf dijo á Yaye:

—Las mujeres que acabas de ver son tus concubinas, están destinadas para tí; un rey debe tener en su ha-

rém las mujeres más hermosas del mundo.

—Yo jamás tendré esclavas para el amor, dijo brevemente Yaye.

—Yo siempre he tenido vírgenes en mi harém, dijo Yuzuf, pero jamás esclavas impuras: han sido mis hijas; con ellas he premiado el valor de mis guerreros, haciéndolas sus esposas; en vez de hacer de una esclava una mujer impura, he hecho buenas madres de familia. Solo he amado á una mujer, y aquella mujer era mi esposa.

—¡Mi madre! ¡Oh! ¡en verdad, señor, que nada me habéis dicho de mi madre!

—¡Oh! no he querido hablarte de ella, hasta hacerlo en el sitio á donde te voy á conducir; ven.

Al pasar por una habitación cuyas puertas estaban fuertemente cerradas Yuzuf se detuvo.

En aquella habitación había seis fuertes y enormes arcas de hierro.

Yuzuf abrió una de las arcas; estaba llena de doblas de oro.

—Yo creí, señor, dijo Yaye, que me habíais traído al lugar en que debíais hablarme de mi madre.

—¡Cómo! ¿no te maravilla saber que eres dueño de tantas riquezas?

—Las riquezas sólo debén servir para hacer el bien de nuestros hermanos: de tal manera las aprecio: consideradas de otro modo me causan hastío.

—Te he dado una corona y la has recibido sin envanecerte ni asombrarte; te he presentado mujeres, por cualquiera de las cuales ardería en fuego impuro, un morabitho (1) apartado del mundo, y las has visto sin conmoverte; te he hecho ver el brillo del oro, y no te has asombrado, ni ha nublado tu rostro la palidez de la codicia. Eres digno, hijo mío, de ceñir

mi espada y mi corona, digno de vengar á tu madre.

—¿De vengar á mi madre habéis dicho, señor?

—Silencio: aún no hemos llegado, sígueme.

Yuzuf cerró cuidadosamente otra puerta, atravesó con Yaye una larga y estrecha mina, y llegó al fin de ella á una puerta maravillosa, tanto por su labor como por las ricas maderas y preciosos metales con que estaba construida, sacó una llave de oro de entre sus ropas y abrió aquella puerta.

El retrete á que aquella puerta daba entrada era pequeño, pero resplandeciente; una lámpara de cuatro luces, suspendida de la cúpula, hacía brillar el oro de las labores sobre fondos esmaltados, el bruído mármol de las columnas, y la tersa superficie de los mosaicos, de los que arrancaba cien cambiantes; alrededor de este retrete había un ancho diván de seda y oro, y al fondo un magnífico arco primorosamente labrado y cubierto enteramente por la parte inferior por una cortina de brocado, que ocultaba completamente lo que tras aquel arco existía.

Yuzuf se sentó en el diván y atrajo á sí á Yaye.

—Siéntate, le dijo.

—¿Ha llegado el momento de que me habléis de mi madre?

—Aún no: antes es preciso que conozcas la historia de tu padre.

—Os escucho, señor.

El anciano empezó su relato de esta manera:

—Mi edad ha pasado de los sesenta años: el día en que Granada, destruida por las guerras civiles, vendida por el cobarde Muley Abd-Allah, su último rey, se entregó á los cristianos, tenía diez y seis. Mi padre era uno de los héroes de nuestro pueblo, mi padre era el infante Muza-ebn-Abil-Gazan, hijo bastardo de Muley

(1) Como si en castellano dijéramos monje.

Hacem, y hermano de Boabdil el desdichado.

Me acuerdo perfectamente del fatal día en que después de haber entregado las llaves de Granada al rey don Fernando en las orillas del Genil, Muley-Abd-Allah se encaminó con su familia y con los que quisieron seguirle á las Alpujarras.

Nuestras mujeres lloraban, lloraban nuestros viejos y nuestros soldados cabizbajos y avergonzados marchaban en silencio, sin atreverse á volver el rostro para mirar á la hermosa ciudad, entre cuyos escombros no habían sabido perecer como valientes.

Así en paso tardo como el de quien se aleja por la fuerza del objeto de su cariño, llegamos al alto del Padul.

Era el último lugar desde donde podíamos ver á Granada: el rey revolvió transido de dolor su caballo, y se arrojó de él. Luego se prosternó mirando á Granada y lloró: todos nos habíamos prosternado; todos llorábamos menos una mujer: aquella mujer estaba de pie, altiva, serena, pero profundamente pálida: aquella mujer era la madre de Muley Abd-Allah: la sultana Aixá-la-Horra.

Aún me parece que la veo de pie en medio de nosotros, como un genio fatal; aún me parece que escuchó sus altivas y terribles palabras.

—Llora, dijo al rey, llora como una débil mujer, la pérdida del reino que no has sabido defender como hombre.

Al escuchar el severo acento de su madre, el rey se alzó, lanzó una mirada suprema á Granada, exhaló un grito de dolor, se cubrió el rostro con las manos, y luego, montó de un salto á caballo, le revolvió hácia las Alpujarras, y apretándole los acicates partió á la carrera.

Todos le seguimos como una tromba: la desesperación nos impulsaba, y

doblamos la faldá de la montaña, con el estruendo y la rapidez del viento de la tempestad.

Yo cabalgaba al frente de nuestros soldados y de nuestros ginetes, agobiado bajo el peso de un doble é intenso dolor: salía desterrado de la ciudad en donde había nacido, y el noble infante mi padre, había desaparecido sin que nadie supiese lo que había sido de él: acaso había ido á buscar la muerte en alguna aventura desesperada, yendo solo á hacerse matar por los cristianos, encubriendo su nombre, como un moro cualquiera: acaso había huído para no ver la deshonra de su pueblo, la rendición á los castellanos, la Alhambra en poder de los infieles, la vergüenza en la frente del cobarde rey; acaso yo no debía volver á ver á mi padre.

Junto á mí, triste y pensativo como yo, cabalgaba el valiente Ali Hussein, alférez de mi padre, que en otros tiempos había llevado su bandera de infante á la victoria.

Algo más allá del Padul, Ali Hussein, detuvo su caballo y me dijo:

—Poderoso señor, tu padre quiere que nos separemos del rey y de sus gentes.

—¡Mi padre! exclamé: ¡pues qué! ¿sabes tú de mi padre?

—Tu noble padre nos espera en la montaña, me contestó.

Y puso su caballo en demanda de otro camino: yo le seguí con el corazón alentando apenas; nuestros parientes, nuestros soldados y nuestros esclavos me siguieron: éramos más de quinientos.

Mi padre se nos presentó de repente, se nos dió á conocer, y se puso á nuestra cabeza en un camino que se internaba en la montaña, y que á medida que adelantábamos se estrechaba hasta el punto de que nos fué necesario echar pie á tierra y marchar uno en pos de otro.

Mi padre iba delante.

Caminamos todo el día en silencio por ásperos desfiladeros, viendo á nuestros pies valles profundísimos por cuyo fondo se precipitaban ríos convertidos en torrentes por las lluvias del invierno, y sobre nuestras cabezas montañas cubiertas de nieve: sobre las colinas levantaban las tristes y altísimas copas solitarios pinos, y en el fondo de las estrechas vegas, en las vertientes de la montaña, bravos bosques de deshojadas encinas.

Ni una aldea, ni una habitación humana, ni aun la choza de un pastor, vimos durante el día desde el camino por donde nos guiaba mi padre. Solo se escuchaba el graznar de las águilas, el ahullar de los lobos hambrientos, el rugir de los torrentes y el zumbido del viento entre las quebraduras de la montaña.

Llegó la noche y con ella llegamos á una cumbre ancha, árida, cubierta de nieve, desde la cual se veían otras muchas cumbres que se levantaban en anfiteatro hasta el altísimo pico de Muley Hacam (1). Tampoco se veía desde allí ninguna habitación humana.

Detúvose allí mi padre y descabalgó: todos descabalgamos, y durante los primeros momentos de descanso nuestras mujeres y nuestros esclavos descansaron.

Después mi padre llamó en torno de sí á los guerreros de nuestra familia.

—«Hemos sido arrojados de nuestros hogares, nos dijo, y ya no tenemos patria: somos vencidos: el vencedor nos ha asegurado nuestras propiedades, nuestra religión, nuestras leyes y nuestras costumbres, por medio de una capitulación: esa capitulación que algunos creen honrosa y estable, no vale más ni es más fuerte

que el papel en que está escrita: la mano del vencedor procurará pasar primero por cima de ella, y cuando aleguemos los capítulos concertados con los reyes de Aragón y de Castilla la mano del sacerdote cristiano rasgará la capitulación, y los soldados de los reyes de España, nos impondrán la sumisión por la fuerza. Todo lo hemos perdido, todo: patria, religión, leyes, costumbres, haciendas: nos espera una suerte semejante á la de los judíos: la esclavitud y la vergüenza.

Resistamos con valor la inclemencia de los hados: si vivimos en los pueblos, allí nos vigilará el recelo del vencedor, que tendrá siempre el atento ojo sobre nuestros semblantes para medir su alegría ó su tristeza: si nos reunimos en mucho número recelarán; si evitamos reunirnos, recelarán también: acecharán por las rendijas de nuestras puertas para sorprender el pudor de nuestras mujeres, y procurarán apartar nuestros hijos de nuestro amor y de nuestras costumbres.

Debemos vivir lejos de los cristianos, acecharlos incesantemente, en vez de ser acechados: debemos preparar el día glorioso de una reconquista, si no para nosotros, para nuestros hijos: debemos continuar siendo fieles observantes de la ley, buenos musulmanes; en los pueblos no podríamos serlo: pero por fortuna la montaña es áspera, tiene guaridas desconocidas donde podremos ocultarnos, y desde las cuales seremos el terror del vencedor: es necesario que olvidemos el regalo de nuestras casas de Granada, las suntuosas fiestas, las alegres zambras: nuestros jardines serán las desnudas ramblas de las Alpujarras; nuestras zambras el combate continuo con el cristiano: que el que se aventure en la montaña muera, y que los cobardes habitantes de las poblacio-

(1) El más alto de Sierra Nevada.

nes paguen tributo al rey de la montaña.

En una palabra, desde hoy, si queréis seguir mis consejos, seremos monfíes.»

Concluyó mi padre, y los más ancianos, los más prudentes de la familia aprobaron su parecer.

Pero era necesario que aquel nuevo pueblo que había elegido para su residencia las grutas de las montañas, y por ejercicio la continua guerra con el cristiano, tuviese á su frente un caudillo que les gobernase.

Mi padre fué elegido unánimemente emir de los monfíes.

Un resto de la familia real de Granada, guarecido entre rocas y desfiladeros, no rendía vasallaje al vencedor del reino de Granada: los demás se arrojaban á sus pies en un cobarde vasallaje, ó se desterraban voluntariamente del suelo que les vió nacer, pasando al Africa.

.....

Anduvimos sin cesar por ásperos senderos durante aquella larga noche, alumbrados por la clarísima luna del mes de las nieves, y al amanecer llegamos al centro de un espeso pinar delante de la boca de una lúgubre gruta.

Esa gruta es la misma en que ahora te encuentras, hijo mío.

Dentro de esta gruta, mi padre construyó el alcázar subterráneo del emir de los monfíes.

—Pero según las cámaras que he visto antes de llegar á esta, dijo Yaye, si he de juzgar por el régio esplendor que nos rodea, este alcázar es tan rico como la Alhambra; para construirle han debido gastarse tesoros incalculables.

—Mi padre, continuó el anciano Yuzuf, previendo á tiempo la conquista, había vendido sus tierras, sus alquerías, sus castillos: el precio de

estos, aunque enorme, no bastaba ciertamente para la construcción de este alcázar maravilloso, del cual solo has visto una pequeña parte. Pero los monfíes hacían la guerra al cristiano y con mucha frecuencia penetraban en las villas más populosas y ricas de las Alpujarras, las entraban á saco y se volvían cargados de botín: el quinto de las presas era de mi padre; además, justo era que los que habían inclinado cobardemente su cabeza bajo el yugo del vencedor, los que se habían convertido de miedo (porque los cristianos tardaron muy poco en faltar á la fe de las capitulaciones), justo era que los que habían renegado vilmente de su Dios, contribuyesen al sostenimiento de los valientes moros que habían rechazado toda servidumbre, todo envilecimiento, toda apostasia, prefiriendo una sangrienta y continua lucha entre las breñas de la montaña, á una paz vergonzosa entre el ocio y el regalo de las poblaciones, bajo la mano de hierro y la vista recelosa de los cristianos: al poco tiempo de haberse hecho mi padre rey de la montaña, aparecieron gacelas escritas en las puertas de las iglesias, sin que nadie supiese quién las había puesto, en que se imponía á los moriscos renegados y á los cristianos, un fuerte tributo para el emir de los monfíes: la primera vez las gacelas fueron arrancadas sin temor, y solo recibieron por contestación un silencio de desprecio: el castigo no tardó mucho después de la ofensa: una y otra y otra villa fueron acometidas de noche, en medio del silencio, y sus moradores entregados al degüello y al incendio: cuando de nuevo se fijaron gacelas en los mismos parajes que las anteriores, los vecinos, cada uno según su riqueza, se apresuraron á pagar el tributo impuesto por el rey de la montaña, llevándole al lugar que se prefijaba en la gacela. Así han con-

Un año tras año. Al terminar la luna de los frutos, nuestros monfíes entran de noche en las villas y fijan en las iglesias las gacelas en que se les anuncia el día y el lugar en que han de pagar el tributo y dónde han de depositarle. Ningún año ha faltado una sola villa á cumplir esta prescripción. Tenía, pues, mi padre tesoros y los tengo yo. Con esos tesoros se ha construido en las entrañas de la tierra, en las excavaciones de unas antiquísimas canteras, este alcázar, que es una ciudad subterránea; con esos tesoros hemos podido ir aumentando el número de los monfíes, que al principio apenas llegaban á quinientos; que cuando murió mi padre llegaban á cuatro mil, y que hoy forman un ejército de diez mil soldados, fuertes, bravos, sin piedad, incansables, que conservan la pureza de la ley alcoránica, y enteró el amor de la patria: con esos tesoros podemos tener espías en todas partes, hombres activos que encontrarán medio de saberlo todo, de oírlo todo: estos hombres están allí do quiera ondea la bandera española: en la corte del emperador, en la del rey de Francia, en Italia, en Flandes, hasta el remoto continente americano, de donde nos envían el oro á raudales; nadie conoce á esos emisarios míos, y muchos de ellos sirven á sueldo bajo las banderas del rey de España, muchos alientan con mi oro las tentativas de los enemigos de Carlos V, y si yo quisiera, ese soberbio rey caería herido por un puñal invisible: ¿pero qué me importa la vida de don Carlos? El es un solo hombre, aunque poderoso, y nuestro enemigo es un pueblo entero, un pueblo de soldados aventureros y rapaces, de frailes codiciosos, de jueces y abogados que son otras tantas aves de rapiña: la codicia hace invencibles á esos aventureros, el fanatismo hace crueles á esos frailes, la soberbia im-

placables á esos jueces: donde quiera que pone su planta el soldado, donde quiera levanta su cruz el fraile, donde quiera tiende su garra el gollilla español, allí van la destrucción, la hoguera y el verdugo: América se estremeció bajo su yugo, Flandes se desangra, la hermosa Italia se ahoga; llegará un día, y acaso no tarde, en que alentados por la desesperación los oprimidos, hagan crugir y quebrantarse el yugo: en que España, rodeada por todas partes de enemigos, no tenga bastantes soldados para vencer; en que los frailes no puedan encender hogueras para quemar, en que los jueces se vean heridos por sus mismas plumas. Llegará un día en que se unan contra España todos los que por España son desdichados, porque la tiranía acaba siempre herida por sus mismos excesos. Una terrible guerra religiosa se agita en Europa; Roma lucha contra la protesta; los doctores católicos contra los doctores luteranos: cien pueblos contra uno solo, cien derechos contra una sola tiranía: la España de Carlos V es un coloso de hierro con los pies de barro, y su mismo peso le derrocará: ¡ay cuando llegue el día en que el coloso vacile! Un pueblo que hoy se esconde en las entrañas de las rocas, atacará á ese coloso por el pie y le arrojará por tierra...

—¡Sueño! exclamó Yaye, interrumpiendo á su padre.

—¿Acaso sabe nadie lo que está escrito en el libro del destino? ¿Acaso no fueron derrocadas Menfis y Babilonia? ¿No pasó la Grecia con sus guerreros, con sus sabios, con sus poetas y sus artistas? ¿Dónde está Cartago la rival de Roma? ¿Dónde está Roma la vencedora de Cartago? ¿Dónde están los godos que hollaron el Capitolio con los sangrientos cascos de sus caballos? ¿Dónde están los árabes vencedores de los godos? ¿Qué

ha sido de los almoravides y de los almohades, vencedores de los árabes? Todo muere: como los hombres, las razas.

—España es fuerte, poderosa y grande, exclamó el tenaz Yaye.

—Carlos V ve que el coloso empieza á desmoronarse bajo su imperio: este imperio pasará quebrantado, herido de muerte, á los hombros del príncipe don Felipe, y si bajo su mano no se destruye, pasará mermado á las de su hijo, y débil á las de su nieto, y miserable y envilecido á las de su biznieto. ¡Qué! ¿puede durar mucho un imperio que se funda en la opresión de pueblos enteros?

Acaso ni yo, ni tú, ni nuestros nietos, veamos convertido á ese coloso sangriento en un fantasma que se verá precisado á volver la vista atrás para contemplar algo grande; pero tenemos el deber de ayudar á la carcoma de ese coloso; tenemos necesidad de vengarnos, yá que no como serpientes, como sanguijuelas; debemos chupar continuamente su sangre y su oro: por cada moro que ese coloso despedace, nosotros debemos despedazar cien cristianos, y si está escrito que en nuestros tiempos ese coloso se derrumbe, debemos estar preparados á la lucha, en acecho de una ocasión propicia para reconquistar lo que hemos perdido, para poder piafar con nuestros corceles en las ricas campiñas andaluzas, y levantar en medio de ellas los minaretes de las mezquitas del Dios Altísimo y Unico.

—¡Oh, padre, padre! ¡El Altísimo ha visto los pecados de nuestro pueblo, y por ellos le ha destruído!

—Del mismo modo ve los pecados de los españoles, y les destruirá por ellos.

—Padre, ¿habéis vivido alguna vez entre esos hombres?

—El día en que mi padre fué elegido rey de los monfies, llamó á uno

de sus parientes más allegados, sabio anciano, y me entregó á él, como yo te he entregado á Abd-el Gewar. «Ve hijo mío, me dijo: vive entre los conquistadores, conócelos, porque algún día me sucederás en el gobierno, y el elegido por Dios para gobernar, debe conocer á los enemigos de su pueblo. Aprende su lengua, viste su traje, practica sus costumbres, ponte en estado de conocer sus malas artes para que no puedas ser engañado; conoce sus debilidades, para aprovecharlas, y si es necesario, sé cristiano en la apariencia. Corre mundo, y sobre todo sé dócil con el que desde ahora va á ser tu padre: cuando conozcas bien á nuestros enemigos, cuando largos viajes te hayan dado experiencia, vuelve, mi corona te espera.»

Y partí, y aprendí el habla castellana, y viví en la corte del emperador, y serví bajo sus banderas, y estuve en Francia, en Flandes, en América: por todas partes ví enemigos de España: por todas partes oí maldecir el nombre español: en todas partes ví vireyes y oidores, y clérigos, y capitanes y soldados de España, que se enriquecían por medio del crimen. Comprendí que los pueblos tienen un derecho sagrado de vivir bajo sus antiguas leyes, bajo sus usos y costumbres, y que un conquistador es siempre odioso, porque siempre se ve obligado á ser tirano.

—Lo mismo he comprendido yo, señor.

—Mi amor á la patria crecía á medida que pesaba los excesos que en todas partes, en todos los mares, en todas las regiones del mundo ejercían los españoles: mi sola pasión era el odio hácia los cristianos, mi solo deseo beber su sangre.

—¿Y no sentisteis jamás otra pasión ni otro deseo, padre mío? exclamó con embarazo Yaye.

—Sí, contestó Yuzuf, mirando fija-

mente á su hijo: tú eres una prueba viviente de que si mi corazón abrigaba un odio á muerte, una inextinguible sed de venganza contra los cristianos, dió también cabida al amor.

—Pero vos amaríais á una mujer de vuestra raza; á una parienta. acaso.

—Tu madre no era mora, hijo mío.

—¡Que no era mora!

—Era árabe.... al menos descendiente, en línea recta de los califas árabes de Córdoba.

—¡Descendiente en línea recta de los califas de Córdoba!.... ¿Cómo se llamaba?

—Ana de Córdoba y de Válór.

—¡Ana de Córdoba y de Válór!....

¡Hija de los renegados!.... ¡Cristiana!....

—Es verdad que los Válór cometieron un gran pecado renegando de su fe y sirviendo á los reyes de Castilla: es verdad que un moro no debía tener con ellos otra alianza que la del acero, otro trato que el del combate... ¿pero acaso hemos de castigar en los hijos los pecados de los padres? ¿Acaso no hay una ley superior á todas las leyes; una ley irresistible, porque está escrita por la mano de Dios en el corazón humano, y á la que es forzoso obedecer? Dichoso tú, hijo mío, si aún no has oído el terrible precepto de esa ley, de esa ley que se llama...

—¡Amor! exclamó profundamente Yaye.

—¡Amor! exclamó con profunda intención Yuzuf... pero no: á tu edad se juega con el amor; mas á la edad en que yo conocí á tu madre, en el estío de la vida, cuando ya se empieza á descender por la escala de los años, cuando tenemos el corazón vacío por la experiencia, árido por la desgracia, ansioso de amor... ¡oh! entonces no se ama al ángel, se ama á la mujer, se ama á la compañera; se busca un corazón noble y grande que sienta nues-

tro infortunio, que le acepte, que le alivie, compartiéndolo: un seno de paz en que reposar la cabeza calenturienta por los cuidados del gobierno: una mano amante que limpie de nuestra frente el sudor del combate; una boca que nos sonría como solo sabe sonreír la esposa que ama, y que ahuyente con su sonrisa, siquiera sea por un momento los crueles cuidados, la lucha azarosa del presente; los temores del porvenir. Y luego... tú no has podido encontrar en las tierras donde has vivido, ni en Madrid, ni en Salamanca, ni en Granada, ni en las Alpujarras, una mujer como tu madre... ¡Ven!

Yuzuf se levantó, y fué al arco del fondo: su semblante estaba más pálido que de costumbre, su blanca barba temblaba, sus ojos expresaban una tristeza profunda.

—¡Miral dijo á Yaye.

Y descorrió la cortina.

—¡Isabel! exclamó el jóven con un grito exhalado del fondo de su alma.

Al descorrerse la cortina, una mujer jóven y hermosa había aparecido ante los ojos de Yaye: aquella mujer demostraba la misma edad que Isabel de Córdoba y de Válór, y era tan semejante á ella, como si hubiera sido ella misma.

Pero aquella mujer estaba pintada en una tabla:

Aquella tabla era á todas luces obra del pintor de los Reyes Católicos; Antonio del Rincón.

(Entre paréntesis: el nombre de Antonio del Rincón estaría arrinconado en el olvido, si no hubiera retratado tres docenas de veces á los serenísimos Reyes Católicos).

Yaye en su permanencia entre los cristianos se habia hecho artista, y reconoció á primera vista por la manera, cuando la reflexión hubo dominado en él á la sorpresa, al autor de

aquel retrato: recordó que Antonio del Rincón había muerto muchos años antes de que Isabel de Córdoba y de Valor llegase á la edad que la dama retratada representaba: no podía ser aquella dama Isabel, pero podía ser su madre.

¡Su madre!

Este fué el primer pensamiento que brotó de la razón de Yaye, y le estremeció.

Acaso había un misterio en el nacimiento de Isabel: acaso amaba con un amor incestuoso á su hermana.

Cuando llenan la cabeza y commueven el corazón pensamientos y sensaciones tan profundas, la lengua enmudece, los ojos se asombran, ese organismo que se llama cuerpo humano tiembla.

Yaye fijaba una mirada fascinada en el retrato y estaba pálido como un cadáver.

—Esa era tu madre, dijo tristemente Yuzuf.

—¡Mi madre! contestó maquinalmente el jóven; ¡mi madre!

Pero dominando la reflexión á la emoción se encerró en una prudente reserva.

—Te asombra sin duda, dijo Yuzuf, interpretando mal la confusión de Yaye, ver á tu madre con esas ropas castellanicas; con ese tocado castellano, con esa cruz de oro pendiente del cuello. ¡Ah, hijo mío! ya te he dicho que tu madre era cristiana: yo, moro de raza, enemigo á muerte del nombre cristiano, no debí haber succumbido á los amores de una infiel. ¿Pero hay algún hombre que pueda hacerse superior á ese precepto de Dios que dice: hallarás á tu compañera y la amarás?

Hubo un momento de silencio.

Yuzuf se volvió al diván y se sentó en él. Yaye se sentó á su lado. Entrambos tenían fija su mirada en el retrato.

—Y yo no la busqué, continuó Yuzuf; la encontré un día en esa tabla... al verla me estremecí, temblé: nunca había temblado: nunca había conocido el amor, y al sentirle, no le comprendí. Sin saber por qué no podía separar los ojos de esa tabla, que tenía para mí voz, aliento, vida. Sin embargo, entonces era ya hombre maduro, me acercaba á los cuarenta años. Hacía ya diez que por muerte de mi padre había heredado su espada y su corona. Obedeciendo uno de los consejos que me dió mi padre al morir, vivía por mitad en las Alpujarras, como emir de los monfies, ó en Granada ó en la corte, como morisco convertido: cuando vivía entre los cristianos llamábanme el hidalgo Diego Vargas y nadie sospechó jamás que yo fuese el rey de aquellos terribles monfies, cuyo nombre solo aterraba á los castellanos.

Sabíanlo, sin embargo, algunos moriscos principales: uno de ellos era don Juan de Córdoba y de Valor, que aunque cristiano en la apariencia, era moro de corazón y esperaba, si un día triunfaba un levantamiento de los moriscos, ser elegido rey de Granada.

Entre don Juan de Valor y yo existía una estrecha amistad: don Juan, sin embargo, conocía mis incontestables derechos al trono de Granada: derechos no solo heredados, sino adquiridos en el combate continuo con el cristiano, mientras ellos, los moriscos, vivían en un ocio y una sumisión vergonzosas; don Juan me habló muchas veces de confundir en uno nuestros mútuos derechos por medio de un casamiento.

—Yo no tengo hijos, le contestaba yo, siempre que don Juan me hablaba á aquel propósito.

—Pero yo tengo una hermana, me dijo al fin un día don Juan: una hermosa doncella de diez y ocho años.

—Reparad en que yo cuento ya cerca de cuarenta.

—Para esta clase de alianzas no se repara en edades, replicó; basta con que el hombre ofrezca seguridades de sucesión.

—Por último, don Juan, le dije: vuestra hermana es cristiana, no cristiana como vos lo sois, sino de corazón, por creencia y por costumbre: yo no puedo unirme á una infiel.

Don Juan no me contestó á esta última decisión mía; es de advertir que cuando yo le di esta contestación no conocía á su hermana doña Ana: solo tenía noticia de ella y de sus exageradas creencias cristianas por algunos moriscos principales que la conocían: sabía sí que era hermosa; pero había llegado á los cuarenta años sin rendir tributo á la hermosura, porque mi corazón estaba lleno de ambición y de sed de venganza por las desventuras de mi patria. El saber que doña Ana de Córdoba era una doncella hermosísima no me había conmovido.

Un día, de vuelta de un paseo por el campo, pasábamos por una estrecha calleja del Albaicín, don Juan me convidó á subir á casa de un pintor su conocido.

Aquel pintor era Antonio del Rincón.

Subimos á una torrecilla donde Rincón pintaba sus cuadros, y lo primero en que reparé, entre una multitud de santos, cristos y vírgenes, fué en esa tabla que estaba puesta junto á una ventana y herida de lleno por la luz.

En el tiempo que estuvimos allí, no separé la vista de aquella tabla: un poder misterioso é irresistible me arrastraba á la mujer que en ella estaba representada.

Salinos de allí don Juan y yo, y al día siguiente volví solo á la casa del pintor. Aquella noche, á mi des-

pecho no había dormido; ni un solo momento se había separado de mí el recuerdo de la hermosa castellana. Cuando entré en la habitación del pintor el retrato estaba en el mismo sitio.

—¿Quién es esa dama, si es que podeis decirme su nombre? pregunté á Rincón después de algunos minutos que estuve hablando con él de cosas indiferentes.

—Esa dama, caballero, me dijo, es doña Ana de Córdoba y de Valor; y me extraña que no la conozcais porque al veros aquí con su hermano don Juan no parecíais sino grandes amigos.

En efecto lo somos, pero nunca he visto á doña Ana.

—Es doña Ana muy recatada:

—Y decidme, añadí rompiendo por todo: ¿tendríais dificultad en venderme ese retrato?

—No os le venderé, dijo, pero os le cambiaré.

—Cambiarle, ¿y por qué?

—Por vuestro retrato.

Maravillóme el precio que ponía á su venta Antonio del Rincón.

—No os extrañe esto, me dijo: sois un hombre poderosamente hermoso (no hago más que repetir las palabras del pintor, observó Yuzuf cuya modestia no era fingida) teneis un semblante sumamente noble, los cabellos y la barba negra, brillantes los ojos, tersa la piel, y apenas demostráis treinta años.

—Pues os engaños, amigo mío, le dije; me acerco ya á los cuarenta.

—Bien podrá ser, pero desde el momento en que os ví me dije: hé aquí que me contentaría mucho que ese caballero me mandase hacer su retrato: os parecíais mucho en lo grave y en lo pensador á mi señor el serenísimo rey don Fernando. Habiendo concebido ese deseo, ya comprenderéis que aprovecho la ocasión de que vos deseéis poseer el retrato de

doña Ana de Córdoba para proponeros un trueque.

—Acepto con sola una condición, le contesté, ó por mejor decir con dos condiciones.

—Sepamos.

—En primer lugar, habéis de procurar que don Juan no sepa que yo poseo este retrato, para conseguir lo cual haréis otro exactamente igual y se lo entregaréis como si fuese el mismo.

—Eso por supuesto, contestó Rincón.

—Además, insistí, habéis de aceptar el precio de los dos retratos, del suyo y del mío, puesto que son dos trabajos en que os debéis ocupar.

—¿Y estáis decidido, me dijo mirándome fijamente, á no dejaros retratar sino bajo esas condiciones?

—Decidido de todo punto.

—Sea lo que vos queráis: con esto creo que nuestro trato esté concluido.

—Sí por cierto. ¿Y cuándo me entregaréis el retrato de doña Ana?

—Dentro de ocho días: pero para ello será preciso que dentro de ocho días esté concluido el vuestro. Hoy prepararé la tabla. Venid á buscarme mañana al amanecer.

Volví al día siguiente después de una noche de insomnio.

Encontré á Antonio del Rincón trabajando ya en la copia del retrato de doña Ana.

—¿No teméis, le dije, que venga don Juan y os coja en el fraude?

—No por cierto, me contestó: don Juan viene muy de tarde en tarde: además, cuando llame, antes de que le abran trasladaré estas dos tablas á lugar seguro. Ahora permitidme que me apodere de vos para trasladaros á la tabla: desde este momento me pertenecéis. Os tengo como quiero; pálido, lo que aumenta vuestra... hermosura, y sencillo aunque rica é hidalgamente vestido.

En efecto, Rincón se apoderó de mí, me colocó frente al retrato de doña Ana de pie, puesta una mano en la cadera, y sosteniendo con la otra mi gorra.

Rincón empezó á trabajar: al poco espacio yo no veía nada; no pensaba en nada; solo veía á doña Ana que estaba frente á mí, solo pensaba en ella: no sé cuanto tiempo estuve inmóvil en aquella posición, mirando enamorado, loco, á doña Ana.

. Al fin Rincón lanzó un grito de triunfo.

—¡Es mi mejor obra, mi grande obra! exclamó: ¡jamás he pintado una cabeza como esta! ¡mirad!

En efecto, al ver la cabeza que enteramente había pintado Rincón, me estremecí: en aquella cabeza enteramente semejante á la mía, estaban pintados al mismo tiempo el deseo, la ansiedad, la duda: mis ojos exhalaban una ardiente mirada de amor: Rincón había sorprendido la expresión con que yo había estado contemplando el retrato de doña Ana, y la había trasladado á la tabla. Solo al ver la obra del pintor, examinándome á mí mismo, comprendí que estaba enamorado.

—Es necesario que borreís esa cabeza, le dije.

¡Borrarla! ¡queréis borrarla! exclamó con ímpetu poniéndose en actitud amenazadora delante de la tabla; ¿queréis arrebatarle mi fama? Esto sería cosa de andar á estocadas.

Fué necesario ceder ante el entusiasmo de Rincón. Durante ocho días estuve yendo todas las mañanas al amanecer y permanecí en casa del pintor durante cuatro horas. Al cabo de los ocho días mi retrato enteramente concluido, había desaparecido; en cambio, Rincón, después de haber envuelto cuidadosamente en paños el retrato de doña Ana y metídole en un cajón, me lo había entregado.

El retrato había sido trasladado á

este mismo lugar. Hace más de veinte y cuatro años que está ahí; hace más de veinte y cuatro años que ese tapiz le cubre, que esa lámpara le alumbraba.

El anciano se detuvo como para tomar fuerzas: después de algunos momentos de silencio continuó:

—Durante muchos días pasé largas horas delante de ese retrato: lentamente mi amor, que estaba en lucha con mi razón, fué venciendo; nació en mí primero débil y dominada por un invencible horror al nombre cristiano, la idea de mi casamiento con doña Ana: cuando pensaba en esto, más que la idea de unirme á una cristiana me atormentaba el temor de no ser amado por ella. Mi edad doblaba la suya. ¿Pero no me había dicho Antonio del Rincón que aun parecía joven, que aun parecía hermoso? Entonces por la primera vez, mi limpia adarga me sirvió de espejo: vi que mis cabellos eran negros, mi barba poblada y brillante, mi piel tersa, mis ojos jóvenes: comprendí que un continuo y rudo ejercicio al aire puro de la montaña, mi ignorancia hasta entonces del amor, y la exuberancia de vida que ardía en mi sangre, me habían conservado joven, en la edad en que otros se encontraban en el otoño de su vida. Tenía alguna esperanza. Había además en la expresión reflexiva y pura de doña Ana algo que me decía: esa mujer no puede amar á un hombre cualquiera: esa mujer no ha amado aun: algunas veces cuando hacía mucho tiempo que mis miradas estaban fijas en el retrato, me parecía que la pintura tomaba vida, que sus ojos brillaban, que con una mirada intensa, emanada del alma, me decían: ¡yo te amo!

Necesité conocer á doña Ana, pero no quise conocerla bajo la impresión de los consejos de su hermano, que indudablemente estaba interesado en que yo fuese su esposo.

Me trasladé á Granada, y uno de mis monfies, mozo despierto y que conocía perfectamente las costumbres de los cristianos, supo enamorar á una de las doncellas de doña Ana: por ella supo él, y por él yo, que doña Ana jamás había amado, ni recibido billetes, ni escuchado galanteos; que solo salía de su casa para ir á misa á la colegiata del Salvador y aun así muy temprano; que era buena hija y buena hermana, piadosa y ardientemente caritativa.

Yo, que jamás había entrado en la Iglesia de Cristo, sino para no hacerme sospechoso, entré en ella para conocer á doña Ana.

Coloquéme junto al presbiterio el primer día de misa á primera hora: cada mujer que adelantaba cubierta con un manto hacía latir mi corazón: al fin apareció una, esbelta, de continente magestuoso, y mi corazón sin dudar me dijo: ella es: precedíala un paje que llevaba un cojín y seguíanla una dueña y un rodrigón.

Afortunadamente el paje colocó el cojín á poca distancia de las gradas del presbiterio, casi junto á mí. Doña Ana se arrodilló: en el primer momento no me vió, luego, como por acaso me viese, palideció, hizo un movimiento de sorpresa, partió de sus ojos una mirada involuntaria, aquella misma mirada que yo había creído ver algunas veces en su retrato y que parecía decirme: yo te amo, y subitamente se ruborizó, bajó los ojos, y no los volvió á alzar hasta que, concluida la misa, se volvió rápidamente como temiendo encontrarme y se encaminó á la puerta del templo. Yo me había adelantado y la esperaba; la ofrecí agua bendita, la tomó maquinalmente y volvió á mirarme de una manera involuntaria y rápida. Después desapareció.

No podía dudar de que había causado una profunda impresión en doña

Ana: esto me llenaba de esperanza y por consiguiente de felicidad: al día siguiente estuve á la misma hora en la iglesia.

Doña Ana llegó y se situó en el mismo sitio. Aquel día me miré frente á frente, pero serena y tranquila. Al darla, agua bendita la recibí, y me dió modestamente las gracias.

Así pasaron quince días.

Al fin me decidí á darla un billete que llevaba hacia algunos días preparado y que no me había atrevido á darla; al salir, al mismo tiempo que la daba agua bendita, la di recadamente el billete.

Doña Ana le recibió.

En aquel billete la suplicaba que al mediar aquella noche, se asomase á sus miradores.

Al llegar la hora de la cita estaba yo en la calle: al dar las doce los miradores se abrieron, pero solo por un momento: salió por ellos una mano, y dejó caer un billete á la calle.

Aquel billete decía únicamente:

«Mi recato no me permite hablaros sino en presencia de mi hermano.»

Preciso fué volver al frecuente trato de don Juan; preciso fué que, aprovechando la primera ocasión, le dijese que habia pensado al fin que mi casamiento con su hermana me parecia conveniente y hasta necesario.

Al fin pude hablar á doña Ana: mi amor, tratándola, se desbordó y ya no reparé en nada.

Un mes después de mi entrevista con doña Ana, era su esposo.

Cuando ya después de ser su esposo me ví solo con ella, doña Ana me asió de la mano y me llevó á un pequeño retrete.

—Mirad, me dijo, y comprended la razón de que yo me ruborizase y me conmoviese al veros por primera vez.

Y me señaló mi retrato pintado por Antonio del Rincón.

—Ese retrato ha estado hasta aho-

ra en los aposentos de mi hermano, pero al ser vos mi esposo, ese retrato ha entrado con vos en mi aposento.

—¿Y cuánto tiempo hace que estaba ese retrato en vuestra casa antes de que me conocieseis? le pregunté.

—Seis meses, me contestó; y fuerza es confesaroslo... puesto que soy vuestra esposa y que os he jurado amor ante Dios... antes de conoceros, os amaba.

Entonces lo comprendí todo: comprendí que mi matrimonio con su hermana era la ambición de don Juan de Valor, que habia comprendido que yo no podría verla sin amarla, y que se habia valido para casarme con ella de Antonio del Rincón.

Pero ella mientras vivió no supo ni que su retrato estaba en mi poder, ni que yo era el poderoso emir de los monfies.

Tu madre me creía cristiano de buena fe, hijo de moriscos convertidos, y para ella no tenia otro nombre que Diego Vargas.

Al año de nuestro matrimonio naciste tú.

A los dos años murió tu madre.

—¡Oh! exclamó Yaye profundamente: bien desgraciado fuisteis en vuestros amores, señor.

—Si, y doblemente desgraciado, porque tu madre murió asesinada por la Inquisición.

Yaye se alzó como impulsado por un poder sobrenatural; cubrió su rostro una palidez de muerte, brilló en sus ojos una mirada letal, y tomó una actitud de amenaza que hubiera impuesto terror al más valiente.

—¡Qué mi madre ha muerto... asesinada por la Inquisición!

—Era demasiado hermosa: los cristianos son buitres voraces, dijo tristemente Yuzuf.

Hubo un momento de terrible silencio.

—Los cristianos, continuó después

de algún tiempo Yuzuf, no tienen por buenos sino á los que profesan su misma religión y aún, así á los cristianos viejos. ¡Ay de sus vencidos! Un cristiano nuevo, un morisco, es para ellos punto menos que un judío: un animal despreciable, un ser odioso, contra el cual se creen autorizados para todo: un morisco no les sirve más que para esclavo: una morisca... ¡oh! ¡cuando las moriscas son hermosas. ¡tener por mancebá una hermosa morisca es cosa muy deseada! La infeliz que resiste á los deseos de uno de esos infames aventureros, á quienes España entrega su bandera, infeliz de ella, porque el crimen acompaña á esos miserables á todas partes. Y luego, ahí están esos frailes sanguinarios que predicán la religión cristiana con el dogal en una mano y la tea en la otra.

—¿Pero cómo mató la Inquisición á mi madre? exclamó Yaye alentando apenas.

—¡Oh! ¡es un recuerdo horrible! Su confesor, un grave religioso dominico, un vil hipócrita, que sabía aparentar la virtud más rígida, era inquisidor. La hermosura de tu madre excitó los impuros deseos del fraile, y abusando de su ministerio intentó corromperla. Tu madre le rechazó con indignación. La venganza del fraile no se hizo esperar. Un día la Inquisición llamó á las puertas de nuestra casa. Yo estaba ausente en las Alpujarras. Registraron escrupulosamente y encontraron uno de los libros de Lutero que un criado infame, vendido al miserable fraile, había puesto entre los libros de devoción de tu madre, que fué arrastrada á los calabozos de la Inquisición: cuando yo lo supe volé á Granada. Mis monjes forzaron una noche, decididos á todo, las puertas de la cárcel; llegaron hasta el encierro de tu madre, la sacaron de él y la trajeron á las Alpujarras...

¿pero en qué estado? La habían hecho sufrir el tormento, la habían destrozado, y el terror... ese terror frío que causa la Inquisición, los dolores agudos del tormento, su recuerdo, la habían vuelto loca... vivió dos meses asombrándose de todo... estremeciéndose por todo... revelando en su delirio el nombre del fraile impuro... al fin murió: murió asesinada por la Inquisición.

Detúvose Yuzuf quebrantado por su dolor. Yaye le escuchaba con la faz sombría.

—¿Y que hicisteis del fraile?

—Murió despedazado por cuatro potros delante de mí en una rambla de las Alpujarras, después de haber revelado en el tormento el nombre del infame criado que fue su cómplice y que murió del mismo modo. Desde entoces me ensangrenté en los cristianos, singularmente en los clérigos y en los frailes. Pero no basta la sangre vertida, es necesario verterla á torrentes; sangre impura de cristianos: yo soy viejo... ya no puedo, como antes, estar hoy aquí, mañana allá, unas veces coronado entre mis vasallos, otras encubierto entre mis enemigos. ¡Oh Dios mío, Dios mío! añadió Yuzuf levantando los ojos y las manos al cielo, ¡tú no quieres que Ana quede sin venganza, tú no lo quieres porque me has rejuvenecido en mi hijo, y mi hijo vengará á su madre! ¡la vengará!

—¡Y si no puedo vengarla, señor, transmitiré á mis hijos mi venganza!

—Sí, nuestra venganza pasará de generación en generación. Dios querrá que se cumpla. Dios querrá que la sangre de tu madre no quede sin venganza. ¡Qué! ¿permitirá Dios que queden impunes los infames que me robaron á un arcángel del sétimo cielo! Abd-el-Gewar cree que no debí unirme á tu madre porque era cristiana. ¡Oh! era imposible verla y no

amarla. Acaso yo, moro de raza, enemigo á muerte del nombre cristiano, no debí sucumbir á los amores de una infiel. Pero basta ver esa tabla para disculparme: su pureza era tan grande como su hermosura, y tan grandes como su pureza y su hermosura sus virtudes. ¿Como verla y no amarla? ¿Como amarla y no codiciarla? ¿Como codiciarla y no ceder á su voluntad? ¿Has visto alguna vez, hijo mio, una mujer semejante á tu madre?

—Si, dijo roncamente Yaye, la he visto, existe.

—¿Que existe? ¿que la has visto?

—Ayer la vi por la última vez... la estoy viendo ahora: la veis vos... porque su imagen, está ahí, en esa tabla, con su misma frente pura, pálida y tranquila: con sus mismos ojos de mirada ardiente y lánguida, con su boca de sonrisa melancólica... Es ella... ella misma... Y luego su nombre... mi madre se llamaba doña Ana de Córdoba y de Valor, y esa mujer de quien os hablo, esa mujer que parece reproducida en esa tabla, que vive, que tiene la misma edad que representa el retrato de mi madre se llama...

—Doña Isabel de Córdoba y de Valor, dijo interrumpiendo á Yaye Yuzuf, que habia escuchado con un asombro y un placer marcados, la ardiente descripción que su hijo habia hecho de doña Isabel, comparándola con su madre.

—¿Cómo! la conocéis, señor.

—Doña Isabel de Valor es hija del hermano de tu madre, es tu prima hermana.

—¡Misericordia de Dios! exclamó Yaye.

—Tú la amas, hijo mio, añadió Yuzuf: la amas, porque al pronunciar su nombre, al hablar de ella, tu voz era trémula, estabas conmovido: amándola has colmado mis más ardientes de-

seos; yo... yo he sido quien te he puesto al paso de esa mujer.

—¡Vos señor!

—Si, yo compré para ti la casa inmediata á la de don Fernando de Valor, con quien vive doña Isabel.

—¡Ah padre mio! ¡la fatalidad nos persigue!

—¿Cómo, amas á Isabel y ella no te ama!

—Ella, señor, muere por mi.

—Pues si tú la amas... si ella te ama... ¿acaso sus hermanos?...

Sus hermanos no conocen nuestros amores: yo procuraba alejarme de su trato todo lo posible porque los despreciaba y los desprecio... son renegados.

—¿Y porque Isabel es hermana de los renegados te has sobrepuesto á tu amor... al suyo... y acaso la has despreciado?

—Anoche, señor, dijo Yaye confundido por el ronco acento de su padre, he resistido á su amor, la he dejado anegada en llanto, sentenciada á un destino horrible... porque... Isabel ha preferido perderme y ser infeliz, á dejar la religión cristiana; porque yo musulmán no podia ser esposo de la cristiana hija de los renegados.

—¿Y por qué, dijo con doble severidad el anciano, has desgarrado entre tus manos su corazón? ¿Por qué la has enamorado si no creías posible tu casamiento con ella?

—Isabel me amaba... necesitaba mi amor para vivir.

—¿Y creíste escuchando á tu soberbia, exclamó Yuzuf con profundo acento, que hacías una obra meritoria diciendo amores á una pobre niña, abriendo su corazón á la felicidad para decirla después: no puedo ser tu esposo porque eres cristiana?

—¡Señor!

—Tienes un deber sagrado que cumplir: es necesario que devuelvas

su dicha á Isabel; ella se parece á tu madre, tanto en el cuerpo como en el alma: la conozco bien, ¿y sabes tú lo que es una mujer de corazón que ama, cuando el hombre de su amor la abandona? Es un alma condenada; una mártir: tú no tienes derecho para martirizar á nadie, y mucho menos á un ángel. Es necesario, puesto que la amas, que seas feliz con ella, y que ella lo sea contigo.

—Acaso sea imposible, señor.

—¿Te ha exigido ella que para ser su esposo reniegues de tu ley?

—Ella me ha dicho: seguid vos en vuestra ley, yo seguiré en la mía: vos pasáis entre los moriscos por cristiano, seguid pareciéndolo para ser mi esposo.

—¿Y te negaste?

—Aborrezco el nombre cristiano.

—Yo no aborrezco á los cristianos por su religión, sino por sus crueldades con nosotros; por su feroz fanatismo, por su intolerancia como vencedores. El pueblo de Ismael nunca ha sido tan ignorante, tan fanático, tan cruel. Cuando los árabes conquistaron á España, cuando la ocuparon enteramente desde Calpe á los Pirineos, respetaron la religión, las leyes y las costumbres de los vencidos; les dejaron sus templos, sus sacerdotes, sus jueces y los trataron como hermanos. ¿Y qué sucedió? las dos razas antes enemigas, acabaron por confundirse. ¿Y quién obró este milagro? ¡El amor! Nuestros antepasados tuvieron cristianas por esposas, y los vínculos de la familia hicieron un solo pueblo de vencedores y vencidos. Cuando los Reyes Católicos entraron en Granada encontraron una iglesia cristiana; oyeron la voz de una campana que llama á sus correligionarios á la oración: aquella campana había estado resonando durante un espacio de más de siete siglos en los oídos de los musulmanes sin que éstos se irritasen: du-

rante más de siete siglos los obispos de Iliberis pudieron entrar y salir libremente en aquella iglesia, sin que un solo musulmán profanase el templo, ni interrumpiese el rito. Si nuestros abuelos fueron tolerantes; si trataron á los vencidos como hermanos; si se enlazaron con las cristianas, hijas de los solariegos, ¿por qué no hemos de imitarlos nosotros? ¿por qué ha de ser imposible tu unión con Isabel de Córdoba y de Valor?

—Porque yo no he oído antes vuestra voz, padre mío, exclamó con desesperación Yaye: porque yo no os he conocido algún tiempo antes.

—¿Has hecho acaso á Isabel una de esas graves injurias que no puede perdonar una mujer? ¿Te has envilecido á sus ojos?

—He rechazado su mano en el momento mismo en que se veía obligada por sus hermanos á entrar en un convento ó á enlazarse á otro hombre.

—¿Y cuándo te hizo esa revelación Isabel?

—Anoche.

—¡Oh! ¡acaso sea tiempo aún! exclamó el anciano corriendo las cortinas sobre el retrato. Ven, hijo mío, ven.

Y salió precipitadamente arrastrando consigo á Yaye, cerró, y le llevó á otra cámara apartada.

—¡Mi secretario Ayub! gritó á uno de los esclavos que dormitaban en la antecámara.

Poco después entró un anciano con el cual salió Yuzuf por una puerta lateral.

Enseguida entró por aquella misma puerta un morisco jóven, de aspecto bravo, pero hermoso y simpático, que se prosternó ante Yaye.

—¿Quién eres? le dijo éste.

—Poderoso Emir, contestó el jóven: vuestro magnánimo padre me envía

á vos. Creo que es necesario que os disfracéis de hidalgo cristiano.

—Tienes razon. ¿Y hay aquí ropas?

—Sí señor. Con mucha frecuencia nos vemos precisados á parecer lo que no somos. Venid si os place conmigo, señor.

La cámara quedó desierta durante media hora: al cabo de ella entró Yaye. Venía vestido con un sencillo pero rico traje de camino á la castellana.

Al mismo tiempo entró por otra puerta en la cámara Yuzuf, que traía en la mano un pliego cerrado: en la nema de aquel pliego se leía:

«A nuestro muy querido sobrino don Diego de Córdoba y de Valor.

—Toma, hijo mío, dijo Yuzuf á Yaye dándole el pliego: corre, vuela, llega á Granada, busca á don Diego de Córdoba, dale estas letras y cástate con Isabel, si aún es tiempo.

—Y la voz del anciano temblaba, porque comprendía que aquel «*si aún es tiempo*» era una condicion de vida ó de muerte para el corazón de su hijo.

—¡Ah, padre mío! y si por desgracia...

—Ni una palabra más: ya he dado mis órdenes á Abd-el-Gewar que te acompañará con veinte hombres de confianza: á caballo, emir de los monfies; á caballo.

A poco, Yaye y Abd-el-Gewar, también con traje castellano, acompañados de Harum que parecía un mayordomo de casa rica, y de veinte monfies que no parecía sino que toda su vida habían sido lacayos, ginetes en buenos caballos y armados á la ligera, salían de un espeso pinar.

La noche estaba ya muy avanzada: el día se aproximaba; la luna cercana al occidente iluminaba la montaña.

Al empezar á trepar por un desfiladero les detuvo un ¿quién va? enérgico.

A poca distancia soplando la mecha de un arcabuz, se veía un soldado castellano y en el fondo de la rambla, donde como hemos dicho antes, había sido despeñado el alguacil de Mecina de Bombarón, habla muchos hombres.

—¿Quiénes sois? dijo un alférez que había acudido al ¿quién va? del centinela.

—Somos hidalgos castellanos, dijo Abd-el-Gewar que vamos nuestro camino.

—Pues mal camino lleváis hidalgos, replicó el alférez: con el edicto del emperador que, como sabéis, acaba de pregonarse en las Alpujarras, andan revueltos esos malditos monfies, y esta misma noche han medio muerto al alguacil del corregidor de Mecina de Bombarón que se habla atrevido á seguirles los pasos disfrazado.

—¿Y no ha muerto el buen alguacil? dijo terciando en la conversacion uno de los monfies disfrazados de castellanos que escoltaban á Yaye.

Es de advertir que este monfi hablaba perfectamente el castellano.

—Ha sido un milagro de Dios dijo el alférez; le han dado tres saetadas, y le han despeñado de allá arriba. Pero aún tiene vida, según las muestras, para contarlo.

—Malditos monfies! dijo el monfi disfrazado ¡y no saber dónde diablos se meten!

—Malditos amén, dijo el alférez. Por lo mismo, añadió dirigiéndose á Abd-el-Gewar, yo os aconsejaría, buen caballero, que dejáseis la jornada para el día, si es que no os importa mucho, y que, aunque vais bien resguardado, os alojáseis en Cádiar, donde hay un buen presidio de soldados.

—Os agradezco el aviso, señor alférez, dijo Abd-el-Gewar, pero ya no

puede tardar en amanecer. Adiós y que él dé salud al herido.

—El os guarde hidalgos.

El alferez bajó hacia la rambla, y Yaye, Abd-el-Gewar y los suyos siguieron trepando por el desfiladero.

—Cerca andan de nosotros, dijo el monfi que había hablado antes; por lo mismo mucho será que no tengan alguna mala aventura.

Apenas había dicho el monfi estas palabras cuando se escucharon á lo lejos, en lo profundo de las breñas, arcabuzazos repetidos, y algunas balas y saetas perdidas, pasaron sobre sus cabezas.

—¡A la rambla del río! exclamó Abd-el-Gewar revolviendo su caballo; vamos á ganar el camino por más abajo de Cádiar. Al galope y silencio.

Muy pronto se perdieron entre las ramblas de los barrancos, y luego no se oyeron más que los disparos de los arcabuces y las campanas de Cádiar que tocaban á rebato.

CAPÍTULO V.

DEL ENCUENTRO QUE TUVIERON EN EL CAMINO ANTES DE LLEGAR A GRANADA NUESTROS CAMINANTES.

Cuando se lleva prisa se camina mucho, y devorado Yaye por la incertidumbre, hacía galopar con ardor su caballo sin cuidarse de si reventaría ó no.

Abd-el-Gewar le seguía como si los años no hubieran amenguado en nada su virilidad, y seguíanle así mismo Harum y los veinte monfies.

Tanto y tanto picaron que á las seis de la mañana llegaron á Lanjarón.

Pero los caballos iban cubiertos de espuma, ensangrentados los hijares, rendidos; era preciso renovarlos si se había de llegar á Granada con la mis-

ma rapidéz que se había llegado á Lanjarón, y para renovarlos era preciso detenerse.

Parecerá extraño que en una pequeña villa se pretendiese renovar veinte y tres caballos; pero dejará de existir la extrañeza cuando se sepa, que los caballos, con que se contaba estaban ya preparados en unas quebraduras cercanas á Lanjarón, por un aviso anterior. Los monfies ocupaban enteramente las Alpujarras y tenían recursos dentro de ellas en todas partes.

Abd-el-Gewar fué de opinión, que mientras uno de los monfies iba á ver si los caballos de refresco estaban preparados, entrasen en un mesón á la entrada del pueblo y descansasen y tomasen algún alimento.

Yaye bien hubiera querido seguir; pero doblegándose á la necesidad, se encaminó á la villa y se entró por el ancho portal de un mesón, dando una alegría indecible al mesonero, que se prometía una excelente ganancia con la permanencia de tantos huéspedes, aunque no fuese más que por algunas horas en su casa.

Acomodáronse Yaye y Abd-el-Gewar en un aposento á teja vana, en el fondo de un corredor descubierto, Harum el Geniz y los monfies en la cocina, y los cansados caballos en las cuadras, mientras uno de los monfies salía en demanda de los caballos de refresco.

Entre tanto el posadero sirvió una liebre á los amos y un guiso de abadejo á los monfies.

Todos, á pesar de ser moros, bebían vino, porque este sacrificio entraba en las necesidades de su disfraz.

Solo Yaye no comió ni bebió, y lleno de impaciencia había salido á los corredores á esperar la vuelta del monfi que había ido á buscar los caballos, mientras Abd-el-Gewar comía lentamente dentro del aposento su

guiso de liebre con la mejor buena fé del mundo.

El día estaba despejado, y un sol tibio y brillante iluminaba de lleno los corredores: Yaye se puso á pasear á lo largo de ellos.

Sus anchas espuelas producian un ruido sumamente sonoro, al que se unía el de su espada que, pendiente de un cinturón de dobles tirantes, arrastraba por el pavimento terrizo.

Por este ruido su presencia fué notada por el huésped, ó, mejor dicho, por la huéspeda de un aposento situado en el comedio del corredor.

Decimos huéspeda, porque á los pocos pasos que dió Yaye, se abrieron las maderas de una reja situada junto á la puerta de aquel aposento, y apareció en ella una cabeza de mujer.

Pero una cabeza característica. Un tipo evidentemente extranjero, pero energicamente hermoso.

Esta mujer, ó mejor dicho, esta joven, porque á lo más podría tener veinte años, era densamente morena, pero con un moreno límpido, encendido, brillante: sus ojos eran negros, de mirada fija, de gran tamaño, y llenos de vida y de energía, pero de una energía casi salvaje: bajo una toquilla blanca se descubrían sus cabellos, abundantísimos, rizados, negros, hasta llegar á ese intenso tono del negro que produce reflejos azulados: tenía la nariz un tanto aguileña, la boca de labios gruesos pero bellos, el semblante ovalado, el cuello esbelto y mórvido, anchos los hombros y alto el seno.

Esta mujer miraba con suma fijeza, y con una fijeza que podríamos llamar solemne, á Yaye que con la cabeza inclinada sobre el pecho, las manos metidas en los bolsillos de sus gregüescos, y profundamente pensativo, seguía paseándose sin reparar en la desconocida, y si alguna vez miraba, no era hácia la parte de adentro, sino

hácia la de afuera, al portal del mesón.

La desconocida no dejaba de mirarle con un interés marcado, en que sin embargo no había esa expresión de la mujer que mira á un hombre que la agrada: á pesar de esto concebíase que la desconocida quería ser mirada, y no solo mirada, sino admirada; deseaba en una palabra, á todas luces, interesar á Yaye, puesto que se aliñó en tanto los rizados cabellos, se colocó en el centro del pecho una preciosa cruz de oro, que pendía de un hilo de gruesas perlas de su cuello, y apoyó lánguidamente la cabeza en su mano, derecha, cuyo desnudo y magnífico brazo se apoyaba en el alfeizar de la reja.

Sin embargo, abismado en sus pensamientos, Yaye no la vió.

Notóse una lucha interna en el semblante de la joven, y por tres veces sus mejillas se pusieron excesivamente encendidas, señal clara de que luchaba entre el deseo de hacerse ver por el joven, y la vergüenza de provocar su atención.

Al fin con la voz temblorosa, con el semblante encendido y la mirada insegura, dijo á media voz:

—¡Caballero! noble caballero!

La voz de la joven era sonora, grave, dulce; pero en medio de su dulzura, que tenía mucho de la dulzura y de la languidez del acento andaluz, se notaba por su pronunciación que era extranjera.

Ese no sé qué misterioso que hay en el timbre de la voz de algunas mujeres, que acaricia, que halaga, que suplica, que manda á un tiempo, hizo estremecer con un movimiento nervioso á Yaye, que se volvió.

—¿Me habéis llamado, señora? dijo Yaye, mirando á la joven con la fijeza del asombro que causa en nosotros la vista de una mujer poderosamente

bella, por más que estemos enamorados de otra.

La extranjera comprendió que había logrado admirar á Yaye, y se sonrió de una manera tentadora.

Yaye, á pesar del recuerdo de Isabel, sintió una dulce sensación al notar la sonrisa de la desconocida.

—Si os he llamado, dijo esta, y como tengo muy poco tiempo para hablaros, quiero que no extrañéis mis palabras, que si Dios quiere, os explicaré en otra ocasión. ¿Vais á Granada?

—A Granada voy.

—¿Cómo os llamáis?

—Juan de Andrade.

—¿Seréis tan generoso que queráis amparar á dos mujeres desgraciadas?

—¡Oh! para amparar á una mujer, no es necesario ser generoso.

—Pues bien: cuando estéis en Granada, procurad conocer al capitán Alvaro de Sedeño.

—¿Y para qué?

—Somos víctimas de la brutalidad de ese hombre mi madre y yo: mi honor pelagra en su poder... prometeme que nos defenderéis, caballero, que nos salvaréis... hacedlo, y si lo queréis, seré vuestra esclava.

—Os prometo hacer por vos cuanto pueda, contestó conmovido Yaye.

—Y yo os creo, porque en la mirada de vuestros ojos se nota que sois un hombre de corazón y de virtud...

—¿Alvaro de Sedeño habéis dicho?

—Sí.

—¿Capitán de los tercios del rey?

—Sí, capitán de infantería española, de los que fueron á Méjico.

—¿Sois mejicana?

—Soy hija del rey del desierto, del valiente Calpuc.

—¡Hija de una raza subyugada, esclavizada, infeliz! murmuró Yaye.

—Para salvarme de ese hombre, necesitaréis no solo valor, sino oro. Tomad, y adios. No me olvidéis.

Y la mejicana dejó caer en las manos de Yaye un magnífico ceñidor de perlas de inmenso valor, después de lo cual cerró la ventana.

Yaye miró por un momento aquel largo y pesado ceñidor que además estaba enriquecido en su bronce con gruesa pedrería, y le guardó después en su limosneta.

—Si Isabel no se ha casado, dijo, seré feliz, y justo es que los que somos felices, no nos olvidemos de los desgraciados: si se ha casado, si no puede ser mía, ¡oh! entonces... entonces... necesitare matar á alguien, y me vendrá bién castigar á un infame... ¡el capitán Alvaro de Sedeño...! ¡algún aventurero rapaz...! sin corazón...! ¡dos esclavas...! ¡madre é hija...! ¡la esposa y la hija de un rey...! ¡infelices...! y luego... luego es necesario devolverla esta joya... debemos procurar no parecernos á los aventureros castellanos,

Acaso Yaye no se hubiera mostrado tan propicio para proteger á un hombre.

Por lo que vemos, Yaye estaba muy expuesto á engañarse acerca del verdadero móvil de su caridad para con las mujeres.

Lo cierto es que, apesar de Isabel, los ojos de la princesa mejicana, tan extrañamente encontrada en un mesón de las Alpujarras, le habían impresionado.

Lo cierto es que, á pesar de su indudable y ardiente amor por Isabel, no podía desechár el recuerdo de la encendida mirada de la extranjera.

Yaye era un ser digno de lástima.

Bajó en dos saltos la escalera, atravesó el corral, y entró en el zaguán.

—¡Harum! dijo, llamando.

—¿Qué mandáis, señor? dijo Harum, acercándose á Yaye sombrero en mano.

—Sígueme.

Harum siguió á Yaye que le llevó

al corral, y cuando no podían ser vistos de nadie, le dijo:

—¿Ves aqúel aposento que tiene junto á la puerta una reja?

—Si señor.

—Allí moran dos mujeres: no conozco más que á una de ellas: es morena, jóven, con los ojos negros y los cabellos rizados: además con ellas anda un capitán castellano. Quédate en el mesón, y sin que nadie pueda reparar en él, observa á esa gente, si guela: ve donde para, no pierdas ni un solo momento de vista á esas damas: si es necesario protégelas, protégelas.

—¿Hasta matar?...

—Hasta matar ó morir.

—Muy bien, señor.

—Cuando lleguen á Granada, observa en qué casa habitan.

—Lo observaré.

—Y me avisas.

—Os avisaré.

—Toma para lo que te pueda ocurrir.

Y le dió algunas monedas de oro que Harum se guardó de la manera más indiferente del mundo.

—Vete.

Harum se volvió al corro de los monfíes.

En aquel momento un hombre apareció en la puerta del mesón.

Este hombre tenía un aspecto extraño: era alto, como de cuarenta años, de color cetrino, de semblante que debió ser bello algún día, pero de líneas duramente rígidas; llevaba un ojo cubierto con una venda negra, y el otro ojo miraba con una fijeza, con una audacia que ofendían: en la mejilla izquierda tenía marcada una ancha cicatriz que replegaba su boca, haciéndola sesgada: por cima de su valona se veía un cuello moreno y musculoso, medio cubierto por una barba negra; por último, le faltaban el brazo izquierdo y la pierna derecha.

El primero estaba representado por una manga de jubón de terciopelo verde, con forros blancos y bordaduras de oro, doblada y sujeta por un extremo á un herrete de su colete de ámbar; en vez de la segunda llevaba una pierna de palo: sin embargo de estar tan horriblemente mutilado y estropeado este hombre, vestía un uniforme completo de capitán de infantería, y aunque al parecer no podía montar á caballo, llevaba calzada en la pierna izquierda una bota alta de gamuza, armada con una espuela de plata: apoyábase en un largo y fuerte bastón, llevaba pendiente del costado una descomunal espada, y se advertía que era fuerte, valiente, diestro, temible, y sobre todo duramente provocador é insolente.

Este hombre había salido de un carro tirado por mulas, que se había detenido á la puerta del mesón: en la delantera del carro se veía un mayoral alegre y zaino, y asido de la mula delantera, un zagal robusto, y á caballo junto al carro, un soldado viejo y armado á la gineta.

Este hombre, pues, por la riqueza de su atavío y por su servidumbre parecía rico, por su trage capitán y por su apostura valiente.

Yaye observó todo esto con una sola mirada, y se dijo:

—Este hombre debe ser el capitán Alvaro de Sedeño.

Sin saber por qué, la sola presencia de este hombre provocó su odio, su cólera, y un ardiente deseo en su corazón de cerrar con él á estocadas.

Y no era ciertamente porque le hubiese predispuesto á ello la breve conversación que había tenido con la extranjera; aunque nadie le hubiese hablado anteriormente de aquel hombre, le hubiera sido igualmente anti-pático.

Por su parte el capitán nada había hecho para desvanecer, siquiera fuese

con una conducta atenta, la mala impresión que debían necesariamente causar su semblante avieso, su media mirada insolente y su extraño estropeamiento: había lanzado una ojeada altiva y casi impertinente á los montes, había pasado con altanería, casi con desprecio y sin saludar, por delante de Yaye, y había atravesado el corral con más ligereza que la que parecía permitirle su pata de palo, entrándose por las escaleras; poco después le vió aparecer Yaye en los corredores, á tiempo que Abd-el-Gewar salía de su aposento.

Entonces notó Yaye una cosa extraña. Abd-el-Gewar se detuvo y se puso pálido; el desconocido se detuvo también, irguió la cabeza, miró de una manera altiva al anciano, y después se quitó la toquilla, le saludó, y pasó; Abd-el-Gewar se inclinó ligeramente, y se encaminó á las escaleras, y el desconocido llegó á la puerta del aposento donde estaba la extranjera, se puso el bastón bajo el brazo derecho, sacó una llave, abrió la puerta, entró, y cerró.

Poco después Abd-el-Gewar, preocupado y pálido aun, estaba en la puerta del corral junto á Yaye.

—¿Conocéis á ese caballero? le dijo el jóven: os habéis conmovido al verle; y él os ha reconocido, y os ha saludado.

—Sí, si por cierto: es él.

—¿Y quién es él?

—Es el señor Alvaro de Sedeño, antiguo y valiente soldado de los tercios del rey... y uno de los mejores servidores de tu padre.

—¡Ah! ¡es monfí!

—Lo ignoro; es un secreto que tu padre jamás me ha revelado.

—¿Pero donde habéis vos conocido á ese hombre?

—Muchas veces le he visto al lado de tu padre y hablando con él familiarmente en la montaña.

—Y sabiendo que ese hombre sirve á mi padre, ¿por qué palidecisteis á su vista?

—Es que ese hombre, no sé por qué, desde que le ví, me causó repugnancia, aversión, temor...

—Lo mismo me ha sucedido á mí, cuando hace un momento le he visto por primera vez.

—Me parece ese hombre fatal, dije distraidamente Abd-el-Gewar, pero aquí viene Hamet; sin duda nos esperan ya nuestras cabalgaduras... es necesario partir.

En efecto, un monfí jóven y gallardo entraba en aquel momento en el mesón y se dirigió al lugar donde estaban el jóven y el anciano.

—Los caballos esperan, dijo descubriéndose, en la rambla del río, cerca de Tablate.

—¿Enjaezados como conviene? dijo Yaye.

—No ha sido posible, pero se les pondrán los arneses de los que dejamos.

—¡Otra detención más! dijo suspirando Yaye, en quien había vuelto á recobrar todo su influjo el recuerdo de Isabel.

—Por lo mismo, dijo Abd-el-Gewar, es necesario detenernos aquí lo menos posible: paga al mesonero, Hamet, y que saquen los caballos.

Mientras esto se hacía, Yaye, que á pesar del recuerdo de Isabel no dejaba de tiempo en tiempo de lanzar una mirada al aposento donde se encontraba la princesa mejicana, vió que aquel aposento se abría y que salían de él primero dos mujeres, cuidadosamente envueltas en largos mantos negros, tras ellas dos criadas y después el estropeado: atravesaron el corredor, bajaron las escaleras y pasaron junto á Yaye y Abd-el-Gewar: delante iba el capitán: saludó fría y ceremoniosamente á los dos, y cuando pasaron las mujeres, Yaye creyó no

tar que la más esbelta de las encubiertas le dirigía un leve movimiento de cabeza, y que la otra encubierta, cuyo paso era menos ligero, le miraba á través de su manto con ansiedad.

Nada pudo notar el capitán. Cuando llegaron al carro, el zagal apoyó una pequeña escala contra la delantera y las dos mujeres y las criadas entraron y se ocultaron bajo la cubierta; después subió el capitán, y antes de desaparecer saludó de nuevo, pero de una manera que tenía mucho de insolente, á Yaye y Abd-el-Gewar.

Después de esto el carro echó á andar á buen paso.

Apenas se había separado el carro de la puerta del mesón, cuando Harum-el-Geniz se dirigió gentilmente á la salida del mesón.

—¡Eh! ¿á donde vais, Pedro? le preguntó con imperio Abd-el-Gewar.

—El señor me ha ordenado... dijo Harum deteniéndose y señalando á Yaye.

—Vá á un asunto mío, dijo el jóven, dejadle ir.

Y el monfi, en vista de un ademán del jóven, siguió su camino.

Sigámosle.

El carro descendía con entitud, por el pendiente camino que conduce al puente de Tablate desde Lanjarón. El monfi, en vez de seguir ostensiblemente tras el carro, rodeó por las tapias del pueblo, se perdió entre los olivares y echándose la espada al hombro, y después de habérselo quitado las espuelas, que le embarazaban, empezó á andar con una rapidez maravillosa. Muy pronto estuvo entre quebraduras y después de haber flanqueado la montaña por espacio de una hora, se encontró marchando sobre las crestas de los montes á cuya falda se extiende el camino de las Alpujarras á Granada.

El carro del estropeado y el solda-

do que le escoltaban se veían á lo lejos: muy pronto una nube de polvo apareció por un recodo del camino, y un grupo de ginetes adelantó á la carrera, alcanzó el carro, pasó adelante y se perdió en otro recodo: eran Yaye, Abd-el-Gewar y los veinte monfies.

Harum, que se había quedado á pié para cumplir el encargo de Yaye, y que ciertamente atendidas su robustez, su agilidad y el pujante de su marcha no necesitaba caballo para llegar desde aquel punto y en poco tiempo á Granada, se detuvo, y sacando un silbato de hierro de su bolsillo, le hizo lanzar por tres veces un largo y poderoso silbido.

Al poco espacio salieron de las breñas cercanas y con poco intervalo de una á otra aparición, tres monfies con su traje característico de montaña y con fuertes ballestas.

—Que el Señor Altísimo y único sea con vosotros, dijo Harum.

—Allah te guarde walli (1),^o dijo uno de ellos, ¿qué nos quieres?

—Lo que voy á deciros os lo dice por mi boca el magnífico emir de las Alpujarras.

Los tres monfies hicieron una zala ó saludo á la usanza mora.

—Estamos dispuestos á obedecer, dijo el que hasta entonces había hablado.

—¿Veis allá á lo lejos en el camino un carro?

—Le vemos.

—Pues bien, es necesario no perder de vista ese carro.

—¡Lleva oro! exclamó con la alegría de un bandido que presiente una presa, otro de los monfies.

—No, repuso Harum, en aquel carro van dos damas cubiertas con man-

(1) Equivalente á gobernador, á capitán de gente de guerra.

tos, un soldado castellano, tuerto, manco y cojo, y dos criadas.

—¡Ah!

—Tú eres un gamo y un lobo, hijo, dijo Harum, dirigiéndose al que había hablado primero. Parte á cuanto andar puedas, y haz que de uno en otro puesto de la montaña no falten diez de los nuestros, que no pierdan un solo momento de vista ese carro. Si se detiene, si las damas que van en él corren algún peligro, defendedlas.

—Muy bien.

—Que cuando yo llegue á la puerta del Rastro de Granada, que será esta tarde, sepa si ha llegado ó no el carro, y si ha llegado, en qué casa han parado el soldado y las dos damas.

—Muy bien.

—Ea, pues, tú, Zeiri, piés á la montaña. Vosotros seguidme.

Unos y otros se perdieron muy pronto entre las ásperas cortaduras.

.....

A las siete de la mañana habían salido Yaye, Abd-el-Gewar y los veinte monjes del mesón de Lanjarón; á las once del día Yaye y Abd-el-Gewar á caballo y solos, atravesaban la plaza Larga del Albaicín de Granada.

CAPITULO VI.

EN QUE SE PRESENTAN NUEVOS E INTERESANTES PERSONAJES.

Muy poco después Yaye y Abd-el-Gewar, llamaban á la puerta de su casa y un esclavo les abría.

Yaye desmontó, y llevando por sí mismo su caballo del diestro, mientras el esclavo conducía el de Abd-el-Gewar, atravesó el zaguan, la calle principal del jardín y lanzó una ansiosa mirada á la galería de las habitaciones de Isabel: estaban desiertas, las celosías cerradas, un profundo silencio dominaba en aquella casa.

Aquel silencio, que nada tenía de extraño, atendido á que era el medio día de un caluroso de junio, impresionó al jóven; y es que cuando estamos predispuestos á recibir impresiones tristes, estas impresiones emanan para nosotros de todo lo que nos rodea.

—Kaib, dijo Yaye volviéndose al esclavo berberisco que les había abierto, ¿no tienes ninguna noticia que darme?

El esclavo, que amaba al jóven, le miró tristemente.

—Ninguna, señor, dijo después de un momento de silencio.

—¿Durante mi ausencia no has visto á doña Isabel de Valor?

—No señor; hace dos días, al amanecer, en las horas del calor, por la tarde, por la noche, las celosías del mirador han estado cerradas. Ni aun la he oído cantar; ya sabéis que la señora cantaba todas las noches... pues nada, señor, nada.

—¿Con que no la has visto? ¿no ha cantado? Estará enferma acaso.

—Puede ser que lo esté, pero si lo está no guarda el lecho.

—¿Cómo sabes eso si no la has visto?

—Os diré, señor; durante vuestra ausencia de Granada no la he visto; pero cuando ya debíais haber llegado, hace media hora, la he visto salir de su casa.

—¡Ah! ¡y estaba triste!

—Muy triste y muy pálida, pero muy hermosa; y luego iba tan bien prendida!

—¡Bien prendida!...

—Llevaba una falda y un justillo de brocado blanco, un velo de plata y seda, y una corona de flores blancas.

Nubláronse los ojos de Yaye, zumbó un ruido sordo en sus oídos, agolpósele toda su sangre al corazón, se puso mortalmente pálido y un vértigo momentáneo, pero violento, pasó

por su cabeza y cubrió su frente de sudor frío.

Necesitó apoyarse en la pared para no caer.

Su poderosa voluntad dominó al vértigo, y volviéndose al esclavo exclamó roncamente:

—Deja los caballos y ven conmigo.

El berberisco obedeció dócil como un perro; Yaye atravesó como una exhalación el jardín, el zaguán y la puerta, que abrió con un apresuramiento febril: luego, seguido de Kaib, se aventuró á largo paso por las estrechas, tortuosas y pendientes callejas del Albaicín.

—¿Quién acompañaba á doña Isabel? preguntó Yaye al berberisco.

—Su hermano don Fernando, un hidalgo mal carado y como de cuarenta años, pero muy galanamente vestido, Diego, el Geniz, y Pedro de Barrero, también vestidos de gala, dos pajes con libreas nuevas, su dueña y dos doncellas.

—¡Ah! exclamó Yaye que todo lo adivinaba, apresurando más el paso: ¿y no iba con ella su hermano mayor don Diego?

—No señor.

—Llevarían literas.

—Sí señor, dos: en la una entraron doña Isabel y su dueña, en la otra las dos doncellas.

—¿Y te vió doña Isabel?

—Sí señor, y al verme se puso pálida, muy pálida... y me miró de una manera, que sin duda quería decir: cuenta á tu señor que me has visto vestida de blanco, con corona de rosas blancas y pálida como una muerta.

El berberisco pronunció con una profunda intención estas palabras,

Yaye se estremeció y apretó más el paso hasta casi correr.

No se habló una palabra más entre amo y esclavo.

Al fin Yaye se detuvo en la calle del Agua, delante de una casa de no-

ble apariencia, que mostraba un enorme escusón de piedra barroqueña encima de su gran puerta de roble esculpada.

Yaye se lanzó á aquella puerta y asió su enorme llamador.

Pero antes de que pudiese llamar se abrió la puerta y apareció un caballero ricamente vestido de negro.

Este caballero se sorprendió al ver á Yaye, retrocedió un paso y le miró con extrañeza y aun con cuidado.

En el zaguán de aquella casa, que al abrirse la puerta había quedado á la vista, se veía una dama que se preparaba á entrar en una litera cuando se abrió la puerta y apareció Yaye.

Al verle aquella dama que era notablemente hermosa, se detuvo, se puso densamente pálida, ahogó un grito y fijó una intensa mirada en Yaye.

La extrañeza del caballero y la palidez y la conmoción de la dama á la vista de Yaye, nos obligan á que antes de pasar adelante demos á conocer á estos dos nuevos personajes, y á algún otro más de los que figuran en nuestra historia.

Aquella dama y aquel caballero, eran esposos.

Ella se llamaba doña Elvira de Céspedes: él don Diego de Córdoba y de Valor.

El casamiento de estos dos seres había sido una consecuencia de consecuencias.

Doña Elvira era una dama cuya juventud parecía extremada: apenas demostraba diez y ocho años; pero nosotros sabemos por los apuntes que nos hemos visto obligados á entresacar de antiguos papeles para escribir esta verídica historia, que doña Elvira en 1546 había cumplido veinte y tres años y que se había casado á los diez y siete con don Diego de Córdoba y de Valor. Sabemos también que doña Elvira era hija del licenciado

Juan de Céspedes, hidalgo por su casa y pobre por desgracias de sus padres, cuyas desgracias le habían obligado á estudiar como sopista en la universidad de Alcalá, desde la cual, concluidos sus estudios y mediante la protección del cardenal don fray Francisco Jiménez de Cisneros, para el cual era recomendable todo jóven de talento, aplicado y honesto en las costumbres, había pasado á ocupar un oficio de alcalde de la Sala de Casa y Corte en la Real Audiencia de Granada.

Allí y por causa de un embrollado proceso conoció el licenciado Juan de Céspedes á una viuda hermosa, ó que se lo pareció, pero pobre, y el resultado de este conocimiento fué, que algunos meses después el señor Juan de Céspedes, ya hombre maduro, casó con doña Irene de Avendaño que había mucho tiempo que había dejado de ser una rapaza.

En 1523 doña Elvira de Céspedes y Avendaño, fué el fruto de bendición que dió Dios á los esposos; fruto tardío de la dueña cuarentona doña Irene, que sucumbió á un parto demasiado laborioso, dejando por único consuelo al aflijido alcalde de Casa y Corte una hermosísima niña.

La educación de una niña no era lo más á propósito para un hombre á quien habían hecho duro y abstracto la pobreza y los estudios, cualidades que se habían exacerbado con el continuo ejercicio de sentenciar á horca y galeras, á todo bicho viviente que se le había venido á las manos entre las fojas de un proceso. El licenciado Céspedes que hasta entonces nada había encontrado grande y difícil más que la recta aplicación de la ley, sintió que le había caído encima una montaña con la muerte de su esposa, que le sentenciaba por completo á la crianza de su hija.

Pero consideró que en cinco años

á lo menos no urgía pensar en la educación decisiva de doña Elvira, y contó muy prudentemente con que en aquellos cinco años se le ocurriría bien un medio de salir del atolladero.

Pero hé aquí que apenas la niña había salido de la lactancia, se encontró el licenciado, con que, sin haberlo pretendido, el emperador y rey don Carlos V. le nombraba oidor de la Real Audiencia de Méjico, que acababa de crearse.

La obligación de justificar el carácter de nuestro personaje, con la apreciación de su educación y de su vida íntima, nos pone, en el caso de hacer otra digresión relativa al por qué se había dado al licenciado Céspedes, sin que lo pretendiese, un oficio codiciosísimo, en el riñón de aquel tesoro de la corona de Castilla que se llamaba Nueva-España, oficio á que él no había osado aspirar en sus más insensatos sueños de ambición.

Todo tiene su causa en este mundo: todo consistía en que el licenciado Céspedes después de haberlo pensado y repensado durante dos años, había encontrado que el mejor medio de procurar á su hija una educación conveniente era darla una segunda madre. Una vez ejecutoriada esta providencia en el sensorio del alcalde de Casa y Corte, halló que para cumplirla necesitaba á todo punto casarse, para casarse tener novia, para tenerla buscarla.

Y la halló, como quien dice, debajo de la mano, en una su vecina, hija de un capitán inválido de los tercios de Italia, pobre pero honrada, sobre honrada jóven, y como complemento de conveniencias, exceptuando la pobreza, fresca y robusta.

No era hombre el licenciado Céspedes que á los cuarenta y cinco años se anduviese con telegramos (que hoy se dice) ni con billetes, ni con otras geriznas, diametralmente opuestas á

su carácter natural, y sobre todo á su carácter judicial: así es que, después de haberlo maduramente decidido, se puso un día su loba más rica, su mejor golilla y su reluciente espadín de corte, y se presentó casa de su vecino el valiente capitán de los tercios de Italia Illán de Aponte, al que rondadamente pidió su hija por esposa.

El capitán no encontró razón para echar á la calle aquella fortuna tan inesperada, que tan de rondón y tan formal se metía por las puertas de su casa.

Entonces no se contaba para nada con la voluntad de las mujeres, ya se tratase de casarlas, ya de emparedarlas en un convento. El capitán Aponte dió palabra formal de soldado honrado al alcalde de Casa y Corte, de que su hija sería su esposa.

Dióse traslado á la parte; esto es: á doña Clara, así se llamaba la pretendida.

Ella se sobrecogió, se puso pálida y tartamudeó algunas palabras que su padre atribuyó al pudor natural de una doncella de veinte años.

El padre se engañó.

Lo que causaba el sobrecogimiento de su hija era que estaba enamorada de un mancebo noble, hermoso y rico, y comprometida con graves compromisos, de que pudiera haber dado testimonio cierto postigo situado en cierta calleja.

Ello es el caso que el amante supo que se le había metido entre su amor y su amada, como una cuña de hierro, á la que servía de mazo la autoridad paterna, todo un alcalde de Casa y Corte.

Á grandes males grandes remedios: el noble y rico mancebo, se puso su más rico traje de brocado, su cadena de más valía y sus mejores preseas, y acompañado de lacayo y escudero, se presentó en la casa del capitán de Italia y dejó oír en ella el aristocráti-

co y altisonante nombre del marqués de la Guardia.

Apresuróse á recibirle el capitán. El noble marqués le dijo sin rodeos que quería ser esposo de doña Clara.

¡Ira de Dios y quien podría contar la impresión que causaron estas palabras en el honrado veterano! Levantóse delante de él como una horrenda fantasma la palabra que había dado al alcalde de Casa y Corte, porque, al fin, teniendo para su hija un marqués joven y poderoso, era indudablemente una desgracia tenerse que contentar con un golilla, ya casi viejo, casi pobre y más de un casi feo.

El capitán tardó quince minutos en contestar; al fin haciendo un esfuerzo y tragando saliva, dijo que tenía empeñada su palabra, y que no faltaría á su palabra por nada del mundo.

El marqués iba preparado á esta respuesta, y le contestó sin detenerse un punto.

—Vos no os habréis comprometido á casar vuestra hija sino en España.

Miró con asombro el capitán al marqués porque no le comprendía.

—Quiero decir que si ese hombre á quien habéis dado vuestra palabra se viese obligado á pasar los mares y á llevarse vuestra hija...

—Indudablemente, esa circunstancia me dejaría en libertad, dijo el señor Illán.

—Pues os juro que quedaréis libre... solo os pido...

—¿Qué...?

—Que dilatéis con cualquier pretexto el casamiento de vuestra hija durante quince días, solos quince días, y que guardéis un profundo secreto acerca de nuestra vista.

El capitán lo prometió solemnemente: esto era una especie de conspiración contra el alcalde de Casa y Corte: una traición; pensando severamente; pero el caso era cubrir las apariencias, y sobre todo se trataba

de un golilla, de uno de esos hombres que están tan acostumbrados y tan prácticos para buscar callejuelas á la ley.

El alcalde era tratado en su propio terreno y con sus propias armas.

El marqués escribió aquel mismo día á un su amigo de la corte, hombre poderoso y muy privado de los privados del emperador; á su carta acompañaba un libramiento de buena ley de mil ducados.

A los doce días, sin saber como ni por donde, el alcalde de Casa y Corte recibió una provisión de oficio de oidor de la Real Audiencia de Méjico.

En los primeros momentos de júbilo el licenciado Céspedes se trasladó provisión en mano casa de su futuro suegro.

Pero este con gran asombro suyo le dijo gravemente:

—¿Y pensáis aceptar, señor Juan de Céspedes?

—¡Que si pienso aceptar! exclamó con extrañeza el alcalde: pues decidme: ¿que haríais vos si os nombrasen virey de Méjico ó de Santiago de Cuba?

—Aceptaría con toda mi alma, ya lo creo.

—Pues ved ahí que con toda mi alma acepto yo.

—Pues en ese caso... dijo con una verdadera turbación el capitán, en ese caso, yo os retiro la palabra que os he dado.

La turbación del capitán consistía en que el buen hidalgo no había ejecutado nunca dobles papeles y le repugnaba la intriga.

—¡Qué... me retiráis vuestra palabra!... es decir, ¿cuando puedo acumular sin ofender á Dios ni á la justicia grandes riquezas? exclamó el alcalde poniéndose pálido.

—No son las riquezas las que me mueven... dijo balbuceando de nuevo el capitán, porque le repugnaba la

mentira tanto como la intriga, pero yo había contado con que no saldríais de España: bien sabeis, puesto que sois jurista, que no podríais obligar á vuestra mujer á que se embarcase.

—¿Conque es decir?...

—Que ó renunciáis á ese oficio de oidor, ó á mi hija.

Meditó algunos segundos el alcalde.

—No puedo renunciar, dijo, una fortuna que Dios me envía... si yo fuera solo... pero tengo una hija.

—¿Cómo que teneis una hija?

—Sí señor, una hija de mi difunta esposa...

—¡Sois viudol...

—Ciertamente...

—Hé aquí otra circunstancia que me dispensa de mi palabra... nada de vuestra viudez ni de vuestra hija me habíais dicho.

—Pero lo sabe todo el barrio...

—Pues ved ahí, yo no lo sabía.

—Decididamente...

—Yo no he dado mi palabra ni á un viudo con hijos, ni á un oidor de las Indias.

—Estais en vuestro derecho, dijo roncamente el alcalde de Casa y Corte, ó mejor dicho, el oidor de la Real Audiencia de Méjico. Y así, adios, señor capitán Aponte.

—¿Quedamos, pues, recíprocamente libres?

—De todo punto. Podeis casar á vuestra hija con quien más os convenga.

Separáronse, pues, de una manera ruda.

Ocho días después, doña Clara de Aponte era marquesa de la Guardia.

El señor Juan de Céspedes comprendió entonces por qué le habían hecho oidor sin solicitarlo.

Ocho días después de haber sido elevada á marquesa doña Clara, el presidente de la chancillería de Granada llamó al señor Juan de Céspedes.

—Señor licenciado, le dijo, siento daros una mala noticia.

Juan de Céspedes solo contestó poniéndose pálido.

—Se me encarga de orden de S. M. Cesárea, que os recoja la provisión de oidor de la Real audiencia de Méjico, que no puede llevarse á efecto... porque es la han enviado por una equivocación.

Juan de Céspedes comprendió entonces que había sido burlado.

Esto consistía, no en que el marqués de la Guardia hubiese influido para aquella segunda peripecia, sino en que los mil ducados enviados á la corte, habían sido bastantes para que en las secretarías de Estado se hiciese aquella infame farsa, sorprendiendo el ánimo del emperador; pero no bastaban, de ningún modo, para comprar un oficio tal como el de oidor en Indias, que entonces era considerado como una mina de oro.

Juan de Céspedes enfermó de rabia y de dolor porque ya se había consentido y aun infatuado con su carácter de oidor.

La enfermedad concluyó pronto pero concluyó en la tumba.

Doña Elvira quedó enteramente huérfana.

El marqués de la Guardia, que era un calavera capaz de jugarle una sangrienta pasada al mismo diablo, y que solo se había casado con doña Clara, porque todos los hombres tienen un cuarto de hora en que se casan, no era por esto un infame. Sintió que su burla al pobre alcalde hubiese tenido tan negro desenlace, encontró bajo aquella burla una pobre huérfana, sin más amparo que la caridad pública, y reconoció como un deber el protegerla.

Sin embargo, su protección no fué muy espléndida. Se fué al párroco, y en confesión le entregó por una parte seiscientos cincuenta ducados que de-

bían servir para atender á la manutención, vestido y educación de doña Elvira en un convento, durante trece años, esto es, hasta que cumpliese los diez y seis, á razón de cincuenta escudos por año: y por otra mil ducados, que debían servirle de dote, ya eligiese el claustro ó el matrimonio.

La huerfanita fué llevada por el párroco al convento de santa Isabel la Real.

Doña Elvira, pues, se había educado en un convento.

Pero no es en un convento donde mejor puede educarse á una jóven.

Mimaron las buenas madres á doña Elvira, y doña Elvira se hizo voluntariosa.

Enseñaronla á leer y escribir y un poco de latin, con el objeto de hacerla monja.

Como educación de adorno, enseñaronla á cantar monjunamente y á hacer dulces y flores.

La halagaron, y la hicieron soberbia.

La llamaron hermosa, y la llenaron de vanidad.

Habláronla mal del mundo para que renunciase á él, y doña Elvira ansió conocer una cosa tan mala.

A los diez y seis años, el deseo de respirar otro aire que el contenido en las paredes del convento, fué para doña Elvira una necesidad.

Los deseos comprimidos son los más fuertes, los más tenaces.

Doña Elvira era alta, esbelta, con cabellos semejantes á sedosas hebras de oro, frente cándida y pura, ojos celestes como el cielo, y sonrisa aseñorada, aunque un tanto altiva y amarga.

Era, pues, una dama, en toda la extensión de la frase, y á más de esto hermosa á maravilla.

La habían dejado espejo, y doña Elvira, después de haber visto en el espejo su hermosura, la había compa-

rado con el aspecto de las buenas madres, y las había encontrado pálidas, verdinegras, con ojos hundidos, bocas lívidas, feas cuanto pueda ser fea una mujer que se ha agostado robada á la naturaleza y al amor: aquellas mujeres, alguna de las cuales había sido una flor, se habían transformado en ortigas: doña Elvira se punzaba dolorosamente á su contacto, y acabó por aborrecerlas: pero obligada á mostrarse con ellas dulce y cariñosa, había contraído otro terrible defecto: se había hecho hipócrita, falsa, intencionada.

La horrorizaba pronunciar unos votos que debían ligarla por toda la vida á aquellas mujeres, incrustarla, por decirlo así, en aquel claustro del que no debía salir ni aún después de muerta, una vez pronunciados sus votos, y á pesar de esto, se mostraba dispuesta á ser monja.

Pero á lo que en verdad estaba pre-dispuesta doña Elvira, era á arros-trar cualquier locura, por trascendental que fuese, á trueque de escapar de aquel ataúd de vivos.

Como vemos, las consecuencias de la burla hecha al alcalde de Casa y Corte, Juan de Céspedes, por el marqués de la Guardia, continuaban; porque las consecuencias de una falta, mejor dicho, de un crimen, son interminables, incalculables.

Aquella burla había causado la muerte del padre.

Acaso las consecuencias de aquella burla, que eran la burla misma, debían causar también la desgracia de la hija y un infinito número de crímenes.

Porque un crimen sembrado en el mundo, da generalmente un fruto de ciento por uno.

Un día, una parienta de la abadesa se presentó en el locutorio.

La abadesa, aficionadísima como todas las monjas á lucir las flores del

convento, llevó consigo al locutorio á doña Elvira.

Pero la parienta de la abadesa no estaba sola; la acompañaba un jóven caballero, que iba á informarse de las condiciones bajo las cuales podría habitar algún tiempo en el convento, durante una ausencia de sus hermanos, una huérfana hermana suya.

Aquel caballero era don Diego de Córdoba y de Valor, que á la sazón contaba veinte y seis años.

Don Diego de Córdoba y de Valor, era un morisco convertido, hombre de gran calidad y riqueza; subiendo por el activo tronco de su árbol genealógico, se llegaba á los califas Omniades de Córdoba, á los de Damasco, y por último á la familia del Profeta, del cual descendía por la madre de aquel hombre extraordinario, conocida entre los musulmanes bajo el nombre de Fatimah, la santa: inútil es decir que poseedor legítimo del voluminoso rollo de pergaminos, que tan esclarecida genealogía justificaban, don Diego de Córdoba era orgulloso cuanto puede serlo una criatura humana, y tenía mucho del aspecto dominador y de la palabra breve y des-pótica que parecía haber recibido como un legado de raza de sus cien regios ascendientes: pero era por cierto gran lástima que á tal aprecio de sí mismo, á tal soberbia, no hubiese reunido don Diego las grandes virtudes que han solido resplandecer, formando la parte luminosa de su carácter, en muchos de los tremendos reyes, de cuyos nombres está llena la historia de la humanidad esclavizada: Don Diego era valiente, pero no con el valor espontáneo, entusiasta y leal de los héroes: el valor de Don Diego, rayando siempre en la ferocidad y siempre conducido por una intención dañina y desleal, era, preciso es decirlo, el valor del bandido. Era espléndido y generoso, pero jamás estas

prendas produjeron una buena acción: tiraba su dinero con la misma indiferencia con que se arroja lo que nada vale; jugaba y perdía sumas enormes sin alterarse ni entristecerse, y del mismo modo sin afán ni alegría; las ganaba; favorecía á todo el que á él se acercaba, ó por mejor decir, á todo el que por su vida escandalosa y aventurera y por sus libes costumbres, había adquirido la funesta nombradía de camorrista, burlador, taur ó matón; gustábanle á perder esa clase de hombres audaces que viven descuidadamente sobre el país y sobre el presente, sin meterse á considerar quienes eran, de donde venían ni á donde iban: los lugares de su más asidua asistencia eran los garitos, las mancebas y las tabernas, en las que se entraba sin pudor alguno á la luz del sol, y delante de las gentes, con la frente alta y como desafiando á la opinión pública; en nada invertía con más placer su dinero que en corromper la virtud de las mujeres, produciendo la vergüenza ó la desesperación de un padre, de un esposo ó de un amante; sus mancebas, de las cuales tenía á un tiempo un número escandaloso, ostentaban un fausto insolente y después de algun tiempo, abandonadas y corrompidas, iban á aumentar con sus vicios la hedionda corriente de cieno que de tal manera inficionó las costumbres de España en el siglo XVI.

Tal era el primer hombre *del mundo* que veía ante sí doña Elvira de Céspedes, y decimos del mundo porque su confesor, el capellán, el sacristán y el andadero de las monjas, á quienes veía todos los días, eran hombres del claustro, y viejos, feos, sucios, en contraposición de don Diego de Valor, que era joven, hermoso, de mirada audaz, gallardo y riquísimamente vestido.

Don Diego en efecto tenía, como

sabemos, una hermana: doña Isabel, y además un hermano menor llamado don Fernando.

Su padre, Muley Mahomad-ebn-Omeya, uno de los walíes de Granada que más se distinguieron en su juventud en la conquista, había pasado al servicio de los Reyes Católicos, se había convertido bajo el nombre de don Juan de Córdoba y de Valor, recibiendo en premio una carta de nobleza y el amayorazgamiento de sus bienes con el título de señor de Valor, y había casado, por último, y siendo ya hombre de cierta edad, con una morisca parienta suya llamada Inés de Rojas.

Esta le había dado sucesivamente dos hijos y una hija, poco después de lo cual murió don Juan, dejando su mayorazgo y su título á don Diego, y la curaduría de sus tres hijos á su esposa doña Inés.

Murió esta años adelante, y dejó la tutela de sus hermanos menores á don Diego.

Parecía, pues, que este iba legítimamente á tratar de la entrada de su hermana doña Isabel en el convento.

Pero no pensaba ciertamente en ello; era un pretexto: don Diego había sabido por el marqués de la Guardia, hombre ya machucho, el mismo de la burla que mató al padre de doña Elvira, su grande amigo, tan disipado como él y tan tremendo calavera, aquella historia de desdichas, la existencia de doña Elvira en el convento de santa Isabel y la fama de su hermosura.

¿Cómo el marqués de la Guardia no había visitado nunca á doña Elvira?

La razón es muy sencilla: al procurarla medios de subsistencia, al dotarla, solo había pensado en reparar de algún modo una falta: había buscado un eclesiástico: le había entregado como *fidei-comiso* y bajo confesión aquel dinero, y después se había

ausentado de Granada con su esposa.

Durante muchos años anduvo vagando por España é Italia, gastando gentilmente sus rentas, hasta 1539, en que murió su esposa y se volvió á Granada viudo y sin hijos, entregándose desde entonces con toda libertad á los excesos del otoño del calavera, que es la época más azarosa de la vida de esta clase de gentes, y durante la cual hacen más daño á la sociedad, sobre todo cuando son tan ricos y tan audaces como el marqués de la Guardia.

Don Diego de Córdoba era una especie de astro entre cierta clase de gentes en Granada y como el marqués de la Guardia por propensión y por costumbre se fué á buscar aquella clase de gente, encontráronse un día los dos astros girando en una misma órbita.

Cuando dos hombres de este jaez se encuentran, sucede irremisiblemente una de estas dos cosas: ó chocan duramente y se matan, ó se unen y se hacen camaradas de libertinage.

Esto último aconteció al encontrarse don Diego y el marqués de la Guardia: el segundo casi doblaba la edad al primero; pero por lo demás en cuanto á fortuna, conducta y aficiones eran iguales.

Durante dos años fueron en Granada una epidemia social; una de esas pústulas crónicas y malignas que solo se curan á hierro ó á fuego.

A principios de 1541 y cuando una noche el marqués se preparaba para salir á una aventura galante, se encontró en su casa con un humilde acólito que le entregó de parte del cura de la parroquia de San Luis, un papel en que bajo una enorme cruz se leían estas breves y solemnes palabras.

«Señor marqués de la Guardia: en este momento me hallo próximo á rëndir el alma al Criador. Hace trece

años me entregásteis, bajo confesión, cierta suma, mediante la cual debía educarse en un convento y dotarse, llegada que fuese á los diez y seis años, una pobre huérfana. He cumplido como debía el encargo de vucelencia; pero estando próximo á morir, habiendo llegado la época en que doña Elvira entre en el claustro como religiosa ó vuelva al mundo, un grave deber de conciencia me obliga á suplicaros que vengáis á verme al momento. El dador os guiará. Guarde Dios á vucelencia. De mi lecho de muerte á 16 días del mes de enero, año de nuestro Señor de 1541.—El licenciado Pero Ponce.»

Dió dos vueltas el marqués á la carta, quedóse pensativo y no sabemos por qué presentimiento vago, renunció á su aventura y se decidió á ir á la cita que se le pedía á nombre de una jóven de diez y seis años que casi podía llamarse su ahijada.

Siguió al acólito y muy pronto estuvo frente al lecho del moribundo.

—Vos por un capricho, por una locura de jóven, le dijo el párroco de San Luis, á las pocas palabras que hablaron, causásteis la muerte del padre; no causeis, señor, por impremeditacion la pérdida de la hija: doña Elvira no ha nacido para el claustro; si abandonada y desesperada profesa, blásfemaré, perderá su alma; si sale del convento sin el apoyo de una persona que la ame, que la proteja, se perderá porque es hermosa; pero aun es tiempo, velad por ella, salvadla: no está pervertida, tiene un corazon ardiente, impresionable... vos, señor, que aun sois jóven, que aun podeis hacerlos amar, ¿por qué no embellecéis el otoño de vuestra vida con el amor de esa niña haciéndola vuestra esposa?

—¿En qué convento vive? dijo profundamente el marqués.

—En el de Santa Isabel la Real.

—¿Y decís que es hermosa y digna de un caballero?

—Os lo juro, señor, y os digo más: la amo como á una hija y no moriré tranquilo sino me jurais que vos, que hoy sois su padre adoptivo, la amparareis.

—Esa joven corre por mi cuenta, dijo el marqués pronunciando estas vulgares palabras de tan ambiguo sentido con una entonación singular.

—¿Queréis que os nombre su tutor en mi testamento? ¿queréis que os dé un testimonio de lo que habéis hecho por ella?

—No, no, de ningun modo, no quiero que sepa que yo he hecho nada por ella.

—¡Oh! ¡que generoso sois señor! Dios os bendiga.

—Dejad la tutela de esa jóven á la abadesa.

—Lo haré así.

—Y ahora ved si os queda algo que satisfacer en el mundo para que yo lo satisfaga por vos.

—¡Ah! no señor; desgraciadamente quedé huérfano y sin pariente alguno muy jóven; he vivido consagrado á mi ministerio y nada tengo que hacer más que legar la mitad de mis cortos ahorros á los pobres, la otra mitad á doña Elvira, á doña Elvira que es mi corazón, señor, añadió el buen sacerdote mirando de una manera anhelante al marqués.

—Descuidad, descuidad en mí, señor licenciado; si Dios ha dispuesto que murais, morid tranquilos: si en mí consiste doña Elvira será feliz.

—¡Oh! ¡gracias, gracias! ¡ahora dejad que os bendiga!

El marqués más por costumbre que por veneración, dobló una rodilla y el sacerdote bendijo con mano trémula y moribunda aquella cabeza llena de vacíos pensamientos, que en aquel mismo punto agitaba algo horrible dentro de sí respecto á la pobre huér-

fana, que era tan jóven y tan hermosa.

El marqués de la Guardia, pues, no había sabido hasta entonces el paradero de la hija de Juan de Céspedes y por lo tanto no había podido visitarla.

Aquella misma noche en uno de los lugares *escéntricos* es que se encontraban todos los días el marqués de la Guardia y don Diego de Válór, frente á frente y vaso en mano, hablaban con la mayor irreverencia del mundo, del legado que había dejado el párroco de san Luis al marqués.

—Pero formalmente don Gabriel, decía al marqués que así se llamaba, don Diego, ¿estais resuelto á hacer *dichosa* á esa muchacha?

—¿Y por qué no? dijo don Gabriel Coloma, que este era el apellido del noble marqués, aun no he cumplido cuarenta años; paso aun entre los buenos galanes sin que las damas reparen en la diferencia, y, sobre todo, esa aventura tiene para mí un encanto misterioso, un no sé qué seductor; decididamente. mañana voy al convento, pasado mañana la saco, al día siguiente...

—¿Qué la sacais? ¿creeis que ella se prestará á huir con vos?

—¡Huir! la sacaré con los derechos que me asisten.

¡Los derechos! indudablemente los tenéis: pero nadie los conoce más que el cura de san Luis, y ha muerto.

—¡Diablo! ¡es verdad!

—De modo que para doña Elvira sois un desconocido como otro cualquiera.

—¡Diablo! ¡diablo!

—Y como supongo que os querréis casar con ella...

—¡Por Cristo vivo! hartos sinsabores me dió mi difunta, para que yo piense en casarme de nuevo... la haré mi querida.

—¡Ah! dijo don Diego; pero se me figura...

—¿Qué?

—Que si habéis de contar con doña Elvira para que abandone por vos el convento, empresa acometéis.

Picóse el orgullo de don Gabriel Coloma, que aún se creía, recordando sus buenos tiempos y fiando demasiado en el éxito que le procuraban sus doblones entre las mujeres, un seductor irresistible.

—¿Queréis que hagamos una cosa, don Diego? dijo.

—¿Qué cosa?

—Una apuesta.

—¿A propósito de qué?...

—Acometamos los dos esta empresa.

—Acepto.

—Vos no conocéis á doña Elvira más que lo que la conozco yo. Como yo, sabéis que está en el convento de Santa Isabel la Real, que es huérfana, que está bajo la tutela de la abadesa.

—Muy bien: ¿y qué apostamos?

—Vuestro caballo *Infante*, contra mi yegua *Niña*.

—Es decir, que si os gano, me quedo con vuestra protegida y con vuestra yegua.

—Cabalmente.

—Determinemos la apuesta.

—El que saque del convento legítimamente ó no á doña Elvira; en una palabra, el que sea preferido por ella, gana.

—Aceptado.

—¿En cuanto tiempo?

—En quince días, dijo don Diego de Valor.

—Sea en quince días.

—Además hagamos otra apuesta, dijo don Diego, que era muy previsor.

—¿Cuál?

—Podrá suceder que para sacar á

doña Elvira del convento sea necesario casarse con ella.

—¡Diablo!

—Yo lo preveo todo: una vez empuñados, no repararemos en nada, y como es hidalga y hermosa, y entrambos estamos libres..... ¿quien sabe?

—Teneis razón.

—En el caso que vos ganárais, don Gabriel, ya sea que ella se vaya con vos, ya que os caséis con ella, podéis tener por seguro que yo procuraré soplaros la dama ó la mujer.

—Lo mismo procuraré yo, don Diego, si la suerte os favorece.

—Determinemos aún más: si solo es querida de uno de los dos, la apuesta será vuestro coselete de Milán cincelado, contra la magnífica espada de Damasco que he heredado yo de mis abuelos y que tanto os agrada.

—Sea.

—Pero si doña Elvira fuese esposa de uno de los dos...

—Entonces, don Diego, tenemos apostada la vida á estocadas.

—Me habéis comprendido.

Los dos calaveras se estrecharon las manos, apuraron los vasos y no volvieron á hablar de aquel asunto.

Cuando se separaron, don Diego recordó que tenía una parienta amiga de la abadesa de Santa Isabel la Real; fuése á su casa muy temprano, á la hora en que la buena señora oía su misa cotidiana, y la expuso la necesidad que tenía de depositar por algún tiempo á su hermana doña Isabel en un convento.

La anciana parienta se prestó y después de la misa fueron al locutorio.

La casualidad favoreció á don Diego.

Como sabemos, la abadesa llevó consigo al locutorio á doña Elvira.

Vióse ésta mirada por primera vez de una manera ardiente: vió también

por la primera vez de su vida á un hombre que era casi tan hermoso como ella, y se enamoró.

Don Diego, por su parte, se enamoró también.

Aquella misma tarde el andadero del convento tuvo medio de poner en las manos de doña Elvira una carta de don Diego.

Aquella carta encerraba las primeras palabras de amor que se habian dirigido por un hombre á doña Elvira.

Esta, sin embargo, no contestó.

Al día siguiente la abadesa llamó á su celda á doña Elvira, y la dijo toda trémula y asustada que el marqués de la Guardia la pedía por esposa.

Doña Elvira dijo que no conocía al marqués, y que no pensaba casarse con él.

Aquella tarde el andadero dió á doña Elvira dos cartas: la una era de don Diego de Valor, la otra del marqués.

La jóven entregó esta última rasgada al andadero para que la devolviese á don Gabriel Coloma, y otra cerrada para don Diego de Valor.

Esta última decía únicamente:

«Caballero: el señor marqués de la Guardia, á quien no conozco, ha pedido á la madre abadesa mi mano. Vos decís que me amais, ¿por qué no hacéis lo mismo?—Elvira de Céspedes.»

Don Diego se había enamorado perdidamente de doña Elvira, y había comprendido á la primera ojeada que la jóven no saldría del convento sino por la puerta del matrimonio.

Esta certidumbre dió por resultado que dos días después la abadesa llamase de nuevo á doña Elvira á su celda y que la dijese muy tranquila, porque su primera negativa á una demanda de matrimonio la había hecho creer en la vocación de la jóven al claustro, que don Diego de Córdoba y de Valor la pretendía por esposa.

Doña Elvira, con gran terror y sentimiento de la abadesa, contestó poniéndose encendida como una quinda:

—Decid á ese caballero, que le acepto por esposo.

Ocho días después el marqués de la Guardia envió con un escudero suyo á don Diego de Valor su yegua *Niña* enjaezada con un caparazón de brocado azul, cabezón, cincha y pretal de lo mismo, y freno y estriberas de plata cincelada.

A más de esto, en el caparazón, y dentro de ricas fundas iban dos magníficas pistolas cargadas.

—Comprendo: dijo para sí don Diego de Valor al ver las pistolas, y al reparar que iban cargadas: he ganado la primera apuesta casándome con doña Elvira, y estamos empeñados en la segunda: veremos quien á quien.

Por su parte el marqués había dicho al poner las pistolas en el caparazón:

—Le he criado, como quien dice, la novia, se la he dotado, le pago con mi mejor bicho una apuesta perdida... mil doscientos cincuenta ducados por una parte... mil trescientos valor de la yegua, por otra... dos mil los jaces y las pistolas... cuatro mil seiscientos cincuenta ducados en suma... pues señor, es preciso que yo me cobre de todo esto en su mujer.

Como vemos, las consecuencias de la burla hecha por el marqués al difunto padre de doña Elvira, continuaban en una progresión horrible.

Una vez casada se reveló el verdadero carácter de doña Elvira.

Era una mujer altiva y dura, y al poco tiempo de casada, apenas lanzada la influencia del convento, á las primeras lecciones recibidas del mundo, se convirtió en una de esas personas que todo lo calculan bajo el influjo de la más descarnada razón; no amaba á don Diego: habiase casado

únicamente con él para salir del convento, que la horrorizaba, pero como jamás había amado no se había visto obligada á hacer ningún sacrificio: ella era extremadamente hermosa y estaba muy pagada de sí misma; pero en cambio don Diego era un mancebo hermosísimo, que si no interesaba su corazón, conmovía sus sentidos; en una palabra, aunque el alma de doña Elvira no acogía á D. Diego, sus deseos la arrastraban á él: los primeros meses, pues, del matrimonio de estos dos seres, tan semejantes entre sí, que nunca debieron haberse casado, fueron un continuo delirio. Pero no era don Diego hombre á quien pudiesen fijar, apartándole de sus viciosas inclinaciones, la virtud, la hermosura y las candentes caricias de una mujer tal como doña Elvira: paso á paso don Diego fué volviendo á su antigua vida, y como jamás se había recatado del mundo, no se recató de su esposa: la activa doña Elvira no era mujer que mirase sin un ardiente deseo de venganza la ofensa hecha á su hermosura, á su orgullo: desapareció enteramente el amor material que le había inspirado don Diego, y solo pensó en vengarse: una herida en el orgullo se paga con otra herida semejante: doña Elvira dejó de ser la hasta entonces honesta y malcarada dueña, y tuvo sonrisas para adoradores que ya habían desesperado, no solo de obtenerla sino aun de ser mirados sin enojo; entre ellos el marqués de la Guardia que se había dado por vencido y había dicho á don Diego á los tres años después de su casamiento:

—Amigo mio: podéis llamaros feliz: apostamos á bulto sin conocerla acerca de doña Elvira, y encontrásteis en ella una niña hermosísima de quien os hicisteis amar: me ganásteis pues, la primera apuesta: la hermosa jóven ha sido y es una mujer fuerte: aun que la dáis mala vida os ama y guar-

da vuestro honor, á pesar de que, sin contar conmigo, que la he pretendido de mil maneras, la han rodeado los galanes más peligrosos. He perdido mi segunda apuesta y vuestro es mi coselete de Milán. Sin embargo no lo siento; vuestra mujer me ha dado el ejemplo de las mujeres santas en el matrimonio, y yo voy á buscar otra semejante, por mejor decir, la he encontrado ya: os convido, pues, á mi segunda boda dentro de ocho días. Llevad con vos á vuestra mujer.

Y el marqués y don Diego se estrecharon las manos y bebieron como el día en que habían hecho la apuesta.

Doña Elvira á pesar de su orgullo ofendido y de su determinación de tomar en el honor de su esposo unas terribles represalias, nada hizo que pudiera ofender á la honra de don Diego.

Es cierto que durante algunos días coqueteó y estuvo comunicativa, risueña y amable con más de un enamorado; pero de repente, volvió á su antigua austeridad, ó como podríamos decir valiéndonos de una figura: el sol de sus favores se ocultó de nuevo tras una sombría nube.

¿Consistía esto en que doña Elvira comprendiese que las mayores faltas en un marido, los más crueles tratamientos, las más profundas heridas en el corazón y en la vanidad, no autorizan á la esposa para ser adúltera?

No por cierto: esto consistía en que doña Elvira era mujer, en que como mujer estaba propensa á amar, y en que el hielo que cubría su corazón se había disuelto bajo el intenso fuego de su amor hácia un hombre.

Doña Elvira amaba con toda la violencia de su carácter voluntarioso; pero bajo un profundo disimulo, mejor diremos hipocresía, había guardado aquel amor que nadie, ni aun el mismo objeto amado había llegado á conocer.

Vamos á decir á nuestros lectores quien era el objeto de aquel amor.

Por el mismo tiempo que el desenfreño y el libertinaje de don Diego, habían impulsado á doña Elvira á una resolución desesperada; conoció al hombre que debía fijar su destino.

Un día le había visto en misa en la colegiata de San Salvador: era un jóven como de diez y nueve á veinte años, pero ya perfectamente formado, blanco y pálido, de frente noble y pensadora, y ojos negros y profundamente melancólicos.

Se habían encontrado en la pila del agua bendita: luego hizo la casualidad, causadora de tantas desdichas, que se encontraran colocados frente á frente en los escaños.

Aquel día puede decirse que doña Elvira no oyó misa; el jóven por su parte no mostró tampoco mucha devoción, pero no fué doña Elvira la causa: ni una sola vez la había mirado, á pesar de que doña Elvira era una mujer demasiado notable por su hermosura, para que no se reparase en ella.

La indiferencia es uno de los medios más eficaces que pueden emplearse para la conquista de ciertas mujeres: cuando la indiferencia es verdadera, la mujer que de tal modo se contempla impotente acaba por contraer una pasión incalculable por el hombre á quien de tal modo es indiferente. Una fea suele resignarse porque comprende la causa de aquella indiferencia: á una hermosa infatuada con su hermosura, como lo estaba doña Elvira, acostumbrada á ser adorada por todos, la indiferencia del hombre á quien ama la vuelve loca.

Doña Elvira vió durante tres años, pero siempre en la estación del verano, al indiferente jóven en la misa de doce de la iglesia del Salvador: siempre había notado la misma indiferencia en él, y estaba resuelta á rom-

per por todo, cuando al abrir su marido la puerta de su casa para asistir al casamiento de su hermana doña Isabel le encontró en el dintel.

Porque el hombre de quien tan locamente enamorada estaba doña Elvira, era Yaye ebn-Al-Hamar.

Esto explica por qué una palidez profunda cubrió al verle el rostro de doña Elvira: veamos ahora en qué consistía la estrañeza y aun el temor que se había pintado en el rostro de don Diego al ver á Yaye.

Don Diego sabía, porque no podía menos de saberlo, puesto que por el matrimonio con su tia doña Ana había emparentado con su familia Yuzuf, que este, emir de los monfies, embreadado en las Alpujarras y dueño de la fuerza, tenía adquiridos derechos á la corona de Granada.

Sabía además, lo que Yuzuf no había tenido ocasión de decir á Yaye, esto es que el casamiento de Yuzuf con doña Ana de Córdoba y de Válór había sido una verdadera alianza, una refundición de derechos.

Su padre don Juan de Válór había estipulado solemnemente con Yuzuf que si de su casamiento con doña Ana tenía un hijo, este hijo casaría con una hija de los Válór, ó vice versa que, si cuando el hijo ó la hija de Yuzuf y de Ana llegasen á la edad de contraer matrimonio, no pudiese este efectuarse por carencia de varón ó de hembra hija ó nieta de don Juan, en la familia, el pacto quedaría roto, y cada familia de por sí, la de los Al-Hamar y la de los Beni-Omeyas podrían cuestionar su derecho.

Ahora bien: don Juan de Válór, hermano de doña Ana, había tenido dos hijos y una hija: don Diego, don Fernando y doña Isabel: Yuzuf Al-Hamar había tenido un hijo: Yaye; don Juan de Válór y Yuzuf, habían contratado solemnemente el matrimonio de doña Isabel con Yaye, y al mo-

rir don Juan había encargado expresamente en su testamento á su hijo primogénito don Diego que procurase por cuantos medios estuviesen (á su alcance, cumplir aquel contrato matrimonial.

Don Diego había quedado al frente de la casa como tutor de sus hermanos: al casarse con doña Elvira, por amor á su hermana doña Isabel no quiso que viviese á su lado bajo la férula de su esposa. Puso casa aparte y dejó en el solar paterno á doña Isabel al amparo de su hermano don Fernando, aún soltero, y bajo la guarda de una respetable dueña.

Todos los años en las largas temporadas que Yuzuf pasaba en Granada, guardando todas las apariencias de un morisco convertido, don Diego comunicaba con él: hablaban como individuos de una misma familia, de las esperanzas de recobrar la perdida libertad, de sus proyectos domésticos, y entre ellos del matrimonio concertado entre Yaye y su hermana doña Isabel.

Don Diego no conocía á su primo: siempre que expresaba á Yuzuf el deseo de conocerle, Yuzuf le contestaba:

—Cuando yo haya puesto mi corona sobre la frente de mi hijo, y tu hermana haya sido su esposa, le conocerás.

Don Diego se veía obligado á satisfacer con estas palabras brevísimas del inexorable anciano su curiosidad por conocer á su primo.

Pero aconteció que un día Yuzuf compró en el barrio del Zenete de Granada una hermosa casa que lindaba con la en que vivía doña Isabel. Aquella casa fué suntuosamente alhajada y un mes después fueron á vivir á ella un anciano y un jóven.

El anciano era Abd-el-Gewar, y don Diego le conocía como uno de los servidores más allegados del emir; el

jóven era Yaye, pero don Diego no le conocía.

La circunstancia de ser Abd-el-Gewar ayo de Yaye, la frecuencia con que entraba en la casa Yuzuf y el extremado amor con que trataba al jóven, hicieron sospechar á don Diego si Yaye era hijo del emir.

Pero prudente como se lo aconsejaba la reserva del anciano, guardó sus sospechas y solo se redujo á observar si aquella mudanza tan cerca de su casa, tendría por objeto el que los dos jóvenes se conociesen y se amasen espontáneamente antes de saber que estaban destinados desde antes de su nacimiento el uno para el otro.

Don Diego observó que Abd-el-Gewar y Yaye solo estaban en Granada durante el verano; pretendió averiguar la causa de estas ausencias periódicas, y supo que el señor Juan de Andrade, cuyos padres no se conocían, y que estaba confiado al cuidado de Abd-el-Gewar, era estudiante en Salamanca: esto desvaneció sus sospechas. Don Diego no podía comprender que Yuzuf destinase á su hijo á clérigo ó á oidor; pensar en esto era absurdo; pero observó sí, que su hermana doña Isabel pasaba los meses del invierno triste y retirada, y que á la venida del verano ó por mejor decir de Yaye, se hacía más comunicativa y alegre.

Don Diego quiso saber si había amoríos entre el estudiante Juan de Andrade y su hermana. Nada consiguió. La dueña, encubridora de doña Isabel, ó ignorante de sus amores con Yaye, le afirmó que su hermana no amaba á nadie, ni pensaba amar: y en cuanto á su hermano don Fernando no había visto rondaduras en la calle ni nada que demostrase que hubiese galan, enamorando á doña Isabel.

Don Diego se cansó al fin de unas

pesquisas que nada le habían revelado, y se resignó á esperar á que el emir de los monfies sacase á luz á su misterioso hijo.

Pero entre tanto se cruzó un incidente en el proyectado enlace, que vino á probar que el hombre propone y Dios dispone.

Don Diego vivía en completa comunicación con Yuzuf, en la continua y sorda conspiración que sostenían los moriscos contra los cristianos, como todo pueblo vencido contra su vencedor.

El hombre que más confianza inspiraba á don Diego para ser portador de sus cartas y mensajes á Yuzuf, era un morisco llamado Miguel Lopez entre los cristianos, y entre los moriscos Xerif-aben-Abó.

Era un morisco de buen linage, pero poco considerado por sus costumbres licenciosas: apreciábasele solo por su valor, y por su ciego odio á los cristianos. Tenía otra cualidad recomendable: una reserva sin limites, y una actividad suma para todos los negocios que tenían relación con la libertad de su patria.

Por estas dos cualidades se servía de él don Diego.

Entraba Miguel López libremente tanto en la casa de éste como en la de su hermano don Fernando, y había tenido ocasión de ver una y otra y cien veces á doña Isabel.

Miguel López se enamoró de ella.

Pero al enamorarse comprendió que tenía ya cuarenta años, que era más que medianamente feo y zafio, y además, que el orgulloso don Diego de Valor, jamás consentiría en darle una hermana suya, siendo como era pobre, y estando además oscurecido y en la humillante condición de un hombre que sirve por un salario.

Miguel López procuró dominar su amor: pero su amor pudo más que él y le dominó.

Entonces Miguel López pensó que un pobre y un criado cuando sirve en ciertos negocios, es un cómplice de su amo, y que un cómplice puede hacerse á veces tan temible, que no puede negársele nada.

Miguel López meditó y tramó un plan diabólico, y cuando estuvo seguro de su éxito, se presentó una mañana, muy de mañana, en casa de don Diego.

—Tengo que hablaros á solas, le dijo.

Pensó don Diego que se trataba de alguna de los asuntos en que comunmente empleaba á López, y se encerró con él.

—¿De qué se trata? dijo don Diego.

—Trátase, contestó Miguel López, entrando de lleno y bruscamente en el asunto, de que es necesario que me déis por mujer á vuestra hermana doña Isabel.

Don Diego, ofendido gravemente por la extraña é insolente proposición de Miguel López, se sorprendió y adoptó para con su hasta entonces confidente, una actitud altiva y despreciadora que nunca había usado. El noble señor se erguía ante la insolente demanda del siervo, y en aquella altivez había mucho de amenaza.

Miguel López no se desconcertó.

—Sabía, dijo á don Diego, de qué modo habíais de recibir mi petición: hace mucho tiempo que había pensado en ello y no os he pedido á vuestra hermana hasta estar seguro de que no me la podíais negar.

—¡Me amenazáis! contestó con un acento reconcentrado don Diego.

—No os amenazo: os advierto.

—¿Y de qué me advertís?

—De que si no me dáis vuestra hermana, yo daré al rey vuestra cabeza.

Un rayo de luz, pero un rayo de luz sombría, iluminó la inteligencia

de don Diego; comprendió que su hasta entonces fiel y dócil instrumento se le rebelaba, y abusando de su confianza le imponía condiciones.

Don Diego era hombre de mundo, y se puso á la altura de la situación: ocultó la cólera que hervía en su corazón bajo un semblante impasible, y dijo friamente á Miguel López:

—¿Es decir, que estáis resuelto á obligarme á que... os entregue mi hermana?

—Decidido de todo punto.

—Y decidme: ¿contáis con poder bastante para obligarme? ¿habéis meditado bien las consecuencias de la lucha á que me retáis?

—Todo lo he meditado, y os afirmo que cuento con tanto poder, que estoy seguro no sólo de venceros, sino de teneros sujeto.

—Veamos vuestros medios.

—¡Mis medios! la última carta que me disteis para el emir de los monfies de las Alpujarras.

Don Diego se aterró, y por más que quiso dominarse, palideció densamente: de tal importancia era la carta á que se refería Miguel López; tan graves los secretos que en ella estaban consignados, que bastaban para perderle. Impaciente don Diego, estimulaba en aquella carta al emir para una sublevación de los moriscos apoyada por los turcos, que decía ser de todo punto necesaria, en atención á que la presión de los españoles se hacía cada día más insoportable.

—¿Creéis, pues, dijo Miguel López notando el terror de don Diego, que esa carta no basta para perderos, para entregaros al verdugo?

—En efecto, dijo don Diego recordando su calma: os habéis armado bien para entrar en batalla conmigo.

—Aún os queda un medio, dijo con su inalterable insolencia Miguel López.

—¿Queréis decirme cuál?

—Ganar tiempo ofreciéndome que vuestra hermana será mi mujer, y huir después con ella y con vuestra familia á las Alpujarras. Así perderíais una cosa: vuestra hacienda, que el rey os confiscaría, pero ganaríais tres, á saber: primero que vuestra hermana no se casase conmigo, después la vida, y en fin, la honra.

—¡La honra! exclamó don Diego no pudiendo contenerse ya y levantándose con ímpetu; habéis dicho la honra.

—Sí, la honra he dicho, porque si no casáis conmigo á vuestra hermana ella se irá con otro.

—¡Hablad! ¡hablad! ¡explicadme eso... que no comprendo!

—¡Ya se ve...! ¡son tan calladas las dueñas y las doncellas de vuestra hermanal! ¡tan descuidado vuestro hermano don Fernando que no han podido apercibirse de lo que yo me he apercibido!

—¿Y de qué os habéis apercibido vos?

—Yo... ¡bah! me he apercibido de muchas cosas. En primer lugar, me he apercibido de que vuestra hermana espera todas las tardes asomada á las celosías de sus ventanas á un gallardo mancebo: que el mancebo, que es su vecino, antes de entrar en la casa la saluda: además que se ven y se hablan por cierta galería que dá á los jardines: lo primero lo he visto oculto en una de las casas de la calle del Zene, lo segundo desde un mirador de otra casa, desde donde se descubren los jardines de la casa de vuestro hermano don Fernando, y de la de el tal mancebo.

—¿Y podría ver yo eso mismo?

—Cuando queráis: pero dejadme que concluya de decir os otras cosas que he descubierto; por ejemplo, el poderoso emir de los monfies Yuzuf-Al-Hamar viene con mucha frecuencia á Granada: cuando viene se le ve

acompañado muchas veces de Abd-el-Gewar, y de ese mancebo que se llama el señor Juan de Andrade. ¿No os parece que el emir trata con demasiado amor á ese jóven para que sabiendo que tiene un hijo á quien nadie ha visto ni conoce, se crea que el señor Juan de Andrade es su hijo?

Miguel López acababa de avivar las sospechas que acerca del mismo asunto había tenido don Diego.

—Además, ya sabéis que yo sé, que por el testamento de vuestro padre estáis obligado á casar á vuestra hermana con el hijo del emir de los monfíes de las Alpujarras; el emir es un hombre que se ha criado como quien dice entre cristianos, y que entre ellos ha adquirido unas ideas muy extravagantes. El emir ha querido sin duda que los dos jóvenes se amen antes de conocer su verdadera posición. El emir ha conseguido que se amen aproximándolos el uno al otro; pero el emir no sabe otra cosa que yo he descubierto, á saber: que el señor Juan de Andrade podía querer á vuestra hermana como manceba, pero como esposa nunca... porque os desprecia... os aborrece... os llama los renegados.

—Miguel López! exclamó don Diego enteramente fuera de sí.

—No os irritéis y medita á sangre fría: dándome vuestra hermana salváis á un tiempo la hacienda, la vida y la honra: es cierto que os exponéis á la enemistad del emir, pero el emir es generoso y se contentará con despreciaros. Del otro lado tenéis mi venganza, que yo os juro que no os perdonará.

—¿Y no creéis que tenga otro medio de librarme de todas esas afrentosas condiciones?

—Uno solo podíais tener si yo no fuera previsora: matarme. Pero el matarme os perdería, porque la carta que os pone á mi merced no está en mi poder, sino en poder de quien, si

me sucede una desgracia, la presentará al presidente de la Chancillería.

Don Diego comprendió que estaba enteramente cogido.

—Os pido veinte y cuatro horas para contestaros, dijo á Miguel López.

—Tomáos cuarenta y ocho ó ciento. No me corre gran prisa.

—Quiero además ver algo de lo que vos habéis visto.

—¡Ah! ¿queréis ver si vuestra hermana ama al señor Juan de Andrade? En buen hora. Id mañana al amanecer á mi casa. Entre tanto, que os guarde Dios: os dejo en libertad para que meditéis.

Y salió.

Por más que meditó don Diego no encontró medio para salir del atolladero en que le había metido la traición de Miguel López. Por más vueltas que le dió, solo encontró una solución: la de casar á su hermana con aquel bandolero, y estar en acecho de una venganza terrible.

Al día siguiente al amanecer, don Diego acompañado de Miguel, vió desde una de las celosías de una casa situada á espaldas de la de su hermana, á Yaye y á Isabel que hablaban indudablemente de amor, cada cual en sus respectivas galerías.

Esto tenía lugar algunos días antes de la noche que se vieron en el jardín Yaye é Isabel.

Don Diego apremiado por Miguel, le concedió sin condiciones, y con un cuantioso dote la mano de su hermana.

Don Diego vendía cobardemente á la pobre Isabel.

Isabel se vió intimada de una manera dura á casarse con Miguel López; entonces en su desesperación pensó en huir con Yaye y le citó y le arrojó la llave del postigo del jardín.

Don Diego vió el significativo arrojamiento de la llave desde su acechadero.

Aquella noche don Diego y Miguel entraron furtivamente en el jardín de la casa de don Fernando, y ocultos tras un cenador de jazmines presenciaron la breve y desgarradora escena habida entre Yaye é Isabel.

D. Diego activó las bodas, contando ya con el asentimiento que la desesperación había arrancado á su hermana.

El mismo día y á la misma hora en que iba á celebrarse el casamiento, Yaye había aparecido de repente pálido y convulso ante don Diego.

Hé aquí la razón de que, al ver al jóven, don Diego se sorprendiese y se aterrara.

Volvamos á aquella situación.

—Creo no equivocarme dijo Yaye descubriéndose cortesmente, con el rostro densamente pálido, y con la voz temblorosa por una cólera mal contenida, creo no equivocarme creyendo que hablo con don Diego de Córdoba, señor de Válór.

—Así es, caballero, contestó don Diego descubriéndose á su vez y con un duro acento de extrañeza: creo también no equivocarme creyendo que vos sois el señor Juan de Andrade.

—Necesito de todo punto hablaros, dijo con precipitación Yaye.

—¿Y no podríamos hablar en otra ocasión? porque ahora, siento decíroslo, me esperan para un asunto muy importante: doña Isabel mi hermana se casa, me esperan en la iglesia.

—Pues porque vuestra hermana se casa, es cabalmente por lo que me urge hablaros: es necesario que ese casamiento no se haga.

—No comprendo caballero, dijo palideciendo con la palidez de la irritación don Diego de Córdoba, con qué derecho pretendéis ser importuno en esta ocasión.

—Leed, dijo Yaye, sacando de un bolsillo de sus gregüescos la carta

que la noche antes le había dado su padre.

—Permitid que os diga que vuestra tenacidad raya en ofensiva: no tengo tiempo; venid más tarde.

—Leed lo que os escribe mi padre Yuzuf Al-Hamar; leed: os lo mando yo, yo el emir de los monjes.

Y al decir estas palabras, que pronunció con la arrogancia de un rey que amenaza, pero en acento tan bajo que solo pudo ser oído por don Diego, Yaye se cubrió como un superior delante de su inferior.

Don Diego por inadvertencia ó por asombro, permaneció descubierto, fijó una mirada atónita en Yaye, y quedó enmudecido por la sorpresa.

Al fin se rehizo, tomó la carta, reparó en que Yaye se había cubierto, se cubrió, abrió el pliego y leyó.

Apenas hubo leído algunos renglones de aquel escrito, que lo estaba en árabe, se volvió, infinitamente más pálido y convulso á uno de sus servidores.

—Ayala, le dijo en voz baja, id al momento á la colegiata del Salvador, llamad aparte al licenciado Periañez, y decidle que dé la bendición á los novios en el momento; que para que no se extrañe mi falta invente cualquier pretexto.... que no se me espere, en fin. Id, id al momento.

El servidor que tenía visos de ser uno de esos hidalgos pobres que no tenían á deshonra servir á los grandes señores en aquellos tiempos, partió.

—Y vos doña Elvira, añadió don Diego, volviéndose á la dama que hasta entonces había presenciado con una viva curiosidad aquella escena, volvéos á vuestros aposentos. Vosotros idos, añadió dirigiéndose á la servidumbre y vos caballero seguidme.

—¿Y no sería mejor que nosotros mismos fuésemos? dijo Yaye sin moverse de su sitio.

—No, no, sería imprudente: vuestra presencia en la iglesia podría producir un escándalo, y luego... mi mensaje se obedecerá.

—Ved don Diego que vuestra hermana es mi vida.

—Si Dios quiere, tendréis vuestra vida... si por desgracia, si por casualidad fuera imposible... quejáis á vos mismo, primo. Ahora venid.

Yaye cedió, y siguió á don Diego: en su preocupación no reparó que el berberisco Kaib, había seguido á Ayala en el momento que este había salido de la casa para cumplir el encargo de su señor.

CAPITULO VII.

EN QUE SE RELATAN EXTRAÑOS É IMPORTANTES SUCESOS.

Doña Elvira saludó ceremoniosamente á su esposo cuando este la mandó que volviese á sus aposentos, arrojó una última mirada á Yaye, y acompañada de sus doncellas, subió unas descomunales escaleras, atravesó un ancho corredor, abrió una mampara de marroquí rojo; atrevió una rica antecámara, entró en una magnífica cámara y sentándose en un sillón, dijo á sus doncellas:

—Dejadme sola.

Las doncellas salieron: mientras resonaron sus pasos doña Elvira permaneció inmóvil en el sillón donde se había sentado, y profundamente pensativa; luego cuando el ruido de los pasos de las doncellas se hubieron extinguido en las habitaciones interiores, se levantó, atravesó la puerta por donde aquellas habían salido y cerró por dentro otra segunda puerta; después volvió á la cámara y se fué en derechura á un gigantesco espejo de Venecia, que la reprodujo por entero.

Doña Elvira lanzó una mirada au-

siosa al espejo, ese confidente de la mujer que tanto podría revelar si Dios por un milagro le animase y le diese memoria y voz.

Luego atravesó con paso leve y furtivo la cámara, abrió silenciosamente una puerta y entró en un retrete oscuro.

Una vez allí se colocó tras el tapiz de una puerta.

Desde allí se veía una habitación de hombre; pero bella y ricamente alhajada.

En aquella habitación había dos hombres que acababan de entrar.

Don Diego de Córdoba y de Valor, y Yaye-ebn-Al-Hamar.

El jóven estaba cubierto aun del polvo del camino, pero su traje era muy bello, le cala muy bien y sobre todo ganaba sobre su gallarda y esbelta persona.

Estaba cansado, anhelante, dominado por una ansiedad profunda, densamente pálido, y con la mirada impregnada de una ardiente melancolía.

Doña Elvira no le había visto nunca tan hermoso, y sintió que el corazón se le comprimía, se le desgarraba; nunca había sufrido tanto.

Don Diego estaba visiblemente contrariado.

Notábase que sentía respeto y aun temor delante de Yaye, como si se hubiera encontrado delante de un rey á quien hubiese tenido que rendir estrecha cuenta de sus acciones.

En efecto, considerando que Yaye era rey de los monfies por la abdicación de su padre, abdicación que Yuzuf participaba á don Diego en la carta que le había entregado Yaye, don Diego se veía obligado á respetarle: el valor indomable y tenaz, los sacrificios por la patria, la conservación de las tradiciones de su ley, todo daba á los monfies un prestigio merecido.

entre los moriscos y á su rey un poder terrible.

Por lo tanto y en cierto modo, don Diego ante Yaye era un vasallo y un vasallo culpable.

Porque don Diego creía, que al reconocer Yuzuf á su hijo, al entregarle su corona, le habría revelado el contrato que existía entre las dos familias, contrato á que don Diego había faltado entregando su hermana á otro hombre.

Lo que don Diego no podía comprender era cómo Yaye, que dos días antes había despreciado la mano de su hermana, se mostraba entonces tan ansioso de ella.

De lo que no podía dudar don Diego, era de que Yaye estaba perdidamente enamorado de doña Isabel.

Esta certidumbre le aterraba porque preveía fatales consecuencias.

Durante algún tiempo, guardó silencio. Yaye se había sentado y estaba cubierto. Don Diego permaneció descubierto y de pié. Doña Elvira que conocía la altivez de su marido no sabía explicarse la causa de aquella posición humillante á que don Diego se resignaba.

—Espero, dijo Yaye al fin, que contaréis con medios bastantes para impedir ese casamiento, y que no me obligaréis á tomar en vos una venganza implacable.

—Estad seguro, señor, de que si no hubiesen mediado gravísimas razones, yo nunca me hubiera atrevido á faltar por mi parte al solemne convenio celebrado por nuestros padres, y mediante el cual vuestro casamiento con mi hermana es una cosa decidida.

—¡Cómo! ¿existía un convenio entre nuestros padres? exclamó con violencia Yaye, ¿y vos os habéis atrevido.....?

La voz de Yaye temblaba, se ha-

bía puesto de pié y miraba de una manera amenazadora á don Diego.

—Escuchadme, señor y no me condenéis sin oirme.

—Antes de conocer á mi padre, cuando solo me creía moro, me inspirábais aversión como renegado: ahora que sé de quién soy hijo, ahora que el poder de mi padre ha pasado á mis manos, encuentro que á más de renegado sois traidor.

—Mi traición es hija de un horrible compromiso, dijo todo desconcertado don Diego: no sabéis hasta qué punto he sido engañado por ese infame Miguel López: pero no importa: Ayala habrá llegado: de todos modos hasta que yo hubiera ido no se hubiera efectuado el casamiento: yo soy su hermano mayor, su padre, en una palabra...

—¡Y la habéis vendido...! ¡la habéis obligado!

—Me hallé vendido y obligado, señor; ese Miguel López es un morisco renegado, un infame delator... tiene papeles que me comprometen... papeles escritos por mí á vuestro padre... papeles que no sé en poder de quien están: de otro modo ya hubiéramos encontrado medio de deshacernos de ese hombre... ¿quién había de pensar que vos, el amante de mi hermana, habíais de presentaros para decirme: dame tu hermana Isabel, porque yo soy el poderoso emir de los monfíes?

—¡El, emir .. rey...! exclamó con orgullo doña Elvira, que seguía escuchando tras el tapiz.

—Pero el matrimonio de mi hermana con ese hombre no se hará: mi hermana será vuestra, y de este modo, al mismo tiempo que vos y ella seréis felices, se conciliarán todos los intereses de entrambas familias: es verdad que vos, rey de la montaña, tenéis la fuerza, y hasta cierto punto el derecho; es verdad que las Alpu-

jarras os pagan un tributo, que os obedece un ejército de valientes monfíes; pero también es cierto, que yo, Aben-Humeya, descendiente del Profeta, nieto de los califas de Córdoba, tengo también derechos que reconocen los moriscós de Granada, y los de las alquerías de la Vega: los de Almería y los del marquesado del Zénete cuentan conmigo: al primer levantamiento, al primer grito de guerra, yo sería proclamado rey de Granada; esto se comprende perfectamente: los moriscos desprecian de tal manera la memoria de Muley Abd-Allah, que sus descendientes no pueden tener esperanza de que los moros de Granada los sienten en el trono de su abuelo. Fuera de la descendencia de Muley Abd-Allah, ¿qué otro más que vos ó yo podemos ser reyes de Granada? Vos, como emir de los monfíes, tenéis las Alpujarras: yo, como descendiente de los Omeyas, lo demás del reino... una alianza entre nosotros es de todo punto necesaria para evitar una guerra civil, que, si por dicha triunfásemos del cristiano, volvería á ponerse destrozados en su poder. Aquí ha habido mucho de fatal: antes de anoche vos mismo despreciásteis la mano de mi hermana.

—Yo os creía renegado.

—¡Oh! ¡fatalidad! yo sabía que amábais á mi hermana; pero creí que erais un hidalgo tello castellano, destinado á llevar una golilla ó un roquete. Culpad al misterio en que os ha envuelto vuestro padre: yo ignoraba que fuéseis lo que sois.

—Yo mismo lo ignoraba ayer.

—¡Fatalidad! ¡fatalidad!

—Mi noble padre quiso que antes de que ciñese su corona, supiese conocer á los hombres.

—En fin, no hablemos más de eso y vamos á lo que importa. El casamiento de mi hermana con Miguel López no se hará. Si por desgracia, y

como no es de suponer, mi enviado ha llegado tarde... Miguel López morirá.

—¡Oh, alentáis una duda y permanecéis aquí, entreteniéndome acaso para ganar tiempo! exclamó Yaye encaminándose violentamente á la puerta.

—¿Qué queréis hacer, exclamó don Diego, que en efecto, temiendo más á la denuncia de Miguel López que á la venganza del emir, había preferido la última y entretenia á Yaye, que queréis hacer? ¿á donde vais?

—¿En qué iglesia se casa vuestra hermana?

—¡Oh! ¡un escándalo!

—¡Corred! ¡corred vos mismo! ¡yo os espero!

—¡Ira de Dios! exclamó don Diego tomando al fin una resolución desesperada: por nada me obligaréis á dar un paso que pondría mi nombre en boca de todo el mundo.

—¡Ah! ¡me habéis egafiado! ¡me habéis entretenido, para que entre tanto!.. pero... no os salvaréis.. yo... mis monfíes... talaremos vuestros Estados de las Alpujarras... si escapáis de mis manos... os entregaré al rey de España con cartas semejantes á las que os han obligado á vender á vuestra hermana á ese Miguel López...

Don Diego exhaló un un grito: se encontraba enteramente perdido.

—Una palabra señor, exclamó arrojándose á los pies de Yaye: tened compasión de mí y protegedme: yo os seguiré; seré uno de vuestros más fieles vasallos....

—¡Tu hermana!

—¡Oh! exclamó don Diego, esperad: voy yo mismo: puede que aun sea tiempo...

Y se dirigió á la puerta de la estancia.

En aquel momento apareció en la puerta un paje que dijo:

—Señor, vuestra noble hermana y su esposo acaban de llegar.

El paje volvió á cerrar la puerta. Don Diego arrojó un grito de espanto, y se volvió desesperado y anhelante á Yaye: este al escuchar las terribles palabras «vuestra hermana y su esposo acaban de llegar» hizo un movimiento semejante al de quien ha sido herido de muerte: se puso rojo, más rojo; la mirada de sus ojos se hizo atónita, se contrajo su boca, y cayó al suelo como herido por un rayo.

Entonces se levantó el tapiz, tras el cual escuchaba doña Elvira, y apareció esta pálida como una muerta.

—¡Ah! venís á tiempo, señora, dijo don Diego que no estaba en estado de reparar en lo extraño de la llegada de su esposa, ni en su palidez, ni en su conmoción: ved si podeis hacer volver en sí á ese caballero... yo os disculparé con esas gentes.

Y partió.

Por la primera vez doña Elvira se quedaba sola con Yaye. ¿Pero en que situación? levantóle del suelo, con más facilidad de la que podía suponerse en una mujer delicada, y era que el amor le daba fuerzas; le colocó en un sillón, le abrió el justillo, roció su rostro con agua, y sin considerar si podía ó no ser vista se arrodilló á sus piés, asió sus manos, las estrechó contra su seno, y exclamó alzando al cielo los ojos cubiertos de lágrimas:

—¡Señor! ¡señor! ¡mi salvación por su vida!

Y permaneció de rodillas delante de Yaye.

Al cabo de algún tiempo Yaye suspiró.

Aquel suspiro, fué para el corazón de doña Elvira como un bálsamo maravilloso para una herida: con el consuelo recobró la reflexión y se alzó.

Yaye abrió los ojos, pero en sus ojos estaba pintada la expresión de una locura.

Empezó á delirar: su sangre se había agolpado á su cabeza y había trastornado sus facultades.

Afortunadamente había perdido la memoria de la causa de su accidente, y no pretendía levantarse del sillón.

Su locura era una locura tranquila.

Se reía pero su risa era horrible.

De una manera horrible sufría también doña Elvira.

Ella hubiera dado su vida por verse amada de aquel modo: unos celos mortales la devoraban: al mismo tiempo sentía una ansiedad horrible: temía por la vida de Yaye: su delirio era cada vez más intenso, don Diego no volvía y doña Elvira no se atrevía á llamar á nadie.

Al fin, resonaron pasos: se abrió una puerta: era don Diego.

—¿Vive? dijo con afán.

—Sí, contestó doña Elvira, valiéndose del dominio que tenía sobre sí misma para no demostrar más conmoción que la natural en aquellas circunstancias: vive, pero creo que está en peligro de muerte.

Don Diego examinó un momento á Yaye, luego fué á un lugar de la tapicería, oprimió un botón dorado, y se abrió una puerta secreta: tras ella se veía una escalera oscura recta y estrecha.

—Ayudadme, señora, la dijo volviendo junto á su esposa, ayudadme y concluyamos.

Entre tanto don Diego había encendido una bujía.

—¿Que pensáis hacer? dijo doña Elvira.

—Es necesario conducirle al subterráneo.

Doña Elvira no contestó, ayudó á don Diego á cargar con Yaye, y con gran trabajo le introdujeron por aquella puerta que don Diego cerró tras sí: bajaron las escaleras y atravesando una estrecha mina, llegaron á un

apoyento espacioso y bien amueblado en que había un lecho:

Aquella puerta secreta, aquella mina que se prolongaba mas allá de la habitación donde los dos esposos habían introducido á Yaye, y aquella habitación, eran un lugar seguro de refugio, preparado por don Diego, para el caso en que por un accidente desgraciado, ó por una traición de sus parciales invadiese su casa la justicia del rey. Aquello era un escondite: más adelante veremos que era también una comunicación.

Estas minas y estos aposentos son muy comunes en el Albaicín de Granada. Apenas habrá una casa de moros que no tenga alguna de estas comunicaciones subterráneas, de las cuales se conocen muchas.

Cuando Yaye estuvo colocado en el lecho, don Diego le desciñó el talarbarte, le quitó la daga y la espada, y dijo á su esposa:

—No sabes cuanto nos interesa la salvación de este jóven: pero si muere, lo que está en manos de Dios, nos interesa también sobre manera que no se sepa que le ha matado el amor de mi hermana. Si muere no saldrá de aquí. Escuchad: yo voy á ausentarme.

—¡A ausentaros! exclamó, conteniendo mal su alegría doña Elvira.

—Si, es preciso; preciso de todo punto; mi ausencia será á lo más de quince dias: cuidad vos entretanto al enfermo: pero vos sola.

—¡Yo sola! ¡abandonado...! ¡sin los auxilios de la ciencia...!

—No, no he querido decir tanto: antes de marchar avisaré á nuestro médico; es un buen morisco, un noble anciano y guardará el secreto: solo he querido deciros que vos, sola vos, seréis la enfermera.

—Os amo tanto, esposo y señor, dijo hipócritamente doña Elvira, que

no perdonaré por vos ningún sacrificio.

—Sí, sí, ya lo sé, doña Elvira, y merecéis que yo... os prometo corregirme. ... dejarme de locuras.... pero adios: no olvidéis lo que os he encargado.

—Id tranquilo, señor, no le olvidaré.

Don Diego salió dejando sola á su mujer con el hombre á quien amaba.

Un momento después, tranquilo y sonriendo entraba en la gran cámara de recibo de su casa.

En ella estaban doña Isabel de Valor, pálida, pero con la palidez más hermosa, su hermano don Fernando de Valor, los testigos que habían asistido á la ceremonia y algunos convidados, entre los cuales se contaba don Gabriel Coloma, marqués de la Guardia.

Miguel López, el recién casado, estaba allí también.

Era un hombre como de cuarenta años, moreno oscuro, cegijunto, estrecho de frente, sesgado de boca y avieso de mirada: estaba ricamente vestido, pero á pesar de la riqueza de su traje se notaba lo villano de sus maneras: estaba sombriamente ceñudo y miraba con recelo en torno suyo; don Diego se acercó á él sonriendo, pero, á pesar de su sonrisa, densamente pálido.

—Hermano, dijo asiéndole las manos con cariño; tengo que hablaros, y vosotros, señores dispensad; pero la repentina indisposición de mi esposa, de que antes os he hablado y que me ha impedido asistir á la celebración del casamiento, es más grave de lo que yo creía y me obliga á suspender por el momento la fiesta de bodas.

Todos callaron, pero todos se pusieron de pié: habían comprendido que cortesmente se les despedía: uno tras otro, después de algunas palabras

vacías de sentido fueron despidiéndose.

Por último, el marqués de la Guardia se dirigió á don Diego.

—¡Diablo! dijo: siento en el alma la indisposición de doña Elvira, pero de todos modos deseo que ello no sea nada y que pueda acompañarnos al bateo de mi hijo ó de mi hija cuando nazca.... que debe ser según los doctores, este mes: por lo demás si me necesitáis para algun empeño, añadió en voz baja indicando con una rápida é intencionada mirada á Miguel López mirada que solo fué vista por don Diego, podéis contar con lo que puedo y con lo que valgo. Ya sabéis que somos antiguos amigos.

—Adios, marqués, adios, contestó don Diego estrechándole la mano: aprecio vuestra oferta, pero por ahora no os necesito sino para serviros.

El marqués después de un expresivo apretón de manos á don Diego, de un galante saludo á doña Isabel, que le contestó maquinalmente, y de un frío y altivo saludo á Miguel López, que casi no le contestó, salió de la cámara en la que quedaron solos don Diego, doña Isabel, su hermano don Fernando, que se paseaba pensativo, y Miguel López que miraba alternativamente á doña Isabel y á don Diego, con la impaciencia de un lobo hambriento.

—¿Me queréis explicar lo que ha pasado esta mañana, don Diego? exclamó Miguel López volviéndose todo hosco á su suñado apenas quedaron solos.

—Eso significa, que no habiendo yo podido asistir á la ceremonia, envié á Ayala á avisaros que se efectuase sin mí.

—¿Y cuál ha sido la causa de que no hayáis podido asistir? replicó con un grosero acento de recelo Miguel López: porque yo no creo en el mal de doña Elvira: creo más bien en

cierto mancebo, con quien según me han dicho, os encontrásteis á la puerta de la casa.

—Veo que Ayala os ha dicho más que lo que yo le había mandado que os dijese. Pues bien, ese mancebo....

—Ese mancebo es...

Don Diego interrumpió á tiempo á Miguel López y acercándose á él le dijo rápidamente al oído:

—Ese mancebo es el emir de los monjes de las Alpujarras.

—¡El emir de los monjes de las Alpujarras! exclamó Miguel López, sin cuidarse de recatar su acento.

—¡Una rebeldía contra el rey! exclamó toda trémula doña Isabel, que lo había oído.

—¿Veis Miguel, veis lo que es obligar á los hombres á que digan ciertas cosas delante de las mujeres?

—Es que yo creo que se me engaña.

—Dejemos palabras duras que no deben sonar entre nosotros: amábais á mi hermana, mi hermana es vuestra, y no solo vuestra, sino que...

—Me ama, sí, sí en verdad, dijo con amarga ironía Miguel López.

—Os juro, señor, dijo doña Isabel con voz firme y tranquila, que nadie me ha violentado para que fuese con vos al altar.

—Pero habéis ido desesperada; como si hubiérais ido á vuestros funerales; pálida, llorosa.

—Perdonad, señor, pero el estado que acabo de tomar... yo os juro que si vuestra felicidad está en mi mano seréis feliz, muy feliz... ¿no es esto amaros, señor... como os puedo amar ahora? mañana tal vez...

—¿Quién sabe lo que sucederá mañana? dijo Miguel López, sin apearse de su dureza, aunque algo más tranquilo, porque tenía fé en la virtud de doña Isabel.

—Por lo mismo que no sabemos lo

que sucederá mañana, dijo don Diego, será prudente que por ahora no os veáis.

—¿Es decir, que solo tenga á medias á doña Isabel?

—Debéis comprender que cuando esto os digo tendré motivos poderosos. Por ejemplo, mañana podréis morir.

—¡Oh! ¡No lo quiera Dios! exclamó cediendo á su natural virtud doña Isabel.

Miguel López se dulcificó un tanto, interpretando de una manera falsa, por amor propio, la frase de doña Isabel en su favor, frase que tenía muy distinto sentido y que hizo estremecer á don Diego y á don Fernando.

—Nadie tiene la vida segura, dijo, y si á eso nos atuviésemos, jamás nos casaríamos por temor de dejar á nuestra esposa viuda.

—Pues es muy posible que vos dejéis viuda á nuestra hermana, repitió don Diego.

—¡Ah! ¡eso no sucederá! exclamó levantándose doña Isabel pálida y con la mirada fija en su hermano, porque le comprendía perfectamente: Dios no querrá que eso suceda.

—¿Y pensábais que mi hermana no os amaba? dijo don Diego.

—Pero, en fin, ¿qué peligro amenaza á... á mi esposo...? dijo doña Isabel haciendo un esfuerzo para pronunciar por la primera vez aquella palabra.

—Sí, sí, sepamos, dijo con acento duro y receloso, Miguel López; sepamos qué peligro es ese, y si vuestras palabras son una amenaza ó un aviso.

—Siempre torcéis las intenciones, Miguel, contestó con calma don Diego: ese peligro de muerte próximo, os amenaza como me amenaza á mí, á mi hermano, á nuestros parientes, á nuestros amigos, á todos los moriscos que tienen amor á la patria y fé en el

Dios Altísimo y Único. En una palabra, Miguel: el edicto de don Carlos, promulgado antes de ayer y á un mismo tiempo, por decreto del emperador en Granada y en las Alpujarras, ha indignado al emir de los monfies, que ha venido en persona á mandarme que en el momento marchemos los más que podamos á las Alpujarras.

—¡Oh! ¡sí, sí! ¡vais á rebelaros! exclamó doña Isabel.

—Hermana: dijo severamente don Diego: las mujeres deben callar y obedecer siempre, y mucho más cuando se trata de ciertos asuntos... asuntos de que yo no hubiera hablado delante de vos á no haberme provocado Miguel.

—Pero vos no debéis rebelaros, hermano, exclamó con severidad doña Isabel: el rey os honra, sois cristiano, lo soy yo...

—¿Lo veis, Miguel? repitió don Diego.

—Esposa mía, dijo Miguel López, dejad que lo que Dios quiere que haya de suceder suceda y nada temáis: si muero, por fortuna aún no me tenéis tanto amor que mi muerte os desconsele.

Y el acento de Miguel era amargamente irónico.

—Pero es que yo no quiero que muráis...

—Ven, ven conmigo, hermana, dijo don Diego: perdonad un momento Miguel, voy á llevar á mi hermana junto á mi esposa á fin de que podamos hablar libremente.

Doña Isabel deseaba hablar á solas con su hermano y le siguió.

Apenas estuvieron en lugar donde de nadie podían ser oídos, doña Isabel dijo á don Diego:

—¿No te basta haber cometido un crimen enlazándome á ese hombre contra mi voluntad, sino que por razones que no acierto, quieres cometer otro? ¡hermano! ¡hermano! yo creo que esa

rebelión es una mentira: que tú tienes otros proyectos.

—Mira, dijo don Diego que acababa de entrar en su aposento mostrándole la carta de Yuzuf Al-Hamar que le había entregado Yaye.

Doña Isabel la tomó y la leyó.

Su contenido era el siguiente:

«En el nombre de Dios Altísimo y
»Unico, dador de la prosperidad y del
»infortunio: Muley Yuzuf Al-Hamar,
»á su muy querido sobrino Sidi Aben-
»Humeya:—Un pacto sagrado existe
»entre nuestras familias: segun él, tu
»hermana doña Isabel, debe ser espo-
»sa de mi hijo Sidi Yaye. Acabo de
»renunciar en él mi corona y mi espa-
»da: Sidi Yaye, es desde hoy emir de
»los monfies de las Alpujarras. El ma-
»trimonio concertado, debe, pues,
»efectuarse. Mi hijo me ha dicho, que
»tú, faltando al respeto que debes á
»la voluntad de tu padre, y el temor
»que mi poder debe inspirarte, has
»dispuesto de la mano de tu hermana.
»Mi hijo, el poderoso emir de los mon-
»fies, te entregará por sí mismo esta
»carta. Si tu hermana es libre, rompe
»las obligaciones que con otro hayas
»contraído, y que doña Isabel sea es-
»posa de mi hijo. Si por desdicha, do-
»ña Isabel fué de otro, lay de tí y
»ay de él!—Yuzuf Al-Hamar.»

—¡Ah Dios mío! ¡Dios mío! exclamó doña Isabel: ¡con que no se llamaba Juan de Andrada! ¡con que es verdad que es moro, y además de moro es monfi!

Y doña Isabel se cubrió el rostro con las manos.

Debemos recordar, para que no parezca extraño el dolor de doña Isabel, que la palabra monfi significa salteador, bandido.

—Fues bien, dijo al fin la jóven alzando la frente radiante de dignidad: no hay motivo para que te arrepientas de lo que has hecho, porque por más que yo le haya amado, por

más que á mi despecho le ame, jamás, aunque quedase viuda, me casaría con un rey de bandidos: con un hombre que ha rechazado mi mano... que me ha dejado cruelmente abandonada á mi destino... no, no, y cien veces no.

—Ese hombre está muriendo por tí.

—¡Muriendo por mí exclamó aterrada doña Isabel.

—Ven, añadió don Diego, y abrió la puerta secreta, descendió rápidamente las escaleras llevando á su hermana asida de la mano, y entró con ella en el aposento donde había dejado á Yaye y á su esposa.

Doña Elvira, que estaba arrojada sobre el lecho de Yaye que deliraba, se levantó al sentir los pasos de don Diego y de doña Isabel.

—Y bien, ¿traéis ya al médico? exclamó con impaciencia.

—Acaso, acaso señora, contestó don Diego adelantando con doña Isabel.

—¡Ah! exclamó doña Elvira al ver á doña Isabel, al mismo tiempo que esta al ver á Yaye postrado en el lecho, con el semblante lívidamente pálido y los ojos desencajados y fijos, lanzaba un grito de espanto, emanación involuntaria de su alma.

—¡Está muriendo por vos, y pensáis en la vida de otro hombre, hermana! dijo don Diego.

Doña Isabel cayó de rodillas, y don Diego, aprovechando aquella ocasión, salió y cerró la puerta dejando á las dos mujeres encerradas con Yaye.

Poco después, y al mismo tiempo que entraba un médico anciano en la habitación donde estaba Yaye, salían de Granada á caballo y á la ligera, don Diego de Valor, su hermano don Fernando y Miguel López, acompañados de algunos lacayos armados á la gineta.

CAPITULO VIII.

¡EL EMIR SE HA PERDIDO!

El médico declaró que la enfermedad de Yaye era peligrosa, y que se necesitaba sumo cuidado, gran reposo para el enfermo, y sobre todo la ayuda de Dios.

Lo primero que hizo doña Elvira, cuidando de que Yaye tuviese todo el reposo necesario, fué sacar del subterráneo á doña Isabel.

Esta se encontraba en el estado más terrible en que podía encontrarse una mujer.

Lo primero que la aterraba era el estado de Yaye; después el crimen que había comprendido meditaban sus hermanos contra Miguel López, luego, en fin, los celos.

Los celos, porque había adivinado en un solo momento que su cuñada doña Elvira amaba á Yaye.

Ella le amaba también; había sacrificado su cuerpo pero no su amor: no podía confesarle ante los hombres, pero podía guardarle en el fondo de su alma como en un santuario.

Doña Elvira se había abrogado enteramente el cuidado del enfermo: es cierto que doña Isabel no podía estar junto á él ¿pero acaso, doña Elvira no era también una mujer casada?

¿Acaso no amaba á Yaye.

Porque doña Isabel con ese delicado instinto de la mujer que ama, había comprendido á primera vista que doña Elvira amaba á Yaye,

Ella le hubiera asistido con la pureza de un angel.

Y sobre todo lo que más importaba á doña Isabel en aquellos momentos era su vida.

Sin embargo ni una palabra dijo á doña Elvira.

Ni una sola vez le preguntó por el estado del enfermo.

Aquella noche el anciano Abd-el-Gewar, llegó á la puerta de la casa y llamó.

Abriéronle y preguntó por don Diego.

Dijéronle que había salido á un corto viaje.

Entonces preguntó por un caballero que aquella mañana había entrado en la casa.

Contestáronle que habían entrado muchos caballeros, y que nada le podían decir.

Al día siguiente Abd-el-Gewar llamó de nuevo y pidió hablar con doña Elvira: fué introducido.

Doña Elvira contestó á sus preguntas que nada sabía de tal persona.

Abd-el-Gewar escribió inmediatamente al emir.

«Poderoso señor: tu hijo ha desaparecido el mismo día del casamiento de doña Isabel de Valor con Miguel López: no sé nada de su paradero, pero le busco de una manera incansable: suceden cosas extrañas. Don Diego y don Fernando de Valor, han salido con Miguel López ayer por la mañana y á la ligera, sin que se sepa á donde han ido. Doña Isabel ha quedado en casa de su hermano don Diego. No me atrevo á moverme de Granada: espero tus órdenes. Mi esclavo Kaid dice que tu hijo entró ayer casa de don Diego, pero que no sabe si ha salido ó no, porque estuvo apartado de la casa algún tiempo. Guárdete Allah:—tu vasallo Abd-el-Gewar.»

A los tres días recibió el anciano la contestacion siguiente:

«Noble y virtuoso Abd-el-Gewar: don Diego y don Fernando de Valor han cometido un crimen contra su cuñado Miguel López: los tengo en mi poder y espero saber de ellos el paradero de mi hijo: en cuanto á este tengo formado mi plan: te envío diez de mis monfies que más conocimiento tienen de la ciudad para que indaguen

su paradero; esto y el asesinato de Xerif-ebn-Abó es obra de ese bandido miserable de ese don Diego de Válór; ¡Ay de él si muere mi hijo!

CAPÍTULO IX.

EN QUE SE SABE LO QUE HICIERON CON MIGUEL LÓPEZ DON DIEGO Y DON FERNANDO DE VÁLOR.

Retrocedamos al momento en que los dos hermanos y Miguel López salieron de Granada.

Los tres ginetes, acompañados de cuatro lacayos tomaron á buen paso el camino de las Alpujarras: al llegar al Suspiro del Moro, don Diego de Córdoba revolvió el caballo y miró á la distante ciudad.

—¡Granada! ¡Granada! exclamó: hace cincuenta y cinco años, se detuvo en este mismo sitio el cobarde Boabdil y lloró porque te había perdido: hoy me vuelvo yo para jurarte que si Dios me ayuda y á despecho de mis enemigos, tu volverás á ser la ciudad querida del Profeta, y yo.... yo seré tu rey.

—¡Hum! dijo Miguel López, que estaba de muy mal humor; creo, hermano, que os olvidáis muy pronto del poder del emir de las Alpujarras.

—¡Ah! ¡el emir de los monfíes! ¿y creéis que el emir tenga más poder que yo.

—¡Si!

—¿En qué os fundáis?

—En que él manda y vos le obedecéis. Y sinó ¿por qué hemos abandonado tan de improviso á Granada...? ¿por qué vagan allá entre las faldas de la sierra, como cabras sueltas, ciertos hombres, que Dios me confunda si no son gente que tiene más de una razón para temer á las justicias de las villas y á los cuadrilleros de la Santa Hermandad? ¿y para qué si nó

habéis hecho que se adelante uno de vuestros lacayos?

—En cuanto á lo primero, Miguel, ya sabéis que hay momentos en que nos vemos obligados á doblegarnos: el edicto del emperador ha exasperado los ánimos: en Granada ya sabéis que no puede hacerse nada sin que lo noten la Inquisición y la Chancillería, cuyos alguaciles y espías tienen siempre los ojos puestos en nuestras casas, los oídos donde quiera levantarse la voz de un morisco. El golpe vendrá de afuera, de las Alpujarras: mañana, pasados dos días.... ¿quién sabe si esta misma noche? puede acercarse un ejército á los muros de Granada, penetrar en ella, sorprendiendo el descuido de los cristianos que nos creen puestos en temor, y arrebatarles la ciudad. Por lo mismo y puesto que el emir (que ahora es el que cuenta con mayor poder) nos ordena que nos presentemos á él, nos es forzoso obedecer. Si, como decís, vagan monfíes en las próximas quebraduras, esto nos indica que nuestro viaje acaso no será muy largo, y en cuanto á lo de haber mandado á un lacayo que se adelantase, ya sabéis que cuando se quiere tener lecho y comida en una venta de las Alpujarras es necesario prepararlo de antemano.

—Sí, sí, dijo Miguel López, que no había perdido enteramente su confianza; ya sé que habéis cursado algunos años en Salamanca, que sois muy letrado y que para todo encontraréis una buena salida. Pero os advierto que si pensáis hacerme una traición....

—¿Qué decís, Miguel? exclamó don Fernando de Válór con acento amenazador, porque, más jóven que su hermano y menos sufrido, no sabía contentarse como él: ¿sabéis, amigo mío, que no parece sino que vos sois nuestro señor y nosotros unos miserables

esclavos obligados á sufrir vuestras insolencias, y que ya se me va acabando el sufrimiento?

—Pues aunque se os ocabe de una vez; mi buen hermano, dijo Miguel López, os advierto que voy prevenido; y que no os será tan fácil dar cuenta de mí para dejar á vuestra hermana viuda.

—¿Es decir, exclamó don Fernando, desateudiendo una significativa mirada de su hermano, es decir que creéis que os hemos sacado fuera de Granada para asesinaros?

—Todo pudiera ser.

—¡Ira de Dios! exclamó don Fernando poniendo mano á su espada y lanzando su caballo hácia Miguel López, que desnudó á su vez.

Don Diego se interpuso.

—¿Estáis locos? exclamó; mi hermano no ha comprendido todavía, Miguel, que sois un hombre intratable, y que el miedo de que hagan con vos, lo que vos seríais capaz de hacer con otro y lo que acaso merecéis, os turba la razón y os hace decir locuras: ¿para qué diablos habíamos de haberos casado con nuestra hermana si pensásemos en mataros?

—¡Hum! pronunció Miguel López con desconfianza.

—Por lo mismo que con vos no se puede hablar sin peligro, añadió don Diego, os advierto que durante la jornada no os dirigiremos ni mi hermano ni yo una sola palabra. Envaina tu espada, Fernando; envainad la vuestra Miguel, y marchad detrás, delante, ó á nuestro lado, como mejor os convenga; espero en Dios que pronto nos conoceréis mejor y que nos ahorraremos estas desagradables contestaciones.

—¡Hum! repitió Miguel López; y envainando su espada, echó su caballo por un costado del camino. Don Fernando envainó á su vez y siguió por

el centro del camino al lado y á la derecha de su hermano.

Y así, en ese silencio forzado y hostil de personas que se ven obligadas á estar juntas y no se encuentran en buena inteligencia, siguieron caminando á buen paso. Este silencio no se interrumpía sino de tiempo en tiempo por la voz de alguno de los ginetes que alentaba á su caballo, por el cantar de algun romance morisco que entonaba don Fernando, justificando aquel antiguo proverbio que dice que «cuando el español canta, ó rabia ó no tiene blanca», ó cuando encontrándose nuestros viajeros con alguna recua, les saludaban los traginantés quitándose respetuosamente el sombrero y les decían:

—Dios guarde á vuesamercedes.

A lo que don Diego contestaba con esa benévola altivez de los grandes:

—¡Vaya con Dios la gente honrada!

Fuera de estos casos no se pronunciaba una sola palabra.

Pero aunque no se hablaba, cada cual iba revolviendo dentro de sí una máquina de pensamientos: en particular don Fernando, á quien su hermano no había tenido ocasión de comunicar sus proyectos respecto á su cuñado más que por algunas rápidas palabras, ansiaba que una casualidad cualquiera le pusiese en la posibilidad de dar una buena estocada á aquel Miguel López tan záfio, tan grosero, tan violento, y que, de una manera tan extraña para don Fernando, porque no conocía los secretos de su hermano, se había introducido en la familia.

Así silenciosos y mohinos, habiendo invertido todo el día en la jornada, llegaron cerca de Orgiva á una venta situada en el recodo de un camino y flanqueada por altas y peladas rocas.

El sol tocaba al horizonte y su do-

rada y lánguida luz se perdía á lo lejos bajo las frondas de un espeso olivar que se veía en el fondo de un pequeño valle, entre una abertura de las breñas; al occidente, recortando fuertemente sobre el rojo color del cielo su oscura silueta se veían Orgiva y su castillo: por el opuesto lado la vista se detenía ante un monte cubierto enteramente de naranjos y limoneros.

Parecía que la venta se había buscado expreso, oculta, por decirlo así, en un recodo de un camino pendiente y en un seno de la montaña. Por todas partes se veían breñas: oíase en ellas el áspero graznar de las águilas que anidaban en las cimas, y á lo lejos el ruido de la violenta corriente del río de Orgiva.

El lacayo, que habiéndose adelantado, esperaba á la puerta de la venta á su señor, se acercó [y le tuvo el caballo; al mismo tiempo el ventero, mozo fornido y de mala catadura, adelantó sombrero en mano.

—Bien venidos sean vuestras señorías á mi casa, dijo el ventero; esté buen mozo, añadió señalando al lacayo, me ha avisado de antemano y nada falta.

Pareció como que se cruzaba una mirada de inteligencia, pero rápida y casi imperceptible, entre don Diego y el ventero.

—Decís que nada falta? preguntó don Diego.

—Nada de cuanto se me ha pedido, contestó con desenfado el ventero: es verdad que ha sido necesario ir á buscarlo algo lejos; pero ello es que nada falta, nada.

—¿Y qué quiere decir que nada falta? dijo Miguel López con recelo.

Miró fijamente el ventero á quien le preguntaba.

—No faltan ni buen lecho, dijo, ni buena cena, ni buen aposento: ¿qué

más quiere tener el hidalgo enmedio de un camino?

—Menos palabras y más obras, contestó siempre con su tono agresivo Miguel López, y puesto que tenéis buena cama, y buena cena, dadnos cuanto antes de comer á fin de que cuanto antes podamos dormir.

El ventero desapareció hácia el interior y los lacayos desaparecieron con él, sin duda para ayudarle en los preparativos.

—¿Sabéis lo que pienso Miguel? dijo don Fernando,

Miró con atención y descaro Miguel López al jóven como diciendo:

—Y bien, ¿qué pensáis?

—Pienso, continuó don Fernando, que después de las villanas sospechas que habéis concebido acerca de nosotros, no debemos permitir que durmáis en el aposento en que nosotros durmamos.

—¡Eh! ¡tanto me da!

—¡Si insistís!

—Creo que he hecho muy mal en salir de Granada.

—¡Os afirmáis, pues, en vuestras dudas! pues bien: dormiréis en aposento aparte... ó si os place mejor... Orgiva está cerca; en ella tenéis, no solo conocidos y amigos, sino parientes: seguid hasta Orgiva, si os place, pero si tal hacéis, os rogamos que no digáis á alma nacida que paramos en esta venta: cuando se anda en empresas arriesgadas toda precaución es poca.

—Me quedo, dijo Miguel, á quien sin duda daba vergüenza llevar el tema hasta el extremo.

—Pues si os quedáis, tomad aposento aparte.

—Le tomaré.

—Entonces, pues, no hablemos más, y como creo que la cena nos espera entremos y cenemos.

—Entraron, y en el fondo del zaguán, en un cenador que daba á un

huerto, se sentaron alrededor de una mesa servida, y asistidos por los lacayos y por el ventero, empezaron á cenar en silencio.

Concluida la cena cada cual se retiró á su aposento.

La venta quedó envuelta en el más profundo silencio.

Avanzó la noche.

A las Animas tocaban las campanas de la iglesia de la cercana villa de Orgiva, cuando el mismo ventero que tan ligeramente hemos descrito, se levantó de junto á una mesa sobre la cual había estado dormitando hasta entonces, ocultó la lámpara de hierro que le alumbraba, y en paso recatado atravesó el zaguán, abrió la puerta de la venta, la cerró de nuevo, atravesó el camino en dirección opuesta á Orgiva, y muy pronto se encontró marchando á largo paso entre las quebraduras.

Trepaba por uno de esos barrancos que suben por las faldas de las montañas y que al fin se extinguen, se pierden, se borran, acabando en punta, como si fueran un pliegue del terreno; cuando llegó á la parte media se detuvo en la oscura grieta de una caverna, y lanzó un silbido tan leve como el de una culebra.

A aquel silbido contestó otro en el interior.

—¡Ah! ¿estáis ya ahí? dijo el ventero.

—Sí, sí, pardiez, Reduan, dijo una voz áspera: y no alcanzamos por qué razón nos has hecho esperar en la cueva, cuando hubiéramos estado mejor en la venta.

—Cada cual sabe lo que se hace, contestó el llamado Reduán. ¿Cuántos sois?

—Seis, que creo que bastamos para cualquier empeño de honra. ¿De qué se trata?

—De ganar cien doblones, dijo Reduán, á quien habían rodeado seis

sombras que debían ser las de seis membrudos cuerpos de monfies.

—¿Y qué hay que hacer para ganar esos cien doblones? dijo uno de ellos.

—¡Poca cosa! matar un hombre.

—¡Ah! ¡pues si no es más que eso! ¿Y dónde está ese hombre?

—En mi casa.

—¡Ah! ¿es acaso el hombre que acompañaba hoy por el camino á don Diego y á don Fernando de Valor?

—El mismo. Pero tú debes conocer á ese hombre, Farix, añadió Reduán dirigiéndose al que había hablado.

—Sí por cierto; es el renegado Miguel López, á quien tengo grandes deseos de antecoger delante de mi ballista. Es un traidor.

—¿Y cómo sabéis vosotros que Miguel López acompañaba á don Diego y á don Fernando de Valor?

—Esta mañana el walí Harum nos ordenó en nombre del poderoso emir, que observásemos el camino, sin dejar de reparar si iban ó venían golillas, hidalgos ó soldados.

—Es verdad: se nos aprieta tanto por ese endiablado rey de España, que será necesario romper por todo y hacer lagos de sangre cristiana para bañarnos en ella. Día llegará en que... pero por ahora pensemos en nuestro negocio: el asunto de que se trata es un asunto particular de don Diego de Córdoba y de Valor. Ya sabéis que es pariente del emir, y que estamos obligados á servirle, sobre todo, cuando tan bien lo paga.

—Es muy justo.

—Pero importa que nadie sepa que le hemos servido. Ya sabéis que el emir castiga á sangre toda muerte que se hace, como no sea en combate ó por orden expresa.

—¿De modo que á don Diego le estorba ese renegado.

—Algo debe de haber: lo que sé es que á media tarde llegó un lacayo de



don Diego y me dió una carta: aquella carta decía en arábigo: «Es necesario que, para servicio de Dios y del emir, tengas prevenidos para esta noche algunos de los monfíes más valientes que se encuentren por los alrededores.» Os avisé. Después llegaron don Diego, don Fernando y Miguel López. Cenaron, y luego Miguel López se encerró en un aposento aparte y en otro los dos hermanos. Los lacayos se fueron al pajar: yo entonces subí al aposento de don Diego por la ventana del cuarto, según me lo había dicho don Diego, aprovechando un descuido del López, que se muestra muy receloso, y cuando estuve dentro me dijo que os ofreciera cien doblones por matar un hombre y que, si consentáis, os llevase al huerto y que él mismo hablaría con vosotros. Puesto que consentís seguidme.

Los monfíes siguieron en silencio á Reduan, descendieron á una rambla y á través de algunas quebraduras llegaron á las bardas de un huerto, y uno tras otro saltaron con la agilidad y el silencio del gato montés.

Apenas habían desaparecido entre las quebraduras, cuando salió de la cueva otro hombre que, sin duda, había estado oculto en su fondo entre las tinieblas, por lo que los monfíes no habían reparado en él.

—¡Oh! ¡oh! dijo aquella sombra: se trata de un asesinato infame. Pues bien, es necesario impedir ese crimen.

Y se puso en seguimiento de los monfíes, pero á larga distancia y recatándose.

Miguel López, entre tanto, velaba, entregado á encontrados pensamientos; parecíale por una parte que su recelo era infundado: por otra un secreto instinto le decía que desconfiase, y entre seguridad y desconfianza,

llegó hasta las Animas sin acostarse, dando paseos á lo largo del aposento y lanzando de tiempo en tiempo una feroz mirada á los pedreñales (pistolas se llaman ahora), que tenía sobre la mesa.

Pero acordándose una y cien veces que tenía sujeto á don Diego por medio de prendas que podían perderle; que para atentar á su vida no hubiera esperado á hacerle esposo de su hermana, y sobre todo, que después del aprieto en que ponía á los moriscos el edicto del emperador, nada tenía de extraño que el emir de los monfíes hubiese llamado al morisco más influyente de Granada, y que este morisco, es decir, don Diego, se prestase dócil y aun voluntariamente á obedecer las órdenes del emir.

Estos pensamientos le tranquilizaron algún tanto: dilatáronse las profundas arrugas que hasta entonces habían plegado su frente, y su imaginación tomó un rumbo distinto. Acordóse de su desposada, de la hermosa doña Isabel, de quien tan bruscamente había sido separado: representóse en su imaginación la alegre fiesta de bodas que indudablemente hubiera tenido lugar aquella misma noche, á no haber mediado el urgente mandato del emir de los monfíes. Sucesivamente fueron pasando por su imaginación cien tentadoras imágenes, cien esperanzas defraudadas por el acaso, ese eterno burlador de la dicha humana; suspiró ruidosamente, y, no teniendo otra cosa que hacer, se recogió al lecho, y perdido de todo punto su recelo, reconcentró su pensamiento en el recuerdo de doña Isabel, y poco después dormía y soñaba.

Pasaron una, dos, tres horas. La luz del velón que había dejado el ventero, empezó á debilitarse falta de pábulo; osciló algunos momentos y al fin se apagó.

Luego solo se oyó el poderoso

aliento producido por el pecho de toro de Miguel López, que continuaba durmiendo.

Si no hubiera dormido tan profundamente, hubiera podido percibir cierto leve murmullo de voces que hablaban juntas, que cesaban, que se alejaban. Hubiera percibido, al fin, los pasos de una persona que se acercaba recatadamente, que se detenía junto á la puerta y escuchaba, retirándose después: hubiera oído, por último, unos pasos más fuertes que cesaron delante del aposento; luego ruido de pisadas de caballo y cierto tráfago en la parte baja de la venta: pero Miguel López nada de esto oyó, y fué necesario que diesen sobre la puerta tres fuertes golpes para que despertase.

—¡Voto á mil legiones! exclamó; me han quitado el sueño más hermoso del mundo; como que me figuraba que....

Miguel López concluyó con un ruidoso suspiro estas frases que había pronunciado medio dormido, y luego, notando que la luz se había apagado se levantó de un salto, tomó á tientas uno de los pedreñales que había puesto sobre la mesa, y dijo con voz ronca y amenazadora:

—¿Quién va?

—¿Quién ha de ir ni venir? dijo detrás de la puerta la voz de don Diego de Valor: vestíos pronto hermano, que suceden grandes cosas.

—¡Ah! ¿sois vos, don Diego? dijo dejando el pedreñal sobre la mesa Miguel López; pues bien, creo que pueden suceder grandes cosas y que sea necesaria gran diligencia; pero si queréis que me vista pronto, entrad y dadme luz: la mía se ha apagado.

Abrió la puerta el morisco, y don Diego entró con una vela de sebo encendida, puesta en una palmatoria de barro cocido.

—¿Qué hora es, hermano? preguntó soñoliento Miguel López.

Don Diego sacó de entre su ropilla un enorme reloj de oro semiesférico, objeto de gran lujo en aquel tiempo, y dijo consultando la muestra:

—Las doce y veinte minutos.

—¿Y podemos fiarnos de ese embeleco?

—Como que está fabricado en Bruselas, y es más seguro que la máquina de la torre de Santa María de la Alhambra.

—En efecto, muy grave debe de ser el asunto que nos hace madrugar tanto, dijo Miguel López atacándose los gregüescos.

—Cómo que tenemos encima al emir.

—¡El emir!

—Sí, el emir con seis mil monfies, que adelanta hácia Granada, á la que piensa llegar antes del amanecer.

—¡Diablo! ¡diablo! ¿es decir que hoy mismo tendremos batalla?

—Es más que seguro; por lo mismo importa que nos preparemos cuanto antes: en Cádiz hay un capitán del rey con algunos soldados y un alcalde con treinta cuadrilleros: es necesario sorprender á esa gente para que no puedan dar aviso á Granada y prevenir á nuestros enemigos. Así, pues, acábaos de ajustar las agujetas del jubón y á caballo.

—¿Os ha enviado algún correo el emir? dijo Miguel López acabándose de apretar las hebillas de las espuelas.

—Sí, sí por cierto; me ha enviado uno de sus walfes.

—¿Y donde está ese walf?

—Ha partido con toda diligencia á poner en armas las taifas de monfies de la taha de Lanjarón, donde también hay gente del rey.

—Pero os habrá dejado á lo menos un guía.

—No, pero me ha avisado el lugar donde podré encontrar al emir.

—¿Y qué lugar es ese? dijo Miguel López saliendo con don Diego de la habitación.

—A un tiro de arcabuz de Orgiva, en el lecho del rio.

—Vamos, pues.

Por prudencia, según creía Miguel López, no hablaron ni una palabra más. Bajaron tranquilamente las escaleras, don Diego pagó el gasto al fingido ventero; y él, Miguel López y don Fernando de Valor, montaron en los caballos que les tenían los criados, y seguidos de estos, también á caballo, salieron de la venta y tomaron ostensiblemente el camino de Orgiva.

La noche era un tanto clara, y lo hubiera sido enteramente merced á la luna, á no ser por los densos nubarrones que cruzaban el espacio: de cuando en cuando se vela lucir un relámpago en lontananza, allá entre las profundas quebraduras, y empezaban á escucharse truenos lejanos.

—Famosa noche ha elegido el emir para su empresa, dijo Miguel López que caminaba delante, y que al parecer había perdido hasta la última sombra de recelo.

—Guardad silencio, hermano, dijo don Diego, que no sabemos quién puede escucharnos, y aguijad vuestro caballo á fin de que lleguemos pronto. Hasta que nos encontremos al lado del emir y entre los monfies, nos hallamos en peligro.

Y para dar el ejemplo, don Diego aguijó su caballo y pasó adelante.

Los tres ginetes y los lacayos siguieron marchando en silencio.

A poca distancia de la población, don Diego revolvió su caballo y empezó á descender por un oscuro sendero, perdido en la penumbra de un profundo barranco, formado por la abertura de dos montañas; á medida que adelantaban se percibía más distinta-

mente el ronco ruido de la corriente del rio de Orgiva, corriente rapidísima á causa del gran desnivel del terreno; el fondo del barranco, por el centro del cual corría, saltando entre las breñas, un arroyo, se iluminaba de tiempo en tiempo por la brillante y fugitiva luz de un relámpago.

Hallábanse á la mitad de la garganta, cuando, de repente, el caballo de don Diego se detuvo, lanzó un relincho agudo y resistió á la espuela.

—Debemos estar cerca del emir, dijo Miguel López; vuestro caballo siente las yeguas.

—¡Callad! ¡callad en nombre de Dios! exclamó don Diego; callad y detened vuestros caballos.

—¿Pues que sucede? dijo Miguel López.

El zumbido de un venablo que pasó cortando el aire por cima de las cabezas de nuestros personajes, fué la contestación que obtuvo Miguel López: don Diego, su hermano y los lacayos, se habían lanzado con las espadas desnudas en la dirección que parecía haber traído el venablo.

—¡Ah! ¡Dios de Dios! exclamó Miguel López, echando mano á sus pedreñales; esta es, sin duda, ó una traición de esos miserables, ó un mal encuentro con bandidos: pues bien, es necesario vender cara nuestra vida.

Y apeándose del caballo, porque el terreno era más á propósito para defenderse á pié que cabalgando, llevó al animal hasta una breña y se parapetó con él.

Pero apenas había tomado posición cuando nuevos venablos pasaron silbando, y el caballo cayó desplomado, como si le hubieran herido en el corazón ó en la cabeza.

Miguel López no tuvo tiempo más que para disparar uno de sus pedreñales sobre algunos bultos, al parecer de hombres, que adelantaban rá-

pidamente hacia él, saltando por cima de las quebraduras.

En aquel momento brilló un relámpago y Miguel López vió que los que le acometían eran monfíes.

Pero también vió, antes de que se extinguiese la rápida llamarada del fuego, que uno de aquellos hombres había saltado sobre su terreno y caído herido por una saeta, cuyo silbido parecía marcar que quien la había disparado estaba á espaldas de Miguel López, y frente á los monfíes.

La suerte de su compañero irritó á los monfíes, que se lanzaron dando alaridos de rabia sobre Miguel López: este no tuvo tiempo de ver más; sintió sobre sí aquellos hombres, luego la aguda punta de sus puñales en el pecho y se desmayó.

.....
Cuando volvió en sí se encontró fuertemente vendado y postrado en un lecho en un lugar extraño.

El espacio en que se encontraba era un aposento cuadrado, abovedado según las líneas de la arquitectura árabe, y revestido de una argamasa reluciente, á la que el tiempo había dado un color gris negruzco.

En aquel espacio no había más muebles que un arcón pintado de negro, una mesa de nogal y dos siales. Sobre la mesa había un velón de cobre, dos de cuyos mecheros encendidos, alumbraban todo lo que hemos descrito: además, sobre aquella mesa había un crucifijo negro, algunos libros en folio, y yerbas, trapos blancos, hilas, vasijas y redomas.

Nada más había en esta habitación, ni Miguel López pudo reparar en todo esto, á causa del estado de desvanecimiento y de debilidad en que se encontraba.

Reparó, sí, que estaba absolutamente solo, que no se percibía ruido alguno, y que aquella habitación no tenía otro respiradero que una puer-

ta estrecha, de arco de herradura, en la cual empezaba una escalera que ascendía.

Aquel espacio era sin duda un subterráneo.

La perplejidad más natural, el temor más lógico, asaltaron la imaginación de Miguel López: á causa de la debilidad en que le habían constituido sus heridas, apenas recordaba confusamente lo que le había acontecido antes de acometerle los monfíes: la primera pregunta que se hizo á sí mismo, fué la de quien le había herido, y quien le había llevado allí.

Pero cómo no veía persona alguna que aclarase sus dudas, pretendió salir de ellas provocando la llegada de alguno.

—¡Ah de casa! exclamó; pero con acento tan débil que hubiera sido imposible oírle á pocos pasos de distancia.

El esfuerzo que hizo para hablar le causó un dolor agudo en el pecho.

—¡Ah! murmuró. ¡alma del diablo! ¡pues estoy herido y no como quiera, sino gravemente! ¡herido en el pecho...! ¿y quien ha podido herirme?

Hizo un esfuerzo Miguel López para evocar sus recuerdos y como los recuerdos obedecían á la voluntad, y la voluntad de Miguel López era poderosa, lentamente fueron eslabonándose sus ideas y al fin recordó de todo punto lo que le había acontecido.

—¡Los miserables! exclamó: ¡sí, sí! ¡no hay duda! ¡ellos han sido! Esta mañana han pasado en aquella casa cosas extrañas: el mancebo que se presentó á don Diego, según me dijo Ayala... aquel hermoso mancebo que ha sido amante de doña Isabel... y luego el pretexto de don Diego, de que nos llamaba el emir... nuestra detención en una venta sospechosa... y después los monfíes... sí, sí, ellos han sido... ellos que me han sacado de Granada para asesinarne... ¿pero co-

mo se ha atrevido don Diego, sabiendo que tengo en mi poder pruebas que pueden perderle...? además, ¿quien me ha traído aquí...? ellos no deben de haber sido: hubieran acabado de asesinarme... ¿los monfíes? los monfíes no se hubieran tomado el trabajo de curarme las heridas. ¿Quien ha sido, pues?

Este razonamiento, demasiado largo para el estado en que se encontraba Miguel López, le desvaneció, volvieron á embrollarse sus ideas y recayó en su postración.

En medio de ella notó el ruido de los pasos de una persona que descendía por la escalera que empezaba en la puerta: luego vió brillar una luz sobre la argamasa abriantada del muro, y al fin descendió y entró en la habitación un hombre.

Todo esto lo veía de una manera fantástica, por decirlo así. Aquel hombre era alto, esbelto y vestía un traje de campaña castellano: acercóse levemente al lecho y examinó con una fría atención al herido.

Luego fué á la mesa, tomó una taza que había sobre ella é hizo beber algunas gotas de su contenido á Miguel López.

Este sintió calmarse la ardiente sed que le devoraba, y haciendo de nuevo un poderoso esfuerzo de voluntad, logró fijar sus ideas y ver claro.

Entonces pudo hacerse cumplidamente cargo de la persona que había entrado en el aposento.

Era un hombre alto, esbelto, fuerte, ágil, moreno, con grandes ojos negros, cabellos enortijados y barba escasa y corta: á primera vista podía decirse que no era español, ni menos morisco: diferencias esenciales de raza lo demostraban; su mirada era móvil, astuta, recelosa, en contraposición de la fija penetrante y franca mirada de los hombres oriundos de Arabia: su color no era el moreno y pálido color

de los hijos de esta raza, sino un moreno dorado, encendido, vigoroso; su frente, un tanto deprimida, sus cejas sutiles, el óvalo de su rostro demasiado prolongado, todo demostraba en él un extranjero.

En cuanto á su vestido ya hemos dicho que pertenecía á la moda de los hidalgos castellanos, aunque se notaban en él algunas singularidades: llevaba en la cabeza una gorra de paño color de hoja seca, plegada al lado izquierdo por un herrete de acero; debajo de un capotillo casi burdo en el exterior y forrado en el interior por pieles blancas de cordero, llevaba un colete de ámbar exactamente igual á los que usaban por aquel tiempo los soldados de los tercios viejos de España: este colete estaba sujeto en la cintura por un talabarte de cuero de Córdoba, color de avellana, de dobles tirantes, del que pendía una espada corta y ancha y un puñal á la derecha; pendiente del mismo talabarte, llevaba á manera de limosnera una bolsa de piel de zorra; los gregüescos eran de paño de igual color y calidad que el de la gorra, sin cuchilladas, lazos ni adornos, y por último, sus fuertes calzas atacadas de lana azul, estaban cubiertas, desde sus pies y hasta media pierna, por unas abarcas y los ligamentos de estas.

Este hombre parecía contar cuando más, á juzgar por las apariencias, cuarenta años; se desprendía de él un no sé qué de noble y poderoso, y su traje le sentaba á las mil maravillas.

Observó profundamente al herido, y como viese que Miguel López hacía esfuerzos por hablar, le dijo con esa voz llena de autoridad de los más fuertes, y con marcado acento extranjero, aunque en buen castellano...

—Os prohibo que habéis: en ello os va la vida: reposad.

Y sin decir más, se separó del le-

cho, tomó un taburete, le puso junto á la mesa, se sentó dando la espalda á Miguel López, tomó uno de los libros en folio que había sobre la mesa y se puso á leer.

Quien hubiera arrojado una ojeada sobre aquel libro, hubiera visto que era una magnífica copia en latín de la Santa Biblia, y que el extranjero leía en ella un pasaje del libro de Job.

Era aquel pasaje en que Dios arrebató á Job sus hijos.

Durante mucho tiempo, Miguel López estuvo contemplando con ansiedad al extranjero, que leía en silencio, y sin atreverse á hablarle, puesto en temor por la autoridad de su palabra y por lo grave de su pronóstico.

Al fin, como emanado de un lugar distante y á través de los muros, se oyó el toque de una corneta: entonces el extranjero cerró la Biblia, se levantó, fué al lecho y contempló profundamente al herido, que tenía fijos en él los ojos, dilatados á un tiempo por la curiosidad y el temor.

—¿Quién sois? dijo Miguel López.

—Nada os importa quien yo sea, contestó el desconocido; pero sí os importa mucho el reposar: no habléis: tiempo sobrado tendremos de hablar más adelante: el hablar os cuesta un esfuerzo y ese esfuerzo os es muy dañoso: estáis gravemente herido: esperad: voy á daros una medicina que os servirá de mucho.

Dicho esto fué á la mesa, tomó una redoma de vidrio, vertió parte de su contenido en un vaso de la misma materia, fué al lecho y dió á beber un líquido blanco y un tanto espeso al herido.

Después se quedó observándole: lentamente se fueron cargando los ojos de Miguel López y al fin se durmió.

Entonces el extranjero fué á la mesa y encendió la lámpara con que había venido alumbrándose, á tiempo

que sonaba de nuevo y más de cerca la corneta.

—Mucha impaciencia es esa, dijo, y debe suceder algo importante: veamos lo que es.

Y trepó por las escaleras, llegó á su fin á una puerta chata, cerrada por una sola hoja forrada de hierro mohoso, que el extranjero abrió, saliendo á un pasadizo oscuro y abovedado; cerró de nuevo, corrió un cerrojo, le afianzó con dos vueltas de una llave que sacó de su bolsa, y luego adelantó por la mina, que era tortuosa y á trechos ascendía ó descendía: á un lado y otro quedaban otras galerías: al fin se vió una claridad fría al fin de la mina, y cuando el extranjero salió de ella, entró en una caverna anchurosa, por cuya boca penetraba la luz del alba: aquella gruta estaba encubierta y como defendida por un espeso roble-dal, que coronaba la cumbre de una colina.

Entonces se escuchó por tercera vez la corneta, pero de una manera vibrante, enteramente perceptible y á poca distancia.

El extranjero apagó la lámpara, la ocultó en una grieta de la caverna y sacó de esta grieta un largo arco de acebo y algunas saetas que atravesó en su talabarte. Después salió de la caverna, y tomó á buen paso por un sendero estrecho, tortuoso, cubierto de musgo, perdido entre las breñas, y que, á poca distancia penetraba en el roble-dal.

Muy pronto el incógnito, á gran paso, se internó en el bosque; siguió las sinuosidades del sendero, y rodeando una colina, penetró en una ancha rambla, cuyo aspecto era terriblemente bravío y selvático.

Un pequeño arroyo la atravesaba é iba á formar en la parte abierta de la rambla un pequeño lago, que se perdía pintorescamente entre un bosque de mimbres, bañando sus nudosos

troncos: alrededor solo se veían rocas tajadas, abiertas, como calcinadas por la acción del rayo: las asperezas, las peñas que acá y allá brotaban sobre el terreno, como excrescencias, estaban cubiertas de musgo, y la arena que servía de lecho y se extendía en una estrecha márgen á los lados del arroyo, era de color negruzco; lo demás del terreno estaba cubierto por una especie de liquen musgoso, en el que resbalaba la planta.

Aquel lugar que parecía destinado á la más absoluta soledad, estaba entonces concurrido por muchos seres humanos, entre los cuales se veía un solo caballo; uno de esos caballos pequeños, pero ágiles, fuertes, fogosos; un verdadero caballo de montaña.

Las gentes, que en número como de cien personas, ocupaban la parte superior de la rambla, eran monfíes: algunos de estos, más avanzados, parecían estar de centinela: al desembarcar en la rambla el extranjero, uno de los centinelas armó su ballesta, y gritó:

—¡Alto! ¿quien va?

—¿No me habéis llamado? dijo con acento irritado el extranjero ¿porqué pues me detenéis con la puntería de vuestras ballestas?

—¡Es el cazador de la montaña! dijo otro de los monfíes.

—Dejadle llegar, dijo una voz breve y al parecer acostumbrada al mando.

Desarmó el monfí su ballesta é hizo seña al extranjero de que adelantase: este trepó por las breñas con la agilidad de un gamo, pasó de la línea de los centinelas, y llegó á la parte alta de la rambla, donde le salió al encuentro un anciano enteramente vestido á la usanza mora.

Aquel anciano era Yuzuf, el padre del emir de los monfíes.

El semblante del noble anciano estaba contraído por una sombría ex-

presión: dulcificola, sin embargo, á la presencia del incógnito, y tendiéndole la mano, le dijo:

—¡Bien venido sea mi amigo el rey del desierto!

—¡Rey! exclamó con sarcasmo el extranjero; el imperio de mis abuelos está muy lejos, y en estas regiones no soy otra cosa que tu esclavo, rey de la montaña.

—Mi esclavo no, mi hermano, dijo con dulzura Yuzuf ¿acaso no te he amparado? ¿no te he procurado un asilo impenetrable en mis dominios? ¿no tienes cuanto has menester?

—Sí, todo, todo, menos mi venganza, tras la que ando recorriendo el mundo hace diez años.

—No porque tu venganza tarde será menos segura.

—Pero entre tanto ese infame capitán tiene en su poder á mi esposa y á mi hija: ¿acaso no has protegido tú á ese infame? ¿acaso no has impedido tú que me vengue, que rescate á las prendas de mi alma y vuelva con ellas entre los míos, allá al otro lado de los mares donde soy verdaderamente rey, rey fuerte, poderoso, y vengador de las desdichas de mis abuelos? y

—¡Espera!

—Hace un año que estoy esperando desde mi llegada á estas montañas.

—Recuerda que sin mi ayuda, haría también un año que dormirías en la tumba.

—Es verdad, dijo profundamente el extranjero: mi impaciencia por rescatar á las prendas de mi alma, me hizo ser imprudente... recuerdo que fui preso como un ladrón, en el momento en que penetraba en la casa de ese capitán infame. Recuerdo que me encerraron en un calabozo.... recuerdo también que aquella misma noche entró un hombre en aquel calabozo, y me procuró la libertad; pero á cambio de terribles condiciones.

—Solo te pedí que dilataras tu venganza: para ello tenía mis razones: el capitán Sedeño es uno de mis mejores espías entre los cristianos: me sirve de mucho. Yo te he respondido de la honra de tu hija y de la vida de tu esposa.

—¡Oh! ¡mi esposa! ¡mi hija! exclamó con acento rugiente el extranjero.

—Han llegado á tal punto las cosas, continuó Yuzuf, que muy pronto me hará Sedeño sus últimos servicios: avíseme del día en que la Chancillería, el capitán general y la Inquisición estén descuidados: sorpréndalos yo en sus hermosos palacios de Granada con mis monfies, y entonces ese hombre de quien anhelas con justa causa vengarte, es tuyo: entre tanto, espera, Calpuc, espera y ayúdame.

—Y en qué puedo ayudarte, dijo Calpuc, á quien seguiremos dando este nombre.

—Revéleme lo que has hecho esta noche.

—¡Ah! sí, es cierto: ayer recibí un mensajero tuyo con el que me avisabas que llegase á esta misma rambla á la media noche. En efecto inmediatamente me puse en camino. Cerróme en él la noche; descendía yo á buen paso por una montaña en dirección á Cádiar, cuando oí pasos de algunos hombres: el sitio era solitario, podía ser funesto un encuentro, y habiendo hallado en el barranco por donde descendía una profunda gruta, me oculté en ella.

Poco después los hombres que había sentido penetraron en la cueva: yo me había retirado al fondo y como no traían antorchas ni luz alguna, no pudieron reparar en mí; luego entró un hombre á quien reconocí por la voz: era Reduan, el monfí que pasa por ventero en el camino de Orgiva.

—¿Y que sucedió? preguntó nuevamente Yuzuf.

—Aquellos hombres trataron de un asesinato pagado infamemente por dinero.

—¿Y como no impediste ese asesinato, Calpuc? añadió con doble seriedad el anciano.

—¿Acaso no lo he impedido? ¿acaso Miguel López no está en mi asilo, curado y con grandes esperanzas de vida? ¿acaso no han quedado mordiendo el polvo en el barranco dos de los asesinos?

—Has obrado como noble y valiente, Calpuc: quería saber de tí hasta qué punto ha habido traición contra ese hombre.

—Ha sido un asesinato infame meditado y llevado á cabo por don Diego de Valor.

—Cuenta Calpuc que acusas á un pariente mío.

—Lo he oído yo, he seguido paso á paso á los asesinos, arrastrándome tras ellos como la serpiente de los bosques de mi patria; he oído el crimen y he podido evitarlo: si me hubiera separado de aquellos lugares para avisarte, tal vez no hubiera podido impedir la muerte de Miguel López.

—¿Y has llegado á conocer el motivo por qué don Diego de Valor quería la muerte de ese hombre? dijo el emir mirando profundamente á Calpuc.

—No; solo he oído concertar el asesinato y pagar el dinero.

Quedóse un momento pensativo el emir.

—Ven, dijo al fin, asiendo á Calpuc de la mano.

Y llevándole la rambla arriba, torció una roca tajada y señaló á Calpuc una encina seca, cuyas ramas descarnadas se extendían como los múltiples brazos de un esqueleto.

Aquella encina por sí sola hubiera inspirado tristeza; pero con las adiciones que se notaban en ella causaba

horror. Aquellas adiciones consistían en siete monfíes ahorcados, del cuello de uno de los cuales pendía una bolsa, llena al parecer de dinero; algunos otros monfíes, con las balistas afianzadas, guardaban aquel árbol de justicia.

—Ahí faltan dos hombres, dijo sombríamente Calpuc.

—¡Don Diego y don Fernando de Valor! ¡es verdad! repuso el emir; pero si yo hiciese justicia en esos dos hombres, creerían los moriscos de Granada que los había asesinado por temor. ¿Acaso no sabes que don Diego de Córdoba se titula en el Albacín, en las alquerías de la vega y en las tahas de Guadix y del Marquesado del Zenete, rey de Granada?

—¿De modo que has dejado en libertad á esos hombres?

—No, no por cierto: esos hombres tienen que responderme de una vida preciosa: de la vida de mi hijo, de la vida del emir de los monfíes.

—¡De tu hijo! ¡se habrán atrevido!...

—¿A qué había yo de haber avanzado con mis valientes monfíes, casi hasta los linderos de la vega, sino por mi hijo? ¿por quién estoy resuelto á llevar á sangre y fuego á Granada, sino por él? ¡Oh! ¡sí! pero ¡por la santa Kaabá! tomaré nna venganza horrible de esos hombres si mi hijo ha perecido.

—¡Dios vela por los reyes! dijo solemnemente Calpuc.

—Pero á pesar de esto, bueno es que los reyes velen por sí mismos. Ahora bien, Calpuc: ¿está el herido en disposición de contestar á mis preguntas?

—Acaso el sueño á que le he dejado entregado restaure sus fuerzas: acaso cuando despierte pueda hablar sin peligro.

—Conduceme á donde está ese hombre, Calpuc.

—Eres padre, emir, y comprendo tu ansiedad: sin embargo, tú solo haces horas que dudas de la suerte de tu hijo... hace diez años que yo tiemblo por la vida y por la honra de mi esposa y de mi hija.

Yuzuf estrechó fuertemente la mano de Calpuc: después llevó á sus labios una pequeña corneta de caza y tocó por tres veces.

Oyéronse entonces en todas direcciones pasos fuertes y acompasados y poco después adelantaron en círculo, y se estrecharon alrededor del emir unos cien monfíes:

—Esos hombres, dijo severamente Yuzuf, señalando á los siete que estaban colgados de la encina fatal, esos hombres, vendieron la vida de un hombre por dinero: ved lo que he hecho con esos hombres: vedlos y escarmentad.

—¡Viva el emir! gritaron en una aclamación informe los monfíes.

—Que las aves carnívoras los despedacen, añadió Yuzuf: cada uno de esos hombres tiene pendiente del cuello el oro vil con que le pagaron su crimen; ¡ay de aquel de vosotros que toque á una sola de esas monedas!

—¡Viva el emir! gritaron de nuevo los monfíes.

—A vuestros apostaderos: tú Abdel-Malek, y cuatro más, conmigo: ¡Mi caballo! ¡Calpuc, á tu caverna! Es necesario que yo hable sin perder un momento con Miguel López.

Los monfíes se dividieron en grupos, y partieron en distintas direcciones, trepando por las quebraduras. Poco después Yuzuf, en su potro salvaje, saltaba sobre las breñas, precedido de Calpuc, cuyo vigor era maravilloso, y seguido de su escasa escolta de monfíes.

La horrible encina quedó abandonada con los siete repugnantes cadáveres que se balanceaban al impulso del viento de la montaña, pendientes

de los descarnados brazos del gigantesco esqueleto.

Trasladémosnos á la vivienda subterránea de Calpuc.

De pié, inmóvil y con la vista profunda y amenazadoramente fija en Miguel López, estaba Yuzuf acompañando de Calpuc.

Pero esto no sucedía inmediatamente después de la escena que acabamos de referir á nuestros lectores.

Desde entonces hasta el momento en que el emir estaba delante de Miguel López, habían pasado algunos días.

Calpuc, que entre los misterios de su vida contaba con el de ser un excelente médico, había declarado que la vida del herido peligraba si se le hacía experimentar una sensación cualquiera.

Yuzuf se había visto obligado á reprimir su impaciencia.

Entretanto Calpuc y Muhamad, anciano y sabio médico del emir, habían velado continuamente al lado del herido.

El peligro había pasado; las heridas habían empezado á cicatrizarse y tenían muy buen aspecto: Miguel López podía sufrir sin peligro un interrogatorio.

Yuzuf descendió al subterráneo, acompañado de Calpuc.

Miguel López dormía.

Contemplóle un momento ferozmente Yuzuf y luego dijo á Calpuc.

—Déjanos solos.

Calpuc obedeció.

Entonces el emir movió bruscamente á Miguel López: éste abrió bruscamente los ojos despavorido, y pasado ese primer momento de confusión que experimentamos al despertar, reconoció á Yuzuf, se agitó en su lecho y lanzó un grito de espanto.

—Haces bien en extremecerte, Je-

rif-ebn-Aboó, dijo el emir, nombrando á Miguel López por su nombre moro: haces bien en extremecerte, porque me has ofendido, me has sido traidor, á mí, á tu señor, á quien todo lo debes, y te tengo en mi poder.

—Yo creía, dijo reponiéndose y con cierta audacia Miguel López, yo creía que un emir tan poderoso y un tan cumplido caballero como tú, magnífico Yuzuf, no te atreverías á amenazar á un pobre herido que ha estado á punto de ser asesinado por los tuyos.

—Los que han puesto en tu pecho su puñal, se mecen, colgados de una encina, en la montaña.

—Pero viven, sin duda. don Diego y don Fernando de Valor.

—Son tus señores.

—¡Son mis enemigos!

Una llamarada de irritación, de cólera sombría y letal, subió de una manera febril á los ojos de Yuzuf, que palideció profundamente.

—¡Infame renegado! exclamó: ¿no te has atrevido á poner los ojos en una doncella de sangre real que estaba destinada á un hijo de mi sangre!

—Isabel de Valor es mi esposa, exclamó el audaz morisco.

—Isabel de Valor es el tósigo que te mata Jerif-ebn-Aboó: ¡tu esposa la virgen descendiente de Mahoma! ¡la amada del emir de los monfies! ¡Isabel de Córdoba y de Valor tuya!

—¡Ah! ¡has renunciado tu corona en tu hijo! ¿y dónde está tu hijo Yuzuf, que no se me presenta en tu lugar á pedirme cuenta de su amada?

Había tal sarcasmo en la pregunta de Miguel López, que el emir tembló á un tiempo de cólera y de terror.

—¿Qué quieres decir hombre fatal? exclamó: ¿sabes tú lo que ha sido de mi hijo?

—¡Cómo! ¿no sabes lo que ha sido de tu hijo, emir?

—¿Si lo supiera vivirías?

—Los Válór se detienen poco ante el asesinato, contestó con cierta feroz complacencia Miguel López.

—¿Y crees que se hayan atrevido.....?

—En primer lugar, Yuzuf, tú has sido muy imprudente al elegir la crianza de tu hijo; has querido que sea moro y cristiano, que sepa tanto como un inquisidor, y que aborrezca, como tú aborreces, á los conquistadores: tu hijo ha vivido entre los castellanos y no ha faltado una castellana impura que le ame, ni una doncella morisca que palidezca de amor por él. Ya sabes quien es la doncella. La hermana de don Diego. ¿Quieres saber ahora quién es la mujer adúltera que ama más que á su alma al hermoso Yaye? Esa mujer es doña Elvira de Céspedes, la esposa de don Diego de Córdoba y de Válór.

—¡Mientes! exclamó con cólera Yuzuf: ¿cómo has podido tú conocer á mi hijo?

—¡Ah! ¡ah! ¡noble y poderoso señor! tú quisieras que todos los que te sirven, todos los que se doblegan ante tí, fueran topos: pero hay hombres... como yo... que están á tu servicio y que son feroces como el lobo y astutos como el raposo. ¡Ah! ¡ah! era necesario ser muy torpe para no conocer que aquel hermoso mancebo que no conocía á su padres, á quien siempre acompañaba el sabio Abd-el-Gewar, á quien tú mirabas con tanto amor, por el que te atrevías á entrar en Granada, á meterte en medio de tus enemigos, no era tu hijo, el hermoso hijo de doña Ana de Córdoba y de Válór: ¡ah! ¡ah! yo lo sabía todo esto, mi noble señor... y anoche... yo había visto también muchas veces á doña Isabel: yo la amé... ¡yo que nunca había amado! la amé con toda la fuer-

za de mi alma... y me propuse que fuera mía... otro acaso no hubiera podido conseguirlo, encontrándose en la pobre situación en que yo me encontraba, sin nobleza heredada, zafio, nada hermoso, reducido por mi suerte á la servidumbre: pero en mal hora don Diego me había elegido para ser su correo para contigo: una sola carta de don Diego escrita para tí y depositada en una persona de confianza, me ha servido para que don Diego no se atreviese á negarme su hermana. ¿Qué quieres, emir? el amor nos arrastra á todo, ¿No sabes que por una mujer somos capaces de perder la vida y el alma? ¿Acaso no es una mujer la causa de que yo me encuentre en este lecho y en tu poder? El amor de Isabel me arrastró...

—¡Y vendiste por una mujer á tu patria, y ofendiste á tus señores, y jugaste tu vida á un dado!

—Ya te he dicho que por una mujer como doña Isabel de Válór, se juega la vida y la salvación del alma.

—Escucha, Jerif-Abóó, dijo contentiéndose Yuzuf: por la menor cosa de las que has hecho mereces la muerte.

—Lo sé, contestó con la misma audacia Miguel López.

—De modo que don Diego de Válór trayéndote al matadero, no ha hecho más que usar de su derecho.

—¿Y por qué antes de entregarme su hermana no me ha matado frente á frente?

—Eso hubiera sido leal y tú has sido traidor.

—Eso no es más sino que don Diego te tiene más miedo á tí que á mí, á pesar de las pruebas de que sabe puedo usar y que le perderían. Pero ya que hablo de perder, estamos perdiendo el tiempo. Tú has venido á verme por algo, poderoso emir.

—Sin duda: he venido á que me

des alguna luz sobre el paradero de mi hijo.

—¡Ah! tu hijo se ha perdido! ¡El hermoso Yaye-ebn-Al-Ahamar, el noble emir de los monfies no parece!

—Ignoro su suerte, dijo Yuzuf, y soy capaz de perdonarte...

—¿Si te digo donde está Yaye?

—¿Lo sabes?

—No, pero lo presumo.

—Habla y pide.

—Primero es pedir que hablar: yo sé que eres noble y grande Yuzuf; yo sé que no hay ningún rey en el mundo que pueda jactarse como tú de respetar la fé de su palabra. ¿Si te doy indicios por los cuales puedas encontrar á tu hijo, me perdonarás mi traición?

—Sí.

—¿Me dejarás volver al lado de mi esposa?

Meditó un momento Yuzuf.

—Si ella se resigna á vivir contigo, sí.

—Acepto; exclamó Miguel Lopez con alegría, porque conocia la virtud de doña Isabel.

—Es necesario además que te comprometas á otra cosa.

—¿A qué?

—A entregarme la carta escrita para mí por don Diego, y de la cual te has valido para conseguir por medio del terror á doña Isabel.

—Te lo prometo, dijo el morisco: cuando doña Isabel, que ya es mi esposa, sea mi mujer.

—Quedamos convenidos. Habla, pues, lo que sepas acerca de mi hijo.

—El mismo día y en el mismo momento en que yo esperaba en la iglesia del Salvador á que llegará don Diego para celebrar la ceremonia de mi casamiento con doña Isabel, se presentó en casa de don Diego tu hijo.

—¿Estás seguro de ello?

—Tan seguro, como que me lo dijo

uno de los escuderos de don Diego llamado Ayala, entre otras cosas graves que me reveló y que me obligaron á que se efectuase la ceremonia antes de la llegada de don Diego.

—¿Y qué presumes?

—Si tu hijo no ha parecido, debe estar en casa de don Diego de Valor: preso tal vez, acaso herido,

—¡Herido! ¡preso!

—Tu hijo amaba á doña Isabel, es altivo: don Diego es valiente y fiero; si han mediado dicerios y amenazas... además recuerdo que cuando después de salir de la iglesia, fuimos á casa de don Diego, no salió á recibirnos su esposa doña Elvira; que don Diego estaba turbado; que nos pretextó que doña Elvira no podía presentarse porque se encontraba enferma, y despidió á los convidados; después me dijo que era necesario que le siguiese á las Alpujarras: que tú nos llamabas... lo demás ya lo sabes.

—Si no me has engañado Jerif-ebn-Aboó, cuenta con tu perdón... después... después, si encuentro á mi hijo, con mi recompensa.

Y Yuzuf volvió la espalda para salir.

—Espera, emir, espera, dije con ansiedad Miguel López.

—¿Qué quieres? contestó volviendo Yuzuf.

—¿Me dejas solo en poder de ese gitano?

—Ese gitano, como tú le llamas, y que Dios sabe si lo es, Jerif-ebn-Aboó, es el hombre á quien debes dos veces la vida; primero salvándote de los asesinos, después curándote las heridas. ¿Qué tienes que temer de ese hombre?

—Ese hombre es un demonio, Yuzuf.

—No, no por cierto: todo consiste en que tu eres cobarde, y como cobarde receloso. Además, ese hombre es mi esclavo, y nada se atreverá á ha-

cer contra un hombre á quien yo protejo.

—¡Ah! ¡Dios te libre del gitano, emir!

—Fídele que te libre de tu miedo. Adios, Jerif-ebn-Aboó, adios. Necesito buscar yo mismo á mi hijo. Nada tienes que temer si has sido leal. Y en cuanto á ese hombre, ya te he dicho que es mi esclavo. Adios.

Pronunció el emir con tal resolución estas palabras, comprendió de tal manera Miguel López, que una nueva réplica solo serviría para irritarle, que le dejó ir sin pronunciar una palabra más.

El emir empezó á subir lentamente las escaleras: antes de llegar á ellas le había parecido sentir un breve y furtivo paso que se alejaba con gran rapidez; pero aquel ruido podía haber provenido también de las escamas de alguno de los reptiles que anidaban en el subterráneo, al deslizarse por la piedra. Cuando llegó á lo alto notó que la puerta estaba cerrada. Apenas tocó á ella la puerta se abrió y apareció Calpuc, con una lámpara en la mano.

Mas allá estaba Abd-el-Malek y los otros cuatro monfíes.

—Calpuc, dijo el anciano, te recomiendo el cuidado de ese hombre. Su vida me importa demasiado. Adios.

—Ve en paz, rey de la montaña, ve en paz: tus deseos son para mí preceptos.

—Yoruego á mi hermano, dijo Yuzuf, estrechándole la mano.

—Yo amo á mi padre, dijo Calpuc, poniendo aquella mano sobre su frente.

Poco después Yuzuf montaba á caballo fuera de la gruta, y se alejaba pensando para sus adentros:

—Jerif-ebn-Aboó es un zorro que no se engaña: ¿qué habrá encontrado de terrible en el indiano...? ¡oh! ¡oh! ¿se atravesará alguna vez ese hombre

en mi camino? ¡Oh! ¡Dios sabe lo oculto! ¡Dios me inspirará!

Entre tanto Calpuc bajaba las escaleras que conducían al espacio donde se encontraba postrado Miguel López, murmurando:

—Ese hombre desconfía de mí, me teme... tiene razón, porque él viene á ser para mí el cabo del hilo que ha de guiarme en el laberinto de mi empresa, y ha de servirme para mis proyectos y para mi venganza. ¡Que soy tu esclavo, rey de la montaña! ¡Ah! ¡ah! ¡soy tu hermano, como el oprimido es hermano del oprimido! ¡pero tu esclavo no! y, sobre todo, no te pongas en mi camino... si tú eres fuerte yo también lo soy... tú tienes un ejército de bandidos, pero yo tengo tesoros... ¡oh! ¡oh! ¡tu esclavo! ¡lo veremos! ¡lo veremos, emir!

Y pensando esto, entró en la estancia inferior, dejó la lámpara sobre la mesa, y se sentó al lado de Miguel López.

—¿Tienes interés en que tu esposa sepa que vives? le preguntó después de algunos momentos de silencio.

—¿Que si me interesa, dices, que doña Isabel sepa de mi vida? ¡Oh! ¡sí! y tú...

—Yo puedo ser tu amigo ó tu enemigo: yo puedo salvarte ó perderte.

—Habla.

—¿Conoces tú al capitán Alvaro de Sedeño?, dijo después de algunos momentos de meditación Calpuc. Parece-me haberte visto alguna vez á su lado... cuando yo espiaba á ese capitán.

—¿Que espiabas tú á ese capitán? dijo con extrañeza Miguel López.

—Sí.

—¡Ah! ¡ah! ¿conoces á ese hombre?

—Sí, le conozco... desde hace muchos años, dijo sombríamente Calpuc.

—Yo le conozco también, pero desde hace poco tiempo.

—¿Y cuál ha sido la causa de que le conocieras?

—Mis continuos viajes á las Alpujarras, donde tengo alguna hacienda y algunos parientes, dijo con reserva Miguel López. En los pueblos pequeños se conoce fácilmente á las personas. El año pasado Alvaro de Sedeño era capitán del presidio de Andarax.

—¿Y en qué consiste que le conoce también el emir de los monfies y es muy su amigo.

—¡Ah! ¡le conoce el emir de los monfies! ¡es su amigo!

—Lo que no deja de ser extraño, porque Yuzuf-al-Hhamar es enemigo del Dios y del rey de quien es defensor el capitán.

Miró con cierta expresión de estu- por Miguel López á Calpuc.

—Tú pareces extranjero: tú obedeces al emir: tú sabes algunos de sus secretos.

—Sé más de lo que crees: soy más poderoso de lo que crees: llego á tí como un amigo, como un hermano, para ayudarte; pero si desconfías de mí, tengo medios para alcanzar por la fuerza, por el terror, lo que necesite de tí.

Estremeciése Miguel López porque comprendió perfectamente que se encontraba á merced del extranjero.

—Y qué necesitas de mí.

—Necesito que me digas cuanto sepas respecto al conocimiento del capitán con Yuzuf.

—¡Oh! para eso es necesario hacer traición al emir.

—Elige entre serle fiel, ó morir. Por el contrario si me sirves bien, yo te protegeré.

—Y cual es tu poder.

—Ya te he dicho que puedo más de lo que parece... y sobre todo ¿no te tengo en mis manos?

—Yuzuf me protege.

—¡Bahl! ¿y crees tú, dado caso de que yo me viese obligado á respetar

al emir, que me sería muy difícil demostrarle que habías muerto de las heridas?

Extremeciése de nuevo, pero más profundamente el morisco.

—Ese capitán, se apresuró á decir, impulsado por su miedo, es espía de Yuzuf-Al-Hhamar.

—¡Ah! ¿y has entrado alguna vez casa de ese capitán?

—Sí, he entrado muchas veces, en servicio del emir, porque yo también le sirvo; yo soy su espía entre los moriscos de Granada.

—¿Y... nada has tenido que reparar en casa del capitán?

—Sí por cierto; creo que hay en ella un misterio que consiste en dos mujeres.

—¿Y cómo has conocido á esas dos mujeres?

—Sé que son dos, porque las he visto ir á misa, enteramente encubiertas, con el Sedeño; sé que la una es muy jóven, y la otra si no es vieja, quebrantada y enferma, por su talante: pero solo la conozco por haber hablado una vez á la jóven.

—¿Has hablado una vez á la jóven? dijo con ansiedad Calpuc.

—Sí, sí por cierto; y si no hubiera estado enamorado de doña Isabel de Válor, me hubiera enamorado de ella.

—¿Tan hermosa es? dijo Calpuc con el acento trémulo, á pesar de sus esfuerzos para parecer sereno.

—¡Hermosa! ¡hermosísima! no tan hermosa, sin embargo, como doña Isabel.

—¡No tan hermosa como doña Isabel! exclamó profundamente Calpuc: creo además que doña Isabel viene de gran alcurnia.

—Como que descende nada menos que de la madre del Profeta, Fatimah la santa, y sus abuelos han sido califas de Córdoba, contestó con orgullo Miguel López.

—Yo soy descendiente de empera-

dores, murmuró de una manera ininteligible Calpuc; pero continúa, añadió dirigiéndose al morisco: ¿como tuviste ocasión de hablar á la jóven que vive en compañía del capitán Sedeño?

—Hace dos meses, esperaba yo al capitán para comunicarle un aviso importante del emir: una de las puertas de la sala, sin duda por descuido, estaba entreabierta: oíase tras ella el puntear de una guitarra diestramente tañida: poco después, al sonido de la guitarra se unió el canto de una mujer: aquella mujer cantaba en una lengua extraña. Tuve curiosidad, y me acerqué recatadamente á la puerta del aposento. A pesar de mi recato la persona que habia dentro, me sintió, sin duda, porque calló la guitarra, sentí apresurados pasos de mujer, se abrió la puerta y... me deslumbró la hermosura de la jóven.

—¿Quien sois? me dijo después de haberme contemplado fijamente.

—Soy... un amigo de vuestro padre, la dije.

—¡De mi padre! exclamó con afán; ¿conocéis á mi padre? ¿mi padre os envía?

—No; por el contrario, espero á que vuestro padre vuelva del castillo, la contesté.

—¡Ah! os habéis engañado; el hombre que vive en esta casa, y que está ahora en el castillo, no es mi padre, repuso con desaliento.

—¡Ah! ¡perdonad, yo creía!

—Ese hombre es mi señor, un señor infame, de quien esperamos hace mucho tiempo mi madre y yo que nos salve la justicia de Dios.

—¡Ah! ¡vuestro amo!

—Sí; somos sus esclavas.

—¡Sus esclavas! ¿luego sois...?

—Somos mejicanas.

—¿Y qué queréis de mí?

—Que nos salvéis.

—¡Que os salve...! ¿y como?

—Oid: buscad un medio para enga-

ñar á ese hombre: sacadnos de esta casa, llevadnos á un puerto de mar para que podamos embarcarnos: si no tenéis dinero, yo tengo joyas: si sois ambicioso os haremos rico.

—¿Y por qué no salvaste á aquella infeliz? dijo con voz amenazadora Calpuc.

—¿Y qué me importaba...? además era una esclava.

—¡Como soís esclavos vosotros los moriscos! repuso Calpuc.

—¡Ah! pero nosotros peleamos, luchamos; las montañas de las Alpujarras están llenas de monfies que nos vengán, matando cristianos, de las infamias del vencedor.

—Los mejicanos también luchan: en las fronteras del desierto, los españoles caen á centenares inmolados á los manes de nuestros padres degollados, de nuestras esposas deshonoradas, de nuestras doncellas cautivas.

—¡Tú eres mejicano!

—¡Yo soy Calpuc, el rey del desierto! exclamó el extranjero; yo soy el rey elegido por los mejicanos libres, y soy el padre de esa jóven con quien hablaste, de la hermosa doncella á quien te negaste á salvar.

Miguel López se estremeció: habia un acento tal de dolor y de venganza en las últimas palabras de Calpuc, que lo temió todo de aquel hombre.

Sin embargo, como en otras situaciones difíciles, recurrió á su audacia.

—¡Que eres tú el rey de los rebeldes de Mejico! exclamó soltando una carcajada que podremos llamar artificial. ¡tú! ¡un gitano vagabundo, á quien, no sé por qué conoce el emir de los monfies!

—Continúa respondiendo á mis preguntas, Miguel López, dijo con gravedad el mejicano, que después sabrás quien soy y de qué manera he llegado aquí.

—En verdad, en verdad, dijo Miguel López, cediendo al mandato del rey del desierto, yo no ví en tu hija, si hija tuya es, más que una esclava rebelde que pretendía librarse de su señor, y me negué á ayudarla: es más, referí lo que me había acontecido con ella al capitán Sedeño, que desde entonces guardó á tu hija con más cuidado. Hé aquí la razón de que yo conozca á esas mujeres.

—El capitán ha desaparecido de las Alpujarras. ¿Sabes tú dónde ha ido?

—Sí, á Granada, dijo Miguel López, á quien interesaba servir á Calpuc, porque había comprendido que Calpuc era capaz de todo.

—¡A Granada! no basta eso. El capitán puede vivir en una casa y tener ocultas en otra á mi esposa y á mi hija: las casas del Albaicín se comunican unas con otras por medio de minas y sería muy difícil saber el paradero de mi hija y de mi esposa.

—El capitán y tu esposa y tu hija viven en la calle de San Gregorio el alto: las tapias de su huerto lindan con el huerto de la casa de don Diego de Válor; estas dos casas se comunican por una mina.

—Ten mucha cuenta de no engañarme, Miguel López.

—No, no te engaño; ¿pero qué me darás en recompensa de los servicios que te hago?

—Te daré tu esposa: es decir haré que tu esposa sepa que vives.

—Puede no creerte.

—Tú me darás una carta para ella.

Miguel López miró fijamente al mejicano.

—Un grave interés debes tú tener en que doña Isabel no se crea viuda para que no pueda casarse con el emir de los monfíes, no con el viejo Yuzuf, sino con el joven Yaye, en quien ha abdicado.

—Nada te importa el interés que yo tenga en ello; cualquiera que sea,

yo me obligo á devolvarte tu esposa; pero aún me queda más que exigir.

—¿Qué más?

—Estoy seguro de que cierta carta que posees, carta de don Diego de Válor al emir Yuzuf, en la cual ha jugado su cabeza, y por cuya carta le tienes en tu poder, la tendrás puesta á buen recaudo.

—¿Y qué te importa esa carta? exclamó con cuidado Miguel López.

—Tanto me importa que si no me procuras los medios para que esa carta caiga en mis manos eres hombre muerto.

—Pero esa carta es mi defensa, por ella he logrado que don Diego me dé su hermana; por ella pienso alcanzarlo todo.

—¿Y qué más quieres alcanzar que la vida?

—¡Eres un demonio! exclamó con despecho Miguel.

—Demonio contra demonio el más fuerte vence.

—¿Y qué uso vas tú á hacer de esa carta?

—Te repito que nada te importan mis proyectos. Voy á traerte papel, pluma y tinta. Escribe una carta para la persona que sin duda tiene depositada por tí la carta de don Diego de Válor, en la que la prevendrás que me la entregue, y otra después para tu esposa doña Isabel de Válor.

Dicho esto, Calpuc abrió el arcón, sacó el recado de escribir, le llevó al lecho y dijo á Miguel López:

—Incorpórate y escribe.

—¡Es que....! dijo ferozmente el morisco.

—Escribe ó mueres, le interrumpió con doble ferocidad el rey del desierto.

—Miguel López comprendió que estaba enteramente á merced de aquel hombre y se incorporó, tomó la pluma y la puso sobre el papel.

—Escribe clara y naturalmente,

en letra lisa, sin signos ni señal alguna; porque para tí será el daño si esa carta es ineficaz.

Miguel López escribió con rapidez algunos renglones y firmó.

—Mira si te contenta, dijo á Calpuc.

Este tomó la carta y leyó su contenido, que era el siguiente:

«Señor capitán Alvaro de Sedeño: os envío uno de mis mayores amigos, á quien entregaréis la carta que tenéis en vuestro poder, y que ya sabéis de quién es: además de esta carta, y según tenemos convenido, el dador os mostrará la sortija que conocéis. No soy más largo porque la diligencia importa... Vuestro humilde criado.—Miguel López.»

—¿Y qué anillo es ese de que hablas?

—Es un anillo que tiene un grueso diamante rodeado de perlas, dijo Miguel López.

—Dámele, pues.

—Ese anillo ha sido mi anillo de bodas, y está en poder de doña Isabel.

—¡Ah!

—Doña Isabel te lo entregará.

—¿Dónde vive doña Isabel?

—Debe permanecer en casa de su hermano don Diego.

—Escribe para tu esposa lo que yo te dicte.

Miguel López escribió bajo la palabra de Calpuc la siguiente carta:

«Mi amada esposa y señora doña Isabel de Córdoba y de Valor: he sido herido gravemente por bandidos en el camino de las Alpujarras: un hombre caritativo me ha recogido y curado: á Dios gracias mi vida no corre peligro. El dador se encarga de comunicároslo. Os ruego que le entreguéis la sortija que os dí en arras de mi matrimonio con vos, que me importa. Nada sé de vuestros hermanos. Guárdeos Dios y os conserve para mi felici-

dad muchos años.—Vuestro esposo que bien os ama y lejos de vos padece.—Miguel López.»

Quando estuvo escrita y cerrada esta carta, Calpuc la guardó con la otra en su bolsa.

—Creo que aún podremos ser amigos, Miguel, le dijo: si no me has engañado y estas cartas producen el efecto que deseo, antes de dos semanas estarás al lado de tu esposa. Adios.

—¡Y me dejas aquí, solo, abandonado!

—No, no por cierto: todos los días vendré una vez á asistirte y curarte. Adios.

—¡Pero esto es horrible! ¡si te sucede alguna desgracia, si no puedes volver...!

—Morirás aquí como en una tumba, dijo friamente Calpuc, en lo que no perderán nada doña Isabel ni el emir.

Miguel dió un grito de espanto. Calpuc trepó lentamente por las escaleras, llegó á la puerta, cerró sus triples candados, y adelantando por la excavación subterránea, torció por una estrecha galería, después de haberse provisto en uno de los senos de una piqueta.

Al cabo de muchas vueltas y revueltas por una especie de laberinto en que cualquiera otro que Calpuc se hubiera extraviado, llegó á una gran excavación cónica, cuya altura se perdía en las tinieblas. Aquella excavación estaba practicada en roca viva, y aquí y allá, hasta una gran altura, se veían bocas de nuevas galerías, suspendidas sobre aquella especie de abismo.

La cortadura sobre que estaban abiertas aquellas galerías era tan perpendicular, tan tajada, que no se concebía pudiera llegarse á ellas sino por medio de grandes escalas; sin embargo, Calpuc levantó la lámpara pa-

ra alumbrar una de aquellas bocas, situada á gran altura, la miró atentamente y después se dirigió á la roca tajada, llegó á su pie, se puso el cabo de la lámpara entre los dientes y asiéndose con piés y manos á las asperezas de la roca, trepó con una agilidad y una fuerza maravillosas, como hubiera podido trepar una araña, á la oscura boca de la galería que había examinado.

Aquella galería se extendía perdiéndose en un fondo oscuro, adelantó Calpuc, y después de haber torcido varias veces por las sinuosidades de la mina, se detuvo en un lugar del pavimento en el cual había tres rocas que parecían haber sido desprendidas, del techo por un accidente casual. El mejicano levantó con gran trabajo una de aquellas rocas, la removió, y en el lugar que había dejado descubierto, cavó con la piqueta; poco después la piqueta produjo un ruido seco y opaco, como si hubiera chocado con una tabla, y al fin quedó descubierta una como arca pequeña, que por algunos adornos tallados en su superficie, parecía haber sido construida por un artífice árabe.

Calpuc levantó aquella tapa y se vió en el interior un envoltorio de piel de gamo adobada; sacóle, le desenvolvió, y aparecieron algunos paquetes envueltos cuidadosamente en paños de seda y un legajo de papeles: el mejicano tomó primero los papeles y los guardó cuidadosamente en una ancha cartera que ocultó bajo su jubón: luego examinó por fuera cada uno de los otros paquetes, como buscando uno particular, y cuando pareció estar seguro de cuál era el que buscaba, le abrió y sacó de él.... una magnífica perla virgen, íntegra, que aún no había sido horadada, como si acabase de salir de la concha en que se había desarrollado.

En el paquete quedaban otras trein-

ta perlas exactamente iguales á aquella, lo que, atendido su enorme tamaño y su igualdad, constituía un tesoro.

Calpuc guardó la perla, envolvió de nuevo cuidadosamente los paquetes en la piel de gamo, depositó aquella en el fondo del cofre, echó sobre él la tapa, le cubrió de tierra, puso de nuevo la roca sobre la tierra removida, y observó cuidadosamente si quedaba algún vestigio de la operación que acababa de ejecutar.

Nadie que después de esto hubiese pasado por aquella excavación, hubiera podido sospechar que bajo una de aquellas enormes rocas, que parecían naturalmente desprendidas del techo, existía una inmensa riqueza.

Calpuc desandó lo andado, llegó al borde de la gran excavación, descendió con la misma seguridad con que había subido, dejó la piqueta en el mismo lugar de donde la había tomado y salió por la gruta á la montaña.

Apenas estuvo al aire libre miró al cielo que estaba diáfano y despejado.

—Aún faltan tres horas para amanecer, se dijo, y tengo tiempo bastante.

Y tomó por un sendero, entre los encinares, á buen paso.

A poco que anduvo, se encontró en un claro y delante de una casita, que á ser de día, se hubiera visto que estaba construida con tapiales de tierra y cubierta de bálago, junto á la cual pasaba un ruidoso arroyo que fecundaba un pequeño huerto plantado de hortaliza y de árboles frutales, y defendido al norte por una peña tajada.

Calpuc abrió con llave la puerta y penetró en la casa: el espacio en que entró estaba oscuro, pero al fondo de él se percibía un escaso resplandor á través de una puerta entreabierta.

El rey del desierto se encaminó á aquella puerta, la empujó, y se encontró en una pequeña habitación

muy pobre, en la que solo había un lecho, una silla, una mesa con algunos libros, y sobre la mesa, colgada en la pared, una estampa de la virgen de las Angustias, delante de la cual ardía una lámpara.

Calpuc se descubrió, se arrodilló delante de la estampa de la Virgen y rezó: luego se levantó, encendió otra luz, salió de la estancia, se encaminó á un establo, donde había un caballo fuerte y de poca alzada; le embridó, le ensilló, le sacó fuera, cerró la puerta de la casita, montó y se puso en camino.

A punto que amanecía y se abría la puerta del Rastro de Granada, llegó á ella Calpuc, dió cortésmente los buenos días á los guardas y entró en la ciudad.

Poco después llamaba á una pequeña puerta de los soportales de la plaza de Bib-Arrambla, cercana á la puerta que hoy se llama de las Oejas.

Abrióse la puerta á que había llamado el mejicano y apareció un viejo encorvado y de semblante receloso.

—Dios os dé muy buenos días, hermano Franz, dijo Calpuc.

—Dios os guarde señor Gaspar de Ontiveros, contestó el saludado con marcado acento extranjero.

Por lo visto, Calpuc, para encubrir su origen, había adoptado entre los europeos el nombre con que le había saludado el viejo, que, á todas luces, por su nombre y por sus rasgos característicos, era alemán.

—Necesito hablaros, dijo Calpuc, y aun más, que me déis posada por algunas horas.

El alemán abrió de par en par la puerta, y dejó paso á Calpuc que tiró de su caballo y penetró.

Entonces el alemán cerró la puerta y llamó, presentándose á poco una criada.

—Lleva este caballo á la cuadra la

dijo, y di á Berta que disponga un aposento y un buen almuerzo para el señor Gaspar de Ontiveros. Venid, venid conmigo, amigo mio, puesto que queréis hablarme, y que, según supongo, el asunto que os trae será para tratado sin testigos.

El mejicano siguió al alemán, que le introdujo en una especie de tienda, á juzgar por un mostrador alto como una muralla y algunos armarios fuertes y cerrados: la luz de la mañana penetraba allí por los postigos de una puerta defendida por candados, cerros y barras de hierro, lo que demostraba que en aquella tienda había mucho que guardar.

—¿Me traéis una de aquellas hermosas perlas que tan caras me habéis hecho pagar, amigo mio? dijo con los ojos cargados de una expresión codiciosa el viejo Franz.

—Sí por cierto, una os traigo, dijo Calpuc sacando el paño de seda donde había envuelto aquel rico producto de los mares; pero será necesario que esta me la paguéis mejor.

El alemán tomó la perla con delicia, la examinó, fué á uno de los armarios, le abrió con una de las llaves de un haz que desprendió de la cintura, y sacó del armario una cajita de sándalo que abrió. Dentro había otras seis perlas.

—Igual, exactamente igual, dijo, ¿esto es un prodigio! ¿Donde diablos habéis ido á buscar estas maravillas, amigo Gaspar?

—¿Y qué diríais, si, como yo, hubiérais visto juntas perlas de este tamaño, en cantidad suficiente para llenar el cajón grande de vuestro mostrador?

—¡Poderoso Dios de Abraham! exclamó el viejo: vos debéis ser un gran personaje, señor Gaspar, cuando os desprendéis de tales riquezas.

—No pardiéz, yo soy como lo sabéis bien, un traficante de perlas y

pedrería: hago de tiempo en tiempo un viaje al Nuevo Mundo y me traigo conmigo algunas preciosidades; necesario es vivir lo más cómodamente posible. Y aun así cuando se arrostran un largo viaje y los peligros del mar, justo es que aspiremos á una razonable ganancia.

—Os di por la última perla hace tres meses, mil doblones.

—No me daréis por esta menos de mil quinientos.

—¡Poderoso Dios de Jacob! ¿y cómo queréis que yo os pague tanto dinero, cuando aún no tengo para hacer un mediano collar?

—¿Creéis que sea fácil encontrar perlas iguales á esa?

—Lo creo imposible y me maravilla que vos las encontréis... pero aun así...

—¿Cuánto creéis que pagaría un rey por un hilo de tales perlas que llegase al número cuarenta?

—¡Oh! un tal collar sería digno de la emperatriz! ¡un tal collar costaría muchos cuentos de reales!

—Por lo mismo, señor Franz, cada perla de esas que yo os traiga os costará más cara, hasta el punto de que para pagarme la última, no tendréis bastante con el valor de todas las joyas que tenéis en vuestros armarios.

—Traédmelas y por ese solo collar os daré todo cuanto poseo.

—¡Paciencia! ¡paciencia! no es fácil encontrar muchas de estas maravillas: se necesitan para ello muchos viajes. Así, pues, dadme los mil y quinientos doblones y no hablemos más.

—¡Oh, no! no os daré más que los mil.

—Entonces, dijo Calpuc, recogiendo la perla, no hacemos nada.

El alemán miró ansiosamente á Calpuc.

—Pero reparad, le dijo, que hasta ahora solo me habéis traído seis.

—Por la primera solo me disteis doscientos doblones, y ésta, os lo juro por lo más sagrado, no la poseeréis ni un maravedí menos de los mil quinientos.

Era tan seguro el acento del mejicano, expresaba una resolución tan invariable, era de tanto valor la perla, la deseaba tan ardientemente el joyero, que abrió suspirando su fuerte caja de hierro y entregó á Calpuc un bolsón de cuero lleno de oro.

—Ah! tenéis, le dijo, justamente la cantidad que me habéis pedido: la tenía preparada para pagar un libramiento que vence hoy.

—¡Ah! ¡un libramiento para... para el convento de luteranos de Madrid!

—¡Callad! ¡callad! y no digais tales palabras, señor Gaspar, dijo pali-deciendo deusamente el alemán: si alguien os oyera sería cosa de dar en las manos del Santo Oficio... ya sabéis que yo soy católico, apostólico, romano, puro y neto.

—¿Cuántos enemigos tiene España! dijo profundamente Calpuc, contando el dinero sobre el mostrador, mientras Franz guardaba cuidadosamente el cofrecillo de sándalo, al cual había añadido una nueva perla.

—Todos los pueblos que conquistar y quieren llevar su religión, sus leyes y sus usos á otros pueblos, tienen necesariamente enemigos, dijo Franz. Si no fuera tan fuerte España...

—¡Ay si un día todos los enemigos de España se uniesen bajo una misma bandera! dijo Calpuc acabando de contar el dinero.

—Sí, sí, en efecto: los moriscos, los judíos, los flamencos, los franceses, los italianos...

—Y los hijos de América, dijo profundamente Calpuc.

—Pues vos parecéis bastante rico, y gastáis de tal manera las gruesas cantidades que os he dado en menos

de un año, que bien podría creerse....

—Callad, callad, no nos oiga la Inquisición; ni vos sois lutérano ni yo intento nada contra España; vos pá-gais libranzas de mil quinientos do-blones, porque sois mercader, y yo, porque también lo soy, vendo perlas y diamantes: nada más natural, añadió el rey del desierto, levantándose y encubriendo el talego con el capotillo. Ahora, como tengo que hacer dentro de poco, tened la bondad de mandar que me den el almuerzo.

Franz y Calpuc salieron de la tienda y se perdieron en el interior de la casa.

CAPÍTULO X

DEL RESULTADO QUE TUVIERON LAS INVESTIGACIONES DE HARUM.

Hacia ya algunos días, cuando Calpuc llegó á Granada, que rondaban bultos de noche por la calle del Agua del Albaicín, á cuyo extremo estaba situado el palacio de don Diego de Válor.

Ni este ni su hermano don Fernando habían vuelto de la expedición á que habían salido con Miguel López, ni se sabía nada absolutamente por sus allegados de ninguno de los tres.

La única persona que parecía afectarse con esta ausencia, era doña Isabel de Córdoba y de Válor.

En cuanto á doña Elvira, apenas se la veía á las horas del comer y del rezar, y después se encerraba en la habitación de su esposo.

Doña Isabel sabía lo que significaba aquel encierro: sufría y callaba.

En cuanto á los bultos que rondaban el palacio de don Diego, forzoso nos será decir que uno de ellos era el walí Harum el Geniz, el terrible monfi, el confidente de Yaye en cuanto á las mejicanas, el que se había encar-

gado de seguirlas y averiguar su paradero.

Harum, cumpliendo su cometido, había averiguado que el capitán estropeado y las dos mujeres del carro habían parado en un casarón del Albaicín, situado en la parroquia de San Gregorio el alto, y cuyo huerto lindaba con el jardín de la casa de don Diego de Válor.

El capitán y las dos damas permanecían sin duda en aquel casarón, puesto que Harum veía salir todas las mañanas al estropeado con una cesta, y volver á poco con un muchacho cargado con la cesta llena de provisiones: el capitán daba algunos maravedises al muchacho, y le despedía hasta el día siguiente. Después entraba en la casa, abriendo la puerta por sí mismo; no volvía á salir hasta el anochecer, y permanecía en la calle hasta cerca de la media noche.

Harum no vió jamás abiertas las ventanas de aquella casa ni de día ni de noche, ni entrar ó salir más persona que el estropeado.

Por consecuencia, morando allí el capitán, era probable que morase allí también la doncella morena y hermosa de los cabellos negros y rizados.

Harum se había dicho:

—El poderoso emir me manda averiguar el paradero de esa doncella: luego esa doncella le interesa: es verdad que no se sabe por ahora dónde para el emir, y que le andamos buscando; pero cuando menos lo pensemos parecerá, y si para entonces le tengo yo aclarado este asunto, sin duda no me irá mal: entre ellos median prendas, puesto que el magnífico emir me encargó con todo el empeño de un enamorado que procurase dar con ella: procuremos, pues, burlar la vigilancia de ese capitán, y ponernos frente á frente de la hermosa dama.

Harum, pues, se dedicó con toda su actividad y con toda su inteligencia

al asunto que se le había encomendado.

Dióse á espiar de la manera más cauta del mundo al estropeado, y no solo él, sino algunos de sus muchos conocidos del Albaicín. Es de advertir que los monfíes hacían todos un doble papel: no había ninguno de ellos que no tuviese parientes y amigos, ya fuese en las villas de la Alpujarra, ya en la ciudad de Granada. Con mucha frecuencia iban y venían á las poblaciones, y aún vivían en ellas: entonces se asemejaban á los moriscos, y como ellos tenían un nombre cristiano, y como ellos se mostraban sumisos y obedientes al rey, á sus capitanes generales y á sus justicias; pero cuando los monfíes estaban en las poblaciones, era para espiar.

Entonces se transformaban: no parecían los terribles bandidos de la montaña, siempre brayos, siempre amenazadores, sino los vencidos sumisos que sufrían, sin quejarse y como sin pena, el dominio del vencedor; muchos de ellos, aunque todavía se permitía á los moriscos hablar en su dialecto natural y vestir su traje acostumbrado, hablaban perfectamente el castellano, y vestían como los castellanos. Harum y los veinte monfíes que habían acompañado á Yaye y Abel-Gewar, eran de este número. En cuanto á Harum, se llamaba entre los moriscos y ante los castellanos Pedro el Geniz, y pasaba por hijo de un rico mercader de sedas en la Alcaicería.

Sus frecuentes y largas ausencias de Granada se justificaban por el comercio de su supuesto padre. Cuando Pedro el Geniz estaba fuera de Granada, el viejo Silvestre el Xeniz, que Dios sabe por qué había tomado aquel apellido moro, decía á sus conocidos cuando le preguntaban por su supuesto hijo:

—Está en Florencia por *raja*, ó en Flandes por encajes: ha ido á Génova á contratar una partida de telas de

damasco con unos mercaderes, ú otra contestación por este estilo.

Del mismo modo todos los monfíes cuando andaban entre los cristianos, tenían medios para encubrirse y burlar la vigilancia de los castellanos. Los moriscos, como todo pueblo esclavizado, estrechaban sus filas; encubrían sus conspiraciones bajo el más profundo disimulo; se favorecían los unos á los otros; se entrometían mansamente en todas partes, y de este modo sabían á tiempo cuándo se aprestaban soldados para marchar á las Alpujarras, ó con cuánto resguardo iban las conductas de dinero que se enviaban para pagar los presidios de soldados de las villas y castillos de las montañas; así es que casi todas aquellas tropas eran batidas por los monfíes, y casi todas aquellas conductas apresadas.

Interesados en no hacerse sospechosos los monfíes, parecían los moriscos más reducidos y más conformes con la dominación castellana, llegando hasta el punto de no vestir el traje moro, de beber vino, de comer tocino y de pertenecer á cofradías religiosas. Sucedia con mucha frecuencia, que engañados por estas prácticas exteriores, el presidente de la Chancillería, el capitán general, el alcalde mayor y el corregidor, usasen como confidentes contra los monfíes, de los mismos monfíes. Estos casos se repiten en nuestros días. Con mucha frecuencia los conspiradores sirven como polizontes á los gobiernos; esto es, cobran sueldo del gobierno, y se sirven á sí mismos.

Harum era uno de estos hombres; conocíanle en Granada altos y bajos, cristianos y moriscos, el capitán general, el buen don Luis Hurtado de Mendoza casi le tenía cariño, y le tuteaba; el presidente de la Chancillería solía citarle como ejemplo de buenos moriscos, y decía con frecuencia,

que si todos fuesen como él, se podría dormir á pierna suelta, sin temor á levantamientos y aborotos: y en cuanto al corregidor y al alcalde mayor, nunca dejaban de darle crédito cuando le pedían informes acerca de este ó del otro morisco que se había hecho sospechoso.

Sin embargo Harum era uno de los walfes ó capitanes más tremendos de los monfíes; una vez á caballo, al frente de una banda de ballesteros, y acometiendo una villa que se había hecho merecedora de un severo castigo por parte del emir, la trataba sin compasión; caían bajo su lanza ó su espada la mujer, el niño y el anciano, como el varón más fuerte y robusto, é incendiaba las mieses y los caseríos, sin lastimarse del hambre que aquella devastación debía producir en comarcas enteras.

Entonces el semblante de Harum era feroz, su palabra breve y dura, su corazón inaccesible á la piedad; una vez lanzado su grito de guerra, su tremendo ¡Allah le ille Allah! (1), se convertía en un tigre hambriento; poníasele ante los ojos las desdichas de su patria; y se cobraba con usura en sangre cristiana de la fingida sumisión que se veía obligado á demostrar cuando vivía en las poblaciones.

En Harum había dos hombres: el capitán monfi y el buen espía: cuando desempeñaba este último papel se transformaba: mostrábase afable, locuaz, alegre, un tanto casquivano, un mucho galanteador y de todo punto inofensivo: el amor de las mujeres servíale á las mil maravillas para averiguar muchas cosas, y para introducirse en muchos lugares, y como era jóven y galán, y sobre galán buen mozo, hé aquí que Harum representaba en el Albaicín un tercer papel, el de don Juan Tenorio.

Generalmente representaba otro cuarto papel, el de jefe de los monfíes que se encontraban como espías en Granada. Harum les daba sus órdenes, recibía sus noticias, las comunicaba, y era en fin, el ege de aquella máquina invisible, cuyos efectos sentían los cristianos sin conocer la causa que los producía.

Tal era el hombre á quien Yaye había encargado que no perdiese de vista á la prisionera mejicana, y á quien había encargado también Yuzuf averiguase el paradero del poderoso emir de los monfíes Muley Yaye-Al-Hamar.

En cuanto al primer asunto, Harum comprendió que si rondaba mucho la casa del capitán podría inspirar sospechas al estropeado y hacer que se marchase con las dos mujeres y con más precauciones á otra parte.

Aprovechó, pues, la ocasión de desalquilarse una vieja casucha medianera de la que ocupaba Sedeño, especie de tinglado viejo, que se levantaba como una construcción parásita, apoyada en el casarón donde vivía el estropeado.

Ápenas se encontró solo en esta casucha Harum, la reconoció de alto á bajo: entraban en ella el viento y el sol por todas partes; cuando no por ventana, por rendija, lo que la hacía sumamente ventilada, cualidad inapreciable en aquella estación, que, como sabemos era la de los calores; además un pequeño huerto de este tugurio lindaba, por un accidente casual, con los dos jardines de las casas de don Fernando de Valor y del capitán Sedeño.

Harum reconoció minuciosamente las paredes medianeras con el casarón habitado por el capitán; nada encontró en ellas que le ayudase: eran demasiado fuertes y al parecer gruesas para que pudiese abrirse en ellas una mira sin causar ruido y aperebir á

(1) No hay otro Dios que Dios.

los vecinos: renunció, pues, á las paredes medianeras y reconoció la cueva ó sótano: allí fué distinto: encontró la boca de una mina, pero cegada.

Harum se decidió á franquear aquella mina.

Después reconoció las tapias del huerto y vió que con poco trabajo podía entrarse por ellas tanto al jardín de don Diego de Válor, como al de la casa habitada por el estropeado.

¿Pero á qué penetrar en este último jardín no estando en inteligencia con la hermosa morena?

Sin saber por qué, Harum cifró grandes esperanzas en la mina y se dedicó á hacerla practicable.

Desde aquella noche principió á trabajar, aunque por el momento los resultados fueron capaces de hacer desistir al más testarudo.

La mina estaba cegada á piedra y lodo.

A pesar de esto, dedicó las noches á aquel trabajo de zapa, sin dejar por ello de aprovechar los días en otras investigaciones.

Después de haber trabajado en la mina con mucha precaución para no ser sentido, desde el principio hasta el medio de la noche, se recogía al lecho y dormía hasta el amanecer; después se ponía en la parte más alta de su habitáculo, detrás de una rendija, á observar los dos jardines y las ventanas y galerías de las casas inmediatas.

Todos los respiraderos de la casa del capitán estaban siempre cerrados, así como el jardín desierto: en cuanto á la casa de don Diego de Válor era distinto: veíase tanto en el jardín, como en las ventanas y galerías, el tráfico de una numerosa servidumbre; generalmente después del amanecer, veía Harum una joven hermosa y triste, que aparecía en los cenadores, adelantaba con paso lento, se sentaba en un banco de piedra debajo

de una enramada de jazmines, y permanecía allí, pálida, inmóvil y profundamente pensativa, hasta que, entrando el día y creciendo el calor, se levantaba, y con el mismo paso lento volvía á desaparecer por el fondo de los cenadores.

Aquella joven era doña Isabel de Válor; la causa indudable para Harum de la pérdida de Yaye.

Se nos olvidó decir que se habían recibido unas noticias tales de la muerte de Miguel López, por los lacayos que habían acompañado á don Diego y á don Fernando, que doña Isabel vestía luto.

Y ahora que recordamos á Miguel López, debemos añadir que ni una palabra se sabía acerca del paradero de don Diego de Válor y de su hermano don Fernando.

Aquello era una cadena de misterios.

En cuanto á doña Elvira de Céspedes, Harum no la había visto ni una sola vez en el jardín, ni en los miradores, ni en las galerías. Sus mismos criados y su cuñada doña Isabel la veían muy poco: á las horas de comer y de las más precisas atenciones domésticas y nada más: después afectando tristeza por la extraña ausencia de su marido y la falta de noticias suyas, se encerraba pasando apartada de la vista de todo el mundo la mayor parte de las horas del día.

Doña Isabel, sabía demasiado la razón del retraimiento de doña Elvira: sentía por él unos profundos celos; lloraba cuando se encontraba sola, pero guardaba una reserva sin límites: para saber que Yaye vivía la bastaba mirar el semblante de su cuñada; pero la observación de aquel semblante era un tormento para doña Isabel.

Parecía notar en los ojos de doña Elvira una segunda vida; la vida de un amor ardiente y satisfecho...

Pero volvamos á Harum.

Después de su observación salía á la calle y se dedicaba á nuevas investigaciones: había procurado averiguar la procedencia del capitán; pero por más que él y los otros monfíes que con él estaban en Granada, resolvieron é indagaron, no se pudo sacar en claro sino que el capitán era forastero y nadie le conocía.

Del mismo modo todos sus esfuerzos eran inútiles para dar con el emir; todos los días, pues, á la caída de la tarde, iba á dar cuenta de sus trabajos á Abd-el-Gewar.

Esta cuenta se reducía á muy pocas palabras.

—Santo faquí, decía Harum inclinándose, ni yo ni los míos hemos podido averiguar nada acerca del paradero del poderoso emir.

Abd-el-Gewar trasmitía diariamente este breve parte verbal á Yuzuf por mano de un monfi.

Al fin un día Abd-el-Gewar recibió la siguiente carta de Yuzuf.

«Creo que yo me encuentro más cerca que tú de saber el paradero de mi hijo.»

Y sin embargo Abd-el-Gewar y Harum le estaban tocando, como quien dice, con la mano; le tenían en medio, aunque á alguna profundidad debajo de tierra.

Doña Isabel, que era la única participante del secreto con su hermano y su cuñada, había callado por amor á su hermano, á pesar de que sabía que Yaye era buscado con ansia... sabiendo que Yaye estaba en poder de una mujer que le amaba.

Isabel por un sin número de razones se veía obligada á callar y sufrir.

Había pasado cerca de un mes desde el día del casamiento de doña Isabel.

Durante aquel mes ninguna noticia había venido á desmentir la noticia de la muerte de Miguel López; nada

se sabía de la suerte de don Diego don Fernando de Valor.

Undia que doña Isabel estaba, según su costumbre, triste y abstraída, sentada en el banco bajo la enramada de jazmines, vino á sacarla de su abstracción el ruido de una disputa que pasaba cerca de ella. Levantó los ojos del cesped donde hasta entonces los había tenido inclinados, y vió que uno de los lacayos de su hermano pugnaba por arrojar fuera un mendigo, que á su vez pugnaba por llegar hasta ella.

—¿Que quiere ese hombre, Andrés? dijo doña Isabel.

—Este hombre, señora, ha aprovechado un momento en que he dejado abierto el postigo, y quiere á todo trance hablar con vos.

—¿Y qué quereis buen hombre...?

—¡Ah! ¿qué quiero...? tened caridad de mí, señora, y Dios la tendrá de vos, dijo el mendigo con un pronunciado acento extranjero.

—Dadle una limosna, Andrés, y que se vaya, dijo doña Isabel.

—Ved señora que es un gitano, dijo el lacayo, y que hacer bien á esta canalla es pedir á Dios una desgracia, porque esta gente está maldita de Dios.

—¡Malditos de Dios! ¡sí, es verdad! ¡malditos de Dios! exclamó roncamente el mendigo: los crímenes de nuestra raza han caído sobre nosotros, y nosotros nos vemos castigados por las culpas de nuestros abuelos en nuestras cabezas y en las de nuestros hijos.

Doña Isabel se conmovió; había en el acento de aquel hombre algo de solemne, algo de terrible, algo de ese no sé qué misterioso que revela los grandes infortunios y no el infortunio de un hombre solo, sino el de una raza entera: por más que doña Isabel fuese cristiana de corazón, pertenecía á un pueblo oprimido y desgraciado.

y de una manera precisa se le hacía simpático aquel otro hombre, que parecía pertenecer á otro pueblo tan desdichado como el pueblo moro de Granada.

Porque aquel hombre, en fin, era Calpuc, el rey del desierto, que se presentaba á doña Isabel con el extraño disfraz de mendigo.

Cuando se ha logrado interesar la curiosidad de una mujer se puede tener casi la seguridad de conseguir lo que de aquella mujer se espera.

—Dejadle que se acerque, dijo doña Isabel al lacayo.

—Pero ved que estos gitanos.... insistió el criado.

—Dejadle, dejadle que se acerque, repitió doña Isabel: ¿por qué hemos de arrojar lejos de nosotros á los pobres?

Andrés se apartó de mala gana, y murmurando del paso de Calpuc.

Este se acercó á doña Isabel y la contempló en silencio algunos momentos, con una profunda expresión de lástima.

—¡Cuán hermosa sois, señora, y cuán digna de ser feliz! la dijo.

—¿Y quién os ha dicho que yo soy desgraciada? contestó con cierta dureza doña Isabel quien, á pesar de todo, la sentaba muy mal que un hombre, que parecía tan miserable, la viese lástima.

—¡Oh! para que supiéseis los motivos que tengo para compadeceros sería necesario que nadie nos escuchase.

—¿Y era esa la caridad que veníais á pedirme?

—Yo no soy mendigo, señora.

—Sin embargo, vuestro aspecto...

—Haced que vuestro criado se retire un tanto: me basta con que no pueda oírnos.

Dominada hasta cierto punto doña Isabel por aquella extraña aventura, mandó á Andrés que se retirase.

Este se retiró á alguna distancia, siempre murmurando y sin quitar ojo del mejicano.

Cuando éste vió que no podía ser oído la dijo:

—Os tengo lástima porque merecís mejor esposo, y mejores parientes.

—¿Quién os ha autorizado á insultar á mi familia?

—¡Oh! ¡la desgracia!

—¿Ha causado mi familia vuestra desgracia?

—No, no ciertamente: pero los desgraciados somos hermanos y tomámos con mucha facilidad por nuestras las desgracias de los demás.

—Conclud, porque me parece que hasta ahora nada me habéis dicho que tenga que ver con la obra de caridad que esperábais de mí.

—Concluiré muy pronto: tomad.

Y sacó de entre sus andrajos una carta que entregó á doña Isabel.

Al ver el sobre de aquella carta doña Isabel dió un grito.

Había reconocido la letra gorda, bárbara é irregular de Miguel López.

El sobre de aquella carta decía:

«A mi muy querida esposa doña Isabel de Córdoba y de Válor»

Era la misma carta que Miguel López había escrito en el subterráneo por mandato de Calpuc.

Esta carta aterró de mil maneras á doña Isabel: ella no había deseado la muerte de Miguel López, la había temido y había procurado evitarla: si al creerla realizada se había afligido por ella, había sido más bien por la infamia que suponía en sus hermanos que por el interés que podía causarla aquel esposo que de una manera tal se la había impuesto: ya sabemos que el interés que podía tener doña Isabel por Miguel López era negativo, y en esta parte se encontraba bien con su luto y su viudez, luto y viudez de

que había venido á sacarla con una prueba indudable Calpuc.

Doña Isabel se puso de pié de una manera nerviosa y miró con los ojos lúcidos y asombrados al mejicano.

—¡No ha muerto mi esposo! dijo.

—No, no ha muerto aún, contestó Calpuc.

—¡Es decir que está en peligro! repuso palideciendo la joven.

—No por cierto; pero si no ha muerto hoy morirá mañana.

—No os comprendo bien, ¿queréis tal vez aterrarme?

—Yo no pretendería jamás imponer terror á un ángel, señora. Sólo os he dicho lo que acabáis de oír acerca de la vida de ese hombre, porque me parece que es una cabeza sentenciada: sí; estoy seguro de que Miguel López morirá de mala muerte.

—¡De mala muerte! ¿y por qué?

—Porque es un malvado y al fin y al cabo los malvados caen heridos por la mano de Dios.

—¡Ah! exclamó doña Isabel; escuchado con esta carta, que de una manera tan extraña me habéis entregado, me estáis haciendo oír muy duras palabras.

—Ese es un aumento de desgracia que os procura vuestra familia.

—Pero, en fin, dijo doña Isabel: ¿quién ha sido causa del desgraciado suceso acontecido á mi esposo? Los lacayos que vinieron á traernos la triste nueva, nos dijeron que mi esposo y mis hermanos habían sido acometidos por los monfies de la montaña; que mi esposo había sido muerto y que mis hermanos habían desaparecido.

—Es cierto que los monfies acometieron á vuestro esposo, pero fueron pagados para ello por vuestro hermano don Diego.

Doña Isabel palideció aún más y bajó la vista ante la profunda mirada de Calpuc.

—Vuestro esposo hubiera perecido sin duda, continuó éste, á no haber sido porque yo acudí en su socorro.

—Os doy las gracias, quien quiera que seáis, dijo toda turbada doña Isabel.

—¡Ah! ¡si yo hubiera conocido á Miguel Lopez, le hubiera dejado morir! contestó con un acento lleno de misericordia Calpuc. Pero Dios lo ha hecho de otro modo.

—Sí, sí, habéis hecho muy bien en salvarle y os repito que os estoy profundamente agradecida.

—Nada me agradezcáis. He obrado como debe obrar un hombre temeroso de Dios.

—Vos no sois mendigo, según me habéis dicho, dijo doña Isabel, fijando profundamente sus grandes ojos de gacela en Calpuc.

—En verdad que no, señora, pero me era preciso adoptar un disfraz cualquiera, para acercarme á vos sin inspirar sospechas. Por lo mismo y para no inspirarlas debemos concluir nuestra conversación, que se va haciendo larga. Según recordaréis, vuestro esposo os ruega me entreguéis la sortija que os dió en arras de su casamiento con vos.

—¿Y os urge recibir esa sortija? dijo doña Isabel.

—No, no ciertamente. Podré esperar hasta esta noche.

—¡Esta noche! ¿y dónde creéis que podréis verme esta noche?

—Aquí, en este mismo sitio, cuando todos estén recogidos en la casa, y podamos hablar sin ser sentidos de nadie.

—¡Eso es imposible! ¡yo sola, de noche, con un hombre á quien no conozco!

—¿Receláis de mí después de haber leído la carta de vuestro esposo?

—No, no desconfío. Perdonad un vago recelo en una mujer que ha sido

muy desgraciada. Me parecéis leal y consiento en recibiros.

—¿A qué hora?

—Después de las Animas.

—Después de las Animas estaré en el postigo del jardín.

—A esa hora y confiando en vuestro honor, os abriré.

—Adios, pues, señora, y hasta la noche.

—Hasta la noche: adios.

Y Calpuc se separó de doña Isabel, lanzó una profunda y ansiosa mirada á las ventanas de la casa en que vivía el capitán Sedeño, y que se veían por cima de las tapias medianeras de los dos huertos, y al verlas cerradas exhaló un profundo suspiro.

Después salió por el postigo, pasando junto al lacayo Andrés, al que ni siquiera saludó.

—¡Oh! será necesario avisar al alcalde para que prenda á ese hombre si vuelve á venir, murmuró el lacayo; tiene muy mala traza: por mi parte y á no ser por la señora, yo le hubiera echado á palos.

—Ese hombre es un desgraciado, Andrés, dijo doña Isabel, y debemos compadecer y ayudar á los desgraciados.

Doña Isabel se alejó y entró por el cenador, mientras Andrés murmuraba cerrando el postigo del huerto:

¡Un desgraciado! quiera Dios que su venida á esta casa no nos cause alguna desgracia.

La escena que acabamos de referir pasó cabalmente á la hora en que Harum, desde su casucha, hacía su atalaya matutina á los dos huertos del capitán estropeado y de don Diego de Válor.

—¡El cazador de la montaña! dijo al reconocer á Calpuc ¡el hombre á quien protege el poderoso emir! ¿Por qué viene aquí ese hombre y disfrazado de mendigo á hablar con doña Isabel de Córdoba y de Válor? Será

necesario avisar á Abd-el-Gewar.

Pero antes, añadió, es necesario que concluyamos nuestra tarea de la mina: por un milagro de Dios el capitán Sedeño está fuera. Xariz y Athar, que le han seguido, me han dicho que ha tomado á caballo el camino de la montaña. No se sale así á la gineta sino para tardar algunos días. Esta es la ocasión más propicia: pues puños y adelante.

Y dejándose ir con la agilidad de un gato por unas escaleras perláticas, descendió á los pisos bajos, que estaban casi llenos de montones de tierra y escombros, que había sacado Harum de la mina; encendió una linterna; tomó una piqueta, y se metió por un estrecho pasaje que había abierto á pico.

A trechos se veía la antigua mina árabe en toda su anchura y altura, capaz de contener un hombre á caballo, porque la mina solo había sido cegada á trechos: si Harum hubiese tenido una brújula y un plano del terreno, hubiera conocido que aquella mina en vez de prolongarse en dirección á la casa ocupada por el capitán estropeado, se extendía hacia la de don Diego de Válor.

Sea como quiera, á poca distancia se detuvo Harum delante de una pared que cerraba la mina, y dejó la linterna en el suelo.

—Hice bien, dijo, en no seguir anoche mi trabajo cuando encontré esta pared que sin duda comunica con la cueva de la casa del capitán; era ya muy avanzada la noche; la caída de los escombros por esotra parte debe producir un gran ruido y era exponerse á que se malograra mi plan. Sin embargo, como puede suceder que sin que yo lo sepa haya en la casa alguien que guarde á la hermosa doncella de las trenzas negras, bueno es ir prevenidos: llevo un excelente puñal... y sobre el corazón, que no es

hojo ni asustadizo, una buena cota á prueba. Adelante pues. Cúmplase lo que está escrito, y que el Dios Altísimo y Unico me proteja.

Y levantando la piqueta descargó un formidable golpe sobre la pared, que fué suficiente para que no necesitase dar el segundo: aquella pared era un simple tabique traspasado por la humedad, que se derrumbó, produciendo apenas, por lo reblandecido de los materiales, un ruido sordo y opaco.

Quedó abierto un boquerón practicable: Harum tomó la linterna, saltó sobre los escombros, y se encontró en una mina más ancha y enteramente desembarazada, que se prolongaba á la derecha y á la izquierda del boquerón donde había entrado.

—¡Por Satanás! dijo el monfi: me encuentro en un pasaje que conduce á dos puntos distintos y que no tiene apariencias de estar cegado. Meditemos. La mina por donde me he abierto paso hasta aquí está casi en línea recta; la casa del alférez está á la izquierda: la de don diego de Válor á la derecha, pues señor: tomemos á la izquierda: esto no impide que después de reconocer el terreno tomemos á la derecha. Acaso, acaso, descubra yo más de lo que he creído: adelante pues.

Y tomó con una gentil audacia la mina adelante, á la parte de la izquierda.

A poco que anduvo tropezó con una escalera y trepó por ella: á la altura de cincuenta peldaños encontró una puerta, bien conservada y que parecía estar en uso.

Un impulso de alegría inundó el alma del monfi: pero aquel impulso no le hizo ser imprudente. Acercó el oído á la puerta y escuchó. Nada absolutamente se oía tras ella: permaneció escuchando algún tiempo más, y ningún ruido alteró el silencio: entonces

acercó la luz de la linterna á la puerta y la examinó minuciosamente.

Era de roble, y provista de una cerradura tan fuerte, que para violentarla hubiera sido preciso causar gran ruido.

Harum suspiró.

—Es preciso procurarse una llave maestra, dijo: acaso, acaso, será prudente esperar hasta la noche; durante el día reconoceré por fuera el terreno. Indudablemente esa puerta me ha de llevar hasta la mujer á quien me ha encargado que busque el emir. Además será prudente traer conmigo mejores armas.

Harum bajó de nuevo las escaleras y se aventuró en la mina; pero abstraído en los pensamientos que le inspiraba la aventura en que se había empeñado, pasó junto al boquerón por donde había penetrado en la mina, y siguió en dirección de la casa de don Diego de Válor.

Pero de repente Harum se detuvo: había escuchado el rumor de dos voces, una de hombre, otra de mujer, que hablaban sin recato y como si no temiesen ser escuchados. Harum adelantó con precaución, y notó que las dos voces salían de un aposento abierto en la mina, por cuya puerta salía, proyectándose sobre el pavimento de la mina, un rayo de luz: el monfi adelantó aún más y pudo percibir perfectamente lo que hablaban el hombre y la mujer que estaban en el aposento.

La voz del hombre hirió su oído de una manera particular, como si le fuera muy conocida, y al fin la reconoció y exclamó con asombro:

—¡El emir! ¡cerrado en un subterráneo con una mujer!

Harum no supo por el momento qué hacer.

—Sí, sí, está ahí; pero yo no debo escucharle, ¡no! ¡el siervo no debe descubrir los secretos del señor! ¡sería hacerle traición! ¡pues bien! ¡me,

ocultaré, observaré cuando salga esa mujer! y entonces... ¡oh! entonces me presentaré á él y le diré: señor, ¡vuestro padre os busca desesperado! ¡si estáis cautivo, yo os traigo la libertad! ¡si estáis libres, volved un momento, señor, junto á vuestro padre, junto á vuestros leales monfíes.....! después... después tiempo os quedará para el amor.

Tomada esta leal resolución, Harum se volvió atrás, buscó el boquerón, le encontró, se sentó sobre los escombros y apagó la linterna, para que no pudiese denunciarle su luz.

CAPÍTULO XI.

HASTA DÓNDE HABIA LLEGADO DOÑA ELVIRA
ARRASTRADA POR SU AMOR Á YAYE.

Harum obraba sin duda hidalgamente y como convenía á un buen vasallo, en no escuchar lo que su señor hablase; pero el autor comprende que no están en el mismo caso sus lectores, y va á introducirlos en aquel aposento vedado para Harum.

Aquel aposento era el mismo donde don Diego de Válór y su mujer doña Elvira de Céspedes, habían ocultado á Yaye, á causa del accidente que le había producido la noticia del casamiento de doña Isabel.

Desde aquel momento al en que le presentamos de nuevo á nuestros lectores, había pasado, como hemos dicho, un mes.

Yaye estaba completamente restablecido y se paseaba lentamente por la estancia.

Doña Elvira estaba sentada en un sillón, contemplando con ansiedad al jóven, que estaba hermosísimo.

—¿Con que esa es vuestra postrer resolución? dijo doña Elvira.

—Mi resolución decidida, contestó el jóven con acento severo.

Por algunos momentos doña Elvira, á quien pareció contrariar la respuesta de Yaye, guardó silencio, impaciente é irritada.

—¿No os he dado bastantes pruebas de mi amor, dijo al fin con altivez, para que consintáis en lo que deseo, en lo que ansio... en lo que debía llenaros de orgullo, porque lo que yo ansio, lo que yo deseo, es ser vuestra, enteramente vuestra?

—¿Y no lo sois, señora? dijo dominándose Yaye, y procurando dar á su acento la dulzura del amor, ¿no soy yo vuestro?

—Sí, aquí, entre el más profundo misterio, en las entrañas de la tierra; cuando nadie más que yo está á vuestro lado, cuando á nadie veis más que á mí. Vos no me amáis, Yaye... vos al decirme amores habéis mentado... sí, habéis mentado... vos no amáis más que á vuestra ambición... y después de vuestra ambición á mi cuñada doña Isabel, apesar de que mi cuñada se casó con otro sabiendo que vos la amábais.

Yaye hizo un movimiento como para contestar, pero guardó silencio.

—Sí, ella sabía que vos la amábais, y os pospuso á un hombre feroz, brutal, casi á un bandido... en cambio yo... yo os amo desde que os ví: cuando por una sucesión de circunstancias extrañas os tuve en mi poder, cuando yo sola podía veros, yo sola podía hablaros, mi alma se abrió á la esperanza y á la felicidad... después vos habéis sabido engañarme, enloquecerme.... me habéis hecho la más feliz de las mujeres... ¡oh! ¡sí! porque no hay en el mundo una felicidad semejante á la que vos me habéis hecho probar.... ¡pero después...!

El jóven se acercó á doña Elvira y la asió una mano.

—Escuchad, señora, la dijo: mi corazón os pertenece... es verdad que

yo amaba á vuestra cuñada, ó que creía amarla.

—¡Qué creíais amarla! exclamó con ansiedad doña Elvira.

—Sí, que creí amarla, porque mi afecto hacia ella más que amor era empeño, un empeño como yo los concibo: tenaces, terribles, voluntariosos... la noticia de su casamiento causó en mí un efecto inexplicable.... porque mi empeño se desvanecía, caía vencido ante el empeño de una mujer... no recuerdo lo que me me aconteció... sólo recuerdo que desperté un día de un profundo letargo, calenturiento, dolorido, cansado en el cuerpo y en el alma... miré en torno mío y os ví anhelante, con las manos cruzadas, mirándome de una manera tal que aún no he podido olvidar aquella mirada, hermosa y dulce como la de un ángel... yo no os conocía.... vos tampoco me digísteis quien érais.... yo no os lo había preguntado, porque no tenía voluntad más que para miraros, ni corazón más que para sentir vuestra hermosura y vuestra misericordia: pasábais junto á mí largas horas reclinada sobre mi lecho, mis manos en vuestras manos, mi mirada en vuestra mirada, confundiéndose nuestros alientos: llegó un punto en que... nos confundimos en uno, nos unimos, fuimos un solo ser que sentía una misma felicidad, que se embriagaba en sí mismo: yo os creí mi ángel, mi espíritu estaba aún perturbado... nada recordaba... había vuelto á la vida... á una vida vigorosa, á una vida nueva... para mí este aposento, donde jamás entra la luz del día, era un eden y era un eden por vos. Vos lo sabéis, señora: no podéis dudarle: yo enloquecía bajo vuestras miradas, yo desfallecía de amor con vuestras caricias... ¿ha podido jamás un hombre pertenecer de una manera más completa á una mujer?

—¡Ha sido nn sueño! ¡un hermoso

sueño! dijo doña Elvira, cuyos ojos se arrasaron de lágrimas! ¡un sueño que no se ha desvanecido sino haciéndome pedazos el corazón!

—¿Por qué me despertásteis? ¿por qué avivásteis mi memoria que la enfermedad había entorpecido? ¿Por qué me digísteis: tú eres Yaye-enb-Al-Hhamar, emir de los monfies de las Alpujarras?

—¡Ah! ¡la ambición ha matado en vos al amor!

—No por cierto: el emir, el poderoso emir de los creyentes que luchan en las montañas de las Alpujarras por el Islám, os hubiera asido de la mano, os hubiera presentado á los suyos y les hubiese dicho: hé aquí vuestra señora; pero vos no os detuvisteis en vuestras revelaciones: me digísteis: yo soy casada, lo que equivalía á decirme: somos adúlteros.

—¡Ah! exclamó doña Elvira.

—Y no bastaba esto: me digísteis: soy esposa de don Diego de Córdoba y de Válor, lo que equivalía á decirme: somos infames, porque don Diego de Córdoba es pariente mío por parte de mi madre, como que mi madre era hermana del padre de don Diego.

—¿Y qué importan todos los parentescos, todos los vínculos, cuando se ama como yo os amo?

—Doña Elvira, el crimen siempre es el crimen, y no es puro el placer en el fondo de cuya copa se encuentra el remordimiento: yo soy inocente: el Altísimo lo sabe: acababa de salir de una enfermedad terrible cuando os ví á mi lado; me encontraba en una situación extraña; yo os creía una huri enviada por Dios para consolarme, porque yo no os conocía: lo que ha sucedido entre nosotros ha sido fatal; pero en el momento en que he conocido que nuestros amores ofenden á Dios y á los hombres, me he detenido, he vuelto atrás en la senda de

la perdición en que había entrado sin saberlo...

—¡Porque no me amáis! ¡porque os habéis burlado de mí! exclamó con violencia doña Elvira.

—No os amo porque no debo amaros, señora; no os amo, porque pertenecéis á otro hombre; porque me habéis engañado....

—¡Porque amáis á mi cuñada doña Isabel!

—Para que yo no ame á doña Isabel basta el que sea como vos una mujer casada.

—¡Oh! si en vez de ser yo quien soy, fuera doña Isabel, no repararíais tanto en ofender á Dios y á los hombres, exclamó con despecho doña Elvira... y luego... ¡si doña Isabel fuese viuda... viuda y... virgen...!

Yaye, á pesar del dominio que tenía sobre sí mismo, palideció de una manera marcada.

—¡Oh! ¡sí! ¡la amais! ¡la amais! exclamó con rabia doña Elvira, notando la conmoción de Yaye, la amais y me despreciáis por ella... ¡pues bien! ¡sabedlo...! ¡os lo voy á revelar todo...! apenas Miguel López había entrado en nuestra casa de vuelta de la ceremonia... mi esposo, no sé por qué, le llevó consigo, sin darle ni aun tiempo de despedirse de doña Isabel: Miguel López, mi esposo, mi cuñado don Fernando y cuatro lacayos, partieron para las Alpujarras: al día siguiente volvieron los lacayos trayendo la noticia de que Miguel López había sido asesinado por los monfies y que mi esposo y mi cuñado habían desaparecido.

—¡Asesinado Miguel López por los monfies! exclamó Yaye, en cuya imaginación surgió una sospecha: ¿y se ha confirmado esa muerte?

—Mi cuñada, vuestra hermosa doña Isabel, lleva luto por ella... ¡y está tan hermosa con su luto...!

—¡Asesinado Miguel López por los

monfies! repitió profundamente Yaye.

—¡Oh! ¡ya se ve! existía un antiguo contrato entre vuestro padre y el padre de mi esposo; según él, vos y doña Isabel debíais uniros para salvar ciertos intereses encontrados: no sé por qué, obligado acaso por la fatalidad, mi esposo entregó su hermana á Miguel López... pero llegásteis vos... os encerrásteis con mi esposo... yo escuché vuestra conversación... y Miguel López fué sentenciado...

—Os juro que yo no he tenido parte alguna, ni aun con la voluntad, en ese asesinato.

—Sí, sí: bien sé que el único autor de ese delito es don Diego de Córdoba, mi esposo, pero sé también que su delito es inútil, porque no os casaréis con doña Isabel, os lo juro.

—Ya os he dicho, continuó dominándose Yaye, que en el momento en que doña Isabel ha pertenecido á otro hombre he dejado de amarla.

—Es que doña Isabel no ha pertenecido á nadie, exclamó con una malignidad indescribible doña Elvira, ni aún á su hermoso Yaye, á quien ama con toda su alma... me habéis llamado adúltera porque el amor me ha arrojado en vuestros brazos: ¿y creéis que no sería también adúltera doña Isabel, vuestra virtuosa doña Isabel, si vos la hacíais oír una sola palabra de desesperación...? ¡oh! ¡las mujeres cuando amamos no reparamos en nada...! ¡el amor ha sido creado por Dios para que lo sienta única y exclusivamente la mujer!

Yaye se contenía visiblemente: notábase, á pesar de su profunda reserva, no solo que no amaba á doña Elvira, sino que le inspiraba aversión.

Doña Elvira aspiraba perfectamente el sentimiento que se filtraba, por decirlo así, del semblante del jóven, le comprendía y se irritaba.

—Mi casamiento, dijo, fué el resultado de una apuesta, y he sido muy

desgraciada: yo amaba á mi esposo y á fuerza de humillaciones he llegado á aborrecerle: yo debía vengarme de él tarde ó temprano; pero no he sido una mujer impura que se prostituye solamente por venganza: era necesario que mi corazón al vengarse aspirase otro amor... os ví... os amé, os he amado largo tiempo en silencio... y al fin... por casualidad, mi mismo esposo os puso en mis manos: he velado junto á vos anhelante, viendoo entre la muerte y la vida y, después de haberos salvado me he creído amada y vengada de las injurias que como mujer debía á mi esposo... vos me despreciáis ahora Yaye... pues bien yo me vengaré... os juro que seréis mi esclavo, que no volveréis á ver la luz del sol.

—La pasión, una pasión que no comprende bien os extravía, señora, dijo Yaye con profunda calma: vos no tenéis ningún derecho para privar á un hombre de su libertad.

—Sí, sí, es verdad: yo debo dejáros libre para que corráis á arrojaros á los pies de doña Isabel, para que podáis decirla, ¡eres viuda...! ¡sé mi esposa...! ¡y yo entre tanto... deshonrada...! ¡perdida...! ¿que creéis que sería de mí si durante una larga ausencia de mi esposo diese á luz un hijo?

Yaye se estremeció.

—Y estoy segura... ¡oh! ¡sí! ¡os amo tanto! ¡he sido tan feliz! ¡oh Dios mío! ¡Dios mío! al menos aunque él me desprecie... si me queda una prenda de su amor, seré feliz... muy feliz... y esa felicidad... de seguro me la ha concedido Dios.

—Dios no querrá que vuestra insensata pasión os haya llevado á tal punto señora. Dios no querrá que tengáis un doble remordimiento... por el esposo y por el hijo: en cuanto á mí soy inocente, bien lo sabéis; si

fuérais libre os haría mi esposa, os lo repito, os lo juro.

—¿Me haríais vuestra esposa si yo fuese libre? observó acentuando cada una de estas palabras doña Elvira.

—Cuidad lo que hacéis, señora, dijo Yaye.

—¡Qué! dijo doña Elvira con sarcasmo; ¿creéis que yo sería capaz de matar á mi marido por ser vuestra?

—Os lo confieso, aunque me cuesta violencia el confesaroslo: os creo capaz de todo.

—Pues bien, dijo con una calma glacial doña Elvira: esperadlo todo de mí. Todo, hasta la venganza.

—Habéis elegido muy mal camino, señora, dijo Yaye con acento frío: ya os lo he dicho antes de ahora: sois impotente contra mí: os he suplicado que me pongáis en libertad, que me dejéis volver entre los míos, y os habéis negado á ello á pretexto de que no volvería á veros. En efecto, una vez fuera de esta prisión en que la casualidad me ha arrojado, no volveríais á verme sino por otra casualidad.... porque el deber me manda apartarme de vos. Jamás hubiera yo incurrido en el crimen que hemos consumado, sino en un estado casi de insensatez, en un estado en el cual no pertenecen al hombre sus acciones.

—¡Es decir que tenéis remordimiento de haberme poseído! exclamó con una soberana altivez doña Elvira.

—Sí, respondió con firmeza Yaye, hasta el punto que puedo tenerlo, porque os lo repito, mis actos acabado de salir de una enfermedad terrible que había afectado mi razón, no son míos: son los actos de un insensato... pero no insistiendo más en esto os intimo por última vez para que me dejéis en libertad de ir á donde me convenga, puesto que ningún derecho tenéis para retenerme á vuestro lado.

—¡Jamás! exclamó doña Elvira.

—Pues bien, señora, dijo Yaye.

adelantando hacia doña Elvira, que retrocedió hacia la puerta; por más que me cause repugnancia el ejercer con vos una violencia, hareme yo mismo libre, sobrevenga el escándalo que quiera.

Y adelantó aún más hacia doña Elvira.

—¡Ah! ¡no!... exclamó ésta: vos seréis caballero.... vos no querréis emplear la fuerza contra una dama.

Yaye se detuvo á esta invocación á su honor.

—Solo os suplico, dijo doña Elvira que meditéis en mi amor, en mi desesperación: ¡si no os volviera á ver! ¡qué!... ¿tanto os costaría, si no podéis ser mi amante, ser mi amigo?

—¿Me juráis, señora, sacarme de aquí?

—Os lo juro.

—Pues bien: cumplid vuestro juramento.

En aquel punto doña Elvira que gradualmente se había acercado á la puerta, la ganó de un salto, y antes de que Yaye pudiera evitarlo la cerró, corriendo los cerrojos.

—Sí, sí, dijo doña Elvira desde detrás de la puerta: tú saldrás de aquí Yaye, pero muerto de hambre, ó entregado enteramente á mí: yo te lo juro.

Y se alejó lanzando una insensata carcajada que retumbó en la mina.

Luego se escucharon por algún tiempo sus pasos precipitados; después todo quedó envuelto en el más profundo silencio.

CAPÍTULO XII.

DE CÓMO DIOS PREMIÓ LA CONSTANCIA DE YAYE.

Yaye quedó mudo de asombro y de cólera en el centro de la estancia.

Las últimas palabras de doña Elvira tenían una muy fácil explicación.

«Tú saldrás de aquí muerto de hambre ó entregado enteramente á mí.»

Esto quería decir que doña Elvira pensaba valerse de algún brebaje para aletargar al joven y conducirle á un lugar más seguro; brebaje que solo podría evitar Yaye sentenciándose á morir. Era aquel el último límite á donde podría llegar el empeño de una mujer.

Yaye conoció que doña Elvira le tenía enteramente en su poder: la habitación en que se encontraba, aunque ricamente alhajada, y cubierta de tapices, por lo reducido de su extensión, por lo deprimido de su bóveda, por lo fuerte de su puerta, en que se veía un ventanillo, indicaba haber sido en otro tiempo destinada para encierro. Por aquel ventanillo podía doña Elvira introducirle alimentos preparados para producirle un estado de letargo, sin que Yaye pudiese usar de la menor violencia con ella. Yaye, pues, sacudió con fuerza la puerta; pero esta era muy fuerte, encajaba perfectamente y nada consiguió: metió el brazo por el ventanillo, y probó si alcanzaba á los cerrojos: esto también era inútil: los cerrojos estaban fuera del alcance de su brazo: su espada y su daga, cuyos gavilanes acaso le hubieran servido para alcanzar los cerrojos, habían desaparecido: Yaye comprendió que si esperaba mucho tiempo, doña Elvira comprendería que los cerrojos no bastaban para asegurar á su prisionero y buscaría otros medios de seguridad.

Era necesario encontrar una manera de descorrer aquellos cerrojos, y franquear cuanto antes aquella puerta. Una vez fuera, Yaye pensaba ocultarse en la oscuridad en la mina, y sorprender á doña Elvira cuando volviese.

Pero no se le ocurrió medio en lo humano: comprendió que estaba se-

riamente preso, y á merced del fatal amor de doña Elvira.

La única esperanza que le quedaba era que sobreviniese en aquellos momentos don Diego de Córdoba y de Válor.

¿Pero quién sabía lo que había sido de don Diego?

Empezaba Yaye á desesperarse, cuando oyó en la mina unos pasos marcados de hombre: era la primera vez, después que había vuelto á la razón en aquel calabozo, que oía tales pisadas: supuso que doña Elvira le enviara algún hombre pagado para intimidarle, y esto le irritó. Los pasos se acercaban y al fin se detuvieron junto á la puerta.

Yaye escuchó en silencio: el que se había acercado junto á la puerta nada dijo durante algunos segundos.

Al fin se escucharon estas palabras pronunciadas por una voz contenida:

—¿Estáis solo, señor?

—¿Qué es eso? ¿Quién me llama señor? dijo Yaye acercándose al ventanillo de la puerta.

—Soy yo, señor; vuestro fiel escudero; el wálí Harum-el-Geniz.

—¡Oh! ¡me he salvado! exclamó Yaye; mira si puedes descorrer los cerrojos, mi buen Harum.

—¡Oh! ¡sí, poderoso señor! hé aquí la puerta de par en par.

En efecto, la puerta se abrió.

—¿Quién te ha traído aquí, Harum? ¿por donde has entrado? le preguntó Yaye.

—Me ha traído un mandato de vuestro noble padre; en cuanto al lugar por donde he entrado, venid señor y lo veréis.

Harum á quien las circunstancias hacían más entrometido con el joven emir que lo que lo hubiese sido en otra ocasión, tomó la bujía que ardía sobre la mesa y salió seguido de Yaye.

Al llegar al boquerón se detuvo, y le mostró al joven.

—Hé aquí por donde he entrado, señor. Por esa mina adelante, pronto, muy pronto, vuestra grandeza verá la luz del sol.

Y siguió por la mina precediendo al joven emir.

Cuando éste se encontró en las habitaciones superiores, cuando vió el cielo, las nubes, el sol, los árboles, la Alhambra, á lo lejos la alta cumbre de la Sierra Nevada, en lontananza y á los piés de la sierra la extendida vega con sus lejanas montañas azules, respiró como quien se siente aliviado de un peso enorme.

—¿De qué manera quieres que te recompense el emir? exclamó con alegría volviéndose á Harum.

—¡Ah, señor! dijo el monfí; me basta con ser vuestro secretario de confianza en la paz; vuestro escudero en la guerra: á vuestro lado siempre, porque tenéis enemigos, señor; todos los reyes los tienen y mi única ambición es servirlos de escudo.

—Aunque me has servido algún tiempo no recuerdo de que tribu eres, dijo con la gravedad de un rey Yaye.

—De la tribu Zeneta, señor, contestó con orgullo Harum.

—Vienes, pues, de una raza bastante esclarecida, wálí, para que puedas estar continuamente á mi lado, dormir á los piés de mi lecho, y llevar tu caballo tras el mío en el combate. Te concedo lo que me has pedido.

—¡Ah! ¡señor! ¡magnífico señor! exclamó Harum arrojándose á los piés de Yaye.

—Alza y escucha: ¿cuantos días han pasado desde aquel en que yo llegué á Granada?

—¿Queréis decir, señor, desde el día en que mandásteis que siguiese sin perder de vista á la hermosa morena de los ojos de luz?

—¡Ah! ¡la princesa mejicana! exclamó perturbado bajo aquel recuerdo Yaye.

—Pues ha pasado un mes, cabalmente desde aquel día, señor.

—¡Cuántas variaciones en un mes en la vida de un hombre! exclamó el joven emir. Y se quedó profundamente pensativo.

—Perdonadme, señor, dijo Harum, si os advierto, que estando en estos corredores nos pueden ver desde las ventanas y desde el jardín de la próxima casa de don Diego de Córdoba y de Válor.

—¡Ah! ¡es esa la casa de don Diego de Córdoba! dijo Yaye mirando al frente: pero de improviso se puso pálido y lanzó una exclamación desde el fondo de su alma.

—¡Ah! ¡doña Isabel!

En efecto, la joven había atravesado lentamente y con su severo traje de luto, un corredor de la casa vecina y había desaparecido.

—¿Vive doña Isabel en la casa de su hermano don Diego? dijo con la voz apagada por la conmoción Yaye.

—Sí señor, todos los días por la mañana la veo sentada en aquel banco de piedra que hay al pié de aquella enramada de jazmines. Pero retirémonos de aquí si os place, señor, y si queréis observar la casa de don Diego, yo os llevaré á un lugar desde donde podáis ver sin ser visto.

Yaye conoció que la observación de Harum era prudente, y le siguió á un aposento cercano en el que había una ventana con celosía y desde donde se descubría lo mismo que desde el corredor, las dos casas y los dos huertos del capitán estropeado y de don Diego de Válor.

—¿Acostumbra doña Isabel á dejarse ver? preguntó Yaye.

—Solo por la mañana, señor, y en el lugar que os he marcado.

—¿Has hablado alguna vez con ella?

—Nada me habíais encargado acerca de doña Isabel, señor.

—Es verdad. Y dime: ¿que ha sido de Miguel López?

—Se le cree muerto.

—Se sabe quien ha mandado su muerte?

—Créese que sea cosa de don Diego de Válor.

—¡Infame! murmuró Yaye: pero... me han dicho que ha muerto á manos de unos monfíes.

—Es verdad: según me ha dicho Dalhy que ha ido dos ó tres veces á la montaña durante este mes, don Diego sobornó á Reduan, que vivía como ventero junto á Orgiva y á otros seis: vuestro poderoso y justiciero padre, señor, mandó ahorcar al día siguiente á Reduan, y á los otros seis, en la encina muerta de la Rambla de los Gamos.

—¿De modo que en esta muerte nada ha tenido que ver la justicia de mi padre?

—Ha sido un asesinato y nada más.

—¿Y qué se han hecho don Diego y don Fernando de Válor?

—Los tiene presos vuestro padre hasta que vos parezcáis.

—¿Y mi buen ayo Abd-el-Gewar?

—Está inconsolable por vuestra pérdida y nos hace revolver la tierra á mí y á los veinte monfíes que tengo á mis órdenes.

—Pues hasta que yo te lo mande, es necesario que á nadie digáis que he parecido.

—Muy bien, señor.

—A nadie, ¿lo entiendes?

—Sí señor.

—Además, es necesario que procures introducirte con la servidumbre de don Diego de Válor, á fin de que yo pueda hablar con doña Isabel.

—Las tapias son fáciles de escalar, señor... y yo mismo...

—Componte como puedas, pero no cometas ninguna imprudencia.

—¡Oh! en cuanto á imprudencias sería la primera que cometiese: por no ser imprudente no puedo daros ya noticias positivas acerca de la dama morena que me mandásteis seguir.

—¡Cómo! ¿sabes donde para?

—Muy cerca de nosotros, ahí, en esa otra casa cuyo huerto linda con el de don Diego y cuyas celosías están tan cerradas.

—¿Y no has tenido medio de amparar á esa desdichada?

—Tengo medio de penetrar hasta su habitación; pero necesitaba proveerme de cierta herramienta.

—¡Ah! ¡forzar puertas! dijo con repugnancia Yaye: ¡exponerse á pasar por un ladrón!

—La puerta que yo forzaré es tan reservada, como que dá á un extremo de la mina donde está la habitación en que os han tenido cautivo.

—Pues bien, cuanto antes liberta á esas desdichadas mujeres, pónlas bajo el amparo de la justicia, devuelve á la jóven la joya y...

—¿Y por qué no habéis de hacer vos todo eso señor? si no me engaño pareceme haberos oído decir que esa dama es una princesa.

Meditó un tanto Yaye.

—Bien, dijo: tiempo sobrado tendremos de pensar en ello. Por ahora búscame una casa segura donde pueda vivir sin ser notado: después trae una litera cerrada dentro de la cual me trasladaré á mi nueva vivienda, y sobre todo, Harum, un profundo secreto.

El monfi después de haber recibido algunas otras instrucciones de Yaye, salió de la casa murmurando, mientras se alejaba á buen paso:

—El emir es mi señor único y absoluto desde que el noble Yuzuf re-

nunció en él su poder y su corona. El, solo él, Muley-Yaye-ebn-Al-Hamar, es nuestro señor, á quien debemos obedecer ciegamente, so pena de traición. ¿Pero que pensará hacer el emir?

Dos horas después salía una litera cerrada del casuco que habitaba Harum: aquella litera entró poco después en una linda casita de la calle de las Tres Estrellas en el Albaicín.

CAPÍTULO XIII

DE CÓMO LA CARIDAD ERA UNA VIRTUD PELIGROSÍSIMA PARA EL PODEROSO EMIR DE LOS MONFÍES MULEY-YAYE-EBN-AL-HAMAR.

Llegó la noche, y por cierto, lóbrega y tempestuosa.

Poco después del oscurecer algunos hombres, como en número de doce, se extendieron por las calles de San Gregorio el alto y sus circunvecinas y se ocultaron en los dinteles de las puertas.

Al poco tiempo otros dos hombres, embozados también hasta los ojos, llegaron á la puerta de la casucha habitada por Harum, y uno de ellos abrió la puerta: el que le seguía entró.

El que había abierto la puerta lanzó un silbido prolongado, entró y cerró.

Poco después un embozado, llegó á la puerta y llamó: abriéronle y un hombre que tenía una linterna en la mano, le introdujo en una habitación del piso bajo. Sucesivamente llamaron otros cinco hombres.

Cuando estuvieron todos dentro, el hombre que les había abierto les dijo:

—Seguidme.

Aquel hombre era Harum.

Los seis hombres que habían entrado y estaban desembozados, mostraban los semblantes más angulares y

fatídicos del mundo, bajo las anchas alas de sus sombreros gachos, y las espadas de más voluminosa empuñadura y más largos y torcidos gavilanes que podían darse, pendientes de los talabartes: además, cada uno de estos hombres, llevaba sujetos á la cintura una daga buida, y dos largos pedreñales ó pistolas.

Aquellos seis hombres eran monfies escogidos entre lo más duro y valiente de todas las taifas de monfies de las Alpujarras.

Aquellos seis hombres siguieron á Harum, que los llevó en derechura á la mina que ponía en comunicación la casa ocupada por el capitán estropeado, con el palacio de don Diego de Válor.

Cuando estuvieron allí, Harum los extendió por la mina y les dió la consigna siguiente:

—Las dagas en las manos. Si sobrevienen gentes por cualquiera de los dos extremos, se las detiene, y se avisa con un silbido. Si oponen resistencia, obrad como quienes sois. Atención y silencio.

Volvió á salir por el boquerón, y poco después apareció con un hombre enteramente encubierto, y tomó la dirección de la escalera que conducía á la casa del capitán.

—Espera, le dijo el hombre que le seguía: ¿se va por aquí al aposento donde he estado preso?

—No señor, contestó Harum, se va por la parte opuesta.

—Pues llévame allá: tengo curiosidad de saber lo que allí puede haber sucedido.

Harum se volvió y condujo á Yaye al lugar indicado.

Al entrar en él notó el joven que algunos objetos que antes estuvieron sobre la mesa, estaban rotos y esparcidos por el suelo; levantadas las ropas del lecho, como si alguien hubiese

buscado algo bajo él y los sillones tirados por el suelo.

Yaye lo comprendió todo; aquellos eran los vestigios del furor impotente de doña Elvira al verse burlada.

—¡Ah! ¡ya lo sospechaba yo! dijo con acento sentido el joven, porque sin saber por qué, le lastimaba la desesperación de doña Elvira.

Yaye en su fuero interno atribuyó aquel sentimiento á caridad.

Salió de aquella especie de calabozo y pasó, perfectamente cubierto el rostro con un antifaz, por delante de los seis monfies, que inmóviles y silenciosos como estatuas, estaban apoyados de espaldas contra la pared á lo largo de la mina.

Treparon por las escaleras que subían hasta la puerta, delante de la cual, por falta de una llave maestra, se había detenido aquella mañana Harum.

No sucedió entonces lo mismo: el wali, transformándose en ladrón, sacó un instrumento de hierro de entre su talabarte, lo introdujo en la cerradura, y sin causar ningún ruido y con gran facilidad, descorrió el fiador, que era de resorte: entonces la puerta giró sobre sí misma sin ruido, y pudo notarse que por la parte de delante, era una verdadera puerta secreta disimulada en la tapicería!

El lugar en que habían desembocado Yaye y Harum era una cámara extensa y sombría, cuyos tapices representaban asuntos de la historia antigua: aquellas gigantescas figuras de fuerte colorido, parecían fantasmas, destacándose débilmente sobre el fondo oscuro, y la alta ensambladura de pino, ennegrecido por el tiempo, acababa de dar á la cámara, en aquella situación y á aquella luz un tinte sombrío.

Los muebles que la alhajaban eran ricos, pero antiguos, y en un ángulo

se veía un voluminoso lecho de nogal tallado, intacto, con las cortinas de damasco rojo entreabiertas. Junto á un armario cerrado había un arnés de guerra limpio y sencillo, y acá y allá en las paredes, sobre los tapices, algunas excelentes armas, tales como espadas, arcabuces y pistolas.

—Este debe ser el dormitorio del capitán Alvaro de Sedeño, dijo Harum en voz baja á Yaye, y es por cierto para él una fortuna el estar ausente; de otro modo nos hubiera sido preciso estropearle más. Pero aquí hay tres puertas: esta casa es demasiado grande y yo no la conozco; pues bien, adelantemos á la ventura.

Y se dirigió á una puerta pequeña situada á los piés del lecho, que estaba cerrada, y que abrió Harum valiéndose de la llave maestra.

A juzgar por la facilidad con que Harum manejaba aquel instrumento, cualquiera le hubiese tomado por un ladrón de oficio.

Una vez franqueada aquella puerta nuestros dos exploradores se encontraron en un corredor estrecho, de techo bajo y paredes blanqueadas: siguieron adelante, pero al llegar á la parte media del corredor, los detuvo un gemido de dolor.

—¡Misericordia de Dios! dijo Yaye profundamente afectado; mucho me engaño si ese no es el gemido de un moribundo.

—Y si el moribando no es una mujer, dijo Harum juzgando por otro segundo gemido.

Apenas había pronunciado el monje estas palabras, cuando se oyó una voz timbrada por el dolor, pero juvenil y sonora, que exclamó:

—¡Ah! ¡madre mía! ¡pobre madre mía!

Yaye hizo á Harum una indicación de que no se moviese, y él solo adelantó hacia una puerta entreabierta, situada en el fondo del corredor.

Yaye miró al interior; la sangre retrocedió de sus extremidades á su corazón, y permaneció inmóvil, mirando y escuchando con toda su alma y sin atreverse á pasar adelante.

¿Qué era lo que había visto Yaye que así le interesaba y así le conmovía?

Vamos á presentarlo á continuación á nuestros lectores.

Era una cámara tan sombría y extensa como la primera por donde habían pasado Yaye y Harum.

Una lámpara puesta sobre una mesa de mármol, bajo un gigantesco espejo de acero, iluminaba débilmente aquel gran espacio, alcanzando apenas á dejar ver de una manera informe las figuras gigantescas de la tapicería. Una chimenea de mármol, enorme, sostenida por cariátides y con ornamentación del gusto del renacimiento, se veía al fondo limpia y desprovista de fuego en razón á la estación, lo que daba á la cámara algo de frío y de extraño: á un lado había un lecho enorme, semejante al que hemos descrito anteriormente; pero aquel lecho no estaba abandonado; por el contrario, en él estaba una enferma.

Arrojada sobre el lecho, asiendo las manos de la enferma, y llorando y besándola alternativamente, había una joven vestida de blanco de extraordinaria esbeltez.

Al frente de este lecho y cabalmente enfilando la cabecera, estaba la pequeña puerta, tras la cual escuchaba Yaye.

Ultimamente había una gran puerta de entrada y otros dos balcones; pero quien se hubiese acercado á ellos hubiera notado que estaban aseguradas sus maderas con barras de hierro fuertemente clavadas en los marcos, lo que demostraba que aquellos balcones no se abrían.

Por lo tanto las moradoras de aquella habitación estaban condenadas á

alumbrarse continuamente con luz artificial.

Todo en aquella cámara tenía los visos de una prisión, y de una prisión donde se guardaban dolores agudos.

La enferma era efectivamente una moribunda; pero á pesar del estado de demacración en que la había constituido la tisis, esa terrible enfermedad que no abandona la presa hasta que la deseca para la tumba, notábase que aquella dama, porque dama era, no había llegado aún á la vejez: apenas contaría cuarenta años, á pesar de lo cual estaba tan gastada, tan abatida como una anciana de ochenta; las formas de esta mujer, aunque excesivamente descarnadas, constituían por su estructura una gran hermosura, pero una hermosura pasada, empalidecida por los sufrimientos y por la enfermedad: la blancura de este semblante era extremada, como extremado era el negro color de sus ojos, de sus cejas y de sus cabellos.

Una tos seca, penosa, terrible, tos que agotaba las fuerzas y el sufrimiento de la enferma, se dejaba escuchar sin interrupción; sus ojos tenían un brillo fosforescente, el brillo de la fiebre, y estaban notablemente hundidos; la jóven lloraba de una manera silenciosa, desesperada, y de tiempo en tiempo se levantaba, iba á un velador, tomaba una taza de plata y daba de beber á la enferma.

Llegó un punto en que la enferma tuvo un acceso horrible de tos, á la que sobrevino un vómito de sangre: la jóven lanzó un grito de terror y se avanzó á la puerta, que golpeó de una manera desesperada pidiendo á gritos socorro.

—¡Estrella! ¡Estrella! ¡hija mía! exclamó esforzándose la enferma; esto ha pasado... yo creo que dentro de poco, de muy poco tiempo, esto habrá pasado de todo punto.

—¡Ah, madre mía! exclamó volviéndose la jóven, pálida como un cadáver y haciendo retroceder á Yaya que, impulsado por su caridad, había dado un paso hácia el interior.

Afortunadamente ninguna de las dos mujeres, dominadas por la situación, le vió.

Estrella, pues así hemos oído llamar á la jóven por su madre, volvió al lado de esta como impulsada por un poder superior.

—Siéntate á mi lado, dijo con acento solemne la enferma.

Estrella, dominada por el mandato de su madre se sentó en un sillón al lado del lecho.

—Es necesario que tengas valor, hija mía, dijo la enferma: Dios me dice que dentro de muy poco voy á ser libre, que vamos á separarnos.

Estrella rompió á llorar en silencio, y se cubrió el rostro con las manos.

—Pero yo no quiero que muráis, no, exclamó levantándose en un movimiento nervioso, que revelaba una fuerza de voluntad á toda prueba: no, no quiero que muráis y no moriréis.

—Nadie se opone á la voluntad de Dios: por lo mismo y como necesito hacerte graves revelaciones, como me queda poco tiempo de vida, es inútil que ninguno de los infames criados de ese hombre venga á interrumpirnos para traernos un socorro que sería inútil. No llores, esto debías haberlo previsto hace mucho tiempo.

Hubo un momento de solemne silencio.

—He sido muy desgraciada, hija mía, continuó la enferma, y mi mayor desgracia es el dolor que llevo á la tumba, de dejarte sola, abandonada, en poder de ese infame.

—Sin duda, Dios, madre mía, dijo Estrella, ha castigado en nosotras algún gran crimen de nuestra familia.

—Sí, Dios castiga á los opresores con la opresión de sus propios hijos.

Altivas, soberbias, poderosas, hemos venido á acabar en esclavas... en diez años de cautiverio horrible... en poder de un demonio. Acércate más, hija mía; temo que haya tras esos tapices alguien que nos escuche. Lo que tengo que decirte es muy grave.

Estrella se levantó maquinalmente, se arrodilló en el sillón en que había estado sentada y se apoyó en el lecho.

Durante algún tiempo nada pudo oír Yaye: las dos mujeres hablaban demasiado bajo: aquella conferencia duró más de una hora, conferencia interrumpida por agudos accesos de tos.

Yaye notó que al concluir la enferma su revelación, que revelación debía ser aquella tan recatada, se quitó del cuello una cadena de oro de la que pendía una joya, cuya forma no pudo distinguir Yaye en razón á la distancia.

Luego la enferma siguió hablando naturalmente, pero su voz era ya más opaca, más cadavérica.

—Si logras que alguna vez tus parientes castellanos conozcan tu suerte, hija mía, ellos que deben ser poderosos, ellos que deben gozar del favor del emperador, te ampararán y te vengarán, si es necesario que te venguen.

—¡Oh, nada temáis, madre mía! ¡nada temáis! exclamó con una energía casi salvaje la jóven: ese hombre que os ha hecho probar cuantas desgracias puede probar una mujer, no hará tan infeliz á la hija como á la madre; no, no, lo juro por el Dios que está en los cielos. Vos habéis tenido razones que no solo os disculpan sino que os honran: vos teníais una hija: yo, si Dios es tan cruel que me os arebate, no tengo nada que me ligue á la vida: pereceré antes que sucumbir al infame: pereceré, pero pereceré

vengándoos: ¡ay del infame aventurero!

—¡Oh señor! ¡señor! exclamó la pobre enferma: ¿Seréis tan implacable que me neguéis el consuelo de saber que mi hija queda amparada por sus parientes?

—¡Oh! no es posible alentar ninguna esperanza, madre mía. Yo alentaba una... el jóven aquel á quien pude hablar por un milagro, hace un mes, cuando paramos en un meson, parecía noble y generoso... y sin embargo... ese jóven me ha olvidado... ó no ha podido... ¿quien sabe? ¿y luego qué importa á nadie la suerte de dos mujeres?

Y Estrella acreció en su llanto desconsolado.

Yaye creyó que había llegado el momento de presentarse: la enferma parecía próxima á su fin, y era necesario que llevase á la tumba el consuelo de que su hija no quedaba desamparada.

Al abrir la puerta, aquella puerta rechinó, Estrella volvió azorada la cabeza, y en su rostro apareció una expresión de espanto: sin duda estaba acostumbrada á ver asomar por aquella puerta un ser terrible.

Pero instantáneamente su rostro se tiñó con un color febril, adelantó rápidamente algunos pasos hacia Yaye, como una hermana que sale al encuentro de su hermano, pero se contuvo por pudor.

—¡Ah! ¡sois vos, caballero! dijo.

—Sí, sí, yo soy, que llego en el momento supremo.

—¡Es él! ¡es él, madre mía! ¡el jóven del mesón de las Alpujarras!

La enferma quiso incorporarse, pero no pudo. Estrella asíó por una mano á Yaye, como si le hubiese conocido desde mucho tiempo antes, y le llevó junto al lecho: la enferma posó en él sus hundidos ojos.

—¡Oh! dijo: ¡si sois honrado y leal y venís á salvar á mi hija, á librar á

una pobre madre de la inquietud mortal de dejarla abandonada en el mundo, que Dios es bendiga, caballero!

—Os juro, señora, proteger á vuestra hija como si fuese mi hermana, dijo con entusiasmo Yaye.

—Acaso vuestro poder no alcance á protegerla.

—Mi poder alcanza á mucho, señora, dijo con suma confianza Yaye.

—Sin embargo, temo por vos mismo. ¿Cómo os habéis introducido aquí? ¿Sabéis quien es el hombre que nos guarda? ¿Sabéis que si por desdicha sobreviniese...?

—Aunque ayudase el infierno á ese infame mutilado, nada podría hacer contra mí.

—Respeto las razones que tengáis para apoyar vuestro dicho... pero es preciso ganar tiempo...

—Nada temáis... os repito que nada tenéis que temer... ved por el contrario qué queréis, qué necesitáis.

—¿Qué quiero? ¿qué necesito? ¿podréis procurarme un sacerdote?

—¡Oh! ¡sí! ¡hola, Harum!

Presentóse inmediatamente á la puerta el monfí, asombrando á las dos mujeres que no acertaban cómo podía ser aquello.

—Al momento, al momento, Harum, le dijo Yaye, acercándosele y hablándole en voz baja: ve por un sacerdote cristiano para auxiliar á un moribundo; que traiga consigo la comunión y la extremaunción; que suba á ocupar tu lugar uno de los otros, y escucha: Yaye habló por algun tiempo en secreto con el monfí.

Harum partió.

Yaye se volvió á las dos damas.

—A propósito, señoras, dijo: ¿qué gentes hay en esta casa?

—Debe haber un soldado viejo que sirve al capitán Sedeño, y que es tan infame como él, y dos criadas.

—Y no hay más gentes en la casa.

—No señor.

—En ese caso llamad á ese criado.

—Pero...

—Llamadle.

Poco después Estrella, dominada por el acento de confianza de Yaye, llamó á grandes golpes á la puerta de entrada.

Oyéronse lentas y fuertes pisadas tras aquella puerta, luego ruido de llaves y rechinar al fin una cerradura: abrióse la puerta y se presentó un hombre de estatura atlética y semblante avieso que adelantó descuidado, sin reparar por el momento en Yaye.

—¡Vamos! qué queréis? dijo con acento bronco, ¿cuo es hora ya de descansar? ¿ó es que estamos aquí para andar como un zarandillo de brujas por esa mujer que nunca acaba de morirse?

En aquel momento el hombre que había entrado y que solo había dirigido su mirada, en que se veía una impura codicia, á Estrella, reparó en Yaye.

Entonces se pintó en su semblante una expresión feroz, y dirigiéndose al jóven exclamó:

—¿Quien sois? ¿quien os ha introducido aquí?

Yaye, no contestó á aquel hombre: volviéndose hácia la puerta por donde había entrado y exclamó.

—¡Ola! ¡á mí!

Un monfí entró inmediatamente en la cámara.

—¡Oh! ¿que es esto? gritó el soldado arrojando una feroz mirada á las dos mujeres, y poniendo mano á su daga, única arma que tenía consigo.

—Desarma á ese hombre, dijo Yaye al monfí que había quedado inmóvil á pocos pasos de la puerta por donde había entrado.

En este momento la situación de las personas de nuestro cuadro era la siguiente: Estrella estaba de pie de-

lante del lecho ocupado por su madre; Yaye en medio de la cámara; el soldado servidor del capitán, á pocos pasos de la puerta de entrada, y el monfi que había acudido á la voz de Yaye, á igual distancia de la otra puerta de servicio.

Aquella situación solo duró un momento: el soldado avanzó hácia Yaye, daga en mano, y el monfi, rodeándose la capa al brazo, se colocó de un salto entre el emir y su agresor, recibió una puñalada de este en su capa, le asió, le desarmó, apretándole la mano derecha con la fuerza de unas tenazas de hierro, le doblegó, y quedó inmóvil sujetando al soldado por el cuello.

Este rugía.

—¿Qué más hombres que tú hay en la casa? dijo Yaye.

El soldado continuó en sus inútiles esfuerzos por desasirse de los puños del monfi, que le oprinía con una fuerza salvaje, pero no contestó.

El monfi comprendió que era una irreverencia punible en aquel hombre, el no contestar á la pregunta del emir, y le apretó el cuello de una manera despiadada.

El soldado lanzó un grito de dolor.

Yaye repitió su pregunta.

—No hay más hombre que yo, dijo, cediendo á aquella especie de tormento, el soldado.

El monfi comprendió que debía aflojar sus dedos y aflojó.

—¿Y qué otras personas hay en la casa? continuó Yaye.

—Una vieja cocinera y una criada.

—¿Dónde están?

—En la cocina.

—Llévate á ese hombre, dijo Yaye al monfi.

El monfi arrastró consigo al soldado que no se podía valer.

—¿Pero qué quereis hacer conmigo señor? dijo todo trémulo el soldado.

—Llévate á ese hombre, repitió

Yaye; que le aseguren los otros de modo que no pueda escaparse ni gritar, y tú vuelve.

El monfi hizo un esfuerzo y, en silencio, siguió arrastrando consigo asido del cuello y doblegado á aquél hombre, y desapareció por la puerta de servicio.

—¡Ah! exclamó Estrella: Dios ha tenido al fin compasión de nosotras y os ha enviado para salvarnos. ¿Pero nada temeis caballero?

—Nada absolutamente, señora; descansad en la confianza de que sois libres, ¡ay! ¡Ojalá que como he podido libertaros pudiera devolver la salud á vuestra madre!

—¡Oh! yo soy en este momento muy feliz, caballero, dijo la enferma: no sé por qué creo que vos sereis para mi hija un doble apoyo, un hermano, y muero tranquila.

—¡Oh, madre mía! acaso... si Dios tuviera misericordia de nosotras... exclamó Estrella; ya que hemos encontrado un corazón generoso que nos ampara...

—No, no hija mía, dijo la enferma con acento débil y cansado... esto se acaba... se acabará dentro de algunos momentos... y luego... quedando tú amparada, me importa poco morir... acercaos, caballero... acercaos.

Yaye adelantó.

—Dentro de poco, dijo la moribunda, mi hija habrá quedado sola sobre la tierra.. es demasiado hermosa para que no corra mil peligros... sin embargo, mi hija tiene unos parientes que no la conocen; mi padre el duque de la Jarilla...

—¡El duque de la Jarilla! exclamó Yaye.

—Yo no puedo deciros lo que quisiera; necesito reconcentrar mis fuerzas para hablaros; me muero... es preciso que concluya... si mi padre hubiere muerto... si los parientes de mi

hija no la reconociesen... no la amparasen...

—Vuestra hija, señora, tendrá en mí un hermano, un hermano poderoso.

—¡Un hermano poderoso! exclamó con admiración la moribunda. ¿Quién sois pues?

—Soy rey de los monfies de las Alpujarras.

—¡Rey! exclamaron á un tiempo con asombro la moribunda y Estrella

—Diez mil hombres, tan fuertes y tan valientes como el que acaba de apoderarse del infame servidor de ese infame capitán, obedecen mi voz.

—¡Ah! ¡pero sois moro! ¡sois infiel! exclamó con desaliento la moribunda.

—¿Y bien, un moro no puede ser caritativo y caballero? exclamó con orgullo Yaye.

—¡Oh! sí, sí, exclamó la enferma con acento inspirado: todo lo espero de vos, todo, y creo, añadió con acento solemne, Dios me lo dice en mis últimos momentos... vos sereis más que un hermano para mi pobre Estrella... mi pobre Estrella puede ser para vos... la salvación de vuestra alma.

La imprevista predicción de la moribunda, hizo sentir á los dos jóvenes una impresión indefinible, misteriosa, desconocida: Yaye miró de una manera involuntaria á Estrella, y encontró los ojos de esta fijos de una manera ardiente en los suyos.

Pero instantáneamente los dos jóvenes bajaron los ojos: Yaye estaba profundamente pálido, Estrella encendida con un magnífico rubor que había dado á su semblante las tintas de una rosa de Alejandria.

—¡Oh! ¡sí! ¡seréis más que hermano y hermana! dijo la moribunda que había aspirado la conmoción de entrambos jóvenes.

Luego asió sus manos y las unió.

Dominados por la situación, por el fuego febril que les comunicaban las

manos de la enferma, por un impulso poderoso, los dos jóvenes cayeron de rodillas á los piés del lecho, continuando de una manera fatal con las diestras enlazadas.

—Sí, sí, continuó la moribunda: Dios me inspira: sereis más que hermanos hijos míos... sí, pronto ó tarde á pesar de todos los obstáculos que se crucen ante vosotros, sereis esposos.

—¡Esposos! exclamaron con asombro los dos jóvenes.

Y por una fatalidad creciente, sus manos continuaron enlazadas y se estrecharon con fuerza.

La moribunda puso sus diáfanas manos sobre sus cabezas, y los bendijo.

En aquél momento Yaye se levantó, asombrado de lo que pasaba por él: aquella era una complicación más en su vida.

Al levantarse, vió que dos monfies estaban en la cámara.

¿Había enviado Dios á aquellos hombres para que sirviesen de testigos á aquella especie de casamiento hecho por las manos de una madre moribunda, manos que parecían consagradas por lo solemne de la situación y por el sufrimiento, casi por el martirio?

Yaye procuró lanzar de sí aquella pesadilla, poniéndose en contacto con la vida real.

Y separándose de Estrella y del lecho, se dirigió á los monfies.

—Seguidme, les dijo, y desapareció con ellos por la gran puerta de entrada.

—¡Oh! ¿qué habeis hecho? ¿qué habeis hecho, madre mia, exclamó Estrella?

—Obedecer á una inspiración de Dios, contestó la moribunda: ese joven será tu esposo, Estrella... ese joven será el padre de tus hijos... debes consaprarte á él, hija mia...

—Pero si él me desdeñara...

—¿No crees que Dios baje á ilumi-

nar los ojos de los moribundos que han sido mártires? dijo la enferma.

—¡Oh madre mía! ¡si os engañárais!... ¡si os engañárais, yo sería muy desgraciada, porque!...

—¿Por qué?

—Porque le amo desde el día en que le ví en el meson de las Alpujarras.

—Y Dios te ha enviado el hombre que amabas, y á quien no esperabas volver á ver, en el momento en que vas á quedar sola en el mundo... Dios te ha enviado en él un protector... ámale hija mía, ámale, con toda tu alma; vive solo para él, y, sobre todo, procura apartarle del error; que el amor le convierta al cristianismo, como mi amor convirtió al cristianismo á tu padre, que también era rey de un pueblo de infieles: él ha salvado tu cuerpo de la esclavitud; salva tú su alma...

—¡Oh, madre mía!

—Y escucha; si mi padre el duque de la Jarilla te reconoce; si, por un caso, que bien pudiera acontecer, mi padre no tiene hijos varones; si tú eres la heredera de su nombre y de su grandeza, no reniegues de ese jóven, Estrella mía: recuerda siempre que á él ha debido tu madre una muerte tranquila, la seguridad de que no quedas abandonada, y los auxilios de la religión. Ahora ve, y con la llave que te he dado, abre un cofrecillo que encontrarás en el cajón de aquella mesa. En él está el relato de mis desventuras, que he escrito mientras tú dormías en estos últimos tiempos; relato que no es otra cosa que la revelación que te hice antes de que apareciese ese jóven. Hay también con ese manuscrito una declaración de tu padre y su conversión al cristianismo; además, tienes mi retrato del tiempo en que yo tenía tu edad; nadie, viendo ese retrato, y conociéndote, puede negar que eres mi hija; ve, recoge esos papeles, guárdalos y déjame que me pre-

pare entre tanto, para recibir al sacerdote del Señor.

Estrella fué á la mesa, abrió su cajón, y buscó en él el cofrecillo y los papeles.

Entre tanto Yaye había recorrido la casa con los dos monfies.

Era extensa y rica: estaba perfectamente alhajada en las habitaciones superiores, y se comprendía que quien la habitaba, estaba acostumbrado á vivir con lujo y con grandeza.

Yaye no encontró en ella más seres vivientes que las dos domésticas de que le había hablado el soldado prisionero, y á las que encerró en un aposento retirado, y un caballo perteneciente, sin duda, al criado del capitán.

Yaye franqueó la puerta principal de la casa, y lanzó un silbido.

Inmediatamente los seis monfies que estaban extendidos en la calle de San Gregorio el alto, se agruparon á la puerta.

—¿Habeis visto pasar, les dijo Yaye, al walí Harúm?

—Sí, poderoso señor, contestó uno de los monfies; ha pasado en dirección á San Gregorio.

—Pues bien; esperadle uno en la avenida, y cuando llegue con el Viático, decidle que llame por esta puerta.

—Muy bien, poderoso señor.

—Además, id por una litera, y tenedla preparada: dos de vosotros entrad; dejad las capas, los sombreros y las armas, como si solo fuéseis criados; encended las linternas del zaguan y de las escaleras, y esperad á que llame el walí Harum; los otros á sus puestos.

Yaye se volvió para adentro con los dos monfies que hasta allí le habían acompañado, y por otra comunicación que había descubierto al registrar la casa, con la cámara del capitán, abrió la puerta secreta y envió aquellos dos

monfies á su apostadero de la mina; luego, se encaminó á la cámara á que correspondía el dormitorio de la moribunda, y miró por la puerta entrea-
bierta.

Estrella estaba inclinada sobre el lecho de su madre y sin duda lloraba.

En la casa, de que por tan completo se habia apoderado Yaye, dominaba un profundo silencio.

Yaye se retiró de la abertura de la puerta y se puso á pasear, profundamente pensativo, á lo largo de la cámara.

Lo que le acontecía era verdaderamente extraordinario.

Su corazón y su cabeza empezaban á no entenderse; sus ideas á embrollarse; recordaba á doña Isabel casada, viuda y virgen, y esto hablaba á sus deseos; pero seguidamente recordaba á doña Elvira como un sueño de voluptuosidad, como una creación fantástica, como una mujer divina, á quien habia pertenecido, en cuyos brazos habia apurado inefables delicias, sin recordar su pasado, sin sentir más que el presente, cuando aún duraba la perturbación de sus facultades á influjo de la dolencia; después, y quemándole el corazón como un hierro candente, venía el recuerdo de la princesa mejicana, á quien habia visto por la primera vez de una manera casual, á quien de tan extraño modo, y por tan imprevisto camino habia encontrado de nuevo necesitada de su amparo, al lado de su madre moribunda... luego el poder misterioso, que, ya fuese por la situación, ya por otra causa distinta, habian ejercido sobre él aquellas dos mujeres; la predicción de la moribunda, el enlazamiento de sus manos, y aquella bendición solemne, aquella especie de esponsales en los cuales ninguno de los dos jóvenes se habia obligado por una palabra; pero que estaba casi como aceptada, como consumada por

aquel nervioso é involuntario estrechamiento de sus manos, en el acto de recibir la bendición materna.

Yaye, pues, tenia razón para no saber qué hacer ni qué pensar: habia abandonado por fanatismo á Isabel, habia sido cruel con ella, habia dejado que se llevase á efecto su casamiento con Miguel López. Por resultado de aquel casamiento habia caído él mismo, como herido por un rayo, y habia sido asesinado Miguel López (porque Yaye no sabia otra cosa); entregado á una mujer que le amaba, á doña Elvira, habia llegado de una manera fatal hasta el adulterio, y por último, al verse libre por un acaso, habia caído en poder de otra mujer, con la cual podia decirse, ó al menos la exagerada sensibilidad de conciencia de Yaye se lo hacia creer, estaba moralmente casado; su padre lloraba desolado su pérdida; Abd-el-Gewar, su ayo, estaba igualmente aterrado por la ignorancia de su destino, y por último, influía en él su alta posición de emir de un pueblo, aunque reducido, enérgico, indomable, valiente, sobre el cual estaban fijas las recelosas miradas del rey de España y de sus lugartenientes en Granada.

Apesar de esto, la virtud culminante de Yaye, la caridad, le retenia allí, en aquella cámara, como protector de dos mujeres tan desgraciadas como aquellas.

La imaginación, pues, de Yaye, era un caos; una máquina de pensamientos contrarios, que fatigaban su cerebro y le lastimaban; pensamientos embrollados, de cuyo laberinto queria en vano salir; problemas difíciles, cuya resolución se afanaba en vano por alcanzar; dificultades, contra las cuales gastaba en vano toda su actividad.

Abrióse la puerta de entrada de la cámara, y un monfi con todas las trazas de un lacayo, dijo:

—Poderoso señor: el wali Harun y dos sacerdotes cristianos con los Oleos yos me siguen.

—Adelante, adelante, dijo Yaye, despojándose de su gorra, á punto que se oyó la campanilla del Viático y se inundó de luces la antecámara.

La puerta se abrió de par en par.

Un sacerdote revestido entró, llevando el copón en las manos; á su lado iba un monago, agitando una campanilla; tras este sacerdote venia otro, que llevaba entre sus manos el Santo Oleo, y luego un sacristán con una linterna.

El sacerdote que conducía el Viático entró en el dormitorio.

Poco después Estrella salió llorando, y se quedó de pie, en silencio, al lado de una mesa, junto á la cual, silencioso é impresionado, estaba Yaye; el sacerdote que llevaba consigo la Extremaunción, quedó en la cámara con el sacristán y los acompañantes del Viático.

Durante algún tiempo nada se oyó en el dormitorio; sin duda la moribunda estaba confesando; pero un cuarto de hora después, se oyó dentro la campanilla. Estrella cayó de rodillas con las manos cruzadas sobre el pecho; los asistentes se arrodillaron á su vez, y Yaye se arrodilló lentamente, y, aunque musulmán, rogó á Dios por la salvación de la moribunda; los dos monfies que habían quedado á la puerta, se arrodillaron también, imitando á su señor.

Y cuando todos estaban arrodillados, cuando todos oraban, cesó de repente la campanilla, se abrió la puerta, y el monago que había penetrado con el sacerdote, dijo con voz atiplada de niño de coro, y con la frialdad de quien está acostumbrado á tales situaciones:

—¡Señor licenciado Dávalos! ¡acudid, acudid pronto con la Extremaunción, que la enferma se muere!

—¡Mi madre! exclamó Estrella, y dió algunos pasos hacia el dormitorio; pero se detuvo, vaciló, y cayó desmayada entre los brazos de Yaye.

Media hora después, nadie quedaba en la casa del capitán Alvaro de Sedeño, á excepción de un cadáver de mujer.

Yaye había dado con sus monfies un golpe de mano; había trasladado, desmayada aún, en una litera, á Estrella, á la linda casa que le había buscado Harun, y había mandado retirar los monfies del subterráneo de la casa del capitán y de la calle de San Gregorio.

El criado de Alvaro de Sedeño, y las dos criadas, habían sido conducidos á la casa de Yaye, y encerrados en los sótanos.

Las huellas habían quedado borradas, y nadie hubiera creído que por aquella casa, donde solo quedaba la muerte, habían pasado los monfies.

CAPÍTULO XIV.

EN QUE SE SABE POR QUÉ HABIA DEJADO SU CASA EL CAPITÁN ESTROPEADO.

Retrocedamos un tanto á la madrugada del día anterior, en que el capitán Sedeño había salido de Granada en dirección á las Alpujarras.

Urgente debía ser el motivo que á ellas le llevaba, puesto que aguijaba su caballo todo cuanto podía correr el animal, sin cuidarse de si reventaría ó no.

Antes de llegar al Padul, entró en una venta, pronunció algunas palabras en árabe al oído del ventero, y le entregó el caballo; poco después el ventero sacó otro caballo enjaezado con los arneses del primero, montó el capitán, aunque cojo, con la misma facilidad que pudiera haberlo hecho

un hombre sano, y tomó de nuevo el camino con toda la rapidez de que era capaz su nueva cabalgadura.

Cuatro veces mudó de caballo en la misma forma, y antes de las ocho de la mañana, dejando á un lado la villa de Orgiva, tomó por la misma loma y por el mismo barranco que al principio de esta historia vimos tomar á Yaye y á Adb-el-Gewar.

Al llegar al bosque de pinos, lanzó un agudo silbido, y algunos monfies adelantaron.

Mostróles el capitán un pergamino enrollado, leído el cual por el walí que mandaba los monfies, le hizo desmontar, le vendó los ojos, le prestó su brazo para servirle de apoyo y de guía, y llevando otro de los monfies el caballo del diestro, se introdujeron en la selva; atravesaron estrechos y pendientes senderos, bajaron á un profundo barranco, treparon por entre las breñas á una gigantesca cueva, y cuando estuvieron dentro, el walí se llevó una pequeña corneta á los labios y dejó oír un toque particular.

Poco después se vió moverse una enorme roca, y dejar patente una puerta de hierro, abierta también.

Entraron el walí, el alférez y el monfi que llevaba el caballo, y la puerta volvió á cerrarse.

Allí imperaban ya las tinieblas: de trecho en trecho una linterna clavada en la pared de una ancha mina abovedada, determinaba una escasa luz: al pié de cada una de aquellas linternas y como centinela, se veía un monfi armado.

A pocos pasos que adelantaron en la mina, el monfi que conducía el caballo torció por una de las galerías que á trechos se veían á derecha é izquierda, y el walí y el alférez, continuaron solos la mina adelante.

Al fin de ella llegaron á un ensanchamiento octógono de muros y bóve-

da árabe de ladrillo agramilado, á cuyo frente se veía una puerta ornamentada, y delante de ella una numerosa guardia con ostentosos trajes musulmanes.

El walí que conducía al alférez habló algunas palabras con el walí de la guardia, é inmediatamente aquel abrió con una llave dorada la puerta, dando paso al walí y al capitán Sedeño.

La puerta volvió á cerrarse.

Entonces el walí quitó la venda al capitán.

Se encontraban ya en la parte maravillosa del alcázar subterráneo.

Era una magnífica galería sustentada por arcos calados sobre columnas de alabastro: bellísimas lámparas producían á través de sus velos de gasa una luz lánguida; cubría el pavimento una muelle alfombra; veíanse de trecho en trecho, é inmóviles como estatuas, esclavos negros, vestidos de púrpura, y era por último, aquella galería, el magnífico ingreso de un alcázar admirable.

Siguieron adelante, atravesando galerías y cámaras, hasta llegar á una, en cuya puerta hizo esperar el walí á Sedeño.

Poco después salió, y dijo al capitán:

—El poderoso Yuzuf, padre del elegido de Dios Muley Yaye-ebn-Al-Ahamar, emir de los monfies de las Alpujarras, te espera.

Alvaro de Sedeño entró en una ostentosa cámara, y se despojó respetuosamente de la gorra.

En aquella cámara, pensativo y triste, se paseaba un anciano, sencilla, aunque magestuosamente vestido.

Cualquiera al verle con su blanca toca revuelta á la cabeza, su caftan negro y su ancho y flotante albornoz blanco, le hubiera tomado por un patriarca de los antiguos tiempos.

Alvaro de Sedeño adelantó cojeando, y dijo á cierta distancia del anciano:

—Que Dios el Altísimo y Único, te guarde, poderoso Yuzuf.

El anciano se detuvo, y miró de una manera profunda y severa á Sedeño.

—¿Qué quieres? le dijo.

—Vengo á verte, poderoso Yuzuf, impelido por muchas razones.

—Siéntate, le dijo el anciano, señalándole un diván.

Sedeño se sentó: Yuzuf se sentó junto á él.

—¿Hay en los aposentos cercanos alguien que pueda oírnos? dijo el capitán:

—Cuál de los míos, dijo con autoridad Yuzuf, se atrevería á exponer su cabeza por satisfacer sus oídos?

—Puesto que nadie más que tú puede escucharme, dijo el capitán, escuchame, emir.

Yuzuf tomó una activa actitud de atención, y el capitán Sedeño empezó de esta manera:

—Será preciso que me otorgues algún tiempo y alguna paciencia, señor: necesito recordarte cosas que tú parece haber olvidado.

Frunció el cano entrecejo Yuzuf.

—Nada tiene de extraño, que tú, en medio de los cuidados que te cercan, continuó el capitán, olvides los asuntos de un hombre como yo, que comparado contigo en fuerza y en grandeza, soy lo que sería un grano de arena comparado con una roca; por lo mismo reclamo tu indulgencia para mis palabras.

—Al asunto, al asunto, Sedeño, dijo Yuzuf con impaciencia; graves pensamientos me ocupan, y solo me he prestado á escucharte, suponiendo que te traía á mi algún empeño de gran interés.

—Vuelvo á reclamar tu indulgen-

cia, señor, y procuraré ser todo lo breve posible.

Hace cuarenta años, cabalmente los de la edad que tengo, que un matrimonio castellano, fué asesinado entre las breñas de las Alpujarras. El era un soldado hidalgo que iba al pueblo de Orgiva; ella una hermosa jóven de las montañas de Santander: la mujer, cuando fué asesinada, llevaba entre sus brazos un niño. Aquel niño era yo. Los asesinos de mi padre, fueron los monfíes de las Alpujarras.

—Tu padre era enemigo nuestro; un hombre cruel como tú, que perseguía encarnizadamente á los monfíes, y por el cual muchos de ellos perecieron ahorcados en las plazas públicas.

—Bien: comprendo que en mi padre matárais un enemigo; pero mi madre.....

—Los cristianos esclavizan, azotan acuchillan y queman á las moriscas, exclamó sombríamente Yuzuf.

—El delito de otro no disculpa el delito propio, contestó con energía Sedeño.

—Y sin embargo, tú eres un hombre cubierto de delitos.

—No importa eso. Yo extermino á mis enemigos cuando puedo, y procuro satisfacer mis deseos, ni más ni menos que tú, como todo el que se siente con fuerzas y medios para obrar. Pero volviendo á mi historia: el puñal de los asesinos que no se había detenido ni ante el valor del padre, ni ante la hermosura ni las lágrimas de la madre, y que ciertamente no se hubiera detenido ante la debilidad del hijo, fué contenido por un hombre generoso y valiente: aquel hombre era tu padre, emir entonces de los monfíes.

Envióme misteriosamente á la justicia de Orgiva, es decir, hizo que sus gentes me depositasen una noche en la puerta de la iglesia de la villa,

con este papel puesto entre sus ropas.

El alférez sacó una cartera, y de aquella cartera un papel tosco y amarillento.

«Corregidor de Orgiva, decía aquel papel: ahí te dejamos al hijo del alférez Pedro de Sedeño, el cruel, á quien hemos dado muerte en castigo de sus crueldades. Su mujer ha sido muerta también por lo que se gozaba en los sufrimientos, en el martirio de nuestras mujeres. Hemos perdonado al inocente, y te entregamos ese niño. Criale con esmero, para lo cual encontrarás todos los meses una cantidad bajo la puerta de tu casa. ¡Y ay de tí si ese niño no recibe la crianza de un hidalgo!—Los monfies.»

—Ya ves, que si mi padre hizo morir á los tuyos, cumpliéndolo estrictamente con la justicia, te aceptó por hijo..

—Yo he pagado en tí á tu padre mi deuda; he sido un servidor leal; he vertido mi sangre por vosotros, enemigo de mi Dios y de mi rey; yo cristiano y honrado por el rey.

—Sigue, sigue, y concluye.

—Hace quince años, cuando yo tenía veinte y cinco, fui acometido un día en que me entretenía en cazar en la montaña, por un crecido número de monfies: sin herirme, sin maltratarme, me rodearon, se apoderaron de mí, me vendaron los ojos, y asíéndome de un brazo, me condujeron á este mismo sitio. Entonces te conocí. Yuzuf, me dijiste que tu padre te había encargado que velases por mí, y que cuando llegase á cierta edad, me propusieses si quería pertenecer á vuestro bando; yo sabía demasiado que todo lo que era, las galas que vestía, las armas que llevaba, el oro que guardaba en mis bolsillos, pertenecía á un protector generoso y desconocido. Yo le había concebido grande y fuerte, y ansiaba conocerle; cuando

entré en este subterráneo, cuando te vi delante de mí, todo lo que me rodeaba me deslumbró. Tú entonces, me revelaste la parte que yo ignoraba de mi historia, y me propusiste el que te sirviera de espía entre los cristianos, y en cuanto estuviese á mi alcance y tú me exigieses. Yo era agradecido, á más de agradecido ambicioso; sabía que mis padres habían muerto fatalmente, y que tu padre me había salvado; yo no sé si debí rechazar todo lo que viñese de los hombres que habían teñido sus puñales en la sangre de mis padres; acaso debí preferir una vida oscura á las riquezas y al poder que de repente habías desplegado delante de mis ojos; pero, en fin, bien ó mal hecho, juré servirte y te he servido.

—Yo en cambio te he pagado espléndidamente: te compré una plaza de capitán...

—Es verdad; me compraste una plaza de capitán en los tercios del reino y costa de Granada: tú tenías tus proyectos y yo te serví tan bien, te avisé tan á tiempo de cuantas expediciones de soldados salían contra nosotros, que por mi causa blanquean millares de huesos de soldados cristianos, muertos por los monfies en las profundas ramblas de las Alpujarras.

—Por cada cabeza de cristiano, has recibido un precio Sedeño.

—Es verdad, y no me quejo; pero déjame continuar. Decía, pues, que lo importante de los servicios, que te prestaba, te impulsaron á emplearme en mayores empresas. Acababa de conquistar un hidalgo extremeño, Hernán Cortés, con un puñado de aventureros, un rico y poderoso imperio más allá de los mares. Decíase que en aquel imperio abundaban las perlas y las piedras preciosas, y que en el centro de sus desiertos había una montaña de oro. Tú necesitabas mucho dinero para llevar adelante tus

proyectos de reconquista sobre Granada, y volviste tu pensamiento á Méjico, á aquel imperio conquistado, donde, según fama, el oro y las riquezas se encontraban por todas partes. Tú fuiste uno de los innumerables ambiciosos que extendiste tus garras hambrientas hácia las Indias, ese nuevo mundo, que debía cubrir con su oro los andrajos del mundo viejo. Tenías confianza en mí; te convenía un castellano conocido ya bajo las banderas del rey de España, mucho mejor que uno de tus walies, para tus proyectos: entonces me compraste una compañía, por mejor decir, me diste dinero para comprar la licencia para reclutarla en las Alpujarras, y para ir á servir con ella en las Indias. Como el dinero todo lo alcanza, tuve la licencia para reclutar en las villas de las Alpujarras la gente: tu mismo escogiste entre los más feroces, los más valientes de tus monfies, cien demonios que debían llevar la desolación á Méjico, y asegurarte de mi fidelidad. Hace doce años que me embarqué con mi gente ó por mejor decir, con la tuya: en tres años que permanecí en Méjico antes de recibir las heridas que me imposibilitaron para las fatigas de la guerra, uno tras otro monfí, tornó á España trayendo para tí un tesoro.

—Es verdad.

—Ya lo creo. Desdichada la provincia rebelde donde entraba la compañía del capitán Sedeño: desdichada la tribu del desierto que se oponía á su paso. Las cabañas eran incendiadas, los hombres pasados á cuchillo, las mujeres cautivadas, y si á algún cacique se concedía la vida, solo era á trueque de cantidades inmensas, de tesoros que atravesaban los mares, llegaban á España, y venían á sepultarse en tu subterráneo de las Alpujarras. No puedes negar, Yuzuf, que te he servido bien, que me debes mu-

cho, y que tengo derecho á que me protejas.

—Y bien, ¿cuándo te he negado mi protección?

—Nunca, es verdad; pero ahora la necesito de nuevo, y creo que me va á ser difícil obtenerla.

—Pide.

—Antes de llegar á mi petición, es necesario que prosiga mi historia. Hace diez años, estaba de adelantado por el rey, sobre la frontera del desierto mejicano, uno de los señores más nobles, ricos y poderosos de España; se llamaba don Juan de Cárdenas, y era grande de España, bajo el título de duque de la Jarilla. Trabé conocimiento con él, por razón de hallarme con mi compañía sobre la frontera, y muy pronto nuestro conocimiento se trocó en amistad. Frecuentaba su casa, comía comunmente á su mesa, y era recibido por él en lo más reservado, y allí donde no entraban otras personas que su servidumbre.

En una de estas habitaciones interiores había un retrete, donde pasaba el duque la mayor parte del tiempo, y donde me había recibido muchas veces. En las paredes de aquel retrete no había más que un solo cuadro, pero aquel cuadro, encerrado dentro de un magnífico marco, estaba cubierto por un tapiz negro. Esta singularidad llamó extraordinariamente mi atención desde el momento en que reparé en ella; al fin un día, sin meditar si era ó no indiscreto, vencido por mi curiosidad, pregunté al duque la razón por la cual estaba tan lúgubramente velado aquel cuadro.

Los ojos del duque se llenaron de lágrimas.

—Mirad, me dijo, y comprended la razón de su luto y de la tristeza que me devora.

Y levantándose, descorrió el tapiz y me dejó ver el retrato de una dama como de diez y seis años, tan hermo-

sa, que no pudo menos de enamórrame.

—Esa, era, me dijo, doña Inés, mi hija única.

—¡Ha muerto! exclamé con sentimiento; porque me había interesado sobremanera aquel retrato.

—Sí, debe de haber muerto, me contestó. Me la arrebataron los idólatras en una sorpresa hace doce años; Calpuc, el terrible Calpuc, el rey del desierto. Debe haber muerto, sí; porque ella habrá preferido la muerte á la deshonra.

El duque volvió á correr el tapiz, se enjugó las lágrimas, y yo me abstuve de hablar más sobre aquel asunto.

Pero desde aquel día, un proyecto audaz, en que tenía tanta parte el deseo que me había inspirado doña Inés de Cárdenas, como la ambición de llegar á ser rico y poderoso por medio de un servicio hecho al duque, me impulsó á una empresa difícil, arriesgada, en la cual se podían contar cien probabilidades de muerte por una de triunfo. Mi proyecto consistía en penetrar en aquellos desiertos erizados de montañas; en aquellas interminables sábanas de arena, en aquellos mares de flores y verdura, que se llaman praderas, y en aquellas selvas bravías, que cubren con su sombra centenares de leguas: buscar en aquella inmensidad á su rey, al terrible Calpuc, y si vivía doña Inés arrebatarla. Este era un proyecto que por su grandeza halagaba á mi orgullo, y para el cual sólo contaba con el indomable valor de los cien monfies que formaban mi compañía de arcabuceros.

Una mañana al amanecer, sin avisar á nadie, sin pedir licencia al Adelantado, sin decir á mi gente á donde la conducía, pasé con ella la frontera y me interné en el desierto.

Cruzábase cada día á mi paso in-

mensas turbas de mejicanos armados: nos acometían, y cada combate empeñado era para nosotros un triunfo fácil, al que nos llevaban, la codicia á mis soldados, á mi mi ambicioso empeño: las aldeas, ya estuviesen sobre la cumbre de una montaña, ya en el centro de una pradera, ya en las entrañas de las selvas, eran arrasadas é incendiadas, los hombres muertos, las mujeres violadas y muertas también, para que no nos embarazasen; nuestros indios de carga y los esclavos á quienes dejábamos la vida para que condujesen las riquezas que arrebatábamos á los vencidos, marchaban entre nosotros agobiados con el peso del oro y de las piedras preciosas.

Los bosques eran incendiados por nosotros y nos precedía un torbellino de fuego; de en medio de aquel círculo inflamado, salían con la rabia de la desesperación, y nos acometían llenos de sed de venganza los indios: nosotros apagábamos con su sangre los ardientes troncos que encontrábamos sobre nuestro camino, y seguíamos adelante, como una tempestad, ébrios de riquezas y de sangre. Habíamos atravesado ya inmensas praderas, profundos y bramadores torrentes, selvas que solo habíamos podido hacer accesibles por medio del fuego, y habíamos penetrado, después de atravesar una barrera de montañas, en una extensa comarca extremadamente fértil y deleitosa; al bajar por las montañas habíamos visto inmensas poblaciones, en medio de las fértiles vegas, y acá y allá antiguos monumentos, que demostraban que aquella comarca hacía centenares de años que estaba poblada.

Aquella era una provincia no descubierta aún por los españoles, porque nadie se había atrevido á penetrar donde nosotros habíamos penetrado.

En medio de aquella comarca extensa, sobre la llanura engalanada con su verdor, sus corrientes y sus árboles, descubrimos un objeto que nos hizo arrojar un grito de insensata alegría; era una montaña que relucía á los rayos del sol de una manera deslumbrante: aquella era sin duda la famosa montaña de oro, que había llevado á tantos ambiciosos á la Nueva España.

Ya no hubo medio de contener el paso de los monfies; precipitaron por las vertientes sobre la llanura, con la fuerza de la tempestad: las primeras poblaciones que encontramos fueron llevadas á sangre y fuego, y en vano el rey de aquel nuevo imperio, al que no habían podido proteger de nosotros sus triples barreras de arenales, bosques y montañas, había reunido lo más fuerte, lo más valiente de los suyos, para salirnos al encuentro: una y otra vez el rey del desierto, Calpuc, se había visto obligado á retirarse con enormes pérdidas hacia la montaña dorada, que venía á ser para los monfies una enseña enloquecedora que triplicaba su valor y sus fuerzas, y les hacía ejecutar hazañas increíbles por lo maravillosas.

Ni uno solo de los míos había muerto: acobardados los mejicanos por la pujanza española, nos cedían siempre el campo á las primeras descargas de mosquetería, y sus flechas envenenadas se embotaban en los colchados de que mi gente iba provista: al fin Calpuc se vió obligado á encerrarse en la población que le servía de corte.

Era esta pequeña, pero de buena apariencia; defendíala una pared de piedra, con saeteras, y sobre aquella especie de muro, se veía únicamente descollar la casa real y el templo piramidal, sobre cuya cúspide, según la horrible costumbre de los mejicanos, se veían pñestos en palos una

horrible fila de cráneos humanos. Más allá, al poniente de la ciudad, como á unas cuatro leguas de distancia, se veía la montaña dorada, y á lo lejos las extensas praderas y las azules rocas del Oeste.

Podía decirse que aterrada toda la población de la comarca, había abandonado sus habitaciones y se había refugiado en la ciudad de Calpuc: franco nuestro camino, aterrados los naturales, que no osaban venir ya en nuestra busca, fué imposible de todo punto contener la codicia de los monfies, cuyo único afán era llegar cuanto antes á la montaña de oro.

Un año habíamos invertido en penetrar hasta aquel punto desde las fronteras del desierto; un año durante el cual, todos los días nos habían presentado un combate, una matanza y un rico botín: nos habíamos visto obligados á dejar atrás numerosas riquezas por falta de brazos que las condujesen, y veíamos al fin, mis soldados la montaña de oro, yo la ciudad de Calpuc donde, sin duda, si vivía, debía habitar doña Inés de Cárdenas, la hermosa hija del duque de la Jarilla, á quien no había podido olvidar desde que ví su retrato.

Aquella mujer á pesar de que no la conocía, sino por medio de una pintura, había logrado interesar mi corazón y mi cabeza de una manera profunda. Yo ansiaba para mi amor su hermosura, para mi engrandecimiento su mano. Era de presumir que salvándola yo de los idólatras, su padre no se negaría á dármele por esposa, y que el duque no tendría hijos á causa del estado de su salud, gastada en una vida de continuas disipaciones: podía, pues, llegar á ser, por medio de doña Inés, uno de los grandes más grandes de España, á cuya grandeza debían prestar un brillo y un poder inmensos, los tesoros que yo

pensaba aportar de la India á España.

Urgíame, pues, sobre todo, acometer la ciudad de Calpuc, apoderarme de ella y buscar á doña Inés: un presentimiento tenaz me decía que estaba allí, y algunas veces al ver sobre los terrados de la casa real dos mujeres vestidas de blanco, á quienes acompañaba un solo hombre, y que parecían mirar con interés al campo que habíamos levantado delante de la ciudad, yo me decía: una de aquellas dos mujeres debe ser doña Inés.

En vano pretendí llevar á mis soldados contra la ciudad: la vista cercana de la montaña dorada les fascinaba: al fin un día se me presentaron en abierta rebelión, y me fué necesario marchar al frente de ellos, dejando á uno de mis costados la ciudad, hácia el codiciado tesoro.

Pero á medida que nos acercábamos á la montaña esta cambiaba sinó de forma, de color: empezábamos á ver el color natural de la tierra entre la cual multitud de cuerpos brillantes destellaban los rayos del sol: al fin una noche en que la luna llena despedía una luz clarísima, la montaña cambió de aspecto: entonces parecía de plata.

Los monfíes comenzaron á desconfiar de su portentoso hallazgo, y yo sabía ya á qué atenerme: aquella montaña que á larga distancia parecía de oro, herida por los rayos del sol, y de plata, cuando la iluminaba la luna, no era otra cosa que una cantera de pizarras brillantes.

Sin embargo los monfíes quisieron llegar hasta ella, y solo cuando tuvieron en sus manos aquellas piedras engañosas, se convencieron de que si querían oro, era necesario buscarlo donde le habíamos encontrado hasta entonces: en las casas y en los templos de los indios.

Volviéronse, pues, los deseos de

todos á la ciudad de Calpuc: en ella, como he dicho antes, se habían refugiado, llevando cuanto poseían, todos los habitantes de la comarca: debíamos, pues, esperar un botín riquísimo, y nos encaminamos decididamente á la población.

Pero antes de llegar á ella, nos salió al encuentro una embajada del senado: aterrados con nuestros continuos triunfos, los indios preferían un avenimiento. Esto convenía perfectamente á mis proyectos, porque en paz mejor que en guerra, podría esperar el descubrimiento de doña Inés. Exigí como primera condición, y según costumbre, porque la religión era el antifaz con que cubrían su codicia los españoles, que el templo idólatra se convirtiese en templo cristiano; que en vez del monstruoso simulacro de oro macizo que adoraban los indios, se colocase sobre un altar un crucifijo de madera; que se sepultasen en los cráneos humanos que servían de trofeo al templo, y que, para evitar que aquel culto abominable se reprodujese, me entregasen el ídolo, y las alhajas del culto.

Con asombro mío los embajadores, en vez de negarse, asintieron á mi propuesta en nombre de su rey Calpuc, y del mismo modo consintieron en entregarme un fuerte tributo por cada uno de los habitantes de la ciudad; exigí, además, para mi seguridad y la de mi gente, que el rey viniese entre nosotros y entrase á mi lado en la ciudad, y que se entregasen á mis soldados el templo y las habitaciones de los sacerdotes.

Convino la entrada en la ciudad para el día siguiente, y en él, á la hora convenida, se me presentó Calpuc, el terrible rey del desierto, con algunos de su magnates, y á pié, en contraposición de los caciques que hasta entonces había conocido, y que se hacían conducir en andas cubiertas

de oro, sobre los hombros de sus esclavos.

Maravillóme también que Calpuc llevase un trago puramente castellano, un birrete de brocado bordado con piedras preciosas, y únicamente, como distintivo de su dignidad, un manto de una tela fabricada con plumas. Los demás de su acompañamiento llevaban también algunas prendas castellanas: quién una gorra, quién un jubón ó unos gregüescos, ó simplemente unas botas. Esto me demostró que se me temía y se me adulaba, y me confirmó en esta idea. Las inequívocas muestras de distinción que desde el primer momento me dispensó Calpuc; dióme la mano, á usanza de Castilla, y, lo que más me maravilló, me significó en buen castellano, aunque con un tanto de acento extranjero, lo dispuesto que estaba á mantener conmigo una amistad duradera, siempre que yo me prestase á razonables condiciones.

Después nos encaminamos juntos á la ciudad, yendo Calpuc á mi derecha y entre las filas de mis arcabuceros, y detrás los pocos caciques que le habían acompañado, la mayor parte de los cuales mostraban en sus semblantes el temor y la desconfianza.

Durante el corto trecho que anduvimos hasta llegar á la ciudad, el rey me dijo que se habían cumplido mis deseos respecto al templo, y que las habitaciones de los sacerdotes situadas á su alrededor, estaban ya dispuestas para aposentar á mis soldados.

En efecto, se veía desde el campo que los cráneos humanos, que el día anterior coronaban la parte más alta del templo, habían desaparecido, y en su lugar ví en cien astas de madera, banderolas de todos colores en señal de agasajo y alegría.

Era necesario desconfiar de este aspecto y de esta docilidad, atendido

el respeto y la adoración que los indios profesan á sus ídolos: era necesario estar preparados para rechazar una asechanza, y mis alféreces y sargentos, prevenidos por mí, habían hecho que los montíes llevasen los arcabuces preparados y las mechas encendidas.

Cuando llegamos á una de las entradas de la ciudad, en la cual, para evitar yo el peligro de marchar á la desfilada por los estrechos callejones de todas las entradas de las poblaciones indias, había pedido que se abriera una brecha, lo que se había efectuado; al entrar por aquella brecha, nos salieron al encuentro una multitud de músicos á manera de juglares, con tambores, que batían á compás, y gran número de hermosas bailarinas que nos precedieron tocando y danzando hasta el templo, en el cual penetramos por una alta gradería.

Al penetrar en el interior ví con asombro, que sobre el pedestal en que sin duda había estado el ídolo, se alzaba un magnífico crucifijo de talla, y que nos salían al encuentro tres ancianos revestidos, ni más ni menos que como los sacerdotes católicos y con los mismos ornamentos.

Calpuc me indicó entonces el altar y me dijo.

—He ahí el Redentor del mundo, inclinad vuestra cabeza, capitán, y adoradle, puesto que os ha permitido llegar sano y salvo hasta estas apartadas regiones en medio de tantos peligros.

El acento de Calpuc era el de un cristiano lleno de fé, lo que aumentó mi admiración: prosternéme ante el altar, prosternáronse mis soldados, y únicamente el rey y sus magnates quedaron de pié, aunque en una actitud respetuosa, á un lado del templo.

Inmediatamente se celebró una misa; después de ella el más anciano de

los sacerdotes, me dirigió una corta plática en que enaltecía el valor y la fe que me habían llevado á aquellas remotas regiones, para extender en ellas el conocimiento de la divina verdad, y arrancar del error á aquellos infelices idólatras.

Después de esto, mi compañía se aposentó en las habitaciones que estaban alrededor del templo, desde las cuales dominaban á la población, y Calpuc me llevó consigo á su casa, á cuya puerta despidió á sus magnates y en la que penetró solo conmigo.

Aquella casa, que podía llamarse palacio, era de piedra, de un solo piso, y en el interior estaba revestida de maderas olorosas y ricas telas tejidas de plumas, oro y plata. Los pavimentos y los techos eran de cedro, y todo allí, con arreglo á las costumbres de los indios, era régio y maravilloso.

Calpuc me condujo por sí mismo, á través de muchos patios y habitaciones, y al fin, en lo más retirado de su palacio, se detuvo delante de una ensambladura, donde ni aún resquicio de puerta se notaba.

—Vais á entrar, me dijo, con acento grave y lleno de autoridad, donde solo han entrado hasta ahora, mi esposa, mi hija y esos tres sacerdotes cristianos que acaban de presentaros el santo sacrificio de la misa. Todo esto os parecerá extraño y maravilloso, y en efecto lo es. Por lo mismo espero que vos, obrando con la fe y el sigilo que cuando es necesario debe obrar un caballero, guardaréis un profundo secreto de cuanto vais á ver y á oír.

Prometiselo, y entonces Calpuc oprimió un resorte oculto y nos encontramos en una habitación alhajada enteramente al estilo de España: atravesamos algunas otras iguales, y al fin, Calpuc abrió una puerta, y me introdujo en una capilla ú oratorio á

cuyo frente había un altar y otro á cada costado.

En el centro no había imagen alguna, en el de la derecha se veía una imagen de talla de la Virgen de los Dolores, y en el de la izquierda otra de San Juan Evangelista; á los pies del altar de la Virgen había arrodilladas dos mujeres, que se levantaron sobresaltadas al notar mi presencia y se dirigieron á una puerta situada á la izquierda del altar del centro.

—Esperad y nada temáis, dijo Calpuc dirigiéndose á ellas: este caballero es mi amigo.

Las dos mujeres se detuvieron, se volvieron y adelantaron hácia nosotros, saludándome, una de ellas, con suma cortesanía. Necesité hacer un poderoso esfuerzo sobre mí mismo, para contener mi conmoción. La dama que tenía delante, y que parecía contar veinte y ocho años, maravillosamente hermosa, y vestida con un sencillo trage blanco, era el original del retrato que había visto en casa del duque de la Jarilla; era, en fin, doña Inés de Cárdenas, su hija.

La que la acompañaba y me había parecido mujer por su estatura, era una niña como de nueve años, maravillosamente hermosa también; pero en cuyo semblante se veía el color dorado de la raza mejicana, los negriscos ojos que son tan comunes entre las indias, y el cabello profuso, rizado y brillante, que tanto encanto presta á su hermosura. Doña Isabel me miraba con curiosidad, y su hija, que indudablemente lo era, puesto que había heredado sus mismas formas, su misma hermosura, me miraba con un temor intintivo.

—¿Venís de España, caballero? me dijo doña Inés en excelente castellano.

—Hace un año señora, la contesté con la mayor naturalidad, que he atravesado la frontera del desierto por orden de su adelantado don Juan

de Cárdenas, duque de la Jarilla.

Noté que doña Inés se ponía sumamente pálida, y que Calpuc plegaba levemente el entrecejo.

—Este caballero es nuestro huésped, dijo Calpuc á doña Inés, que me saludó de nuevo, me hizo algunos cumplidos y se retiró llevando la niña de la mano.

Quedamos solos Calpuc y yo.

Necesitamos hablar á solas, me dijo, y comprendernos; tened la bondad de seguirme caballero.

Y por otra puerta, situada á la derecha del altar, me llevó, atravesando algunas habitaciones, á otra donde se encerró conmigo.

Noté que la disposición de Calpuc hacia mí había cambiado.

—Sentáos, me dijo, y cubriós capitán: estáis enteramente en vuestra casa: quiero que me tratéis con franqueza y que me respondáis lisa y llanamente á lo que voy á preguntaros. ¿Cuánto tiempo hace que habéis atravesado la frontera?

—Un año poco más ó menos, le contesté.

—¿Y decís que el adelantado de la frontera os ha mandado penetrar en el desierto donde nadie hasta vos se ha atrevido á entrar?

—Sí señor, le contesté.

—¿Y cuáles eran las instrucciones que traíais? repuso mirándome fijamente.

—Las de reducir á la obediencia á los rebeldes que habían negado el vasallaje á S. M. el gran emperador nuestro amo.

—Estáis en un error, capitán, y lo estaba el adelantado al llamar rebeldes á los moradores del desierto: esto no es exacto: los hombres que han preferido huir de las poblaciones conquistadas, para internarse en estas soledades, para venir á buscar estas otras poblaciones, desconocidas aun para los castellanos, no son rebeldes,

porque ellos no han reconocido otros señores que los que á falta de Motezuma han defendido la honra y la libertad de los mejicanos: todo consiste en que en Méjico les queda aún mucho que conquistar á los españoles, en que en sus interminables soledades, en sus gigantescos bosques, en sus inmensas florestas, viven y vivirán siempre hombres, que prefieren la fatiga y la guerra á la paz de la servidumbre bajo la tiranía del conquistador. No os llaméis rebeldes, capitán; la rebeldía es un crimen de que no me siento capaz; si alguna vez Calpuc jura fidelidad al emperador don Carlos, será su más fiel vasallo.

—En buen hora, contesté, que no seáis rebelde, pero el emperador, mi amo, es bastante fuerte para conquistaros y os conquista: ya podéis juzgar: cien hombres solos han sido bastantes para penetrar hasta el interior del desierto y dictaros condiciones.

Yo había aventurado mis últimas palabras para probar el temple de alma de Calpuc, y noté que las había escuchado con un altivo desprecio: en vez de irritarle yo, él me había irritado á mí.

—Lo que demuestra, dijo el anciano Yuzuf, interrumpiendo al capitán, que el rey de aquellas gentes valía infinitamente más que tú.

—Librete Dios, emir dijo profundamente el capitán, de verte frente á frente de Calpuc. Ese hombre tiene alma de demonio.

—No, yo creo que ese hombre tiene un alma valiente, que resiste con una fuerza prodigiosa á la adversidad; pero continúa, porque aunque he oído contar esa misma historia á Calpuc, quiero oír á entrambas partes; él te acusa de asesino y de bandido, y si yo no te protegiera.....

Hizo un gesto de profundo desdén Sedefio y exclamó:

—Calpuc vive porque le proteges tú, emir; pero continuemos, que tiempo tendremos sobrado para llegar á ese asunto.

El aspecto de frialdad con que Calpuc había contestado á mi arrogancia, arrogancia á que me daban derecho cien victorias conseguidas contra aquellos bárbaros, sin perder un solo hombre, me contrarió.

—Habéis llegado hasta aquí, capitán, me dijo, porque Dios ha querido; porque Dios castiga en nosotros los pecados de nuestros padres y su ciega idolatría; Dios os ha enviado, no como la luz que alumbra, sino como la espada que hiere: sois un azote al que ha prestado Dios la fuerza de su brazo, y triunfáis porque es necesario, porque es preciso que triunféis: en una palabra, sois los verdugos de la justicia de Dios.

—Y sin duda para desarmar la cólera de Dios, le dije con marcada intención os habéis convertido al cristianismo.

—Me he convertido al cristianismo porque Dios ha querido que me convierta, me contestó con la gravedad peculiar á los indios.

—¿Y por qué si sois cristiano, resistís á las armas del emperador?

—¡Qué! ¿acaso vuestro emperador ha nacido para esclavizar al mundo entero? contestó con desdén Calpuc.

—El gran emperador y rey don Carlos V es el monarca más grande de la tierra.

—Su grandeza es un crimen continuado, contestó Calpuc; pero dejemos vanas disputas. ¿A qué habéis venido aquí?

—Ya os lo he dicho: á conquistar tierras á mi amo el emperador, y á extender la fé de Jesucristo.

—Por ahí debíais haber empezado; pero la fé de Jesucristo no se extiende por medio del incendio, de la matanza de la, impueteza del robo y de

todo género de delitos: el que quiera extender la fé de Jesucristo debe de ser un apóstol y encadenar las almas por el ejemplo de su virtud y por la sabiduría de su palabra. Y si Dios os ha traído hasta estas remotas tierras, no ha sido por la gloria de su nombre; vosotros sois indignos de enaltecerla; os ha enviado como un castigo, y vosotros no peleáis con el valor del león, excitados por la fé, sino por la sed de oro; habéis llegado hasta aquí atraídos por la fama de la montaña dorada, y os habéis encontrado con una roca de cristal. Si vuestros soldados hubieran sabido esto, no hubieran sido tan audaces. Para encontrar botín en abundancia, no es necesario penetrar en el desierto; si en vez de estar la montaña dorada después de esta ciudad, hubiese estado más allá, no hubiérais pasado adelante. Sea como quiera, ¿cuanto oro será necesario para que nos dejéis en paz?

—Todo el oro que tenéis, todas las riquezas que atesoráis pertenecen á mi amo el emperador, le contesté.

—En buen hora, dijo Calpuc; vuestro será el oro del templo; vuestras las riquezas que encierran las casas de la ciudad; pero no serán vuestros los tesoros ocultos por nosotros en las entrañas de la tierra; tesoros, en comparación de los cuales, nada es cuanto habéis robado ó podéis robar, porque nosotros sabemos donde están las minas de oro y los bancos de perlas y las rocas que encierran el diamante. Si vuestro objeto no es otro que el de acumular riquezas, hablad; poned precio á nuestra libertad, recibidlo y partid.

—Escuchad, le dije: hay un medio de conciliarlo todo: al entrar he visto una niña.

Púsose sumamente pálido Calpuc.

—Esa niña es mi hija, me contestó.

—Pues bien, dadme vuestra hija.

por esposa, y me quedo entre vosotros; os ayudo con mis invencibles soldados; fundamos un poderoso imperio al que no se atreverán á llegar los españoles y...

—¿Son esas vuestras últimas condiciones? dijo interrumpiéndome Calpuc.

—Decididamente.

—Pues bien, pensaré en ello. Entre tanto descansad; esta es vuestra habitación; no extrañéis si no me véis en algún tiempo, porque acaso me lo impedirán graves ocupaciones. Adios.

Y sin esperar mi contestación se perdió tras un tapiz.

Para mí todo lo que había visto y me había maravillado, el traje castellano de Calpuc, la pureza con que hablaba el castellano, la existencia de tres sacerdotes católicos en un país de idólatras, estaba explicado desde el momento en que encontré en el palacio del rey del desierto á la hija del duque.

Ella sin duda le había convertido, ella le había enseñado el habla castellana; su apóstol y su maestro había sido el amor.

Y nada tenía esto de extraño: doña Inés era una mujer bastante por sus encantos, por el poder de un no sé qué misterioso que se revelaba en ella, para convertir y enamorar á un dervis. Yo mismo comprendí que si doña Inés se empeñaba, á pesar de mis hábitos de bandido y de libertino, me convertiría.

Yo había ido por ella sola al interior del desierto, porque nunca había creído en la existencia de la montaña de oro, y porque, como decía muy bien Calpuc, para obtener grandes riquezas por medio del saqueo, no era necesario alejarse tanto de la frontera.

Yo había buscado al terrible Calpuc con un puñado de valientes, porque tenía indicios de que si doña Inés

vivía, debía estar en su poder.

La había encontrado de una manera maravillosa; pero si bien la ambición me había impulsado hácia ella, el amor y un amor violento había sustituido en mi alma el lugar de los pensamientos ambiciosos desde que la ví.

Mi demanda para esposa de la hija de Calpuc solo había sido un pretexto para acercarme á doña Inés.

Sin embargo, una inquietud mortal me devoraba; había cometido indudablemente una imprudencia en pronunciar ante Calpuc el nombre del duque de la Jarilla; Calpuc se había mostrado receloso conmigo y era de temer que ocultase de tal modo á doña Inés que no pudiese dar con ella.

Sirvieronme de comer al uso de los naturales, en la habitación que Calpuc me tenía designada, y después de comer se me presentó un indio que hablaba medianamente el castellano, y me participó que su señor le enviaba, para que, si yo quería, me sirviese de guía y de intérprete en la ciudad.

Aproveché sus servicios, salí del palacio por un postigo que estaba muy cerca de mi habitación, visité los alojamientos de mi tropa, á la que encontré disquesta á todo, y recorrí después la ciudad. Notaba que por todas partes se fijaban en mí miradas recelosas, que las mujeres se escondían á mi vista, y que los agoreros predicaban de una manera enérgica, á pesar de mi presencia, en el lenguaje bárbaro de los sacerdotes indios, en medio de una multitud cabizbaja y silenciosa.

Algunos de estos agoreros, señalaban con rabia la cruz que había aparecido sobre el templo, y por sus gestos y violentos ademanes, podía comprenderse que excitaban á los indios á la insurrección.

Cuando ya cerca de la noche me

volví al palacio de Calpuc, y entré en mi habitación por el mismo postigo por donde había salido, noté que la ciudad había quedado entregada á una agitación sorda y amenazadora.

Ya había indicado yo á mis alféreces donde podrían encontrarme, yaunque mi situación era aislada y peligrosa. me llenó de alegría la idea de que una acometida por parte de los indios, me autorizaría para obrar sobre la ciudad como sobre pais conquistado.

Inmediatamente que entré me sirvieron la cena.

Después me dejaron solo.

No pasó mucho tiempo cuando percibí un ruido leve en una de las habitaciones inmediatas. Mi primer pensamiento fué la sospecha de que acaso pensaban sorprenderme y asesinar-me, y á todo evento esperé de pié en medio de la cámara.

Poco después se levantó el tapiz de una puerta y en vez de un asesino entró una niña. Una niña hermosa como un ángel.

La niña se puso sonriendo uno de sus pequeños dedos sobre su pequetísima boca, y acercándose á mí me dijo con una hechicera confianza:

—Señor español, mi madre, que es española como vos, desea hablaros; pero para ello será necesario que me sigais sin hacer ruido; muy quedito y muy en silencio.

Despojéme de mis espuelas, y como no era de presumir que Calpuc se valesse de su hija para tenderme un lazo, me limité á llevar por única arma mi daga, que aún conservaba en la cintura; si por acaso no la hubiese tenido, hubiese seguido á Estrella, que así se llamaba la niña, enteramente desarmado; hacer otra cosa hubiera sido demostrar desconfianza ó miedo, y esto ofendía mi orgullo.

Estrella me asió de una mano, me sacó de la cámara, y me llevó á oscu-

ras por un laberinto de corredores y habitaciones. Al fin entramos en un departamento donde se aspiraba un ambiente cargado de perfumes, lo que demostraba que ya estábamos en las habitaciones de doña Inés.

Al fin Estrella levantó un tapiz y entramos en una magnífica cámara, iluminada blandamente por una lámpara, en cuyo fondo, sobre almohadones de pluma, estaba sentada una mujer vestida de blanco.

Era doña Inés.

La media luz que iluminaba la cámara, los brillantes muebles que la alhajaban, el traje blanco de doña Inés, su cabellera negra, magníficamente agrupada en trenzas sobre su cabeza, la ardiente melancolía de su semblante, la ansiedad que se pintaba en su mirada, todo, todo, hacía de aquella mujer una tentación viviente.

Doña Inés besó á su hija en la boca, la dijo algunas palabras al oído, y la niña, haciendo una señal de inteligencia, atravesó leve como una pluma la cámara y se perdió detrás de una puerta.

—Dispensad, caballero, me dijo doña Inés con un acento ávido, opaco y profundamente melancólico; perdonad que ós haya molestado, y sentaos. Me habéis dicho que venís de España, que hace un año habéis penetrado en el desierto, y que ésto ha sido por orden de don Juan de Cárdenas, duque de la Jarilla, adelantado de España en la frontera.

Doña Inés pronunció todas estas palabras con una precipitación febril.

Esperé un momento á que dominase su conmoción, y la respondí:

—En efecto, señora, el adelantado de la frontera, ha premiado mis largos servicios al emperador, haciéndome la honra de encargarme....

—¿Y qué encargo es ese?

—Haced diez años los indios sorpren-

dieron al adelantado, y le robaron una hija adorada.

—¿Y el adelantado, no se ha acordado en diez años de buscar á su hija? dijo con cierto sarcasmo doña Inés.

—El adelantado, señora, ha enviado uno y otro capitán, uno y otro tercio al desierto; todos han perecido.

—¿Y sólo vos habéis podido llegar?.....

Doña Inés se detuvo:

—Sí, sí señora, la dije con audacia, yo sólo he tenido la fortuna de encontraros.

—¡De encontrarme! ¡pues qué! ¿creéis que yo soy la hija del adelantado? ¿es esa señora la única española que por las vicisitudes de la guerra ha venido á parar á poder de los indios?

—Yo, señora, la contesté, no hubiera aventurado ninguna expresión, si no estuviésemos seguro de que vos sois doña Inés de Cárdenas.

—¡Que estáis seguro de que soy yo.....!

—Sí, por cierto, porque os conozco.

—¡Que me conocéis.

—He visto vuestro retrato en casa de vuestro padre.

—Sin duda os engaña la memoria.

—Suele suceder que la memoria engañe; pero jamás engaña el corazón.

Doña Inés afectó no comprender el sentido directo y audaz de mis últimas palabras.

—El corazón se engaña también, me dijo con la mayor naturalidad; á quinientas leguas de distancia, cuando se han atravesado bosques y desiertos, y se han visto muchas mujeres... es fácil...

—Sí, eso es fácil para un indiferente, pero no para un hombre que ama.

Era ya el tiro tan directo que doña

Inés no pudo desentenderse y adoptó un aspecto severo.

—Si creéis que yo soy hija del duque de la Jarilla; si habéis comprendido la posición que ocupó en esta casa, por más que yo no sea la mujer que creéis, me haceis una grave ofensa.

—Perdonad, pero no conozco bien vuestra posición.

—¿Y qué posición puede ser la mía, teniendo una hija, sino la de esposa de un hombre que profesa mi misma religión, y que es más ilustre que yo, puesto que es rey de unos dominios tan extensos como los del emperador don Carlos?

—Dominios que sin embargo se conquistan con cien soldados castellanos.

—Así lo quiere Dios, y es justo que así sea, dijo doña Inés. Pero no os mostréis tan orgulloso; hasta ahora solo habéis tropezado con pequeños caciques á los que os ha sido fácil vencer: no habéis encontrado un solo guerrero: todas esas turbas que habéis vencido, son restos de tribus aterradas, desmembradas, que han huido á los desiertos, despoblando la parte conquistada por los españoles. Pero ahora os encontraréis en la primera ciudad de otro imperio fuerte y poderoso que no se ha aterrado todavía, y que está acostumbrado á vencer á los españoles. ¿No sabéis de boca del mismo adelantado de la opuesta frontera, que á pesar de sus murallas, de sus cañones y de sus soldados castellanos, los idólatras le arrebataron su hija de su mismo palacio?

—¡Oh! ¡al fin confesáis!...

—Me remito á lo que vos mismo me habéis referido.

—Pero os repito, doña Inés, que he visto vuestro retrato en la casa de vuestro padre, que no puedo desconocerlos, porque causásteis en mí una emoción profunda, y porque, en fin,

en nada habéis variado sino en haber acrecido en hermosura.

—¿Habéis hecho una campaña de quinientas leguas por mí, sólo por mí? dijo con un acento indefinible doña Inés.

—Vuestro padre...

—Mi padre, porque... sí, yo soy esa doña Inés que buscáis; mi padre ha tenido ocasión de saber de mí, ya enviando un indio de paz, ya por otros mil medios. No, no; mi padre me ha maldecido sin duda; mi padre ha renegado de su hija.

—Vuestro padre os cree muerta, señora; vuestro retrato está cubierto con un velo negro.

Doña Inés se conmovió, surcaron los lágrimas sus blancas mejillas, y dijo con acento conmovido:

—Mi padre no podía creer que entre los idólatras hubiese un alma generosa, un gran corazón que me sirviese de amparo. Mi padre supuso y supuso con razón, que yo no podría sobrevivir á la esclavitud y al envilecimiento. Pero mi padre se ha engañado. Para ser completamente feliz, solo me falta respirar el aire de la patria, y vivir entre cristianos.

—¡Ah! ¡sois feliz!

—Cuanto puedo serlo en una tierra extraña habitada por idólatras. Si esto os maravilla, prestadme un tanto de atención y cesará vuestro asombro.

Mi padre os habrá referido cómo le fui arrebatada: los indios nos sorprendieron, pasaron á cuchillo á los españoles, y su rey penetró en nuestra casa y en mi cámara, en el momento en que la mano brutal de un salvaje me había arrancado de mi reclinatorio, donde pedía á Dios misericordia, y arrastrándome por los cabellos, levantaba sobre mí su hacha.

El valiente Calpuc me arrancó de las manos del terrible guerrero y para salvarme, me declaró su cautiva.

Todos respetaron á la cautiva del rey.

Después no recuerdo lo que sucedió; solo que cuando torné en mí, me encontré en un lecho portátil, conducido por cuatro indios, en medio de un ejército innumerable de salvajes que marchaban por ásperos y horribles desfiladeros.

Durante muchos días, hicimos pacíficamente el camino que vos, sin duda, habéis hecho, dejando á vuestras espaldas la muerte, la desolación, y el incendio: al fin llegamos á esta ciudad, y fui trasladada á este mismo palacio.

Durante el camino, mis ojos habían buscado en vano al jóven guerrero que me había librado de una muerte horrorosa. Un impulso de gratitud y un sentimiento que no podía explicarme me hacían pensar en él. Algunos días después de haber llegado á este palacio, me atreví á preguntar á las esclavas que me asistían, por el rey de aquella tierra.

Entonces un anciano sacerdote que había sido cautivado en la misma ocasión en que yo lo había sido, se me presentó y me dijo que el jóven rey del desierto, Calpuc, había ido á reprimir la insurrección de una de las tribus; díjome asimismo, que conmigo, además de él, habían sido libertados de la muerte otros dos sacerdotes cristianos y algunos soldados y mujeres castellanas.

—Ignoro la suerte que nos está reservada hija mía, añadió: creo que este rey es humano y generoso; pero en todo caso, antes que faltar á la virtud y á la fé de Jesucristo, es preferible el martirio.

Algunos días después, se me presentó el mismo Calpuc.

Era muy jóven, y ya le conocéis; y podéis comprender que posee dotes para hacerse amar. Yo no había pensado en que podría amarle; este pen-

samiento me hubiera llenado de terror: mis creencias, mi educación, mi altivez, todo se oponía en mí á este pensamiento, y sin embargo, ya os he dicho, que el recuerdo de aquel jóven que me había salvado, me inspiraba un sentimiento misterioso que no podía explicarme, que yo no creía que pudiese ser amor, y que atribuía á gratitud.

Fuése que por hacerse entender de mí, Calpuc hubiese procurado aprender el habla castellana, fuese que conociese algunas de sus palabras por la continua guerra contra los españoles, me hizo entender, aunque á duras penas, en nuestra primera vista, que nada tenía que temer, y que si me había llevado consigo á sus dominios, solo había sido por no dejarme expuesta á mil peligros.

Desde entonces todos los días me hacía una corta visita.

Lentamente el jóven indio fué comprendiendo mejor el castellano; al fin á los seis meses, se hacía entender perfectamente.

Yo también había comprendido lo que mi corazón no había podido ocultarme, esto es, que amaba al rey del desierto. Le amaba, sí, pero jamás le revelé mi amor, ni con una mirada, ni con una demostración de alegría á su llegada, llegada que yo ansiaba, para dar en el fondo de mi alma una expansión á mi amor.

Calpuc, por su parte, me trataba con el mayor respeto y con una indiferencia perfectamente afectada; pero ¿qué mujer no conoce si es amada ó no por un hombre á quien ve todos los días?

Sabía, pues, que le amaba y que era amada; pero estaba resuelta á morir antes que á pertenecer á un idólatra.

Pero nuestra mútua posición debía ser más íntima y más difícil; debía llegar un día en que viviésemos con-

tinuamente juntos, en que comiésemos en un mismo plato, en que hiciésemos una vida común.

Aun no habían pasado seis meses, desde que había sido arrebatada á mi padre, cuando un día se me presentó Calpuc pálido y trémulo.

—Es necesario que seas mi esposa, castellana, me dijo, y que adores á nuestros dioses.

—Jamás! le contesté; jamás seré la esposa de un idólatra, ni me prosternaré ante el ara horrible que se riega con sangre humana.

—Escúchame, Inés, dijo Calpuc, sentándose á mi lado: los agoreros han dicho al pueblo, que una mujer que vive en mi palacio, me envuelve en la tentación y en la impureza; que esa mujer causará la completa ruina de los restos del imperio mejicano, y que, para aplacar á los dioses, es necesario que esa mujer sea entregada á los sacerdotes y sacrificada ante el altar.

El horror de esta terrible perspectiva me hizo estremecer.

—Y no es esto solo: los agoreros dicen que es necesario para asegurar la suerte del imperio, que sean sacrificados también tus hermanos de religión y de patria que han sido cautivados contigo.

—Pero tú eres el rey de esa gente, le dije.

—Mi poder, me contestó Calpuc, nada puede contra el poder de los sacerdotes. No hay otro medio para tí que ser mi esposa, y adorar á nuestros dioses, ni otro medio tampoco de salvar á esos infelices, si nó se prosternan ante nuestros altares.

—Pues antes que eso, ellos y yo, preferimos el martirio.

—Escúchame, Inés, me dijo Calpuc con acento profundamente conmovido, y asiéndome una mano, yo te amo.

Era la primera palabra, y la pri-

mera mirada de amor que se atrevía á dirigirme Calpuc.

—¿Y por qué me amáis, conociendo que yo no había de sucumbir á vuestros amores? ¿Pretendéis aterrorizarme para que consienta en ser vuestra esposa?

—No, no: dijo dulcemente Calpuc; yo solo quiero salvarte.

—Pero mi salvación es imposible.

—¿Y por qué?

—Porque jamás renegaré de mi Dios.

Calpuc observó si podía ser escuchado de alguien, y luego llevándose á un ángulo retirado de la cámara donde nos encontramos me dijo:

—Yo no quiero que mueras.

Me miró de una manera apasionada durante un momento, y luego continuó.

—Si tú murieras, Calpuc se convertiría en el más feroz de los hombres.

—Pues bien, sé rey fuerte y poderoso.

—Y dime, ¿qué harían los españoles, si su emperador les mandase ofender al Dios de sus padres, y desobedecer á sus sacerdotes?

—¿Los españoles...? los españoles destituirían, exterminarían al emperador.

—¿Y por qué no habían de hacer lo mismo los mejicanos con un rey que les mandase arrojar por tierra los altares de sus padres?

—Pero los españoles adoran al verdadero Dios, y vosotros adoráis á Belial.

—La oración de mi madre resuena en los oídos de los guerreros de mi nación, cristiana, como la de tus abuelos resuena en los oídos de los tuyos. No te obligaré yo á que abandonés á tu Dios...

—Y me exiges que reniegue de él.

—No, solo te pido que engañes á los hombres.

—¡Cómo!

—Guarda en tu corazón tus dioses; pero arrodíllate, para que mis sacerdotes dejen de aborrecerte, arrodíllate ante los nuestros.

—¡No, nunca!...

—¿Y la vida de esos desdichados? ¿y mi vida?

Calpuc se arrojó á mis pies.

—Es necesario que te resuelvas; continuó; no se pondrá el sol tras las montañas azules, sin que los sacerdotes me pidan una respuesta. Es necesario que la hermosa virgen se salve, y escucha: si no me amas no serás mi esposa, sino para los hombres, que se alimentan con lo que ven y con lo que oyen: Calpuc no se acercará á la virgen de su amor, sino para tenderse á sus pies y guardar su sueño. Calpuc amará á su hermana, pero es necesario que su hermana le llame esposo; es necesario que todos la crean esposa del rey, para que ninguno se atreva á pensar en matarla: ¡ah! si mi hermana muriera, Calpuc se convertiría en un tigre.

Los ojos del joven salvaje centelleaban, y un amor inmenso se exhalaba por ellos: pero un amor tan respetuoso, tan sublime como ardiente.

Yo, aunque aterrada por la horrosa suerte que me amenazaba, me sostuve sin vacilar en mi resolución, y Calpuc desesperado llamó al más anciano de los tres sacerdotes cristianos.

Este consintió en persuadirme al fingimiento que de mí se exigía, pero con una condición solemne: exigió á Calpuc que se convirtiera al cristianismo.

—Nuestros dioses se alimentan con sangre humana, dijo profundamente Calpuc; nuestros sacerdotes son unos malvados, que vuelven en su provecho la fe de mis hermanos; muchas veces he pensado en que un dios de muerte y de sangre, no es el dios que

ha criado el sol, que es tan beneficioso, ni la luna que es tan bella, ni la tierra que es tan fértil, ni el mar que es tan grande, ni ese abismo tan azul, donde brillan innumerables los luceros. Mi padre que era un sabio y un justo me había dicho, estos sacrificios humanos nos traerán al fin la maldición de Dios. Por allí, por donde sale el sol tan resplandeciente, vendrán unos guerreros formidables que nos traerán, sobre mares de fuego y sangre, en castigo de nuestras culpas, otro Dios más benéfico. Yo escucho todavía la voz de mi padre. Calpuc, ha querido conocer á Dios, y los agoreros no han sabido mostrárselo. ¿Se lo mostrarás tu, anciano?

El licenciado Vadillo, que así se llamaba el sacerdote, aprovechó la buena disposición de Calpuc, y me decidió á que, para causar un gran bien, me prestase á unas formas externas, que en nada podían ofender á Dios, puesto que conocia la pureza de nuestras intenciones.

Imponderable fué la alegría de Calpuc cuando supo que yo consentía en cuanto era necesario hacer para que los sacerdotes idólatras renunciasen, ó por mejor decir, no pensasen en sacrificarnos.

Algunos días después era yo la esposa de Calpuc.

Esposa para el pueblo; hermana para él.

Lentamente el licenciado Vadillo y yo fuimos labrando la fé cristiana en el alma de Calpuc. Al fin un día, el día más hermoso de mi vida, el licenciado Vadillo bautizó á Calpuc en secreto, y en secreto también nos desposó con arreglo al rito de la Iglesia católica.

Entonces no fui ya la hermana, sino la mujer de Calpuc.

Un año después el cielo había bendecido nuestra unión dándonos á Estrella á mi hermosa Estrella.

Una capilla, la misma que habéis visto, fabricada por españoles, que habían venido á fuerza de oro, y construida con el mayor recato, había abierto para nosotros el fecundo manantial de vida de la oración y de las prácticas religiosas. Habréis reparado que habéis sido introducido por una puerta secreta en esta parte del palacio; que todas las habitaciones están iluminadas por ventanas abiertas en el techo; que nadie, en fin, puede sorprender lo que aquí suceda: el vulgo cree que estas habitaciones tan cerradas son las de las mujeres del rey, y nadie se atrevería á mirar ni á espiar el interior del sagrado recinto aunque le fuese posible. Mi esposa tiene adormida la suspicacia de los sacerdotes á fuerza de oro, y á fuerza de oro ha conseguido que no haya un solo sacrificio humano, á pretexto de que los sacerdotes dicen al pueblo, que los dioses están contentos y que no hay necesidad de aplacar su cólera con sangre. Los cráneos humanos que veríais ayer sobre el templo eran antiguos.

—Pues mucho me temo, dije interrumpiendo á doña Inés, que tanta felicidad no sea turbada por vuestra causa.

—¿Por mi causa? dijo doña Inés.

—Si por cierto, porque vos sois la que me habéis traído aquí al frente de mis soldados.

—¿Y qué desgracia nos puede acontecer?

—Nuestros soldados han entrado triunfantes en la ciudad.

—Pero ha sido porque hemos hecho creer á los habitantes que tras vosotros venía un formidable ejército; ha sido porque yo no he querido que se vierta sangre de cristianos; porque deseo, en fin, que haya un acomodamiento entre los conquistadores y los naturales, y á propósito de ello quería hablar con el capitán de la bande-

ra española que se había presentado delante de nosotros.

—No me ha dicho lo mismo vuestro noble esposo, señora la repliqué.

—¿Ha hablado con vos mi esposo?

—Sí, me ha ofrecido tesoros porque me vuelva con mi gente á la lejana frontera:

—Eso consiste en que habéis cometido la imprudencia de nombrar á mi padre delante de mí.

—Pero en fin, señora, ¿á qué habremos de atenernos?

—Es necesario obrar y obrar pronto. Es necesario que marchéis, llevando á mi padre un mensaje que yo os daré para él.

—¡Partir! ¡partir, cuando se han hecho quinientas leguas y se han dado cien batallas por encontraros!

—Vuestra gente está perdida en la ciudad: solo por el temor de verse amonados, dominados por un formidable ejército, han podido los naturales consentir en que se celebren las ceremonias de otra religión en el templo de sus falsos dioses: si mañana no aparece, como es imposible que aparezca, ese soñado ejército, innumerables ídoltras embestirán á vuestras gentes, las sofocarán por su número y las sacrificarán á sus dioses, á fin de aplacarlos por la, para ellos, terrible profanación que se ha efectuado hoy en el templo; creedme, caballero, creedme; voy á hacer que busquen á mi esposo, á fin de que tratemos acerca de lo que conviene hacer, á propósito de establecer una buena inteligencia entre los españoles y los naturales, y esta noche partiréis..... ó si no partís seréis sacrificado..... lo que me pesaría sobremediana.

—Pues os repito, señora, que habéis acudido tarde, á no ser que lo que me proponéis sea una discreta industria para alejarme con mi gente.

—Os juro que nada hay en mis pa-

labras doble ni artificioso; si no os alejáis sois gente perdida.

—Pues creo que eso lo hemos de ver muy pronto, dije aplicando el oído, porque me pareció haber escuchado un disparo de arcabuz.

En efecto, no me había engañado; poco después, y partiendo del templo, retumbaba sobre la ciudad un cerrado fuego de mosquetería: oíanse distintamente los gritos tumultuosos de los ídoltras, y dentro del mismo palacio se dejaba oír una animación terrible.

Estrella se presentó pálida en la cámara y se arrojó en los brazos de su madre, que se había levantado y fijaba en mí, que me había levantado también, una mirada fija y terrible.

—¿Qué significa esto, caballero? me preguntó.

—Esto significa que las gentes de la ciudad han acometido á mi gente, que, como es natural, se defiende. Por mi parte os juro que nada sé de esto, y que me pesa; pero lo tenía previsto.

—Pues bien, no saldréis de aquí, caballero, dijo una voz á la puerta.

Aquella voz era la de Calpuc, que se presentaba, no con el traje español con que se había presentado aquel día ante nosotros, sino con sus ostentosas vestiduras de rey mejicano, armado con un hacha corta y reluciente.

—¡Ah! ¡me habéis tendido un lazo! exclamé; ¡me habéis asegurado en vuestra casa, creyendo que mis gentes sin su capitán serían más fácilmente vencidas! Pero os habéis engañado: lo he previsto todo; no tardarán en llegar aquí mis soldados.

—¡Ah! ¡lo habíais previsto todo! dijo sombríamente Calpuc: ¡habéis venido no á extender la religión de Cristo, sino á robarme mi esposa! El duque de la Jarilla os envía, y contábais demasiado fácilmente con el logro de

vuestra empresa. Os habéis engañado capitán: habéis venido á morir á mis manos como un traidor.

Y adelantó hacia mí.

Yo desnudé mi daga, única arma de que, por imprevisión, estaba provisto: doña Inés se interpuso.

—No, no, exclamó: no vertamos más sangre que la necesaria para defender nuestros hogares.

—Nuestros hogares están acometidos é incendiados, exclamó con rabia Calpuc, y este miserable renegado, que blasfemaba la religión de Cristo, va á morir á mis manos.

Y rechazó con fuerza á su mujer.

Trabóse poco después una lucha desigual: yo solo tenía mi daga: el rey del desierto era valiente, vigoroso y ágil, y se defendía con las armas de que iba cubierto, de mis golpes. Para defenderme de los suyos me veía obligado á retroceder; oía ya cerca, muy cerca, los gritos y los disparos de arcabuz de mis soldados; un resplandor rojizo se veía al fondo en las habitaciones, por la puerta que habia dejado libre Calpuc: pero yo no podía ganar aquella puerta: las mujeres, asustadas, habian huido por otra; habíamos quedado solos el indio y yo: él estrechándome, yo retrocediendo: al fin me alcanzó un hachazo en el brazo izquierdo, luego otro en el rostro. Caí, la sangre me cegó, el vértigo se apoderó de mí: sentí diferentes golpes de hacha en el cuerpo, y perdí los sentidos.

Calpuc me dejó tal como me ves ahora, con un costurón en el rostro, con una manga sin brazo, y con una pata de palo, á más de otras heridas profundamente señaladas en el resto de mi cuerpo.

Aquella negra aventura dió ocasión á que me llamasen mis compañeros primero y después todos los soldados de los tercias ea que he servido, el capitán estropeado.

Debes tener también en cuenta, que en tu servicio he recibido estas heridas, ó por mejor decir, he perdido el agradable aspecto que antes tenía mi semblante; un brazo y una pierna: no debes olvidar esto, Yuzuf.

—¿Te mandé yo que penetrases en el interior de los desiertos de Méjico? dijo con desdén Yuzuf: si te llevaron á ellos tus vicios, esto es, tu lujuria y tu codicia, tuya, y sola tuya es la culpa: no en mi servicio, sino en el tuyo fuiste estropeado.

—Sí, es cierto en alguna parte lo que dices; pero ten en cuenta, Yuzuf, que tú habías apurado los tesoros de tu padre: que la contribución que te pagaban las Alpujarras, no bastaba para alimentar á tus monfíes, ni para sostener tu decoro de emir: que tú, como el emperador don Carlos, y como los aventureros y golillas españoles, habías pensado en América, en ese rico tesoro encontrado más allá de los mares por Cristóbal Colón: que para procurarte riquezas fué únicamente para lo que me compraste una compañía, y me diste ciento de los tuyos: que si no hubiera sido por tí, yo no hubiera ido á Méjico, no hubiera conocido al duque de la Jarilla, no hubiera visto el retrato de su hija, y no hubiera pasado de la frontera, donde, sin gran peligro y trabajo, se alcanzaban ricas presas. Recuerda, en fin, que en seis años que estuve por allá, llené tus arcas de oro para mucho tiempo.

—Y dime: ¿á quien debes tu salvación en tu descabellada excursión por el desierto sino á mis monfíes?

—Es cierto: pero eso no quita el que te haya servido fielmente, y el que estés obligado á darme ayuda.

—Si me has servido fielmente, es porque te tenía sujeto: porque á tu lado y como aféreces tuyos, iban hombres que no te hubieran permitido que me hicieses traición: si hubie-

ras podido, no me hubieras enviado ni un solo marco de oro: nada tengo que agradecerte, eres mi esclavo. Pero continúa, y sepamos á dónde vas á parar con tu extraño relato.

—Cuando volví en mí, me encontré dentro de una cabaña en el centro de un bosque; estaba en un lecho de pieles de búfalo, y enteramente solo: era de noche: una lámpara de hierro puesta sobre una piedra, alumbraba la cabaña: junto á mí, tendido en el suelo, y echada la cabeza sobre el lecho, dormía un hombre, y únicamente sus fuertes ronquidos interrumpían el profundo silencio que reinaba.

Yo estaba vendado, dolorido, débil: por el momento, nada percibi más que en conjunto: después pasé de la observación de los objetos exteriores á mí mismo, y me aterró: me faltaban un brazo y una pierna; el conocimiento de esta falta me hizo arrojar un grito de terror; á aquel grito, el hombre que dormía junto á mí despertó: era uno de mis alféreces; uno de tus monfies.

Esto me tranquilizó un tanto; al menos no estaba en poder de los idólatras: no debía temer el ser sacrificado á sus horribles ídolos. Sin duda estaba en medio de mis gentes, puesto que el alférez se mostraba completamente armado.

—Gracias á Dios, me dijo, que al fin habéis tornado en vos, capitán: tres días habéis estado como muerto.

—¿Y dónde nos hallamos?

—A muchas leguas de la ciudad de ese perro idólatra, en cuyo palacio os encontramos casi hecho pedazos.

—¿Y qué ha sido de ese hombre?

—Logró escapar de nuestras manos; reunió su gente en número considerable, y nos obligó á retirarnos de la ciudad.

—Pero no nos ha perseguido, puesto que estamos en reposo, y debe estar muy lejos el peligro, porque dor-

mais profundamente, alférez, cuando yo he vuelto en mí.

—Perdonad, capitán, me dijo, si he podido dormir: hace tres días con sus noches que no dormimos: pero eso no quiere decir que no haya peligro: por el contrario, tenemos al otro lado del bosque el campo de los idólatras, y nuestras postas (centinelas) están al frente de ellos. Tres días hemos venido retirándonos, conteniendo una infinita muchedumbre con el fuego de nuestra mosquetería, sin cesar de andar, llevándoos delante de nosotros en un lecho cubierto. Aquí fué necesario cortaros una pierna y un brazo, y para hacer esta operación, nos fué forzoso detenernos y sostener un reñido combate: en él hemos perdido diez hombres.

—¿Y las mujeres? dijo con ansiedad.

—Las mujeres y la presa la hemos mantenido constantemente en medio de nosotros, y aún nos hemos visto obligados á perder la menor parte del botín.

—Y entre esas mujeres, ¿viene por acaso la esposa y la hija del rey Calpuc?

—Sí señor,

—Supongo que esas mujeres se habrán respetado.

—Ninguno de vuestros soldados, capitán, se hubiera atrevido á tocar á la presa antes de que vos la hubiéseis repartido.

—¿Y quién me ha curado?

—El médico judío que nos acompaña desde las Alpujarras.

—¿Y qué dice el médico acerca de mi vida?

—Después de haberos cortado la pierna y el brazo, y de haberos examinado las heridas de la cabeza, nos aseguró que os quedaban muchos años de vida; pero... ¿no oís, capitán?

Habia resonado á lo lejos un disparo de arcabuz, al que siguieron ins-

tantáneamente algunas descargas. Poco después, el fuego se extendió á la redonda, se acercó y estrechó alrededor de la cabaña donde yo me encontraba.

—Los idólatras han acometido el campo, exclamó el aférez, y nunca como ahora nos han cercado: quiera Dios que no nos exterminen esta noche.

—Esperad, le dije: ¿no me habeis dicho que están entre nosotros la hija y la esposa del rey Calpuc?

—Sí por cierto.

—Hacedlas venir al momento.

El alférez salió, y poco después entró con la madre y la hija.

Doña Inés venía pálida, grave; pero altiva, con el mismo traje con que la había visto tres días antes: á no ser por los pasos que dió en la cabaña al entrar en ella, se la hubiera podido creer una estátua.

Su hija, Estrella, inmóvil también, abrazada á la cintura de doña Inés, pálida y trémula, fijaba en mí una mirada llena de terror; el alférez estaba detrás de ellas impasible, como si no se tratara de una mujer tan hermosa como doña Inés, y una niña tan semejante á un ángel como Estrella.

—Doña Inés, le dije: las circunstancias en que nos encontramos harán que no extrañeis la resolución que voy á tomar para salvar á mi gente.

—Comprendo la resolución que tomaréis, me dijo con acento glacial doña Inés, y bien, estoy resuelta: perderemos todos.

—¿Y vuestra hija? exclamé con acento profundo.

Noté que doña Inés temblaba, que la niña palidecía aun más, y que pugnaba en vano por contener sus lágrimas.

—Ved lo que haceis doña Inés, le dije: vuestro padre tiene indisputables derechos á recobraros por el honor de su familia, y prescindiendo de eso, vos teneis un deber sagrado de proteger á

vuestra hija. ¿No os causa horror solo el pensar en verensangrentada á vuestros piés á esa hermosa criatura?

Estrella lanzó un grito de terror, se asió más á su madre, y rompió á llorar á gritos.

Doña Inés me llamó infame.

—Y doña Inés tenía mucha razón para llamártelo, dijo Yuzuf.

—Yo no sé si he sido infame, dijo secamente el capitán. Lo que es, que por doña Inés hubiera arrostrado la condenación de mi alma. Déjame continuar Yuzuf.

—Continúa en buen hora, pero procura abreviar, porque tu cuento se ha hecho ya muy largo, y me aquejan otros cuidados.

—No; es preciso que sepas cuánto he sufrido, cuánto he hecho por el amor de esa mujer, para que comprendas cuánto puedo hacer todavía.

—Signe, sigue.

—Si doña Inés hubiera sido mi única prisionera, hubiera arrostrado por todo y los indios nos hubieran exterminado; pero doña Inés no se atrevió, no tuvo valor para sacrificar consigo á su hija, y su amor de madre nos salvó. Escribió una carta para su esposo, en que le hacía presente su horrible situación y la de su hija: decía, que su padre el duque de la Jarrilla me había enviado para arrancarla de su poder, del mismo modo que él la había arrebatado de la frontera en otro tiempo; que nada tenía que temer de mí, que todo se reducía á volver al seno de su familia. Doña Inés, en fin, mintió y se valió de su buen ingenio para aterrar á su marido. Uno de nuestros soldados atravesó el fuego, y fué á llevar al rey del desierto la carta de su esposa.

Inmediatamente cesó el combate, y se entró en capitulaciones.

Calpuc exigió que se le entregasen los demás cautivos hombres y mujeres, y la presa, y juramento por mí

parte de entregar sanas y salvas, sin ofensa en su honor, su esposa y su hija al duque de la Jarilla.

Cuando tus monfies, Yuzuf, supieron que para que se retirasen los idólatras era necesario entregar la presa, quisieron continuar el combate á todo trance, á pesar de que contra cada monfí había mil enemigos. Hay que confesar que tus monfies son muy valientes, y que á duras penas conseguí que entregasen la presa.

Sólo doña Inés y Estrella quedaron en mi poder.

Calpuc, que había comprendido que si bien le era fácil exterminarnos, atendiendo á que mi gente estaba sin capitán y á que era infinitamente inferior en número á la suya, el destruirnos era sentenciar á morir á su esposa y á su hija, quiso mejor que estando vivas, le quedase la esperanza de recobrarlas algún día. Yo había contado con esto, y no había contado mal. Antes del amanecer se habían retirado los idólatras al otro lado del bosque, y pudimos continuar nuestro camino. Pero la mitad de la compañía había quedado muerta sobre el campo.

Como me había dicho en nuestra primera entrevista doña Inés, hasta que habíamos entrado en los dominios de Calpuc, no habíamos encontrado gentes formidables: nuestros triunfos habían sido fáciles hasta entonces, y así es que cuando desandamos el camino que habíamos llevado hasta la ciudad de Calpuc, vencimos con facilidad á algunas tribus salvajes que nos salieron al encuentro. Pero no pudimos hacer una sola presa y llegamos á la frontera tan pobres como un año antes habíamos partido de ella.

Los monfies estaban desalentados. Solo yo había conseguido mi objeto; pero á medias. Traía conmigo á doña Inés; pero me dejaba allá en el centro del desierto, un brazo y una pierna, y el hacha de Calpuc, cruzan-

do mi cara, me había desfigurado completamente.

Además, mis proyectos de ambición habían fracasado. Yo no podía ser esposo de doña Inés, porque doña Inés estaba casada.

A pesar de que el duque de la Jarilla había dejado el adelantamiento de la frontera, no me atreví á entrar en la ciudad con doña Inés, que era muy conocida, y restablecido ya completamente de mis heridas, me dediqué á hacer la guerra de frontera como antes de mi expedición al desierto, llevando siempre conmigo á doña Inés.

Llegó al fin un día, en que, subyugadas de nuevo las provincias rebeldes, los indios que no quisieron sujetarse al yugo se internaron en el desierto, donde no era posible perseguirlos sino con grandes ejércitos, y por último, no habiendo ya aldeas que quemar ni presas que hacer, me mandaste que volviese á España.

Yo temía volver á España con doña Inés, por la misma razón que no había entrado con ella en ninguna de las villas y ciudades de Nueva España: temía que algún amigo ó dendo de su padre la conociese. Te envié, pues, tu gente, y me quedé solo con doña Inés y Estrella, como esclavas.

Dudé al embarcarme con ellas para Europa á donde me dirigiría: en Flandes y en Italia me exponía á dar con un tropiezo, porque en aquellos países abundan los españoles. Difícil era encontrar un punto en Europa donde los españoles no sentasen su planta. Me decidí, pues, por Grecia.

En el archipiélago he vivido algunos años. Me hice construir una casa á las orillas del mar, en Chipre, y compré una almadia. Yo necesitaba oro, y me hice pirata. ¿Qué quieres? Yo necesitaba ejercitarme en algo. Cuando volvía de mis excursiones cargado de oro y cubierto de sangre,

gozaba entre los brazos de doña Inés....

—¡Cómo! ¿doña Inés fué tan miserable que al fin manchó su fe, amándote? exclamó con severidad Yuzuf.

—Recuerda emir que doña Inés tiene una hija.

—¡Ah!

—Como se había sacrificado la esposa, se sacrificó la madre. Doña Inés luchó largo tiempo y fué preciso para que sucumbiese que yo la amenazase con separarla de su hija. Estrella era mi esclava y podía venderla. ¿Comprendes ahora que doña Inés pudiera ser mía, y hasta que para no irritarme fingiese que me amaba?

—Comprendo que eres un infame, Sedeño, y que Calpuc ha tenido y tiene mucha razón para pedirme tu cabeza.

—¡Eh! yo no sé si he sido infame ó no: lo que sé es que doña Inés podía haber sido muy feliz conmigo, si hubiera sido menos testaruda. Al fin, lo hecho está hecho. La obstinación de doña Inés me ha obligado á tratarla con crueldad. No es mía la culpa. ¿Acaso la amé yo porque quise? Si no con su hermosura, con un no sé qué misterioso, que me enloquecía, me obligó á amarla. Era necesario que yo ó ella nos sacrificásemos, y entre los dos sacrificios elegí el suyo. Esto es muy natural. Además me había costado muy cara para que yo renunciase á ella: me había costado una expedición al desierto en que expuse mi vida en cien combates, y por último un brazo y una pierna. ¿Cómo querías que yo renunciase á doña Inés?

—Continúa.

—Ya te he dicho que doña Inés solo se doblegaba á mis deseos por el temor de perder á su hija. Pero yo no podía engañarme: me aborrecía con toda su alma, y este aborrecimiento, que no podía ocultarme, me irritaba

y mi irritación era siempre fatal para ella: de día en día iba desapareciendo su hermosura, y su palidez enfermiza, su demacración, la aguda enfermedad de pecho que la aflige, la tornaron al fin desconocida, fea, flaca, cuando apenas contaba treinta y cinco años. Entre tanto Estrella crecía cada día más hermosa, y me enamoré de Estrella.

—¿Después de haber sacrificado á la madre, querías sacrificar á la hija? exclamó con indignación Yuzuf. ¿Y te atreves á confesarme sin rubor tales infamias?

—¿Qué quieres Yuzuf? Son cosas del corazón. Yo siempre me he dejado llevar de mi corazón, y bueno es que sepas cuanto me interesan esas mujeres, para que comprendas hasta qué punto me dejaré llevar antes de consentir en que nadie me las arrebate. Además, tú no tienes por qué extrañarte de nada. ¿Acaso tú al frente de tus monfies no has incendiado villas y llevado á sangre los viejos, las mujeres y los niños?

—Son gente de la raza maldita; son cristianos, son los enemigos de mi pueblo: los que se gozan en nuestro sufrimiento, en las crueldades que se apuran con los moriscos. Entre los cristianos y nosotros, no puede haber más que sangre y fuego.

—Resulta que tú eres cruel con los cristianos por venganza, y que yo soy cruel con estas dos mujeres, porque la una y la otra me han enamorado: exigencias del corazón, Yuzuf. Pero necesito concluir. El estado en que se encontraba doña Inés, y los años que habían transcurrido desde que fué robada á su padre, me aseguraban de que no pudiese ser reconocida, si por un azar lograba verla alguien burlando mi vigilancia. Deseaba volver á España, y hace un año que volví á las Alpujarras y me puse de nuevo en inteligencia contigo. Volví á ser capitán

del presidio de Andarax, espía de los cristianos en servicio tuyo, y ya sabes cuan bien te he servido durante este año.

—Por lo mismo he hecho jurar á Calpuc que no tocará tu cabeza mientras yo no se lo permita.

—Sí, sí, todo esto es cierto. Pero también es cierto que hubieras hecho mucho mejor en dejarle morir á manos de la justicia que le había preso por intento de asesinato contra mí, que en librarle de la cárcel y protegerle, contentándote solo con exigirle juramento de que no atentaría á mi vida. Mejor hubieras hecho en castigar al monfi, que habiendo sido hecho cautivo por las gentes de Calpuc en el desierto, le ha servido de guía hasta las Alpujarras. Pero ¡ya se vé! Calpuc es muy rico y te habrá comprado tu protección.

—Concluyamos, Sedeño: ¿qué quieres de mí?

—Quiero que me permitas deshacerme de ese hombre.

—Yo no puedo ser el verdugo de un rey.

—¡De un rey de bárbaros, cuyo trono está al otro lado de los mares!

—Sea como quiera, Sedeño, las desgracias de Calpuc le hacen merecedor de una protección mayor que la que yo le he dispensado; en conciencia yo debía haberte dejado entregado á él...

—¡Entregado á Calpuc! ¿crees tú que si Calpuc no estuviera protegido por tí, por tí, que tienes demasiadas pruebas para entregarme al rey y á la inquisición, ya que no quisieras destruirme por tu propio poder, ¿estaría vivo Calpuc?

—Calpuc te hará pedazos el día en que yo se lo permita.

—¡Oh! ¡oh! tú eres el que me tienes atado de piés y manos: en cuanto á Calpuc está tan resuelto á romper el juramento que te hizo de respetar mi vida, que me ha obligado á salir de

las Alpujarras, y hace algunos días que ronda mi casa en Granada.

—Eso prueba que respeta su juramento, lo que no impide el que pretenda rescatar su esposa y su hija.

—Pues cabalmente es necesario que eso no suceda.

—Obra como mejor puedas para guardar á esas mujeres: por lo demás, te anuncio que el día en que tenga un solo indicio de que has tendido una sola asechanza al rey del desierto, aquel día eres hombre muerto, Sedeño. ¿Qué? ¿no eres mi vasallo? ¿no me debes obediencia? ¿no eres, aunque de sangre cristiana, monfi, como cualquier otro de los míos? Si no fueras monfi, ¿poseerías las riquezas que posees?

—Veo que va á ser necesario que entremos en condiciones.

—¡Condiciones! ¡condiciones entre los dos! exclamó Yuzuf con impetu: ¿acaso eres más que mi esclavo?

—Siéntate, poderoso Yuzuf, y escucha: en la situación en que me encuentro me veo obligado á todo... y tengo de mi parte ciertas ventajas.

—¡Ventajas...!

—Sí, por cierto. Tú tenías un hijo.

—¡Que tenía yo un hijo!... ¿pues qué, Yaye ha muerto?

—Cuéntale por muerto, porque está en poder de Satanás, y si yo no te lo entrego...

—¡Cómo! ¿te habrás atrevido?

Aunque yo sea malo como el diablo, Yuzuf, no soy yo el que está apoderado de tu hijo. Es una mujer que hace mucho tiempo está enamorada de él.

—¡Una mujer! No te comprendo, Sedeño.

—Ni yo me explicaré más. Bástete saber que tu hijo está en poder de esa mujer, encerrado, cautivo..., que aunque esa mujer ha llegado á ser su querida, sabe demasiado que Yaye no

la ama, y será capaz de retenerle en su encierro ó de envenenarle, cuando no le pueda retener. Te juro que si yo no te ayudo, pierdes tu hijo, le pierdes, como yo perdí á mi padre.

—Pero yo puedo sujetarte al tormento.

—Moriré en él sin revelar una sola palabra. Bien sabes que soy valiente, Yuzuf.

El anciano se levantó, y se puso á pasear agitado, por la Cámara. Sabía demasiado que Sedeño era hombre á quien nada aterraba, y que habiéndose propuesto deshacerse de Calpuc, no cejaría en su empeño aunque emplease para dominarle todos los terrores, todos los dolores posibles.

Yuzuf era padre, amaba á Yaye de una manera exagerada, si es que puede haber exageración en el amor de un padre hacia su hijo. La pérdida de Yaye, la incertidumbre acerca de su suerte, había llenado de amargura el corazón del anciano, y había recibido un inmenso consuelo al saber por boca de Sedeño que su hijo vivía. Pero al mismo tiempo Sedeño se negaba á revelar el lugar donde se ocultaba su hijo, y le exigía en cambio una infamia.

Yuzuf, sin embargo, no tardó en decidirse; pero antes se había hecho el razonamiento siguiente:

—Calpuc me exige todos los días, á todas horas, con un empeño justísimo, que le releve del juramento de respetar la vida de ese infame; ese vil Sedeño me pide por su parte que le permita deshacerse de Calpuc; entre estos dos hombres existen razones bastantes para que quieran mutuamente exterminarse. Á mí, á mi pueblo conviene, que esos dos hombres vivan: Calpuc es riquísimo, sus tesoros son inagotables, y por odio á los españoles, me facilita medios para sostener mi ejército de monfies. Como yo, es rey de una raza proscrita,

vencida, amenazada por la cólera de los castellanos. Calpuc es mi igual, mi aliado natural. Por otra parte, Sedeño me sirve bien: es un excelente espía; vende á los castellanos en mi provecho, y acaso podríamos deberle un día una sorpresa sobre Granada, sobre nuestra querida ciudad. Estos dos hombres son preciosos para mí. Pero mi hijo es antes que todo. Si Sedeño me revela el lugar donde se encuentra, le permitiré que obre contra Calpuc, y del mismo modo permitiré á Calpuc que obre contra Sedeño. El resultado será verme privado de la ayuda de uno de estos dos hombres, ó acaso de la de los dos. Pero mi hijo... mi hijo... sí, es preciso de todo punto... mi hijo antes que todo.

Y se detuvo, y se volvió resuelta-mente á Sedeño.

—¿No has tenido tú parte, directa ni indirectamente, en la prisión de Yaye? la dijo.

—Ya te he dicho que Yaye está en poder de una mujer.

—Respóndeme de una manera decidida.

—Nada he tenido ni tengo que ver en la prisión de tu hijo.

—Pues bien; revélame el lugar donde se encuentra, y los medios de salvarle, y te permito que hagas lo que puedas contra Calpuc.

—¿Hasta matarle?

—Te dejo libre del juramento de respetar su vida.

—Pues bien; solo me falta una condición para señalarte el lugar donde tu hijo se encuentra.

—¡Otra condición!

—Sí, poderoso Yuzuf, las duras circunstancias en que me encuentro me han obligado á ofenderte. Prométeme, por tu fe de emir, de creyente y de caballero, que me perdonarás, y que no me negarás tu confianza, como no me la has negado hasta ahora. He aquí mi última condición.

—Dame á mi hijo, y te lo prometo todo.

—¿Nada tendré que temer de tí?

—Nada.

—Pues bien; tu hijo Yaye, está encerrado en un subterráneo de la casa de don Diego de Válór, y en poder de su esposa doña Elvira, que hace mucho tiempo que le ama.

—¿En casa de don Diego de Córdoba y de Válór?

—Sí por cierto.

—¿Y cómo sabes tú eso, dijo con recelo Yuzuf, cuando no han podido averiguarlo Abd-el-Gewar, ni los monfies que yo he enviado á Granada en demanda de Yaye?

—Escucha Yuzuf: tú recordarás que yo, para estar en inteligencia oculta con don Diego, sin que pudiesen conocerlo los cristianos, compré una casa contigua á la de don Diego en el Albaicín. Estas dos casas se comunican por una mina.

—¡Ah! exclamó Yuzuf, para quien el recuerdo de Sedeño fué un rayo de luz.

—Bien; pues en esa mina hay algunos aposentos. Hace algunos días, ignorante yo de que don Diego había salido de Granada, y teniendo que darle algunas noticias importantes para que te las trasmitiese, bajé á la mina, y al acercarme á uno de los aposentos de que te he hablado, oí dos voces que hablaban apasionadamente: era la una de mujer, la otra de hombre, hablaban de amores: en la mujer reconocí á doña Elvira, la esposa de don Diego: por lo que escuché, supe que el hombre era Yaye, tu hijo. Sabía que tú le buscabas y que no le encontrabas, y esto me llenó de alegría, porque me dije: yo daré al emir su hijo, y el emir en cambio me dará la vida de Calpuc.

—¿Y doña Elvira es amante de Yaye? preguntó con repugnancia Yuzuf.

—Sí, sí por cierto, y parece que se aman mucho.

—¡Ah! silencio, silencio; don Diego anda libremente por esta parte del alcázar, y pudiera oírnos, dijo Yuzuf con cuidado.

En aquel momento se oyeron pasos y poco después se abrió una puerta y entró don Diego.

Yuzuf le miró de una manera profunda, pero nada vió en don Diego que demostrase que había oído las últimas palabras del capitán; estaba tranquilo, su paso era seguro, y su mirada descuidada.

—¡Ah! dijo deteniéndose, apenas había dado algunos pasos en la cámara, perdonad si he sido indiscreto sin saberlo: pensaba que estabas solo, Yuzuf.

—No, don Diego, no estoy solo; hace algunos momentos que me ocupo de una conversación interesante con el capitán Sedeño.

—Sí, sí por cierto, dijo el estropeado, y venís muy á tiempo don Diego, porque yo he venido á hacerós un mútuo servicio al emir y á vos.

—¿Un mútuo servicio, capitán? dijo con perplejidad don Diego.

—Sí por cierto. ¿Recordáis lo que pasó en vuestra casa el día en que se casó con Miguel López vuestra hermana doña Isabel?

—No comprendo lo que queréis decir.

—Cuando ya aquella boda no podía suspenderse, se presentó en vuestra casa Sidy Yaye, el hijo del emir.

—Es verdad, dijo don Diego.

—¿Y por qué me lo has ocultado, preguntó con su acento de terrible amenaza Yuzuf, cuando sabías la ansiedad con que yo buscaba á mi hijo?

—Porque no sabía si estaba muerto ó vivo.

—¿Cómo! ¿pues quién se atrevió?...

—Tu hijo, Yuzuf, supo en mi casa sin que yo lo pudiese evitar, que me

hermana doña Isabel acababa de casarse con Miguel López: ya te he dicho las terribles razones que tuve para obligar á mi hermana á que se casase con ese hombre, rompiendo el pacto que existía en nuestras familias y por el cual tu hijo Yaye debía ser esposo de mi hermana. Tu hijo al saber que ya aquella unión era imposible, cayó en tierra mortal, y yo le dejé al cuidado de mi esposa en lugar seguro, y me puse inmediatamente en camino con Miguel López, á quien arrastré con un pretexto, y á quien como traidor debía matar, y como obstáculo remover de en medio de doña Isabel y de Yaye, que ya se amaban. Cuando algunos monfies estaban próximos á dar muerte á Miguel López, tú que te habías aproximado á Granada, me encontraste, é irritado por el asesinato de Miguel López, cuya razón no podías apreciar bien, porque no conocías su traición, me tragiste contigo. Tú tenías indicios ó los tuviste después de que tu hijo había estado en mi casa, recelaste de mí, y me intimaste que no me vería libre hasta que estuvieses seguro de mi inocencia acerca de la desaparición de tu hijo. Yo no podía saber, pues, si tu hijo había sobrevivido ó no al accidente mortal que le había acometido al saber el casamiento de mi hermana y temiendo que hubiese muerto no me he atrevido á revelarte nada. Acaso, si por desgracia Yaye hubiese fenecido, me hubieras imputado su muerte cuando he hecho cuanto ha estado de mi parte por salvarle, y por romper el lazo que impedía su unión con Isabel. Juzga en tu prudencia si he tenido razón para callar ó no.

—Por fortuna, don Diego, dijo Yuzuf, el capitán Sedeño ha descubierto que mi hijo vive.

—¡Ah! por la mina... lo comprendo perfectamente. ¿Y le habéis hablado capitán?

—No por cierto: sabía que allí estaba en seguridad, conocía ó adivinaba las razones del misterio acerca del paradero de Yaye, y he venido á avisar al emir. He tenido una doble satisfacción; porque en vuestra casa se tiene una gran ansiedad por vos.

—Pues esa ansiedad durará muy poco, dijo Yuzuf; aprecio en lo que valen las razones que has tenido, don Diego, tanto para castigar á Miguel López, como para ocultarme la existencia de mi hijo en tu casa. Pero ya han desaparecido mis temores y el motivo de tu prisión, don Diego. Ahora mismo vais á partir á Granada, tú, tu hermano y el capitán Sedeño. Es preciso que esta noche mi hijo esté en poder de Abd-el-Gewar

—Un momento aún: me queda algo importante que decirte, Yuzuf, dijo el estropeado.

—¡Importante!

—Sí; el capitán general y la chancillería de Granada están con gran cuidado.

—¿Pues qué sucede?

—Hay poca gente de guerra en la ciudad, los moriscos se muestran cada día más y más amenazadores, y representan de una manera rebelde contra el edicto del emperador. Anoche casa del Homaidi, en el Albaicín, se reunieron los xeques de la ciudad y los de las aldeas de la vega, y resolvieron enviarte algunos de ellos para poderte ayudar; se trata de una rebelión.

—¿De una rebelión? exclamó con alegría Yuzuf; ¿se han decidido al fin á romper las cadenas que tan vergonzosamente han llevado tanto tiempo los moriscos de Granada?

—Sí, y la ocasión es propicia, dijo don Fernando: el emperador se halla empeñado en guerra con Francia; el sultán de Constantinopla ansía un campo de batalla en las tierras de Occidente contra el cristiano, ¿y qué

campo mejor que las Alpujarras? Puesto que en Granada hay pocos soldados, á las armas, y ¡sus! lancemos el grito de guerra. Demos el primer golpe, y si nos apoderamos de Granada, después no nos han de faltar ni naves, ni soldados turcos.

En aquel momento se abrió la puerta del fondo y un monfi dijo inclinándose profundamente.

—Magnífico señor, cuatro xeques de Granada desean hablarte.

—Que entren, que entren al momento.

Poco después se celebró un consejo en que abundaron el entusiasmo, el valor, la energía de las razas dominadas que aún no se han degradado, se alimentaron magníficas esperanzas y se decidió dar el grito en Granada en la noche del día siguiente.

Yuzuf estaba frenético de alegría; había encontrado á su hijo, y se le presentaba la ocasión que tanto tiempo había deseado de desplegar su bandera real ante el estandarte imperial de Carlos de Austria, el valiente rey de España, el poderoso emperador de los germanos.

CAPÍTULO XV.

DE CÓMO EL CAPITÁN SEDEÑO HIZO TRAIICIÓN Á TODO EL MUNDO.

A las doce de aquel mismo día galopaban en dirección á Granada, por el camino de las Alpujarras, don Diego de Valor, su hermano don Fernando y el capitán Sedeño.

Al mismo tiempo por todas las veredas y barrancos de la montaña, marchaban monfies que llevaban á las diferentes tahas, órdenes de Yuzuf, para que reuniesen las taifas y marchasen hacia Granada, á la que debían llegar por los atajos de la sierra la noche siguiente.

En cuanto á los tres ginetes, fuese

por prudencia ó por otra causa, no hablaron una sola palabra durante el camino acerca de la rebelión, ni trataron más que de cosas indiferentes.

En cuanto á don Diego de Valor, ni una palabra dijo que pudiese indicar que hubiese sorprendido la revelación que había hecho Sedeño á Yuzuf acerca de los amores de su mujer con Yaye. Pero Sedeño, que era sobremedera perspicaz, por el aspecto sombrío de don Diego, por la impaciencia con que aguijaba á su caballo, y sobre todo, por su tenaz reserva acerca de todo lo que tuviese relación con Yaye, y con la manera de haber descubierto en su casa el capitán la existencia del jóven, comprendió que había escuchado don Diego perfectamente las palabras que había pronunciado poco antes de entrar aquel en la cámara de Yuzuf.

En efecto, el autor puede decirlo porque lo sabe, don Diego, que, como dijo Yuzuf, andaba libremente por aquella parte del alcázar subterráneo, había llegado poco antes de aquella revelación y había escuchado y sabía á ciencia cierta, que doña Elvira su esposa había manchado su honor.

Esto ennegrecía su alma, meditaba una cruda venganza y espoleaba á su caballo ansioso de realizarla.

Por su parte el capitán estropeado comprendió que se había hecho un enemigo formidable de don Diego de Córdoba, y resolvió deshacerse de él cuanto antes. Sedeño, como saben nuestros lectores, era el depositario de la carta por la que, Miguel López había obligado á don Diego que le entregase su hermana. Calpuc, poseedor de la sortija por medio de la cual debía Sedeño entregar aquella carta á quien se la pidiese, no había tenido tiempo de encontrar una persona de confianza, á quien encargar de que recogiese aquella carta, puesto que él no podía presentarse ante Sedeño,

sino para matarle, y esto le estaba prohibido por el juramento que había hecho al emir Yuzuf, cuando este se lo exigió en la cárcel de Andarax, á trueque de conseguir su libertad.

Aquella carta, pues, estaba en poder de Sedeño.

Por lo que se vé todos aquellos personajes excepto Calpuc y Yuzuf, se trataban con una fe digna de bandidos.

Miguel López, don Diego de Valor y el capitán estropeado eran tres infames.

Como picaban mucho y mudaban de caballos, llegaron aquella misma noche antes de que se cerraran las puertas á Granada. Poco tiempo antes de llegar, y porque les importaba, se separaron, y el estropeado tomó adelante y entró antes que los dos hermanos en la ciudad.

Eran las ánimas. Sedeño tomó por la plaza de Bibarrambra, el Zacatín y la Plaza Nueva, subió por la cuesta de los Gomerres, luego por otra pendienteísima cuesta, y llegó á la puerta del Juicio en la Alhambra: una vez allí pidió una audiencia urgentísima al capitán general marqués de Mondéjar.

Sedeño fué conducido al alcázar y á la presencia del capitán general, digno vástago de la familia de los Mendozas, en la que estuvo vinculada, durante muchos años, la capitania general del reino y costa de Granada.

Lo que llevaba allí á Sedeño era una nueva traición aconsejada por su recelo; hombre de poca fe, confiaba poco en la fe de los demás. Se había visto obligado á imponer condiciones á Yuzuf, y recelaba la venganza de este: era rico, estaba cansado de servir y le importaba deshacerse de sus enemigos.

Así es, que se presentó á don Luis Hurtado de Mendoza resuelto á con-

sumar sus infamias con dos nuevas infamias.

El capitán general le recibió con ese altivo desprecio con que un caballero recibe á cierta clase de gente.

Para justificar el desprecio con que el marqués de Mondéjar miraba á Sedeño, basta saber, que al mismo tiempo que era espía de Yuzuf contra los cristianos, lo era del capitán general contra los monfíes.

Esto es, era espía doble.

El marqués le dejó permanecer de pié, y después de mirarle de piés á cabeza le dijo:

—¿Por lo que veo, acabáis de venir de un viaje?

—Si, excelentísimo señor, contestó servilmente Sedeño: vengo de las Alpujarras, del alcázar del emir de los monfíes.

—¡Del alcázar del emir! ¿Pero donde está ese alcázar?

—Ya he dicho á vuecelencia que ese alcázar es subterráneo, y que está situado como á media legua de la villa de Cádiar. No he podido dar á vuecelencia noticias más seguras, porque siempre al llegar á los pinares, me han salido al encuentro los monfíes y me han vendado los ojos.

—Señor Alvaro de Sedeño, dijo el marqués con fijeza, desde el día en que me ofrecisteis vuestros servicios en defensa del rey, de la religión y de la patria, contra esos descreídos, os dí cuantos medios podiais necesitar para exterminar á esos bandidos: vuestra compañía de arcabuceros es de la gente más brava y aguerrida de los ejércitos de su magestad; se os ha dado oro, se os ha ofrecido más gente y más dinero, y sin embargo...

—¿Cree vuecelencia que en un año que llevó últimamente sirviendo al rey nuestro señor en las Alpujarras, se puede hacer más de lo que he hecho?

—Es que no habéis hecho nada,

dijo con doble firmeza el marqués; es que, á pesar de vuestros avisos, la gente de guerra que ha atravesado la montaña ha sido acometida y desbandada, quedando muertos entre las breñas los mejores capitanes de los tercios: es que nadie ve á esos monfies; que solo se conoce su paso, por la destrucción, el saqueo y el incendio que dejan tras sí, y vos sin embargo los conocéis y tratáis con ellos. Esto me había hecho pensar en pedir serias explicaciones, y aun á obrar con rigor respecto á vuestra persona.

—¿Desconfía vuecelencia de mí? dijo con gran aplomo Sedeño.

—No es que desconfío, sino que la lealtad que debo al rey me prescribe el obrar con entereza. Ninguno de los capitanes que he enviado á las Alpujarras ha podido dar con esa gente: los que los han encontrado han muerto: vos que los parecéis valiente y tenéis gente brava, no me habéis presentado ni uno solo, y por otro concepto, vos tratáis con los rebeldes y los conocéis. Al mismo tiempo afirmáis que os son desconocidos los lugares en que se ocultan ¿qué debo pensar de esto?

—Que el año que llevo últimamente en tratos con los monfies en servicio del rey, es el plazo que se ha necesitado para que vuecelencia les pueda dar un golpe decisivo. En cuanto á lo de ignorar yo el lugar donde se albergan, nada más natural. Ya he dicho á vuecelencia que jamás entro en el alcázar subterráneo, sino con los ojos vendados.

—Se han reconocido todas las cavernas inmediatas á Cádiar, y solo se han encontrado minas de tiempo de los romanos y de los moros; pero reconocidas esas minas no se ha hallado el más leve vestigio de los ponderados alcázares subterráneos de que me habéis hablado tantas veces.

—Esta misma mañana he estado en

ese alcázar hablando con el emir de los monfies.

—¿Y me traéis algún aviso importante? dijo el marqués moviéndose con impaciencia en su ancho sillón coronado con las armas reales.

—Traigo á vuecelencia noticias decisivas.

—Veamos.

—Mañana á la noche debe levantarse el Albaicín.

—¡Ah! ¡ah! ¡tenemos á la rebelión llamando á las puertas de nuestra casa!

—Si señor.

—¿Y quienes son las cabezas de esa rebelión?

—Primeramente don Diego de Córdoba y de Valor.

—Ved lo que decís; don Diego de Valor aunque morisco, es uno de los más leales vasallos de su magestad: ha dado repetidas pruebas de ello.

—Don Diego de Valor es un traidor que se encubre con la máscara de la lealtad para obrar con más seguridad su traición; en prueba de ello ved, señor, esta carta escrita de su mano, dirigida al emir de los monfies Yuzuf-Al-Hhamar.

Y Sedeño sacó una cartera y de ella la carta que le había entregado Miguel López y con la cual había este último impuesto condiciones á don Diego.

Aunque la carta estaba escrita en algarabía aljamiada, lenguaje y escritura que se usaba entre moros y cristianos aun antes de la conquista de Granada, el marqués que era docto la comprendió perfectamente.

Era una prueba indudable de la traición de don Fernando de Valor.

Sin embargo, el capitán general, que no guardaba ningún género de consideración á Sedeño, le dijo profundamente, reteniendo la carta:

—¿Y quién me asegura de que este

escrito no es una falsificación con que acaso queréis sorprenderme?

—Llame vuecelencia á don Diego de Valor; hágale escribir con cualquiera pretexto en arábigo aljamiado, y vuecelencia se convencerá de que esa carta es suya, contestó con gran aplomo Sedeño.

—He llegado á entender, dijo el marqués, que don Diego y su hermano faltan estos días de Granada.

—Como que han estado en las Alpujarras en el palacio del emir preparando el levantamiento; pero han venido desde allí conmigo, y se les encontrará en su casa.

Meditó un momento el marqués, después de lo cual tomó un papel, escribió sobre él algunas palabras, después llamó con una campanilla de plata, á cuyo sonido se presentó á la puerta de a cámara un escudero.

—Ginés, le dijo don Luis; dad esta orden al capitán de caballos Pero de Baena, y que la cumplimente al momento.

El escudero tomó la orden y salió.

—¿Y quienes más son la cabeza de esta rebelión? añadió el marqués, encarándose de nuevo con Sedeño.

—El cuñado de don Diego, Miguel López, y tanto es esto así, como que en el mismo día de sus bodas partió de Granada con sus dos cuñados, de que hay muchos testigos.

El marqués anotó en un papel el nombre de Miguel López.

—¿Y dónde está ese hombre? ¿ha vuelto con sus cuñados? preguntó á Sedeño.

—Sus cuñados y yo hemos venido solos. Nada sé de Miguel López; pero es natural de Orgiva y es muy posible que haya quedado con los monfíes.

—Continuad.

—Otra cabeza de la rebelión es el Homaidi xequé de los moriscos que vive en el barrio del Zenete.

Don Luis escribió este nuevo nombre.

—Continuad, repitió.

—Hay además dijo Sedeño, un hombre que está en Granada hace quince días que es poderosísimo por sus riquezas, y que es doblemente traidor al rey.

—¿Y quién es ese hombre?

—Ese hombre se llama Calpuc: es rey de los rebeldes de Méjico; ha venido á España ignoro por qué causa, y ayuda con sus tesoros á los monfíes.

—¿Le conocéis?

—Le conozco, porque Yuzuf me lo ha dado á conocer. Ese hombre vive en la plaza de Bibarrambla casa del alemán Franz Maitler y sale de ella todas las mañanas disfrazado de mendigo, y todas las noches vestido de caballero; se le puede conocer además por su color moreno dorado y por sus cabellos ensortijados: es un hombre como de treinta y cinco á cuarenta años, alto cenceño, de mirada fija y profunda.

Don Luis escribió de nuevo, después de lo cual repitió la palabra:

—Continuad.

—Estas son las cabezas de la rebelión; además tengo grandes esperanzas de entregar al rey al emir de los monfíes.

—¿Al terrible Yuzuf Al-Hhamar? exclamó con alegría el marqués.

—No, no señor, sino su hijo Muley Yaye-ebn-Al-Ahamar, en quien el viejo emir ha renunciado su autoridad.

—Os cojo la palabra, Sedeño, y si me presentais á ese emir, os ofrezco en nombre del rey una encomienda.

—Solo me impulsa mi lealtad al rey nuestro señor, dijo Sedeño.

—Por lo mismo debéis ser recompensado. Pero seguid: conocidos los capitanes de la rebelión, veamos có-

mo piensan llevarla á cabo los moriscos.

—El edicto del emperador los ha acabado de desesperar y les ha puesto las armas en las manos.

—Ya he dicho á sus reyes, que representaré á su majestad, á fin de que les otorgue un plazo durante el cual puedan consumir las ropas que se les prohíben; vender sus esclavos fuera de estos reinos y hacer de manera que sus haciendas no padezcan con el cumplimiento del edicto.

—Ellos han dicho, que no quieren dejar su habla, ni sus usos, ni sus fiestas y ceremonias moriscas, ni dejar de ser juzgados por sus cadíes, en sus desavenencias; que antes de permitir que sus casas estén abiertas, que sus mujeres salgan á la calle con los rostros descubiertos y privarse de sus baños, se dejarán matar, hacer pedazos.

—Se les trata con demasiado rigor, murmuró el marqués de una manera involuntaria é ininteligible para Sedeño, que continuó:

—Así, pues, han recurrido á las armas: aprovechan la ocasión de haber poca gente de guerra en la ciudad...

—¡Vive Dios! exclamó el marqués: los cortesanos piensan que ser capitán general de Granada, es lo mismo que llevar el ferruero y la espada dorada en las antecámaras de las secretarías de Estado. Piensan que todo se gobierna aquí con papeles, y aquí se necesitan muchas lanzas, muchos arcabuces y muchos brazos robustos para sostenerlos: dicen que cuesta mucho dinero el entretenimiento de tantas gentes de guerra en el reino y costa de Granada; que España está exhausta con las pasadas turbulencias, y que aquí nos basta para reprimir á los moriscos, con los alguaciles de la Chancillería, y con dos ó trescientos arcabuceros viejos del

presidio de la Alhambra: si mañana los moriscos de la vega y de la ciudad, los monfíes de las Alpujarras y los berberiscos, que pueden venir en un día de Africa y desembarcar á mansalva en las costas desamparadas, se apoderasen de Granada, se llamaría torpe y descuidado al capitán general, cuando no se adelantasen á llamarle cobarde ó traidor. Pero en Dios confío que con la ayuda de los buenos caballeros de la ciudad y reino de Granada, con la gente de guerra de la Alhambra, y con los escuderos de mi casa, podremos sofocar esta primera llamarada. ¿Dónde tenéis vuestros cien buenos arcabuceros, capitán?

—En Andarax, señor.

—¿Quién los manda en vuestra ausencia?

—El alférez Pero Villasante.

Escribió el marqués.

—Bien, muy bien, dijo: ahora relatadme cuándo y de qué manera piensan levantarse los moriscos.

—¿Cuándo? mañana á la noche. ¿Cómo? barreando las calles del Albaicín y viniendo al mismo tiempo sobre la ciudad, por los atajos de la sierra, los monfíes.

—¡En los atajos, en los atajos de la sierra está nuestra salvación! dijo el marqués con el rápido golpe de vista de un buen capitán. ¿Sabéis el punto por donde se han de acercar á Granada los monfíes?

—Sí señor. Por los desfiladeros de Dilar.

—Bien, bien, capitán, dijo D. Luis: os confieso que había llegado hasta desconfiar de vos; pero el servicio que acabáis de hacer á su majestad, os vuelve toda mi confianza. ¿Dónde vivís?

Sedeño dió al marqués las señas de su casa.

—Id, pues, con Dios; es tarde y necesitaréis descansar.

Sedeño saludó profundamente al marqués, que se levantó y le dijo:

—Venid, venid conmigo: ahora pienso, que habiendo yo llamado á don Diego de Valor podrá suceder que si volváis por donde habéis venido podriais encontrarle y darle que sospechar. Venid.

—¿Y mi caballo? pudiera verle también al entrar y reconocerle.

—¡Ah! ¡vuestro caballo! ¡es verdad! ¡ohal dijo el marqués, y al presentarse un criado añadió: id á la puerta del Juicio, tomad un caballo que encontraréis allí y llevadle al momento á la puerta de Hierro.

Después de ésto el marqués salió precediendo á Sedeño, bajó unas escaleras, atravesó el hermoso patio de Lindaraja, pasó junto á la sala de los Secretos, entró por una mina, llegó á su fin, llamó á una puerta y después del llamamiento se oyó la voz de un soldado que llamaba al alférez de la guardia. Poco después se oyó otra voz que dijo:

—¡Quién va!

—Abrid al capitán general.

Rechinó precipitadamente una llave en una cerradura, descorrióse un cerrojo y la puerta se abrió.

—Alférez, dijo el marqués á uno que había aparecido tras la puerta con una linterna en la mano. Cuando llegue uno de mis criados con un caballo, le entregaréis á este capitán, abridis la puerta de Hierro, y le dejaréis salir libremente.

Después de esto el marqués se volvió y el alférez cerró la puerta.

A poco rato Sedeño á caballo, bajaba lentamente la pendiente y tortuosa cuesta que ciñe los muros de la Alhambra, desde Peña-Partida hasta los molinos del rio Darro.

Había quedado fuera del recinto de la ciudad: pero cuando después de pasar el puente del Diablo, y de subir la cuesta del Chapiz, llegó á la puer-

ta de Guadix, vió que por fortuna ésta aún no se había cerrado, y entró en el Albaicín, por cuyas oscuras y tortuosas calles se perdió.

CAPÍTULO XVI

LA VENGANZA DE DON DIEGO DE CÓRDOBA Y DE VALOR.

En una cámara del palacio de don Diego de Valor en el Albaicín, velaban una hora antes de los últimos sucesos que hemos referido, dos damas.

La una leía con suma distracción, en un libro en folio, feamente impreso. Decimos con suma distracción, porque hacía gran tiempo que tenía fija la vista en el libro como si leyese y sin embargo, no había vuelto la hoja, á pesar de haber trascurrido espacio sobrado para que el más torpe lector hubiese recorrido diez veces las líneas de las dos páginas por donde estaba abierto el libro. A poco que se leyese en aquellas páginas podía comprenderse que aquel libro era la historia del famoso caballero Amadis de Gaula.

Aquella dama era doña Isabel de Valor.

Apesar de que Calpuc la había dado aquella mañana noticias exactas acerca de la existencia de Miguel López, ni doña Isabel había comunicado á nadie aquellas noticias, ni había dejado su luto.

El negro color de sus ropas contrastaba enérgicamente con la palidez mate que hacía más diáfana la blancura de su semblante.

La otra dama, sentada junto á la misma mesa, apoyada un brazo en ella y en la mano el semblante, estaba, si cabe, más pálida que doña Isabel, y en sus negros ojos destellaba una chispa sombría y colérica.

Aquella otra dama era doña Elvira de Céspedes, esposa de don Diego.

Ni una sola palabra se cruzaba entre las dos cuñadas; la una fijaba la vista abstraída en el libro; la otra parecía fijar su intensa mirada en la inmensidad.

Dieron las Animas en la cercana iglesia de San Gregorio, y doña Isabel se agitó con un ligero estremecimiento nervioso. Aquella campana que tañía lúgubrementé á la oración por el eterno descanso de los que habían dejado de existir, recordó á doña Isabel su cita en el huerto con el extraño hombre de aquella mañana. Doña Elvira pareció salir de su distracción y rezó en voz baja, á cuyo rezo contestó doña Isabel.

Cuando se terminó la oración, doña Elvira dirigió algunas secas palabras á doña Isabel.

—Ya es hora de que nos recojamos, hermana, la dijo tomando una lamparilla de plata que estaba sobre la mesa, y encendiéndola en el velón.

—Recojámonos, pues, dijo doña Isabel cerrando el libro, y tomando una bagia y encendiéndola á su vez. Buenas noches, hermana.

—Buenas noches.

Como se ve no mediaba la mejor inteligencia entre doña Isabel y doña Elvira. Las dos cuñadas salieron de la cámara cada cual por distinta puerta.

Peró ninguna de las dos se encaminó á su dormitorio. Doña Isabel apenas salió á los corredores apagó la bujía y por una escalera de servicio, bajó al huerto buscando en su limosnera la llave del postigo que se había procurado durante el día, y cerciorándose de si llevaba consigo la sortija, que por orden de Miguel López, su esposo, debía entregar á Calpuc. Doña Elvira apenas salió de la cámara apagó también su luz, atravesó á tientas una habitación, salió á otros

corredores y abrió una puerta tras la cual se perdió. Aquella puerta era de los aposentos de don Diego, donde estaba la entrada secreta del subterráneo donde había estado preso, por decirlo así, Yaye.

Una vez en la cámara de su esposo, doña Elvira encendió de nuevo su luz en una lámpara que ardía delante de un Cristo de talla sobre un reclinatorio, fué á la puerta secreta, la abrió, bajó las escaleras y se puso á escuchar.

—Nadie, no hay nadie, dijo: sin duda se han ido aquellos hombres que hoy al bajar me detuvieron: pero ¿por donde han entrado esos hombres? ¿quién los ha traído? Ellos son sin duda los que me han robado á Yaye.

Doña Elvira al pronunciar el nombre del jóven, exhaló un gemido, se llevó una mano sobre el corazón, y se apoyó en la pared un momento, como si hubiera necesitado de aquel apoyo para no vacilar y caer: luego rehaciéndose, merced á su indomable voluntad, acabó de bajar los escalones, y entró resueltamente en la mina y la recorrió, llegando á la otra escalera que comunicaba con la casa del capitán Sedeno.

A causa de la oscuridad y de su sobreexcitación, doña Elvira había pasado sin reparar en ello junto á la abertura practicada en uno de los costados de la mina por Harum el monfí.

Se detuvo un momento al pié de la escalera de la casa del capitán, y luego pintóse una decidida expresión en su semblante y trepó por ella.

No tardó en llegar á la puerta secreta: por acaso aquella puerta había quedado abierta, y doña Elvira se encontró en la cámara del capitán.

Por un momento tuvo miedo de pasar adelante: se hallaba en una casa extraña; pero doña Elvira se hallaba en un estado terrible: tenía fiebre:

esa fiebre que producen en las organizaciones vigorosas, la rabia y la desesperación.

Doña Elvira siguió adelante, y recorrió la casa del capitán, hasta llegar á la puerta exterior; como si Dios no hubiese querido doblar el terror de doña Elvira, había pasado algunas veces junto á la puerta de la cámara mortuoria, donde yacía doña Inés de Cárdenas, sin que se le hubiese ocurrido que allí había una habitación en la cual no había entrado.

Maravillóla, sí, el encontrar encendidas las luces del zaguán en una casa donde no se encontraba á nadie.

Doña Elvira para cerciorarse de si aquella gran puerta daba á la calle ó á un patio interior, lo que podría muy bien suceder, corrió los cerrojos y abrió uno de los grandes postigos de aquella puerta.

En aquel momento un ginete arremetió por ella, y á poco no atropella á doña Elvira que se hizo un paso atrás, dejó caer la lámpara, y exhaló un grito de espanto al reconocer al ginete.

Aquel ginete era don Diego de Córdoba y de Válcor.

—¡Ah! ¡ah! dijo don Diego; ¿sois vos señora? En verdad, en verdad, que yo esperaba encontraros en otra parte; pero no ciertamente aquí.

La situación en que se hallaba doña Elvira era tan extraña que solo contestó fijando en su marido una mirada de terror.

—Hacéis bien en aterrarnos, dijo don Diego, porque en verdad que sé algunas cosas de vos, que más os valiera no haber nacido para no haberlas ejecutado.

Doña Elvira, que como la mayor parte de las mujeres, tenía suma facilidad para dominarse, se repuso y contestó á don Diego:

—No comprendo lo que me queréis decir, esposó y señor.

—¿Qué hacéis aquí, señora? dijo don Diego atando á una argolla del portal su caballo, del que había descabalgado.

—En verdad que no lo sé, dijo doña Elvira recogiendo del suelo con gran serenidad la lámpara; al veros de repente ante mí me he sorprendido, porque no esperaba veros en esta casa, en la que á mí misma me causa gran extrañeza el encontrarme. Encended mi lámpara en uno de esos faroles y seguidme; tengo grandes cosas que comunicaros.

Sorprendido don Diego del aplomo con que doña Elvira le hablaba, ni más ni menos que si nunca le hubiese ofendido, tomó maquinalmente la lámpara, la encendió y la entregó á su esposa.

—Vamos de aquí, dijo ella, traslámonos á nuestra casa; tengo que revelaros sucesos importantes.

—¡Ah! ¿tenéis que revelarme.... sucesos importantes? dijo conteniendo mal su cólera don Diego.

—Sí por cierto; pero ante todo decidme: ¿por qué razón habiendo estado un mes ausente, venis á esta casa antes que á la vuestra?

—Tenía mis razones para pretender llegar á cierto punto de mi casa sin ser sentido.

—¡Ah! ¿y á qué punto de vuestra casa queríais llegar sin ser sentido, caballero? en verdad que no comprendo la razón de tanto misterio, á no ser que pensáseis darme el placer de una sorpresa.

—Si por cierto, quería sorprenderos doña Elvira.

—Y efectivamente me habéis sorprendido presentándoos ante mí en un lugar y en una ocasión en que ciertamente no hubiera esperado encontraros.

—Perdonad si no os digo en qué lugar quería sorprenderos; porque estamos en una casa extraña y podría

escucharnos alguno de los criados del capitán Alvaro de Sedeño.

—¡Ah! ¡esta es la casa de vuestro amigo el capitán Sedeño! En verdad que yo ignoraba que viviese tan cerca; que pudiese comunicarse con nosotros, y habéis hecho mal en no advertírmelo, porque...

—Seguid, seguid adelante, señora, y callad: basta con que hayáis dado el escándalo de que os vean en esta casa, en la que no comprendo por qué razón estáis; no hay necesidad de que nadie se entere de nuestros asuntos.

—Podéis estar tranquilo, dijo doña Elvira; nadie nos escuchará porque esta casa está deshabitada.

—¡Deshabitada!

—Si por cierto, seguidme y os venceréis.

Doña Elvira tomó por la escalera principal, y don Diego la siguió, dominado por lo extraño de lo que le acontecía.

Preocupados entrambos esposos con la situación en que se encontraban, se olvidaron de cerrar la puerta de la calle, y siguieron en silencio el uno tras la otra por la escalera arriba.

Doña Elvira entró en los corredores, y de ellos pasó á una antecámara, en la que antes no había entrado.

En aquella antecámara había un fuerte olor á cera quemada: era la antecámara más allá de la cual había muerto doña Ines.

Doña Elvira siguió fatalmente adelante y se encontró en el aposento mortuorio. Había sobre la mesa dos bujías encendidas que proyectaban una luz opaca sobre el lecho.

—Aquí hay una mujer que duerme, dijo don Diego.

Doña Elvira miró el lecho, y más perpicaz que su marido lanzó un grito de horror.

—¡Esa mujer está muerta! exclamó.

—¡Muerta! exclamó don Diego arre-

batando la lámpara á doña Elvira que había quedado yerta de espanto, y acercándose al lecho: ¡muerta! ¡si muerta! pero... ¿quién es esta mujer? ¡ah! ¡la muerte se cruza en mi camino cuando vengo á buscar una prueba de mi deshonra!

—¡De vuestra deshonra! exclamó con un acento indefinible doña Elvira.

—Sí, sí, seguidme, señora, seguidme y concluyamos de una vez.

Y asíó brutalmente á doña Elvira y la arrastró consigo fuera de la cámara; atravesó la antecámara, salió á los corredores y luego, como quien conocía bien aquella casa, torció por una puertecilla, atravesó un pasadizo entró en el aposento del capitán Sedeño, y se encaminó á la puerta secreta.

Aquella puerta estaba abierta.

—¿Habéis entrado por aquí, señora? la dijo.

—Por aquí he entrado, contestó con acento severo y duro doña Elvira, como si con la entonación de su voz hubiera querido protestar de la manera brutal con que la arrastraba consigo don Diego.

—¿Y quién os ha dicho que existía esta comunicación secreta con nuestra casa? preguntó con un acento no menos duro y severo don Diego.

—Nadie me lo ha dicho, yo he descubierto esta comunicación.

—¡Que la habéis descubierto! ¿y cómo? hay alguna distancia desde el aposento subterráneo aquí y no parece natural...

—Yo no hubiera descubierto esta comunicación, si no hubiera desaparecido Sidi Yaye.

—¡Que ha desaparecido sidi Yaye! exclamó con un acento indescribible don Diego: ¡es decir que se os ha escapado!

—Solo sé deciros que esta noche cuando bajaba á traerle la cena, encontré la habitación abandonada. Yo

había dejado bien cerrada la puerta; nadie conoce la entrada del subterráneo por nuestra casa más que vos y yo: Yaye debía haberse escapado por otra parte: nos importaba demasiado ese mancebo para que yo no procurase indagar cómo podía haber huido, y recorrí la mina: al fin de ella dí con una escalera, al fin de la escalera con esta puerta que encontré franca; recorrí la casa, menos esa habitación donde hemos visto ese cadáver, y no encontré persona alguna: llegué al zaguán, y... abrí maquinalmente la puerta....

—Para ver sin duda, si se alejaba con seguridad vuestro hermoso Yaye, dijo don Diego cediendo á una suspicaz suposición: ¡oh! si, si, veo en esto la mano de los monfíes; vos no habéis querido que vuestro amante esté privado del sol y del aire.

—¡Mi amantel exclamó verdaderamente aterrada doña Elvira; pero sobreponiéndose á su terror, ¿habéis dicho mi amante? añadió con altivez.

—Venid, exclamó trémulo de furor don Diego.

Y arrastrándola consigo, descendieron por las escaleras: un instante después se encontraron en el aposento subterráneo donde había vivido un mes Yaye.

Don Diego revolvió en torno suyo una mirada de tigre y acercándose á un sillón colocado junto al abandonado lecho de Yaye, tomó de sobre él un riquísimo justillo de mujer y una gargantilla, que doña Elvira había dejado allí abandonados, con el descuido de una mujer que no piensa ser sorprendida en la habitación de su amante.

—¿Qué significa esto, señora? dijo con acento opaco don Diego: ¿habéis elegido por vuestra cámara de vestir, este aposento, y por camarera á Yaye?

Doña Elvira no pudo contestar: su palidez se hizo livida y miró con los

ojos desencajados de espanto las acusadoras prendas que don Diego la mostraba.

—Nunca os habéis engalanado tanto para vuestro marido, exclamó con acento ronco don Diego; conócese que el hermoso emir apreciaba sobre todo, la desnuda blancura de vuestro cuello, cuando os hacía despojaros de esta rica gargantilla: á falta de sol y de aire vos llenábais de flores, de perfumes y de amores su encierro. ¡Oh! razón tenía yo en querer sorprenderos; sorprenderos de manera que nadie pudiese avisaros, pero os sorprendo á vos sola... el infame... el infame se ha escapado llevándose mi honor: pero yo sabré encontrarle: yo sabré matarle aunque le protejan todos sus monfíes.

Doña Elvira quiso disculparse aun; pero don Diego trémulo de cólera, acometió á su mujer en el momento de hacer ademán de hablar. Doña Elvira aterrada retrocedió y la mano de don Diego solo pudo asir su rizada gorguera de encaje de Flandes, se la arrancó y dejó descubierto el cuello y parte del seno de doña Elvira.

Entonces vió don Diego que sobre el pecho de su esposa había un relicario de oro, pendiente de su cuello por una preciosa cadena del mismo metal.

Don Diego arrojó lejos de sí la gorguera, y señaló con un dedo inflexible el relicario.

—Negad ahora, si os atrevéis, exclamó.

—¿Y este relicario que os prueba? exclamó con audacia doña Elvira.

—Es el relicario de mi hermana: el relicario bendecido por el papa, que yo la regalé hace un año. Y ¿sabéis lo que hizo mi hermana con ese relicario? le regaló á Yaye, al hombre á quien amaba. ¿Sabéis que la noche en que se separaron Yaye é Isabel pidió ella su relicario al hombre de quien debía separarse para no volverle á

ver, y que él, no consintió en separarse de ese relicario? ¿sabéis que yo lo escuchaba todo, oculto? ¿que sé que ese relicario había quedado en poder de Yaye, y que solo él puede haberlo dado? ¿sabéis que cuando un hombre da una prenda de amor de una amante á otra amante, es porque ama más á la segunda que á la primera ó porque no ama á ninguna de las dos? ¿Y me queréis negar todavía que sois amante de Yaye?

Doña Elvira era una mujer de pasiones violentas, de la cual no podían esperarse sino extremos, y desesperada por la pérdida de Yaye, enloquecida por la situación en que se encontraba, devorada por la fiebre, fuera de sí, exclamó con una energía casi salvaje:

—Pues bien, sí, matadme, matadme, porque estoy desesperada: porque le amo, he sido suya y le he perdido.

Don Diego se sintió acometido de un vértigo de sangre, desnudó su daga furioso y acometió á doña Elvira que cayó de rodillas; pero de repente se contuvo; se pasó la mano por la frente, envainó la daga y dijo asiendo á su esposa con una fuerza desesperada por un brazo:

—Aun no es tiempo... aun vive él. vivid vos también... una puñalada es poco... necesito más para vengarme... y me vengaré... me vengaré sin que el mundo pueda conocer mi venganza, ya que no conoce mi deshonra..... me vengaré, pero de una manera horrible.

Y sombrío y letal, dejando á doña Elvira doblegada sobre sus rodillas, salió del subterráneo por la casa del capitán Sedeño, cerro perfectamente la puerta secreta, atravesó aquella casa, bajó al zagnan, sacó el caballo fuera, encajó la puerta ya que no podía cerrarla, montó y rodeó el Albaicín para dar lugar á que su esposa se

rehiciera, bajó al mesón donde había dejado á su hermano, y dos horas después de la terrible escena habida con su esposa, llamó á su casa.

Doña Elvira bajó serena y tranquila; mejor dicho: como una esposa amante, á recibirle y se arrojó en sus brazos.

Don Diego la estrechó en ellos y la dijo al oído estas palabras envueltas en un beso satánico.

—¡Gracias! ¡doña Elvira, me habéis comprendido!

Y asido de su mano se encaminó á las escaleras en cuyo primer peldaño pálida y anhelante le esperaba doña Isabel.

—¡Y mi esposo! exclamó esta.

—Tu esposo hermana, dijo don Diego, ha tenido la desgracia de ser asesinado por los monjes de las Alpujarras.

Un momento después, don Diego fué solemnemente preso por un capitán de caballos de orden del capitán general de la corte y reino de Granada, y conducido con grandes seguridades á la Alhambra.

CAPÍTULO XVII.

CÓMO SE ENCONTRARON EL REY DEL DESIERTO Y EL CAPITÁN ENTROPEADO.

Sepamos ahora, lo que había hecho en el huerto doña Isabel.

Adelantó temblando y á oscuras por entre las flores y se acercó al postigo; poco después se oyeron por la parte de afuera en aquel postigo tres golpes recatados.

Doña Isabel abrió temblando.

—¿Sois vos? dijo á un hombre, que á pesar del calor, estaba envuelto en una ancha capa.

—Yo soy, dijo aquel hombre entrando; cerrad, señora, cerrad.

Doña Isabel cerró.

—¿Estáis segura de que nadie puede vernos? dijo el hombre.

—Los criados están al otro lado de la casa, y no acostumbra á venir de noche al huerto, contestó doña Isabel.

—Aunque la noche es oscura, como el huerto está descubierto por esa parte, temería que os vieses conmigo.

—Os repito, dijo doña Isabel con acento en que se notaba la contrariedad en que la ponía aquella aventura os repito que nadie puede vernos.

—¡Ah! la noche es oscura y las tapias no son muy altas, dijo el desconocido mirando á las que lindaban con el huerto de la casa del capitán Sedeño.

—¿Qué habla este hombre de tapias? dijo para sí con cierto temor doña Isabel, temiendo haber caído en un lazo tendido por un ladrón.

Pareció como que el desconocido adivinaba el cuidado de doña Isabel, puesto que se apresuró á decirle:

—Nada temáis: no es un criminal el hombre que tenéis delante, y puesto que habéis tenido la bondad de franquearme la entrada, tenedla también de oírme en un lugar en donde de nadie podamos ser escuchados.

Una vez puesta en aquella situación doña Isabel, siguió de una manera fatal el camino que había empezado y condujo al extranjero á su enramada favorita.

—Sentáos; le dijo, señalándole el banco.

—Sentáos vos, señora, y nada temáis; sois buena, necesitáis de amparo y os juro que yo os ampararé.

Se trocaban los papeles: convertíase en amparador, el que aquella mañana pedía ser amparado.

—Nos encontramos en una situación verdaderamente extraña, doña Isabel, la dijo; he podido procurarme una entrevista á solas con vos á nombre de vuestro esposo, y es necesario

que sepáis cómo he trabado conocimiento con él. Este conocimiento le debo á una traición de vuestros hermanos.

—¡Ah! ¡ya lo temía yo! exclamó doña Isabel.

—Pero antes de que llegemos á este punto es necesario que sepáis quién soy yo.

—Vos sin duda sois extranjero, dijo con encogimiento doña Isabel.

—Sí, es verdad, contestó suspirando el desconocido, y bien sabe Dios que si estoy en estas tierras de Europa, y en España, es contra mi voluntad.

—¿De qué parte del mundo sois, pues, caballero?

—De la cuarta parte, contestó el desconocido.

—¿De América?

—Cabalmente: soy mejicano.

—¡Ah!

—¿Comprendéis que un mejicano tiene tantos motivos para aborrecer á los españoles como un morisco?

—Sin embargo, á pesar de todas sus crueldades, de todas sus tiranías, los españoles nos han mostrado la santa ley de Jesucristo.

—¿Y qué importa que hayamos escuchado la voz de los ministros del Altísimo? ¿qué importa que persuadidos de su palabra hayamos despreciado á los torpes ídolos á quienes antes rendíamos un culto abominable, para arrojarnos llenos de fé y de esperanza al pie de los altares del Crucificado? ¿hemos conseguido por eso que los españoles nos traten como hermanos? Ellos nos han traído á la religión única y verdadera; pero también nos han traído al martirio.

—Es verdad, dijo doña Isabel, que como morisca no podía desconocer las infamias de que los moriscos eran víctimas.

—Para esos hombres, continuó el mejicano, no hay más Dios que el oro,

ni más cielo que los placeres: allí donde alcanzan su garra ó sus ojos, allí van el robo, el asesinato y la impureza: la América es un tesoro virgen, y las vírgenes de América las mujeres más hermosas del mundo. ¡Ah! ¡perdonad! vos sois tan hermosa y tan pura, como la más pura y más hermosa de ellas. ¡Si conociéseis á mi esposa! ¡si conociéseis á mi hijal

La voz del mejicano se hizo trémula y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Doña Isabel perdió todo su terror, que dejó en su alma su lugar á la compasión.

—¡Vuestra esposa! ¡vuestra hijal exclamo con un profundo acento de misericordia. ¡Las habéis perdido!

—¡No! ¡me las han robado! ¡me las robó hace diez años un español infame! ¡pero no las he perdido, no! están muy cerca de mí: allí, en aquella casa.

Y señaló la del capitán estropeado.

—¿Que están allí, en esa casa, vuestra esposa y vuestra hija?

—¡Sí! son esclavas del capitán Alvaro de Sedeño.

—¡Esclavas! ¡Dios mío! exclamó horrorizada doña Isabel.

—Como podeis serlo vos mañana.

—¡Yo soy cristiana!

—Pero sois morisca. Mañana una rebeldía imprudente de vuestro hermano, que es harto ambicioso, podrá causaros desventuras incalculablemente mayores que las que os ha causado ya su falta de previsión. ¡Oh! ¡si mañana encendida la guerra os viéseis cautiva, arrancada de vuestros hogares, tratada brutalmente...! ¿De qué os serviría haber abrazado con toda vuestra alma la religión de Cristo?

—Si eso sucede, la religión me servirá y me sirve ya, para sufrir con valor mis desventuras.

—¡Ah! yo procuraré salvaros, co-

mo procuro salvar á mi hija y á mi esposa, si aún es tiempo.

—¡Si aún es tiempo!

—He visto una sola vez á mi esposa algunos días despues de diez años de separación y de lágrimas, y apenas he podido reconocerla. ¡Oh! ¡la desesperación y la muerte estaban pintadas en su semblante! aún no he podido vengarla: cien veces he tenido junto á mí al infame, y un juramento horrible me ha atado las manos; cuento con vos para salvarlas y luego... ¡quiero una venganza horrible, horrible de todo punto...! ¡quiero que me venga la Inquisición!

—¡La Inquisición!

—¡Oh! sí: ese hombre es un espía de los monfies, un renegado de Cristo.

—¿Conocéis á los monfies?

—El rey de los monfies contiene mi venganza por un juramento.

—Pero ¿quién sois vos? dijo maravillada de aquel hombre doña Isabel.

—Yo soy Calpuc, el rey del desierto, contestó solemnemente el mejicano.

—¡Ah! exclamó doña Isabel.

—Sí; como la vuestra, mi alcurnia es egregia, señora.... para que cese vuestra extrañeza, para que consintáis en ayudarme, necesito revelaros la historia de mi vida, de mis alegrías y de mis desventuras... pero ahora que hablamos de favorecernos: ¿habéis traído con vos la sortija de bodas?

—Sí, sí, tomad: ¿pero qué tiene que ver esta sortija...?

—Esta sortija servirá para arrancar de las manos de un miserable, una carta de vuestro hermano que puede perderle y perderos con él, porque la tal carta, fué escrita por don Diego al emir de los monfies y contiene pruebas de traición al rey. Miguel López, vuestro esposo, se apoderó de aquella carta, y obligó con ella á vuestro hermano, á que eligiese entre ha-

ceros esposa de Miguel López, ó que fuese entregada aquella carta al presidente de la Chancillería: vuestro hermano os sacrificó á su seguridad.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó doña Isabel.

—Pero nada temáis: acaso Miguel López muera, y esa carta no será entregada á los ministros del rey de España.

Doña Isabel dobló la cabeza bajo el peso de su infortunio.

—No perdáis la esperanza, señora, la dijo Calpuc: vuestra felicidad está en mis manos; Yaye, el emir de los monfies, el hombre á quien amáis, vive, y Miguel López está en mi poder.

—¡Ah! ¡no le mateis! exclamó doña Isabel.

—Acaso muera sin que yo pueda evitarlo, respondió profundamente el rey del desierto.

Hubo un momento de silencio solemnemente, después del cual dijo Calpuc:

—La noche sube y necesito que consintáis en ayudarme; escuchad, pues, mi historia.

Y seguidamente contó á doña Isabel cómo robó á doña Inés de Cárdenas de la frontera del desierto; cómo por su amor se convirtió al cristianismo y cómo le fueron arrebatadas su esposa y su hija por Sedeño; su venida á España, en busca del robador, y su conocimiento con el emir de los monfies.

Cuando concluyó, los ojos de doña Isabel de Valor estaban llenos de lágrimas.

—¿Y cómo queréis que contribuya á la libertad de vuestra esposa y de vuestra hija? preguntó.

—Escuchad, señora, dijo Calpuc: el capitán ha salido esta mañana para las Alpujarras: sólo han quedado en la casa un viejo soldado y dos criadas: pretender penetrar por la puerta sería imprudente..... pero puedo pene-

trar por esas tapias, si vos me lo permitís.

—¡Oh! sí, sí, id si yo pudiera ayudaros personalmente...

—No, no señora, dijo Calpuc; pero dejadme ir, porque me devora la impaciencia.

—¡Oh, sí! id á salvarlas, id y que Dios os ayude.

—Que él os bendiga señora, exclamó Calpuc besando la mano de doña Isabel; que él os pague si yo no puedo pagaros!

Calpuc se separó de doña Isabel: ésta le vió llegar á la tapia, terciarse la capa, asirse á las asperezas de la pared y trepar silenciosamente por ella.

Poco después desapareció.

Doña Isabel permaneció algún tiempo en el huerto abstraída profundamente; pero vino á sacarla de su abstracción un grito horrible, inarticulado, semejante á un rugido, que procedía del interior de la casa del capitán Sedeño.

Tuvo miedo, huyó del huerto, y se encerró en su habitación de la que salió poco después á recibir á sus hermanos que habían llamado á la puerta.

CAPÍTULO XVIII.

CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR.

El capitán Sedeño, bien ageno de todos estos acontecimientos, y anegando su alma de tigre en la feroz y para él alegre contemplación de sus traiciones; que aseguraban su reposo y su independencía, se dirigía á su casa, atravesando las estrechas y oscuras callejas del Albaicín.

Llegó al fin, y llamó con fuerza desde el caballo; pero nadie le contestó.

Repitió dos golpes más fuertes, y á su empuje la puerta, que como sa-

bemos no estaba afianzada, cedió y se entreabrió.

—¿Que es esto? exclamó con un colérico asombro el capitán; ¡no me responde nadie y la puerta está abierta?

Dicho esto empujó más la puerta, penetró á caballo, y al ver los faroles del zaguán encendidos, gritó:

—¡Holal ¿qué es esto? ¡vive Dios!

Nadie le contestó.

Entonces el capitán echó pié á tierra, temblando de cólera, corrió los cerrojos de la puerta, y subió, cuanto de prisa se lo permitía la falta de su pierna, las escaleras.

Á medida que adelantaba, la soledad que encontraba en su casa, le hacía sentir un terror frío, semejante al presentimiento de un suceso terrible; siguió adelante, á través algunas habitaciones, y al fin abrió la puerta de la cámara mortuoria.

Al entrar encontró en el centro de ella un hombre que fijaba en él una mirada sobrenatural, y decimos sobrenatural, porque tal era el odio, la rabia, la desesperación y la venganza que brillaban al par en aquella mirada.

Aquel hombre era Calpuc, el rey del desierto, que había sentido acercarse al capitán, merced al ruido seco de su pata de palo sobre el pavimento, y se había alzado de sobre el lecho, donde el infeliz había encontrado muerta á su esposa.

Al ver ante sí á Sedeño, se encaminó gravemente á la puerta, y la cerró por dentro. Luego adelantó hasta el capitán, que permanecía asombrado en el centro la cámara, mirando con una fascinación horrible el cadáver de doña Inés.

Aquellos dos hombres no tenían nada que decirse: la situación en que respectivamente se encontraban colocados, era demasiado terrible para que diera lugar á palabras ni á recriminaciones.

Calpuc desenvainó su espada con una calma horrorosa, y punzando en un brazo al capitán que estaba absorbido, dominado por el terror, como para advertirle, le dijo, cuando este, al sentir la aguda punta, se volvió en un movimiento colérico:

—¡Defiéndete! ¡ese cadáver va á ser nuestro testigo!

—En buen hora, dijo con voz cavernosa el capitán, desnudando convulsivamente su espada: ese cadáver colocado entre los dos pide sangre: defiéndete.

Y empezó un combate espada contra espada, que hubiera podido parecer por lo acompasado y reflexivo un asalto de armas, si no hubiera existido en el lecho, aquel cadáver, y una pasión profunda, letal, en el semblante de los combatientes.

Los dos eran maravillosamente diestros: los dos acometían y paraban con suma reflexión, como si hubiesen querido no perder un golpe, no faltar á una parada: conocíase en ambos la decidida intención de matar á su adversario, y las estocadas eran rectas, profundas, las paradas vigorosas: cubriábase y reparábanse con un cuidado exquisito, con una sangre fría, admirable en la situación en que se encontraban los dos enemigos.

Pero á poco que se observase á aquellos dos hombres, se conocía que la ventaja estaba de parte de Calpuc, no porque Sedeño fuese cojo y manco, defectos que no impedían el que se manejase perfectamente con la pierna y el brazo que tenía sanos, sino porque, á pesar de su valor y de su sangre fría, Sedeño estaba aterrado, su terror crecía de momento en momento, y no podía sufrir la candente mirada de Calpuc, que le devoraba, le amenazaba, le torturaba. En una palabra: porque su infamia había acabado por dominar al capitán, mientras Calpuc, en quien vivían la rabia y el

derecho, estaba sostenido por ellos como por la mano de Dios.

Sin embargo, y atendido el estado de la lucha, aunque se notase alguna ventaja en Calpuc, ventaja puramente moral, ningún inteligente en la esgrima de aquellos tiempos que hubiera presenciado el duelo, se hubiera atrevido á decir rotundamente acerca de cuál de aquellos hombres sería el vencedor.

Conociólo esto asimismo Calpuc, y se afianzó más en su posición y se hizo más cauto en la acometida y en la parada: notó que Sedeño, á pesar del peligro, estaba abstraído, que se defendía bien por tacto y por costumbre, y que, saliendo bruscamente del género de ataque que había usado hasta entonces, podría cogerle desprevenido y matarle.

Así es que, con una destreza maravillosa, le marcó un golpe al rostro, hizo pasar la punta de su espada con la velocidad del relámpago por delante del único ojo del capitán, y rebatiendo la mano, á tiempo que Sedeño acudía á la parada por arriba, le metió la espada en el pecho hasta la empuñadura.

Calpuc dejó la espada en la herida, temeroso, si la sacaba, de traerse con ella la vida del capitán: este lanzó una horrible blasfemia al sentirse herido, quiso afianzarse sobre su pié y su pata para no caer; pero al fin vaciló y cayó sobre el costado donde había sido herido.

—Mi esposa ha muerto: exclamó Calpuc, acercándose á él, pero mi hija vive: ¿sabes qué ha sido de mi hija?

—¡Ah! exclamó con una feroz alegría Sedeño: ¿has encontrado muerta á tu esposa, y no sabes qué ha sido de tu hermosa Estrella...? muero, pues, más tranquilo. Doña Inés no puede ser tuya, porque es de la tumba, y tu hija ha huido acaso con al-

gún castellano; acaso con el soldado que me servía... ¡deshonrada! ¡ah! ¡hermosa ramera!

Una tos profunda, hirviente, interrumpió al capitán, que lanzó un vómito de sangre.

—Contesta, contesta y te perdono, exclamó Calpuc: ¿qué has hecho de mi hija? ¿dónde está mi hija?

—¿Para qué quiero yo tu perdón? exclamó con la voz enronquecida Sedeño: yo te desprecio Calpuc, y muero satisfecho porque sé que no tardarás en acompañarme; porque muero dejando por una casualidad preparada mi venganza.

Un nuevo vómito de sangre, sin tos, sin esfuerzo, fácil, como rebosa el agua de una fuente, interrumpió de nuevo al capitán.

Calpuc se aterroró ante aquella oscura amenaza que salía de los siempre crueles labios del moribundo.

—¡Mi hija! ¡mi hija! gritó Calpuc inclinándose sobre el capitán, y sacudiéndole furioso.

Tornó á él Sedeño la vista nublada y vaga por la muerte, sus labios se contrajeron de una manera horrible, y exclamó en medio de una carcajada débil, dolorosa; pero sarcástica y acerada:

—¡Tu esposa! ¡tu hija! ¡las dos! ¡y luego tú!

Su voz se apagó, se agitó en un débil esfuerzo, y faltándole el brazo sobre que se apoyaba, cayó y quedó inmóvil.

Estaba muerto.

Aquella muerte abrió un vacío profundo en el alma de Calpuc.

—¡Ah! exclamó: he sido un insensato: le he matado, y no he podido saciar mi venganza... mi venganza es ya imposible... está muerto... ¡muerto...!

Calpuc quedó inmóvil como una estatua, con una ansiedad mortal pintada en el semblante, con una rabia

espantosa concentrada en sus ojos: luego se volvió de una manera insensata hacia el lecho, se arrojó sobre él, y besó una y otra vez delirante, la fría boca del cadáver.

Luego se alzó, cortó con su daga uno de los negros rizos de doña Inés, y le envolvió en un pedazo de las ropas del lecho que cortó también con su daga: después besó de nuevo el cadáver, y dijo como si este pudiera oírle:

—¡Adios, Inés! ¡Inés de mi alma! yo moriría junto á tí... pero mi vida no me pertenece... pertenece á nuestra hija! ¡tú, cuyo espíritu está sin duda en el seno de Dios, guíame para que pueda encontrarla, fortaléceme para que no sucumba al dolor, y vela desde el cielo por nuestra Estrella!

Después de esto, Calpuc se levantó de sobre el cadáver y se separó algunos pasos; pero volvió de nuevo: parecía que un poder invencible le ataba, le retenía junto al cadáver de su esposa. Por una, dos y tres veces, pretendió en vano alejarse; pero al fin, hizo un violento esfuerzo y salió frenético de la cámara.

Cuando estuvo fuera de ella, se detuvo, volvió su rostro hacia el interior, y rompió á llorar como una mujer desconsolada.

Luego se alejó á paso lento, y salió de la casa, cuya puerta dejó abierta, murmurando una y otra vez con el acento de la más profunda desesperación:

—¡Ni mi esposa, ni mi hija, ni mi venganza!

CAPÍTULO XIX.

DE CÓMO LA JUSTICIA FUE Á CERRAR LA CASA DEL CAPITÁN, DEJÁNDOLA ENTERAMENTE DESHABITADA.

Aquella misma noche algunos monfies enviados por Yuzuf, entraban en

Granada escalando silenciosamente los ya aportillados muros de la muralla que por la parte de la Torre del Aceituno (hoy ermita de San Miguel el Alto), constituían la cerca que lleva aun en nuestros días el nombre del Obispo don Gonzalo.

Aquellos monfies disfrazados, llegaron en secreto y protegidos por la noche y por la soledad del Albaicín, á las casas de algunos moriscos principales, para manifestarles que la noche siguiente llegaría á Granada por los atajos de la sierra, el anciano Yuzuf con seis mil monfies.

Al mismo tiempo algunos adalides del capitán general en traje de arrieros, salían secretamente por las puertas con pliegos para los corregidores de las poblaciones moriscas, en los que se les mandaba que al momento viniesen á Granada con los caballeros particulares y gente de guerra y del comun que pudiesen reunir.

No mucho después de haber salido Calpuc de la casa del capitán Sedeño, un alcalde con una ronda de alguaciles, que, según costumbre, recorría las silenciosas calles, entró en la de San Gregorio: al pasar por delante de la casa de Sedeño, maravillóle ver la puerta abierta y las luces del zaguán encendidas.

—Pues según los bandos, dijo el alcalde, á estas horas debía estar ya cerrada esta puerta, adelantad maese Barbadillo, y decid al que saliere, que la justicia castiga por su descuido al dueño de esa casa, en dos ducados para obras pías.

Adelantó el corchete con su linterna, y entró.

—¡Ah de casa! dijo.

Nadie le contestó.

Así entonces la cuerda de la campana y la agitó: tampoco sobrevino contestación alguna.

Salióse el corchete.

—Señor alcalde, dijo, por el pre-

sente no parece en esa casa más persona viviente, que un caballo que está enjaezado en el zaguán.

—Volved á llamar, maese Barbadi-
llo, volved á llamar.

Llamó de nuevo el corchete con la voz y con la campana desaforadamen-
te; pero no recibió más contestación que las veces anteriores.

Entonces el alcalde Anton de Zal-
duendo, hombre ágrío y seco, de cin-
cuenta años, enhiestó la vara de
justicia, y alegrándose, con esa ale-
gría característica de los curiales
cuando les cae que hacer, esto es, con
una alegría maligna, se entró de ron-
dón por la puerta franca, seguido de
cuatro alguaciles, y dejando dos de
guardia á la puerta.

Después de un escrupuloso regis-
tro, que dió por resultado encontrar
una casa grande, principal, ricamen-
te amueblada y entapizada, sin una
alma viviente y con dos cadáveres, el
alcalde, aumentada su alegría en una
proporción maravillosa, mandó á un
alguacil para que buscase de una ma-
nera apremiante un escribano, y otro
para el cura de la parroquia, á fin de
que acudiese con sus sepultureros.

El escribano libró testimonio de
cómo en una casa grande de la calle
de San Gregorio el Alto, el nombre
de cuyo dueño no se sabía aun, por
no haber habido lugar á indagatoria,
y en una de las cámaras de aquella
casa, se había encontrado por la ron-
da del alcalde de Casa y Corte Anton
de Zalduendo, los cadáveres de una
dama como de cuarenta años, muerta
al parecer de enfermedad, y el de uno,
al parecer por sus divisas, capitán de
infantería española, manco del brazo
izquierdo, cojo de la pierna derecha,
y tuerto del ojo siniestro, muerto á
hierro y al parecer en riña: que ha-
biendo comparecido el licenciado Pero
de Rávago, cura de la parroquia de
San Gregorio el Alto, se le había or-

denado que mandase conducir los dos
difuntos á la iglesia, y que al día si-
guiente los pusiese en sendas cajas de
ánimas en la puerta de la parroquia,
á fin de que los vecinos los vieses,
por si alguno los reconocía; después
de lo cual, y habiéndose llevado los
difuntos los sepultureros, y quedando
en poder del infrascripto escriba-
no, dos espadas y una daga que tenía
sobre sí el difunto, la una espada en
el cuerpo en una herida que le atra-
vesaba de parte á parte, y la otra es-
pada en la mano, sin señal alguna de
sangre, se procedió al inventario y
embargo de los muebles de la casa, y
de dos caballos que se encontraron,
el uno en el zaguán y el otro en la
cuadra, cerrándose y sellándose todas
las puertas por la justicia, y entre-
gándose los caballos al mesonero del
Mesón del Cuervo, en la calle del
Agua, todas cuyas diligencias tuvie-
ron fin y remate al alborear el día 1.^o
de julio del año de 1546.

Como se vé, Yaye, sin duda se ha-
bía llevado consigo las dos sirvientes,
que como hemos dicho habían sido en-
cerradas, puesto que la justicia no en-
contró en la casa persona alguna.

Igualmente se desprende del testi-
monio del escribano, que la justicia
no había dado con la puerta secreta
que ponía en comunicación la casa del
capitán difunto con la de don Diego
de Córdoba y de Valor puesto que ni
una palabra se decía en el testimonio
acerca de la tal puerta.

Pero en un testimonio por separa-
do que había pasado con urgencia el
alcalde Antón de Zalduendo al presi-
dente de la Chancillería, constaba que
en un armario, encontrado en un dor-
mitorio, al parecer de hombre, se ha-
bían hallado papeles interesantísimos
para la salud de la república y el ser-
vicio del rey.

CAPÍTULO XX.

ESTRELLA.

La casa que el wali de los monfies Harum, había procurado á su señor el poderoso emir de las Alpujarras Muley Yaye-ebu-Al-Hhamar, era, como hemos dicho, una bellísima casa; más aun, un pequeño alcázar situado en una calleja angular, que se llamaba entonces la casa de las *Tres Estrellas*, y aun se llama hoy, puesto que la casa y la calleja en cuestión existen.

Debemos decir, que la causa ostensible de tal nombre, son tres estrellas incrustadas en el ladrillo que sirve de clave al arco árabe agramilado de la puerta de la casa, y la causa ostensible de aquel nombre, porque aquellas tres estrellas, más que un adorno son, por decirlo así, un símbolo; lo que queda sobre la tierra, de un tremendo suceso acontecido en aquella casa cuando Granada era de moros, suceso con el cual pensamos confeccionar una leyenda á la que titularemos, Dios mediante *Las Tres Estrellas*.

Mas, volviendo á nuestra narración, nos permitirán nuestros lectores que digamos algo acerca del estado en que se encontraba aquella casa cuando acontecían los sucesos que vamos refiriendo.

Su fachada era pequeña y formaba uno de los lados del segundo ángulo recto de la calle: la pequeña y sencilla, pero bella puerta ogiva de herradura, constituía el frente de la calle, conforme se doblaba el primer ángulo viniendo de la parte de la iglesia de San Gregorio el Alto: el muro á que aquella puerta pertenecía, no tenía perforación, ventana ni respiradero alguno, más que un pequeño

agimez de estuco labrado, con columnas de mármol blanco de Macael, que correspondía á un pequeño mirador con cúpula, situado sobre el tejado de la casa, encima del alero de pino labrado y ennegrecido por el tiempo, mirador que estaba situado á la derecha la de casa, y que se veía desde la calle, merced á la poca elevación de la pared, que constituía el otro lado del ángulo recto que determinaba la calle.

Este mirador era tan esbelto, tan delicado, ¡tan feble, que algunos años hace, fué arrebatado por el huracán un día de tormenta, del mismo modo que si hubiera sido de cartón, ó como las hojas secas de un árbol.

Pasando la puerta se encontraba una especie de zaguán oscuro, pavimentado de mármol, con faja de mosaico ó alicatado en la parte inferior de los muros, que desde aquella faja hasta el techo estaban prolijamente adornado de arabescos, y aquel techo era de bovedillas pintadas con sumo primor y buena elección de colores, para los cuales faltaba luz. Frente á la puerta había un delicado arco que daba paso á un patio muy pequeño, más largo que ancho, en cuyo centro había una fuente abierta en el pavimento, de mármol como el del zaguán: al fondo de este patio había una puerta más pequeña que daba á una estrechísima y oscura escalera que ponía en comunicación el piso bajo con el alto, desembocando en una galería, situada á la izquierda del patio, con barandilla ó balaustrada de pino tallado y agramilado.

El costado izquierdo del patio consistía en un cenador estrecho en el piso bajo, y en la galería que hemos citado en el alto. Esta galería estaba sustentada por una viga maestra labrada delicadamente y apoyada en sus extremos por dos zapatas ricamente talladas, pintadas y doradas; otra vi-

ga enteramente semejante, con iguales zapatas, sostenía el alero que estaba también pintado y dorado. Ambos techos, el del cenador, y el de la galería, eran de ensambladura, con estrellas, escudetes y triángulos cruzados, matizados y dorados, con filetes de blanco y rosa. Ambos muros, el superior y el inferior, estaban ornamentados con fajas de azulejos ó mosaicos, labor de estuco, pintadas inscripciones y follajes. En ambos muros había dos puertas de herradura, con elegantes nichos para las babuchas en la parte media de sus gruesos, diferenciándose solo estas dos puertas, cuyos festones y enjutas estaban primorosamente labrados, en que la del cenador era mayor que la de la galería.

Por la puerta inferior se entraba en una cámara oscura; pero riquísima en su pavimento de mosaico, en sus arabescos y en su techo; á los extremos de esta sala había dos pequeños alhamíes ó alcobas. Por la puerta de la galería se entraba á otra sala enteramente igual; pero más baja de techo y variada en el adorno; al extremo de la galería había una pequeña puerta que daba á una escalera. y aquella escalera desembocaba en una escalera, y aquella escalera desembocaba en un pequeño corredor oscuro, que iba á dar al mirador que se veía desde la calle.

Este mirador era perfectamente cuadrado y apenas de tres varas de extensión. Tres de sus costados tenía ajimeces cubiertos por celosías y por cortinas de seda carmesí; en el otro costado estaba la puerta. El friso de este mirador se hacía octógono, y sobre él se veían diez y seis bellísimas ventanas transparentes de estuco, sobre las cuales se levantaba una cúpula de estalactitas, que remedaba con sus colgantes una gruta de hadas.

Todo en aquel mirador era delicado, bello y rico: el mosaico menudo, caprichoso, ejecutado con sumo primor; las pechinas de agallones, que naciendo de los ángulos, determinaban la figura octógona del friso; los adornos, las inscripciones, los colores todo perfectamente ejecutado, todo perfectamente concluido; un hermoso sueño de un hábil alarife realizado en miniatura.

En aquella pequeña estancia había un diván de seda y oro; cortinas magníficas en la puerta y en los ajimeces y un bello perfumero de plata.

Además, pendiente de la cúpula había una lámpara de seda, y de cuatro de los cupulinos del octógono, cuatro jaulas de plata doradas en que vivían aprisionados cuatro ruiseñores.

Estas eran las habitaciones que constituían la parte bella y artística de la casa de las Tres Estrellas. A las demás dependencias, habitaciones de los criados y caballerizas, se entraba por el postigo de una huerta situada á espaldas de la casa y la comunicación estaba abierta en el muro derecho del patio por una puerta sencilla.

En lo que hoy existe de la casa solo se encuentra parte del plano, y algunos restos de estucos, adornos y pinturas, gastados, corroidos, ennegrecidos por el tiempo.

Aquella casa es hoy el esqueleto mutilado de lo que fué.

A aquella casa fue á donde Yaye hizo conducir á Estrella desmayada, y á donde también fueron llevados, como hemos dicho anteriormente, el soldado que servía al capitán Sedeño, y las dos sirvientes que habla en la casa.

Estrella fué conducida al bello mirador que hemos descrito.

La infeliz jóven tardó mucho tiempo en volver de su desmayo; acompa-

ñábala Yaye, que observaba su estado, lleno de interés y de caridad; ya sabemos, que la caridad era la virtud culminante de Yaye: una caridad *sui generis*; pero al fin el joven llamaba caridad al dulce sentimiento que le hacía experimentar, en mayor ó menor grado, toda mujer hermosa colocada en ciertas circunstancias, y nosotros nos hemos propuesto respetar la conciencia del joven emir; pero era muy extraño que la caridad de Yaye no se extendiese á los hombres ni á las mujeres feas ó viejas: era, en todo caso, una caridad muy condicional.

La circunstancias en que había encontrado Yaye á Estrella habían sido eminentemente extraordinarias: Estrella, por su posición, por su juventud, y por su magnífica hermosura, impresionaba fuertemente el alma entusiasta expansiva y ardiente de Yaye; se sentía arrastrado por ella á una caridad sublime, caridad llena de goces y de placeres, que le hacía sentir una emoción dulce, lánguida, fresca, odorífera, si se nos permiten estas dos últimas extrañas calificaciones: caridad que era de todo punto independiente del amor que le inspiraba doña Isabel de Valor, amor que había empezado también, al menos así lo creía Yaye, por un impulso caritativo. Doña Isabel era para el joven la luz de su alma, su amor contrariado, su empeño: doña Estrella, un ser débil, necesitado de protección, una hermosa flor que la desgracia había arrojado ante los piés del emir, y que estaba ante él pálida, privada de sentido, y sufriendo de una manera interna, ó, por mejor decir, orgánica. Yaye se había dicho, respondiéndose á sí mismo, y como queriendo calificar el lazo que le unía á aquellas dos mujeres, tan jóvenes, tan puras, y tan desgraciadas las dos.

—Estrella será mi hermana; Isa-

bel.... Isabel si no puede ser mi esposa, será mi amante: Isabel será mía.

Pero entre tanto no volvía en sí Estrella; el sacudimiento que había sufrido el alma de la pobre niña había sido demasiado fuerte para que el accidente causado por él fuese pasajero. Continuaba el desmayo y aquella congoja muda que hacía presentir acaso una afección mayor y más peligrosa, si la ciencia no acudía al socorro de Estrella. Yaye estaba realmente preocupado, casi aterrado, porque quería tener oculta á Estrella, y no se fiaba de nadie absolutamente más que de los monfies.

El joven estaba solo con ella. La había rociado el rostro con agua; la había hecho aspirar las fuertes esencias que los moros sabían extraer de las flores y de las plantas, y Estrella no había vuelto en sí. Yaye no se había atrevido á desembarazarla de la presión de sus vestidos, ni la había tocado más que con una mirada ardiente, es verdad; pero ardiente de caridad. Al fin, cuando ya estaba casi resuelto, en vista de la duración del accidente, á tomar, contra su voluntad y de una manera desesperada, una resolución más eficaz y decisiva, Estrella suspiró profundamente y abrió con languidez los ojos, sus hermosísimos ojos negros, á los que el dolor y la ansiedad hacían más hermosos, irresistibles.

Poco á poco fué volviendo al uso de sus facultades; se levantó sobre el diván, pasó sus pequeñas manos por su frente, se apartó las pesadas bandas de sus cabellos, que se habían desordenado, y miró en torno suyo.

No preguntó donde se encontraba, no nombró á su madre, no se entregó á ese dolor ruidoso, que grita, se retruece, se exhala de mil maneras, que serían ridículas á no ser por lo terrible de la causa que las motiva. Nada dijo á Yaye, únicamente le asió una

mano, y se la besó, dándole las gracias por la protección que la había dispensado con una mirada velada por lágrimas; mirada que hizo estremecerse de los pies á la cabeza á Yaye.

Luego se replegó sobre sí misma y Yaye la sintió llorar en silencio.

Hay momentos en que toda palabra de consuelo es inoportuna y aun cruel, porque aviva el dolor en vez de calmarle: el jóven emir lo comprendió así y dejó á Estrella abandonada á su dolor; pero no se atrevió á dejarla sola; hacía calor en aquel reducido aposento, y Yaye descorrió los tapices de la puerta y de los agimeces y abrió las maderas; frescas oleadas de las auras nocturnas cruzaron por el interior del mirador y uno de los ruiseñores rompió en un magnífico trino.

Yaye tomó la jaula, la descolgó y llevó fuera el ave cantora: parecióle que la alegría tranquila del pájaro debía punzar el alma lastimada de Estrella; los otros tres ruiseñores fueron desterrados también á una habitación inmediata, donde, dominados por la oscuridad, guardaron silencio.

Cuando entró de nuevo Yaye en el mirador, encontró á Estrella más tranquila; había variado de posición, estaba abandonada voluptuosamente en el diván, sin duda por casualidad, y apoyaba su cabeza en una de sus manos cuyo brazo se hundía en los almohadones.

Sus grandes ojos negros, en los cuales se había secado el llanto, aunque conservaban una profunda expresión de dolor y de ansiedad, se fijaban lúcentes en Yaye, en cuyo semblante se posaron algún tiempo.

Luego aquellos ojos irresistibles parecieron aumentar su fuerza, su brillo, su expresión; se entreabrieron los rojos labios de Estrella, y Yaye la oyó murmurar con un acento apagado y ardiente, semejante á un suspiro:

—¡Oh! ¡gracias! ¡gracias, caballero! ¡cuánto os debo! ¿sin vos qué hubiera sido de mí?

Yaye no supo qué contestar y contestó á la ventura lo primero que se le ocurrió.

—Dios sin duda os hubiera amparado, dijo.

—Y ¿quién sino Dios, ha podido llevaros á mi lado en la terrible situación por que acabo de pasar?

—¿Creéis que haya sido Dios quien me ha traído á vuestro lado? dijo Yaye pronunciando también estas impías palabras á la ventura, porque estaba trastornado.

—Y ¿quién sino Dios, respondió con acento sonoro y solemne Estrella, ha podido valerse de vos para que consoléis á una pobre madre moribunda y amparéis á una huérfana infortunada? ¿Quién sino Dios pudo haber hecho que nos encontráramos y nos conociéramos en aquel mesón de las Alpujarras? ¿quién sino Dios, ha podido inspirar á mi madre, á mi infeliz madre, para que me ponga bajo vuestra protección? ¿Creéis que Dios no habla por la boca de los moribundos?

—¡Creéis que Dios haya hablado por la boca de vuestra madre? exclamó Yaye, que seguía hablando abandonado á sí mismo. ó por mejor decir, abandonado á aquella situación que le presentaba á Estrella con el triple incentivo de su hermosura, de su dolor y de su infortunio.

La caridad había tomado en aquella situación tales proporciones en el alma de Yaye, que le quemaba en un fuego voraz, le envolvía en una atmósfera ardiente, dominaba su corazón, que flotaba en una región de sueños desconocidos; en una palabra, Yaye estaba embriagado, dominado, loco, y sin voluntad, por decirlo así, de una manera instintiva, como atraído por una influencia magnética, se

sentó en el diván al lado de Estrella.

—Si, sí; Dios ha hablado por la boca de mi infeliz madre, dijo la jóven; Dios ha tenido compasión de mí, y al herirme tan profundamente en mi amor de hija, ha abierto para mí una fuente de consuelo, presentándome un alma noble, á la cual unir mi alma...

Estrella que hablaba sin reflexión, abandonada á su dolor, á su necesidad de consuelo, se contuvo, porque un rayo de razon brilló en medio de su delirio.

Yaye no se atrevió á pronunciar una sola palabra; otro rayo de razón le había hecho comprender la gravedad de las palabras de Estrella.

Pero como nuestro corazón es siempre exigente y despótico y siempre sale vencedor en sus luchas con la cabeza, Estrella, alma ardiente como el suelo en que había nacido; fuerte y poderosa, porque se había fortalecido en la desgracia; sedienta de felicidad, la sed más implacable del corazón; voluntariosa, como es voluntarioso quien siempre ha estado luchando con un imposible, y ansiosa de afectos, como que solo había gozado del desesperado afecto de su madre, á la que acababa de perder, no tuvo fuerza para contenerse en la pendiente sobre la cual la había puesto su situación, ó, tal vez desesperada, importándola poco todo lo que en el mundo se respeta como conveniencia, continuó infiltrando en Yaye todas las ardientes pasiones que se exhalaban por su magnífica mirada, y dijo con voz temblorosa de temor y de dolor.

—¡Estoy sola en el mundo! ¡sola y desesperada!

—¡Sola! exclamó Yaye con un tímido acento de reconvencción.

—¿Cómo os llamáis? dijo Estrella, sin apartar su mirada poderosa de los ojos de Yaye: he oido vuestro nombre

pero... lo he olvidado... lo he olvidado todo... ¡Oh, Dios mío! ¡mi cabeza! ¡tengo aquí un infierno!

Y se oprimió con ambas manos la frente.

Yaye tomó las manos, las separó de su cabeza y las retuvo entre las suyas, sin que Estrella hiciese el más leve esfuerzo, la menor indicación para desasirse; por el contrario, las manos de los dos jóvenes se estrechaban fuertemente y se trasmitían un fluido irresistible, mientras sus miradas se devoraban y se confundían.

Entrambos estaban pálidos, solemnemente graves, confundiendo sus almas, entregados el uno al otro, como si nada existiese en el mundo más que ellos, como si hubiesen sido el primer hombre y la primera mujer.

Sin embargo, Yaye al contestar á la pregunta de Estrella, mintió en cierto modo, no sabemos por qué.

—Me llamo Juan de Andrade, la dijo.

—¡Ah no, no! dijo Estrella; ese no es el nombre de un rey: ¿por qué me engaáis cuando os preguntan mi dolor y... mi alma?

Estrella iba á decir mi amor, pero el pudor, que el mundo ha fabricado para la mujer, la contuvo y la hizo dar tortura á la frase.

—¡Ah! perdonad, pero sois cristiana, y no me he atrevido á deciros que me llamo Sidi Yaye, y que soy emir de los monfies de las Alpujarras,

—¿Y qué importa? mi padre se llama Calpue y es rey del desierto mejicano: somos hijos y señores de dos pueblos dominados por los españoles. Los enemigos de cada uno de nosotros son nuestros mismos enemigos. ¿No creéis que Dios ha querido sin duda que dos que llevan en su frente una corona de desventuras se encuentren y se unan?

Yaye se acordó, estremeciéndose, del extraño y terrible desposorio efec-

tuado con los dos por una moribunda, y detrás de aquel solemne y sombrío cuadro que le representaban sus recientes recuerdos, vió pasar la sombra de Isabel de Valor, pálida, triste, desesperada.

—¡Que Dios ha querido que nos unamos! exclamó.

Por fortuna la voz de Yaye era tan temblorosa que la altiva Estrella no pudo notar el profundo terror de que eran hijas las últimas palabras de Yaye.

—¡Oh! y oid, porque si no os lo digo ahora que estoy desesperada, no os lo diría nunca; si Dios quiere que mis desgracias tengan fin, que goce algunos años de reposo sobre la tierra, será necesario que nuestras almas se unan, porque yo os amo.

Por esta vez Estrella no vaciló al pronunciar las palabras que expresaban su supremo pensamiento, sino que las lanzó con una entonación firme, sonora, vibrante, llena de voluntad.

Yaye exhaló un grito que tanto podía parecer de espanto, como de alegría, como de placer.

Y era que el amor de Estrella, producía en él al mismo tiempo aquellas sensaciones.

—Si, yo os amo: el día en que os ví en el mesón de las Alpujarras os estuve contemplando largo espacio antes de hablaros: estábais distraído, profundamente preocupado; no sé qué teníais en vuestra mirada de sufrimiento, de ansiedad, de desesperación, pero comprendí que érais desgraciado. ¡Desgraciado! yo también lo era, y el sufrimiento es ya un vínculo bastante fuerte para acercar la una á la otra á dos almas desesperadas. Después cuando os hablé, me ofrecísteis con toda la expansión de vuestra alma una generosa ayuda, y yo confié en ella, como siempre he confiado en Dios. Después nos sepa-

ramos. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que nos vimos por la primera vez? yo no lo sé, yo no he medido ese tiempo; pero durante ese tiempo no he dejado de pensar en vos, ni ha habido un instante en el que no haya sido más íntimo el recuerdo que me inspirábais que en el instante anterior. Yo os esperaba: no sabía cuándo ni cómo os presentaríais á mi vista; pero yo estaba segura de volveros á ver, segura de que me salvaríais, segura de que un día seríais para mí más que un recuerdo; más que un hombre, más que un hermano: estaba segura de que seríais mi alma.

La expresión del semblante y de la mirada de Estrella llegó al último desarrollo de pasión que podían prestarla el amor, el dolor y la esperanza: Yaye sintió que su alma se fundía, por decirlo así, en aquella mirada; una fruición suprema ensanchó, dilató todo su ser, se sintió trasportado á un paraíso, arrancado de la vida siempre fatigosa del mundo, como transformado en otro ser, cuya vida era más fácil: decimos que se sintió, y hemos dicho mal: Yaye no podía darse razón de su sentimiento; aquel sentimiento era más poderoso que la razón que compara y juzga: aquel sentimiento le arrastraba, y en el colmo de su fascinación, de su transporte, atrajo hácia sí á Estrella.

La jóven se dejó arrebatar por el mismo sentimiento; pero la presión convulsiva de los brazos de Yaye, y un ardiente beso que éste estampó en sus labios, exhalando por él todo el volcán que ardía en su alma, la despertaron de su delirio y rechazó á Yaye.

—Aún está caliente el cadáver de mi madre, exclamó con un acento en que vibraban á un tiempo el pudor y el dolor; aún no sois mi esposo.

Yaye despertó á su vez y comprendió que envuelto por la fascinación

que había arrojado sobre él á torrentes Estrella, había dado un paso del cual no podía volver atrás sin dar derecho á una mujer á que le llamase infame.

Su caridad, su singular caridad, le había llevado hasta aquel punto: su semblante se entristeció, se dobló sobre el diván y se cubrió el rostro con las manos.

Estrella se conmovió; le amaba y el amor es la caridad de la mujer: se acercó á Yaye, le apartó las manos del rostro, como antes había hecho Yaye con ella, le miró frente á frente con una expresión dulcísima y con los ojos llenos de lágrimas, y le dijo:

—Me habéis hecho mucho bien, habéis abierto para mí una nueva vida y ya no estoy sola en el mundo: me amais..., ¡oh! ¡sí!, ¡me amais! Sed mi esposo, pero respetad el dolor y la honra de vuestra esposa..., yo os amo con toda mi alma..., ¡pero abrir los brazos á la felicidad cuando mi pobre madre..., cuando aún no está santificada nuestra unión...!, ¡oh! ¡no!, eso sería una profanación y un olvido imperdonable de lo que mutuamente nos debemos..., yo no os culpo..., la situación en que nos encontramos debe haceros comprender que solo mi desesperación ha podido hacer que yo sea la primera de los dos que hable de amor, y que vos os hayais dejado arrebatar por vuestro amor... ¡Oh! ¡Dios mío!, ¡cuanta desgracia y cuanta felicidad á un tiempo!

Y Estrella rompió á llorar; pero de una manera convulsiva, en una de esas terribles reacciones del dolor, que es tanto más fuerte cuanto más se medita en el valor de lo que se ha perdido.

Yaye estaba enteramente desconcertado y no sabía qué hacer.

En aquel momento se oyó un golpe recatado en una de las puertas interiores, y Yaye se dirigió á Estrella.

—Calmaos, calmaos por Dios, le dijo: me veo obligado á dejaros sola y quiero dejaros más resignada.

Resonó otro golpe más fuerte y más impaciente.

—¡Dejarme sola!, exclamó Estrella.

—Sí; algo grave debe acontecer cuando mis gentes se atreven á llamarme y con insistencia. Oid.

Había resonado un tercer golpe.

—Id, id, dijo Estrella, nada temais, esto pasará..., id donde os llaman.

—Pero estais desesperada..., y lo temo todo...

—¡Oh! nada temais, porque os amo y necesito vivir para mi amor.

Yaye estrechó una mano que le presentó Estrella, la besó y salió.

Apenas había salido Yaye, Estrella se levantó de una manera enérgica: sus ojos resplandecían con un brillo inconcebible, y su mirada parecía fija en la inmensidad; estaba pálida, temblorosa y su boca entreabierta tenía una expresión de fuerza y de voluntad inconcebibles.

Luego cayó de rodillas, levantó sus brazos y sus manos al cielo, y exclamó con un acento sublime, que parecía emanado del fondo de su alma:

—¡Oh madre mía!, ¡madre mía!.. perdóname si cuando acabo de perderme me he atrevido á hablar de amor! ¡Estoy sola en el mundo y necesito vengarte! Ese hombre te vengará, sí, te vengará aunque me vea obligada á sersu manceba, su esclava!, ¡ese hombre te vengará!, ¡yo te lo juro!

Luego se alzó y se sentó pensativa en el diván: después de su juramento había recobrado una calma terrible, y sus ojos se habían secado. Luego la reflexión se fué apoderando de ella y arrojó una mirada indagadora al fondo de su alma.

—Oh, Dios mío!, exclamó: ¿le amaré acaso...?

Se pasó la mano por la frente, palideció aún más, y luego dijo como traduciendo en palabras lo que su corazón le decía en sensaciones:

—¡Oh, sí, le amo!, no he podido olvidarle desde el día en que le ví, y hace un momento, á pesar de mi dolor, una fuerza irresistible me ha arrastrado, y he estado á punto de ser suya..., ¿y él, él me amará?, ¡oh! ¡sí!, ¡ha sido generoso!, ¡ha respetado mi dolor y mi pudor!, ¡pero Dios mío!, ¡sí no me amará!, ¡sí solo hubiese cedido á mi dolor y... á mi hermosura!, ¡sí solo me hubiese respetado por caballero!, ¡oh, Dios mío!, ¡al sentir esta duda conozco que le amo con toda mi alma!, ¡oh, Dios mío! ¡ya que me has arrebatado mi madre, dame su amor!, ¡permite que sea su esposa!

Yaye entró en aquel momento.

—Suceden cosas gravísimas, Estrella, le dijo con precipitación; me es imposible vengar á vuestra madre.

—¡Que os es imposible vengar á mi madre!, exclamó profundamente Estrella.

—Sí por cierto, porque el capitán Sedeño ha sido muerto esta misma noche á estocadas.

—¡Muerto á estocadas! ¿y por quién? exclamó con anhelo Estrella.

—Aun no puedo decirlo quién es el hombre que le ha muerto: debe ser un hombre que salió de la casa del capitán algún tiempo después que este había entrado en ella de vuelta de un viaje.

—¿Con que el infame capitán Sedeño ha sido muerto por otro hombre en su misma casa, acaso delante del cadáver de mi pobre madre?

—Tal vez.

—¿Y quien es ha dado esas noticias? añadió Estrella cuyo interés crecía.

—Uno de mis más leales servidores, á quien dejé con algunos de los

míos en observación de la casa del capitán.

—¿Y no podrá averiguar quién ha sido el hombre que ha matado á Sedeño.

Acaso, puesto que uno de mis monfies ha seguido recatadamente á ese hombre y ha visto que entraba en una casa en Bibarramba.

—¡Muerto el infame Sedeño!

—Y no es esto sólo; poco después una ronda entró en la casa que encontraron abierta y abandonada, salieron dos alguaciles, y volvieron con un escribano y con el cura de la parroquia de San Gregorio á quien acompañaban.... algunos sepultureros.

—¡Ah! exclamó Estrella cuyo dolor se avivó: ¡ya no volveré á ver á mi pobre madre!

—Su cadáver y el de Sedeño fueron sacados de la casa y conducidos á la Iglesia: uno de mis monfies se hizo el encontradizo con uno de los alguaciles á quien por acaso conocía, y supo por él que el capitán había sido encontrado atravesado por una espada, y muerto en la misma cámara de vuestra madre.

—¡Oh! ¡cuan justiciero es Dios! exclamó Estrella.

—Pero no es esto lo que me obliga á separarme de vos; asuntos que conciernen al pueblo, cuya corona ciño, me imponen el imperioso deber de ir á ocupar el puesto de honor que me corresponde.

—¿Vais á combatir con los cristianos? exclamó anhelante Estrella.

—Es muy probable.

—Podéis morir en el combate.

—Es muy posible.

—¿Y yo...?

—Vos seréis....

Detúvose indeciso Yaye.

—¿Qué seré yo...?

—Seréis... la viuda de un rey que

ha muerto con la espada en la mano en defensa de su pueblo oprimido.

—Partid, partid, señor, dijo Estrella cediendo á su amor y arrojándose en sus brazos: partid; Dios no querrá que murais, porque Dios no querrá hacer más grande mi desesperación.

Y apoyando su cabeza sobre el hombro de Yaye lloró.

—Es necesario separarnos en el momento, la dijo Yaye levantándola entre sus brazos; para cuidar de vos señora, queda un hombre que velará por vos, y si muero queda encargado de servirlos y de acompañaros. Vais á comer á ese hombre.

Estrella se separó de los brazos de Yaye y se enjugó las lágrimas.

—¡Hola! ¡wá! Harum! dijo Yaye asomándose á la puerta.

Harum que venía completamente vestido á la castellana, apareció en la puerta y se inclinó profundamente ante Yaye, como se habría inclinado un wá! antiguo ante un califa de Córdoba.

Estrella se había sentado en el diván y tenía la actitud digna y altiva de una sultana.

—Mientras yo esté ausente, dijo Yaye, servirás y obedecerás á esta señora, como me servirías y me obedecerías á mí mismo. Si yo muriese, seguirás sirviéndola y obedeciéndola como si fuese mi hermana.

—Será como queráis que sea, poderoso señor.

—Ahora, doña Estrella, adios, dijo el jóven acercándose galantemente á ella y besándola una mano.

—¡Adios! ¡adios! dijo Estrella; ¡que la Santa Virgen os proteja y os dé ventura!

Los ojos de Estrella se arrasaron de lágrimas, y la fué necesario hacer un violento esfuerzo para contener su llanto.

¶ Pero cuando salieron Yaye y Harum, aquel llanto brotó libremente, y

Estrella exclamó entre sus sollozos.

—¡Que me sirva como si fuera su hermana! ¿por qué no ha dicho que me respete y me sirva como si fuera su esposa?

Entre tanto Yaye decía á Harum.

—¿Para atender á las necesidades de esa dama mientras yo esté ausente tienes oro bastante?

—Sí señor.

—Antes de emprender mi expedición, que será al momento, yo dejaré dispuesto lo necesario para que si muero te entreguen del tesoro de mi corona, lo que baste para atender á la subsistencia honrada de esa dama durante toda su vida.

—¡Morir! ¡señor! ¡morir tan jóven y tan valiente! ¡eso no puede ser! el Altísimo y Unico velará por vuestra vida, que es la esperanza de vuestro pueblo.

Como llegaban entonces á las puertas de la casa, Yaye que había tomado una capa, una gorra y una espada, salió solo y se encaminó á largo paso á la calle del Zenete, á la casa donde había vivido con Abd-el-Gewar y en donde había conocido á doña Isabel de Córdoba y de Valór.

CAPÍTULO XXI.

LOS REQUES DEL ALBAICIN.

El anciano Abd-el-Gewar no supo lo que le acontecía cuando vió ante sí al jóven.

En el primer momento se arrojó á sus brazos, le besó como pudiera haberlo hecho después de una larga ausencia su madre, y lloró y rió, como un niño ó como un loco.

—¡Oh! ¡gracias al Todopoderoso, exclamó, que te vuelvo á ver! ¿Dónde habéis estado, caballero, durante un mortal y abominable mes?

—He estado en las entrañas de la tierra, y ahora salgo de ellas.

Por más que hizo Abd-el-Gewar no pude sacar otra contestación á Yaye.

Abd-el-Gewar le ponderó el mortal cuidado en que había tenido á su padre y á él mismo su pérdida; los esfuerzos que se habían hecho por encontrarle, por último, que habiendo llegado el caso de un levantamiento general, era necesario que le acompañara para darle á reconocer como emir de los monjes al lugar donde debían reunirse los xeques y los príncipes moriscos de la ciudad.

Con este objeto salieron de la casa mucho después de la media noche, y subiendo por las agrias cuestas que conducían á la torre del Aceituno, entrando en una casa aislada en medio de huertos, mediante una seña que rindió á la puerta Abd-el-Gewar.

Hiciéronle atravesar varias habitaciones oscuras; bajaron unas largas y pendientes escaleras, y al fin entraron en un gran espacio de bóveda alta, sostenida en pilares, que por el revestimiento verde y viscoso de sus paredes y por su pavimento resbalizo y húmedo, parecía una cisterna ó algibe.

Al fondo había algunas sillas y una mesa con un belon de cobre encendido, y delante de la mesa, formando cuadro con ella, dos escaños.

En aquellas sillas y en aquellos escaños había como hasta treinta hombres, la mayor parte de ellos ancianos.

Todos tenían impreso en su semblante el sello típico de la raza mora; todos estaban sobreexcitados, pálidos y con las miradas chispeantes.

Cuando entraron Yaye y Abd-el-Gewar, y antes de ser notados, un anciano de rostro noble y ánergico, que parecía hacer algún tiempo que dirigía la palabra á los demás, según la altura á que se encontraba su párrafo, decía:

—Y cuando tantas desgracias nos oprimen; cuando han llegado ya al extremo, como os he hecho notar, los ultrages de los cristianos, ¿sufrimos cobardemente por más tiempo el yugo? ¿Qué importa que don Diego de Córdoba y de Valor, el hombre que estábamos decididos á proclamar rey después del triunfo, si el Altísimo se digna concedérselo apiadado de nosotros; el que reconocíamos por cabeza durante la desgracia, qué importa, repito, que ese hombre nos haya abandonado, y que cuando, extrañando su tardanza se ha ido á buscarle á su casa, se nos diga que ha sido llamado y preso por el capitán general? ¿no hemos lanzado ya todo temor? ¿no hemos desenterrado el viejo arcabuz y la coraza de nuestros padres, decididos al combate? Decís que, sin duda don Diego, apegado al regalo que le proporcionan sus riquezas, ennoblecido por el rey de España, nuestro enemigo, y honrado con mercedes, nos abandona en el momento del peligro, nos vende, y para cubrir las apariencias se hace prender por el capitán general. En buen hora: así nos ha avisado á tiempo de que es traidor á su ley y á su patria, y podemos volver los ojos á otra persona más digna y más valiente para ceñir á su cabeza la corona del reino. Pero decís: si don Diego nos ha hecho traición descubriendo nuestros intentos al capitán general, estos intentos fracasan. No lo creáis: el plazo es corto. El capitán general no puede tener mañana más soldados que los que tiene hoy, y en todo caso, su refuerzo se reducirá á doscientos ó trescientos hombres más, poco acostumbrados á la guerra, que podrían venir de las villas inmediatas. Si el golpe se retardara algunos días, podría ser imposible, porque los tercios de la costa, y los presidios del reino de Granada vendrían á ocupar la ciudad. Por lo mismo es

necesario no cejar en lo comenzado, y dar el golpe, como se tenía preparado mañana mismo, y si fuera posible, esta misma noche; pero es necesario esperar á los seis mil monfies, que llegarán mañana con Muley Yuzuf de la sierra, y á falta de capitán del alzamiento por la prisión de don Diego de Valor nombrar uno entre nosotros.

—Ese capitán os le traigo yo, dijo Abd-el-Gewar, interrumpiendo al orador.

—Es Abd-el-Gewar, el santo faquí, dijeron algunas voces.

Todos se levantaron y saludaron á Abd-el-Gewar.

Cuando se hubo restablecido el orden, momentáneamente turbado por la aparición del anciano faquí y de Yaye, preguntó el xeque que parecía presidir aquella reunión revolucionaria:

—¿Y quién es ese capitán que nos traes, Abd-el-Gewar?

—Ese capitán es el jóven que me acompaña.

—¡Cómo! ¿y á un jóven casi imberbe, dijo con desdén el orador que había sido interrumpido por Abd-el-Gewar, casi á un niño, hemos de entregar la suerte del reino?

—¿Y qué dirías, exclamó Yaye, adelantando con altivez al centro del espacio determinado por los escaños y por la mesa, qué dirías, si ese niño imberbe os dejase abandonados á vosotros mismos?

—¡Soberbia ayuda la tuya, rapaz! exclamó con desprecio el orador.

—¡El reino de Granada es mio, como son mías las Alpujarras! exclamó con una cólera mal contenida Yaye: y todos vosotros no sois más que mis vasallos, mis siervos naturales, que debéis escuchar de rodillas la expresión de mi voluntad.

—¿Quien eres tú que así te atreves á insultarnos? exclamó con cólera el Homaidi, feroz anciano que pre-

sidía la reunión, que dejó la mesa y se vino furioso hácia Yaye.

El jóven le asió con una mano de hierro, le dobló y exclamó con acento vibrante:

—¡De rodillas, esclavo, ante el emir de los monfies!

—¡El emir de los monfies! exclamaron absortos todos los circunstantes.

—Sí: el emir de los monfies, el magnífico Muley Yaye-ebn-Al-Hhamar, dijo Abd-el-Gewar, gozoso al ver que Yaye á pesar de su educación medio castellana, poseía el terrible y altivo arranque, la mirada omnipotente y la terrible altivez de los déspotas musulmanes; sí, el emir de los monfies es el que tenéis delante.

—¡La prueba! exclamaron en coro muchos de aquellos hombres, mientras los demás miraban con recelo á Yaye y á Abd-el-Gewar; ¡la prueba de que ese mancebo es el emir!

—¿Acaso Homaidi, ayer en las Alpujarras de donde acabas de venir, no te dijo el poderoso, el valiente Yuzuf, que había hecho renuncia de su corona y de su dignidad en su hijo Sidi-Yaye?

—Es verdad.

—¿No os he dicho yo muchas veces cuando me preguntábais si era mi hijo ese mancebo que su padre era un noble y poderoso señor?

—Sí.

—Pues bien, hé ahí que el padre de este noble mancebo es Yuzuf-Al-Hhamar, el emir de las Alpujarras.

Desvanecida la duda, porque nadie podía dudar de la veracidad de las palabras del anciano faquí; notóse un cambio completo en la disposición de los xeqes respecto á Yaye: sin embargo, el Homaidi se atrevió á decir:

—El emir de las Alpujarras no es el rey de Granada: bien lo sabéis: los xeqes del Albaicén habían elegido por su señor á don Diego de Valor,

según le llaman los cristianos, á Yuzef-Abèn-Humeya, según le llamamos nosotros.

—¡Si! dijo con desprecio Yaye, ¡al miserable cobarde que doblegaba la cabeza ante el cristiano, y aceptaba mercedes de sus reyes, mientras los monfíes vivían sueltos y libres merced á su valor y á una guerra continua en la montaña! ¡al infame traidor que, cuando llega la hora del combate, vende los secretos de su pueblo y con ellos su libertad, y se hace prender por el capitán general de Granada para encubrir su traición! vosotros lo habeis dicho; vosotros habeis acusado de ese delito á don Diego de Valor.

—¿Y quién nos asegura de que no habeis sido vosotros, los monfíes, los que habeis delatado, para que sea preso, y en su falta, acusándole de traidor, venir á reclamarnos la corona de Granada? dijo otro de los ancianos.

—No necesito yo, emir de los monfíes vuestra ayuda, cuando vivís enervados, y envilecidos, bajo el yugo. Por el contrario vosotros no podreis alzarnos sin que mis monfíes os ayuden. ¿De quién es el poder? ¿De quién la fuerza?

—Es verdad, dijo el Homaidi, sin tu ayuda emir, nada podemos hacer los de Granada. Pero una palabra no más para que concluya esta enojosa disputa y podamos consagrar todo nuestro tiempo á la salud del reino. ¿Estás dispuesto á jurar sobre este santo Koran, (y abrió un libro ricamente forrado que estaba sobre la mesa) que ninguna parte has tenido en la prisión de don Diego de Valor?

—Lo juro, dijo el joven con voz segura y tendiendo una no menos segura mano sobre el Koran.

—¿Juras que ninguna traición has cometido contra nosotros?

—Lo juro.

—Pues bien, te creemos bajo tu juramento. Ahora, amigos, añadió vol-

viéndose á los demás xeques; ¿admitimos por nuestro capitán al emir?

—Sí dijeron á una voz todos.

—En cuanto á lo de ser rey de Granada, Muley Yaye continuó al Homaidi, primero es triunfar de los cristianos.

—Triunfaremos, dijo con gran aliento Yaye.

—Después, continuó el Homaidi, el reino te elegirá ó no por su rey.

—El califa es el vencedor, dijo Yaye apoyándose en una prescripción del Koran, y yo que venceré al cristiano, venceré también al que quiera disputarme la corona.

—Eres valiente á pesar de tus pocos años, emir, dijo otro de los ancianos, y si Dios pone la victoria en tus manos serás un esclarecido rey.

—¿Con cuanta gente de armas contamos en Granada? dijo Yaye entrando de lleno en sus funciones de capitán de la empresa.

—Con cuatro mil.

—¿Todos fuertes?

—Todos valientes y experimentados.

—¿Tienen armas?

—Sí.

—¿Dinero?

—Sí.

—¿Están ordenados en taifas?

—A una señal de las dulzainas y de las atakebiras, cada cual irá á reunirse al lugar que le está señalado.

—¿Quiénes son sus capitanes?

—Yo, y yo, y yo, dijeron algunos ancianos.

—Pues bien; id á avisar á vuestra gente que estén dispuestos para mañana á la noche á la primera señal: tú Homaidi, y tu Abd-el-Gewar, permaneced conmigo.

Los xeques salieron y se quedaron solos con Yaye los otros dos ancianos.

Agrupáronse alrededor de la mesa.

y se pasieron á tratar de los preparativos de la insurrección.

CAPÍTULO XXII

DEL TRISTÍSIMO Y HORRIBLE ENCUENTRO QUE TUVO UN CABALLERO AL ENTRAR EN GRANADA.

Al día siguiente, como á las doce de la mañana, atravesaba por el lugar de Alfargue, próximo á Granada, un caballero como de sesenta años, ginete en una mula y defendiéndose del sol, que picaba demasiado, con una ancha sombrilla. A su lado izquierdo cabalgaba un escudero viejo, ginete también en una mula, y detrás, caballeros en rocines, iban como una docena de lacayos jóvenes y robustos, armados á la gineta.

Dos de estos lacayos llevaban del diestro dos caballos fuertes enjaezados de guerra, sobre el caparazón de acero de cada uno de los cuales, iba una armadura, y otro lacayo llevaba, asimismo del diestro, una acémila cargada con dos grandes cofres.

El que parecía señor de toda esta gente, el caballero de los sesenta años, era un hombre flaco; pero nervudo, de grandes y severos ojos negros, en cuyo foco se notaba un disgusto sombrío, de mejillas pálidas, de barba gris, entera; pero convenientemente recortada, y con los cabellos canos y muy cortos. Vestía un sayo negro de raja de Florencia sencillo y sin cuchilladas, unos gregüescos de lo mismo, gorguera de cambray rizada, gorra negra de terciopelo con joyel de diamantes, y una pequeña pluma blanca, calzas atacadas de grana, y botas altas de gamuza; sus armas eran una espada larga de gabilanes, una daga no muy corta con guardamano, y dos pedreñales en sus fundas en el arzón delantero.

Por último, pendiente de un cordón

de seda negro llevaba sobre el pecho una placa de oro, en que se veía esmaltada la cruz de Santiago.

Este hombre, por su aspecto, por lo altivo y dominador de su mirada, por su trage, por la condecoración que resplandecía sobre su pecho y por su numerosa servidumbre, demostraba que era un señor y un señor de los grandes de aquellos tiempos.

El escudero que le acompañaba, vendría á tener sobre poco más ó menos su misma edad; tenía trazas por su continente y por su trage de hidalgo, y por su desembarazo á caballo y por cierto sabor militar, de haber sido en sus tiempos un buen soldado, y que era un buen servidor lo demostraba la solicitud con que de tiempo en tiempo miraba á su amo, como si se hubiera tratado de un enfermo.

Los lacayos eran también, al parecer, buenos soldados: llevaban sombreros grises con plumas rojas, coletes de hierro muy limpios, coletos de ante, calzas azules, botas altas, espada, daga, lanza y un largo arcabuz á la derecha de la silla.

Guardaban un profundo silencio, por respeto sin duda á su amo, y no caminaban tan deprisa como hubieran querido, porque descendían á la sazón por una cuesta bastante empinada.

Notó el caballero la lentitud de sus servidores, mas no la cuesta, y se volvió displicente á su escudero.

—Saez, haz caminar más deprisa á esos bergantes. ¿No sabes que el capitán general nos necesita en Granada esta tarde?

—Aun no son las doce, señor, dijo Saez sacando del bolsillo un reloj de plata voluminoso y semi esférico; hemos salido de Guadix al amanecer y ya estamos á media legua de Granada.

—Sí, pero ahora amanece á las tres de la mañana, dijo el caballero.

—No por eso hemos dejado de hacer una muy buena jornada: si los la-

cajos no caminan más aprisa, mire vuecelencia cuán agria es la cuesta por lo vamos.

—Más agrias cuestras he dejado har-to de prisa, dijo suspirando rónca-mente el señor excelentísimo.

—Por lo mismo, señor, y porque vuecelencia ha experimentado gran-des desgracias, debería reposar, cuan-do ya ha probado suficientemente á su magestad que sabe vértter como noble la sangre en su servicio. ¿Qué importa á vuecelencia que los moriscos se subleven ó no?

—Me estás irritando, Gabriel, dijo el noble: ya sabes que no gusto que me contraríen. ¿Qué me importa que se subleven los moriscos? allí donde se levante un rebelde al rey, allí está mi odio. ¡Los vencidos rebeldes! ¡ah! ¡daría toda mi sangre con tal de que me dejasen beber toda la sangre de los vasallos rebeldes al rey de España! ¡Infames! ¡Bandidos!

—Sea, en buen hora, dijo el rebel-de Gabriel Saez. Pero los moriscos no han hecho ningún daño á vuecelen-cia.

—No hablemos más de esto. Estoy solo en el mundo, sin parientes, sin tener al lado más que afectos intere-sados.

—¡Señor! exclamó con acento de respetuosa reconvención Saez.

—No hablo por tí; pero ello es el caso que todo lo he perdido: estoy harto ya de oír resonar mis pisadas huecas en los desiertos salones de mi palacio de Guadix; de cazar en mis tierras sin llevar al lado más que hi-dalguillos de gotera, y de aburrirme las largas noches de invierno.

—Ya he aconsejado á vuecelencia que viva en la corte.

—¡En la corte yo! ¡para irritarme entre la turba palaciega de extrahje-ros y de nobles degradados en su ma-yor parte que rodean el trono del Em-perador don Carlos! ¿qué había yo de

hacer en la corte? No, no; necesito algo que me saque de mi inacción, al-go que me ponga algún tiempo en ac-tividad, que me distraiga, sin irritar-me: la guerra ¡vive Dios! que tratán-dose de los moriscos será larga y peligrosa, porque esos perros, ya te lo he dicho otras veces, son muchos, valientes y tenaces. Y luego, si en la guerra me encuentran en buen sitio una pelota de arcabuz, una lanza ó una saeta, mejor, tanto mejor... así acabaré de sufrir.

Guardó silencio aquel extraño per-sonaje y el escudero no se atrevió á sostener por más tiempo la conversa-ción, temeroso de que su amo se irri-tase.

Habiase hecho menos ágría la cues-ta, los caballos caminaban más de-sembarazadamente, y en poco espacio llegaron á la puerta de Fajalauza y entraron en Granada por la parte al-ta del Albaicín.

Inmediatamente después de la cita-da puerta, hay una calle recta, cuyo nombre no recordamos, que entre feas casucas, desemboca junto á la iglesia de San Gregorio el Alto.

Por aquella calle tomaron el noble señor, su escudero y sus lacayos.

Por aquel punto parecía Granada una ciudad desierta. Todas las puertas estaban cerradas y no se veía un alma viviente. Pero cuando la cabalgata do-bló el ángulo de la iglesia fué distin-to. Una multitud de gentes que se em-pinaban para mirar á un centro común se agolpaban en la puerta de la iglesia.

—¿Qué es eso Saez? ¿qué miran esos galopos? dijo el caballero.

—Lo ignoro, señor.

—¡Que lo ignoras! ¡que lo ignoras! no te he preguntado para que me res-pondas que lo ignoras, si no para que veas lo que es.

Acercó la mula el escudero, y miró cómodamente por encima de la multi-tud lo que la multitud miraba, mien-

tras que su señor, no queriendo ponerse en contacto con la plebe, se mantenía á una distancia medida por el orgullo.

Lo que llamaba la atención general, eran dos ataúdes que se veían en la puerta de la iglesia en posición vertical apoyados contra la pared, ó por mejor decir, los dos cadáveres que ocupaban los ataúdes. Ya sabemos cuáles eran aquellos cadáveres. El de doña Inés de Cárdenas había sido amortajado con un hábito. La infeliz, más que muerta parecía dormida, y á pesar de la demacración que había operado en ella la tísis, la muerte la había vuelto toda la hermosura, hermosura sobre la que flotaba una niebla fantástica, una expresión de sufrimiento profundo; pero tranquilo y resignado: la amortajadora había querido peinar sin duda sus cabellos negros y aún abundantes; pero sólo había podido peinar los del lado derecho, porque el rizo izquierdo había sido cortado enteramente y casi á raíz. Una cruz negra se veía entre las manos del cadáver, cuya blancura, aumentada por la palidez de la muerte, alcanzaba á la diáfana blancura del alabastro, y en su semblante se notaba de una manera indudable eso que se llama distinción de raza.

En cuanto al capitán era distinto: vestía su uniforme acostumbrado; tenía puesta aún su pata de palo, y cogida la vacía manga izquierda de su jubón á un herrete de su colete; tenía horriblemente ensangrentado este colete sobre el pecho; la muerte había dado un color lívido á su semblante moreno y hosco; su ancha cicatriz se había hecho repugnante, y á través de sus labios entreabiertos, que tenían la expresión de una horrorosa blasfemia, se veían sus dientes apretados y manchados con una espuma sanguinolenta.

Tanto se detuvo Gabriel Saez en la

contemplación nada grata por cierto de los dos cadáveres, que su señor hubo de llamarle: pero Saez no le oyó: repitió el incógnito personaje una, dos y tres veces su llamamiento, y tampoco le oyó. Entónces uno de los lacayos creyó que debía tomar cartas en el negocio en servicio de su amo, y le dijo acercándose á él y tocándole en el hombro:

—Señor Gabriel, su excelencia os llama.

—¡Eh! dejadme, exclamó volviéndose todo hosco al lacayo.

Lo que había pasado en el semblante y en todo el ser del escudero á penas vió los cadáveres, había sido singular.

Primero sus ojos tomaron una expresión de sorpresa, después de espanto, luego se puso tan pálido como los dos cadáveres y se estremeció todo.

—¡Oh! ¡no puede ser! murmuró: sería horrible: ¡doña Inés mi señora y el capitán Alvaro de Sedeño! le conozco, sí, le conozco; á pesar de esa pata de palo, de esa manga sin brazo, de esa cicatriz que le cruza el rostro. Sí, sí, es necesario creerlo, á menos que el diablo se esté burlando de mí; esa es doña Inés: más vieja... ¡ya se vé! han pasado veinte años... más flaca... pero es ella, sí, yo veo en ese cadáver á la hermosa niña de quince años que era la alegría de la casa: y él... él... sí, es la misma expresión dura, amenazadora de aquel maldito capitán en quien mi señor se había empeñado en ver un valiente hidalgo y un hombre de bien: valiente sí, hidalgo pase, pero hombre de bien... ¡y cómo es que están aquí juntos... juntos y muertos, cuando no se conocieron, al menos en casa de mi señor?

El escudero necesitó salir de dudas acerca de este último punto, y creyó que nadie le podía sacar de ellas, mejor que un alguacil que por orden su-

perior estaba de guardia junto á los cadáveres.

Inclinóse, pues, sobre el arzón, y dijo de manera que pudiera ser oído, á pesar de las múltiples conversaciones de los curiosos.

—¡Eh! ¡señor ministro! ¡señor ministro! ¿tiene vuesamerced la dignación de escuchar una palabra?

Gabriel Sáez, estaba, según las muestras, muy bien criado y trataba con mucha consideración á las gentes de justicia.

Volvióse el alguacil, que era un hombrecillo rechoncho, de semblante mofetudo y alegre, y ojillos vivaces y maliciosos, y al ver que quien le llamaba era un escudero de buena casa, que olla de cien leguas á hidalgo, no tuvo inconveniente en acercarse, pasando por entre los curiosos, y asiéndose al arzón, dijo con semblante propicio:

—Puede vuesamerced preguntarme lo que quisiere.

—Gracias, señor ministro. Ahora, bien, ¿para qué tienen ahí á esos dos difuntos?

—Están expuestos para ver si hay alguien que los conozca.

—¡Qué! ¿nadie los conoce?

—Es toda una historia, dijo misteriosamente el corchete; y relató ce por ce y pesadamente al escudero todo el encuentro que había tenido la justicia con los dos difuntos en la casa del capitán.

—Preguntóse en el vecindario acerca del nombre de la persona que vivía en aquella casa, prosiguió el alguacil, y nadie supo decir sino que era un capitán estropeado. Eso ya se veía, y bien estropeado por cierto. En cuanto á la mujer, nada, ni pizca; nadie sabía ni aun siquiera que viviese en tal casa una mujer.

—¿Pero la justicia no ha encontrado en esa casa papeles, prendas?...

—Ya se vé que ha encontrado....

pero.... hay cosas que no se pueden decir.

—Todo puede decirse cuando se dá con una persona discreta y agradecida.

Y Gabriel, que antes de llamar al corchete había metido una mano en su bolsillo á todo evento, la sacó contentiendo un doblón de á ocho, que con gran disimulo y sin que nadie pudiese notarlo introdujo en la mano que el alguacil tenía asida del arzón, lo que demuestra, que, si bien el escudero trataba con buenos modos á las gentes de justicia, sabía que esta clase de gentes no se ofenden de que pretendan comprarles un secreto con tal de que lo paguen bien.

Entreabrió un tanto con disimulo la mano el corchete, miró rápidamente y de soslayo el doblón, y al darle en los ojos el brillo del oro, se dulcificó aun más y guiñando maliciosamente un ojo, dijo á Gabriel.

—Ciertamente que sois un honrado hidalgo, á quien no se puede negar nada; pero inclinad un poco más la cabeza á fin de que nadie nos oiga Y prometedme que guardaréis secreto.

—Pues ya se vé, y callaré más que un muerto.

—Pues señor, habéis de saber que el señor Andrés Zorcillo, escribano que ha andado en estas diligencias es toda un hombre de pro, que visita mucho mi casa, y dice que mi mujer, que es una moza alpujarreña, garrida donde las hay, es la mujer más honrada del mundo, y en tanta estima nos tiene á mi mujer y á mí, que no nos guarda secretos. Bien es verdad que nosotros no vendemos ni uno solo de sus secretos ni por un ojo de la cara. Pues, bien, el señor Andrés Zorcillo me ha dicho, que nada menos que el capitán general ha declarado que el muerto era el capitán de infantería española Alvaro de Sedeño.

—Bien, bien, dijo impaciente Saez; pero la dama....

—¿Qué dama?...

—La difunta.

Miró rápida, pero profundamente el corchete al escudero, y contestó.

—Estáis equivocado; la difunta no es dama: es una mejicana que era esclava del capitán, y que según lo que han declarado los médicos que han reconocido el cuerpo, ha muerto de una enfermedad del pecho.

—¿Y por donde sabéis que la difunta era una esclava mejicana? preguntó con interés Saez.

—¿Cómo? por unos papeles que se encontraron en la casa del capitán en un armario, por los que se ha venido en conocimiento, de que el capitán era un perro monfí, un morisco traidor, que vendía al rey y que tenía consigo dos esclavas: la difunta y otra....

—¿Y esa otra esclava? exclamó con anhelo Saez.

—Se espera saber donde para, porque se ha dado con el hombre que mató al capitán.

—¿Y quién es ese hombre?

—Un mejicano rebelde: uno de esos perros idólatras de Nueva España, que acometen las villas españolas, roban las doncellas y los niños y después de hacer mil atrocidades con ellos, se los comen crudos.

—¡Ella esclava del capitán! murmuró de una manera ininteligible Saez, ¡otra esclava que ha desaparecido, y un indio mejicano que ha dado muerte en su propia casa á Sedño...! ¡Oh! ¡oh! Y decidme señor ministro, ¿cómo se ha averiguado que ese idólatra ha muerto al capitán?

—¡Ah! para la justicia no hay nada oculto, señor escudero: figuráos que el señor capitán general tenía indicios de que un platero alemán de la plaza de Bibarrámbla, andaba en tratos de rebelión con los moriscos, y

supo les daba dinero á manó: que además, en la casa de este alemán vivía un mejicano que andaba también en la rebelión: el capitán general mandó prenderlos, y cuando los registraron en la cárcel para ver si tenían algún arma oculta, según es costumbre y ley, y... mirad... ¿no reparáis en que falta á la difunta el rizo del lado izquierdo, como si dijéramos, de la parte del corazón?

—Sí, sí que lo veo.

—Pues bien, ese rizo se encontró sobre el mejicano, envuelto en un pedazo como de tela de sábana que estaba cortado al parecer con un puñal: comprobados el rizo y el paño, se halló que era indudablemente el rizo aquel el que se había cortado á la difunta, y el paño... el paño faltaba de las sábanas de la cama donde se encontró el cadáver, y comprobado, venía bien, perfectamente bien por todas sus cortaduras, con la falta que había quedado en la sábana.

Cuando el alguacil había llegado á este punto de su revelación fué cuando impacientado ya, y con sobrada razón, el desconocido, de la tardanza de Gabriel, le llamó, y cuando el lacayo le avisó de que su señor le llamaba.

—¿Dónde vivís, señor ministro? dijo Gabriel cuando, según hemos dicho, hubo despedido bruscamente al lacayo.

—Vivo en la Calderería Vieja, para lo que gustéis mandar, dijo el alguacil, al lado de la carnicería, preguntad por Picote, y todo el mundo os dará razón.

—Pues bien, iré á veros esta noche, y adios que mi señor se impacienta.

Revolvió Gabriel su mula, y de nuevo se puso pálido y tembló; pero más profundamente que la vez primera: impacientado el incógnito de la pesadez de su escudero, había ido á

avisarle por sí mismo; al acercarse, dominando, por razón de la altura de su mula, el círculo de curiosos que rodeaban á los dos cadáveres, su vista había chocado con el de doña Inés.

El desconocido lanzó un grito horrible, en el momento en que Gabriel Sáez se volvía y se estremecía al ver la expresión atónita, fascinada, mortal con que su amo miraba el cadáver: luego el incógnito, y antes de que Sáez pudiera dirigirle una sola palabra, extendió los brazos hacia el cadáver, y gritó con un acento desgarrador, inmenso, como si se hubiese exhalado toda su vida en aquel grito supremo:

—¡Hija de mi alma!

Y cayó inerte de lo alto de la mula al suelo, sin que nadie pudiera verle.

Aquel incidente lúgubre, dramático, en todo su horror, aterró á los circunstantes, que en unión del leal Gabriel, que se tiró más que se apeó de su mula y los lacayos, que asimismo se arrojaron de sus caballos, corrieron á socorrerle: el interés era general; hasta el mismo alguacil Picote se conmovió: el incógnito, según dijo un médico que se apareció como llovido, no estaba muerto sino peligrosamente accidentado, y fué conducido á una casa inmediata que se le abrió francamente, probando una vez más la característica caridad española; la curiosidad pública, cambiando de objeto, se apartó de los cadáveres para volverse á aquella casa, á la que no tardó en acudir la justicia, que siempre se mezcla en España á todo: un cuarto de hora después salió Gabriel pálido, trémulo, de la casa á donde había sido conducido su señor, y, acompañado de un alcalde y de un escribano, adelantó hacia los cadáveres á los que rodeaba un nuevo círculo de curiosos.

Rompieron por medio de ellos el es-

cuadero, el alcalde, el escribano y el alguacil Picote, y Gabriel, con las lágrimas en los ojos, dijo con voz conmovida, pero que todos pudieron oír:

—Habéis puesto esos cadáveres á la vista de todo el mundo para que declare quienes fueron, quien los conozca, pues bien, yo declaro que este cadáver es el de mi noble ama la excelentísima señora doña Inés de Cárdenas, hija única del excelentísimo señor don Juan de Cárdenas, duque de la Jarilla.

—¿Y ese otro? preguntó el alcalde.

—Ese otro, dijo con cólera Sáez, es el del infame capitán de infantería, Alvaro de Sedeño.

Gabriel no se apartó de allí hasta que dejó depositado en una capilla de la iglesia el cadáver de su señora, convenientemente alumbrado, y guardado por cuatro lacayos, y después de haber enviado á otros dos en busca de un carpintero y de un tapicero, para que se encargasen de la construcción de un féretro magnífico, volvió triste y cabizbajo á la cabecera del lecho de su amo.

CAPÍTULO XXIII.

LOS DESFILADEROS DE DAR-AL-HUET.

Apenas había cerrado la noche, cuando por la parte alta de la Alhambra, esto es, por la puerta de la Torre de los Siete Suelos, salieron en silencio algunas tropas como en número de quinientos hombres.

Estas tropas estaban compuestas de trozos de tercios y compañías diferentes, á juzgar por sus divisas; pero aunque unos eran piqueros, otros ginetes, otros arcabuceros, todos iban á pié, y todos llevaban arcabuces. Solamente iban montados el capitán general marqués de Mondejar, que mandaba la expedición, y que iba armado con un medio arnés á la ligera,

sus maestros de campo y sus escuderos, sirviéndole de escolta como hasta veinte rocines. Comprendíase que aquella gente había sido reunida de pronto, para acudir á un peligro, y que no se había cuidado gran cosa de la organización, puesto que marchaban revueltos, detrás de los caballos que constituían la guardia del capitán general.

Los moriscos habían pensado bien cuando habían dicho, que aunque el marqués de Mondéjar, y el presidente de la Chancillería y el corregidor, tuviesen noticias del levantamiento preparado, les era imposible reunir gente bastante para contrarrestarles en el término de un día.

Verdad es que muchos caballeros é hidalgos de los alrededores habían acudido, como el duque de la Jarilla, al llamamiento del capitán general, con la gente que habían podido reunir; pero toda esta jente llegaba apenas á doscientos hombres, en la generalidad mal montados, peor armados, y poco acostumbrados á la guerra.

Conoció el marqués de Mondéjar que aquellas gentes más que de socorro le servía de embarazo; pero para no disgustarlas las metió en la Alhambra, las hizo distribuir por los adarves, dejó en la fortaleza cien soldados viejos para servir la artillería y guardar las puertas, y otros cincuenta en el castillo de Bib-Ataubin, bajo las órdenes del corregidor, que con ellos y algunos buenos caballeros debía procurar asegurar la ciudad donde á la caída de la tarde se habían notado señales de movimiento, particularmente en el Albaicín, alguna de cuyas calles habían sido barrreadas por los moriscos.

Barrear las calles quería decir en aquellos tiempos, lo mismo que hacer barricadas en los nuestros.

Pero el mayor peligro no estaba en Granada, sino fuera de ella. Los mon-

fies eran los enemigos formidables, los que debían decidir el lance. Comprendiólo así don Luis Hurtado de Mendoza, y aunque no tenía fuerzas bastantes para ello, se decidió á salir á cortar á los monfies el camino de la ciudad, ó á morir como buen caballero en servicio del rey.

Los monfies con arreglo á la traidora revelación de Alvaro de Sedeño, debían venir sobre Granada por los atajos de la sierra y pasar por Dilar. El capitán general tomó por el costado de Generalife arriba, por una cañada del cerro del Sol y luego torció por un mal camino que guiaba al pueblo de Dar-al-Huet, que hoy se llama Casa-Gallinas.

Marchaba la gente á gran paso y en silencio, atenta y apercebida, y una hora después de la salida de la Alhambra, llegaron á unos ásperos desfiladeros cerca ya del lugar.

En aquellos momentos llegó un adalid de los que el marqués había enviado á la montaña, con la noticia de que los monfies, en número de seis mil hombres se acercaban á Dilar, y que detrás de ellos y por los atajos, sin ser sentida, venía la compañía de arcabuceros del capitán Sedeño, bajo las órdenes del alférez Villasante.

El lugar en que se encontraba el marqués era inmejorable para una emboscada y tenía, además, la ventaja de estar muy cerca de la Alhambra, á la que podían recogerse en el caso de una derrota. El marqués, buen capitán, práctico en la guerra y en el terreno, dividió su escasa gente en pelotones, que situó convenientemente entre las breñas, y él con sus ginetes, se situó á la salida del desfiladero á la parte de Granada en un pequeño valle, por medio del cual atravesaba el río Genil.

Dióse orden á todos de que guardasen el mayor silencio, y á pesar de que hacía una luna clarísima, nadie

hubiera creído que hubiese una sola persona en el desfiladero: tan bien oculta y tan silenciosa estaba toda la gente.

Siendo alto el lugar en que se encontraban, y dominando á Granada, oíase perfectamente desde allí ese hábito de vida que se desprende de una gran población, antes de entregarse al descanso sus moradores y que tan bien se percibe, desde los silenciosos campos; oíase el reloj de la iglesia de Santa María de la Alhambra á lo lejos y casi perdido; pero la campana de la torre de la Vela callaba, señal clara de que no habían lanzado aún el grito de insurrección los moriscos del Albaicín, en cuyo caso se hubiera oído tocar á rebato aquella campana, y el estampido del cañón de la Alhambra.

Pasó una hora y se oyó tocar á Animas todas las campanas de las numerosas parroquias, conventos y cofradías de la ciudad, y sin embargo, pasó aún largo espacio sin que una sola persona atravesara el silencioso desfiladero; continuaba el silencio de una manera profunda y solo de tiempo en tiempo se oía el relincho de un caballo que nadie podía evitar, y el solitario ladrido de los perros campestres.

El marqués de Mondéjar llegó á creer, y su suposición era muy posible, que los exploradores de los monfíes se habían apercebido de la ocupación del desfiladero, y que los enemigos, variando de dirección, habrían tomado otro camino para llegar á Granada.

En este caso la ciudad estaba perdida, y no quedaba otro medio al marqués que correr á la Alhambra en el momento que la campana de la Vela y el cañón de la Alcazaba diesen la señal de alarma.

Pero si los monfíes entraban en Granada nada podía la Alhambra con

la escasa gente que la guarnecía. El marqués, pues, estaba en un estado de ansiedad terrible.

Pero de improviso se escucharon pisadas sordas de algunos hombres en el desfiladero, y después una banda de monfíes, exploradores sin duda, pasaron á buen andar, con las balistas armadas, por delante de las breñas, entre las cuales se ocultaban el marqués y sus ginetes.

Los monfíes se detuvieron cuando estuvieron fuera del desfiladero y lanzaron el aire por tres veces el ronco y poderoso son de una bocina después de lo cual pasaron adelante.

Aquel triple toque de bocina debía ser una señal de los exploradores para avisar al grueso de los monfíes que el desfiladero estaba franco y seguro.

Por fortuna, mientras duró la parada de los exploradores, no relincho un solo caballo, ni se escapó un tiro de un soldado imprudente. Poco después se oyó rumor de mucha gente que se acercaba descuidada y como si no temiese ningún peligro.

La órden que tenían los capitanes y cabos puestos por el marqués á la cabeza de cada uno de los pelotones emboscados, era de que no se hiciese fuego hasta que los monfíes estuviesen extendidos en el desfiladero, después de lo cual era fácil atacarlos y envolverlos.

Así es, que tuvieron lugar los primeros de los monfíes de llegar al sitio donde estaba emboscado el marqués, antes de que se disparase un solo tiro; pero en el momento en que los primeros iban á desembocar en el valle, el mismo capitán general sacó de su arzón un pistolete y le disparó.

Inmediatamente, de entre todas las breñas cayeron nutridas descargas de arcabucería sobre los monfíes, que sorprendidos, aterrados en el primer

momento, se revolieron, mientras el capitán general, saliendo de su acedchadero á la cabeza de su pequeño escuadrón, se lanzaba sobre ellos gritando:

—¡Por el rey! ¡Santiago y cierra España!

A aquel grito de guerra tan antiguo y tan entusiasta para los españoles, los ginetes se arrojaron con un ardor increíble sobre los monfíes que estaban á la entrada del valle, y que, aterrados, dominados por la sorpresa, retrocedieron huyendo ante los caballos, hacia el interior del desfiladero.

El desórden de los monfíes era ya irremediable: en vano el valiente Yuzuf, que ginete en un caballo blanco, se revolvía entre ellos, les gritaba que los cristianos eran pocos, que bastaba el que se rehiciesen y penetrasen en las breñas, para que fuesen vencidos; en vano los más valientes de los walfies, procuraban llevar á sus taifas á los lugares de donde salía el fuego siempre sostenido de los soldados; arremolinábanse los monfíes, apretábanse, y las balas que silbaban entre ellos, los tendían á centenares, mientras el marqués de Mondéjar y sus ginetes se ensangrentaban á mansalva en aquella multitud dominada por el terror y el pánico.

Yuzuf tenía noticias exactas de la gente con que podía contar el marqués de Mondéjar, y despreciándola por poca, no creyendo que se atreviese á salir al campo, había descuidado precauciones que sin duda le hubiesen ahorrado aquel fracaso, motivado por el terror de los monfíes, ante un ataque invisible é inesperado; terror que nada tenía de extraño, porque cada uno de los monfíes, creía tener sobre sí un ejército.

Yuzuf era uno de esos valientes á quienes las dificultades y el peligro irritan, y volviéndose á los que le ro-

deaban y alzándose sobre los estribos exclamó:

—¡Ah! ¡de mis walfies! ¡á mí! ¡á mí todo el que quiera morir con honor! ¿Seréis tan cobardes que os dejaréis matar por un puñado de perros cristianos ocultos entre las breñas?

Un centenar de hombres se agruparon alrededor de Yuzuf, que embistió con ellos al escuadrón del marqués. Pero de repente Yuzuf vaciló en su caballo y cayó: una bala le había herido en la cabeza.

Sus walfies se arrojaron sobre él, y le recogieron: oyéronse gritos desesperados y una voz robusta que gritó:

—¡El valiente Yuzuf, el magnífico emir, ha sido herido! ¡salvemos al emir!

Y aquella voz corrió de boca en boca á lo largo del desfiladero.

Por uno de esos misterios incomprendibles del corazón humano, los mismos á quienes el terror dominaba, se rehicieron ante el peligro del emir; lo que no habían podido hacer las exhortaciones y los esfuerzos de los walfies, lo hizo cada monfí por sí mismo; se arrojaron á las breñas sufriendo el fuego de la mosquetería, y muy pronto los soldados del marqués se vieron desalojados de sus posiciones, dispersados y replegados al valle.

El capitán general seguía batiéndose al frente de su pequeño escuadrón; pero cuando vió que el fuego de mosquetería se había apagado, que solo resonaba acá y allá algún tiro perdido entre las breñas, y escuchó los alaridos de triunfo de los monfíes, conoció que todo estaba perdido y mandó á sus trompetas que tocasen á recoger.

Muy pronto la gente del marqués formada en buen orden, colocada delante de la caballería, empezó á retirarse, dando siempre el rostro al enemigo, y arrojando sobre él el fuego de su arcabucería; pero todo parecía

inútil; los monfíes empezaban á flaquear la montaña, amenazando cortar á los cristianos, lo que, atendido su número, no les hubiese sido difícil, cuando se oyó sobre los mismos flancos fuego de mosquetería.

Los que producían aquel en las alturas no podían ser otros que la compañía de arcabuceros de Alvaro de Sedeño.

Ignorando los monfíes el número de gente que venía en auxilio de los castellanos, tocaron también á recoger. El capitán general, que sabía lo escaso del socorro que lo había venido, tocó á recoger de nuevo, incorpóresele la compañía de Alvaro de Sedeño y siguió en buen orden su retirada hácia la ciudad.

Los monfíes quedaron ocupando el desfiladero, mientras sus walls estaban en consejo.

—El valiente Yuzuf está gravemente herido; dijo uno de ellos; ¿qué debemos hacer, hermanos?

—Recoger nuestros muertos y nuestros heridos, y volvernos á la montaña, digieron algunos.

—¡Pero y los de Granada?

—Que se compongan como puedan.

—Lo primero es nuestro emir.

—¡A la montaña! ¡a la montaña!

Poco después toda aquella gente se volvía á las Alpujarras, llevando consigo sus muertos y sus heridos, para que los cristianos no pudieran gozarse con la vista de ellos.

Yuzuf, perdido el conocimiento, era conducido en un lecho de campaña.

La bala de un soldado desconocido había salvado á Granada.

Sobre el desfiladero habían quedado los cadáveres de algunos soldados castellanos, muertos en la pelea y los de algunos heridos que, abandonados, habían sido rematados por los monfíes.

CAPÍTULO XXIV.

DE CÓMO; A CAUSA DEL LEVANTAMIENTO DEL ALBAICÍN, COMETIÓ YAYE SU PRIMERA INFAMIA.

Entre tanto el capitán general se había recogido en silencio á la Alhambra, entrando en ella secretamente por la puerta de Hierro.

Dióse orden de que no se dejase salir á nadie de la fortaleza para que no se supiese en Granada el mal resultado de la expedición, y el marqués de Mondéjar, asomado á un agümez de la torre de los Comares, con la vista fija en el Albaicín, esperaba con ansiedad ver brotar la primera chispa de insurrección.

Veamos ahora lo que acontecía en el Albaicín.

Conócese por Albaicín en Granada un barrio alto extenso y populoso, que se extiende por una parte á lo largo y por cima de la calle de Elvirá más allá del Zenete, que corre á lo largo de dicha calle, y por otra parte, por cima de la calle de San Juan de los Reyes, extendiéndose hasta la cerca del obispo don Gonzalo, que orla la cresta de un cerró, donde ahora está situado San Miguel el Alto, desde el río Darro hasta más abajo la iglesia de San Cristóbal.

Este barrio tiene dentro de sí una fortaleza que se llama la Alcazaba Cadima, y un número considerable de parroquias, capillas y conventos de frailes y monjas.

En aquel tiempo el Albaicín tenía más alumbrado de noche que el que tiene en la actualidad; á pesar del gas y de la civilización. Esto consistía en que hoy no tiene absolutamente alumbrado público, y en aquellos tiempos la devoción de los vecinos sostenía en la esquina de cada calle,

en el ángulo de cada plaza, una lámpara encendida, delante de una imagen, de una cruz ó de un Ecce-Homo, colocados dentro de un nicho, ó simplemente clavados á la pared bajo un tejadillo de tablas.

Había, además, los faroles en las cruces de piedra, colocadas delante de las puertas de iglesias, conventos, cofradías, ermitas, capillas y cementerios, y lo que también era un alumbrado, aunque ambulante: las linternas de los alguaciles de las rondas.

Puede asegurarse, pues, que el Albaicín estaba mucho más seguro, alumbrado y acompañado de noche en el siglo XVI que en nuestros días.

Es cierto que ahora solo de tiempo en tiempo se da alguna cobarde puñalada en sus oscuras calles ó se roba alguna capa vieja, y que en aquel tiempo era un acontecimiento casi diario, encontrar dentro de la jurisdicción murada del Albaicín algun hombre muerto á estocadas.

También es verdad que aquello era más noble y más romancesco; que si ahora, al encontrarse un hombre muerto violentamente en aquel barrio se piensa en alguna miserable riña de taberna, entonces al ver un hidalgo muerto se pensaba en alguna hermosa dama como causa de la desdicha, y la justicia y los que no eran la justicia se decían:—¿Quién será ella?

La verdad del caso es que el Albaicín, por cualquier faz que se le considere, valía mucho más en 1546 en que estaba lleno de un vecindario noble y rico, que en el momento en que escribimos estas líneas: al Albaicín de hoy solo le quedan fragmentos de torres y murallas ennegrecidas; restos de su antiguo esplendor; solares llenos de escombros que otros tiempos fueron grupos enteros de casas, y casucos viejos y apollillados que amenazan hundirse muy pronto. Dentro de algunos años el Albaicín solo

será un monte cubierto de hermosos cármenes; cuyas cercas se habrán hecho con los viejos materiales de la población muerta, en medio de cuyos cármenes, se sostendrán en pié durante algunos años aún, las iglesias y las macizas casas de solar construidas despues de la conquista.

Hace muchos años que Granada se está transformando, y perdiendo en sus transformaciones, y llegará un día en que solo le queden algunos barrios desiertos, algunos restos de la Alhambra, con tal cual arabesco, y lo que nadie puede quitarla: su manto de flores y verdura, que cubrirá por sí mismo y sin que nadie se cuide de ello, sus ruinas.

¡Pobre Granada!

Hemos dicho que el Albaicín en 1546 estaba más concurrido y más alumbrado de noche que en nuestros días; pero concretándonos á la noche en que acontecian los sucesos que estamos refiriendo, no había ni una sola luz encendida, no sabemos si porque las habían apagado los moriscos, ó porque, recelosos del estado de alarma y de conmoción en que desde el oscurecer se había presentado el Albaicín, no las habían encendido los vecinos.

Hacia una luna muy clara; pero también es cierto que como las calles del Albaicín población originariamente mora, eran estrechísimas y los aleros de las casas se cruzaban, superponiéndose en la mayor parte de ellas, éstas callejas estaban en su fondo tenebrosamente oscuras.

Para que nuestros lectores pudiesen apreciar lo estrecho y tortuoso de aquellas calles, era necesario que las hubiesen visto y que hubiesen experimentado por sí mismos, que por muchas de ellas solo puede pasar un hombre de frente, y que la más ancha, apenas tiene espacio para que

marchen ños hombres de frente á caballo.

Como para desahogo y ensanche había, sí, algunas plazas medianamente espaciosas, donde reflejaba á sus anchas la luna; pero en aquellas plazas no se veía una sola persona

Por el contrario, en el fondo de las oscuras calles se notaba una animación de mal agüero; iban, venían, se detenían y hablaban entre sí, hombres armados; se abrían y se cerraban puertas silenciosamente, sin que tras ellas apareciese una sola luz: todas las calles que bajaban á la ciudad estaban fuertemente barreadas y guardadas por hombres armados de arcabuces y ballestas: las rondas, tan frecuentes otras noches, que era difícil recorrer tres calles sin tropezar con una, se habían suprimido por sí mismas, lo que prueba el admirable instinto de las gentes de justicia para esconderse á tiempo; en cuanto asoman los primeros síntomas de insurrección popular: las casas de los moriscos estaban cerradas por prudencia, y las de los cristianos por miedo.

En una plaza, que existía entonces entre las últimas casas de la parroquia de S. Gregorio el Alto y las pendientes calles que poblaban un terreno áspero, que hoy está cubierto de nopales, á la falda del cerro donde se levanta la ermita de San Miguel, en dicha plaza decimos, donde á pesar de la claridad de la luna había gente por no poderse ver aquella plaza desde la Alhambra, por los accidentes del terreno, se paseaba meditabundo y pensativo Yaye-ebn-Al-Hhamar, asido del brazo del faquí Abd-el-Gewar, que á pesar de sus años, estaba completamente armado como el joven, y, como él, con traje castellano.

Divididos en grupos en la plaza, se veían como hasta cien hombres armados de picas y de arcabuces, y en el centro de uno de aquellos grupos, se

levantaba un estandarte rojo de tres puntas.

Se notaba una gran impaciencia y una ansiedad profunda en aquellos grupos: habían dado ya las Animas y ninguna noticia se tenía de la aproximación de los monfies. La Alhambra estaba silenciosa y oscura como de costumbre, sin que, á pesar de la luna, se viese brillar una sola arma sobre los adarves, más que las de los acostumbrados atalayas: ni se veía el farol de los artilleros en la batería de la torre de la Vela, ni en fin, indicio alguno de que la Alhambra estuviese preparada al combate, á pesar de que el capitán general no podía ignorar que las calles bajas del Albaicín estaban barreadas y los moriscos puestos en armas.

El castillo de Torres Bermejas estaba asimismo sombrío y silencioso y desiertas sus baterías.

Esto para los moriscos era objeto de una gran ansiedad, porque sabiendo el marqués de Mondéjar y el presidente y el corregidor, que los moriscos estaban sublevados, mucha seguridad debían tener de vencerlos cuando tan descuidados se mostraban.

Doblaba esta ansiedad la tardanza de los monfies que debían entrar en el Albaicín por tres puertas: esto es por la de Fajalauza, por el portillo del Aceituno y por la puerta de Guadix.

Llegaron las once de la noche, y la campana de la Vela dió, según costumbre, treinta y tres campanadas graves y solemnes en aquellos momentos; aquella era la única voz del castillo y aquella voz parecía decir: estoy alerta.

Era demasiado tarde y la impaciencia empezaba á apoderarse de las masas que afluían en la plaza, corriendo de la parte baja en busca de noticias: aquella impaciencia empezaba á ser

miedo, y el miedo á expresarse en quejas.

Al fin algunos de los principales creyeron que debían interrogar á Yaye, que había sido nombrado capitán de la insurrección; pero Yaye se encogió de hombros, como quien no puede responder acerca de lo que no está en su mano.

Al fin fué necesario para calmar la ansiedad general, enviar emisarios que adelantaran por el camino por donde debían venir los monfies. Pero al abrir la puerta de Fajalauza, de que estaban apoderados los moriscos, se presentó á caballo y con las señales de haber venido corriendo á rienda suelta, un wali de los monfies.

Al reconocerle por su traje y por sus armas, los que estaban en la puerta, creyendo ya cerca el ejército auxiliar, rompieron en una aclamación de alegría; pero el wali no contestó á aquella aclamación y se redujo á preguntar con semblante hosco, dónde estaba el poderoso emir Yaye-ebn-Al-Hhamar.

El aspecto del monfi, lo ronco de sus palabras y lo hosco de sus miradas, apagaron el entusiasmo de los aclamadores, que en silencio, y no sabiendo qué pensar, condujeron al wali á la plaza donde había establecido su cuartel general, por decirlo así, Yaye.

Cuando el wali estuvo en su presencia, cuando le dijeron que aquel jóven era el emir, se arrojó del caballo y se prosternó ante Yaye.

—Magnífico y poderoso señor dijo: la fortuna nos vuelve las espaldas. Vengo á avisarte que tu poderoso padre el emir Yuzuf, se vuelve con su gente á las Alpujarras.

—¿Que se vuelve mi noble padre á las Alpujarras? exclamó con asombro Yaye.

—Los cristianos nos esperaban emboscados en las quebraduras de Dar-

al-Huet, y no hemos podido forzar el paso.

—¿Que los cristianos esperaban emboscados, y os han vencido....? ¡Luego alguno de los nuestros nos ha hecho traición avisando á los cristianos!

Sí, sí, dijo sombríamente el monfi, nos han hecho traición y han ocurrido horribles desgracias.

—¿Y mi padre?

—La mano de Dios protege á los reyes, dijo profundamente el wali.

Habiasele ordenado, para evitar á Yaye cuanto fuese posible lo doloroso de la noticia de la herida de Yuzuf, que guardase silencio acerca de ella, y el wali cumplía exactamente su encargo.

—Vuestro poderoso padre el emir Yuzuf, continuó el wali, me encarga decirnos que si contais con bastante gente en el Albaicín para apoderaros de la ciudad y de la Alhambra, no os detengáis un solo momento; pero que, si esto fuera imposible, marchéis inmediatamente y sin perder un momento á la montaña.

—Ya lo ois, dijo Yaye á los xeqnes que le rodeaban; mis monfies han sido envueltos en una celada, y no podemos contar con ellos.

—¡Oh! exclamó con acento rugiente el Homaidi, que estaba entre los xeqnes: el infame don Diego de Valor, nos ha hecho traición.

Estas palabras del Homaidi irritando á las masas excitadas, pasaron de boca en boca y muy pronto multitud de hombres armados, se encaminaron á la carrera, trémulos de coraje, á la casa de don Diego.

Mientras, que viendo imposible la empresa, Yaye mandaba á los xeqnes y á los capitanes, que fuesen á retirar la gente y á quitar las barreras de las calles bajas; que se escondiesen las armas y que todo volviese al antiguo aspecto de paz y sumisión,

oyóse hácia la parte de San Gregorio el Alto un alarido informe; luego reflejó un resplandor indeciso, después una llamarada y luego otra y al fin se declaró un incendio.

Y como si aquella hubiese sido una señal de alarma, retumbó el ronco estampido del cañón de la Alhambra, y la campana de la Vela se puso á tocar apresuradamente á rebato, lanzando aquella voz de guerra, hasta las distantes cumbres de las montañas que rodean la vega.

Al mismo tiempo, mientras unos corrían apresuradamente á las avenidas por donde podían acometer las tropas de la Alhambra el Albaicín, mientras otros tocaban ruidosamente la zambra, y otros disparaban al aire sus arcabuces en señal de levantamiento, algunos entraron en la plaza donde Yaye absorto no sabía que partido tomar, y gritaron:

—La casa de don Diego de Córdoba y de Valor ha sido acometida y está ardiendo.

En aquel momento todo lo que le rodeaba, la situación en que se encontraba, el peligro de un combate á todas luces dudoso, contra los cristianos, todo desapareció de la imaginación de Yaye, en la que solo quedó una idea: la de doña Isabel de Córdoba y de Valor, abandonada en la casa de su hermano á una turba feroz, irridada y sanguinaria: entonces, sin decir una sola palabra á los que le rodeaban, ni hacerse seguir de nadie, solo, anhelante, aterrado, echó á correr como un frenético hácia la casa de don Diego, llegó, tiró de la espada, se abrió paso, hiriendo como un león irritado entre la multitud compacta que rodeaba la casa, y, en el primer momento de sorpresa, logró penetrar en el interior. Pero por valiente que fuese, iba solo, su traje había sido visto, y una exclamación

de rabia había salido de todas las bocas.

—¡Al cristiano! ¡al cristiano traidor, que viene á socorrer á los traidores! gritaron algunas voces.

Y todos aquellos que pudieron penetrar en la casa se precipitaron con las armas enhiestas en seguimiento de Yaye.

Entretanto en el interior de aquella casa reinaba un desorden espantoso.

En el primer momento de peligro, doña Elvira, sin cuidarse de la seguridad de su cuñada doña Isabel, á quien aborrecía de muerte, corrió al aposento de don Diego, abrió la puerta secreta y se refugió en la mina.

En cuanto á doña Isabel y á los criados, aterrados, sobrecogidos, apenas tuvieron tiempo para huir al huerto en busca de una salida por el postigo.

Pero todos, en el primer momento de turbación, habían olvidado la llave; el postigo era fuerte; se necesitaba perder algún tiempo, y el terror les aconsejó que buscaran un medio más pronto.

Había en el huerto algunos árboles arrimados á la cerca: los hombres, sin cuidarse de las mujeres, ni aún de doña Isabel, porque en los momentos de supremo peligro nadie se cuida más que de sí mismo, treparon á los árboles, ganaron el borde de la cerca, se descolgaron á la calle y huyeron.

Doña Isabel y tres criadas quedaron en el huerto, que empezaba á iluminarse con la rojiza luz de las llamas, que emanaban de los pajares de la casa, que habían sido incendiados.

Algunos furiosos habían puesto fuego á la leñera.

Por las ventanas de los pisos bajos que daban al huerto, salieron muy pronto torbellinos de fuego.

Oíanse los furiosos alaridos de los moriscos que habían penetrado en las habitaciones y que las desmantelaban, robando los objetos de valor.

Doña Isabel y las tres criadas, hacían maravillosos esfuerzos y se ensangrentaban las manos en la cerradura del postigo; pero sus fuerzas eran demasiado débiles para forzarla.

A medida que el tiempo trascurría, el terror de doña Isabel aumentaba, y el llanto y los alaridos de las pobres mujeres que estaban con ella; el incendio se había propagado á toda el ala del edificio que daba sobre el huerto, y la hacía parecer una inmensa cortina de fuego.

Desplomábanse los tabiques, y á través de algunos boquerones, se veía pasar y cruzar á la canalla, corriendo y cargada con el saqueo.

Solo quedaba libre de las llamas el gran portalón por donde se entraba al huerto; pero ya por la parte superior tocaban á su techumbre. Por el fondo de aquel portalón se veían pasar de continuo hombres con antorchas encendidas ó cargados de efectos; pero hasta entonces ninguno se había dirigido al huerto.

De repente se oyeron voces más rugientes, más irritadas, más terribles; voces que alguna vez dejaban escucharse distintamente.

—¡Al traidor! ¡al castellano! ¡matadle!

Llenóse al fin el portalón de gente y doña Isabel, á pesar de su terror, vió que un hombre solo retrocedía defendiéndose de una turba numerosa.

Pero aquel hombre era muy diestro y muy valiente, y dando una cuchillada á éste, una estocada al otro, no permitía que ninguno le tomara la espalda: pero se veía obligado á retroceder de una manera decidida.

Cuando el que se defendía y los que tan tenazmente le acometían, entra-

ban casi en el huerto, doña Isabel, que contemplaba fascinada aquel espectáculo, lanzó un grito de horror: el techo del portalón, invadido por el incendio, se había desplomado sobre los combatientes, dejándolos sepultados bajo un montón de maderas inflamadas y escombros.

Pero de delante de aquel horno saltó un hombre, y al verse incomunicado con el interior de la casa, empezó á buscar, como fuera de sí, una nueva entrada que hubiese respetado el fuego.

Doña Isabel fijaba la vista en aquel hombre, no sabiendo si aterrarse, contemplando en él un enemigo, ó alegrarse considerándole como un salvador: áquel hombre había tenido la fortuna de que al derrumbarse el techo del portalón, cogiese solo á los que le acosaban y mantenía alejados al alcance de su espada, sin que un solo fragmento del hundimiento le tocara.

Doña Isabel notó que estaba vestido á la castellana, según la moda de los caballeros de aquel tiempo; que tenía en la mano una espada desnuda, y que en su apostura demostraba que estaba muy lejos de pertenecer á la canalla incendiaria y rapaz que había acometido la casa.

En el primer momento, el terror solo permitió á doña Isabel ver en aquel hombre las generalidades que hemos indicado; pero después, cuando le hubo mirado con alguna insistencia, arrojó un grito que tanto expresaba terror como alegría, y cayó de rodillas.

En aquel hombre había reconocido al único hombre á quien había amado; por el que había sido abandonada; en una palabra: había reconocido á Yaye.

A su vez Yaye oyó el grito de doña Isabel y se volvió.

A la luz del incendio, que domina-

ba á la de la luna, vió una mujer de rodillas, y junto al postigo, pugnando por abrirle, otras tres mujeres; Yaye corrió desalado hácia ellas, llegó á doña Isabel, la apartó las manos con que se cubría el rostro, la miró frente á frente y arrojó un grito de insensata alegría; doña Isabel miró también á Yaye, palideció de una manera mortal, lanzó un gemido, y no pudiendo resistir á tantas emociones, cayó por tierra desmayada.

Yaye, antes que en socorrer á doña Isabel, pensó en arrancarla de aquel lugar de peligro: fué á la puerta, que pugnaban en vano por abrir las criadas, apartó á estas, desenganchó un pistolete de su cinto, buscó la cerradura, é hizo fuego sobre ella: la cerradura saltó rota en mil pedazos, Yaye abrió el postigo, y las tres criadas escaparon al momento, como pájaros á quienes se abre la puerta de la jaula.

Después, Yaye fué á donde estaba doña Isabel desmayada, la contempló un momento con éxtasis, la cargó en sus brazos, y salió por el postigo y se dió á correr por las empuñadas calles, hácia la cercana muralla del obispo don Gonzalo.

—La traición de don Diego de Válor, exclamó con un acento indescribible, ha hecho inútil el levantamiento de los moriscos; pero esa traición ha puesto á Isabel en mis manos: Isabel es mía.

Y el jóven, á quien hacía insensato el amor, se alegraba casi de la desdicha de su pueblo, puesto que le había procurado la posesión de doña Isabel.

Porque Yaye estaba resuelto á romper de una manera terrible para la pobre niña, los vínculos extraños que le separaban de ella.

Por otra parte, Yaye se decía:

—Si hoy por culpa de un traidor no hemos vencido, mañana vencere-

mos. Y su conciencia se apoyaba en su esperanza.

Entre tanto, Yaye seguía corriendo las calles arriba, sin sentir el peso de la carga de doña Isabel, que era demasiado buena moza para que no pesase mucho. Las calles estaban desiertas por aquella parte y muy pronto el jóven llegó á un lugar aporillado de la muralla, y salió al campo, ó por mejor decir, al monte.

Sin embargo, no se detuvo hasta que se encontró muy lejos de la muralla, sobre una senda que orlaba la falda del cerro de Santa Elena, y que conducía á su cumbre.

A poca distancia había un aprisco abandonado, y hácia él se dirigió Yaye con su preciosa carga. Junto al aprisco brotaba una fuente rodeada de álamos, sobre un terreno cubierto de cesped, y allí fué donde se detuvo Yaye, depositando blandamente á doña Isabel sobre el cesped.

El terror y la sorpresa de haber encontrado en aquella situación á Yaye, habían afectado de tal manera á la desdichada jóven, que su desmayo continuaba.

Yaye la miraba extasiado: el semblante de doña Isabel por el doble efecto de la palidez y de la luz de la luna, alcanzaba á una blancura sobrenatural: sus negras trenzas estaban desordenadas de una manera hechicera: sus ojos velados por la sombra de sus espesas pestañas, su boca entreabierta por un gemido, tenía esa bellísima expresión del dolor que tanto sublima las formas puras, y su cuello y su seno estaban casi descubiertos, por efecto de la manera violenta con que había sido conducida hasta allí por Yaye.

El jóven hasta entonces solo había adivinado los secretos tesoros de hermosura de la jóven; esos tesoros que oculta el pudor tras la celosa y falaz plegadura de las ropas: Yaye que en

un tiempo había dicho palabras de consuelo y de amor á la jóven, creyendo ceder solo á la caridad, que después de haberla dejado abandonada á su suerte por fanatismo ó por ambición, había comprendido que la amaba por el intenso dolor que le causó la ruptura del lazo simpático, íntimo y misterioso que le unía á ella, al verla abandonada en su poder, sola en medio del silencio de la noche, experimentó un sentimiento hácia doña Isabel que nunca había experimentado por su causa: un sentimiento de deseo ardiente, voraz, impuro, en que la materia, sobreponiéndose al espíritu, mandaba, como mandan los tiranos, sobreponiéndose á la justicia, al deber, á la generosidad. Una magia inconcebible se desprendía de doña Isabel y embriagaba más y más á Yaye, acreciendo en su cerebro la fiebre, en sus sentidos el deseo. Hubo un momento en que toda su vida se concretó en aquella mujer purísima y más que pura hermosa, que tenía entre sus brazos; en que olvidó su pasado, su presente, su porvenir; en que su alma recogida en un solo punto, ansió unirse, confundirse, anegarse en el alma de doña Isabel. Lentamente el semblante del jóven, como atraído por una fascinación poderosa, se acercó al semblante de ella: su brazo estrechó con más fuerza su cintura y llegó por fin un momento, en que aquellos dos semblantes se acercaron, en que aquellos dos pechos se estrecharon, en que la boca de Yaye, imprimió un solo y ardiente beso en la boca de la jóven; beso abrasador, interminable, por el que se exhaló toda el alma de Yaye, y que hizo volver en sí de repente, por un misterio que nosotros ni aun pretendemos investigar, á doña Isabel.

Encontróse entre los brazos de Yaye, medio desnuda, flotantes los cabellos, estrechada de una manera deli-

rante entre los brazos de un hombre, ¡ay! demasiado adorado; sintió unos labios convulsivos y ardientes posados en sus labios, y se creyó entregada á un sueño; la razón de doña Isabel estaba perturbada: había sufrido sucesivamente emociones demasiado fuertes para que pudiese darse una explicación exacta de la situación en que se encontraba; no supo si estaba soñando ó si estaba despierta.

Yaye, según la expresión de un escritor contemporáneo, se la arrebató virgen á su marido, é Isabel fué enteramente de Yaye, sin saber si estaba despierta ó soñando.

Peró aquella felicidad era demasiado dolorosa, demasiado punzante, para que pudiese ser soñada: doña Isabel, que dominada por una fascinación extraña, había concedido al único hombre que había sabido inspirarla amor, delirantes caricias, volvió realmente en sí; aquella reacción fué terrible; primero, apartó lentamente á Yaye, le miró, le reconoció, comprendió toda la verdad y se alzó rugiente, excitada por su dignidad y por su virtud.

Yaye, sorprendido, trémulo, por que comprendió que estaba colocado en esa indigna posición del fuerte que abusa del débil, pronunció en vano algunas palabras de disculpa. Doña Isabel le interrumpió, y le dijo con acento severo; pero profundo, y lleno de amargura y de desprecio:

—Habéis sido tres veces infame conmigo: primero, fingiéndome un amor que no sentíais; después, cuando ya mi alma era enteramente vuestra, abandonándome, sentenciándome á un sacrificio que jamás podréis apreciar bién: después, cometiendo la última de las infamias.

Yaye quiso contestar; pero Isabel le hizo guardar silencio con un ademán supremo de desprecio. Luego tomó lentamente el camino de los muros,

se perdió á lo lejos, y entró en la ciudad sola, en aquella misma ciudad de donde Yaye la había sacado pretendiendo salvarla, para perderla.

¿Por qué no la había seguido Yaye?

Porque la amaba, porque la había ofendido, porque comprendía con cuánta razón le despreciaba doña Isabel; porque aquel desprecio le había anonadado, cubriéndole de confusión y de vergüenza, y había quedado inerte, sin fuerzas, en el mismo lugar donde se había desplomado sobre él el desprecio de su víctima.

Cuando ya había pasado largo tiempo desde que había desaparecido la jóven, Yaye logró sobreponerse á su fascinación: se pasó la mano por su frente calenturienta, y exclamó:

—¡Ah! ¡he perdido toda esperanza! ¡he sido infame con ella, y ella, la conozco bien: jamás me perdonará!

Y dos lágrimas solas, representando el despecho del jóven, brotaron de sus ojos.

¿Eran aquellas lágrimas hijas del amor y de la dignidad, ó del egoismo de Yaye?

No lo sabemos.

Porque acerca de un hombre tal que llamaba caridad al amor, amor al deseo, y dignidad al amor propio, no es fácil aventurar suposiciones, sin exponerse á incurrir en un error.

Lo que nosotros creemos es que Yaye, educado para ser déspota, lo era.

Tomó á paso lento el mismo camino que antes había tomado la desolada Isabel, y entró en el Albaicín. La casa de don Diego de Valor, estaba aun ardiendo; pero los vecinos se ocupaban en apagar el incendio. Los moriscos habían desaparecido: por mejor decir, se habían ocultado, y las gentes de guerra del capitán general, los caballeros y vecinos honrados de la ciudad, con las armas en la mano y

tras ellos el corregidor y los alguaciles, con el presidente de la Chancillería y los alcaldes de casa y corte ocupaban el Albaicín.

Sin embargo de esta ocupación, Yaye pudo llegar sin ser visto por callejás excusadas á la casa de Abd-el-Gewar, á aquella misma casa donde había vivido tanto tiempo; que lindaba con la de don Fernando de Valor y donde había conocido á doña Isabel.

Abd-el-Gewar, que esperaba con ansiedad al jóven, le recibió sollozando de placer entre sus brazos, y sin detenerse un punto, le hizo montar á caballo y montando en otro, salió con él de la casa. Aquella era una medida prudente: no se sabía si habían sido presos algunos de los moriscos que conocían á Yaye y á Abd-el-Gewar, y hubiera sido harto imprudente no probar un medio de salvación, antes de resignarse á caer entre las manos de la justicia del rey.

Cuando abrieron la puerta del huerto, se les presentó un hombre.

—Deteneos, les dijo.

Yaye echó mano á un pistolete.

—Nada receléis, dijo aquel hombre notando la acción de Yaye: soy don Fernando de Valor.

—¿Y qué queréis? dijo con aspereza Yaye.

—Mi hermano don Diego ha sido preso; su casa incendiada y acometida esta noche; su esposa ha desaparecido, y mi hermana doña Isabel, acaba de presentárase aterrada, trémula, entregada á la mayor desesperación: he sentido desde mi casa en el huerto vuestros caballos, cuando preparaba el mio, y puesto que vos, señor, sois emir de los monfíes, os ruego que me permitáis partir con mi hermana en vuestra compañía, y trasladarnos á las Alpujarras, donde cuento con que me ampararéis.

—Cabalgad, don Fernando, dijo Abd-el-Gewar; pero cabalgad al mo-

mento; no tenemos un solo instante que perder.

Yaye había quedado en un profundo silencio.

Poco después Abd-el-Gewar y Yaye salían de la ciudad, por el portillo de la cerca de don Gonzalo, por donde antes había sacado Yaye á doña Isabel desmayada.

Detrás iba otro ginete que llevaba sobre su arzón delantero una mujer que lloraba de una manera desconsolada.

CAPÍTULO XXV.

CÓMO ENCONTRÓ YAYE Á SU PADRE.

Camaron harto de prisa nuestros personajes, mientras estuvieron dentro de la jurisdicción de la ciudad; pero cuando empezaron á penetrar en la montaña, dieron vado á su temor y más descanso á sus caballos.

Amanecía en aquel punto.

Atravesaban ásperos desfiladeros, y profundos valles solitarios; pero rientes y magníficos bajo la diáfana luz de la alborada. Cuando Abd-el-Gewar se encontró ya dentro de las Alpujarras, detuvo su caballo sobre la ladera de un monte que á la sazón trepaban, y lanzó tres veces un grito agudo semejante á una seña.

A aquel grito, aparecieron en los picos de algunas rocas algunos bultos indecisos, que descendían con rapidez al lugar donde se encontraban los viajeros, y que al acercarse dejaron conocer que eran monfies.

—¡El santo faquí! exclamó uno de los que llegaron primero.

—Y el poderoso emir nuestro señor, añadió el anciano señalando á Yaye.

—¡Que Dios proteja al emir! digeron los monfies, inclinándose profundamente.

—¿Tu eres wali? dijo Yaye diri-

giendo la palabra á uno de los monfies, que por su traje más rico y esmerado, parecía capitán de los otros.

—Sí, poderoso señor, contestó inclinándose de nuevo y más profundamente el preguntado.

—¿Cuántos hombres acaudillas?

—Cincuenta valientes musulmes, señor.

—Pues bien, dijo Yaye, señalando como con miedo y apartando de ellos la vista, á don Diego, que había detenido á algunos pasos su caballo; y á doña Isabel, que ocultaba su rostro contra el pecho de su hermano. Aquel que ves allí es don Fernando de Valor: aquella dama su hermana. Quedaos con ellos; acompañadles y llevadles á donde quieran ser conducidos en seguridad.

—Queremos entrar esta noche secretamente en Andarax, donde tenemos parientes que nos ampararán, dijo don Fernando que había escuchado el encargo de Yaye.

—Resguardaréis, pues, y conduciréis á don Fernando y á su hermana, á Andarax, con seguridad: ¿lo entenedes, wali?

—Sí señor.

—Ahora, cuatro de vosotros adelante hácia mi alcázar, dijo Yaye.

Cuatro monfies se echaron las ballestas al hombro, y empezaron á trepar á gran paso por la ladera.

—Adios, exclamó Yaye, saludando de una manera indeterminada á don Fernando y á doña Isabel.

—Que él os proteja, señor, dijo el joven.

Doña Isabel guardó un obstinado silencio; pero don Fernando la sintió estremecerse.

Yaye y Abd-el-Gewar picaron á sus caballos, y desaparecieron muy pronto por un recodo de la montaña.

Al mediar el día llegaron al pinar en cuyo centro se encontraba la cue-

va por donde se entraba al alcázar subterráneo.

Pero con gran asombro de Abd-el-Gewar, encontró delante del pinar un ejército acampado; los monfíes, extendidas sus atalayas por las lomas inmediatas, rodeaban el bosque

Los dos viajeros se vieron obligados á darse á reconocer de punto en punto, hasta que llegaron á una magnífica tienda,alzada en medio del bosque, en el centro de un claro.

Había impresionado á Yaye y al anciano, el aspecto de profunda reserva y de sombría tristeza que se notaba en el semblante de todos, singularmente en el de los capitanes; no era aquel el aspecto ni de un ejército que hubiese sido vencido, ni que esperase al enemigo.

—¿Qué significa esto? dijo Abd-el-Gewar á uno de los walfes.

—¡Dios lo quiere, santo faquí! contestó gravemente el moro.

—¿Que Dios lo quiere! ¿y esa tienda alzada en medio de ese bosque?

—Los médicos han dicho, que el poderoso Yuzuf, á quien Dios salve, necesita aire puro que no encontraría en el subterráneo.

—¡Pues qué!..... exclamó con ansiedad Yaye.

El walf no conocía personalmente al joven, que aunque emir por la abdicación de su padre, no había tenido tiempo de darse á conocer de todos los monfíes. Por lo mismo, el walf, que no sabía con quién hablaba, contestó:

—Nuestro valiente y magnánimo emir, Yuzuf, está á las puertas de la muerte, á consecuencia de una herida que recibió anoche en el desfiladero de Dar-al-Huet.

Yaye no acabó de escuchar al walf, exhaló un grito salvaje, se arrojó del caballo y se precipitó en la tienda.

Yuzuf estaba postrado en el fondo

de ella, en un lecho, y rodeado de médicos.

Estos abundaban entre los monfíes, porque los moros, lo mismo que los árabes, eran muy dados al estudio de la medicina y de las ciencias naturales.

Yaye se precipitó al lecho y asió las manos de su padre, al que miró de una manera anhelante.

Yuzuf, á pesar del estado en que se encontraba, le reconoció y sonrió lánguidamente.

—¡Ah! ¡la misericordia de Dios es infinita! exclamó alzando los ojos al cielo; el Altísimo no ha querido que yo muera sin verte, hijo mío; sin hacer te conocer mi última voluntad.

Yaye quiso contestar y no pudo; la voz se había anudado en su garganta.

—¡Ah! ¡eres tú también, mi buen amigo, mi hermano, añadió Yuzuf, viendo á Abd-el-Gewar, que había penetrado también en la tienda, y, transido de dolor y de sorpresa, estaba de pié á algunos pasos del lecho: bien venido seas á recibir mi última despedida, santo faquí. Pero en estos momentos, tú, Abd-el-Gewar, y vosotros, mis buenos doctores, dejadme solo con mi hijo. Que nadie nos interrumpa.

Todos salieron, excépto Yaye, que estaba arrodillado junto al lecho y lloraba sobre las manos de su padre.

—¡El Altísimo es el dador de la vida y de la muerte, Yaye! dijo con acento solemne y tranquilo Yuzuf. ¡El da la victoria y él la quita! ¡suyos somos, y como dueño dispone de nosotros! No llores, Yaye: las lágrimas que el guerrero vierte por su padre, le honran; pero es necesario secar el llanto para pensar en la venganza.

—Os vengaré, padre mío; exclamó Yaye alzando fieramente la cabeza, y mostrando sus ojos secos como si en

un instante hubiese evaporado sus lágrimas el fuego de un volcán. Os vengaré, primero del infame don Diego de Valor, después de los cristianos.

—Escúchame con atención, dijo Yuzuf, porque me quedan pocos momentos de vida. No es don Diego de Córdoba y de Valor el que nos ha hecho traición.

—¿Quién es, pues?

—Un infame castellano á quien yo había amparado; un capitán de infantería española, llamado Alvaro de Sedeño.

—¡Ah! exclamó Yaye.

—Escucha, además: en poder de ese hombre hay cautivas dos mujeres.

Yaye lanzó toda su vida á sus oídos.

—Esas dos mujeres son la esposa y la hija de un hombre, que, como yo, lucha contra los españoles: ese hombre, rey como yo, de un pueblo valiente, es nuestro aliado natural: además, á ese hombre debemos mucho, y tú podrás deberle más: es riquísimo; tiene tesoros inmensos.

Yaye escuchaba con suma atención á su padre.

—Además, Yaye, continuó Yuzuf; tu proyectado enlace con doña Isabel de Valor, es ya imposible, porque doña Isabel está casada.

—Pero dícese que Miguel López ha muerto.

—No, Miguel López vive: vive en un lugar donde te conducirá cualquiera de nuestros walfes, solo con que le digas que quieres ir á la morada del cazador de la montaña.

—¿Y quién es ese cazador?

—Ese cazador es Calpuc, el rey del desierto de Méjico.

—¡Ah! ¿y ese es el padre de Estrella?

—¿Conoces tú á la hija de Calpuc?

—Sí, padre mio, y la tengo amparada en mi poder.

—¡Y esa mujer!...

—Es noble y pura.

—¿Hermosa?.....

—Como un ángel.

—Sea tu esposa, Yaye.

—¿Mi esposa?... ¿Y doña Isabel?

—¡Doña Isabel! ¡Una mujer casada!.....

Ya delante de dos lechos de muerte había escuchado Yaye las palabras: sé esposo de Estrella.

Yaye quedó profundamente pensativo.

—Los oprimidos deben unirse á los oprimidos, continuó Yuzuf: además, la amistad de Calpuc será preciosa para tí. Cuando yo muera, que será muy pronto, busca primero á Calpuc, dile que ponga en libertad á Miguel López; entrega después su hija á ese hombre; no te pregunto cómo te has apoderado de esa mujer, ni dónde has estado oculto durante quince días. Te he vuelto á ver y esto me basta: creo además en tu honor y en tu virtud. Recuerda bien: véngame y véngate de ese capitán infame, procura la amistad de Calpuc, y el amor de su hija, y en cuanto á lo demás, lo que como padre debo aconsejar al emir de un pueblo que lucha, y que lucha con tan justa causa como el nuestro, escrito está en estos pergaminos: ellos guardan mi voluntad. Espero que la cumplas. Es lo que conviene á nuestra patria, que tiene derecho á exigirnos toda clase de sacrificios. Graba bien en tu memoria las últimas palabras que voy á decirte: un rey debe sacrificarlo todo por su pueblo: su corazón, su felicidad doméstica, su vida, y si es preciso Yaye... hasta su honor.

Yuzuf entregó el rollo de pergaminos á Yaye que se había arrodillado para escuchar las últimas palabras de su padre: éste tendió las manos sobre él y le bendijo.

Aquella noche Yuzuf el valiente, el magnífico, el vencedor, como le llamaban los monfíes, murió, y Yaye fué proclamado de nuevo emir de las Alpujarras.

CAPÍTULO XXVI.

PROCEDIMIENTOS JUDICIALES.

El día siguiente al de la malograda tentativa de los moriscos, no se hablaba en Granada de otra cosa que del peligro en que había estado la ciudad; decíanse los nombres de los que habían sido presos, de los que probablemente serían ahorcados y de las precauciones que había tomado el capitán general para que no volviese á reproducirse el peligro en que, durante algunas horas, había estado Granada.

Decíase, además, que la justicia se había apoderado del cadáver de un capitán de infantería española, que había sido encontrado muerto á estocadas en su propia casa y de la persona viva del que le había matado. Añadían que don Diego de Córdoba y de Valor, andaba envuelto en aquella causa, que su hermano don Fernando, su esposa doña Elvira, y su hermana doña Isabel habían desaparecido, y por último, que de la casa de don Diego de Valor no habían quedado en la calle del Agua más que escombros denegridos.

Hablábase también con suma variedad de accidentes y en detalle, de cómo el duque de la Jarilla, poderoso señor que hacia muchos años que estaba retirado de la corte, en la pequeña ciudad de Guadix, había encontrado muerta á su hija, á quien había perdido, encuentro que había tenido lugar en ocasión de acudir el duque

con sus escuderos al llamamiento que había hecho el capitán general á los caballeros é hidalgos del reino contra los moriscos, y todas estas noticias se comentaban, se alteraban, y tenían en expectativa de los sucesos que podrían sobrevenir, á los curiosos y desocupados.

Pero nadie hablaba una sola palabra acerca de que el emir de los monfíes, con algunos de sus vasallos, se hubiese encontrado en Granada á la cabeza del alzamiento, y por otra parte, los moriscos que habían sido presos en las avenidas de la parte baja de la ciudad, eran gente vulgar, que solo conocían aisladamente á sus capitanes, y éstos habían huido, poniéndose en salvo en las breñas de las Alpujarras, y haciéndose por necesidad monfíes. Nada resultaba, pues, en el proceso abierto por la Chancillería, bajo la presidencia del capitán general, ni contra Yaye, ni contra el Homaidi, ni contra ninguno de los xeques y capitanes que habían provocado y puéstose al frente de la rebelión.

El último mono se ahoga, dice un adagio vulgar, y esto cabalmente aconteció entonces: los instrumentos, los que nada sabían, los que por no saber nada se habían quedado abandonados á sí mismos y presos, pagaron la culpa de los otros, siendo ahorcados los unos, y sentenciados á galeras los otros. Vertido aquel chorro de sangre sobre la efervescencia revolucionaria de los moriscos, el capitán general y la Chancillería, opinaron que no era prudente extremar el rigor, y aunque había muchos moriscos notoriamente sospechosos y contra los cuales podían haberse fulminado terribles procesos, se echó tierra al negocio, como se había echado sobre los cadáveres de los ajusticiados, y no se volvió á hablar más de ello.

Quedaba, sin embargo, un preso de consideración, una cabeza ilustre, casi régia, sobre la que estaba levantada la espada de la justicia. Esta cabeza era la de don Diego de Córdoba y de Valor, contra el que obraba la terrible carta que había presentado al capitán general Alvaro de Sedeño.

Pero don Diego gastó tan á tiempo y en tanta cantidad su dinero, sirviéndole de agente su buen amigo el marqués de la Guardia; era tan benévolo y compasivo el capitán general, que la carta presentada por el capitán Sedeño, pasó sin dificultad por falsa, y como no había contra él otra prueba, como, por otra parte, el capitán Sedeño había aparecido monfí y traidor por los papeles que se encontraron en su casa, túvose aquella carta por apócrifa, por un nuevo delito de Alvaro de Sedeño, sobreseyóse en la causa; pero con la condición de que don Diego se confesase públicamente vasallo del emperador, fiel, leal y dispuesto á verter toda su sangre en su servicio, así como ardiente cristiano, católico, apostólico romano. Del mismo modo se levantó mano respecto á su hermano don Fernando, á quien, mediante la misma confesión, se permitió volver á vivir libremente en Granada.

Se nos olvidaba decir que había contribuido en gran manera á esculpar á don Diego, la circunstancia de haber incendiado y saqueado su casa los moriscos la misma noche del alzamiento, circunstancia en que insistieron con gran ahinco los letrados defensores.

Don Diego, pues, hubiera sido puesto inmediatamente en libertad, á no ser porque, durante el tiempo de su prisión, había caído sobre él una acusación terrible: la de asesinato de su cuñado Miguel López.

Esta acusación había provenido de Calpuc, ó mejor dicho, la conciencia

de Calpuc había sido la causa ocasional de aquella acusación.

En el momento en que Calpuc se vió preso y encerrado, imposibilitado por lo tanto de ir á cuidar, como se había propuesto, de Miguel López, contando con su libertad, pensó en que, á pesar del dolor en que le había sumido la muerte de su esposa y la pérdida de su hija, él, que no había cometido durante su vida ninguna infamia, no debía cometerla en el momento en que de una manera tan dura le oprimía la mano de la desgracia; pensó también que necesitaba toda la protección de Dios, primero para alcanzar su libertad, después para encontrar á su hija, y que, para que Dios le protegiese, debía obrar como bueno: así, pues, pidió con insistencia que le tomaran declaración para hacer una revelación importante, y creyendo el capitán general y la Chancillería que esta revelación sería referente á la rebeldía de los moriscos, se apresuraron á enviar un alcalde de casa y corte, acompañado de un escribano, al calabozo de Calpuc.

Este declaró que estaba en su poder Miguel López, refirió las circunstancias por medio de las cuales el morisco había dado en sus manos, cuando le salvó de los monfíes, y dió tales y tales señales del lugar en donde Miguel López se encontraba, que parecía no podían equivocarse los que fuesen enviados en su busca; á pesar de esto, los emisarios enviados por la justicia, ó mal enterados ó torpes, no dieron con el subterráneo; volvieron; en atención á lo grave del asunto, decretó la Chancillería que el mismo Calpuc, bien asegurado y escoltado, fuese en demanda de Miguel López, y al fin, y después de tres días desde la primera declaración de Calpuc, y de cinco desde que se había separado el megicano de Miguel López, la justicia pudo penetrar en el subterráneo.

Entonces se vió una cosa horrible: junto á la puerta de hierro, entrando, en lo más alto de la escalera, se encontró á Miguel López muerto de hambre, mordiéndose un brazo, con el que sin duda el desventurado había querido alimentarse, y reconocido el cadáver, se encontraron sobre su pecho seis heridas profundas que empe- zaban á cicatrizarse.

Reconocido el subterráneo, se encontró un lecho revuelto, y sobre una mesa, junto á una lámpara apagada y exhausta, un papel escrito con letra gorda y ruda en que se leía:

«He cometido grandes crímenes, y la mano de Dios me castiga: muero aquí en este calabozo mal herido, y de hambre: hace tres días que el hombre que me salvó de los monfies, que me trajo aquí y que me curó, salvándome del rigor de mis heridas, no ha vuelto. Debe haber sucedido alguna desgracia á ese hombre cuando no ha venido á cuidar de mí. Si no vuelve pronto conozco que no tardaré en morir y quiero dejar á la suerte mi venganza. El hombre que me ha traído aquí y que me ha cuidado, es inocente de mi muerte, y debo confesar, porque mi conciencia me lo manda, que él me salvó del puñal de los monfies. Mi asesino es don Diego de Córdoba y de Valor á quien mi muerte importaba. Que á nadie más que á don Diego se haga cargo de mi muerte, si por un milagro de Dios, cae este papel en manos de la justicia. Pido asimismo perdón á doña Isabel de Córdoba y de Valor por el mal que he podido causarla, obligando á su hermano don Diego á que la casase conmigo; como enmienda de mi delito la dejo por heredera de todos mis bienes. Rogad á Dios por mi para que me perdone. En las entrañas de la tierra, no sé qué día ni qué hora.— Miguel López.»

Seguió la justicia en el reconoci-

miento de aquel lugar y encontró en el arcón negro, libros de devoción, y un papel autorizado por los religiosos dominicos fray Luis de Saavedra y Diego de Rojas, cuyo contenido era la abjuración de la idolatría y su conversión al cristianismo de Calpuc, rey del desierto mejicano. Halláronse además algunas ricas ropas, y en un rincón del arca, como un centenar de doblones de oro.

Recogió todo esto la justicia, incluso el cadáver de Miguel López, se volvió con el vivo y con el muerto á Granada, encerró de nuevo al primero, enterró al segundo, después de haber hecho constar su identidad por medio de sus parientes y conocidos, y guardó, para unirlos al proceso de Calpuc, los dos papeles hallados en el subterráneo.

Aquellos dos papeles favorecían en sumo grado á Calpuc; pero la justicia es muy suspicaz y no dándose por satisfecha con ellos de la inocencia del mejicano, hasta que la autenticidad de aquellos papeles fuese comprobada, le hizo cargo de la muerte de Miguel López.

Calpuc apeló á otra prueba: á la carta que Miguel López le había entregado para su esposa doña Isabel, en que se acusaba de aquel asesinato á don Diego, y á la sortija que en aquella carta mandaba Miguel López á doña Isabel entregase á Calpuc.

Pero doña Isabel estaba ausente y no se sabía donde paraba: enviaron requisitorias á las Alpujarras y al fin doña Isabel fué encontrada en Mecina de Bombarón por los sabuesos de la justicia, y hecho registro repentino en su casa, se la encontró, entre algunas cartas de amores de un tal Juan de Andrade, la carta de Miguel López, citada por Calpuc.

Compulsada aquella carta con documentos indubitables, escritos y firmados por Miguel López, los peritos.

nombrados declararon por unanimidad, que aquella carta era de puño y letra del difunto y por lo tanto legítima.

La acusación, pues, del asesinato de Miguel López recayó sobre don Diego de Córdoba y de Valor, en el momento en que iba á ser puesto en libertad, absuelto de la otra causa de traición contra Dios y contra el rey.

Preguntados los lacayos que acompañaron á don Diego en su viaje con Miguel López á las Alpujarras, declararon que nada sabían; pero puesto á la prueba del tormento uno de ellos, declaró que había llevado una carta á un ventero de las Alpujarras cerca de Orgiva, que por indicios había sospechado que se tramaba algo contra Miguel López, y que solo don Diego era á su parecer el que había andado en aquel asunto.

Reconocida, por declaración de Calpuc, la rambla de los Gamos, se encontraron los siete monfies ahorcados de la encina, muertos y medio devorados por las aves carnívoras, y pendiente del cuello de cada uno de ellos un pergamino con la sentencia del emir de los monfies escrita en árabe, como asesinos de Miguel López, y una bolsa con veinte y cinco doblones de oro. Los monfies, temiendo la justicia del emir, habían respetado aquellas bolsas; pero la justicia castellana las recogió como cuerpos de delito, y apesar del estado en que se encontraban los monfies, los descolgó de la encina y los llevó á la plaza de Orgiva para ver si alguno los reconocía: en uno de ellos, cuyo rostro estaba más conservado que el de los otros, algunos de los vecinos del pueblo reconocieron al ventero del camino de Granada, que cabalmente había desaparecido algunos días antes.

Esto parecía bastante para esculpar de todo punto á Calpuc; pero la

justicia le hizo cargo de haber detenido al herido en su poder.

Calpuc contestó que el estado del herido le había obligado á no llevarle á ninguna población, por estar todas más distantes que su asilo, y de no haber dado parte á la justicia por no haber podido separarse de él.

Mediaron algunos cientos de doblones ofrecidos discretamente á la justicia, y se absolvió á Calpuc de la acusación del asesinato de Miguel López, recayendo todo el peso de este en don Diego de Valor.

Pero como este permaneciese negativo, y por ser hidalgo no pudiese sujetársele al tormento, la Chancillería encontró que, si bien no había pruebas bastantes para ahorcarle, había las bastantes para sentenciarle á galeras.

Don Diego fué, pues, degradado, privado de su oficio de regidor perpetuo de la ciudad de Granada, confiscados sus bienes, y condenado por diez años á las galeras de su magestad.

«Pero, añadía la sentencia: en atención á que el padre y el abuelo de don Diego, sirvieron buena y fielmente los años pasados á los señores Reyes Católicos y á la señora reina doña Juana, manda la sala, que si doña Elvira de Céspedes, esposa del dicho don Diego, diere á luz un hijo dentro de los nueve meses posteriores á esta sentencia, no recaiga sobre el dicho hijo la infamia de su padre, que herede sus bienes, y si fuese varón, el oficio de regidor perpetuo de la ciudad de Granada, de que estaba en posesión el don Diego.»

Esta sentencia estaba fechada en el mes de setiembre de 1546.

El día 15 de marzo de 1547, doña Elvira de Céspedes, dió á luz un hijo, que se llamó don Fernando de Valor, y heredó los bienes y el regimiento

de su padre con arreglo á la anterior sentencia.

Don Diego de Valor no quiso publicar su deshonra y dejó que heredase su nombre y sus bienes un hijo que no era suyo.

Por que es de advertir que, segun la fecha del nacimiento de don Fernando, debió ser concebido por su madre, durante la ausencia de don Diego y su permanencia en el alcázar del emir de los monfies.

Cuando Yaye-ebn-Al-Hhamar supo por una amenazadora carta de doña Elvira este nacimiento, se estremeció, porque no podia dudar, ni aun por asomo, de que don Fernando de Valor era hijo suyo

Quince días después, Yaye recibió otra carta: era de doña Isabel de Valor: antes de leerla le llenó de alegría y después de leerla de espanto.

Aquella carta tenía sobre sí muchas lágrimas.

«Señor don Juan de Andrade, decía: perdonadme si os nombre con el apellido con que os disteis á conocer de mí: perdonadme también si os escribo, porque.... á más de que la crueldad con que me tratásteis la noche que me salvásteis del incendio de la casa de mi hermano para perderme, me obligaría siempre á guardar con vos un silencio provocado por vos mismo, sé que os habéis casado. Dios os haga feliz con vuestra compañera. Pero un sagrado deber me obliga á escribiros. Vuestro delito ha dado resultados funestos. Acabo de dar á luz un hijo... un hijo á quien han bautizado con el nombre de Diego López, con el nombre de un hombre que no es su padre.... ¿lo comprendéis bien? porque ese desdichado es vuestro hijo... un dolor y un placer que Dios me envía á un tiempo... porque no pudiéndoos amar, os amaré en él. Pero al mismo tiempo me ha dado Dios con él el remordimiento... de un adul-

terio, que he cometido al dejar que vuestro hijo herede el nombre y la hacienda de quien no es su padre. Yo he debido decir á voces para que todos me oyeran: ese hijo no es hijo de quien creéis; os engañáis... es hijo de otro: Miguel López solo ha tocado mi mano derecha para desposarse conmigo... pero no he tenido valor de decir al mundo: he renegado de mi virtud, he sido adúltera, porque el mundo juzga por las apariencias, he manchado la casta memoria de mi buena madre... no, no he tenido valor para envilecerme delante del mundo, y sobre todo, para envilecer á nuestro hijo, que es inocente. Yo también lo soy; bien lo sabéis. Yo soy tan pura ahora como antes de conoceros. Pero nadie me creería si lo dijese. Vos solo podéis creerme, y me creéis, porque no podéis dudar de mí. Sin embargo, yo no os escribiría, si al dar el primer beso á mi hijo no me hubiese asaltado un terror supersticioso.... me ha parecido ver en su frente pura una mancha de sangre; he creído adivinar que esa sangre era vuestra; que un día vuestro hijo levantaría su mano armada de muerte sobre vos... ¡Oh! me he estremecido; mi corazón se ha helado y en el primer momento ni aun he tenido fuerzas para rogar á Dios. ¡Oh! ¡si un día vos, emir de los monfies, os viérais frente á frente con un hijo de los Valor, con un hombre que puede creerse con derecho á la corona de Granada! Quemad, quemad esta carta, señor, después de que la hayáis leído. Comprended los motivos que tengo para advertiros de que Diego López Aben-Aboo es vuestro hijo... por lo demás, yo no os maldigo.... yo os amo.... os amo con toda mi alma... pero, entendedlo bien.... jamás seré vuestra.... jamás; aunque enviudárais, aunque desfalleciérais de amor y de deseo á mis piés, nunca consentiría en ser

vuestra. Dios y nuestro deber nos separan. Vos sois casado; yo he muerto ya para todo, para todo, menos para nuestro hijo. Vos sois poderoso, señor; protegedle, protegedle y evitad con cuantas fuerzas podáis, los nuevos crímenes que pudieran resultar del crimen que cometísteis contra mí.—Mesina de Bombarón á 31 de marzo de 1547.—Doña Isabel de Córdoba y de Válora.»

Yaye sintió que su corazón se rompía al leer esta carta: conoció que su amor, su alma entera pertenecían á Isabel; al saber que doña Elvira de Céspedes había dado á luz un hijo, se había irritado, había acusado de injusto al cielo, había blasfemado. Pero al saber que doña Isabel era madre, su corazón se quemó de una manera horriblemente dolorosa en un nuevo amor, en un amor que llenaba su ser, pero que le llenaba torturándole: en un amor que era al mismo tiempo para él un remordimiento agudo y cortante como la hoja de una espada. Comprendió cuánto decía para él la acusadora carta de doña Isabel, en la frase de aquella carta en que doña Isabel juraba que aunque muriera de amor á sus piés no sería suya, comprendió que doña Isabel estaba segura de su amor, que creía en él como creía en Dios, que sabía que ella era su paraíso perdido, que estaba escrito que un día Yaye rompería por todo é iría á mostrarla el volcán de aquel amor. Y esta certeza de ser amado, de ser comprendido, era para Yaye un abismo lleno del fuego del infierno colocado entre él y doña Isabel.

Y entonces volvió con desesperación la vista á su pasado de un año: vió en aquel pasado la felicidad que había arrojado de sí con desprecio; recordó con el alma llena de amargas lágrimas, aquella noche que tan duramente rechazó por fanatismo, por ambición el amor de Isabel: miró á

su presente y vió junto á sí una víctima: doña Estrella de Cárdenas, duquesa de la Jarilla, su esposa, que le amaba con toda su alma, y con quien se había casado sin amarla, por ambición.

Yaye cerró los ojos á tanta desgracia, hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo, lanzó una carcajada de loco y exclamó:

—La felicidad ha muerto para mí; pero me queda la embriaguez de la grandeza; lucharé, venceré, conquistaré un imperio, y ahogaré mis dolores, en el mar de mi gloria.

Luego con los ojos encendidos y el corazón inerte, guardó la carta de doña Isabel, junto á la que le había escrito doña Elvira de Céspedes, manifestándole que don Fernando de Válora era su hijo.

Acaso Yaye hubiera hecho bien en quemar aquellas dos cartas como se lo encargaban doña Isabel y doña Elvira.

CAPÍTULO XXVII.

DE CÓMO FUÉ EL CASAMIENTO DE YAYE.

Hemos dicho al final del capítulo anterior que Yaye se había casado con doña Estrella de Cárdenas, duquesa de la Jarilla.

Para demostrar la causa de la nueva situación en que se encontraban estos dos importantes personajes de nuestra historia, nos vemos obligados muy á pesar nuestro, á meternos de nuevo en el árido terreno de las investigaciones judiciales.

De buena gana saldríamos del paso diciendo que mediante pruebas bastantes, don Juan de Cárdenas, duque de la Jarilla, había reconocido por su nieta á Estrella... pero no nos atrevemos á ello, temerosos de que algún lector nos acuse de haberle defraudado de las minuciosidades del recono-

cimiento. Abordamos, pues, el farrago á que nos condena en esta ocasión nuestro oficio y empezamos.

Estaba en su casa don Gabriel Coloma, marqués de la Guardia, acabando de dejarse enhebillar su coselete por su escudero, el mismo día en que entró en Granada el duque de la Jarilla, y se preparaba á montar á caballo para ponerse á las órdenes del capitán general como buen vasallo de su magestad, cuando entró por las puertas de la cámara un hombre lloroso, pálido, asustado, en quien reconoció al escudero de uno de sus mejores amigos.

—¿Qué os sucede, señor Gabriel Sáez? le dijo el marqués.

—¿Qué me ha de suceder, triste de mí, contestó el preguntado, sino que mi amo está entre la vida y la muerte?

—¡Diablo! exclamó el marqués, poniéndose serio. ¿Que el duque está en peligro de muerte? ¿y donde?

—Aquí, en el Albaicín, en una casa junto á San Gregorio el Alto.

—Pues perdonen el capitán general y su magestad, y suceda lo que quiera, dijo el marqués deshebillándose por sí mismo el coselete y arrojándole; vamos á ver á vuestro amo. ¿Habéis venido á caballo, señor Gabriel Sáez?

—Si señor.

—Pues adelante.

Y sin decir más palabras, salió, seguido de Sáez, bajó al patio, montó en un caballo que le tenían preparado, montó en su mula Sáez, y saliendo de la casa, llegaron en muy poco espacio á la en que, despues de su accidente, había sido recogido el duque de la Jarilla, y delante de su lecho.

Había vnelto en sí el duque; pero se encontraba en un estado deplorable, y hasta tal punto, que los médicos habían prohibido que se le hablase, ni se le excitase.

Pero no sabían los médicos que tenían que luchar con un carácter de hierro, hasta que, para no excitarle más, se vieron obligados á permitir que el enfermo hiciese lo que quisiese.

Por resultado de esto, Sáez fué á llamar al marqués de la Guardia, y este se encontró delante de su viejo amigo.

—¡He encontrado á mi hija! exclamó con precipitación el duque, en cuanto vió al marqués y antes de que este pudiese hablar una palabra.

—¡A vuestra hija! ¿á la que os robaron hace tantos años los indios mejicanos?

—¡Sí, sí! ¡la he encontrado! exclamó con anhelo el duque.

—¡Pues me alegro, vive Dios! ¡me alegro! exclamó el marqués.

—¡Pero la he encontrado muerta! ¡muerta!

Y el anciano rompió á llorar.

El marqués se mordió la lengua.

—¡Ira de Dios! dijo, ¡y yo que me había alegrado!

—¡Muerta! repitió con desesperación el duque. ¿Comprendéis, lo que es para un padre encontrarse muerta una hija á quien ha llorado por espacio de veinte y dos años? ¡muerta y miserable!

—¿Pero cómo ha sido eso señor? exclamó el marqués que estaba atortolado é incómodo por aquel duelo que se le había venido encima, á él, que era el hombre más alegre del mundo y que aborrecía los llantos y los gemidos.

—Cuéntaselo tú, Gabriel, dijo el duque, tú que no eres su padre y recordarás mejor.

El escudero contó al marqués circunstanciadamente su encuentro imprevisto con el cadáver de doña Inés, la conversación con el alguacil Picoete, y el accidente de su señor.

—Con que resulta, dijo el marqués, que tenéis una nieta, don Juan.

—Sí; si señor; que tengo una nieta, y que esa nieta se ha perdido.

—¿Pero no está preso el hombre que mató al capitán Sedeño?

—Sí, si por cierto.

—Pues bien, dijo el marqués, por el hilo se saca el ovillo, y ya que la muerte de vuestra hija no tiene remedio, procurad vivir para vuestra nieta.

—Es necesario que mi nieta parezca, dijo el duque.

—Sí, es preciso, repitió maquinalmente el marqués.

—Y os he llamado para que la busquéis, don Gabriel.

—¿Para que yo busque á vuestra nieta.

—Sí por cierto. ¿No véis que yo estoy sujeto en este lecho de maldición?

El marqués de la Guardia meditó que tenía un pretexto para escapar de aquella situación que le fastidiaba y se apresuró á decir:

—Habéis hecho bien en acordaros de mí, don Juan, y en el momento voy á hacer las primeras diligencias. ¿No decís que ese alguacil con quien hablasteis, vive en la Calderería y que se llama Picote?

—Sí señor, contestó Sáez.

—Pues bien, voy al momento á ver al alguacil. Reposad vos entre tanto y sed dócil á lo que os ordenen los médicos. El alguacil Picote.... en la Calderería.... adios, don Juan, hasta la vista.

Y escapó, montó á caballo y se alejó á buen paso, burlando á Sáez que quería darle algunas instrucciones.

—¡Ira de Dios! exclamó el marqués: ¡pues échese vuesamerced á buscar niñas perdidas! ¡encárguese de un negocio en que habrá pleito y ruido! porque los parientes del duque no se han de dejar arrancar la heren-

cia! ¡Bah! que se componga allá como pueda mi viejo amigo: por hoy tengo pretexto con la jarana que se prepara; después.... después.... don Juan se muere dentro de veinticuatro horas, si no le quemán antes los moriscos, y asunto concluido

De repente, un pensamiento como suyo vino á hacer variar de resolución al marqués.

—¡Diablo! dijo: ¿y si la niña perdida fuera una buena moza?

Este pensamiento bastó para que el marqués hiciese variar de dirección á su caballo y se pusiese en demanda de la Calderería y del alguacil Picote.

Llegó, y como todo el mundo conocía en la vecindad al tal ministro, el marqués se encontró en un zaquizamí, delante de una robusta moza como de veinte y seis años, á quien por todo saludo tomó la cara. Esto demostraba que la esposa de Picote estaba sola, y que era mujer de buen empaque.

A las pocas palabras el marqués se entabló en la casa y obtuvo una doble cita; una para el marido y otra para la mujer.

Al salir el marqués se atusó el bigote, montó á caballo y se alejó murmurando:

—Pues señor, los principios de mi aventura no son malos: yo no conocía á la mujer de ese alguacil y es una moza completa la mujer del tal Picote.

En seguida el marqués fué á presentarse al capitán general.

A día siguiente Granada estaba tranquila, y el marqués pudo dar algunas esperanzas á su amigo y seguir en sus investigaciones.

Entretanto la justicia, á instancias del duque de la Jarilla, había careado á Calpuc con el cadáver de su esposa; se habían comprobado el rizo negro y el pedazo de sábana; el mejicano ha-

ba declarado que aquel cadáver era el de su esposa; que tenía una hija llamada doña Estrella; que era cristiano, como eran cristianas su esposa y su hija; refirió, en fin, su historia entera: presentó como comprobantes su partida de desposorio, y la partida de bautismo de su hija, y citó el acta de su retractación de la idolatría, que se había encontrado en el subterráneo de las Alpujarras, autorizados los tres documentos por las venerables firmas de los dos religiosos dominicos, fray Luis de Saavedra y fray Diego de Rojas: declaró asimismo que al venir á Europa y á España, había dado libertad á los dos religiosos: que uno estaba en la casa de su orden de Salamanca, y el otro en la de Avila.

Llamaron á los dos religiosos, que por fortuna vivían, y estos decidieron la cuestión declarando unánimemente, que Calpuc era rey del desierto mejicano, que en sus mismos dominios había profesado, aunque secretamente, la religión católica; que se había casado con la dama cuyo retrato después de muerta se les presentaba; que siempre habían oído decir á aquella dama, que era hija del adelantado de la frontera del desierto, duque de la Jarilla; que tenían los esposos una hija llamada doña Estrella, muy semejante á su madre, y por último, que el capitán de infantería Alvaro de Sedeno, cuyo retrato, aunque de su cadáver, reconocían, las había arrebatado á Calpuc diez años antes.

Hemos hablado de los retratos de los dos cadáveres: estos se habían mandado hacer por la Chancillería, por no encontrarse medio para conservar los cadáveres durante una tan larga probanza. Aquellos dos retratos, pues, eran dos testimonios pintados, legalizados en forma.

Los herederos del duque habían interpuesto su acción pretendiendo pro-

bar que aquel cadáver no era el de doña Inés de Cárdenas; pero tales fueron las pruebas y los doblones del duque y de Calpuc, que la verdad resplandeció á despecho de los herederos que tenían, no por doña Inés, que no podía heredar, sino por aquella hija de doña Inés, que podía parecer de un momento á otro.

En cuanto á Calpuc, libre de la acusación del asesinato de Miguel López, no resultando contra él ninguna prueba de traición al rey, y teniendo en su abono su conversión y sus desgracias, la Chancillería opinó que la muerte que había dado al capitán Sedeno, merecía en gran parte disculpa, y, mediando el indulto del emperador por ciertos extremos que necesitaban indulto, fué puesto en libertad, como asimismo el platero Franz, contra el cual no resultaba más cargo que haber acogido á Calpuc.

Además de esto, el duque de la Jarilla se había restablecido un tanto, aunque envejeciendo diez años, y todo iba bien, menos el asunto de que se había encargado el marqués de la Guardia: esto es el encuentro de Estrella.

En vano el alguacil Picote, de cuya casa con lo mejor que contenía, esto es, su mujer, se había apoderado el marqués, revolvió, y fué y vino por sí mismo y por medio de sus compañeros. Eran pasados dos meses desde la muerte de doña Inés, y su hija Estrella no parecía.

La jóven, que había venido á ser la cuarta estrella de la casa en que vivía, y la más hermosa (nosotros tenemos los retratos de las otras tres estrellas en nuestra carpeta), doña Estrella decimos, vivía triste y creyéndose abandonada por Yaye, aunque asistida como una reina por Harum.

Desde la noche en que Yaye se había separado de ella, no le había vuel-

to á ver ni recibido noticias suyas. Esto consistía en que Yaye, por razón de la muerte de su padre, había entrado de lleno en la posesión de su alta dignidad de emir, y en que necesitaba, no solo darse á conocer como valiente á sus monfies, sino también vengar en los cristianos de las Alpujarras la muerte de Yuzuf.

Durante aquellos dos meses, incendió, saqueó y ensangrentó algunas villas con gran contento y aplauso de los monfies, que vieron que Yuzuf había sido dignamente reemplazado por su hijo, y en todo este tiempo Yaye no se cuidó de otra cosa, ni envió noticias suyas á Harum, ni se las pidió de Estrella.

Esta, por orgullo, no preguntaba por Yaye: Harum, que miraba con un profundo respeto á la jóven, como á todo lo que provenía del emir, tampoco la hablaba sino cuando ella le dirigía la palabra, obedeciéndola de una manera ciega.

Durante algunos días, la enamorada jóven lo esperó todo de Yaye; pero pasó una semana y otra y un mes, y Yaye no parecía. Entonces Estrella se decidió á obrar por sí misma; á provocar un conocimiento extraño, por medio del cual pudiese ponerse en contacto con su abuelo el duque de la Jarilla.

Mandó á Harum que la procurase ropas de calle, un libro de devociones y un manto. Harum le procuró todas estas cosas. Cuando Estrella las tuvo, le dijo que quería ir todos los días á misa á la parroquia más próxima.

Harum, aunque con repugnancia, acompañó desde entonces á misa todos los días por la mañana á Estrella, llevándola á la iglesia de San Gregorio el Alto.

Durante ocho días, Estrella que había contado con su juventud y su hermosura para procurarse un noble conocimiento que la sirviese para dar

con su abuelo, notó que á la iglesia de San Gregorio, la más alta y lejana del Albaicín, solo concurrían pobres gentes y toscos trabajadores, que se asombraban de ver todos los días á una dama tan hermosa, en aquella iglesia donde no acostumbraban á ir damas.

Estrella pidió á Harum que la llevase á una iglesia más concurrida. Harum, por más que le disgustase este afán de dejarse ver, en una dama por la cual podía interesarse su señor, aunque solo le había mandado que la obedeciera como si fuera su hermana, la llevó á la colegiata del Salvador; pero aunque en aquellos tiempos era la tal iglesia muy concurrida, iba á ella la jóven demasiado temprano para encontrar en ella gente noble. Entonces preguntó á Harum á qué hora concurría á la iglesia la gente principal. Harum la contestó un tanto contrariado, que á la misa de hora.

—Pues bien, dijo Estrella; quiero ir á la misa de hora.

—Para ello será necesario que vayáis mejor prendida, en litera, y con doble servidumbre, observó Harum.

—Pues bien; comprad lo que fuere menester.

Harum procuró á Estrella nobles y ricos trages y una litera de corte y la hizo acompañar por sus monfies disfrazados de pajes, que le llevaban el cogín y la silla: no bastando para estos gastos el dinero que le había dejado Yaye, Harum se vió obligado á empeñar sus mejores prendas. Pero Estrella fué vista y admirada el domingo inmediato por la gente más noble de Granada.

Sin embargo, durante tres días de fiesta, aunque la miraron con codicia muchos hidalgos jóvenes y viejos, y aunque Estrella, que ansiaba tener un instrumento de quien valerse, no fuese muy esquiva de semblante, ninguno, al verla tan bien acompañada y

por un hombre tan cegijunto como Harum, se atrevió á seguirla ni á ponerse en conquista. Pero la fama de la hermosa desconocida cundió entre lo que podía llamarse entonces buena sociedad, por boca de damas y galanes, y llegó á oídos del marqués de la Guardia.

Don Gabriel jamás dejaba de acudir allí donde se presentaba un nuevo sol entre los soles conocidos, y tanto oyó ponderar la belleza y el boato de la incógnita, que al primer día de fiesta, se aliñó, se tiñó las canas, se puso sus mejores prendas, y antes de la misa de hora fué á plantarse junto á la pila del agua bendita en la iglesia del Salvador.

Ya estaba cansado el marqués de ofrecer agua á todas las damas conocidas suyas, jóvenes y viejas, que iban entrando sucesivamente, cuando se presentó Estrella.

Al ver el marqués á una jóven tan hermosa, tan bien prendida, tan noblemente acompañada, y á quien no conocía, dijo para sí:

—Esta debe ser la famosa incógnita.

Y sumergiendo dos dedos de su mano diestra en la pila, adelantó gentilmente hácia Estrella, la saludó con una sonrisa tal y tan noble como quien á ellas estaba acostumbrado, y la ofreció el agua bendita. Estrella la tomó con suma gracia y pasó sonriendo levemente al marqués, y desplegando sobre sus ojos una mirada, que á poco más hace un destrozo en el corazón de don Gabriel.

—Decididamente, dijo este, cuando se hubo repuesto: es la mujer más hermosa que he visto en toda mi vida.

El marqués no oyó misa, ni vió otra cosa que á Estrella que se había arrodillado junto al presbiterio. La jóven, como sabemos, tenía interés en hacerse con un instrumento, y tales

fueron sus frecuentes y al parecer impresionadas miradas al marqués, que este acabó de volverse loco.

Cuando salieron, don Gabriel siguió á Estrella á pesar de Harum, que de tiempo en tiempo le miraba hosco, como un mastín que olfatea al lobo.

Don Gabriel supo donde vivía Estrella, pero supo también que su casa no tenía resquicio ni respiradero.

Rondó, fué y vino durante tres días; pero siempre vió la casa cerrada y muda. El cuarto día era de fiesta. Don Gabriel fué á la misa de hora provisto de un billete en que declaraba su amor á Estrella, y la suplicaba que, si la era posible, fuese al día siguiente á las ocho á misa á la misma iglesia, para darle la sentencia de vida ó muerte.

Cuando Estrella entró, don Gabriel, al ofrecerla el agua bendita, la deslizó en la mano el billete. Estrella le tomó recatadamente; pero no se sonrió, ni miró al marqués durante la misa, manteniéndose grave y seria. El marqués se desesperó creyendo que había errado el golpe por precipitación y se abstuvo de seguirla cuando salió.

Sin embargo, al día siguiente, entre temor y esperanza, fué antes de las ocho á la iglesia del Salvador.

Poco después entró Estrella, seguida, como siempre, de los dos pajes y del receloso Harum. El marqués adelantó hácia ella trémulo y pálido, y al tomar Estrella el agua bendita, dejó en su mano un pequeño billete.

Jamás pareció más larga una misa á don Gabriel; concluyóse al fin; doña Estrella pasó junto á él, le saludó y desapareció. El marqués abrió con ansia en el mismo vestíbulo del templo el billete y vió que contenía lo siguiente:

«Señor marqués de la Guardia: os contestaré al billete que me entregás-

teis ayer, cuando tonga algo que agradeceros, y para que eso pueda suceder, voy á presentaros la ocasión de servirme. Necesito que don Juan de Cárdenas, duque de la Jarilla, mi abuelo.....

Al llegar á esta frase don Gabriel, lanzó un grito de alegría, arrugó el billete y le besó frenético; luego le desarrugó lentamente con placer, con el alma inundada de delicia y prosiguió la lectura.

»..... Necesito que don Juan de Cárdenas, mi abuelo, sepa que tiene una nieta, que esta nieta está sola en el mundo, que tiene medios para probarle su parentesco y que necesita su noble y paternal amparo. Buscad al duque, mi abuelo, y decidle dónde vivo. Cuando el duque me haya reconocido, entonces, señor marqués, veré lo que debo contestar á vuestra petición, y se aclarará para vos el misterio de este encargo que os hago, contando con que, como noble, me serviréis.—Doña Estrella de Cárdenas.»

El primer impulso de don Gabriel fué correr á casa del duque y mostrarle el billete; pero meditó que el duque sabía que era casado, y su paso se hizo más lento, reprimido por su meditación.

—Pues bien, dijo el marqués, no hay necesidad de mostrarle el billete le diré que he encontrado á su nieta, y si me pregunta el cómo, inventaré una mentira cualquiera. Vamos á casa del duque. Es necesario que doña Estrella me esté agradecida, y además, tenía picado mi amor propio por no haber podido dar con ella. ¡Ya se ve! ¿Quién había de figurarse?..... Decididamente soy un hombre de suerte.

Al mediar aquel mismo día, Harum se encontró seriamente sorprendido al ver que llamaba á la puerta de su casa la justicia.

Era un alcalde de casa y corte, un escribano y cuatro alguaciles, á los cuales acompañaban el duque de la Jarilla y el marqués de la Guardia, con algunos criados armados

—¿Cómo os llamais? dijo severamente el alcalde á Harum.

—Pedro de Xeniz, contestó Harum con entereza.

—¿Quién vive en vuestra casa?

—Una dama que se llama doña Estrella y...

—Basta, dijo el alcalde; en nombre del rey llevadnos á la presencia de esa señora.

Harum, cediendo á las circunstancias, introdujo al alcalde, al escribano, al duque de la Jarilla y al marqués de la Guardia, en una sala del piso bajo donde estaba Estrella.

Al verla el duque, la reconoció: tan parecida era á su hija cuando tenía la misma edad, con la sola diferencia de que era morena y de que su semblante revelaba de una manera inequívoca el tipo indígena mejicano.

El duque se arrojó entre los brazos de Estrella.

—¡Sí! ¡sí! exclamó, cubriéndola de besos y lágrimas; ¡tú eres, sí, la hija de mi pobre Inés, la hija de mi alma! ¡tú semblante lo está diciendo á voces! ¡sus mismos ojos, su misma frente, su misma pureza, y luego... el color de tu padre!... ¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío!

Y el viejo, no pudiendo resistir más á su emoción, cayó desfallecido entre los brazos de Estrella, que se vió precisada á sostenerle.

La joven lloraba; todos estaban conmovidos: solo Harum se mostraba hosco y receloso.

El duque había perdido el conocimiento.

—Es necesario concluir, dijo el marqués; vuestro abuelo, señora, no ha podido resistir á tanta felicidad.

Concluid, señor alcalde, mientras yo voy á buscar dos literas.

El alcalde se dirigió á Estrella.

—¿Reconocéis por vuestro abuelo al señor duque de la Jarilla? dijo.

—Soy nieta del duque de la Jarilla, contestó Estrella, sin dejar de atender con una tierna solicitud al anciano.

—¿Sois casada? repuso el alcalde.

—No, señor; soy enteramente libre.

—¿Estais, pues, dispuesta á trasladaros á la casa de vuestro abuelo?

—Sí señor.

—¿Habéis estado por vuestra voluntad en esta casa?

—Sí señor; y solo tengo motivos de agradecimiento para con el honrado Pedro el Xeniz, y para con su señor. Ellos fueron los que me salvaron del infame Alvaro de Sedeño; ellos los que procuraron á mi madre una muerte tranquila.

—¿Con que vos no sois el dueño de esta casa? añadió el alcalde dirigiéndose á Harum.

—No señor.

—¿Quién es vuestro amo?

—El señor Juan de Andrade.

—¿Y dónde está?

—Ausente.

—Puesto que contra vos no hay ninguna queja, os encargo que aviséis á vuestro señor de lo que acontece y de que su presencia será muy necesaria en Granada para ciertas probanzas.

—Muy bien, señor.

—¿Habeis concluido ya, señor alcalde? dijo D. Gabriel entrando en la estancia.

—De todo punto.

—¿De modo que podemos trasladar al señor duque y á doña Estrella á su casa?

—Sí señor.

—Esperad un momento, dijo Estrella.

Y se aportó á un lado con Harum, á quien habló en voz baja lo siguiente:

—Decid á vuestro señor, que me perdone por el paso que he dado sin su conocimiento; vos sabéis que durante un mes no he salido de esta casa; pero me importaba encontrar á mi familia. Decidle que me encontrará siempre en casa de mi abuelo; que no me moveré de Granada hasta que le vea y... añadidle, dijo Estrella cubierta de rubor y con los ojos arrasados en lágrimas, que no puedo vivir sin él.

—¡Ah, señora! ¡que Dios os haga feliz! contestó Harum.

.....
Apenas habían salido de la casa Estrella, su abuelo, á quien la alegría había puesto en un estado lamentable, el marqués de la Guardia, que iba formando castillos en el aire, y el alcalde y el escribano, que ajustaban *in mente* la suma de las costas de la diligencia que acababan de practicar, cuando Harum, irritado, hosco y mohinó, sacó un caballo de las cuadras, montó en él y se fué á buscar al emir de los monfíes de las Alpujarras.

.....
Estrella fué reconocida por su abuelo y por su padre: los dos religiosos dominicos declararon que era la misma doña Estrella que diez años antes había sido arrebatada del desierto por el capitán Alvaro de Sedeño; reconocieron como buenas pruebas el retrato y el manuscrito que doña Inés había dado á su hija antes de morir, y á despecho de los parientes del duque, doña Estrella fué declarada su nieta, y su heredera legítima.

.....
El duque, que había podido resistir al dolor de la pérdida de su hija, no pudo resistir á la alegría del encuentro de su nieta, y murió perdonando á Calpuc, y llamándole su hijo.

Doña Estrella le heredó y se encontró joven, hermosa, libre, duquesa de la Jarilla, grande de España y riquísima por sus rentas y por el dinero que había acumulado su abuelo durante su retiro.

Pasó un mes desde la muerte del duque y ninguna noticia tenía Estrella de Yaye

El marqués de la Guardia entre tanto importunaba á la joven con sus amores.

—Ya os he dicho, le contestaba, la duquesa, que antes de conoceros amaba á otro: ya os he dado todo lo que podía daros: mi agradecimiento.

El marqués, sin embargo, cada día más tenaz insistía.

Estrella le demostraba su agradecimiento sufriendo sus importunidades.

El amor del marqués llegó á hacerse lúgubre: se creyó engañado y pensó en vengarse.

Estrella, triste por la ausencia de Yaye, enflaquecía y se ponía pálida.

Calpuc veía con inquietud el estado de su hija.

Al fin un día y cuando el marqués, por la millonésima vez, hablaba á Estrella de su amor desesperado, un lacayo anunció á la puerta de la cámara al señor Juan de Andrade.

Estrella se puso pálida, tembló y lanzó un grito ahogado.

El marqués comprendió que había aparecido el rival dichoso y se levantó irritado y letal, al mismo tiempo que Yaye entraba en la cámara.

La vista de la enérgica belleza y de la juventud de Yaye, irritaron al marqués que salió desesperado.

Al ver á Yaye, Estrella se levantó y corrió desalada á arrojarle en sus brazos.

No le dijo una sola palabra; pero

reclinó la cabeza en su hombro y lloró de placer.

Yaye la llevó al sillón de donde se había levantado.

—Mi buen Harum, dijo Yaye, me ha dicho que necesitabais verme: yo tambien necesitaba veros, y he venido.

—Si, despues de cuatro horribles meses que han pasado desde que nos vimos por la última vez.

—Cuatro meses que he necesitado para darme á conocer dignamente á los míos y para vengar á mi padre.

—¿Vuestro padre ha muerto? dijo apareciendo Calpuc en una puerta de la cámara.

—¡Es mi padre! dijo Estrella.

—¡El rey del desierto! exclamó Yaye.

—Y vos el emir de los monfies, dijo Calpuc.

Entrambos se estrecharon las manos.

—Mucho he debido á vuestro padre, dijo Calpuc; sin su protección hubiera muerto á manos de la justicia en Andarax. Pero lo que le debo al padre lo pagaré al hijo.

—¿Me dareis lo que os pida?

—¡Sí!

—Meditad bien lo que prometeis.

—Aunque me pidiéscis mi hija os la daría.

—Pues vuestra hija os pido.

—Tenedla por vuestra.

—¡Ah! exclamó Estrella y se arrojó en los brazos de su padre.

El casamiento, bien á despecho del marqués de la Guardia, se hizo de allí á pocos días.

¿Amaba Yaye á Estrella?

No: cuando más estaba enamorado.

Yaye era uno de esos hombres todo corazón, que solo aman una vez, y su amor pertenecía á doña Isabel de Córdoba y de Valor.

¿Y siendo esto así, siendo doña Isa-

bel viuda, por qué no se había casado con ella Yaye?

Su carácter, su orgullo, su ambición desmedida y los pergaminos que al morir le había dado su padre explicarán este misterio.

Veamos aquellos pergaminos:

«Ultima voluntad del emir Yuzuf Al-Hhamar.—A su hijo el emir Yaye ebn-Al-Hhamar.

»Soy viejo y presiento la muerte que se acerca.

»Estoy preparado: que se cumpla la voluntad del Altísimo.

»Nada tendría que decirte, hijo mío, si acontecimientos imprevistos no hubieran echado por tierra mis proyectos.

»Isabel de Córdoba y de Valor se ha casado con un hombre oscuro. La muerte de su esposo la ha hecho libre. Pero el emir de los monfies no puede casarse con una viuda (1), y mucho menos con la viuda de Miguel López, de Sayd-Aboo, el infame y el renegado.

»Isabel era una doncella de sangre real, ennoblecida por los cristianos: Isabel era la esposa que te convenía.

»Pero el Altísimo en sus inescrutables decretos no ha permitido que sea tu esposa Isabel.

»Existe, sin embargo, al alcance de tu mano, una doncella de sangre real: sus ascendientes tuvieron un poderoso imperio al otro lado de los mares; el padre de esa doncella, el rey del desierto mejicano, vive entre nosotros: cualquiera de nuestros monfies te llevará á él, solo con que le digas: necesito ver al cazador de la montaña.

»El te contará su historia. Salva á la madre y cástate con la hija.

»Este casamiento te producirá grandes riquezas, porque el rey del de-

(1) Es una de las prescripciones del Koran, que los califas, reyes ó emires no puedan casarse sino con doncellas.

sierto es poderoso, y una noble posición entre los cristianos, porque Estrella, la mujer con quien debes casarte, vendrá á ser un día grande de España, por el derecho de su madre.

»Yo te he hecho educar de manera que puedas pasar por cristiano entre los cristianos: si logras hacerte amar por Estrella, puedes vivir en la corte del rey de España como uno de sus grandes.

»Es necesario tender por todas partes asechanzas al leon. Rodéale, espíale, gasta tus tesoros y los del rey del desierto, en suscitarle enemigos y dificultades... sacrícalo todo por tu patria: tu corazón, tu honra como hombre, y si es necesario la honra de tu esposa y de tu hija.

»Un rey no se pertenece; es todo de su pueblo. Sacrificate por tu pueblo, Yaye.

»Cásate con la hija del rey del desierto: sé una doble persona: el brazo vengador del Islam en la montaña; el enemigo encubierto, en la corte del tirano...»

El manuscrito seguía explanándose en la explicación de estas consideraciones: era un extenso memorandum, que Yuzuf legaba á su hijo; el plan detallado de una doble guerra al rey de España.

Yaye se casó con Estrella bajo el influjo de su ambición.

Pero era tan hermosa la jóven, tan pura, estaba tan enamorada de Yaye, que contagió con su amor, cuanto podía contagiarle, al joven emir.

Yaye hubiera acabado, al fin, por ser feliz hasta cierto punto con ella como marido, si no hubieran venido dos incidentes fatales á turbar su paz doméstica.

El primero fué la carta de doña Isabel de Valor, que le noticiaba el nacimiento de su hijo.

El amor que Yaye sentía por doña Isabel y que solo estaba, por decirlo

asi, sobresanado, brotó con nuevo ímpetu, de una manera incontrastable, y á pesar del memorandum de su padre, se arrepintió de haber cedido á su ambición, de haberla sacrificado su felicidad, de haberse casado, en fin, con Estrella, en vez de haber obligado con su amor á doña Isabel á que fuese su esposa. Estrella, la infeliz Estrella, obstáculo sensible de su unión con doña Isabel, se le hizo odiosa.

Yaye, disimuló, sin embargo, y creyó que su disimulo bastaba para encubrir el desvío que experimentaba hácia su esposa: pero el alma de la mujer que ama, es muy delicada, sus ojos muy perspicaces, Estrella comprendió que no era amada, y lloró en silencio.

El otro incidente que acabó de destrozarse el corazón de Yaye, provino del marqués de la Guardia.

Irritado este cada vez más en sus tenaces amores por Estrella, llegó á ese punto fatal en que un enamorado en nada repara, en que todo lo arrostra por alcanzar la posesión de la mujer amada.

Irritaba más su rabia el que la duquesa se hallaba en cinta en un periodo muy avanzado.

Entonces, desesperado ya, pensó en una venganza infernal.

El marqués, habiendo apurado todos los medios, apeló á la corrupción de la servidumbre íntima de Estrella.

Pero no apeló al medio vulgar del dinero. Pensó en vengarse de Estrella de una manera indirecta, como si dijéramos, por tabla. Enamoró á una de sus doncellas.

Esta conquista no le fué difícil. La doncella cedió á las consumadas artes de seducción del marqués, que aún era buen mozo, y todas las noches el marqués entró en la casa de la duquesa por un balcón inmediato á sus ha-

bitaciones, que daba al dormitorio de la doncella seducida.

Don Gabriel no queria que su venganza fuese pública. Solo ansiaba herir el corazón de Yaye á quien aborrecía porque era amado de Estrella.

El marqués, pues, envió un infame anónimo á Yaye, en que se le avisaba que todas las noches oscuras á las doce, entraba un hombre por los balcones en su casa y le recibía su esposa.

Yaye observó á Estrella; notó en ella un desvío que no era otra cosa que el resultado de un amor lastimado por el desvío de Yaye. Este, preparado por el anónimo, sospechó de Estrella, interpretando mal su tristeza y su abstracción. Tras la sospecha vino el deseo imprudente de aclarar la verdad, y se puso en acecho bajo los balcones de Estrella, la primera noche oscura que sobrevino. Poco después de las doce apareció un hombre embozado, en la calleja donde estaba oculto Yaye, hizo una seña, se abrió silenciosamente uno de los balcones del departamento que habitaba Estrella, apareció en él una sombra blanca de mujer y una escala cayó á la calle.

Yaye no tuvo ni valor, ni espera; no meditó que podían engañarle las apariencias, y en el momento en que el marqués de la Guardia aseguraba la escala para subir, le acometió espada en mano, y le hirió.

El marqués vaciló y cayó; barbotó algunas palabras, y soltó una carcajada horrible, por cuya entonación é inseguridad se podía comprender que estaba borracho: la mujer del balcón huyó y cerró.

El marqués yacía en tierra, muerto....

Yaye se arrojó sobre él, le descubrió el rostro y á la media luz de la noche le reconoció.

¡Ah! ¡es el marqués de la Guardia! dijo.

Entonces recordó que el marqués era el que había descubierto el paradero de Estrella.

—¡Se amarían! exclamó. ¡El es casado!

Esta circunstancia agravó más las sospechas de Yaye.

—Ella, sin duda, quiso tener un hombre que encubriese los resultados probables de su infamia....

Yaye se cubrió el rostro con las manos.

Luego envainó frenético su espada, se dirigió á un postigo inmediato, abrió con una llave de que iba provisto, y entró en su casa.

El cadáver del marqués quedó abandonado en la calleja.

Cuando Yaye entró en el dormitorio de su esposa, la encontró dormida, aunque inquieta. Al abrir las cortinas del lecho, la oyó murmurar un nombre en sueños.

Esperó escuchando con suma atención á que volviera á hablar la duquesa.

—¡Yaye! ¡yo te amo! exclamó al fin esta.

Yaye creyó volverse loco. ¿Conque no era su esposa la que había arrojado la escala al marqués?

Entonces meditó á qué habitación caía el balcón que se había abierto,

se retiró recatadamente, salió á un corredor y llamó á una puerta de servicio.

Abrióse una doncella pálida, consternada.

Aquella mujer estaba vestida de blanco.

—¡Ah! ¡perdon! ¡perdon, señor! exclamó: ¡yo le amaba!

—¡Ah! ¿conque eras tú? exclamó Yaye: y la volvió las espaldas.

Al día siguiente la doncella fué despedida, pero apesar de lo que había visto, Yaye no pudo despedir las sospechas de su alma.

Jamás las manifestó á Estrella, pero excitado su aborrecimiento á la pobre jóven, lo demostró sin rebozo.

Ausentábase y pasaba semanas enteras en las Alpujarras.

Estrella no podía ser más infeliz, Pero Dios tuvo compasión de ella.

Murió, al dar á luz una niña, entre los brazos de Yaye, que al verla morir creyó en ella, lloró, y sintió sobre su alma un nuevo remordimiento.

..... Aquellos remordimientos estaban representados por don Fernando de Válor, por don Diego López y por su hija doña Esperanza.

Aquellos tres inocentes representaban los dolores de tres mujeres á quienes habían sacrificado de distinto modo los amores Yaye.

Los Monfies

SEGUNDA PARTE

El marquesito y la duquesita.

CAPÍTULO I.

TRES NOTABILIDADES DE LA CORTE DEL REY DON FELIPE.

Eran estas tres notabilidades dos mujeres y un hombre.

La una mujer se llamaba doña Esperanza de Cárdenas, duquesa de la Jarilla.

La otra, la princesa Angiolina Visconti, esposa del príncipe Maffei Lorenzini.

El hombre se llamaba don Juan Coloma, marqués de la Guardia.

Estos tres personajes tenían tres nombres, por los cuales se les nombraba por excelencia.

Conociase á doña Esperanza de Cárdenas, bajo el nombre de la *hermosa duquesita*.

Á la princesa Angiolina, bajo el de la *casada-virgen*.

Á don Juan de la Guardia, bajo el de el *marquesito*.

La hermosa duquesita, tenía veinte años.

La casada-virgen veinte y seis.

El marquesito veinte y uno.

Necesitamos dar á conocer á estas tres personas, y, por más que pese á nuestra galanteria, el órden de los sucesos que vamos refiriendo nos obliga á empezar por el marquesito.

El marqués de la Guardia había quedado huérfano cuando solo contaba un año. Su padre don Gabriel Coloma, habla sido encontrado muerto á estocadas en una calleja del Albaicín, y por resultado de su muerte, murió afligida y triste siete meses después su madre doña Clara de Arévalo.

El marquesito huérfano, pues, fué entregado á la tutela de un tío materno, hidalgo disolutó, que no cuidó gran cosa de la severidad en la educación de su sobrino: sin embargo, le amaba, y era imposible no amar á aquel arrapiezo tan hermoso, tan inteligente, tan diabólico, tan cariñoso, tan vivo: su tío don César de Arévalo, al ver las favorables disposiciones de su sobrino, habla jurado hacer de él un don Juan Tenorio y en ningunas manos habla podido caer el pobre huérfano, que mejores fuesen, para hacer de él uno de esos terrible calaveras del siglo XVI, que, considera-

dos bajo cierta faz, son una de las ilustraciones de nuestro siglo de oro, por lo valientes y audaces; muchos de los cuales, después de una juventud borrascosa, habían contribuido con su espada, ya en los viejos Estados de Europa, ya en las vírgenes praderas del Nuevo Mundo, á sostener el carácter preponderante y conquistador de las Españas.

El cariño de don César hacía su sobrino, cariño indiscreto y exagerado, había hecho al joven marqués voluntarioso y exigente; este mismo cariño había contribuido á que, en punto al saber, la educación del joven fuese mezquina y descuidada: en efecto; ¿para qué necesita un marqués la ciencia? Los pobres la adquieren como un medio de hacerse ricos, pero el que ha nacido opulento no necesita de la ciencia para nada. Limitóse, pues, su tío á que aprendiese á leer por el catecismo, y á escribir medianamente: en cuanto á contar abstúvose prudentemente de esta enseñanza su tío, porque preveía que tarde ó temprano se vería obligado á rendir cuentas de su hacienda á su sobrino.

A los ocho años ya sabía nuestro marquesito leer de corrido en letras gordas de molde y de mano, y escribir con un carácter demasiado correcto y claro para un título de Castilla, cartas de amores á las vecinas, que estaban locas con la precocidad del pequeño don Juan, y se le disputaban y le convidaban con frecuencia á sus fiestas, en las cuales era el marquesito un aliciente, por su espíritu despierto y sus oportunidades prematuras.

Había la desgracia de que don César de Arévalo, obedeciendo á sus instintos, vivía en una muy mala vecindad: las damas moradoras de las casas circunvecinas, eran todas de vida alegre, de fácil trato, de espíritu galante y aventurero. Don César las

trataba á todas, y con todas gastaba bizarramente la hacienda de su sobrino. El pequeño don Juan, desde sus primeros años, se había visto acariciado por hermosas manos, besado por bocas fresquísimas, de labios purpúreos, y aliento perfumado: mirado, en razón de su extremada hermosura, por ojos ardientes, poco pudorosos y mucho provocadores; el demonio de la tentación, bajo todas sus formas, había mecido en la cuna á aquel niño abandonado al vicio, y su espíritu se había formado en una atmósfera envenenada, pero brillante, ardiente, en medio de la cual flotaban mujeres como hadas, saturadas de perfumes, engalanadas con brocados y sedas, y prendidas con plumas y diamantes.

Así es, que don Juan no conoció la inocencia, y á los doce años amaba con la intensidad y la impureza de un hombre de treinta; á los trece años, era peligroso para las mujeres; á los catorce, desarrollado, hermosísimo, valiente, audaz, consumado en el manejo de las armas, galan entre los galanes, el hombre niño, como se le había llamado desde pequeño, había ascendido en la consideración y en el lugar que ocupaba entre sus antiguas maestras: aquellas mujeres le habían convertido en su amante, le habían dado una fama que don Juan había sabido sostener á las mil maravillas, y desde los trece á los catorce años, había tenido cien queridas: una por día. Don Juan era un prodigio.

Su juventud, su hermosura, su audacia, le habían hecho el favorito de las damas galantes: por consecuencia, se había hecho enemigos numerosos entre los hombres galanteadores. Al principio hubo algunos celosos que se permitieron tratarle como niño. Don Juan se encargó de hacer que le tuviesen por hombre, matando en duelo al primero que se le vino á las barbas y su tío se vió obligado á gastar

sumas enormes para sacarle de la cárcel y templar el rigor de las pragmáticas.

Como se vé, tan de prisa le había educado su tío, que había adelantado para él la edad de las pasiones, y los graves acontecimientos de la vida.

Don Juan, que no había tenido infancia, porque la infancia es la inocencia, ni adolescencia, porque la adolescencia es la timidez, había llenado cumplidamente los deseos de su tío, siendo á los quince años un completo don Juan Tenorio.

Jugaba con el mayor desprendimiento y nobleza enormes sumas, sin afligirse por las pérdidas, ni regocijarse por las ganancias: montaba á caballo como el mejor picador; con espada y daga no había maestro que le metiese un tajo; ni galán que más bizarras galas gastase, ni más querido de las damas fuese, en la noble corte del rey de las Españas.

Juntos á gastar tío y sobrino, muy pronto fueron á dar, empeñadas, en manos de prestamistas, las cuantiosas rentas del marquesado de la Guardia, que habían ya quedado bastante empeñadas por el difunto marqués; llegó al fin un momento, en que el tío se vió obligado, por la primera vez, á negar una respetable suma á su sobrino.

Era también esta la primera contrariedad que experimentaba el joven don Juan y se irritó; pero de una manera tal, que el tío se arrepintió, aunque tarde, de haber dado tal educación á su sobrino. Arreglóse, pues, como pudo, buscó al marquesito la suma en cuestión, y se decidió á apartarle de su lado, cuanto antes le fuese posible.

Pero esto era sumamente difícil; le había acostumbrado á vivir por fuero propio, y se había convertido en tirano de su tío.

Don Juan llegó á cumplir veinte años, y se hizo incontrastable.

En aquellas circunstancias había sido presentada doña Esperanza de Cárdenas en la Corte, y admitida al servicio de la reina doña Isabel de Valois ó de la Paz. Doña Esperanza tenía un título ilustre, como que había heredado de su madre doña Estrella el ducado de la Jarilla, y á más una maravillosa y característica hermosura.

La hermosa duquesita, como rompieron á llamarla espontáneamente á su aparición, eclipsó desde el momento á las más hermosas y á las más ricas; es verdad que la había precedido un prólogo, por decirlo así, ostentoso: seis meses antes de la llegada á la corte del duque viudo de la Jarilla y de su hija, uno de los genoveses más ricos de Madrid, se presentó al dueño de una manzana entera de casas en Puerta de Moros, y le hizo la proposición de que, fuese cualquiera el valor que impusiera á su propiedad, se le satisfaría en el acto, y tanto más cuanto más pronto se hiciese el negocio. Concluyose este con brevedad, porque quien bien paga, obtiene, generalmente, lo que quiere; otorgóse escritura de venta á favor de la duquesa de la Jarilla, y ocho días después, solo había un monton de escombros en el lugar ocupado antes por un hacinamiento de feas y viejas casuchas: abriéronse profundos cimientos, y de día en día se vió levantarse, con una rapidez inusitada, un magnífico palacio á la flamenca, con ciertos resabios árabes, en ventanas, galerías y balcones.

Una obra de tal volúmen, que con tal ostentación y coste se hacía, y en la que trabajaban centenares de albañiles, llamó naturalmente la atención; preguntóse el nombre de quién hacía aquella fábrica, y sabido el nombre, se deseó conocer á la persona que tan

to y tan bien gastaba; después los primeros pintores, tallistas y tapiceros de Madrid, se encargaron de la pintura, decorado, adorno y mueblaje de la casa, y estos fueron otras tantas lenguas de la fama para ponderar el excesivo coste de pinturas, tapices, alfombras y muebles; sintiéronse mortificados los más ricos y los más nobles por tanta esplendidez, y el mismo Felipe II frunció las cejas cuando supo que había en sus dominios, y vasallo suyo, un grande que tan exorbitantes gastos sufría: repitióse el nombre de la duquesa y del duque viudo de la Jarilla: supose por los más viejos de la grandeza, que aquel era un título antiguo y de buenas rentas, pero no tales como se necesitaban para tal lujo de casa: supose que hacía más de cuarenta años que los poseedores de aquel título habían estado apartados de la corte y como oscurecidos: y, como algo debía deducirse, se dedujo que aquel retiro había servido para desempeñar las rentas, para ahorrar, en una palabra, y que con aquellos ahorros se pensaba, sin duda, preparar una ostentosa vuelta á la corte: suposición natural, que tranquilizó, hasta cierto punto, las hablillas de todos, porque todos preveían que aquel lujo solo era una llamarada que no se podría sostener en lo sucesivo; una especie de fanfarronada; un gasto loco, en fin.

Pero cuando, concluido el palacio, se vió la numerosa servidumbre que vino á ser su alma; servidumbre joven, galana y cubierta con ricas libreas; cuando se contaron los caballos que entraban y salían de las cuadras, montados cada cual por un palafranco; animales magníficos, la mayor parte árabes y andaluces, y cuyo número no bajaba de doscientos; las diferentes carrozas de corte, calle y campo; las literas, los demás accesorios, en fin, de una casa de rey, to-

dos volvieron á sentir el agudo aguijón de la envidia y no faltó quien dijor:

—Sangre de indios es esa grandeza: ¿no sabéis que uno de los duques de la Jarilla estuvo muchos años de adelantado en Méjico?

Fuese como fuese, el resultado era, que para hacer lo que el duque viudo de la Jarilla había hecho en la corte á nombre de su hija la duquesa, era necesario poseer las riquezas de un rey.

Pero la admiración subió de punto cuando Esperanza fué presentada por su padre en la corte y admitida como dama al servicio de la reina; ninguna grande llevaba antes que ella una riquísima tela traída á costa y coste del extranjero: ninguna poseía tanta, ni tan rica, ni tan variada pedrería; ninguna se presentaba diariamente con ricos estrenos y con alhajas y galas no vistas. La hermosa duquesita superaba á todas las damas de la corte en hermosura y en riqueza, incluso la reina, no sin que esto llamase profundamente la atención del receloso Felipe II.

¿Había una familia desgraciada? allí estaba Esperanza: y el consuelo que Esperanza llevaba á aquella familia, no era una limosna más ó menos cuantiosa, sino una fortuna estable, asegurada, relativa á las necesidades del socorrido. ¿Mostraban los genoveses ó los judíos, riquísimos brocados, costosos encajes, magníficos aderezos? allí se estaban hasta que un día pasaban Esperanza ó su padre y los compraban sin reparar en el precio. ¿Pasaban comediantes por la corte? el aposento más cercano al tablado, más visible, mejor situado, era obtenido por el duque, aunque triviese que pujar su mayordomo de soberbia á soberbia con el mayordomo del más encopetado grande: luego, por la tarde, cuando el público iba á la comedia, auto ó farsa, se reparaba que

el mejor repostero entre todos los del corral, el de mejor brocado, era el que cubría el antepecho del aposento del duque de la Jarilla: que los tapices del interior de aquel aposento, y los sillones y las pieles, si era invierno, eran los más ricos; por último, que la dama más hermosa, mejor ataviada y mejor prendida, con más sencillez y gusto que ninguna, y con más riqueza, á pesar de su sencillez, era la duquesa de la Jarilla. El bobo, el rústico, el simple, como se llamaba entonces á los graciosos, tenía sus motivos para endigar á la duquesita alguna redondilla ó copia aduladora, ya en la loa, ya en el discurso de la representación. Siempre que el gracioso hacía esto, el duque le arrojaba una repleta bolsa de oro, y el patio aplaudía. Cuando la adulación venía de una comediante, Esperanza se sonreía benevolamente, se arrancaba una rica joya de su prendido y la arrojaba al tablado con la mayor naturalidad y gracia. Entonces los aplausos del patio se hacían frenéticos y frenética y casi rabiosa la envidia de las otras damas. Los pintores de mérito podían contar de seguro con la buena venta de sus cuadros en casa del duque, y hablaban de un precio fabuloso pagado á Pantoja, el buen pintor de Felipe II, por un cuadro de familia mandado hacer por el duque. En las fundaciones de conventos, hospitales, iglesias y obras pías, que eran muchas por aquel tiempo, contribuía con la mayor parte del dinero, la duquesa de la Jarilla, aunque sin dar su nombre á ninguna de estas fundaciones religiosas. Por último, el duque mantenía á su costa una compañía de infantería española en Flandes, y llevaba por lo tanto el nombre de capitán.

Por otra parte, eran tan rígidas las prácticas religiosas del duque viudo y de la duquesita; tenían por di-

rectores de sus conciencias varones tan doctos, tan graves y tan justificados, que la Inquisición, á quien mandó el rey bajo cuerda, hacer información acerca del duque, cumplió su encargo declarando que: después de prolijas y bastantes informaciones secretas, resultaba que: tanto el duque viudo de la Jarilla, como su hija la duquesa, eran buenos y celosos cristianos; que los monasterios, las obras pías y los pobres, les debían mucha caridad y que nada encontraba porque pudiera recelarse ni aun *remotissime* de la religion, lealtad y virtud de tan ilustre y poderosa familia.

Encogióse de hombros Felipe II al leer el informe del Santo Oficio, y dejó rodar la bola, y la envidia de las damas seguía viva; pero no roedora, porque Esperanza, siempre altiva y desdeñosa con los hombres, circunspecta y mesurada en sus acciones y palabras, no dió el más ligero pretexto á la envidia que volaba á su alrededor, para que la mordiese.

Por un contraste singular con la educación que había recibido el marqués de la Guardia, la hermosa duquesita, según el dicho de su padre, había sido educada en un convento; pero, por otra singularidad también notable, sin que pudiera atribuirse á los vicios de la educación, la duquesita, á pesar de su poca edad, que apenas llegaba á los veinte años, era una mujer completamente formada, con un cuello, un seno y unas manos admirables; morena, pálida, y en cuyos ojos graves y ardientes, brillaban una pasión, una exuberancia de vida y una predisposición al amor y al amor violento, que la hacían parecer doblemente hermosa. Notábanse en ella, un aprecio de sí misma, una gravedad y una altivez impropias de sus pocos años, y una especie de experiencia, de trato de mundo, de conocimiento de las gentes, cuya causa-

teniéndose en cuenta la educación monástica indicada por su padre, no podía comprenderse. Aquello era un fenómeno.

No faltó al reparar esto, quien reparase la semejanza que existía, tanto en el desarrollo físico como en el moral, entre la duquesita y el marquesito de la Guardia, no faltando tampoco quien, creyendo en la predestinación, en lo de las medias naranjas, hablando vulgarmente, rompiese con poca circunspección por medio, y llamase á la duquesita *la mujer del marquesito* y al marqués de la Guardia *el hombre de la duquesita*.

Y hay frases, que se dicen solamente por decir una oportunidad, y acaban por ser fatales. Muy pronto, acogido el dicho, dejó de llamarse á la joven la hermosa duquesita, y se la cofirmó con el sobrenombre de *la mujer del marquesito*.

Entre tanto los dos jóvenes, de quienes tanto se ocupaba la gente libertina de ambos sexos de la corte, no se conocían: la mujer del marquesito, no había dejado de ser guardada por las dueñas de su casa sino para serlo por las dueñas de palacio, y no salía, por lo tanto del círculo de hierro establecido por la rígida etiqueta de la casa de Austria. Por su parte *el hombre de la duquesita*, siguiendo los consejos de esa segunda naturaleza que se llama educación, no salía de los garitos y de las mancebias. Por lo tanto había una sociedad entera entre los dos jóvenes predestinados.

A pesar de vivir en círculos tan opuestos, la murmuración, que á todas partes alcanza y en todas partes se mete, no tardó en hacer llegar á los oídos de entrambos jóvenes que la opinión pública los había casado. Natural era que la mujer que tanto oía ponderar las bizarrías, la gentileza y la hermosura de su marido de fama, desease conocerle, y que el marquesi-

to, de suyo predispuesto á todo lo que era excéntrico y romancesco, ansiaba conocer aquella novia, que sin pretenderlo le habían adjudicado, y que tenía el triple aliciente de una extremada hermosura, de una extremada juventud, y de una extremada nobleza, y no hablamos de lo cuantioso de sus rentas, porque, calificando estas como aliciente respecto á don Juan, inferiríamos una grave ofensa á su memoria. Don Juan despreciaba el dinero, y tanto lo despreciaba que apenas le había á las manos le separaba de sí con el mayor desprecio del mundo. Sin embargo, ya hemos visto que el dinero se había vengado de su desprecio haciéndose desear por aquel gastador incurable, y obligándole á tener serias contestaciones con su tío.

Cuando el marquesito deseó conocer á la duquesita, corrían los primeros días de enero de 1567.

Desde el momento en que los jóvenes tuvieron noticia el uno del otro, se desearon; pero de una manera ardiente. Puede decirse que desde el punto en que el nombre del uno sonó en los oídos del otro, empezaron á amarse. Al principio cada uno de ellos se fingió en el otro su bello ideal, y ese amor vago, ese amor que se refiere á un ser que no se conoce, ese amor que de ninguna manera puede ponerse en contacto con el ser amado, llegó á ser un amor violento respecto á personas dotadas de organizaciones tales como las de los dos jóvenes: ella era voluntariosa, él voluntarioso é impaciente: entrambos luchaban con su soberbia intima: no querían vencerse ni aun ante sí mismos, y no procuraron, por lo tanto, acercarse el uno al otro. Ella se había dicho:

—Si él conoce mi nombre y desea conocerme que me busque.

El se había dicho á su vez:

—Yo no he de buscarla.

Y esto se lo habían dicho entrambos con ese lenguaje misterioso é instintivo del alma, que no formula en palabras sus deseos, que es un sentimiento íntimo, un deseo germinado por una idea puesta en contacto con el espíritu: una de esas simpatías misteriosas que no han podido definirse y que se revelan al simple sonido de un nombre; que es el resultado de un amor instintivo, de un amor que, ó desaparece, dejando una impresión dolorosa en el alma, si al conocer realmente al ser que nos le ha inspirado de una manera abstracta, no corresponde á la idea que de él habíamos concebido, ó crece y se desborda si por acaso la excede.

Colocados en esta situación moral entrambos jóvenes, solo faltaba que una casualidad los reuniese.

Pero las casualidades suelen dejarse esperar mucho tiempo, y como el tiempo es el mejor remedio que conocemos para curar ciertas afecciones, acaso nuestros jóvenes hubieran dejado de pensar el uno en el otro; pero eran dos cometas lucientes que habían aparecido en el firmamento estrellado de la corte, y se hablaba continuamente de ellos: la duquesita oía referir cada día una nueva aventura de su *hombre*; el marquesito escuchaba con mucha frecuencia el percañe desgraciado de algún amador veterano que había pretendido enriquecer su corona de flores marchitas, con la posesión de *la duquesita*.

No podían, pues, olvidarse.

Sin embargo, la caprichosa casualidad había hecho pasar tres meses desde que ambos jóvenes se habían conocido de fama pública hasta el jueves santo de 1567.

En aquella época ella era la desesperación de los cortesanos.

Él la expiación de las cortesanas.

La novedad eterna de la corte ella.

El el escándalo perpétuo.

En aquellos tiempos el espíritu religioso del pueblo español estaba por cima de todo: era, por decirlo así, un elemento componente de la sociedad de entonces: desde el rey al verdugo, altos y bajos; chicos y grandes, buenos y malos, todos creían en Dios, y todos le adoraban, dentro de los dominios de la católica España, exceptuando solo un rincón de ella donde, entre breñas, no se renía al Crucificado más que un culto de miedo, bajo la presencia inmediata de la Inquisición, de los obispos, de los párrocos y de las justicias. Este girón, riquísimo sin embargo, se llamaba las Alpujarras.

Por lo tanto, nunca podía admirarse más el recogimiento y la fé de los españoles, que el jueves y el viernes santo, en las calles, y particularmente en los templos, que se llenaban de una multitud devota y severa.

A las dos de la tarde de aquel jueves santo, que debía formar época en la vida de la duquesita y del marquesito, salió este á la calle, severa aunque ricamente vestido de negro, y se dedicó á recorrer los monumentos.

Un secreto instinto le decía que aquella tarde debía conocer á su *mujer*, y por lo mismo no iba su pensamiento preparado con toda la devoción conveniente á tan sagrado día.

Una idea le preocupaba sobre todo: la corte, según costumbre, debía visitar los santuarios: en la corte, en la servidumbre de los reyes, debía ir la *hermosa Duquesita*. Pero ponerse en acecho de la corte ¿no era buscarla? El marquesito se había jurado á sí mismo no robar su privilegio á la casualidad, y tomó una resolución que debemos llamar heróica: lo dejó á la suerte: para que la suerte fuese el principal agente, se prescribió un número determinado de iglesias y un itinerario rigurosamente lógico; de =

Juan, vivía en el monte de Leganitos: por consecuencia la primera iglesia que debía visitar era la de Santo Domingo el Real: después las de Santa María, San Pedro, San Andrés, San Francisco, San Miguel y por último, la del Hospital del Buen Suceso.

El marquesito se veía obligado á recorrer esta extensa periferia, porque en el año 1567, en que acontecía lo que vamos refiriendo, no había en Madrid ni aun la mitad de las parroquias, conventos y ermitas que se fundaron después sucesivamente hasta los tiempos de Fernando VI: ningún itinerario había encontrado más cómodo que el que había elegido, y hé aquí lo lógico de su elección; porque siempre elegimos cuando no tenemos otro interés, lo que nos ofrece más comodidad y brevedad.

Para no alterar en nada lo natural de los sucesos, el marqués se propuso invertir en cada iglesia el tiempo necesario para las acostumbradas oraciones en aquellos días, y además no mirar deliberadamente á ninguna mujer.

Así es, que, cuando llegó al Buen Suceso, su última estación, era ya muy cerca del oscurecer, y la corte, según costumbre, debía haber regresado ya al alcázar.

No dejó de fastidiar al marquesito esta circunstancia: la casualidad le volvía decididamente las espaldas; pero de repente, una voz que retumbó en la iglesia, le conmovió de pies á cabeza, haciendo vibrar un eco desconocido hasta entonces en su corazón: el de la esperanza satisfecha: aquella voz había dicho:

—¡Sus magestades, el rey y la reina.

Allí estaba la corte: en ella debía venir su desconocida mujer.

Adelantaron entre tanto los suizos, abriendo calle entre la multitud de fieles; siguieron los altos empleados

de palacio, y al fin, el rey y la reina se arrodillaron sobre las almohadas; detrás de ellos se había arrodillado la corte.

Don Juan no pudo contenerse en las condiciones que se había impuesto, y rompió la de no mirar deliberadamente á ninguna mujer; sus ojos anhelantes se habían fijado en la pleyada deslumbradora que constituían las damas de la reina; pero la casualidad quiso que no la robase el marqués ninguna parte de su imperio, y don Juan, aunque vió muchas cabezas hechiceras, muchos ojos y muchos rostros deslumbrantes, no vió ninguna dama, que por su juventud, ni por su hermosura especial, pudiese convenir con la idea que él se había formado de *su mujer*.

Entonces experimentó otro sentimiento desconocido también para él.

La decepción de la esperanza.

De repente, y cuando el jóven exhalaba su primer suspiro de despecho, un resplandor fugaz iluminó la iglesia, y se escuchó un grito general de terror; seguidamente un resplandor más fijo brilló en el templo, y la gente se agolpó aterrada á las salidas; la gran cortina morada del tabernáculo se había incendiado: el fuego se había comunicado á la armazón del monumento, y una inmensa y ancha llama se elevaba hasta tocar la bóveda, contra la cual se torcía como una serpiente de fuego.

En aquella situación suprema, don Juan, que ante todo era caballero y leal, se lanzó hácia el sitio donde estaba la reina, como se lanzaron otros muchos; pero embarazado por la multitud, contra cuya corriente iba, antes de llegar al lugar que había ocupado la corte, sintió que unas manos temblorosas se asían á él, y oyó una voz sonora, grave, llena de ansiedad, que exclamaba:

—¡Salvadme, caballero! ¡salvadme!

Aquella voz, por su timbre particular, por un no sé qué misterioso, se apoderó del alma del jóven, la halagó como halaga una suave esencia al olfato; le acarició, como acaricia nuestra frente calenturienta la brisa, y le obligó á mirar á la mujer que la producía.

Apenas había podido ver su rostro don Juan, cuando la asió por la cintura, la levantó en peso, con la misma facilidad que hubiera levantado un copo de seda, y reteniéndola con el brazo izquierdo, y empujando brutalmente con el derecho á los que tenía delante, y saltando sobre ellos, salió por una puerta lateral, atravesó el patio y se encontró, fuera ya, en la carrera de San Jerónimo, que atravesó rápidamente, perdiéndose por una de las calles inmediatas.

La noche había cerrado, pero era muy clara: acababa de salir la luna y alumbraba el centro de la calle.

Don Juan siguió con su carga, sin hablar una palabra, basta una plazuela irregular y enteramente desierta.

Entonces se detuvo y dejó que la dama se afirmase en el suelo; pero retuvo sus manos entre las suyas.

Don Juan, por una rapidísima, por una verdadera inspiración, había arrojado en la iglesia, al asir á la dama, su toquilla de terciopelo, á pesar de que tenía un herrete de diamantes de sumo valor, y con la cabeza descubierta y su ancha y blanca frente iluminada por la luna, estaba hermosísimo.

La mujer que tenía delante de sí y toda trémula, era muy jóven: apenas representaba diez y seis años; había perdido su velo y tenía la cabeza descubierta, y sus negrísimos y voluminosos cabellos, peinados en trenzas, salpicadas de perlas y esmeraldas, despedían reflejos azulados á la luz de la luna; su semblante enteramente en la sombra, brillaba, por

decirlo así, por la lúcida mirada de sus ojos, intensamente fijos en el marquésito, con una expresión de asombro, de fascinación, de suprema alegría, que el autor no se atreve á calificar; pero que enloquecía al jóven y le hacía probar delicias para él desconocidas; á pesar de que la luz de la luna embianquece y de igual modo su reflejo, se comprendía que aquella jóven era morena: por lo demás, llevaba una riquísima y gruesa gargantilla de perlas, arracadas de gruesos diamantes, un vestido de corte, de damasco brocado, y brazaletes y ceñidor de perlas; solo la faltaba el velo que había perdido en el tumulto.

El silencio de entrambos jóvenes después de su parada y de su mútua é intensa contemplación solo duró un momento.

El primero que le rompió fué el marquésito con una exclamación apasionadísima que parecía salir del fondo de su alma:

—¡Vos sois mi mujer! dijo.

Mudó de color la jóven, dejó de mirar de aquella manera irreflexiva al marqués, y contestó con gravedad:

—No comprendo lo que queréis decir, caballero.

—¡Yo soy el marqués de la Guardial! ¡Vos sois la duquesa de la Jarilla! contestó con acento opaco don Juan.

—¡Ah! exclamó involuntariamente la jóven.

Y aquel ¡ah! por su intención, por su asombro, por su espontaneidad, y si se quiere, por cierto fondo imperceptible de alegría, era equivalente á la frase de:

—¡Vos sois mi hombre!

Don Juan era demasiado audaz y estaba demasiado enamorado, para que pudiera contenerse, y abandonando por un momento las manos de la jóven, la asió con entrambas palmas las mejillas, y la besó hambriento en la boca.

La jóven dió un grito que era al mismo tiempo un gemido de dolor, una protesta de pudor y una demostración de dignidad, y seguidamente, y con paso apresurado, se dirigió á una de las tres salidas de la plazuela.

—¿A dónde vais, señora, sola y á tal hora? exclamó el marqués alcanzándola y cortándola el paso.

—¡Haceos á un lado! exclamó con altivez la jóven. Voy á buscar por esas calles un caballero que sepa conducir dignamente á palacio una dama de la reina.

—¿Según eso, dijo sin alterarse el marqués, no me tenéis por caballero?

La jóven tornó á mirar con un desdén más altivo al marqués, y dijo severamente:

—¡Haceos atrás!

—¿Que me haga atrás cuando os encuentro milagrosamente después de un siglo que ando enamorado de vos en busca vuestra?

—Haceos atrás, repitió con un tanto menos de empeño la hermosa dama.

—Escuchadme, doña Esperanza, dijo amorosamente el jóven asiéndola de nuevo las manos que ella pugnó ligeramente por desasir de las del marqués; ¿no creéis que Dios no ha hecho que nos encontremos de este modo extraño, sino para que no nos volvamos á separar? ¿No os dice vuestro corazón como á mí el mio, que hemos nacido para amarnos, que no podemos ser felices sino el uno por el otro, que de todo lo que el mundo encierra, nada más que nuestro amor es lo que para nosotros existe? ¿No me habéis visto nunca antes de conocerme, como yo os he visto antes de veros?

Doña Esperanza, que así sabía don Juan que se llamaba la duquesa de la Jarilla, perdió su expresión severa bajo el influjo de las palabras del marqués, y juntando sus hermosas

manos y fijando en el jóven una mirada suplicante exclamó:

—¡Por piedad, caballero! ¡ved que cada momento que pasa es un siglo para mi honra! aún es tiempo: el tumulto ha sido horroroso y nadie tendrá nada que decir si me lleváis ahora mismo á la corte, que lo debe estar lejos.

—Sí, sí, doña Esperanza; pero meditado al mismo tiempo que yo, por socorremos, he perdido mi toquilla en ese tumulto; que vos estáis en traje de corte; que habéis perdido también vuestro velo y que, de seguro, con esta clarísima luna, llamaremos la atención de las gentes al atravesar á Madrid en busca de la corte que, sin duda está ya en el alcázar.

—¡Oh, Dios mio! exclamó la duquesita, conociendo el peso de las razones de don Juan.

—Pero hay un medio, dijo éste.

—¿Cuál?

—Entrar en cualquiera de esas casas vecinas.

—¡Oh! ¡eso jamás!

—Entrar para esperar únicamente que venga una litera.

La duquesa levantó sus magníficos ojos, y los fijó radiantes, límpidos, en el semblante del jóven, que nunca se había visto mirado de aquel modo por ninguna otra mujer: comprendió por aquella mirada que la duquesita era su destino, más que su destino: su señora, la pasión de toda su vida; su alma se anegó en el abismo de aquella mirada, y de sus ojos partió otra mirada por la que se exhaló toda su alma.

Aquellos dos seres se habian confundido en uno.

Dios los había criado el uno para el otro, y la casualidad los había reunido.

—¿Queréis que entremos en una casa que no conozco, don Juan? dijo la jóven.

—¡Cómo! ¿Sabéis mi nombre?

—¿No sabéis vos el mío?

—¡Me amáis!

—Confío en vuestro honor. Entre-
mos en esta casa don Juan, mientras
buscan una litera.

El marqués no la contestó.

La asió de la mano, se fué á un ca-
saco situado en un rincón lóbrego de
la plazuela, y llamó.

Abrieron poco después aquella
puerta.

Mediaron algunas palabras en voz
baja, entre el marqués y la persona
que había abierto; sonaron algunas
monedas, y al fin doña Esperanza y
el marqués desaparecieron por el os-
curo fondo.

La puerta volvió á cerrarse en si-
lencio.

CAPÍTULO II.

¡LA HERMOSA DUQUESITA SE HA PERDIDO!

El incendio del monumento del
Buen Suceso, en 1567, causó una sen-
sación profunda en lo que podemos
llamar mundo elegante de la corte.

Y no era por cierto porque á sus
magedades les hubiese acontecido
ninguna desgracia, ni porque se hu-
biera destruido el templo, que, gra-
cias á Dios, y al celo y actividad de
los vecinos, solo había quedado lige-
ramente ahumado en la bóveda, y al-
go más profundamente chamuscado
en el tabernáculo; ni porque hubie-
se habido muertes ni fracturas: to-
do se había reducido á un buen sus-
to, á algunas contusiones, y á otras
tantas caídas: lo que había hecho cé-
lebre al tal incendio, había sido que
á causa de él, la magnífica duquesa
de la Jarilla, la poseedora de diez de-
hesas, veinte montes y cien lugares,
se había perdido.

Al salir la corte de la iglesia, ha-
llaron las dueñas que de su hermoso

rebaño se habían descarriado cinco
magníficas ovejas: cuatro de ellas,
que se habían revuelto entre la mul-
titud, se presentaron de nuevo en sus
puestos, servidas por otros tantos ca-
balleros, apenas el tumulto se hubo
desvanecido; pero la más hermosa, la
duquesita, la mujer del marquesito de
la Guardia, no parecía.

El rey mandó que la mitad de los
gentiles-hombres que le acompañaban
algunas dueñas, y todos los alguaciles
que hubiese á mano, se pusieran
en busca de la perdida duquesa, y la
corte se volvió como si nada hubiera
acontecido á palacio: solamente la
reina hablaba cuidadosa con el rey:
pero el rey contestaba que nada está
perdido, que todo se encuentra cuan-
do se sabe buscar bien, y sobre todo
que aquello era acaso una permisión
de Dios, para que doña Esperanza de
Cárdenas, que era un tanto presumi-
da y voluntariosa, doblegase su so-
berbia, y encontrase su salvación en-
trando á servir á Dios en el claustro.

Y cuando el rey decía esto, miraba
de una manera singular, pero disimu-
lada y profunda á su hijo el príncipe
don Carlos de Austria, mozo de vein-
te y dos años, que marchaba á su
lado, cabizbajo y profundamente pen-
sativo y al parecer contrariado.

—Porque, añadía el rey sin dejar
de observar á su hijo, el que se pier-
de es porque quiere, y dama que de
tal modo se ha perdido, bien pudiera
perder á alguien, y no es bien tener
en nuestro alcázar dama que entre tan
poca confusión se pierde, que en tan
poca agua se ahoga.

Así es que el rey, en cuanto llegó
al alcázar tuvo muy buen cuidado de
hacer decir por un gentil-hombre al
duque viudo de la Jarilla, que su hija
se había perdido, y que se dispensase,
si parecía, de enviarla á palacio.

El duque recibió por el rey aquella
noticia; pero los gentiles-hombres.

la servidumbre de palacio, y los alguaciles, se encargaron de que la supiese todo el mundo.

Las dueñas, acompañadas convenientemente, anduvieron dando vueltas, y preguntando durante dos horas transcurridas las cuales se retiraron á palacio; los alguaciles rondaron hasta mediar la noche y dieron parte de no haberse descubierto el menor indicio de su excelencia la señora duquesa de la Jarilla, y en cuanto al padre de ésta, el duque viudo, estuvo dando vueltas por Madrid con todos sus criados, que venteaban como sabuesos, y que, sin embargo, nada lograron sacar en limpio en toda la noche.

Cuando irritado Yaye, como un león hambriento, se volvía á su palacio, encontró delante de su puerta una mujer de mediana edad, de buena apariencia, y á todas luces de la clase artesana, que llamaba á grandes golpes, sin que nadie la contestase: esto consistía en que todos los criados, desde el mayordomo hasta el último marmiton, habían salido en busca de la duquesita, y la casa había quedado abandonada solamente á las mujeres de la servidumbre.

Yaye, que no había desfogado bastante su colera con los criados, á pesar de que había llegado al lamentable extremo de aporrear á cuatro lacayos, embistió muy de mal talante con aquella mujer.

—¡Con mil legiones! ¿qué queréis vos á las puertas de mi casa? exclamó mirando á la mujer con ojos centelleantes.

—¿Es vucelencia el señor duque viudo de la Jarilla? preguntó toda trémula aquella mujer.

—Sí, y bien... ¿qué queréis?

—La señora hija de vucelencia...

—¡Mi hijal! ¿qué sabeis vos de mi hija?

—La señora duquesa está en mi casa.

—¡Que mi hija está en vuestra casa!

—Y me ha dado esta carta para vucelencia.

Yaye tomó con una mano que temblaba de cólera, una carta que le dió aquella mujer con otra mano que temblaba de miedo, rompió la nena y devoró, que no leyó, el contenido del escrito.

—¡Harum! exclamó roncamente Yaye, acercándose á uno de sus servidores después de haber leído la carta, y guardádola en su escarcela: pronto una litera, y conmigo.

La litera estuvo dispuesta al momento.

—Y vos mujer, añadió Yaye, guiad á vuestra casa.

La mujer echó á andar.

—¿Cuándo fué mi hija á vuestra casa? la preguntó el emir.

—La señora no fué, dijo la mujer.

—¿Cómo que no fué?

—La llevó mi marido que la encontró desmayada en la plazuela.

—¡Ah! ¡la encontró desmayada! ¿y cuándo?

—Después de oscurecer.

—¿Y por qué no me avisásteis al momento?

—¡Ah, señor! nosotros no sabemos que la señora fuese hija de vucelencia.

—¿Cómo que no lo sabíais? ¿pues no os lo ha dicho mi hija?

—La señora duquesa ha estado desmayada hasta el amanecer.

—¡Desmayada! ¡Desmayada! ¿habéis llamado á algún médico?

—No, no señor: temimos, como vimos que era una dama principal... que la conocieran... y se enteraran de que había estado perdida... y luego... en fin, como nada sabíamos, no nos atrevimos á nada.

—¿Y se atrevió vuestro marido á llevarla á su casa?

—¿Y cómo había de dejar en la ca-

lle, sola, abandonada, á una señora tan jóven, tan hermosa, y con tan ricas alhajas, expuesta á los libertinos y á los ladrones? no, no señor: mi marido hizo muy bien: sábenlo Dios y la justicia; y si le castigasen por ello, harían muy mal.

—Pero... ¿por qué no avisásteis á palacio? ¿No sabéis que en estos días solo visten de ceremonia las damas de la reina?

—Nosotros no entendemos de eso, señor, y como nada sabíamos dijimos: cuando vuelva en sí, nos dirá quién es, y lo que debemos hacer.

Hay que confesar que el marquesito de la Guardia, autor de esta tragicomedia, había previsto todos los golpes y preparado todas las paradas: lo que demuestra, que cuando aquella mujer había aprendido tan bien este juego, era una bribona consumada.

Al fin llegaron á la casa.

Al ver su pobre aspecto, se le heló la sangre al duque; pero dominó su cólera, á fin de que ésta no le impidiese hacer con fruto la más ligera observación, y dejando á sus criados, con la litera, en la calle, entró en la casa cuya puerta había abierto la mujer.

CAPÍTULO III.

DE CÓMO UN NIÑO PUEDE SER EL DEDO DE DIOS.

Cuando entró en una húmeda y oscura sala baja el emir, una forma blanca y gentil adelantó, y se arrojó sollozando en sus brazos.

Era la duquesita.

Yaye la estrechó dulcemente contra su pecho, afectando solamente el cuidado natural de un padre en aquellas circunstancias, y la dijo besándola en la frente.

—¡Oh, qué noche! ¡qué noche tan horrible, hija mía!

Después la separó un tanto de sí, y la miró fijamente: la duquesita estaba muy pálida; pero en sus ojos brillaba aun la expresión de su tranquila pureza.

—Yo no sé dónde he estado, padre mío; dijo la jóven... apenas recuerdo... estas buenas gentes me han dicho que anoche...

—Te encontraron desmayada.

—Así es, señor, dijo el marido.

—Después he recordado no sé que cosa horrorosa, dijo doña Esperanza: un incendio... gentes que gritaban y se atropellaban... ¡Oh, Dios mío! luego... yo corría... de repente sentí un vértigo... unas angustias horribles... después nada... no recuerdo más, sino que al abrir los ojos, me he encontrado aquí, tendida en un lecho, con las mismas ropas que me había puesto para acompañar á sus magestades.

Mientras doña Esperanza hablaba, Yaye ponía el mayor cuidado en observar cuanto tenía alrededor: los dos esposos, como dominados por la presencia de tan nobles personas en su casa, estaban en la más humilde actitud y guardando el más respetuoso silencio á la puerta del aposento, de la que no habían pasado: un chico como de cinco años, estaba junto á una mesa mirando alternativamente á un cajon entreabierto y á sus padres: en un momento en que estos estaban abstraídos mirando á Yaye y á su hija, el muchacho abrió silenciosamente el cajón, y sacó de él una moneda: Yaye se levantó rápidamente, asió la mano del niño, y sacando de ella un dorado doblón de á ocho, le mostró al marido:

—Vuestro hijo os roba, amigo mío, le dijo, y debéis castigarle: hoy os roba á vos; mañana robará á otro.

Y abrió más el cajón para echar en él la moneda. Dentro había como hasta una docena de doblones.

—Buenos ahorros tenéis, dijo el duque señalando con un dedo inflexible aquel oro.

El marido se puso sumamente pálido y balbuceó algunas palabras; la mujer, aunque un tanto alterada, contestó sobre la palabra de Yaye:

—¡Ah, señor! los pobres no podemos ahorrar tanto dinero; lo debemos á la caridad de la señora.

—Has hecho bien, hija mia, dijo Yaye: debemos premiar cumplidamente á los que de tal modo nos sirven, y yo me encargo de acabar de recompensar á estas buenas gentes: tomad, añadió dándoles una bolsa de seda llena de oro; que os quede un buen recuerdo de que ha pasado una noche en vuestra casa la duquesa de la Jarrilla.

Y asiendo de la mano á su hija salió con ella.

La pobre jóven leyó en los ojos de su padre cuanto aquel guardaba en su alma; pero ni se inmutó ni tembló, aunque había visto algo horrible.

Esto consistía en que por uno de esos impulsos incomprensibles de la mujer, había aceptado su destino al entrar con don Juan en aquella casa.

Entre tanto la mujer que había permanecido en la puerta de la calle hasta que doña Esperanza entró en la litera y Yaye se alejó con ella y su servidumbre, dijo volviéndose á su marido,

—¡Pedro, tenemos oro; pero es necesario que nos vayamos á gozarle muy lejos! Ese duque me parece un hombre terrible y... todo lo he adivinado... estoy segura de ello.

—Tú tienes la culpa, Francisca, contestó el marido con acento profundo; yo no quería... pero tú te empeñaste... tú tienes la culpa... ese oro maldito caerá sobre nuestra cabeza y sobre la de nuestro hijo.

Apenas había entrado Yaye en su casa y dejado á doña Esperanza en su aposento, cuando su ayuda de cámara le entregó una carta cuidadosamente cerrada.

Aquella carta contenía estas solas palabras:

«Señor: el príncipe ha pasado la noche fuera del alcázar; como siempre le ha acompañado el comediante Cisneros. Merced á los buenos servicios del mayordomo del príncipe Garcí-Alvarez Osorio, el rey no sabe nada. Pero yo vigilo y lo sé todo. Señor: vuestro humilde esclavo, Alíathar.

—¡El príncipe de Asturias ha pasado la noche fuera del alcázar! exclamó con un acento incomprensible Yaye, y se quedó profundamente pensativo, con los ojos fijos en aquella carta, apoyados los codos en la mesa y el rostro en sus puños crispados.

Gran rato después de haber permanecido en esta posición agitó una campanilla de plata, y dijo á un camarero que se presentó á la puerta.

—Que vayan al momento casa del comediante Cisneros, y que le digan que sin pérdida de tiempo deseo verle.

CAPÍTULO IV.

LA FUERZA DE LA MUJER.

Yaye no permaneció mucho tiempo solo.

Abrióse silenciosamente una puerta de servicio y sin ruido, apagado el de sus pasos por lo muelle de la alfombra, adelantó, completamente vestida de negro, doña Esperanza, que no se detuvo hasta sentarse en un sillón junto á su padre.

Este no la había visto, abstraído en lo profundo de sus pensamientos, ni reparó en ella hasta que la duquesita, después de haberle mirado in-

tensamente durante algunos segundos, le dijo:

—Padre: la fatalidad nos persigue.

Volvió el duque la cabeza; miró fijamente á su hija con una mirada extremadamente lúcida y la dijo con acento opaco:

—¡Te has vestido de luto, Amina! ¡has hecho bien!

—Vengo preparada á todo, padre, contestó Amina, á quien seguiremos dando este nombre.

—¿Con que es verdad?

—Yo no sé mentir.

—¿Y quién ha sido? exclamó con voz temblorosa Yaye, y se detuvo.

—Escúchame padre y mata después á tu hija: pero sabe antes que si ha olvidado un momento lo que te debía, lo que á sí misma se debía, la ha arrastrado la fatalidad.

—¡Estaba escrito! exclamó con doloroso sarcasmo Yaye.

—Lo que Dios quiera que se cumpla se cumplirá, padre. ¿Qué somos sobre la tierra? una hoja seca que arrastra delante de sí el viento del destino.

Yaye se estremeció.

—Permíteme, padre, que te relate una leyenda que hace muchos años nos contó, en una hermosa noche de verano, la esclava que el rey de Argel había destinado para que nos entretuviese á sus hijas y á mí, con hermosos cuentos.

Yaye miró con asombro á su hija.

La jóven continuó sosteniendo con su diáfana mirada, la mirada sombría de su padre.

—Hé aquí la leyenda que nos refirió la esclava, dijo al fin:

«Hay en el centro de la Arabia un jardín maravilloso, en que todo es eterno, jóven é inmarchito. Este jardín, creado por Dios para recreo de sus escogidos, es el jardín de Hiram. Muchos le han visto en diferentes

épocas; pero nadie sabe en qué lugar del desierto está situado. Algunas mañanas, antes de que aparezca el sol en el horizonte, las caravanas que atraviesan los ardientes arenales, suelen ver á lo lejos, tras una diáfana niebla de color de rosa, una ciudad, cuyos minaretes de oro brillan de una manera deslumbrante; aquella ciudad está rodeada de bosques verdes como la esmeralda, cuyo suave murmullo al agitarlos el viento, se escucha á lo lejos ténue y perdido; pero melodioso como la música más regalada. Los primeros de nuestros abuelos que vieron aquel prodigio, creyeron que el jardín fuese alguna ciudad desconocida, habitada por gentes ricas y poderosas, y dirigieron á ella sus pasos; pero siempre que esto hacían, la ciudad caminaba delante de ellos como una nube, y siempre desaparecía, cuando los primeros rayos del ardiente sol reverberaban en los arenales. Después se supo que el jardín solo se dejaba ver, para patentizar á los hombres las delicias del paraíso, donde después de su muerte deben vivir los justos en un día sin fin, y desde que esto se supo, cuando el jardín de Hiram aparecía alguna vez á los errantes árabes, no pretendían llegar á él, sino que se prosternaban y adoraban la grandeza de Dios, después de lo cual, seguían su ruta sin dejar de mirar la hermosura de aquella obra del Altísimo, hasta que con los primeros rayos del sol desaparecía.—Cuando Dios quería que un justo, antes de acabar su peregrinación sobre la tierra, gozase las delicias del paraíso, le inspiraba el deseo ó la necesidad de ir á una ciudad distante, cuyo camino fuese por el desierto. Cuando el varón á quien Dios había escogido para que viese el jardín de Hiram, cansado, abrasados los pies y sediento, se apresuraba por llegar á un cercano oasis, apenas entraba en él, Dios le

inspiraba un sueño profundo, del cual despertaba instantáneamente al eco de una música superior en armonía á cuantas pueden oír los hombres. El justo se encontraba en un jardín deleitoso: su suelo, cubierto de un finísimo césped, salpicado de florecillas de vivísimos colores, era superior en belleza á la más preciada alfombra de la India: aquellas florecillas, de suavísima fragancia, formaban con sus matices peregrinas labores, y aquí, y allá, y en todas partes, se veían escritos con flores el nombre de Dios y sus alabanzas, y los eternos versos del libro de la santa ley: el cielo era diáfano y transparente y en medio de él, inundándole de resplandores que no ofendían á la vista, brillaba un sol, cien veces más grande, puro y resplandeciente, que el sol del desierto: las hojas de los árboles, y de los arbustos, y de las flores, eran de esmeraldas, de topacios, de rubies, de carbunclos y de cuantas preciosidades Dios en su grandeza crió: los arroyos y los lagos parecían de líquidos diamantes, y entre la sombra y la fragante frescura de los bosquecillos, había magníficos alcázares, de los cuales había sido el único artífice la palabra de Dios. ¿Cómo se podría contar la belleza de lo que solo podía ver con los ojos de su alma un justo? ¿ni cómo compararla con el lodo y la escoria de la tierra? El que entraba allí solo salía para contar á los hombres tanta maravilla y morir, para ser trasladado, en premio de sus virtudes al paraíso, imponderablemente más bello que el jardín de Hiram.—Pero la maravilla de las maravillas del jardín, no lo eran ni sus prados aromáticos y blandos á la planta, como un mullido lecho; ni sus espesuras fragantes; ni su cielo, ni su sol, que brillaba inmóvil en un eterno día; ni sus alcázares ni sus flores, sino la hada de juventud inmarchita y siem-

pre pura, puesta por Dios en aquel eden como su flor más preciada. Muy pocos habían logrado ver su hermosura, y estos habían desfallecido ante ella. Era más blanca que los primeros albores de la mañana; sus cabellos, negros como el manto de la noche, la cubrían casi enteramente de suavísimos y perfumados rizos; sus ojos resplandecían á través de sus negrísimas pupilas; su semblante daba á quien le veía la paz de los cielos, y su resplandeciente túnica dejaba ver bajo su tela sutilísima, la belleza más perfecta que había creado la voluntad de Dios. El alma de quien la miraba se anegaba de delicias sin fin; el perfume de su aliento dilatava la vida y la hacía más fácil. El hombre más impuro se hubiera tornado casto como un arcángel del sétimo cielo por sola una mirada de sus ojos y santo por un solo beso de su boca.—La hada vivía feliz y venturosa con su eternidad sin deseos, en aquel eden de delicias: para ella no existía el tiempo; flotaba alegre en los aires sobre nubecillas de color de rosa, y sus cantos de alabanza á Dios, solían ir á confortar al cansado peregrino del desierto, próximo á sucumbir á la fatiga. Otras veces flotaba sobre las aguas de los lagos tan diáfana y tan fresca como ellos, y se anegaba en su fondo, y luego se elevaba como un vapor y discurría por los bosques y por las praderas, corriendo tras las mariposas.—Pero un día, el eterno enemigo del cielo y de los hombres, Satanás, el envidioso y el soberbio, sintió envidia por la felicidad de la hada, y se propuso hacerla tan infeliz como las mujeres de la tierra.—Dios quiso en sus misteriosos juicios, que el espíritu maldito pudiese llegar hasta la hada, encubierto bajo una hermosa apariencia. Satanás había sabido ocultar su sonrisa impura, apagar el fuego terrible de su mirada, y embelle-

cerse con una hermosura tal como la que había perdido, ó más bien lo consintió Dios.—La inocente salió á su encuentro y le sonrió: entonces Satanás la estrechó en sus brazos, la besó en la frente, y desapareció.—La hada arrojó un grito agudísimo de dolor, y desde entonces ni flotó en los aires, ni en la superficie de los lagos, ni corrió tras las mariposas: en su frente habían quedado impresos, como una marca negra los hermosísimos labios de Satanás, y su corazón ardía en deseos impuros: continuamente recordaba aquel hermosísimo mancebo, y un amor impuro la devoraba, y le buscaba anhelante por todas partes, le llamaba, gemía por él, y en su delirio se había olvidado de invocar el nombre de Dios, que la hubiera vuelto por esto solo á su pureza y á su eternidad.—El jardín de Hiram había desaparecido para ella; la hada estaba desterrada y sujeta á las miserias de la vida mortal.—Su planta se fatigaba y se veía reducida á calmar la sed en las bramadoras aguas de los torrentes, su hambre con los silvestres frutos que con gran pena y trabajo obtenía de los copudos y ásperos árboles, y el aguacero, y el trueno y los relámpagos de la tormenta, la obligaban á buscar asilo en las horrosas grietas de las rocas. Ya las mariposas y las aves no venían, como antes, con delicia, á revolver en torno de su cabeza y á ponerse en sus manos; huían de ella, y durante la noche, la aterraban los rugidos del león y del tigre, y los bramidos de las bestias hambrientas.—Un día, en fin, Dios permitió que un rayo de su divina luz inundase el espíritu de la hada, y este le reconoció y le invocó.—El Altísimo tuvo compasión de ella; pero quiso que antes de que volviese á ser lo que desde el principio había sido, quedasen su hermosura y su impureza sobre la tierra; pero variando

de forma para perpetuar con un ejemplo lo que la hada hubiera sido, si Dios no la hubiese perdonado.—La bondad de Dios había vuelto la paz y la inocencia á la hada; pero aun no había vuelto á su perdido jardín de Hiram. Sufría aún la penalidades de la vida, y estaba triste y pensativa sentada sobre las breñas al borde de un precipicio, por cuyo fondo se despeñaba un espumoso torrente.—De improviso una mariposa de alas diáfanas y matizadas, vino á revolver á su alrededor; vio la hada, y como en otros días, quiso acariciar al hermoso insecto, tenerle entre sus manos, sin lastimarle, como otras veces; pero la mariposa huyó y fué á posarse en un espino; la hada se levantó, se acercó recatadamente, tendió la mano, y cuando esperaba tener asida á la mariposa, se sintió punzada dolorosamente por las agudas púas. La mariposa había desaparecido, y una sola gota de sangre de la hada había caído sobre el espino. Luego, el cuerpo de la hada se fué haciendo diáfano, más diáfano, hasta que se deshizo en el aire, como una niebla que se desvanece.—El jardín de Hiram se había abierto de nuevo para ella, y en el espino, en el mismo lugar donde había caído la gota de sangre de la hada, había aparecido una rosa purpúrea, cuya fragancia embalsamaba el ambiente. ¡Cuán hermosa era aquella flor! ¡cuán pura! pero llegó un viandante, la vió, la codició, arrancó despiadadamente del tronco el gentil tallo en que se balanceaba, y aspiró ansioso su fragancia y la besó. La pobre flor perdió su fragancia, su color y su frescura, y el viajero, no encontrándola ya hermosa, la arrojó marchita al torrente, que primero la enlodó y la despedazó después. ¡Pobre flor! cada primavera brota del tronco un púdico capullo, y siempre llega un viajero y le corta de su ta-

llo, antes de que haya abierto enteramente su corola, goza un momento su naciente perfume, y como el viajero anterior, cuando le ve marchito, le arroja al torrente. ¡Ay y cuan pocas rosas se salvan del abandono y del olvido! ¡ay cuan pocas dejan de enlodarse en la corriente bramadora!»

Detúvose un momento Amina, cuyos ojos estaban arrasados de lágrimas, y luego añadió con acento melancólico y triste:

—Cuando la esclava llegaba á este punto de su leyenda, añadía siempre: «la rosa es la mujer, hijas mías; el espino la representación de sus dolores; el despiadado viandante, los deseos impuros del hombre; el torrente de cieno, el mundo. Pero la mujer, como la hada, tiene un Dios que la protege, y la virtud y la pureza son para ella el eterno jardín de Hiram.»

Detúvose la joven, posó en su padre tras un velo de lágrimas una mirada desesperada y guardó silencio.

Yaye había comprendido perfectamente la amargura que contenía, especialmente en aquellas circunstancias, la fábula oriental que había oído su hija de boca de la esclava destinada á entretener con hermosos cuentos á las hijas del dey de Argel. Pero le interesaba sobre manera conocer la aplicación que hacía Amina de aquel cuento, y dijo fría y severamente:

—¿Y á qué propósito me has relatado esa leyenda?

—Para que juzgues, padre, de la influencia que ese cuento y otros semejantes, han podido tener en el porvenir de tu hija.

Yaye inclinó la cabeza y quedó en la actitud del que escucha, y no quiere perder ni una sílaba.

—Desde el momento en que la esclava nos relató el cuento que acabas de oír, padre, mis compañeras de infancia, casi mis hermanas, las hijas del dey, no me llamaron como antes

Amina, como me llamas tú, cuando nadie nos escucha. Me llamaron Sarah-Hiram: ¡Flor de Hiram! esto ya era fatal: era como decirme: tú eres esa rosa puesta por la fatalidad al lado de la vía pública, al borde del torrente. Tú eres esa naciente flor expuesta á las codiciosas miradas del viandante. Un día, tú, pobre flor, marchita y deshojada, serás arrojada al torrente.

Yaye se estremeció: veía en aquellas palabras una acusación de su hija: se anonadó, inclinó aun más la cabeza, y oprimiéndose el pecho con la mano, como si hubiera querido impedir que su corazón saltase, murmuró de una manera opaca é ininteligible:

—¡Oh, padre! ¡padre! ¡y cuán terrible herencia me has dejado!

Amina continuó, con la vista siempre dilatada y fija en Yaye:

—Prescindiendo de la fatalidad que parecía determinar, el que sin motivo justificado me llamasen las hijas del dey, Flor de Hiram, ¿no crees, padre, que es un modo singular de apartar á las mujeres de la impureza, el presentarlas los ejemplos de la virtud envueltos con las incitantes descripciones del placer? Los cuentos de la esclava eran muy morales en el fondo, pero en su lenguaje... ¡Oh! siempre el vicio hermoso, halagando á la mujer, enloqueciéndola, extraviándola: siempre el deleite ardiente, las formas desnudas, el corazón que late enamorado, los ojos que desfallecen de placer. ¿Qué vale presentar después las horribles consecuencias del vicio y de la impureza, si se ha dado el veneno en copa de oro; si se ha hecho aspirar á la virgen llena de vida y de esperanzas, cuanto bello y tentador rodea, y acecha la vida en la mujer? ¿Qué vale que se os diga: apartaos de ese camino, si se os ha presentado ese camino lleno de encantos, y solo al fin, se os presenta

un precipicio del que apartáis con repugnancia los ojos, que solo quieren mirar lo bello, lo ardiente, lo deslumbrador? ¿Cómo querer formar á la esposa honesta, si se mancha la castidad de la virgen, desgarrando sin piedad, á ciegas, girón á girón, su velo de pureza?

—¡Aminal exclamó Yaye, no pudiendo sufrir ya más el peso de las justas, aunque indirectas reconvenciones de su hija.

—Los musulmanes, educan sus mujeres para el placer, continuó la inflexible jóven: tienen un harem donde las encierran: horribles esclavos que las guardan: una virgen, que no hubiese perdido la virginidad del alma, que no conociese profundamente la ciencia del bien y del mal, sería para ellos ni más ni menos que una hermosa estatua inanimada: es necesario que la esposa ó la esclava, compongan ó canten, hermosos y ardientes romances de deleite; que dancen como una bayadera; que hayan perdido enteramente el pudor. Se las educa para el placer... y ¡horrible sarcasmo! se las pide luego virtud, y si desprovistas de su pureza, invencible arma de la mujer, enloquecidas por el deseo, marchando por una senda tapizada de flores, caen en un precipicio que no han visto, hasta que han tocado su fondo, ¡oh! entonces no hay castigo bastante para la esposa adúltera ó la virgen perdida: el hoyo de arena; ó el saco de cuero y las ondas del mar.

La voz de Amina era solemne y parecía doblagar como un horrible peso material la cabeza de su padre.

Amina continuó:

—Criada bajo el ardiente sol del Africa, á los doce años, tú lo sabes, padre, era ya una mujer formada: cuando por el Rhamadan (la cuarema), ibas á visitarme durante algunos días á la Casba del dey, me sen-

tabas sobre tus rodillas y me llamabas tu pequeña mujercita.

Yaye lanzó un rugido sordo, porque el recuerdo que evocaba su hija le desgarraba el alma; irguió la cabeza y mirando frente á frente á Amina, la dijo:

Muchas veces, y en más de un reacio combate, una lanza enemiga ha desgarrado mi pecho; jamás esa lanza me ha causado tanto dolor como cada una de tus palabras: pero continúa, continúa, porque quiero que llegues al fin; quiero saber cuanto se encierra en el corazón y en la cabeza de mi hija.

—Padre, comprendeme y no creas un reproche ni una acusación mis palabras; pero tu hija necesita justificarse, porque... perdóname si te desgarró el corazón, padre: tu hija está deshonrada.

Yaye no hizo un solo movimiento, no pronunció una sola palabra; pero un estremecimiento poderoso, un temblor semejante al de una montaña agitada por un volcán, estremeció su cuerpo de los pies á la cabeza.

—A los doce años, pues, era ya una mujer en toda la extensión de la palabra, y se había procurado enseñarme tanto, que mi espíritu estaba enteramente formado. En los pocos días que cada año pasabas á mi lado, procurabas informarte por tí mismo, si se me había dado la enseñanza que tú habías querido se me diese. Recuerdo que cuando me hablabas en castellano, al ver la pureza con que yo te contestaba, decías:

—Es maravilloso: un español te creería andaluza; hija de ese país bendito, donde todo es hermoso; el cielo, la tierra y la mujer.

—Yo no sabía entonces nuestra historia y me maravillaba de que se me hubiera hecho aprender un habla que nadie usaba en torno mio, sino los cautivos españoles, los pobres vie-

jos, con los cuales, durante algunos años, se me hacía hablar muchas horas seguidas al día. No comprendía tampoco para qué se me había instruido en la religión cristiana, cuando se me repetía que aquella religión era una impostura, que no había más Dios que Dios el Altísimo y Único, y su profeta Mahomet. ¡Oh! esto era también fatal: la una religión me prescribía la caridad, la humildad, la pureza: me decía que una mujer, una santa virgen, era la madre del Redentor del mundo; me daba una parte en el paraíso como al hombre, me hacía su igual, su compañera por el matrimonio; me daba derecho al amor exclusivo de un esposo, amor al que debía ser fiel, vínculo que no consiente una tercera persona, dulce alianza que constituía en uno á dos seres durante la vida: el islamismo me decía: la mujer es una esclava, una cosa que ningún derecho tiene: la mujer debe ser solo de su esposo ó de su señor; pero no debe tener celos si su esposo y su señor son de otra ó de otras muchas: tu corazón no debe latir, tu cabeza no debe pensar; eres para tu esposo ó para tu señor menos que su arco, su lanza ó su caballo.

Entre tan opuestas doctrinas, mi razón fluctuaba; no creía en ninguna de ellas; pero me decidí por la que me daba más derechos: esto era natural: sabía que existe una religión bajo la cual era igual al hombre, en la cual tendría familia, esposo, hijos, hijos míos que nadie me arrebataría, y me decidí por el cristianismo. Después... perdóname, padre, porque sé que aborreces á los cristianos: perdóname... pero ¿quieres saber lo que guardan mi corazón y mi cabeza, y quieres saber lo de un día solemne, en un día en que la Iglesia conmemora la pasión de Jesucristo; en un día en que he elegido esposo..... Yo soy cristiana, cristiana con todo mi corazón, porque

Dios ha hablado á mi entendimiento é iluminándole con un rayo de su divina luz, ha salvado mi alma.

Otro estremecimiento conmovió á Yaye, que como si se hubiese resig-nado á todo, continuó callando.

—Pero la fé, por poderosa que sea no ha podido arrancar de mí la influencia de la educación que se me había dado: yo no conocía el placer, pero conocía el amor: le conocía porque me lo habían dado á conocer de una manera tentadora, en una y otra leyenda, en uno y otro romance. Tú mismo has dicho muchas veces después de haberme oído cantar, después de haberme visto ejecutar una de esas líbricas danzas musulmanas:

—¡Oh! ¡hermosa, hermosa como el amor! ¡irresistible! ¡tú serás la tentación que ayudará á mi espada!

Yo no comprendía entonces estas palabras; después cuando conocí nuestro pasado y nuestro destino, comprendí que todo lo sacrificabas por tu patria: ¡hasta el corazón y la honra de tu hija!

—¡Oh, padre! ¡padre! murmuró de nuevo Yaye.

—Sí, acaso sea verdad que soy irresistible. Un príncipe real, exclamó con amargura Amina, un pobre loco, arde por mí en deseos impuros, y por mí es capaz de atentar á los días de su padre. Ese mismo padre, el taeiturno y grave Felipe II, no ha podido ser siempre tan prudente, que yo no haya visto en él alguna vez una chispa de deseo en una mirada; los grandes más grandes de la corte, se arrastran á mis piés, olvidada la soberbia que les inspiran sus blasones y sus riquezas. Llámese por excelencia, y con gran envidia de las damas de la corte, la hermosa duquesita, y acaso, acaso, soy irresistible. Pero el adquirir ese poder tentador me ha costado la paz de mi alma. Tú no sabes, padre, de qué modo han lle-

nado mi pensamiento despierta, y mi sueños dormida, todas esas ardientes imágenes de los cuentos de hadas y de amores; tú no sabes, padre, de qué manera lenta, pero segura, se ha ido formando en mi alma, un amor intenso, ardiente, roedor, que me hace necesario un ser á quien unir mi alma, á quien enamorar con todo el amor que mi alma encierra; á quien enloquecer con mi hermosura desnuda, incitante, palpitante, con toda la tentadora fuerza de mis ojos; tú no sabes de qué manera se ha ido formando dentro de mí un ser imposible, por lo hermoso, por lo grande, por lo enamorado; un conjunto de perfecciones; un amante divino, á quien yo veo solo con cerrar los ojos: tú no sabes cuanto le acaricia mi alma, cuanto le ama, cuanto desea verle ante sí, como una realidad que se toca, no como un sueño que huye. Tú no sabes cuán hermoso es el satanás que ha besado mi frente, dejando impresos en ella sus hermosos labios, empalideciendo mi semblante, y arrojándome del perdido jardín de Hiram de mi pureza. Tú no sabes cuán desesperado, cuán ansioso, cuán muerto á la esperanza está el corazón de tu Esperanza.

Este terrible juego de palabras, hizo levantar la cabeza á Yaye y fijar una mirada infinitamente ansiosa en su hija.

En efecto, el semblante de Amina, revelaba una desesperación tan profunda, que Yaye se sintió completamente aniquilado.

—¡Pero ese hombre...! ¡ese hombre! ¡ese esposo á quien has elegido! exclamó el duque con un acento supremo por lo desesperado: ¿no le amas?

—No lo sé aún.

—¿Has sido suya en un momento de delirio?

—Sí.

—¡Oh! exclamó Yaye.

Y aquella exclamación era al mismo tiempo una blasfemia y un rugido de amenaza.

—Desde que fui presentada en la corte, poco después, continuó Amina, oí hablar de un hombre con quien los ociosos habían tenido á bien casarme de una manera singular: supe que, por un capricho, habían dejado de llamarme la hermosa duquesita para llamarme la mujer del marquésito.

—Pero ¿quién era este marquésito?

Un jóven de mi misma edad ó poco más, de quien se decían maravillas; las damas hablaban de él con deseo, y los hombres con envidia; sin saber cómo, dí en pensar en el marquésito, y al fin, atribuyéndole todas las prendas que yo soñaba en el hombre de mi amor, amé sin conocerle al marqués, pero con delirio, como únicamente puedo amar yo.

Guardaba, sin embargo, mi secreto, le devoraba, esperaba una ocasión de verle en la corte; pero el marquésito jamás concurría á ella. Al fin, ayer, cuando incendiado el tabernáculo del templo, huía despavorida, sentí que unos brazos me levantaban del suelo, que un hombre me llevaba consigo hasta un lugar solitario donde me dejó en tierra. Brillaba la luna. Ante mí había un jóven, la cabeza descubierta, y tan hermoso como no había visto ninguno. Sentí que mi corazón se rompía, que me arrastraba hácia aquel hombre, y cuando un accidente de la conversación brevísima que se cruzó entre nosotros, supe que aquel hombre...

—Era él... observó roncamente Yaye.

—Sí, el marquésito: ardiente, enamorado, audaz: quise defenderme en vano: mi razón había sido dominada por mi eterno sueño, por ese sueño fatal de amores: lo olvidé todo: para mí no existía nadie en el mundo más.

que él: me dejó conducir á donde quiso, y caí en el abismo que se me había preparado, envenenando mi alma.

Detivose Amina, y Yaye no tuvo valor para pronunciar una sola palabra.

—Ahora que ya lo sabes todo, padre, dijo Amina, levantándose y arrodillándose á sus pies, mátame; mátame, porque te he deshonrado; mátame, porque yo no puedo vivir; porque he probado el amor, y no es el amor que yo había soñado: porque al perder mi pureza he conocido que era pura; porque no puedo volver á mi hermoso sueño que era mi edem, porque.. porque si tú no me matas, me matarán el dolor... y la vergüenza.

Y Amina de rodillas con las manos juntas y los ojos levantados al cielo é inundados de lágrimas, era el más bello trasunto del angel de la desolación.

—¡El nombre! ¡el nombre de ese hombre! exclamó Yaye levantándose con ímpetu.

—¡Ese hombre se llama el marqués de la Guardia! respondió Amina.

Al oír esta revelación el duque, cayó de nuevo desplomado sobre el sillón.

—¡El marqués de la Guardia! ¡El marqués de la Guardia! ¡Fatalidad! ¡Horrible fatalidad!

Luego, como saliendo de un horrible sueño, exclamó:

—Yo no puedo matar á ese hombre: tú no puedes ser su esposa.

—¿Y quién te pide su muerte? exclamó palideciendo Amina.

—¡Le amas!

—¡Oh! ¡no lo sé! ¡no lo sé! ¡aun no le conozco bien! ¡pero si él me amase, si él me amase como yo le amaría!... y luego... ¿Tiene la culpa de haber encontrado en su camino una virtud tan frágil que se ha roto al primer choque!... ¡matarle! ¿y por qué? ¡yo soy la que debo morir!

—Si yo no fuese lo que soy, serías su esposa, Amina: si se negaba á ser tu esposo, sería asunto de hacerle pagar con la vida la felicidad de haberte poseído, y de encerrarte donde nadie pudiera ver tu deshonra. Pero ese casamiento es de todo punto imposible por varias razones. Sobre todas está la de que tú debes ser esposa del príncipe don Carlos.

—¡El príncipe don Carlos! exclamó con terror Amina; con un terror que no había demostrado, durante su audaz revelación á su padre, ni cuando le pedía que la matase.

—Sí, dijo Yaye: la fatalidad quiere que tú seas reina.

—Pero, padre mio: ¿olvidas que para ello es necesario hacer del príncipe un parricida? ¿á tal malvado queréis unirme?

—Mira, Amina: allí, y el duque extendió su brazo rígido y fatal hácia el Oriente: allí hay un pueblo entero esclavo, despedazado por el vencedor: allí se ahorca, se azota, se arranca de entre los brazos de su familia, á ancianos cubiertos de canas, á hombres en la fuerza de su vigor: allí los hijos no tienen madre, ni las madres hijos: allí se destila gota á gota por la mano del verdugo la sangre de tu pueblo: al otro lado de los mares, tras la inmensidad del océano, un pueblo que también es tuyo, sufre la misma suerte horrible, imposible. La sangre de esos dos pueblos te alienta: la corona de esos dos pueblos ceñirá un día tu cabeza: el opresor de esos dos pueblos, el tirano que se alimenta con sangre humana, es demasiado poderoso para que pueda vencerse por la fuerza: Satanás le ayuda: es necesario acercarse á él como la serpiente, acechar su sueño, y morderle antes de que se despierte, en el corazón: tú y yo nos sacrificaremos por esos dos pueblos oprimidos; para salvarlos romperemos nuestro corazón, y cubrire-

mos, si es preciso, de vergüenza nuestra frente. ¿qué importan los medios con tal de que nos lleven al fin apetecido?

—Pero si aun así no logramos salvar á esos desgraciados! ¡si nos perdemos inútilmente!

—Habremos luchado con todas nuestras fuerzas.

—¡Esposa del príncipe don Carlos!.. murmuró mortalmente pálida Amina.

—Ni una palabra más: la conversación que hemos sostenido, es demasiado dolorosa para que queramos prolongarla. ¡Dios lo ha querido, y es necesario resignarse á su voluntad! vete: déjame solo; quitate esas lúgubres ropas, y que nadie vea en tu frente ni la más leve nube de tristeza; preséntala altiva y serena al mundo, como yo le presento la mía... y, sin embargo, guarda en mi corazón un infierno. Guárdalo tú también y sobre todo.. olvida.. al marqués.

Y después de esto, llegó á su hija, la besó en la frente, la asió de una mano, y la condujo hasta una de las puertas de la cámara.

Amina desapareció tras el tapiz.

Yaye permaneció algún tiempo inmóvil, como una estatua, con la mirada fija, abstraída; luego se pasó la mano por la frente como si hubiera querido arrancar de ella una pesadilla, y su impenetrable semblante, adoptó de nuevo una expresión glacial, fría, reflexiva que parecía ser su expresión característica; fué á la mesa, abrió un cajón con llave, sacó cuidadosamente unos papeles y se puso á hojearlos.

—¿No ha venido aun el señor Cisneros? dijo con acento breve.

—Ah, señor duque, dijo otra voz á la puerta opuesta de la antecámara; aquí me tenéis, y no muy á tiempo por cierto, porque creo que os impacientáis.

—Sí, me impaciento, Cisneros, di-

jo el duque dejando pasar á su cámara á este segundo personaje y cerrando tras él la puerta.

—Perdonad, dijo Cisneros, pero me he acostado anoche muy tarde, y aunque ya han dado las diez de la mañana, hoy es para mí muy temprano.

—Sentaos.

El duque señaló un sillón á Cisneros y se sentó en otro junto á una chimenea, cuyo fuego se puso á arreglar de la manera más natural.

Tenemos delante dos personajes, la fisonomía de uno de los cuales se habia modificado, mientras la del otro nos es enteramente desconocida.

Yaye era por aquel tiempo un hombre jóven aun, de poco más de cuarenta años, y de mediana estatura; era aun, sin embargo, gallardo sobremediano, y de todos sus movimientos, de todas sus actitudes rebosaban nobleza y distinción; esa especie de distinción que solo poseen los que desde la cuna han vivido en la opulencia, mandando y siendo obedecidos. A más de su juventud y su gallardía, conservaba su poderosa hermosura, su tez blanca, densamente pálida, y tersa y límpida, tanto en su semblante como en sus manos, que revelaban por su forma que ningún rudo trabajo las habia ocupado jamás: sus cabellos negrísimos, rígidamente cortados según la moda de la nobleza española, eran tan espesos que contrastaban de una manera decidida con la mate y diáfana blancura de su frente: sus cejas y su barba, convenientemente recortada, eran tan negras y tan tupidas como el cabello, y sus negros ojos habian adquirido un no sé qué de dominador, de fijo, de valiente, de incontrastable: aquellos ojos eran un abismo en cuyo fondo solo se leía nobleza y talento, y á veces, cuando nadie le veía, desesperación y remordimiento! Su boca, aunque sin hablar, mandaba, por su configuración particular,

y su nariz, un tanto aguileña, acababa de armonizar las líneas rígidas, bellas y magestuosas de su semblante.

Yaye debía imponer consideración, respeto ó miedo á la persona con quien hablase, con arreglo á la situación ó carácter de esta persona.

Lo que indudablemente inspiraba al comediante Cisneros, era miedo, lo que se comprendía por más que este quisiese disimularlo.

Pertenecía Cisneros á otro tipo enteramente distinto: era buen mozo, bien proporcionado, de buen talante; pero había en su belleza un decidido sabor picaresco, audacia baja en su mirada y mucho de rufianesco en sus maneras: todo esto encubierto y como velado por un baño de corte, y por su traje rico, término medio entre las ropas usadas por la nobleza y los hombres ricos de la clase media. Llevaba espada de gabilanes ancha y larga, un tanto más de lo que consentían las pragmáticas; limosnera y jubón bordados, pero con una profusión y una riqueza de mal gusto; un arete en la oreja izquierda y las manos cuajadas de cintillos: la hipocresía ó el fanatismo estaban representados en él, por un rosario de cuentas gordas y relucientes, sujeto en su cinto al lado de la espada; y por lo demás, unas calzas de grana, unas botas rizadas de gamuza, sin espuelas, y una capa larga, de paño fino de Segovia, completaban su traje.

Desde el momento en que Cisneros se encontró sentado frente á frente con Yaye, fijó en él una mirada ambigua, que tanto tenía de audaz como de recelosa. Yaye parecía no reparar absolutamente en Cisneros y seguía arreglando sus tizones.

—Hace un buen frío, dijo.

—El invierno se alarga más de lo justo, contestó Cisneros.

—Y no deben ser las noches muy

á propósito para pasarlas al sereno corriendo aventuras.

—¡Ah, señor duquel estas noches son mucho más á propósito para pasadas al lado de una chimenea entre dos cosas que se parecen mucho en la figura y en los efectos.

—¿Y cuales son esas dos cosas que se parecen tanto?

—Una botella y una mujer.

—¡Ah! ¿y habéis pasado de tal suerte la noche el príncipe y vos?

—¿El príncipe y yó?

—¡Qué! ¿no le habeis acompañado?

—No señor; pero me ha tenido de ronda toda la noche observando á otras rondas que han andado de acá para allá, buscando como sabuesos, y sin poder dar con lo que buscaban.

—¿Y qué buscaba el príncipe?

—Buscaba á vuestra hija, contestó con una audacia infinita Cisneros.

—Solo se busca lo que se ha perdido, contestó friamente el duque, y mi hija no ha estado perdida ni un solo momento.

—Sin embargo no volvió con la corte al alcázar, y se dice ó se decía anoche de público, que había desaparecido entre el desórden causado en el Buen Suceso, por el incendio del monumento.

—Es cierto; pero mi hija aterrada, apenas se vió por un milagro en la calle, tomó el camino del monasterio de las Vallecas, que como sabéis, está cerca del Buen Suceso, en la calle de Alcalá, donde recientemente ha profesado una parienta por parte de mi esposa. Doña Esperanza ha pasado la noche en el convento. Avisáronme algo tarde de ello, y cuando me había puesto en su busca, razón por la cual, no he podido saber su paradero hasta que al amanecer he vuelto á mi casa.

—Pues si vos no me hubiérais afirmado en mi creencia de que el convento de las Vallecas está en la calle de Alcalá, dijo Cisneros doblando su

audacia, al saber de vuestra boca que mi señora doña Esperanza ha pasado la noche en un convento, hubiera creído que el tal convento era un casuco en la plazuela de Perantón, que está, por cierto, más cerca que las Vallecas del Buen-Suceso.

—¿Quién os ha dado tales noticias? dijo Yaye posando una mirada profunda y amenazadora en Cisneros.

—Me lo han dicho mis ojos.

—¿Vuestros ojos?

—Sí, por cierto.

—¿De modo que vos visteis salir á mi hija de la iglesia?

—No por cierto, aunque en la iglesia estaba.

—¿Habrá habido en esto alguna infamia?

—No, no señor: el marqués de la Guardia guardará probablemente un profundo secreto acerca de esta aventura. No es doña Esperanza una dama cuyos secretos se tiran así por la ventana: es demasiado hermosa, vale mucho, para que no inspire un amor respetuoso y discreto.

—¿Es decir, repuso Yaye con la misma serenidad y el acento tan seguro como pudiera haberlo usado al tratarse de una dama enteramente extraña á él; es decir, que hay quien sabe que el marqués de la Guardia ha pasado la noche bajo el mismo techo que mi hija?

—Lo sé yo, y lo saben indudablemente los dueños de aquella casa; pero éstos deben ignorar el nombre de vuestra hija, aunque conocen demasiado al marqués, á quien han prestado diferentes veces servicios semejantes al que le prestaron anoche.

—Seguid, maese Cisneros, seguid, dijo Yaye con su inalterable calma, á fin de que sepamos lo que debemos hacer: pero tened mucha cuenta con no engañarme.

Únicamente tras esta palabra bri-

lló una mirada amenazadora en los ojos de Yaye; mirada tal y tan poderosa que hizo temblar á Cisneros.

—Me interesa tanto serviros, dijo con un marcado servilismo el comediante, que me guardaré bien de engañaros. Si vos no me hubiéseis llamado, yo mismo hubiera venido á veros, porque sé muy bien que el asunto que nos ocupa es grave. Voy por lo mismo á contaros todo lo que sucedió, y veréis cómo ha podido la casualidad ponerme en la verdadera situación de este negocio.

Anoche estaba yo en el Buen-Suceso, cuando aconteció aquel endiablado incendio: naturalmente, y creyendo de más gravedad el acontecimiento, pensé en ponerme en salvo; pero al huir perdí mi gorra. Habéis de saber, señor duque, que la gorra que perdí era de mucho valor y que la tenía en gran estima por haberla bordado una dama amiga mía. Echéme, pues, apesar del peligro, á buscar la gorra, y á poco que tenté por el suelo, encontré esta que veis.

Y Cisneros mostró al duque una terciopelo negro de Utrech, prendida al lado izquierdo con un joyel de diamantes.

—¿No sabéis de quién es esta gorra? continuó Cisneros.

El duque se encogió de hombros.

—Pues esta gorra es ni más ni menos que del marqués de la Guardia; la conozco demasiado porque este joyel de diamantes se ha perdido y se ha ganado hace algunas noches por cien veces seguidas á los dados y había quedado definitivamente en poder del marqués.

—Pero si el marqués es jugador, dijo con una expresión de repugnancia y de hastío Yaye, puede haber perdido este joyel, y haber pasado á manos de otro.

—No, no, señor; estos días el marqués está en ganancias, y aprecia mu-

cho esta joya porque era de su madre. Tanto la aprecia, que solo en uno de esos momentos en que un jugador es capaz de echar á un dado su honra, la echó sobre el tapete.

Alegréme, pues, de que habiendo perdido el marqués su joyel, hubiese venido á dar en mis manos, porque era lo mismo que si no le hubiese perdido, y me encaminé á cierta mancebia, seguro de encontrarle, porque el marqués estaba citado con un príncipe alemán, para darle el desquite de una gruesa suma que le había ganado la noche anterior.

A pesar de que el marqués es todo un caballero y nunca falta á empeños de juego, de amor ó de honra, dieron las ánimas, hora de la cita, y el marqués no pareció: dieron las nueve, tampoco: temióse, conociendo su puntualidad, que le hubiese sucedido alguna desgracia, y muchos de sus amigos fuimos á buscarle á los lugares que sabíamos que él podía concurrir.

En aquellos momentos otro de nuestros amigos nos trajo del alcázar la noticia de que se había perdido en el Buen-Suceso vuestra hija. Como otros dos concurrentes, pronunciasen á propósito ¡la mujer del marquésito! nombre que, como sabéis, se da también á vuestra hija...

—Fatalidad, murmuró Yaye.

—...estas dos frases me hicieron formar una idea atrevida; pero posible; yo había encontrado la gorra del marqués en la iglesia del Buen-Suceso. Doña Esperanza había desaparecido de la iglesia. ¿No podía ser muy bien que hubiese tropezado vuestra hija con el marqués, y que en un momento de desmayo, de terror, la hubiese arrastrado consigo? Había además en abono de mi pensamiento, el que solo por una dama tal como mi señora doña Esperanza, hubiera falta-

do el marqués á dar un desquite de juego.

Sin decir á nadie nada, y calculando á qué lugar más cercano á la iglesia del Buen-Suceso, podía haber conducido el marqués á una dama, me acordé de cierta casa de la plazuela de Perantón. En efecto fui á ella, llamé, me vi obligado á alborotar para que me abriesen, señal clara de que la casa estaba ocupada dignamente, y cuando pregunté por el marqués, me le negaron de tal manera, que no tuve duda de que estaba en la casa.

Como la noche estaba fría y húmeda, y era además Jueves Santo, me retiré á mi posada y estaba haciendo mi colación, cuando he aquí que recibo un recado de Garci Alvarez Osorio en que, de orden del príncipe me mandaba ir al alcázar por el campo del Moro.

Fuí y encontré al príncipe furioso por la pérdida de vuestra hija. Doña Esperanza ha acabado de volver loco á su alteza, señor duque, y haremos del príncipe lo que queramos.

—Continuad, continuad, dijo secamente Yaye.

—Ya conocéis el carácter voluntarioso é impaciente del príncipe: después de haber recorrido conmigo todos los lugares donde, de una manera insensata y villana, creía podían tenerse noticias de doña Esperanza, apeló á la justicia y á la Inquisición: pagó á peso de oro alguaciles y familiares, y puede decirse, señor duque, que no ha habido posada, ni casa pública, ni lugares de sospecha, que no hayan sido registrados. Esto ha producido la prisión de mucha gente menuda que se ha encontrado mal entretenida.

—¡Y en tales lugares buscaba el príncipe á mi hija!

—Los celos son villanos, señor duque. Pero á pesar de ellos, tan bien oculta y en tan buenas manos estaba

doña Esperanza, que ni alguaciles ni familiares pudieron dar con ella.

Poco antes del amanecer, transido de frío y trémulo de celos y de coraje, se volvió su alteza al alcázar, y viéndome libre, me propuse llegar hasta el fin de mis investigaciones, solo en servicio vuestro, señor duque. Me fui á la plazuela de Perantón, me hice abrir la puerta de una taberna, á pesar de que aun no había amanecido, y mediante un ducado, conseguí que me dejaran ponerme en acecho en una ventana baja, desde la cual se veía perfectamente la puerta de la casa, donde estaba seguro que se hallaba el marqués de la Guardia.

Poco antes del amanecer se abrió aquella puerta y salió un hombre embozado, en cuyo talante reconocí al marqués, á la dudosa luz del alba.

Amaneció, volvió á abrirse aquella puerta, salió la dueña de la casa y poco después volvió. La acompañabais vos, y tras vos venía una litera conducida por dos ganapanes. Entonces no tuve duda de que doña Esperanza era la dama que había pasado la noche en aquella casa.

Calló concluida su exposición Cisneros, y durante algunos segundos Yaye se puso á arreglar de nuevo los tizones, en una posición en la cual Cisneros no podía ver su rostro.

Levantóle al fin el duque: estaba perfectamente tranquilo. Miró de una manera glacial á Cisneros y le dijo:

—El traje que vistes; el oro que gastas; las ganancias que te dan tus funciones en el corral de la Pacheca; el silencio de la justicia acerca de tus truhanerías y de tus delitos, todo me lo debes. Cisneros: sin mí estarías representando con una mala comparsa por los villorios de Castilla, y aunque tienes habilidad é ingenio para tu oficio, nunca llegarías á capa de raja.

—En cambio, señor duque, yo soy el demonio que habeis puesto al lado

del príncipe. Por mí, una desmedida ambición se ha apoderado de su alma, y anda en tratos con los Hugonotes de Francia y los herejes de los Países-Bajos. Me pagais bien: pero me pagais mi cabeza, señor duque; porque sirviéndoos soy traidor al rey, y ya sabeis lo que hace el rey con los traidores cuando los descubre.

—Bien, basta. Es necesario que nadie sepa donde ha estado mi hija esta noche. El marqués de la Guardia callará. En cuanto á los dueños de esa infame casa, callarán tambien. Si se divulga en la corte este secreto, tú solo habrás sido la causa, me habrás hecho traición, y en cuanto á los traidores soy yo un rey más terrible que don Felipe

Levantóse tras esto Yaye, abrió el armario donde antes había dejado en un secreto unos papeles, y sacó un pesado saco que entregó á Cisneros.

—Mi hija ha pasado la noche en el convento de las Vallecas. ¿Lo entiendes?

—Si señor, dijo Cisneros levantándose y poniéndose el pesado talego bajo el brazo.

—Vete, dijo Yaye.

—Guárdeos Dios, señor, dijo el comediante inclinándose profundamente y salió.

Apenas había salido, se abrió una puerta, y se presentó un hombre membrudo, atlético, de fisonomía noble y simpática, un tanto pálido, de ojos negros y mirada prudente é inteligente.

Aquel hombre demostraba contar cuarenta y cinco años de edad, y llevaba preseas, armas y colete de soldado.

—Dios te guarde, Harum, le dijo el emir á quien seguiremos dando su verdadero nombre originario; te he mandado llamar para un grave empeño.

—Mandad á vuestro esclavo, magnífico señor.

—Hace más de veinte años que me sirves con una lealtad y un valor á toda prueba.

—Es mi obligación: además de eso me habeis recompensado magníficamente, señor; cuando empecé á servir os era wali, y me hicisteis vuestro secretario; ahora soy vuestro wazir.

—Por lo mismo el servicio que voy á pedirte es más humilde, más degradante, que el oficio que tienes delante de todo el mundo, siendo alférez de los tercios viejos de Flandes.

—Y te traigo muy buenas nuevas, señor.

—Dejémoslas para más adelante. ¿Cuándo has llegado?

—Hace una hora; quise veros al momento; pero me dijeron que estábais con la poderosa sultana Amina.

—Para guardar el honor de la sultana, es necesario que busques cuatro de nuestros monfíes, los más astutos, los más feroces, los más callados, con los cuales cumplirás el decreto que voy á darte.

El emir escribió algunas líneas en caracteres árabes, y entregó después el papel donde las había escrito á Harum, que dijo después de leerle:

—Vuestras órdenes se cumplirán, poderoso señor.

—Cuenta con equivocaros: las señas son claras.

—Sí, sí, señor; plazuela de Perantón, rinconada: una claraboya redonda sobre la puerta, y una reja de madera á la izquierda.

—No sé cómo recompensarte el sacrificio que me haces encargándote de este servicio. Pero nome fiode nadie... de nadie... y á veces ni aun de mí mismo.

—Vos ordenais, señor, y lo que ordenais debe ser justo. Vos sois el señor, yo el vasallo: vos la cabeza, yo las manos. Ignoro el delito de esas gentes. Pero vos las condenais y basta.

—Sí, justicia, justicia severa... Vete Harum. Más tarde me hallarás dispuesto á escuchar las nuevas que me traes.

—Pero esas nuevas, señor...

—Por importantes que sean, necesito quedarme solo: arrojar la dolorosa máscara con que me he cubierto y que me sofoca. Yo te llamaré, Harum.

El leal monfí se inclinó prudentemente y salió.

Lo que pasó en la noche de aquel mismo día en la casa de la rinconada de la plazuela de Perantón, donde había pasado la noche anterior la hija del emir de los monfíes con el marqués de la Guardia, fué horrible.

Después de las doce, los vecinos despertaron asustados por unos agudos gritos de mujer que pedía socorro: cuando los más ligeros salieron á las ventanas, los gritos habían cesado; pero vieron cinco hombres que saliendo de la casa, se alejaron y se perdieron en la obscuridad.

Poco después vino la justicia llamada por los vecinos y encontró la puerta de la casa violentada: los esposos que la noche antes habían acogido á la hermosa Amina y al marqués, estaban cosidos á puñaladas sobre un lago de sangre.

Un niño como de unos cinco años, jugaba arrastrándose por el suelo y manchándose de sangre, á la luz de una lámpara, con algunas monedas de oro: la justicia recogió los muertos, el niño y las monedas, se guardó éstas últimas, entregó el niño á una moza de vida alegre llamada la «Sastra» que le pidió para adoptarle, y envió los cadáveres al cementerio.

Nada más se supo acerca de este lúgubre asunto: ni por más que la justicia se ocupó dos días en averiguar quienes fuesen los asesinos, pudo dar con ellos.

CAPÍTULO IV.

DE COMO EL MARQUÉSITO DIÓ UNA PRUEBA DE QUE ESTABA PERDIDAMENTE ENAMORADO DE AMINA, PENSANDO EN CASARSE CON ELLA.

Cuando el marqués tuvo noticias de aquel doble asesinato, se le heló la sangre, á impulsos de un terror mortal. Aquel tremendo duque que de una manera tan sangrienta había sellado los labios de las dos personas que habían encubierto su deshonra (porque para el marqués era indudable que, á pesar de sus precauciones, el duque lo sabía todo), sería capaz de tomar, respecto á su hija, una resolución terrible.

Don Juan, al aterrarse por Amina, ni aun había pensado que él podía verse en peligro. Amina, solo Amina, era el cuidado que comprimía su alma: porque aquel terrible burlador que en tantos dolores mujeriles se había gozado, sentía al fin el amor; pero ese amor violento, exclusivo, que nos obliga á anteponer una mujer á todo otro amor, á todo otro interés, aun á nosotros mismos: ¿qué más podremos decir cuando digamos que don Juan había prometido solamente á Amina ser su esposo, y que al prometerlo había pensado cumplir rígidamente su promesa.

Cuando su tío le oyó decir que iba á pedir por esposa su hija al duque, palideció y sintió un terror mucho mayor que el que había sentido su sobrino al saber la muerte de los encubridores de sus amores con Amina: una vez casado el marquesito, estaba, según las leyes del reino, emancipado de su tutela: esto importaba muy poco á don César de Arévalo, pero importábasele muchísimo: primero verse

obligado á rendir cuentas de unos bienes que había explotado sin precaución alguna y después cesar en el manejo de aquellas rentas, que aunque casi agotadas, aun podían dar buenos rendimientos:

Don César acusó de loco á su sobrino: púsole ante los ojos desde el primero hasta el último de los inconvenientes del matrimonio: recordóle los muchos maridos que él mismo había modificado, y á propósito, la hipocresía, el talento y la astucia satánica de las mujeres para engañar á sus maridos, respecto á lo cual apelaba á la experiencia propia del marquesito: apuró toda la infame lógica de los libertinos; apeló á las armas del ridículo; al egoísmo, á todos los elementos enemigos del matrimonio. Su sobrino le dejó hablar, y cuando el tío, creyendo que había causado en el marquesito un magnífico efecto su perorata, hubo concluído, el joven pronunció con un aplome que daba á conocer lo irrevocable de su resolución:

—Me caso.

—Pues yo os digo que no os casareis.

—Me casaré.

—Yo no os daré mi consentimiento. Me le dará el rey.

—El duque no os dará su hija.

—Se la robaré.

—No teneis poder para ello.

—Lo veremos.

Y tío y sobrino se separaron altamente disgustados el uno del otro.

Y es el caso que aquella frase de su tío: «*el duque no os dará su hija*» había impresionado sobremanera al joven, causándole una triple herida en su amor, en su vanidad, en su voluntad. Cabalmente las mismas palabras le había dicho Amina, cuando en un arrebato de pasión la había dicho el joven estrechándola en sus brazos:

—Te juro por lo más sagrado ser tu esposo.

—Mi padre no os dará mi mano, había respondido Amina suspirando.

—¿Y por qué? la había preguntado anhelante el marqués.

La hermosa duquesa solo había contestado con otro suspiro.

Don Juan había jurado que la duquesa sería su esposa á pesar de los cielos y de la tierra.

Irritado, pues, por la coincidencia de la observación de su tío con la de Amina, tomó una resolución heroica.

Fuese en derechura á la casa del duque, y se hizo anunciar.

Inmediatamente fué introducido.

Al ver á Yaye experimentó por primera vez ese sentimiento de respeto hácia todo lo que concebimos superior á nosotros. Ya hemos dicho que Yaye, á pesar de sus cuarenta y más años, de sus desgracias, de su lucha, se conservaba vigorosamente joven, como en los días en que enamoraba por caridad á doña Isabel de Valor. El marquesito concibió perfectamente que el duque de la Jarilla, á quien no conocía, fuese padre de Amina, y que á no ser su hija, pudiera haber sido muy bien su esposa, sin que el mundo hubiera encontrado nada de repugnante en aquel enlace: Yaye en fin, representaba una de esas juventudes vigorosas que á despecho de los años se estacionan; una de esas juventudes que han perdido la expresión irreflexiva y confiada del adolescente, adquiriendo el grave aspecto de experiencia del hombre. El marqués de la Guardia se sintió, pues, dominado, y perdió mucho del valor audaz de que iba provisto.

—¿Tengo la honra, dijo inclinándose cortesmente, de hablar al señor duque de la Jarilla?

—Efectivamente, caballero, dijo Yaye, indicándole con la más perfecta cortesanía un asiento.

—Perdonad lo indiscreto de mi pregunta, dijo el marqués sentándose; nunca os he visto; solo conozco vuestro nombre.

—¡Qué quereis! aunque vivo en la corte ando muy retirado de ella: solo he venido á Madrid por mi hija: no por buscarla un buen marido, como hacen muchos, porque será difícil, muy difícil que mi hija se case; sino porque no se fastidie en un rincón de nuestras montañas.

—¿Decis que es muy difícil que vuestra hija, la hermosísima duquesa de la Jarilla se case? dijo don Juan con cierto acento de protección, creyendo que lo que establecía para el duque la dificultad de que su hija se casase, era la circunstancia de haber estado una noche perdida en la corte, circunstancia que sabía todo el mundo: ¿y podría preguntaros, sin parecer indiscreto, por qué es muy difícil que se case doña Esperanza?

—Sí por cierto; y como me habeis hecho la pregunta, voy á contestaros; entre mis caprichos tengo el de que mi hija sea reina.

—¡Reina! exclamó atónito el marqués.

—Sí por cierto, mi hija no se casará sino con un rey.

El marquesito miró fijamente al duque, y de tal modo, que Yaye le dijo, como contestando á aquella mirada:

—Ni me chanco ni estoy loco: mi hija si se casa, se casará con un rey.

—¿Estáis enteramente decidido á ese empeño?

—De todo punto.

—¿Y contáis con que vuestra hija?.....

—En mi familia, caballero, las mujeres, ni oyen, ni ven, ni entienden: obedecen cuando la voz de su padre las manda: por consecuencia, mi hija piensa como yo, enteramente como yo.

—Permitidme que lo dude.

—Dudad cuanto queráis.

—Permitidme que os recuerde que soy el marqués de la Guardia.

—Sí, sí, ya sé que sois voluntarioso y valiente, y que amáis á mi hija.

—¿Cómo! ¿os ha dicho ella?...

—Sé que venís á pedirme la por esposa.

—Y cuando lo hago, es creyéndome autorizado...

—¿Por su amor!

—Hace tres noches me lo juraba entre mis brazos, dijo el audaz jóven, sin medir las consecuencias de su dicho.

—Bien podrá ser, caballero, dijo Yaye sin alterarse en lo más mínimo: bien podrá ser: y es más; cuando mi hija os dijo que os amaba, no mentía, y porque os amaba habéis sido su amante, su amante de una noche: porque os amaba con toda su alma: hay cosas que son fatales, Dios lo quiso.—Pero lo que os puedo asegurar, es que mi hija no quiere ser vuestra esposa.

—¿Señor duque!

—No os irritéis, caballero: ya veis que os hablo mesuradamente, á pesar de que soy un padre engañado, injuriado; á pesar de que habéis envenenado el corazón de mi hija. No os irritéis, y adios. Obrad como mejor os parezca; decid por todas partes que habéis obtenido la suprema felicidad de la posesion de mi hija.

—¿Señor duque!

—Haced lo que queráis: decid lo que queráis. De la misma manera que os he recibido hoy, os recibiré mañana: siempre con indulgencia; siempre como si fuérais mi hijo. ¿Y sabéis añadió el duque levantándose lentamente y dando un paso hacia el marqués, sabéis por qué no os hago pedazos, como pudiera romper una copa de vidrio?

El marqués fijó una mirada inten-

sa, altanera, en la mirada profunda de Yaye, que continuó.

—No os mató, como maté á los dos miserables que os ayudaron en vuestra infamia... porque... Dios no quiere... porque... porque, en fin, mi hija os ama de tal modo, que vuestra muerte la mataría y... yo, por muy criminal que haya sido, no quiero matar á mi hija.

—¿Con que ni la razón del honor, ni la de la sangre, ni ese amor que ella me profesa y que no es mayor que el que yo siento por ella, os hacen desistir de vuestro extraño propósito?

—Por muy extraño que ese propósito os parezca, me afirmo en él.

—¿Y sacrificaréis á vuestra ambición vuestra hija?

—Mi hija piensa como yo. Quiere ser reina.

—¿Y me ama?

—Vais á juzgar por vos mismo. ¡Ola!

Al llamamiento del duque, se abrió una mampara y por ella apareció un criado.

—Decid á la señora duquesa que la espero, dijo Yaye.

Algunos momentos después, se oyeron en una habitación inmediata, pasos de mujer, acompañados del crugir de un traje de seda; se levantó el pestillo de una puerta, y al fin, Aminta se presentó en la cámara de recibo de su padre.

Al ver al marqués se puso letalmente pálida, retrocedió un paso, ahogó un grito, y se llevó involuntariamente la mano sobre el corazón, como si hubiese recibido en él un golpe de muerte: después quedó inmóvil, fijando en el marquésito una mirada intensa, fascinada, insensata.

Yaye se acercó á ella, la asió de una mano, y llevándola junto al marqués, la dijo:

—El señor marqués de la Guardia,

nos hace la honra de solicitar tu mano, hija mía. Antes de contestar quiero que sepas cuál es mi voluntad: esta se reduce á que se cumpla la tuya. Poco importa que yo acoja de buen ó mal grado los deseos del señor marqués: yo te juro, por la memoria de tu madre, que si quieres ser esposa de don Juan, lo serás. Ahora puedes responder al señor marqués.

—Don Juan, dijo Amina que se había sobrepuesto á su alteración, y cuya palidez mate era la única señal que conservaba de la emoción que había causado en ella la inesperada visita del marqués: yo os agradezco con toda mi alma, el que os hayáis acordado de mí para hacerme vuestra esposa; jamás olvidaré que habéis venido á ofrecerme lo que indudablemente me haría muy feliz; vuestro nombre y vuestra fé; pero yo no puedo aceptar.

—¡Que no podéis! ¡es decir que!...

—No quiero: contestó con firmeza Amina, completando la frase de don Juan.

—Ya lo oís, señor marqués; habéis obligado á mi hija á que para evitar todo género de interpretaciones, os diga claramente y sin rodeos, que no quiere ser vuestra esposa.

Dicho esto, Yaye llevó á su hija á la puerta por donde había entrado, la besó en la frente, y después que hubo salido, se volvió al lado del marqués que estaba mudo de asombro y de cólera.

—Ahora, señor don Juan, dijo el emir sentándose de nuevo, permaneciendo cuanto tiempo queráis en mi casa; pero os suplico que no me habléis más del asunto que os ha traído á ella. Sería un empeño inútil. Sólo os diré algunas palabras: el paso que acabáis de dar me reconcilia con vos: fullero de amor, habéis contraído una mala deuda; pero después habéis reflexionado, y habéis venido lealmente

á pagar con lo que únicamente podíais pagar una deuda de tal género, con vuestro nombre: yo os lo agradezco: yo os perdono... á pesar de que me habéis causado un herida que siempre brotará sangre.

—Hay otro modo de pagar esas deudas, señor, dijo el marqués conmovido.

—¿Cuál? contestó con amargura Yaye.

Don Juan desnudó su daga y la entregó por el pomo al duque que la tomó con indiferencia; luego el marqués dobló una rodilla, y dijo con voz resuelta:

—Tomad mi sangre, señor.

—¿Para qué quiero yo vuestra sangre, niño? respondió con voz opaca el emir; vos habéis sido una fatalidad que se ha puesto sobre mi camino: á vos mismo os ha traído á ese camino la fatalidad: respetémosla entrambos: quedáos vos con vuestro amor y vuestro remordimiento: dejadme con mi dolor y con mi rabia: tomad vuestra daga: yo no necesito para nada vuestra sangre: idos ó quedáos; pero no hablemos más de esto.

Y levantó al marqués y le puso por sí mismo la daga en la vaina.

Don Juan lloraba por la primera vez de su vida: lloraba silenciosamente, como pudiera haber llorado una mujer desesperada.

—¡Oh! á pesar de vuestra fama de libertino, tenéis corazón, dijo conmovido Yaye.

Hubo un momento de solemne silencio.

Yaye tomó entrambas manos al joven.

—¡Con qué tanto amáis á Esperanza! le dijo.

—¡Ah señor! exclamó el joven: ella es la esperanza de mi vida, acaso la salvación de mi alma.

—Pues bien, pensad en vuestra Esperanza, dijo el emir.

Iluminóse con una intensa expresión de alegría el semblante del joven marqués.

—¡Ah señor! exclamó: ¿renunciáis al fin, de llevar á cabo vuestro extraño empeño?

—No, no por cierto: mi hija, vuestra Esperanza, se casará con un rey: esto no quiere decir otra cosa, sino que será necesario hacerlos rey.

Causó tal impresión aquella nueva extravagancia en el ánimo del marqués, que miró fijamente al duque, temiendo habérselas con un loco; pero en los ojos de aquel, brillaba la más fría razón.

Don Juan temió volverse loco si permanecía un momento más en aquella casa, y salió delirante, frenético, sin despedirse del duque.

Este se quedó murmurando:

—¡Fatalidad! ¡la mano que mató al padre, no debe matar al hijo!

CAPÍTULO V.

DEL MEDIO QUE BLIGÓ EL MARQUÉSITO DE LA GUARDIA PARA IRRITAR EL AMOR DE AMINA.

Ciertamente era necesario un obstáculo de gran monta para detener en su carrera al voluntarioso don Juan.

Acostumbrado á que todo se rindiése á sus deseos, era un torrente cuyo curso se hacía cada vez más rápido, y sus aguas más turbias: al fin había encontrado una roca en su camino; la había enlodado, la había manchado, la había hecho temblar; pero la roca era demasiado fuerte para que la corriente la arrastrase y saltase por cima de ella, dejándola enterrada en el fango; aquella roca era el amor de Amina contrapuesto al torrente de las pasiones del marqués.

Hasta entonces solo había encon-

trado cortesanas que le provocaban, y le sonreían, abriéndole sus brazos, é virtudes fáciles que cedían en el momento en que se veían combatidas por la exigente voluntad del joven. Esto en cuanto á las mujeres. En cuanto á los hombres, como el marqués era demasiado terrible, diestro y valiente para que le temiesen los más esforzados, nuestro joven campaba entre ellos por su respeto, puesto que el que no le rodeaba para explotarle, le evitaba para no verse comprometido en un lance desastroso.

Don Juan Coloma, favorecido por las mujeres, respetado por los hombres, considerado en todas partes por su rango, por su fortuna y por su belleza, no podía haber sido hecho esclavo, sino por la hermosa duquesita, por aquella otra singularidad femenina, por aquel hermosísimo misterio viviente, contra cuyo desdén se estrellaban los empeños de los más libertinos, y contra cuya pureza se mellaba el diente de acero de la murmuración femenil.

El marqués, que como hemos dicho, antes de conocer á Amina, se había sentido arrastrado hacia ella por un impulso instintivo; que al verla se había enamorado en un solo momento como jamás se había enamorado de otra mujer; que al poseerla había comprendido que aquella niña magnífica en el cuerpo y el alma, era una parte de su ser, que no podía vivir sin ella, que la luz de sus ojos eran su luz, y el aliento perfumado de su boca su vida; se vió sujeto cuando más libre se creía, y de tal modo, que como hemos visto, había dado el paso, en él extraño y casi milagroso de pensar en el matrimonio.

Don Juan se había transformado de repente, de señor en siervo, de burlador en burlado, de opresor en oprimido; se había modificado dejando de ser lo que era, para convertirse en un

ser enteramente distinto: este milagro lo había hecho el amor, que es la pasión que conocemos con más dominio sobre el corazón humano, y Amina había sido el instrumento de que el amor se había valido.

Es necesario también tener en cuenta que no se necesitaba menos para dominar al soberbio don Juan.

Amina reunía cuantas cualidades puede reunir una hija de Eva para ser codiciada: juventud, riqueza, ilustre cuna, elevación de ideas y un no sé qué dominador que se exhalaba de su mirada irresistible, de la enérgica y vigorosa hermosura de sus formas, de su continente, de sus maneras, de su palabra, de su acento. Era, en fin, un conjunto irresistible de cualidades tentadoras, ante las cuales hubiera caído, no don Juan, que cuando más, era soberbio, sino el santo más santo, con toda la terrible fortaleza de la humildad, que es la primera de las fuerzas que conocemos.

Don Juan se sintió humillado; pero al ser humillado se sintió engrandecido; porque no era una afrenta lo que le humillaba; no el desprecio público; no las desesperadoras consecuencias de la pobreza: lo que le humillaba dominándole, porque para él todo dominio era humillante, era el amor, esa noble y ardiente pasión, que á todo se sobrepone y que dominándolo todo, todo lo engrandece. Amina se había apoderado del alma del marqués, le había hecho gozar por un momento de un cielo para despeñarle después á la tierra y decirle:—No pasarás de ahí.

Y don Juan, queriendo desplegar las poderosas alas para alzarse á aquel cielo, conoció que sus alas se habían quemado; que era un angel rebelde, caído entre el lodo, y solo aspiró lo nauseabundo; lo fétido de aquel lodo, cuando quiso levantarse á otra región más pura, y no pudo;

cuando lleno de amor y de esperanza, regenerado, despierto del sueño de impureza que había dormido desde su infancia, oyó una voz terrible, la de la mujer amada, que le decía con ese acento que demuestra una resolución irrevocable:—No quiero ser vuestra esposa.

¿Acaso Amina rechazaba por dignidad al hombre que había abusado de la ocasión, de la situación, de uno de esos momentos decisivos, en que la fatalidad coloca á la mujer más pura? Pero don Juan sabía que de la misma manera instintiva, por decirlo así, que él amaba á la hermosa duquesita, era amado de ella. ¿Acaso aquel padre que parecía tan terrible, tan valiente, que todo lo sufría, que todo lo confesaba, que se burlaba de una manera inconcebible de la opinión pública, tendría por objeto irritar la pasión en su alma en provecho de su hija? Pero él se había presentado decidido, resuelto á ser esposo de la duquesita y se le había rechazado. ¿Sería que efectivamente padre é hija estuviesen locos ó fuesen tan soberbios, que aspirasen á un trono? ¿Y qué trono podía ser este? ¿El de España? ¿El que ocupaba el tremendo, el frío, el calculador Felipe II?

Esto era un absurdo, un sueño insensato, y sin embargo, pensó en ello el marqués de la Guardia, á pesar de lo monstruoso del pensamiento.

¿Acaso se contaría con el príncipe de Asturias?

Don Carlos de Austria tenía en aquella sazón veinte y dos años. Contábanse de este príncipe en los círculos íntimos de la corte, vicios repugnantes, acciones indignas de un caballero, severos castigos impuestos al príncipe por el rey. Sin embargo, estos castigos en nada habían influido respecto á las viciosas inclinaciones del príncipe. Las damas de la reina se veían á cada paso obligadas á que-

jarse de las tenaces solicitudes de don Carlos, y aun de atrevimientos de mayor monta. Las gentes de su servidumbre, maltratadas y aterradas, desaparecían del cuarto del príncipe, huyendo de su ferocidad. Su ayo, sus gentiles-hombres, sus caballeros, á trueque de no irritarle, encubrían sus nocturnas salidas de palacio, y el rey se veía obligado á cerrar los ojos y los oídos á muchas cosas, para no verse en la dura necesidad de castigarlas; para no dar el escándalo de reducir á una prisión rigurosa al heredero inmediato de la corona.

Solo había un hombre que gozaba por entero de la amistad y de la confianza del príncipe: este hombre era el famoso comediante Cisneros.

Pero si Yaye, conociendo el carácter voluntarioso del príncipe, y contando con la maravillosa hermosura de su hija, había pensado en ponerla por este medio en el trono de las Españas, era necesario deducir como consecuencias de éste pensamiento, sucesos horribles.

En primer lugar, suponer que un soberano de la causa de Austria consintiese en el casamiento de su hijo con una grande de España, y cuando este soberano se llamaba Felipe II, hubiera sido contar con un imposible, con un milagre. Si él se casaba secretamente... esto era también imposible, porque los ojos y los oídos de Felipe II según don Juan creía, alcanzaban á todas partes; pero contando con la maldad de que tantas pruebas había dado don Carlos de Austria, no era descabellado suponer que el príncipe se rebelase contra su padre, procurase destronarle, y asentarse en el trono, impusiese á la altiva nación española una reina sacada de entre la nobleza, y sin otros títulos á la corona que el capricho del príncipe.

Estos proyectos podían muy bien

caber en la cabeza enferma de don Carlos (que según opiniones muy autorizadas, era víctima de una feroz monomanía), pero como suponer sin injuria para el duque de la Jarilla y para su hija que se prestasen á tales proyectos? siendo así, el duque era un traidor, un infame, y doña Esperanza una infame prostituta; porque la mujer, que sobreponiendo su ambición á su amor, se casa con un rey porque quiere ser reina, es una prostituta que vende su cuerpo y su alma por un trono.

Don Juan cerró con disgusto, con horror, los ojos de su alma á estas suposiciones, y sin embargo, aquellas sospechas crueles le perseguían, le torturaban, magullaban, por decirlo así, su orgullo; le hacían probar unos celos crueles, y con ellos la terrible pasión que siempre los acompañan: la venganza.

Don Juan necesitó salir á todo trance de aquella terrible duda, y para salir de ella, poner de claro en claro cuanto había de misterioso en el duque viudo y en la duquesa de la Jarilla.

Por la primera vez pensó don Juan en presentarse en el alto círculo de la corte: hasta entonces le habían separado de ella sus libres costumbres. Don Juan aborrecía la sujeción aunque solo fuese en la forma. Nada le placía más que ese género de reuniones, donde se puede estar con el sombrero puesto, y entre tendido y sentado, con la palabra suelta, en entera libertad de hacer y de decir; las casas de juego, las mancebias, las tabernas, los nidos de las damas galantes, habían sido hasta entonces sus lugares favoritos. Amina le hizo ver que había un mundo aparte, en el cual se respiraba más facilmente; en que lo bello era realmente bello; en que, si había vicio, estaba rigidamente oculto por apariencias de virtud.

Don Juan comprendió que se puede ser malo pareciendo bueno y viceversa. En una palabra, repetimos lo que ya hemos dicho: el amor de Amina, comparado con los amores que hasta entonces había probado, le había hecho sentir el olor del lodo de que hasta entonces había estado circuido. Así es que una repulsión natural le separó de su antigua sociedad y le hizo acercarse sin repugnancia á aquel otro círculo decoroso de que hasta entonces había estado alejado.

No hay que decir que fué acogido con un completo éxito, porque esto se comprende, teniendo en cuenta los antecedentes del marqués. En la corte también, aunque bajo la máscara de una refinada hipocresía y con formas convenientes, encontró don Juan, hechiceras cortesanas, ojos que, aprovechando el descuido de otros ojos, le miraban chispeantes y ricos de promesas; opulentas y nobilísimas herederas que le sonreían diciéndole hartos claro que era un marido codiciable; las altas cortesanas distinguieron á don Juan del mismo modo que las cortesanas aventureras. Toda la diferencia estaba en las formas.

Don Juan notó que también en la corte había cieno; pero cubierto de césped y flores: es cierto que el que confiado aventuraba la planta sobre aquel florido césped, se hundía hasta el cuello; pero se guardaba bien de decirlo, por razones de conveniencia social: cada cual explotaba en su provecho los filones riquísimos que se ocultaban bajo aquel césped. Pero don Juan fué prudente.

En vez de revolcarse á diestro y siniestro por aquel lodo, se echó á buscar entre él una víctima que le ayudase, sin saberlo, en sus proyectos: una amante benéfica, en una palabra: cuando se ha llegado á la intimidad con una alta dama, se saben cosas que no solo no se hubieran crei-

do posibles, sino que ni probables, respecto á ciertas gentes. Además, don Juan, siguiendo esta línea de conducta, tenía dos objetos: frecuentaba las primeras casas de la corte, veía en ellas á Amina, la hablaba, gozaba, viendo representada la influencia de su amor en la densa palidez que cubría el semblante de la hermosa duquesita, y sobre todo, aumentaba su amor y le mantenía vivo con el punzante aguijón de los celos. El corazón de la mujer que ama nunca se engaña, y Amina sabía distinguir entre cien mujeres á la favorita del marqués.

Este había tenido tacto: para dar celos á Amina había elegido una mujer notabilísima por su hermosura, por su juventud, por su clase y por sus singularidades.

Esta mujer era veneciana, y se llamaba la princesa Angiolina Vizconti. Una de las tres singularidades de la corte de Felipe II en aquellos días, como dijimos al principiar esta segunda parte.

No le fué tan fácil á don Juan, como había creído, la conquista de la princesa, por más que esta hubiera distinguido al marquesito desde sus primeras visitas. Frecuentó su trato don Juan, la galanteó de una manera delicada y ella se dejó galantear hasta cierto punto; pero cuando don Juan se lanzó al fin á una declaración decisiva, la princesa le contestó con la dignidad más dulce y graciosa del mundo:

—No puedo aspirar á la felicidad de ser vuestra, caballero, porque soy casada.

Don Juan, respecto á las mujeres de cierta clase, no tenía absolutamente experiencia; creyó que en la princesa italiana había encontrado una virtud á prueba de bomba, como diríamos en nuestros días, y obstinado, por lo mismo que había encontrado resistencia, se empeñó en el sitio de

la durísima belleza, y para sostenerle con más probabilidades de éxito pidió informes á sus amigos.

Esto equivalía á reconocer las obras avanzadas de la plaza.

—Os habéis metido en una empresa diabólica, amigo mío, le dijo el marqués del Vasto, á quien don Juan abrió su pecho. Nada conseguiréis de la princesa.

—¿Y por qué razón, amigo don Alonso? repuso el marqués.

—Por la sencilla razón de que en cuatro años que lleva en la corte, ninguno de los muchos apasionados de esa dama, ha podido jactarse de poseerla.

—¡Ah! ¡ah!

—Ya veis: es la más hermosa de las damas que tenemos presentes. (Se encontraban los interlocutores en un ángulo de un salón de la casa del duque del Infantado).

—Os engañáis, don Alonso, hay otra más hermosa que ella.

—Ya se sabe, ya se sabe, que la hermosa duquesita es la primera en la corte, antes que la reina en hermosura y discreción, y después de la reina en riqueza; pero prescindiendo de ese portento, Angiolina es un prodigio; ved qué cabellos, qué frente, qué ojos... qué todo. Pues bien: lo que más hace codiciable á esa mujer, no es su hermosura, sino la situación especial en que se encuentra: ya sabéis que es llamada la *casada-virgen*.

—¡Bah! siempre he tenido eso por una exageración ó por una burla.

—Pues no es ni burla ni exageración.

—¿Sabéis algo acerca de esa singularidad?

—¡Bah! lo sabe todo el mundo.

—Perdonad; yo formo parte del mundo, y no lo sé.

—Pues vais á saberlo para que todo el mundo lo sepa.

—Os escucho.

—Angiolina Vizconti, como lo demuestra su apellido, es veneciana.

—Pues no pasan por muy virtuosas las hijas de la serenísima república.

—La princesa se ha criado en Roma.

—No son tampoco vestales todas las romanas.

—Sea como quiera, Angiolina quedó huérfana á los diez y seis años. Su padre, Paolo Vizconti, fué encontrado en una de las calles de Roma, cosido á puñaladas. Sola y sin amparo Angiolina, salió de Roma, pasó á Toscana, y entró en un convento en Liorina. Conocióla por un accidente en el claustro, el príncipe romano Maffei Lorencini; comprendió que Angiolina no tenía vocación al claustro, en el que solo había entrado por necesidad, y se propuso hacer con ella una obra de misericordia. La habló, la pidió su mano, y aunque el príncipe no era ni jóven ni hermoso, Angiolina prefirió el mundo al lado de un esposo poco agradable, al claustro junto á monjas menos agradables que el príncipe. Aceptó y se casó con él. Entonces Maffei, en vez de entrar con ella en la cámara nupcial, la dijo:

—Entrasteis por necesidad en el claustro, y no quiero que por necesidad os sacrificéis á un hombre que no puede agradaros. En vez de ser vuestro marido seré vuestro padre. Sois libre, pues; libre para todo menos para manchar mi nombre, lo que estoy seguro que ni aun siquiera os pasará por el pensamiento. Soy viejo, no tengo parientes: os he nombrado mi heredera: vos sois jóven, y dentro de poco seréis viuda, libre, y princesa.

—El señor Maffei Lorencini fué un héroe, dijo don Juan.

—No ha sido menos heroína la princesa. A pesar de que su esposo pasa la vida viajando, hasta tal punto

que nadie le conoce; á pesar de que, por lo mismo, Angiolina está enteramente libre, ha guardado de tal modo la honra del príncipe, que ha causado la desesperación de cuantos han tenido la desgracia de enamorarse de ella. Cuéntase (el marqués del Vasto bajó la voz), que su majestad ha deseado también á la princesa, y que ha salido tan mal parado como todos los de más.

—¿Estais seguro de que esa mujer no es bastante discreta para recatárse á un amante?

—¡Bah! es una mujer fria, altiva, orgullosa; está enamorada de sí misma. Solo se la ha conocido una pasión.

—¿Cuál?

—La de la envidia, y esta no se la conoció hasta que se presentó en la corte la hermosa duquesita.

—¡Ah! exclamó profundamente don Juan.

—Ya se vé: la pobre princesa era el sol de la corte, la reina de la hermosura, hasta que se presentó ese nuevo sol, esá doña Esperanza, que la ha eclipsado.

—Os doy un millón de gracias por las noticias que me habéis dado de la princesa, dijo don Juan, impaciente por poner en práctica un pensamiento brillante que había concebido.

—Pues dadme dos millones de gracias por el consejo que voy á daros, añadió el marqués del Vasto. Si no queréis sentenciaros á un sufrimiento inútil, no voiváis á pensar en la princesa.

Estrechó don Juan la mano de su noble amigo, y aprovechando la ocasión de haberse desocupado una silla colocada por acaso entre Amina y la princesa, fué á sentarse en ella.

El pensamiento que había concebido el marqués, era el siguiente: siendo cierto que la princesa envidiaba á la duquesita, debía aborrecerla. Si

don Juan lograba que doña Esperanza se mostrase enamorada de él hasta el punto de que lo notase la princesa, era asunto concluido: no solo era suya la princesa, sino que tendria sumo cuidado en procurar hacer conocer á la duquesita que la había robado el corazón del hombre de su amor.

Don Juan no pensaba mal. Uno de los mejores medios para conquistar á la mujer más difícil, es servirse de sus pasiones.

CAPÍTULO VI.

LA UNA POR LA OTRA.

Habiase sentado el marquesito entre las dos rivales, en una disposición de espíritu muy favorable para conseguir su intento. Habíase colocado entre dos polos opuestos, cada uno de los cuales tenía sobre él una atracción poderosa. Si bien estaba seriamente enamorado y más que seriamente empeñado por Amina, la princesa le impresionaba fuertemente, y su hermosura aunque, de todo punto distinta de la de la jóven sultana, excitaba sus deseos.

Procuraremos describir la hermosura de la princesa, para que nuestros lectores puedan juzgar si estaba don Juan impresionado con razón por ella.

Era alta, esbelta, de formas redondas, de seno turgente y de cuello mórbido, cuya blancura era transparente; su cabeza, de una forma magestuosa, parecia fatigada por el peso de una cabellera negra, densa y brillante; tenía la frente despejada y serena, las cejas anchas, dulcemente arqueadas y negrísimas; negros los ojos, rasgados, resplandecientes, sombreados por largas y espesas pestañas, que no sabemos si servían para amortiguar el brillo de su mirada ó para aumentar su fuego con el con-

traste de su sombra: era densamente pálida, lo que aumentaba su blancura, y, como en muestra de que aquella palidez no era enfermiza, sus labios tenían un color rojo vivísimo, puro, fresco, como el de los granos de una granada: las formas de su cabeza, de su semblante, de su cuello, de sus hombros, de su seno, de sus brazos, de sus manos y de su talle, mostraban el puro y rígido contorno, la magestuosa armonía, la extrema belleza de la estatuaría griega, de los buenos tiempos en que los griegos robaron á la naturaleza sus más bellas y puras formas para animar con ellas el mármol.

Era, en fin, la princesa Angiolina, una de esas bellezas reinas, que no se ven sin admiración, que no se recuerdan sin deseo.

Tenía además, y como si la naturaleza hubiera querido dulcificar ese no sé qué de severo, de casi duro, de las formas enérgicamente correctas, el atractivo meridional de las venecianas, su sonrisa sensual é incitante, y la mirada lánguida, velada, dulcísima. Esto, se entendiendo, en los momentos en que Angiolina parecía feliz y tranquila, que cuando, por efecto de su envidia y de su rivalidad hacia Amina, rivalidad hasta entonces puramente de posición, sufría y luchaba, el semblante de la princesa tenía toda la siniestra, sombría y terrible expresión del ángel caído.

Y no sabemos cuando estaba más hermosa: si cuando sonreía tranquila, ó cuando sus ojos mostraban la funesta expresión del odio y de la envidia.

Ello era verdad que Angiolina era una de esas mujeres de alma terrible, de las cuales un hombre prudente se aparta para no morir de deseos siendo desdenado, ó devorado por un amor frenético, exigente y celoso, siendo amado.

Sobre todo esta, y lo hemos dicho, era tan vigorosa, tan fresca, tan pura, la juventud de la princesa, que, contando ya veinte y seis años, apenas representaba veinte.

Cuando se presentó por primera vez en la corte de las Españas con su viejo marido el príncipe Lorencini Maffei, causó una sensación muy profunda.

Y eso que en aquellos tiempos, en que la preponderancia española no tenía rival en Europa, la corte de las Españas era muy concurrida de gente noble y rica de todas las partes del mundo, y eran muy comunes en ella las mujeres hermosas; encontrábase á cada paso en las iglesias, en los paseos, en los saraos, ya flamencas de carne delicada y ojos azules; ya italianas de mejillas morenas y aterciopeladas, pelinegras y ojinegras; ya inglesas blancas como la espuma del mar y con cabellos de oro; ya indias doradas, con su hermosura semisalva-je por lo extremadamente enérgica; ya francesas galantes y espirituales, etcétera.

Esto por lo relativo al extranjero, que en cuanto á lo relativo al interior, al género de casa, la corte era una admirable y variada exposición de fidalgas vascongadas, montañesas, asturianas y gallegas, con su candor y su nítida blancura; de andaluzas y extremeñas con su mirada volcánica; de valencianas y murcianas con sus tentadores encantos y sus felices disposiciones para las intrigas amorosas; de aragonesas y catalanas con su hermosura altiva y tirante, por decirlo así, y su acento enérgico y duro; de toledanas (de ellas nos libre Dios) con su gracejo y travesura, y por último, de las hijas de Madrid, con su profunda experiencia en galanteos, y sus artes y sus aliños que suplen á la hermosura.

El aficionado, pues, tenía una co-

leccion completa donde elegir, puesto que, además de las blancas, las trigueñas, las morenas y las doradas, no faltaban algunas incitantes hijas del Africa, negras como el ébano y hermosas, con arreglo á su tipo, que servían de doncellas esclavas, en la mayor parte de las casas de la nobleza.

Difícil era, por lo tanto, que una mujer por hermosa que fuese, brillase, se destacase, se hiciese notable entre una pléyade tal de bellezas. Sin embargo, á su aparición en la corte, Angiolina alcanzó un éxito ruidoso; hubo por ella apuestas, desafíos y empeños, y se hicieron codiciables una mirada suya, una sonrisa ó una inclinación de cabeza algo expresivas.

Si Angiolina hubiese cedido al amor de alguno de sus innumerables galanteadores, indudablemente se hubiera vulgarizado, dejando de ser un empeño; pero su firmeza, lo extraordinario de su situación como casada-virgen, y las exageraciones que con relación á ella se citaban, la sostuvieron sin rival en el trono de la hermosura, hasta la aparición de Amina en la corte, que fué una singularidad de más monta.

Llevábala más ventaja Amina en juventud, en hermosura, en riqueza y en singularidad de historia, puesto que todo el mundo sabía que era hija de una mejicana y de un hidalgo oscuro (que por tal se tenía á Yaye); conociase en razón de los pleitos que una poderosa familia había sostenido contra Estrella, la historia de ésta, y era tan romancesca, tan singular era aquella historia, que no podía menos de dar un gran prestigio á Amina.

Por otra parte, Yaye había entrado en la corte, asombrándola con su inmenso fausto: Amina eclipsaba en riqueza de trajes y joyas á las más altivas grandes de España y se ponderaban los tesoros de la *duquesita*.

Angiolina se presentaba, es verdad, siempre que la ocasión lo requiera, con un nuevo y rico traje; pero siempre las perlas y pedrería eran las mismas; no había podido comprarse un palacio, ni aun amueblar como hubiera convenido á su rango su enorme casarón alquilado, y en cuanto á lo demás, no había logrado aventajar, ni aun igualar, á muchísimas de las riquísimas y fastuosas señoras de la corte.

Esto y su rivalidad con Amina, eran los únicos sinsabores que amargaban el corazón de la princesa: por lo demás, tenía un excelente marido, ó mejor dicho, esposo, que comunmente se encontraba viajando, que venía á hacerla una brevísima visita de año en año, y que la dejaba enteramente entregada á sí misma y dueña de sus acciones, libertad de que, según fama pública, no había abusado en lo más leve la princesa.

Tal era la mujer de que había pensado valerse el marqués de la Guardia para excitar los celos de Amina: la mujer de quien, hasta cierto punto, podía decirse que estaba enamorado, acaso solo porque había resistido á sus deseos.

La casualidad, que tantas veces hace que se encuentren reunidos, y mano á mano, dos enemigos irreconciliables, había hecho que Amina y la princesa se encontrasen demasiado próximas aquella noche en la casa del duque del Infantado, y la casualidad hizo también que se encontrase vacío el único sillón que las separaba, en el que se sentó don Juan.

Cuando un hombre que vale tanto como el marqués valía, se encuentra colocado entre dos mujeres con las cuales tiene antecedentes, y mucho más cuando estas dos mujeres son rivales, se establece una situación especial que generalmente es fecunda en consecuencias.

Amina, que antes de llegar el marqués se había mostrado indiferente y altiva con la princesa, al saludar don Juan á ésta, se puso pálida; al sentarse el jóven se la comprimió el corazón, y sus ojos se fijaron con ansiedad en el semblante de Angiolina, que contestaba sonriendo al saludo del marqués.

Este y la princesa notaron la turbación y el anhelo de Amina, y entrambos, cada cual por lo que le convenía, se propusieron forzar la situación.

Don Juan tomó familiarmente, como un hombre que está autorizado para ello, el abanico de plumas de la princesa, y á propósito de su mérito y de su riqueza, sostuvo con ella una conversación llena de galanteos, de intenciones, de dobles sentidos.

El rostro de Amina se nubló; su altivez rugió poderosamente dentro de su alma, y las oleadas de aquella tempestad salieron á su rostro, tanto más determinadas cuanto la jóven luchaba por ocultarlas: don Juan dejó que Angiolina gozase de su triunfo, que lo saborease, esperando una ocasión propicia para amargar aquel triunfo, para empeñar, en una palabra, á la princesa: aquella ocasión no tardó en presentarse: algunos músicos, con guitarras y arpas, que acababan de entrar, rompieron tocando uno de los bailes de la época.

Entonces el marqués se volvió á Amina, y mirándola de una manera tal que parecía decir: «á vos, sola á vos amo», la invitó á bailar.

Amina entregó su mano á don Juan se levantó en un movimiento nervioso, y clavó una humillante mirada de triunfo en la princesa, que la contestó con otra mirada de amenaza.

Amina y el marqués se lanzaron en el baile: la princesa se negó á todos los que llegaron á invitarla; cada vez que Amina pasaba, reclinada entre

los brazos del marqués, envuelta en el torbellino de la danza, lanzaba una mirada rápida, fugitiva como un relámpago, pero llena de insultos, á la princesa: cada una de estas miradas ennegrecía más, por decirlo así, el alma de Angiolina y hacía asomar á su semblante las oscilaciones de una lucha interna y poderosa: al fin el semblante de la princesa tomó una expresión glacial, profunda: la expresión de una resolución decidida; y cuando, terminada la danza, el marqués volvió con Amina y se sentó de nuevo junto á la princesa, esta se apresuró á decirle:

—Cuento con vuestra cortesanía, don Juan.

—Quien os ha ofrecido su corazón, señora, contestó el marqués, está siempre dispuesto á servirlos.

—Pues bien, repuso Angiolina; me siento mal; hace calor; estas luces me sofocan; este ruido me aturde; necesito salir de aquí; respirar el aire libre; mis criados aún no habrán venido; es temprano. ¿Quereis acompañarme, señor marqués?

Don Juan se levantó, saludó á Amina, y dió el brazo á la princesa.

Amina sintió que el corazón se la rompía al recibir la mirada indescriptible con que Angiolina se despidió de ella: comprendió cuál era la resolución de la princesa, y tuvo impulsos de levantarse y disputarla la posesión de don Juan: pero existe una ley tiránica que encadena á la mujer que tiene dignidad: la ley de su dignidad, y Amina permaneció aniquilada en su asiento, mientras el marqués y la princesa salían juntos, causando con su salida uno de esos sordos escándalos, que se hacen por un momento dueños exclusivos de la sociedad en donde pasan, que se comentan de mil maneras, y sostienen durante ocho días la conversacion de todos.

—¿Queréis que pida una litera? dijo el marqués cuando estuvieron en el zaguán.

—No, contestó Angiolina con un acento poderosamente incitante: por nada del mundo trocaría el placer de apoyarme en vuestro brazo.

El alma de don Juan se sonrió, cediendo á un impulso de vanidad: había conseguido su objeto: Angiolina era su instrumento, y un instrumento muy bello por cierto: sin embargo, temió perderlo todo por precipitación y se mantuvo en los límites de la más profunda reserva.

—Ved, dijo, que aún son las noches muy frías; que estais muy sofocada.

—Por lo mismo necesito respirar libremente, y luego... la noche está hermosísima..... no recuerdo otra noche más hermosa.

—¿Qué camino queréis que elijamos para que vayais á vuestra casa?

—¿Para que vayais? Contestó la princesa subrayando con su intención particular estas palabras. ¡Qué! ¿en el caso de querer yo ir á mi casa, no venís vos también?

—¡Qué no vais á vuestra casa, señora! ¿pues á dónde queréis que os acompañe?

—No quiero que me lleveis, quiero llevaros yo. ¿No queréis que os sirva de guía?

—Indudablemente que guiándome vos, no puedo ir más que al cielo.

—¿Quién sabe?

—Pero os suplico que mediteis que nuestra salida del sarao se ha notado; que vuestra dignidad requiere mi pronta vuelta; que además, he notado que alguien nos sigue.

—¿Y qué me importa? ¿Qué os importa á vos?... Sigamos: mirad qué noche tan hermosa; mirad qué luna: vaguemos por las calles al aire libre..... y que nos sigan en buen hora.

—Creo señora que estais enferma;

vuestra voz tiembla de un modo singular; os extremeceis toda.

—Sí, sí, estoy enferma: por lo mismo sigamos, aspiremos el fresco viento de la noche.

Y la princesa tiraba de don Juan, que se hacía el reacio expreso.

Empezaron á rodear calles y en silencio: ella creía haber dicho bastante; él se había propuesto que ella lo dijese todo.

Con el andar y con el fresco de la noche volvieron la calma y la razón á Angiolina.

—¡Qué pensareis de mí, don Juan! le dijo.

—¿Qué queréis que piense? dijo don Juan

—¿Que qué quiero que penseis? pero eso no es una respuesta: no se trata de lo que yo quiero, sino de lo que pensais vos.

—Pienso que he tenido la fortuna de que volvais la vista á mí, cuando habeis necesitado de alguno que os acompañe.

—¿Y pensais que yo hubiera pedido á cualquier otro que me acompañase?

—Creo que respecto á vos me encuentro en el mismo caso que cualquiera de vuestros conocidos.

—Pues os habeis engañado.

—¿Ocupo yo en vuestro corazon un lugar distinto que los demás?

—¡Oh! ¡sí!

Y aquel ¡oh! ¡sí! de la princesa equivalía á decir: *yo os amo*.

Don Juan se hizo el torpe.

—Pues no tengo motivos para creer... dijo.

—¿Os habeis propuesto, don Juan, que yo lo diga todo? observó con suma impaciencia la princesa.

—¡Pero si vos, señora, me habeis dicho ya cuanto tenais que decirme!

—¿Y qué os he dicho?

—Que no podeis amarme.

—Pues.... ya que me obligáis á ello... será preciso decíroslo. Cuando contesté á vuestra demanda de amor que no podía amaros, me engaqué.

—¡Ah señoral

—Cuando os ví, vuestra primera mirada me causó extrañeza. Casi me ofendió.

—¡Ah! me comprendísteis mal.

—No don Juan; acostumbrado, sin duda, á tratar con ciertas mujeres, sois demasiado audaz. Sin embargo de que me ofendió vuestra confianza en vos mismo, no pude menos de recordaros.... luego deseé volver á veros: os ví y sentí algo misterioso por vos: como no he amado nunca, no comprendí que os amaba: cuando me pedísteis amor os contesté poniéndoos delante mis deberes, y os los puse de buena fe: pero esta noche he conocido que os amo con toda mi alma.... porque he tenido celos.

—¡Celos! ¡celos vos y por mí! exclamó don Juan afectando la más perfecta admiración.

—Sí; celos de una mujer á quien, no sé por qué aborrezco: de una mujer que os ama... que está loca por vos... de la duquesa de la Jarilla.

—¡Ah! ¡celos infundados!

—¡Vos no la amáis! exclamó con ánsia la princesa.

—Os juro que á nadie amo más que á vos; que he galanteado á muchas mujeres pero que vos sois la primera á quien amo.

—¡Oh! ¡que feliz seré si llego á creer en lo que me decís!

—¿No os he dado bastantes pruebas?

—Sí, creo que me amáis, porque necesito creerlo; porque yo no creía amaros y el conocer que os amaba otra mujer me ha desgarrado el corazón: entonces me decidí á ser vuestra, á ser vuestra para siempre.

—Creo señora, que no meditaís bien lo que decís: que estáis irritada.

—Sí, he meditado lo que digo: he medido con una sola mirada mi destino respecto á vos, y esa mirada me ha dicho: serás suya, serás su esclava, pero solamente suya.

—¿Y vuestro esposo?

—Solamente vuestra.

—¿Pero no consideráis?

—Nada considero. Si muero por vos moriré contenta.

—¿Pero el mundo?...

—¿Y qué me importa el mundo? ¿qué me importa que ese mundo diga señalándome con el dedo: esa, la altiva, la orgullosa, la invencible, es al fin la querida del marqués de la Guardia: ha caído como todas? el nombre de querida vuestra será mi orgullo.

—Pero puede evitarse que el mundo sepa...

—¡Evitar yo que el mundo sepa que os amo! ¡que soy vuestra querida! no; yo no soy hipócrita, ni encuentro condiciones para el amor: ó amar ó no amar: ó todo ó nada. Esta noche vais á venir á mi casa y vais á entrar en ella por la puerta principal, dándome el brazo, delante de mis criados, como si fuérais mi esposo: nada de misterios: suceda lo que quiera: si mi esposo me mata... bien: si me arroja de sí... me iré con vos: si vos me abandonáis... me meteré en un convento á llorar y orar por vos. Estoy decidida y nadie me hará volver atrás.

¿Sentía la princesa lo que decía con toda su exageración, con todo su ardor, ó era que comprendía que todo aquello era necesario para vencer á la hermosa duquesita?

Entrambas cosas: Angiolina era una mujer exagerada: había contraído un empeño por el marqués y aborrecía á Ámina.

Por su parte don Juan no pudo menos de exclamar en el fondo de su alma al ver la posición en que se había colocado la princesa.

—¡Mi adorada Esperanza es mía!
Después don Juan y la princesa si-
quieron hablando como dos amantes
locos, hasta que llegaron á la casa de
la princesa á cuya puerta principal
llamó el marqués.

Abrió el portero: el zaguán estaba
débilmente alumbrado y Angiolina pi-
dió luces.

Luego la precedieron, alumbrándo-
la con antorchas, dos pajes que se
asombraban de que su señora llegase
á aquellas horas á pie, y acompañada
de un caballero joven y buen mozo,
que continuaba dándola el brazo has-
ta dentro de su casa y que penetraba
con ella en sus habitaciones particu-
lares.

Angiolina despidió desde allí á los
pajes, é introdujo á don Juan en una
preciosa cámara donde la esperaban
dos doncellas que se asombraron al
ver al marqués.

—La cena, dijo la princesa quitán-
dose el manto.

La cena fué servida, y cuando se
hubo terminado, la princesa despidió
sus doncellas hasta el otro día.

Para completar este capítulo résta-
nos decir lo que pasó *sotto voce* en el
palacio del duque del Infantado.

Algunos caballeros jóvenes, que
habían extrañado la temprana salida
de la princesa acompañada de don
Juan, se propusieron averiguar hasta
dónde pudiesen el resultado de aque-
lla aventura, y uno de ellos fué co-
misionado para seguir á la pareja.

El seguidor volvió una hora des-
pués con la estupenda noticia de que
la princesa y el marqués, distraídos
en una animada conversación, habían
vagado á la ventura por las calles, y
de que, por último, la princesa había
entrado en su casa por la puerta prin-
cipal, arrastrando consigo al marqués
de la Guardia: esta noticia corrió de

oído en oído hasta que llegó á los de
Amina.

La pobre joven no necesitaba esta
noticia confirmadora de sus celos; en
la mirada que le había fulminado An-
giolina al salir del sarao, había com-
prendido que la robaba su amante.

Pero por fuertes que sean nuestras
convicciones, siempre es un golpe ter-
rible su funesta confirmación. Ami-
na se sintió verdaderamente enferma,
y, como siempre sus criados la espe-
raban, se trasladó á su casa.

A día siguiente el leal Harum se
presentó al emir.

—La noble sultana Amina, le dijo,
me ha mandado que averigüe la histo-
ria de una princesa italiana llamada
Angiolina Vizconti.

Quedóse por un momento Yaye
pensativo.

—Pues bien, dijo al fin: vete á Ro-
ma y procura poner de claro en claro
la historia de Pedro Vizconti, coronel
que fué de los suizos del papa. Sigue
el hilo, gasta oro, ejercita tu ingenio
y trae las noticias que de esa mujer
encuentres, á la sultana.

Por una coincidencia singular, quan-
do el marqués de la Guardia se des-
pidió, bien entrado el día, de la prin-
cesa, esta salió de su retrete, atrave-
só algunas habitaciones y en una de
ellas se detuvo y dió dos palmadas.

Al punto, y como lanzado por una
máquina, apareció entre el tapiz de
una puerta un hombre.

Aquel hombre era joven; como de
treinta y cuatro á treinta y cinco
años, y hermoso, con la hermosura
meridional del tipo romano: sus ojos
tenían algo de lo sesgado y duro de la
mirada del bandido de la campaña de
Roma: llevaba calada sobre los negros
y rizados cabellos una gorra de paño,
revuelta una capa parda al cuerpo,
entre cuyos pliegues asomaba la enor-
me empuñadura de una espada de ga-

bilanes; por cima de aquella capa se veían su hombro y su brazo derecho, ancho el uno y robusto el otro, vestidos por la manga de un jubón de terciopelo verde tomado de oro; el otro hombro y el otro brazo estaban envueltos por la capa, y bajo el corto extremo de esta, se veían dos piernas perfectamente contornadas, ceñidas por unas calzas de grana y dos pies de excelente forma, calzados por zapatos de ante.

La princesa, anticipando su palabra á la de este hombre, que por su parte permaneció impasible, le dijo con acento familiar:

—Sígueme, Bempo.

Bempo la siguió por una sucesión de habitaciones apartadas y desamuebladas, y entró con ella en un retrete donde había algunos cofres.

Abrió uno la princesa, buscó en él, sacó un estuche y del estuche un brazaletes de perlas y diamantes y le entregó á Bempo.

—¿Para qué es esto? dijo aquel singular personaje.

—Para que lo vendas, contestó la princesa.

—¿Y qué he de hacer con el dinero?

—Ir á Granada: necesito que busques allí noticias de la duquesa de la Jarilla, de su padre, de su madre, de sus abuelos: que averigües día por día la historia de su familia: esto no te será difícil, porque ha existido un pleito ruidoso acerca de la posesión del ducado de la Jarilla, y se han hecho muchas pruebas é informaciones. Nada te importe gastar: el valor de esta joya es considerable: lo que quiero son noticias de la duquesa y pronto.

—¿Y cuando he de partir?

—Mañana.

Al día siguiente salieron Harum el monfi para Roma: Bempo para Granada.

CAPÍTULO VII.

CELOS ITALIANOS.

Habían pasado cuatro meses desde el jueves santo y dos desde que el marquesito era amante público de la princesa. Angiolina había demostrado al marqués que sus protestas de amor no habían sido vanas: no recataba de nadie el amor que le tenía, demostrándoselo delante de las gentes, con la expresión, con la mirada, por cuantos medios puede demostrarlo una mujer.

Amina lo veía, sufría, callaba, ocultaba bajo la más profunda reserva sus dolores, pero por mucho que fuese su dominio sobre su corazón, había momentos en que el despecho la vendía; gentes hubo que, recogiendo estos descuidos, mejor dicho, estos momentos de desesperación, se encargasen de decir á todo el mundo que la hermosa duquesita estaba enamorada del marqués.

—Hé ahí un mancebo afortunado, decía alguno; las dos mujeres más hermosas de la corte le aman; la una es su querida y la otra desea serlo.

Y seguía la murmuración y el odio entre las dos rivales.

Harum había vuelto de Roma trayendo consigo la historia de Angiolina.

Bempo había vuelto también de Granada trayendo un mamotreto.

Al leer la princesa los papeles que le entregó el italiano se estremeció de placer: pero aquel placer era el de la venganza.

Porque la princesa tenía celos: hacía mucho tiempo que el marqués no era ya para ella el amante frenético... hacía mucho tiempo que faltaba días enteros de su lado: Angiolina le había hecho seguir y sabía que todas las noches, al mediar, iba el marqués á

rondar los balcones del palacio de la duquesa.

Angiolina, pues, que había devorado su rabia, cuando tuvo en sus manos un instrumento vengador, se apresuró á aprovecharle.

Esperó á que don Juan se le presentase á la hora de costumbre, esto es, al oscurecer.

Entró don Juan confiado y alegre. Angiolina le asió de una mano.

—Ven, le dijo, necesito hablarte donde nadie pueda escucharnos.

El marqués siguió á la princesa algo interesado por este exordio.

La princesa le llevó á un retrete apartado.

Cuando estuvieron en él, Angiolina cerró las puertas de las habitaciones contiguas y después las del retrete.

—¿A qué tanto misterio, Angiolina? la dijo el marqués: ¿no has cifrado tu orgullo en que todo el mundo sepa que eres mi amante.

—Sí, contestó pálida de celos la princesa; pero no quiero que nadie sepa que he sido vilmente engañada.

—¡Que yo te he engañado!

—¡Si! ¡no me amas!

—¡Que no te amo! exclamó afectando la mayor sorpresa el marqués, ¿pues por quién estoy loco?

—Voy á decírtelo: por esa mujer á quien llaman en la corte, no sé por qué, la hermosa duquesita.

—¡Bah! y ¿puedes tú tener celos de doña Esperanza? ¿tú la mujer más hermosa del mundo?...

—Celos, sí, celos terribles, porque se vengarán. ¡Herirme en el corazón, abandonarme, y todo por una especie de aventurera!

—La pasión te ciega: quieres mal, no sé por qué, á la duquesa de la Jarilla, y la prueba está en que la niegas lo que nadie la ha negado: lo ilustre de su cuna.

—Sí, ciertamente: es hija de una esclava y de un bandido.

—¡Ah! ¡perdona, Angiolina! ¡nada de eso sabía yo!

—Puedo contarte su historia: su madre doña Estrella de Cárdenas era conocida en Granada con el nombre de la hermosa indiana, y gozaba allí de la fama que, por extravagancia, ha obtenido en la corte su hija: doña Estrella era morena, con ese horrible color moreno dorado de las indias, que las hace semejantes á una naranja con forma humana.

¡Ah! ¿crees que la duquesita es hija de una india?

—No es que lo creo, tengo la prueba de ello.

—Pues te escucho, vida mía, porque esa historia debe ser curiosa.

—Te la contaré, y con tanta más exactitud, como que poseo la relación escrita y la he aprendido de memoria.

—¿Y quién te ha escrito esa relación?

—La justicia de Granada, por las dos vías que pueden hacer escribir á la justicia: la civil y la criminal: porque has de saber que el abuelo de doña Esperanza, rey ó cacique de los indios rebeldes de Méjico, ha estado encausado por crímenes, y que si el rey le ha indultado ha sido á beneficio de las muchas perlas y el mucho oro que se han distribuido entre algunas de las gentes del consejo de su magestad: como que dicen que ese indio tiene tesoros inmensos; que la justicia haya tenido que ver civilmente con esa familia, consiste en el pleito que sostuvo por la herencia del duque de la Jarilla, un sobrino de este con la princesa mejicana. Hay en el proceso declaraciones importantes del capitán general del reino de Granada don Luis Hurtado de Mendoza; del duque de la Jarilla, bisabuelo materno, según pretenden, de la doña Esperanza; unos papeles que se encontraron en la casa de un capitán de in-

fantería española, llamado Alvaro de Sedeño, y por último, una relación escrita de doña Inés de Cárdenas, abuela de doña Esperanza, y esposa del cacique indio.

—Has excitado vivamente mi curiosidad, adorada mía, dijo don Juan y espero con impaciencia esa historia.

La princesa palideció letalmente, porque comprendía el verdadero interés de don Juan en conocer la historia de Amina; sin embargo, se dominó, se reclinó indolentemente en el estrado, echó la cabeza atrás, dejando enteramente descubierta su hermosa garganta y empezó de esta manera:

—Hace cincuenta y cinco años, en 1522, dos después del descubrimiento y conquista de Méjico por el gran Hernán Cortés, fué enviado á aquellas remotas regiones para servir al rey bajo la autoridad del virrey de Méjico, uno de los caballeros más principales de Castilla.

Era este don Juan de Cárdenas, duque de la Jarilla, recientemente viudo de doña María de Avendaño, cuya muerte le había dejado inconsolable. De este matrimonio solo había nacido una niña: doña Inés de Cárdenas, que en la ocasión en que su padre fué nombrado para aquel empleo contaba solo catorce años.

Amábala de tal modo el duque, que no tuvo valor para separarse de ella. Ciertamente que era un amor muy extraño el de aquel padre, que llevaba aquella hija única, aquella flor delicada, á aquellas regiones remotas, donde ardía una guerra encarnizada, y para llegar á las cuales era necesario arrostrar los peligros de mares aun no bien conocidos, y tan bravos, que imponían espanto á los más valientes pilotos.

—¿Y sin embargo, dijo don Juan, el duque no desistió de su empeño?

Los hombres de aquellos tiempos eran atroces.

—El duque, continuó la princesa con acento acerado, hizo aquel viaje por amor á su hija.

—¡Extraño amor el de ese padre!

—Lo comprenderás cuando sepas, que el duque de la Jarilla, de que nos ocupamos, había corrido, como tú, una juventud borrascosa; que en todo género de excesos había gastado su salud y sus rentas, y que cuando murió su esposa, no le quedaba más que el título. Como las Indias son el tesoro donde iban y donde van á reponerse los españoles arruinados, el duque solicitó el oficio de adelantado sobre las fronteras de los rebeldes, y el rey se lo concedió.

—¡Ah! empiezo á comprender; el duque quiso volver á ser rico por amor á su hija: y por amor también no tuvo valor para separarse de ella.

—Cabalmente; pero había en esto mucho de fatal. El libro santo dice que los hijos pagarán los pecados de los padres hasta la tercera y cuarta generación.

—El libro santo es al fin un santo libro, y dice muy santas cosas, aunque harto duras, tales como la de que paguen justos por pecadores. Pero continúa, Angiolina, continúa; te confieso que me vá interesando mucho tu cuento.

—Mi historia, don Juan, mi historia.

—Sea en buen hora; pero continúa.

—Después de una larga navegación, el duque llegó sin accidente á Méjico, y enseguida se trasladó á su adelantamiento. Hizo bravamente la guerra á los indios, y en solo dos años logró ver reunidas unas riquezas diez veces mayores que las que había perdido. Enviada parte de aquellas riquezas á España á un mayordomo leal, las rentas del ducado de la Jarilla, fueron desempeñadas, pagadas las lan-

zas y medias anuatas atrasadas, para lo cual bastó, como he dicho, que el duque enviase solamente una pequeña parte de las presas hechas á los indios. Todo parecía indicar al duque que se volviese, pero la codicia le cegó, y determinó seguir ejerciendo aquel su buen oficio de adelantado algunos años más.

—Me parece, dijo don Juan, que vamos llegando al capítulo de las pérdidas.

—Efectivamente, según la relación sacada de los autos á que me refiero, á los dos años, tres meses y diez días de haberse embarcado el duque para Nueva España, perdió su hija; el amor que le había impulsado á aquella arriesgada empresa; todo lo que le quedaba en el mundo.

—Lo que demuestra que los hijos pagan los pecados de los padres.

—Doña Inés pagó los del suyo de una manera cruel. Figúrate don Juan, que durante la noche de.... no recuerdo exactamente la fecha, pero esto no hace al caso.... los indios acometieron el fuerte que ocupaba el adelantado, le entraron, hicieron una matanza horrible y se llevaron consigo á doña Inés.

—Preveo las consecuencias, dijo el marqués: el rey de aquellos bárbaros se casó con la hermosa castellana.

—¿Quién cuenta la historia, don Juan, dijo con impaciencia la princesa, tú ó yo?

—Perdóname, pero...

—¡Querías darme una muestra de tu penetración! renuncia por ahora á ello, y del mismo modo á saber si el cacique se enamoró de doña Inés ó doña Inés del cacique. Hemos concluido la primera parte de mi historia.

—Pues no puede ser más sencilla.

—De una bollota nace una encina, don Juan, y ya verás como los sucesos se complican. Voy á referirte la segunda parte que es mucho más sen-

cilla, como que se reduce á muy pocas palabras: el duque de la Jarilla buscó en vano á su hija, y en vano durante diez años envió al desierto indios de paz, ofreciendo un crecidísimo rescate por ella. Por último, habiendo enfermado y casi enloquecido el duque, los médicos le declararon formalmente que si no volvía á su país natal moriría sin remedio antes de seis meses.

—¿Y se volvió?

—Se volvió pensando recuperar su salud, solamente para volver á buscar de nuevo á su hija: el duque se estableció primero en la corte, y después se vió obligado, por consejo de los médicos, á ir á buscar, no su salud, porque la había perdido para no volverla á recobrar, sino su vida, bajo el templado cielo de Andalucía.

El duque se retiró á uno de sus estados cerca de Guadix.

Hemos concluido la segunda parte de nuestra historia.

—Pues te confieso, adorada Angiolina, y no te ofendas por ello, que tu historia á fuerza de pocointeressante, me va causando sueño.

—Espera, espera; este no es un libro de caballerías donde se suceden una sobre otra las aventuras; es una historia real y efectiva. Entremos en la tercera parte.

Era el año de 1546, veinte y cuatro años después del día en que el duque salió de España para Méjico y veinte y uno desde el en que le fué robada su hija por los indios.

El duque la había buscado inútilmente durante diez años en los mismos lugares donde le había sido robada, y debía encontrarla después de su venida á España en Granada, pero la encontró muerta.

—¡Muerta! exclamó con asombro don Juan.

—¿Ves como mi historia se vá haciendo interesante?

—¿Pero cómo fué ese encuentro?
¿Quién había llevado allí á la hija perdida?

—Voy á entrar en pormenores: una noche, en el mismo año de 1546, al pasar una ronda por delante de una casa del Albaicín en Granada, encontró su puerta franca, penetró en la casa y la encontró desamparada, pero en una de sus cámaras encontró el cadáver de una mujer, muerta, al parecer naturalmente, y el de un capitán de infantería española, manco y cojo, atravesado de parte á parte por una espada que aun permanecía en la herida. Preguntóse á los vecinos el nombre del dueño de aquella casa y ninguno le conocía. Entonces la justicia mandó que los cadáveres fuesen expuestos en la puerta de la parroquia.

—¡Ah, ah! esto es ya distinto, me agradan los misterios.

—Antes de pasar adelante te haré reparar en una circunstancia: al recoger el cadáver de la mujer se notó que le faltaba enteramente un rizo de cabellos de la izquiera de la cabeza. Reparóse también que en una de las sábanas faltaba un pequeño pedazo cuadrado de lienzo, cortado al parecer con puñal, navaja ó daga.

—¿Y sirvió esta observación para algo?

—Ya verás. Aquel rizo de cabellos envuelto en aquel pedazo de sábana, fué hallado sobre el pecho de un hombre á quien se había preso la mañana siguiente á la noche en que acontecieron aquellos sucesos, juntamente con un alemán en cuya casa vivía.

El preso á quien encontraron el rizo y el pedazo de lienzo, era el cacique mejicano.

—¡Ah! ¡el preso en cuestión era el cacique?

—Un indio feroz; un hombre cubierto de crímenes; el abuelo de tu duquesita.

—¿Y por qué crímenes le habían preso?

—Por el de traición al rey.

—¡Traición al rey!

—Sí; se le acusaba de andar en tratos con los moriscos de Granada, y de darles el dinero que habían menester para un levantamiento: así lo había declarado el capitán Sedeño, la misma noche que fué asesinado, á don Luis Hurtado de Mendoza. En una palabra: el tal cacique era un criminal que conspiraba contra el rey, y en una ocasión terrible, cuando estaban convenidos en levantarse los moriscos de la ciudad de Granada en unión con los monfies de las Alpujarras: este tal, este cacique, el abuelo de doña Esperanza, era muy amigo del emir de los monfies.

—¿Y me querrás decia Angiolina, qué son monfies?

—¿Qué se yo? una especie de morros sueltos, no reducidos, salteadores, jente feroz, que viven de lo que roban, de lo que saquean, de lo que incendian. ¡Dignos amigos del abuelo de tu amada!

—¿Sabes que me va interesando demasiado tu historia?

—Pues aun queda más, mucho más; dejando por ahora á un lado al cacique, has de saber que el capitán general no teniendo en Granada bastante gente de guerra, no ya para castigar, sino que ni aun para evitar el levantamiento de los moriscos, envió con urgencia partes á las villas y ciudades cercanas para que le acudiesen con gentes, y uno de los caballeros que acudió con sus criados al llamamiento del capitán general, fué el antiguo duque de la Jarilla, don Juan de Cárdenas, que al entrar el día siguiente en Granada vió, por acaso, dos cadáveres expuestos en la puerta de una iglesia, y en uno de ellos reconoció á su hija.... doña Inés que le había sido robada veinte y dos años

antes en Méjico. ¿Crees tú que él duque que era viejo y que estaba loco, no pudo equivocarse? ¿crees que fue efectivamente aquel cadáver el de doña Inés de Cárdenas?

—Bien podía ser. Y sobre todo cuando la justicia después de repetidas, y sin duda, minuciosas indagaciones y probanzas, lo dijo, no debió engañarse.

—La justicia es ciega, don Juan, sobre todo cuando se le pone sobre los ojos una venda de oro. ¡La justicia! ¿Sabes el primer testigo que se tuvo de la certeza del dicho del duque...? un viejo escudero tan achacososo y tan loco como su amo que afirmaba que la difunta era su señora doña Inés de Cárdenas.

—No conozco el proceso.

—Pues bien, voy á dártelo, porque ya me cansa esta historia, y en él verás lo que dejo de decirte.

Y la princesa se levantó, salió dejando profundamente pensativo al marqués, que á duras penas había sostenido su serenidad, y volvió, trayendo un enorme volumen de papeles.

—Aquí tienes el proceso que me he procurado, deseando saber si la mujer que amas es digna de tu amor... en él encontrarás que la duquesa de la Jarilla es una mujer de origen dudoso, y que, dado caso que proceda del duque de la Jarilla, siempre será la nieta de un indio y la hija de un hidalguillo oscuro, de un sopista de Salamanca.

—¿Quien piensa en que yo ame más que á la luz de mis ojos? dijo don Juan disimulando su ansiedad y atrayendo hácia sí á la princesa, y dándole un beso en la boca: tu historia me ha entretenido y nada más: es muy interesante.

—¡Aparta, aparta traidor! dijo la italiana rechazando las caricias del marqués: ¿por qué esforzarte tanto en

disimular el interés que te inspira la historia de la duquesita?

—¡Ah, no! dijo indolentemente el marqués, cosas hay en el mundo que al principio no nos interesan y que después deciden de nuestra vida.

—¿Y será para ti una de esas cosas la historia que se encierra en este proceso? dijo la recelosa veneciana, posando en don Juan una mirada candente.

—Tus celos, divino amor mío, dijo don Juan asiendo por sorpresa el talle de la princesa y estrechándole amorosamente, acabarán por volverme loco, porque ellos me demuestran cuanto me amas.

—¡Ah, don Juan! tú eres mi primer amor, el primer amor que se ha cruzado á mi paso en los veinte y seis años de mi vida; por tí he olvidado mi decoro, me he manchado delante del mundo, he aborrecido á una mujer á quien acaso, no mediando tú, habría amado; para darte á conocer en parte á esa mujer he hecho sacar testimonio de ese proceso por el escribano de cámara de la chancillería de Granada, Alfon de Villasante: ahí están los derechos jurados al pie de cada testimonio; que valen una buena suma de maravedises.

—Permiteme Angiolina que te diga que eso no pasa de ser una extravagancia de tu amor.

—¡Una extravagancia!

—Te pido perdón por la palabra, pero no encuentro otra más exacta: además, si yo amara á doña Esperanza, lo que no es posible amándote como te amo, ¿no comprendes que todas estas singularidades, lo misterioso de su origen, lo real de su alcurnia, porque al fin su abuelo es ó ha sido rey... siquiera de idólatras; las desgracias de su familia, aumentarían mi amor en vez de extinguirle?

Don Juan había comprendido que la princesa tenía algo más que reve-

larle que lo contenido en el proceso respecto á Esperanza; no quería preguntarla, y para saber todo lo que supiese Angiolina respecto á la duquesa de la Jarilla, irritaba su celos.

La princesa palideció densamente; miró de una manera sombría á don Juan y exclamó trémula de cólera:

—Bien sabía yo que la amabas: los ojos de una mujer, que ama como yo te amo, no se engañan: pues bien: contaré á todo el mundo esa historia que había comprado para ti solo, y veremos si te atreves á amar á una mujer á quien todo el mundo señala con el dedo: todo el mundo no tiene los mismos motivos que los oidores de la chancillería de Granada, para creer á ciegas cosas tan extraordinarias.

—Por tu bien te aconsejo, dijo don Juan que iba perdiendo la paciencia, que no propales esa historia; mi querida Angiolina: aborreces, aunque sin motivo, á doña Esperanza, y no querrás ser la causa de que se haga adorable, en el momento en que todo el mundo sepa su historia. ¡Bah! no sé qué motivos tienes para desconfiar de mi amor.

—Don Juan; dijo gravemente la princesa, ya que no basta lo que sabes para que te apartes de esa mujer, voy á revelarte un secreto terrible: tu padre murió á hierro.

—¿Qué quieres decir, Angiolina?

—Tu padre el marqués de la Guardia apareció una mañana muerto á estocadas en una oscura calleja del Albaicín.

—Es verdad.

—¿Sabes quien le mató?

—No pudo averiguarse quien fué el asesino.

—Pues yo te lo voy á decir: el asesino de tu padre es don Juan de Andrade, padre de la hermosa duquesita de la Jarilla.

—¡Eso es imposible! gritó, perdiendo los estribos el marqués; mien-

tes; ¡mientes de una manera infame!

—¡Ah! exclamó Angiolina, poniéndose la mano sobre el corazón, como si hubiese recibido en él una puñalada: tu amor por esa mujer se revela al fin en una frase descortés, lanzada al rostro de una dama, pero me has dicho que miento y es necesario que te presente la prueba de que te he dicho la verdad, por más terrible que haya sido.

Y la princesa salió de nuevo precipitadamente y volvió con otro papel en la mano, que entregó á D. Juan.

—¡Lee! ¡lee y cree! le dijo; ese es el testimonio de una declaración dada en el tormento por uno de los bandidos del padre de tu amada.

El marqués leyó aquella declaración, y no pudo acabar: se nublaron sus ojos, vaciló, dejó caer el papel de las manos y se vió obligado á sentarse en el estrado.

—¡Oh! dijo la implacable princesa, recogiendo el testimonio y guardándolo; horribles crímenes, y homicidios hechos por ese hombre; la certeza de que es rey de los monfies, por declaración de un monfi; los deshonorosos celos de ese hombre hácia su esposa, todo está aquí escrito, testimoniado, vivo, acusador, y me basta solo quererlo para que todo el mundo sepa que la mujer que amas es hija de una ramera y de un bandido. ¡Oh! ¡las venecianas, don Juan, cuando amamos sabemos amar! ¡cuando hieren nuestro amor sabemos vengarnos! ¡Oh! ¡estoy plenamente convencida de que me has tomado por tu juguete, porque te he parecido bastante hermosa, ó por vanidad ó... no sé por qué...! ó, tal vez, y si esto fuese cierto sería horroroso, para dar celos conmigo, con una mujer digna á una mujer que ha estado perdida una noche en Madrid, sin que nadie sepa donde ha estado. Me has tratado indignamente: me has creído, sin duda, una de esas

infames mujeres entre las cuales has perdido el corazón y el pudor... pues bien, me vengaré don Juan, me vengaré: pero de una manera terrible: ¡te juro por la salvación del alma de mi madre que me vengaré!

Y la princesa irritada, altiva, más hermosa que nunca, pero con una hermosura que causaba miedo, salió dando un portazo y dejando solo á don Juan.

El testimonio que guardaba la historia de la familia materna de Amina, quedó abandonado sobre los almohadones, donde poco antes descansaba la enamorada princesa.

Don Juan permaneció algún tiempo inmóvil, luego tomó silenciosamente el testimonio y salió, primero del retrete y luego de la casa.

CAPÍTULO VIII.

DE LA NO MENOS EXTRAÑA AVENTURA QUE SUCEDIÓ AL MARQUESITO MIENTRAS RONDAVA Á LA HERMOSA DUQUESITA.

Don Juan se encaminó á su casa y se encerró en su cámara dando orden de que por nada ni para nada le importunasen. Sentóse junto á una mesa y se puso á hojear el testimonio.

Pero tenía la imaginación llena y turbada con las noticias que le había dado la terrible princesa: zumbaban aun en su oído aquellas funestas palabras:

—El emir de los monfíes de las Alpujarras es el asesino de tu padre.

Don Juan no pudo leer una sola línea: una niebla de color impuro flotaba entre sus ojos y aquellas palabras: su perturbación extraña envolvía su espíritu. Por más que creyera que las noticias de Angiolina eran exageradas y acaso mentiras aceptadas por sus celos, había en aquellas noticias verdades comprobadas de las cuales no podía dudar. Por ejemplo: si Esperanza no era decididamente

una mujer de la raza indígena mejicana, tenía mucho de aquel moreno rojo é incitante que había tenido ocasión de admirar el marquesito en algunas mujeres venidas de allende los mares, como esclavas ó esposas de los españoles de la conquista del Nuevo Mundo: el carácter del duque tenía mucho de excéntrico, de poderoso, de extraordinario: don Juan recordó el extraño capricho del duque de que su hija fuese reina, y todos estos misterios, la revelación de que el duque era el matador de su padre, fermentando en su loca imaginación, aumentaron de una manera prodigiosa y á despecho suyo su amor por Amina: esto parecerá extraño á alguno que creará que don Juan debía mirar con aversión á la hija del matador de su padre; pero debe recordarse que el marquesito extrañaba sobremanera el contesto de aquel versículo de las Sagradas Escrituras, que dice:

Yo soy el Señor tu Dios fuerte, celoso, que vierto la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me aborrecen.

Don Juan no alcanzaba la profunda filosofía de que están nutridos los libros santos, y rechazaba aquel precepto que, según él, hacía responsables á los hijos de las faltas de los padres.

Don Juan no comprendía siquiera la palabra fatalidad, con la cual únicamente se explica aquella terrible é inapelable sentencia: Don Juan no comprendía que las causas producen efectos, y que las consecuencias de los crímenes de los padres alcanzan necesariamente á los hijos.

Además que para tener estas ideas en los tiempos de don Juan era necesario ser un hombre muy avanzado, porque tales ideas no eran de aquellos tiempos, y casi casi no lo son aún de los nuestros.

Sea como quiera, en don Juan no había que buscar otra cosa que corazón, y aún este estaba hartó viciado por la educación que había debido á su tío: no había conocido á su padre y no le amaba: si le había irritado el saber el nombre de su matador, había sido más porque aquel hombre era el padre de su amada. Si hubiera sido otro, D. Juan se hubiera ido á buscarle y le hubiera dicho:

—Vos matásteis á mi padre y yo voy á mataros aquí mismo, como quiera que os encontréis: si quier sea en pecado mortal.

Lo hubiera hecho, como lo hubiera dicho, y despues no se hubiera vuelto á acordar de ninguno de los dos difuntos.

Pero á despecho de don Juan, una voz interna le decía que debía hacer justicia en el matador de su padre; pero como para hacer justicia en causa propia es necesario estar justificado á los ojos de aquel á quien debemos castigar, don Juan, siempre que pensaba en esto, tropezaba en su conciencia. Recordaba aquel padre deshonrado, que con tanta calma, con tanto valor, con tanta grandeza había recibido al seductor de su hija: entonces creía comprender por qué razon el duque ó el emir de los monfies, aquel personaje extraordinario, en una palabra, no había lavado con su sangre el deshonor de Amina: don Juan creía escuchar en los labios del duque estas ó semejantes palabras:

—Maté al padre por calumniador ó seductor de mi esposa: no quiero matar al hijo por corruptor de mi hija.

Cuando pensaba esto don Juan casi comprendía la sentencia de Dios, y sentía sobre su frente un peso enorme, que casi le obligaba á doblregar su soberbia cabeza ante el duque. Aquel hombre había tenido su vida en sus manos y no la había tomado. El duque había matado al marqués, sin duda

justamente: el hijo del marqués había herido de una manera infame el corazón del duque. Casi estaban en paz. Don Juan, pues, no pudo aborrecer al matador de su padre y en cuanto á Amina...

Amina había aumentado en valor á los ojos del marquesito de una manera prodigiosa: su empeño por ella se había centuplicado. Era necesario á todo trance que fuese suya, enteramente suya, dijese la irritada sombra del difunto marqués lo que quisiese: dijera el mundo lo que más le agradase: era necesario conceder, á pesar de lo mucho que se había hablado acerca de la pérdida de la duquesita, que esta tenía un prestigio legítimamente adquirido, ya por la grandeza que naturalmente rebosaba de ella, ya por su extremada hermosura, ya en fin por las riquezas de su padre: además tanto se había hecho respetar Amina de la maledicencia, que á pesar de haber sabido toda la corte que había estado perdida toda una noche, se creyó lo del convento de las Vallecas, y nadie sospechó siquiera que su pureza se hubiese empañado: todo el mundo creyó lo que quiso creer excepto lo deshonoroso, porque ni el duque ni su hija, ni sus criados, habían dado á nadie explicaciones, y por otra parte, muertos los cómplices de don Juan, é interesado éste por la honra de la mujer que amaba, nada cierto se había sabido, porque el que hubiese podido servir de testigo fehaciente, el comediante Cisneros, estaba demasiado interesado en guardar el secreto, y, por otra parte, tenía tal fama de mancillador de honras, que nadie le hubiera creído bajo su palabra.

Sobre todo esto, Amina se había presentado al día siguiente de su pérdida en los parajes más públicos con la frente alta y radiante de pureza y de inocencia, y había conseguido lo que se consigue siempre cuando se mi-

ra frente á frente al mundo con la expresión de la dignidad y del orgullo.

La funesta aventura de la noche del jueves santo de 1567, solo era conocida de Yaye, de Amina, del marqués de la Guardia y del comediante Cisneros.

El secreto, pues, estaba perfectamente asegurado.

Llena la imaginación de delirios, enamorado, fuera de sí, don Juan salió de su casa y se encaminó á Puerta de Moros, cerca de la cual tenia su palacio Yaye.

¿Á qué iba allí el marquesito? Á pasearse por la calle, á mirar á las ventanas de su amada, á ocultar en la sombra y el silencio el dolor de sus años. ¿Acaso en nuestra juventud no hemos hecho cada cual lo mismo alguna vez? ¿Una ventana tras la cual se ve una luz, cuando aquella luz ilumina la habitación de la mujer que amamos, no ha tenido alguna vez para nosotros encantos indefinibles? ¿No hemos esperado ver una sombra tras los cristales, esbelta, hechicera, embellecida por nuestro pensamiento y si la hemos visto, no nos hemos considerados felices?

A eso pues iba don Juan á la estrecha calleja á donde daban algunos balcones de los aposentos de Amina: á estar más cerca de ella; á espiar su sombra en los cristales de los miradores.

Eran más de las doce de la noche y esta muy oscura: ventiscaba y de tiempo en tiempo el cerrado celaje arojaba una ligera lluvia.

Cuando llegó don Juan frente á frente de un postigo de la casa de Yaye y debajo de un balcón cubierto con celosías, se ocultó tras uno de los postes de un soportal de un casuco inmediato y se puso á atalayar el balcón, á través del cual se veía el reflejo de una luz.

Habían pasado cuatro meses desde

el jueves santo y era una calurosa noche de julio: hacía algún tiempo que Amina, so pretexto de enfermedad, no asistía á las reuniones de costumbre, y decimos bajo pretexto de enfermedad, porque todas las noches al mediar, cuando el marquesito estaba ya en la calleja, aparecía una sombra esbelta en el balcón, tras las celosías, y permanecía allí una hora, mirando á la otra sombra opaca que había en la calle. Después la hechicera sombra se retiraba del balcón, se cerraba este, y el marquesito abandonaba su poste y se alejaba suspirando.

Esto demostraba que Amina no estaba enferma, porque tratándose de la casa del duque de la Jarilla, la sombra que hacía permanecer una hora en la oscura calleja al marquesito, no podía ser otra que Esperanza.

Hacia tres días que don Juan no había asistido á aquella cita tácita, á aquella muda y misteriosa entrevista, en que los amantes se hablaban con el alma, y en que se lo prometían todo, se lo juraban todo.

Por lo mismo, y á pesar de la máquina de pensamientos que se revolvían en su cabeza, quiso saber si se le esperaba; si se contaba con que su ausencia sería corta, y se ansiaba su vuelta: tras las celosías del balcón brillaba la luz; pero Amina no estaba allí: don Juan para no ser visto se ocultó detrás del poste, desde el cual hacia su acostumbrada atalaya, y esperó.

Pasó un cuarto de hora, media hora, que marcó lentamente la campana de un reloj dentro de la habitación de la duquesita: al fin el marqués oyó unas pisadas que conocía demasiado, en aquella habitación; luego apareció una sombra tras las celosías, y se apoyó en la balaustrada del balcón.

Don Juan permaneció oculto.

Poco después la sombra se retiró con un movimiento de despecho, y se

entró en la habitación: trascurrido un corto espacio, don Juan oyó el preludio de una guitarra, y al fin la voz de Amina que cantaba.

¿Pero qué cantaba?

La armonía era lánguida, sentida, llena de expresión; un verdadero canto de amores; pero de amores tristes; un gemido del alma. ¿Pero en qué dialecto? era extranjero. Don Juan no comprendía una sola palabra, no podía comprenderla; pero por la entonación, por lo sentido del acento de la jóven, se comprendía á qué género pertenecía su canto.

¿Pero á qué aquel dialecto extranjero?

Otro nuevo misterio se desplegaba ante el alma de don Juan, ó por mejor decir, aquel misterio parecía comprobar las revelaciones de Angiolina. ¿Sería acaso una balada indiana, inspirada por la soledad y la ausencia en una de las bravías y gigantescas selvas del desierto mejicano?

Pero no, no podía ser. ¿Como un pueblo idólatra, y salvaje, según creía don Juan, podía haber llegado á expresar en sus cantos tan dulce sentimiento, tan lánguida, tan triste, tan suspirante armonía?

Aquel canto no era el canto rudo y monótono de un pueblo primitivo, sino el de un pueblo civilizado que había comprendido en todas sus entonaciones el lenguaje del corazón y sabía hablar sin palabras por medio de la música, ese lenguaje maravilloso comprensible para todos los pueblos, cualquiera sea su dialecto, y que debe ser el lenguaje de los ángeles. Don Juan comprendió en aquel canto, que para él no tenía palabras, la expansión del alma de una mujer enamorada, que se encuentra lejos del ser que ama y que solo alienta una dudosa esperanza de poseerle.

Las notas de aquel canto caían una á una en el corazón de don Juan, y

aumentaban su amor, sobreponiéndole á todo otro pensamiento; y decimos que aumentaban su amor, porque el amor, como todos los sentimientos expansivos, puede crecer comprimiéndose hasta hacer estallar el corazón que le contiene.

Amina cantó algunas estrofas; después cesó, y el marqués oyó el sonoro gemido de la guitarra, al caer abandonada con descuido por la mano que la había sostenido.

La duquesita volvió á aparecer en el balcón.

Don Juan iba á dejarse ver, cuando sintió pasos de dos hombres en la calle y se detuvo, y se ocultó más, para dejar pasar á los importunos. Pero con gran sorpresa suya, los dos hombres se detuvieron junto al postigo de la casa del duque, hablaron un momento, y después uno de ellos se acercó al postigo, sonó una llave en la cerradura, abrióse el postigo, y uno de los dos hombres entró. Aquel hombre no era el duque, ni tenía su altivo continente, ni su gallardía. El otro hombre se había quedado fuera, y se había senta lo, sin duda para esperar cómodamente, en el dintel del postigo.

Amina continuaba inmóvil en el mirador.

En el primer momento el marquesito sintió en sus oídos un zumbido sordo, terrible; luego la sangre se agolpó á su corazón; un movimiento salvaje de rabia, de celos, de indignación, como podía haberlo experimentado un marido engañado, le agitó de pies á cabeza; sintió al fin un horrible vértigo, el vértigo de la venganza, y, saliendo de repente de su acachadero, desnudó la espada, y se fué con ella de punta hácia el hombre que se había sentado en la grada del postigo, y á quien no dejó, como suele decirse, en el sitio, porque la cólera, haciendo errar el golpe al marqués,

salvó á aquel hombre por un momento.

La espada de don Juan había dado en la madera del postigo y se había clavado en ella fuertemente.

El bulto se había puesto de pié y había desenvainado su espada.

El marqués con un violento esfuerzo desclavó la suya, y se fué para aquel hombre, que le esperó con una serenidad que demostraba bien claro que se trataba de un valiente.

Era la noche muy oscura, y no podían verse las caras, y mucho menos los aceros.

Ni uno ni otro pronunciaban una sola palabra.

El marqués acometía, y el incógnito se mantenía firme.

Pero muy pronto se vió obligado á retroceder ante el furioso ataque del marqués; muy pronto aquella retirada fué violenta, el marqués le hizo cejar á todo lo largo de la calle, y al fin, fatigado el otro, aflojó en la defensa, y el marqués le alcanzó con una terrible estocada.

Al sacar don Juan la espada de la herida, aquel hombre cayó redondo en tierra, sin pronunciar una sola palabra.

—¡Ah! exclamó don Juan: ¡ahora me queda el otro, y después el duque, y luego su hija!

Como ven nuestros lectores, el marqués, en su celosa rabia, quería exterminar á medio mundo.

Cuando llegó al postigo, se volvió á él con visible intención de llamar. Amina estaba aun en el balcón, y antes de que el marqués tocase al llamador, se abrieron con extruendo las celosías, y la dulce y grave voz de la jóven dijo con ansiedad:

—Esperad, don Juan; yo os lo suplico.

El marqués se detuvo; permaneció inmóvil y como anonadado algunos segundos, y luego exclamó con un

acento en que se exhalaba una alegría infinita:

—¡Ah!; ¡eres tú!

Aquel ¡eres tú! contenía en sus seis letras un mundo de sensaciones y de pensamientos para cuya explicación se necesitaría un volúmen.

—Sí, sí, yo soy; dijo con ansiedad Amina: ¿habéis muerto á ese hombre?

—No lo sé.

—¿Estáis herido?

—No.

—Pero pueden encontrar á ese hombre muerto ó herido: vos os conozco, no os retiraréis: yo os esperaba para hablaros si veniais: os hubiera hablado por una reja, pero ahora es imposible: podían encontraros..... ¡Dios mío!

—¿Y qué podría sucederme peor que lo que me sucede? exclamó con desesperación el marqués.

—Yo no quiero que os acontezca ninguna desgracia. Por lo mismo, seguid adelante junto á la pared hasta que encontréis una reja: trepad por ella; encima hay un balcón: voy á abrir ese balcón.

—¡Oh Dios mío! exclamó el marqués dominado por un intenso sentimiento de felicidad.

Poco después trepaba por una reja, salvaba la balaustrada del balcón, pisaba una alfombra, y una hermosa mano asía la suya.

—¡Oh, Esperanza de mi alma! exclamó el marqués.

—Ven conmigo, ven; dijo con voz opaca Amina: este momento es supremo.

Y diciendo esto conducía al marqués asido de una mano á través de habitaciones oscuras.

Amina se detuvo en una de ellas, y dijo con acento grave:

—Júrame, don Juan, que serás prudente: te voy á llevar á un lugar donde mi padre cree que de nadie pue-

de ser escuchado más que de su hija.

—¿Y para qué? dijo el marqués que lo había olvidado todo: escuche yo tu voz, vea yo tus ojos, y nada me importa el mundo entero.

—Has visto entrar en mi casa un hombre, dijo Amina.

—¡Ah! exclamó don Juan, como quien despierta de un hermoso sueño.

—Pues bien, es menester que sepas por qué ha entrado y á qué ha entrado ese hombre aquí: sígueme: no hables una palabra más; recata tus pisadas: silencio y prudencia.

Don Juan se dejó conducir por la duquesita, que le hizo atravesar algunas otras habitaciones oscuras, y al fin le introdujo en una en que penetraba un débil resplandor á través de unas puertas vidrieras, cubiertas con unas tupidas cortinas de cambray bordado.

El marqués levantó imperceptiblemente una de las cortinas: en la otra vidriera observaba Amina: los dos jóvenes estaban asidos de las manos.

En la habitación inmediata había dos hombres.

CAPÍTULO IX.

LO QUE OYERON LA DUQUESITA Y EL MARQUÉSITO.

Uno de aquellos hombres era jóven, como de veinte y dos años.

Aquel hombre era el príncipe de Asturias don Carlos de Austria.

Estaba sentado y cubierto.

El otro hombre estaba de pié y descubierto.

Era Yaye.

El príncipe, á pesar de sus pocos años, era uno de esos seres repugnantes que se han gastado practicando constantemente el vicio; su palidez enfermiza, sus ojos de un color impuro, la especie de vejez prematura que sobre aquel semblante lívido

aparecía, y la fosforescente insensatez de su mirada, demostraban que su organización había sufrido mucho á causa de los excesos. En los gruesos labios que había heredado de su padre, se adivinaba que el temblor de la cólera era su expresión habitual: tenía los ojos azules, el cabello y las cejas rubias, y estaba flaco, muy flaco.

—En verdad, en verdad, decía el príncipe, en el momento en que el marqués y Amina podían escucharle, no pensaba que tú, un oscuro aventurero, ennoblecido por un casamiento afortunado, y tolerado por el bueno de mi padre en la corte, cuando hay más de una lengua maligna que habla mal de tí, te atrevieses á representar una farsa tan grosera conmigo. ¡Ya se vé! Sabes que estoy enamorado de tu hija y te prevales..... pues bien, concluyamos pronto: las condiciones, las condiciones, duque.

Ya que no ha salido á recibirme tu hija, según esperaba, te confieso que me molesta estar á estas horas en conversación contigo. ¡Por mi patrón Satanás que esta es una treta que no te perdonaré nunca, duque!

—Ignora vuestra alteza con quién habla, dijo reposadamente Yaye, del mismo modo que ignoraba que nada sucede en mi casa sin que yo lo sepa.

El marqués estrechó fuertemente la mano de la duquesita, que no contestó á la presión, porque era una especie de burla hecha á su padre.

—En verdad, duque, repuso el príncipe con un acento en que había una ligera indicación de cólera, que tratándose de una persona tan misteriosa como tú, tan obscura, es difícil saber á qué atenerse; sin embargo, tu aspecto es altivo y noble, y me agrada; algunas veces, ahora por ejemplo, tienes la misma expresión, sin quitar ni poner, que mi padre cuando me sermonea porque he asus-

tado á una dama de la reina. Tu mirada á veces es la de un rey. ¿Serás acaso rey de alguna insula desconocida?

Había un tan profundo desprecio en las palabras del príncipe, que otro que no hubiera sido Yaye, se hubiera alterado.

Apoyóse ligeramente en un ángulo de la mesa junto á la cual estaba de pie y contestó:

—Sea yo rey ó mendigo, hidalgo ó villano, caballero ó bandido, es lo cierto que vuestra alteza está en mi casa y de mala manera llegado. Yo sabía, sin embargo, que ibais á venir, y si no hubiera querido que viniérais no hubierais poseído la llave que os ha dado uno de mis criados, no por vuestro oro, que le he hecho repartir á vuestro nombre entre algunos pobres, sino porque yo le he mandado que os la dé. Necesitaba hablar con vos, y ciertamente que lo que aquí puedo deciros, no os lo hubiera dicho por nada del mundo en la corte. ¿En qué estado de relaciones os encontráis con los rebeldes de Flandes?

El príncipe se levantó de un salto al escuchar estas palabras, y el marqués de la Guardia sintió que la mano de Amina temblaba entre la suya.

—¿Que en qué estado estoy de relaciones con los rebeldes? exclamó acreciendo en lividez el príncipe. ¿Y te atreves á hacerme esa pregunta, traidor?

—Espere un momento vuestra alteza, dijo Yaye, y comprenderá, en vista de una prueba indudable, que tengo razones poderosas para hacerle esta pregunta.

El duque fué á una especie de secreter de ébano incrustado de plata y nácar, y de uno de sus secretos sacó una cartera de seda, bordada de lentejuelas de oro, desenvolvió lentamente la ancha cinta de raso que la rodeaba, sacó de ella algunos papeles,

y de entre ellos uno que retuvo en sus manos.

El príncipe le miraba atónito con la vaguedad de los insensatos:

—Hace dos meses dijo Yaye, entró en Madrid secretamente, y se hospedó en uno de los mesones menos concurridos de la villa, un jóven caballero francés. Aquél caballero se llamaba Laurent de Perceval, y era hugonote.

El duque se cubrió y miró profundamente al príncipe, que procuró en vano sostener su mirada, y se puso lívido como un cadáver.

Hubo un momento de silencio: durante él, don Juan dijo rápidamente al oído de Amina:

—Yo no puedo permanecer aquí: se trata de secretos terribles.

—¡Mi honor te manda permanecer! exclamó profundamente Amina.

—¡Oh, quiera Dios que tu amor no me pierda! murmuró el marqués.

—Una noche, continuó Yaye, rompiendo su momentáneo silencio, un cierto Cisneros, un comediante miserable que os acompaña, y que había ido al tal meson varias veces, y todas ellas preguntando por el Laurent, supo al fin que aquél caballero había llegado y le habló: una hora después el hugonote Perceval, el príncipe heredero del cristianísimo rey de las Españas, y el comediante Cisneros, conspiraban abiertamente contra Dios y contra el rey, en el oscuro aposento de un meson, harto agenos de que eran escuchados.

En efecto, todos los aposentos inmediatos estaban vacíos y cerrados.

Yaye pronunciaba una á una y solemnemente sus palabras.

—Pero sobre aquél aposento, continuó Yaye, había un desván á teja vana, y en él vivía desde dos días antes de la llegada á Madrid del caballero francés, un pobre y anciano mendigo. Este anciano había levantado una baldosa, y había abierto en las

tablas un agujero, desde el cual podía mirar y escuchar cuanto pasase ó se dijese en el aposento interior. La noche, pues, que vuestra alteza estaba encerrado en aquél aposento con el francés y el comediante, el mendigo observaba cuanto en aquél aposento acontecía. El príncipe, con más ambición que paciencia, deseaba la corona de su padre.

El príncipe tenía la vista fija en el suelo y temblaba como un reo ante su juez.

La voz de Yaye era solemne.

—¿Y qué mucho? añadió con voz vibrante y terrible. Estamos en una época de crímenes. A donde quiera que se vuelvan ahora los ojos encuentran sangre; rostros amarillos por el dogal ó lívidos por el tósigo. Acá y allá, cerca ó lejos, encontraréis opresores y esclavos; volved la vista al Occidente, atravesad con ella los mares, mirad á la América: allí, brutales aventureros, bandidos codiciosos, oprimen á millones de hombres á quienes han robado la patria y los altares, á quienes han arrojado de su hogar: los infelices indios se han visto precisados á huir á los desiertos, donde se defienden con el valor de la desesperación, de las infamias del feroz conquistador. Ved sus doncellas violadas y vendidas como esclavas, sus viejos degollados, los niños arrebatados á sus padres, y entregados á los frailes: ved sus guerreros desdafiados, reducidos á la servidumbre, bautizados á la fuerza: si penetrais en esos desiertos peñascosos cubiertos de selvas interminables, surcados por torrentes y abiertos por volcanes; si aportárais al fuego del consejo de una de esas tribus errantes y escucharais el cántico de guerra con que se preparan al combate, les oiríais maldecir á los rostros pálidos que llegaron en las grandes canoas: aquellos rostros pálidos son los españoles: si los viérais

en el combate, admiraríais la desesperación con que prefieren la muerte á la esclavitud; veríais las praderas cubiertas de cadáveres destrozados por el hierro y por los cascos de los caballos, y despues del triunfo de los españoles, os horrorizaría mirar como éstos tratan á los vencidos; con cuánta innoble avaricia aquellos miserables aventureros, se arrojan sobre el oro y sobre las perlas que produce una fecundidad maravillosa, la virgen América. Allí el testimonio del gran crimen de las Españas, se levanta por todas partes; aquél es el tesoro donde á trueque de sangre y de infamias van á enriquecerse miserables bandidos bajo las banderas de un rey católico. Si no os satisfacen los crímenes de Occidente, si queréis apurar más horrores, volved la vista al Oriente, al reino de Granada: allí tambien hay un pueblo vencido: allí también se esclavizan las doncellas, se roban los hijos á sus padres, se bautiza á la fuerza, se degüella y se quema á los hombres, y se arrasan pueblos enteros. Allí también resuena la terrible voz del sacerdote español: allí también los gemidos se mezclan al crugir de las cadenas. Una garra del leon de España ataraza al Occidente, mientras la otra despedaza al Oriente. Si quereis ser testigo de más crímenes, volved la vista á Flandes; allí también, so pretexto de religión, flotan los pendones de España, y sus tercios se ensangrientan sobre los campos que respetan los mares, y el saqueo y el incendio visitan una tras otra populosas y ricas ciudades; y aun en el mismo corazón de la España, si quereis presenciar horrores, bajad á los calabozos del Santo Oficio, penetrad en las mazmorras de los castillos reales; en las unas se empareda y se descuartiza, en los otros se estrangula y se degüella; por todas partes el terror imponiendo la ley del fuerte; por todas

partes, por el mar y por la tierra, los innúmerables, galeones y las mil banderas de los tercios del rey. Castilla quiso un día sacudir el yugo, y cayó vencida con sus comunidades: el rey ahogó con sangre la voz de la libertad: el sacerdote sofocó con fuego los fueros de la conciencia, Si; España es grande, poderosa, terrible; en todas partes domina; pero en todas partes domina por el crimen. ¿Que mucho, repito que, cuando tantas infamias se levantan ante los ojos, un hijo ansie ser rey aun á costa de la vida de su padre? Acaso don Felipe el II no era rey de Nápoles y de Inglaterra á los diez y seis años? Es cierto que el emperador Carlos V se retiró por su voluntad á una celda de San Jerónimo de Yuste: pero ¿San Lorenzo del Escorial no es también un magnífico monasterio? ¿Acaso una tumba es otra cosa que una celda donde se duerme por toda una eternidad?

El príncipe continuaba en silencio y cada vez más turbado y trémulo, dominado por la mirada y por la palabra cada vez más penetrante y solemne de Yaye.

Este por cansancio ó por desprecio hacia el príncipe se sentó: don Carlos continuó de pié.

—Laurent de Perceval, continuó el duque cambiando su entonación declamatoria por otra sencillamente narrativa, era un enviado de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange: este le enviaba á vos, para ofrecer os la corona de los Países Bajos, bajo el título de conde de Flandes: esto no era otra cosa que excitaros á la rebeldía contra vuestro padre; pretender arrancarle uno de los más ricos florones de su corona: se os pedían cartas que se pudiesen mostrar á los luteranos, y vos, vos, príncipe rebelde á vuestro padre, escribisteis esta carta que tengo entre mis manos. Tomad, leed.

El príncipe tomó con una mano trémula aquella carta y la reconoció á primera vista: toda estaba enteramente escrita de su mano, firmada por él, y en ella aceptaba la propuesta del príncipe de Orange, y se declaraba protector de la Reforma en los Estados de Flandes. Aquella carta era la cabeza del príncipe si por un acaso iba á dar en las manos de su padre.

—Ya podeis conocer, dijo el duque, que quien es poseedor de esa carta es muy amigo vuestro cuando no ha usado de ella presentándola al rey.

—¿Cómo ha venido á vuestro poder esta carta? dijo el príncipe reteniéndola.

—Recordad que os he dicho que mientras vos hablabais en cierto meson excusado con Laurent de Perceval y el comediante Cisneros, había otra persona, que sin que vos lo supiéseis, lo presenciaba todo, á través de un agujero abierto en el techo. Aquella persona, que tenía todas las apariencias de un mendigo viejo y enfermo, era en la realidad joven, robusto, lleno de vida. En una palabra, aquella persona era yo.

—¡Vos!

—Sí, yo.

—¿Y quién os había dicho que el caballero Laurent de Perceval debía venir á Madrid enviado por el príncipe de Orange?

—Vos no sabeis quién soy, si bandido ó caballero, rey ó esclavo: yo tengo medios de saber todo cuanto me interesa saber. Por otra parte, como solo he venido á Madrid contando con vos, era natural que me interesase por vos. Sabedor del día en que Laurent de Perceval debía ponerse en marcha para llevar vuestra imprudente carta á Guillermo de Nassau, le esperé en el camino.

—¡Y le matásteis!

—No le maté. Iba perfectamente disfrazado con las preseas de alferez

de vuestra guardia, en términos que Perceval no me reconocería si me viera de nuevo ante sí. Dejéle pasar oculto en una venta, alcancéle luego, y me presentó á él como vuestro enviado. Díjele que habíais meditado mejor; que no creíais prudente todavía un alzamiento general en los Países Bajos á vuestro nombre, y le di tales señas de las conferencias que el mismo Perceval había tenido con vos, que sin dificultad me entregó esa carta, y en cambio se encargó de un mensaje verbal para el príncipe de Orange y de un libramiento de treinta mil florines á la orden del Laurent dado por un genovés de Madrid contra otro de Bruselas, para que Orange pudiese sostener la guerra contra España por algún tiempo; ved aquí el recibo del libramiento, que Perceval me hizo en una venta del camino.

Yaye sacó otro nuevo papel de la cartera y le entregó al príncipe.

—Ahora, dijo el duque, podeis quemar esa carta y ese recibo. Tales pruebas deben destruirse cuando ya han servido de la mejor manera que podían servir.

El príncipe se apresuró á quemar á la luz de una bujía aquellos terribles papeles.

—Y ahora bien, ¿qué queréis de mí? dijo cuando los hubo destruido.

—Quiero en primer lugar que nada hagais sin consultarlo conmigo.

—¿Y qué creéis que debo hacer?

—Reinar.

—¿A todo trance?

—A todo trance

—Sin embargo, no ha mucho me habláais con indignación del crimen.

—Por lo mismo que el crimen nos rodea por todas partes, debemos valernos de él en nuestro provecho antes de que otros le empleen en nuestro daño.

—¿Creéis, pues, que debo aceptar el vasallaje de los flamencos?

—Sí, si por cierto; pero no ahora. Aún no es tiempo: una tentativa en estos momentos fracasaría: la infanta Margarita de Parma, gobernadora de Flandes, es una mujer que con su gobierno blando y benéfico tiene contenida la insurrección: es necesario que á este poder tolerable, sustituya un poder duro, despótico, insufrible; es necesario que sea gobernador de los Países Bajos el duque de Alba; dejad que pruebe fortuna el príncipe de Orange; que después, si la rebelión crece, tiempo tendremos de obrar. Yo he hecho en vuestro nombre cuanto se debe hacer por ahora: enviar dinero á los descontentos: del mismo modo alentaremos á los hugonotes de Francia: cuando hay oro todo es muy fácil.

—¡Y vos!...

—Ya os he dicho que acaso soy un rey; acaso un bandido. Tal vez sea las dos cosas á la vez. Ahora que ya me conocéis como vuestro partidario, que ya sabéis que podeis recurrir á mí por oro y consejos, idos príncipe, y no olvidéis jamás cómo os ha recibido un hombre en cuya casa habeis entrado con intención de deshonrarle.

—No, no saldré de aquí sin que me hagais una promesa.

—¿Cuál?

—Amo á vuestra hija.

—¿Y la amais mirando en ella á vuestra esposa?

—Sí, aunque para ser su esposo hubiese de sacrificar mi vida.

—¡Sed rey!

—¡Cómo!

—¡Sed, rey! repitió fatídicamente el duque.

—Pero... mi padre es joven... balbuceó el príncipe.

—¡Sed rey ó renunciad al amor de mi hija!

—¡Pues bien, lo seré y pronto!

—No os apresureis, no cometáis una imprudencia; esperad.

—Esperaré: pero...

—Os prometo mi hija: ahora salid.

Yaye tomó una bujía de sobre la mesa y acompañó al príncipe: la habitación quedó abandonada: detrás de las vidrieras había quedado mudo, aterrado, el marqués de la Guardia: Amina fijaba en él una mirada lúcida.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! exclamó el marqués: ¡qué horror! ¡Tú, Esperanza, ¡prometida á ese príncipe infame á cambio de un parricidio!

—El crimen se combate con el crimen, don Juan, dijo Amina: ahora bien, ¿tendrás valor para sacrificarte á mi amor como yo me sacrifico á sagrados deberes?

—¡Oh, Esperanza! ¡considera que soy español, noble y caballero!

—El hombre que haya de ser mi esposo lo ha de sacrificar todo por mí.

Llevó al joven á una puerta; le dejó encerrado tras ella, volvió, abrió la vidriera y entró en la cámara de su padre. Poco después entró éste, y la besó en la frente.

—El día en que nuestros enemigos se hagan pedazos se acerca, dijo éste. Ese día se enjugarán tus lágrimas, hija de mi alma. Entre tanto es necesario que cumplamos el juramento que yo hice á mi padre moribundo. ¡Todo por la patria! ¡todo! ¡hasta la virtud!....

Después, estos dos extraordinarios seres se separaron; Amina fué á la puerta tras la cual había dejado á don Juan, y atravesando las mismas habitaciones oscuras que habían recorrido hasta allí, le llevó á su aposento, cerró el mirador y se sentó á su lado.

CAPÍTULO X.

LO QUE PUEDE EL AMOR DE UNA MUJER.

La habitación de Amina estaba amueblada con una riqueza suma. sus cuadros, sus tapicerías, sus alfombras, sus divanes eran lo más bello, lo más rico, lo más raro que producían en aquellos tiempos las artes y la industria. Sobre una mesa maravillosa, lucían dos candelabros de plata cincelados, y el estrado en que se habían sentado los dos amantes, era de brocado de tres altos.

Don Juan, profundamente abstraído, no veía nada de todo esto, había llegado hasta allí maquinalmente; tenía abandonada una mano en otra mano de Amina, y aquella mano temblaba y estaba fría como la de un cadáver.

Amina le contemplaba con una fijez a intensa; estaba pálida, y en sus negros ojos brillaba una expresión de altivez indomable: parecía que quería escudriñar y analizar con su mirada lo que pasaba en el alma del marqués, que estaba aterrado, anonadado, como insensible, á causa de los terribles secretos que sucesivamente había descubierto.

Su afán por ver claro en la vida interior de Amina, había sido demasiado satisfecho: don Juan se arrepentía de haber deseado salir de su ignorancia.

Como por efecto de un poder magnético, la intensa mirada de la joven atrajo al fin la mirada de don Juan, y entrambos se contemplaron durante un segundo, con una de esas miradas que no pueden describirse, y que jamás se olvidan por quien ha sido objeto de ellas.

—Sí, sí, te amo, Esperanza, te amo á pesar de todo, dijo el marqués comprendiendo la expresión de la mi-

rada de Amina; te amo tanto, que á pesar de que yo debía revelar al rey cuanto he visto y oído, guardaré acerca de él un profundo secreto.

—¿Y qué sabéis? dijo Amina con un acento tal y tan dominador, que fascinó á don Juan; verdadero acento de reina que sin despreciar impone, y sin exigir manda; ¿sabéis acaso quién es la mujer que la fatalidad ha puesto en vuestras manos?

Don Juan lo sabía por la revelación de Angiolina, pero se guardó muy bien de demostrarlo: limitóse, pues, á contestar:

—Seas lo que quieras, conozco que mi vida y mi alma son tuyas, Esperanza.

—Llegará un día en que comprendas, don Juan, dijo Amina, cuya frente se había serenado, descendiendo, por decirlo así, de su terrible majestad; llegará un día en que comprendas cuánto te ama la mujer á quien con tus locuras has hecho desgraciada.

—¡Mis locuras!

—Si por cierto ¿qué son sino locuras tus amores con esa aventurera italiana, con esa princesa Angiolina? ¿Tu empeño en causarme celos con ella? ¿qué ha sido sino una locura suponer que yo podría empenarme de tus amores por arrebatarle á esa mujer?

Había tal dignidad, y una dignidad tan tranquila en Amina al pronunciar estas palabras, que el marqués se desconcertó, y no pudiendo negar sus amores con la princesa por demasiado públicos, contestó:

—Yo me veía desdeñado por tí.

—Desdeñado no: alejado sí.

—Sea como quieras; pero si nada te importa que yo ame á otra ¿por qué eres desgraciada?

—Por que te creía más grande, más noble de lo que eres en realidad.

—He pretendido olvidar, dijo por decir algo el joven.

—¡Olvidar! ¡olvidarme! ¡y para olvidarme...! ¡á mí! ¿has recurrido al amor de esa mujer? lo repito: me he engañado: yo pensé que valías más, infinitamente más que lo que vales.

Don Juan conoció que había incurrido en una necedad, y para remediarla incurrió en otra, como sucede generalmente á todo el que quiere salir de una posición falsa sin confesar-se vencido.

—Rechazaste mi mano con un pretexto que no he podido comprender, dijo.

—Un hombre que ama á una mujer y no puede obtenerla, la obtiene ó muere; pero no intenta ultrajarla, contestó con dignidad Amina.

—¿No me he puesto á tu paso? contestó apelando á la dulzura el marqués.

—Conservando tu vanidad; pretendiendo que me humillase; enamorando á otras á mis ojos.

—¿No he venido todas las noches á esa calleja?

—¡Esperando sin duda, dijo con sarcasmo Amina, que yo, arrastrada por mi amor, te llamase!

—¡Oh, y cuán cruel eres, Esperanza!

—Y al fin te he llamado; y al fin estás en mi aposento, solo conmigo, en medio de la noche.

—¡Oh! ¡Esperanza!

—Pero ya sabes para qué y por qué te he llamado: ahora don Juan es necesario que nos separemos.

—¡Con que es decir que me has llamado para que sepa que el príncipe va á ser tu esposo!

—Sí mi padre lo exige, lo será.

—¡Es decir, que no me amas!

—Nunca debimos unirnos, D. Juan.

—¿Que nunca nos debimos unir?

—No, para evitar el dolor y la vergüenza de separarnos.

—¡De separarnos...! ¡es decir, que tu ambición...!

—Yo me sacrifico á mi nacimiento, á mi destino.

—¡Oh! ¡sí! dijo con doloroso sarcasmo el marqués; me he olvidado de que eres... y se detuvo.

—Sí, soy reina, contestó con una fría dignidad Amina.

—¡Reina tú! exclamó con creciente asombro el marqués.

—Sí, no importa de qué reino; pero mi reino existe, y mis vasallos, cuando me presento entre ellos, doblan ante mí la rodilla.

Don Juan quiso contestar y no pudo; la admiración, el estupor, el miedo, y aun podemos decirlo, un miedo supersticioso, había cohartado sus facultades de apreciación; recordó entonces cuanto le había revelado la princesa, y comprendió que aquella mujer no le había engañado: vió delante de sí á la reina de aquellos famosos monfies de las Alpujarras, solo conocidos por sus terribles hechos: trasladóse su pensamiento á las, para él desconocidas, regiones del Nuevo Mundo, y parecióle ver á Esperanza, en medio de las tribus indias, que la rendían homenaje; entonces hablaron de una manera clarísima para él, el encendido color moreno de Amina, aquel color tan bello, tan límpido, tan incitante; parecióle ver destellar de sus negros ojos una chispa de magestad salvaje, y que aquella frente magnífica, aquella mirada incontrastable, le decían:

—Soy nieta de los reyes de Granada, reina de los monfies de las Alpujarras; soy nieta de los emperadores de Méjico, reina de los rebeldes del desierto.

Esta era la única solución que, contando con los antecedentes que tenía, encontraba el marqués á tales misterios.

—En vano te obstinarás, don Juan,

dijo Amina, comprendiendo la perplejidad del jóven, por descifrar el misterio de mis palabras. Solo sabrás la verdad si un día la desgracia cesa de afligirnos. Para eso será necesario que se cambie la faz de los reinos de Europa, y que se viertan torrentes de sangre. Entre tanto respeta el secreto que no debo revelarte.

—¿Pero nada puedo esperar?

—Puedes esperar lo todo si consientes en sacrificarlo todo por mí.

—¡Oh! ¡y qué sacrificio no haría yo por tu amor!

—Hubo un momento, dijo tristemente Amina, en que yo olvidé por tí mi condición, mi honor y los proyectos de mi padre. Cuando vine en mal hora á la corte del rey de España, para desempeñar al lado de la reina un servicio que me humillaba, y que yo sufría porque tal era la voluntad de mi padre, tenía el corazón libre, no amaba; pero sentía una ardiente necesidad de amar: llegó un día en que oí hablar de tí; se ponderaban tu hermosura, tu juventud, tu valor, tu generosidad: supe que los ociosos de la corte habían uido nuestros destinos de una manera extraña: á tí te llamaban *mi hombre*, á mí, *tu mujer*. Era necesario que yo te viese, para que pudiera contestarme á esta pregunta que me había hecho con cólera al escuchar aquellas extrañas palabras.—¿Qué puede haber de común entre ese marqués tan ponderado y yo? Pero cuando te ví al fin, cuando ví tu semblante al reflejo de la luna después del incendio de la iglesia del Buen Suceso, que me había aterrado; cuando sentí llegar tu mirada hasta el fondo de mi alma, inflamándola, llenando su vacío con un fuego divino, abriendo para mí una nueva vida; la vida del amor.... ¡Oh! entonces comprendí lo que el mundo había encontrado de común entre nosotros; entonces comprendí que tú eras mi hom-

bre; más todavía: mi esperanza, mi felicidad, mi Dios.

Al decir estas palabras, el semblante de Amina fué perdiendo gradualmente la fría rigidez que hasta entonces había afectado por orgullo; brotó á él la pasión; acreció su palidez, sus ojos lanzaron un fulgor divino, sus hermosos y rojos labios se mostraron trémulos y entreabiertos, y como iluminado por el reflejo del semblante de Amina, el marqués resplandecía también.

Hay situaciones en que no se habla, porque el lenguaje humano no tiene palabras para expresar lo que en tales momentos el alma siente; situaciones en que los ojos que lucen con una fuerza superior á la que puede suponerse en la vida; en que la sangre que afluye al corazón; los latidos de este que se oyen; un no sé qué de sobrenatural, de fantástico, de divino, que emana de esa semejanza de Dios que se llama criatura, hablan por sí mismos con un lenguaje más elocuente, más sublime que el lenguaje material; y cuando el alma se exhala, como que se escapa por todo nuestro ser, cuando ese ser es una mujer tan hermosa como Amina, tan pura (y decimos tan pura porque la pureza reside en el alma y no pueden mancharla las miserias de la vida), aquella mujer es el angel de redención y de perdón, ó el demonio de perdición con que Dios glorifica ó condena á un hombre sobre la tierra.

Don Juan se estremecía bajo la mirada de Amina, bajo su aliento, ante su hermosura; don Juan sentía el horrible tormento del placer que hierre porque no tenemos sentidos bastantes para absorverle: don Juan se sentía levantado á una altura inmensa sobre la tierra, flotando en un espacio aéreo, ardiente, impulsado por un torbellino de fuego.

—¿Con que me amas? ¿me amas? exclamó con delirio.

—¿Si no te amara viviría? exclamó Amina. ¿Si no te amara te hubiera introducido bajo el techo de mi padre para que vieses por tus ojos y no dudases de mí? ¿si no te amara me importaría algo que dudases ó no?

—Y bien; si me amas, ¿por qué no ser mi esposa?

—Júrame que jamás levantarás el acero contra mi padre, y te prometo, te juro, que si no soy tu esposa, no lo seré de otro.

—¡Oh! si, si, dijo don Juan transportado; te lo juro por la gloria de mi madre, y por mi honor.

—Por el descanso de tu buena madre sí; dijo Amina levantándose con energía; ¡por tu honor no!

—¿Por mi honor no? exclamó levantándose asombrado el marqués.

—¿A qué llamais los castellanos honor? exclamó con desprecio Amina; á seguir ciegamente y como viles esclavos á un rey tirano; á un rey á quien el Altísimo sostiene en un trono para castigar los pecados de un pueblo: cuando ese rey fija la mirada codiciosa en una región feliz, rica y próspera y la ambiciona; cuando ese rey os dice: tomad mi estandarte y empapadlo en sangre humana, porque es necesario que yo añada á mi blasón real los blasones de aquel otro pueblo, id, conquistadle, destrozadle, esclavizadle, yo lo quiero; es necesario que yo sea rico, grande y fuerte, á costa de la pobreza, la abyección, y la debilidad de pueblos enteros; id; que os lo mando yo..... cuando el rey os dice: id á llevar el luto, la servidumbre y la deshonra á otros países, vosotros llamáis honor á la obediencia que os pone las armas en la mano y os lleva, como bandidos en cuadrilla, á apoderaros por fuerza de lo que no es vuestro; á robar lo que Dios quiere que sea respetado. ¡Oh, no!

ese honor es la infamia; el verdadero honor es el que defiende la patria, el que ampara al pobre y al desvalido, el que acomete á los tiranos y los vence ó sucumbe: los castellanos no comprendéis ni el honor ni la gloria; llamáis honor al crimen y gloria á la infamia. No; yo acepto tu juramento por el descanso de tu madre, por mi amor, por tu alma, pero por lo que tú crees honor, no: ese honor te haría mi enemigo; ese honor te obligaría á delatar á mi padre, á entregarle al verdugo; ese honor te obligaría mañana á degollarme ó á contribuir á que fuese vendida como esclava: ese honor te separa de mí.

—¿Luego eres enemiga de los castellanos?

—Sí, enemiga á muerte.

—¿Y por qué entonces cuando nos encontramos, no me dijiste: sigue tu camino, y no procures unirte á mí porque un abismo nos separa?

—¡Oh! ¡los hombres son cobardes, muy cobardes! exclamó con acento frío y acerado Amina; ¡el valor es de la mujer, exclusivamente de la mujer! ¡nosotras lo sacrificamos todo por ellos, patria, religión, virtud, felicidad! ¡nos perdemos en cuerpo y alma por ellos! ¡ellos no saben sacrificarnos nada! ¡Ya se vé! ¡la mujer ha nacido para ser esclava! ¿por qué te amaba antes de conocerte? ¿por qué, si en aquellos momentos me hubieras pedido la vida te la hubiera dado sonriendo? ¡Oh, vosotros no amáis! ¡vosotros...! ¡ni aun siquiera comprendéis de cuanto es capaz una mujer enamorada!

—Pues bien; si eso es verdad; si alientas en tu alma esa fuerza sublime del amor, sígueme.

—¡Abandonando á mi padre! ¡No! ¡jamás!

—¿Con que en el momento de la prueba retrocedes? ¿Con que no has pronunciado más que palabras vanas?

—Escrito está en los libros de la luz, dijo gravemente Amina, que por el hombre abandone la mujer á su padre y á su madre; pero no está escrito en ninguna parte que la mujer asesine al hombre á quien ama.

—¿Es decir que si me siguieses abandonando á tu padre?...

—Allí, donde quiera que nos ocultásemos, iría la venganza de mi padre: venganza terrible, implacable, fría: ¡oh, que horror! cuanto he podido sacrificarte, te lo he sacrificado, sin dudar, sin retroceder; todo lo que en adelante pueda sacrificarte, te lo sacrificaré... pero no me pidas tu propio sacrificio, ¡eso jamás!

—¿De modo que será forzoso que nos separemos?

Amina fijó en el marqués, con una ansiedad indescribible, sus hermosos ojos, que á pesar de sus esfuerzos por mostrarse serena, se llenaron de lágrimas.

—Separémonos, más bien, dijo: olvídate si puedes; en cuanto á mí.... yo nunca te olvidaré.

—¿Y para esto me has llamado?

—Yo te esperaba y te esperaba para hablarte; pero sin el desgraciado encuentro que has tenido junto al postigo de mi casa, si no hubieras visto entrar por él un hombre, te hubiera hablado por la reja para decirte: —«Me has ofendido de una manera cruel, y sin embargo te amo: durante algún tiempo no nos veremos, pero espera: yo te amaré siempre: cuenta conmigo.»—Dios lo quiso de otro modo: el príncipe don Carlos había entrado en mi casa, y era necesario que supieses lo que hacía en ella; por esta razón has conocido graves secretos.

—¡De modo que, obedeciendo á ese honor castellano que tan extraviado y absurdo te parece, debía yo como español y caballero, revelar al rey cuanto he visto y cuanto he oído....!

Irguió la cabeza Amina y dijo friamente:

—Hazlo, don Juan, hazlo, y me habrás devuelto la felicidad.

—¡Ah! ¡serías feliz!

—Sí, porque si cometieras tal infamia, no serías ya el hombre que mi amor había soñado; dejaría de amarte, y... dejando de amarte, sería muy feliz, mucho.

—¡Muy feliz! exclamó con extrañeza el marqués.

—Sí, muy feliz: nada me importaría no verte, no saber de ti... y... más que eso: entonces me vengaría de un infame que me había tomado por juguete.

Aminá apenas podía hablar: la voz se ahogaba en su garganta.

—¿Y nada temes por ti, nada por tu padre? exclamó asombrado y fuera de sí el marqués que sufría horriblemente.

—El rey de España, dijo con altivez Amina, nada puede contra nosotros; aunque nos sepultase en el más lóbrego calabozo de la Inquisición, nuestras cadenas se romperían como si fueran de vidrio: las puertas, los muros, se abrirían para darnos libertad. De otro modo, si no estuviésemos á salvo, ¿crees que por mucho que me interese el que no puedas dudar de mi amor y de mi honra, hubiera yo vendido la cabeza de mi padre?

—Sea cualquier el poder de tu padre, Esperanza, no seré yo quien le ponga á prueba, revelando al rey lo que esta noche he visto y oído en tu casa.

—Pero repara que de ese modo eres traidor á tu amo el rey de España, dijo con sarcasmo Amina.

—Entre el rey y mi amor, dijo el marqués con voz firme, mi amor es lo primero.

—¡Oh! ¡espéralo todo de mí! exclamó con una alegría infinita Amina.

—¡Que lo espere todo de ti!

—¡Oh! sí, sí, has salido victorioso de una terrible prueba: tu amor es grande, valiente, inmenso como el mio. Tú me sacrificas lo que crees, lo que llamas tu honor. Yo te sacrificaré mi vida, mi corona... pero es necesario esperar.

Al oír la palabra *corona*, el marqués hizo un movimiento de extrañeza.

—Sí, mi corona, dijo Amina; no creas que estoy loca; mi corona, ya sea la de un pueblo poderoso y vencedor, ya la de una raza vencida, perseguida, errante, es siempre una corona. Si un día me dices: estoy dispuesto á abrazar, aunque solo sea en apariencia, la religión de los tuyos, á defender tu pueblo, á ser tu esposo, entonces se aclararán para ti tantos misterios. Ahora, don Juan, escucha: la fatalidad nos obliga á separarnos, y en algún tiempo no nos veremos. Pero siempre tendrás á tu lado, sin que lo conozcas, sí que lo veas, como lo tienes ahora, siguiéndote á todas partes, quien vele por tí, quien te proteja, quien ponga oro en tu bolsa, si es necesario, sin que tú veas la mano que lo pone. Además, podrá suceder que un día tu lealtad, el resto de lealtad que conservas aun al rey de las Españas, te lance á la guerra: entonces, don Juan, si esa guerra es contra hombres de otra religión, toma: lleva este amuleto sobre las armas, pero de modo que se vea y nada temas: el hierro enemigo no te tocará.

Amina se quitó del cuello una rica cadena de oro de la cual pendía una placa esmaltada guarnecida de diamantes, en cuyo centro había algunos caracteres azules enteramente extraños para el marqués, y le puso la cadena al cuello.

—¡Oh! la llevaré siempre sobre mi corazón, exclamó don Juan besando apasionadamente aquella joya, que

aun conservaba el calor del seno de Amina.

—Sobre el corazón en paz; sobre la coraza en guerra. Ahora es preciso que nos separemos, don Juan.

—¡Separarnos!

—Sí; es necesario de todo punto

—¿Y cuando nos volveremos á ver?

—¡Oh! ¿quién sabe? dijo tristemente Amina: tal vez pronto, tal vez nunca.

Y asiendo de la mano al marqués le condujo á una habitación oscura, abrió un balcón y miró á fuera.

—¡Nadie hay en la calle! dijo Amina: nada se oye...

—¡Oh! ¡Esperanza! ¡Esperanza! dijo el marqués: ¡yo no puedo separarme de tí!

Oyéronse entonces en el interior algunas puertas que se abrían.

—¡Mi padre! exclamó Amina: ¡vete!

Don Juan la estrechó rápidamente entre sus brazos, Amina se escapó de ellos, y empujándole hácia el balcón, le dijo:

—Vete... ¡y no me olvides!

—¡Adios, vida de mi vida! dijo el marqués: ¡jamás te olvidaré!

Y echándose fuera de la balaustrada del balcón, se descolgó por una rejilla á la calle.

Cuando estuvo en ella, Amina se asomó al balcón, y dijo conteniendo mal sus sollozos:

—Toma, don Juan, y lee, y cuando hayas leído, comprenderás cuánto estás obligado á amarme.

Dicho esto, arrojó una carta á la calle, desapareció de la balaustrada, y se oyó el ruido de las maderas del balcón que se cerraban.

—¡Oh, Dios mío! exclamó don Juan recogiendo la carta: ¡esto es para volverse loco!

Y ansioso por conocer el contenido de aquella carta, se encaminó á buen paso á una esquina situada al otro extremo de la calle, donde un faroli-

llo, puesto por la devoción de los vecinos, alumbraba el tétrico nicho de un Ecce-Homo.

Para llegar allí, tenía que pasar necesariamente por el sitio donde había caído muerto ó herido, el hombre que había quedado aguardando al príncipe de Asturias, en el postigo de la casa de Amina.

El marqués no miró á aquel sitio, ni se acordó siquiera de que allí acaso había muerto á un hombre.

Cuando llegó delante del nicho del Ecce-Homo, abrió la carta, de la cual se desprendía un leve y delicado perfume, y leyó estas breves, pero terribles palabras:

«Don Juan de mi alma: hay cosas que el pudor impide á una mujer revelar ni aun á su mismo esposo; pero es preciso que sepas que alienta en mis entrañas un hijo de nuestro amor.— Tu Esperanza.»

Don Juan lanzó un grito insensato de amor, de alegría, de dolor; arrugó en un movimiento frenético aquella carta entre sus manos, la oprimió contra su boca y luego... luego cayó de rodillas ante el Cristo, fijó en él sus ojos, llenos de fe, de esperanza, y aun podremos decir de caridad, y exclamó:

—¡Señor! ¡Divino Señor! ¡Vela por ella y por mi hijo!

En aquel momento el marqués se sintió asido...

Pero antes de relatar lo que sucedió á don Juan, es necesario que retrocedamos un tanto y volvamos á la casa de la princesa Angiolina Visconti.

CAPÍTULO XI.

LO QUE HIZO LA PRINCESA ARRASTRADA POR SUS CELOS.

El autor recuerda haber dicho anteriormente, que Angiolina Visconti

se había separado de la manera más ruda y tormentosa del marquesito de la Guardia, dejándole solo en el lindo retrete donde le había recibido.

La princesa atravesó rápidamente algunas habitaciones, y en una de ellas se detuvo y se puso á contemplarse en un magnífico espejo de Venecia.

¿Con qué objeto era esta contemplación de sí misma?

La princesa estaba resuelta á vengarse, y por lo mismo concentraba sus fuerzas y contaba sus recursos.

Entre estos era uno poderosísimo su hermosura.

Por esto Angiolina se miraba al espejo. Se preguntaba qué motivo había tenido el marqués para abandonarla á ella, la altiva hermosura que tan codiciada era por los hombres de más valer de la corte: el espejo le dijo que era tan hermosa como la duquesa de la Jarilla, y sin embargo, la fiebre que su hermosura había producido en la loca imaginación del marqués de la Guardia había pasado; la princesa comprendió que el marqués había usado de ella como de un instrumento; vió, sin que pudiera quedarla ni aun el leve consuelo de la duda, que la hermosa duquesita poseía todo entero el corazón de don Juan, á quien ella amaba con toda su alma: su aborrecimiento hacía Amina crecer, y pensó en vengarse de ella usando de los terribles papeles que Bempo la había traído de Granada.

Angiolina era una fatalidad más que la suerte arrojaba delante de Yaye ebn Al-Hamar, del poderoso emir de los monteses, ó del duque viudo de la Jarilla, si nuestros lectores han olvidado que tenía estos dos nombres.

Amina, la nieta de cien reyes, ofrecida por su padre en aras de su patria, tenía ante sí un enemigo terrible, una mujer hermosa, altiva, enamorada y celosa de ella. Por aquella

mujer, el marqués de la Guardia había llegado á ser para Amina una doble fatalidad.

Pensando en su venganza Angiolina se miraba profundamente al espejo.

Ya hemos dicho lo que sabemos acerca de la figura y de los atractivos de la princesa; réstanos decir, que el traje que en aquella situación vestía, realizaba sus atractivos.

Un justillo de brocado de oro sobre azul de cielo muy bajo, indicaba su escasa y flexible cintura, su seno y sus hombros, cerrándose en el cuello por una gola rizada de encaje de Flandes. Las mangas ceñidas, acuchilladas y tomadas de perlas, dejaban ver el magnífico contorno de sus brazos y terminaban en dos puñitos del mismo encaje, bajo los cuales medio se ocultaban unos ricos brazaletes de oro cincelado y diamantes: la falda ancha, larga, terminada por detrás en cola, flotante y vaporosa, era de damasco brocado de oro en blanco. Las faldetas que unían al justillo con la falda, estaban guarnecidas de perlas, y rodeaba su cintura de un cordón de oro; ese cordón estaba sujeto en el talle por un broche de esmeraldas y anudado y trenzado caprichosamente á lo largo de la falda, con perlas y esmeraldas en los entrelazos, terminando en dos gruesas borlas de perlas; en los cabellos, recogidos atrás en trenzas, mostraba también algunas ricas joyas, colocadas con un exquisito gusto; últimamente, llevaba arracadas de pedrería, y en las bellísimas y blancas manos una multitud de cintillos de valor según la moda de aquellos tiempos.

La pobre princesa se había puesto, por parecer bella á don Juan, todo lo que la quedaba de su guardajoyas.

Pero como es lo más difícil del mundo, que una mujer parezca hermosa á un hombre hastiado de ella, la

pobre princesa, aunque estaba, no solamente hermosa, sino hermosísima, radiante, adorable, no logró causar efecto en don Juan.

Angiolina, por lo tanto, consultaba con su espejo, con ese severo confidente de la mujer, que de una manera tan despiadada la arroja á la cara los estragos que hacen en su hermosura los años, las enfermedades y los pesares; que nada la oculta, ni la primera cana, ni la primera arruga, ni la palidez del cansancio; confidente á quien la mujer sonríe cuando la presenta tesoros de hermosura; ante el cual se irrita cuando aquella hermosura empieza á empalidecer, á marchitarse: la princesa, repetimos, preguntaba á su espejo la razón que podía haber tenido el marqués para mostrarse con ella tan cruel, tan terrible, tan desenamorado; el espejo la contestó que era hermosa, con todo el esplendor de su hermosura; que sus ojos eran brillantes, sus miradas irresistibles, irresistibles sus encantos: la presentó su vigorosa juventud, con toda su exhuberancia de vida, pero al mismo tiempo la presentó la lividez de la cólera que alteraba aquellos encantos; la expresión amenazadora y letal de su mirada, que daba á sus ojos toda la apariencia de los ojos sangrientos de la leona irritada: comprendió que la cólera era un enemigo terrible de la hermosura, que la verdadera fuerza de la mujer está en su aparente debilidad; comprendió que había hecho muy mal en dejarse arrebatar por sus pasiones excitadas, y que acaso don Juan había retrocedido irritado y desencantado ante su mirada amenazadora, cuando tal vez hubiera caído á sus piés, si en vez de amenazarle hubiera recurrido á las lágrimas.

Angiolina quiso saber si podía dominar la cólera, la irritación, el despecho que agitaban su alma; si podía

ocultar aquel volcán rugiente y amenazador bajo un aspecto tranquilo y riante: entonces tuvo lugar una transformación en el brillante fondo del espejo; desapareció el angel rebelde, y quedó el angel del sufrimiento, con su belleza espiritualizada por el dolor, por un dolor intenso, paciente, resignado. Angiolina lanzó un grito de alegría: nunca se había contemplado tan hermosa como bajo aquel antifaz de resignación, de sufrimiento íntimo. Ensayó una y otra vez, irritando sus pasiones con el candente recuerdo del desprecio de don Juan, si podía dominarlas, concentrarlas en el fondo de su alma, velarlas con una mirada dulce, triste, anhelante: una y otra vez el resultado sobrepujó á sus esperanzas; una y otra vez se contempló sucesivamente más hermosa.

—¡Ah! exclamó: he ahí, he ahí mi fuerza: he sido una insensata en dejarme arrebatar por la cólera: la amenaza ha irritado á don Juan; mi sumisión y mis lágrimas le hubieran hecho caer de nuevo enloquecido entre mis brazos... probaré, probaré el rendimiento sin renunciar á mi venganza, y si el rendimiento no basta para volverme el corazón don Juan... ¡ah! entonces es necesario también ocultar en el fondo de mi alma mi desesperación: mostrarme tranquila; provocar el amor de los que pueden servirme para llevar á cabo mi venganza; no dejar sospechar á nadie lo que pasa en mi alma, para que ninguno pueda despreciarme, ni crearme despreciada: tal vez don Juan no resista al pensamiento de que ninguna herida ha hecho en mí su abandono; los hombres son más vanidosos que las mujeres: tal vez el deseo de hacerme sufrir, de verme llorar y retorcerme á sus piés desesperada, le vuelvan á mí, le arrojen á mis piés, me hagan su señora: ¡oh! ¡sí! ¡sí! y pues-

to que la mentira es el alma de la mujer, mintamos.... mintamos hasta el punto, de que todos me crean venturosa; no debemos derramar ni aun á solas nuestras lágrimas.... las lágrimas dejan horribles huellas en el semblante de una mujer, cuando estas lágrimas son de fuego, como las que yo vertería si no dominase mi llanto, si no le encerrase en mi corazón: que hierva encerrado en él, que se convierta en un tósigo mortal para el marqués y para esa mujer por quien me abandona; una mujer que llora, solo puede conmover al hombre que la ama; cuando el hombre amado ama á otra, la mujer ofendida no debe llorar, no debe dejar ver al mundo su desolación, para que el mundo no pueda decir: ¡pobre mujer abandonada! para que el mundo no pueda despreciarla.

Y después de este razonamiento, la paz más profunda se fijó en el semblante de Angiolina, volvió á sus ojos su brillo deslumbrador, á su mirada la dulzura, á su boca la expresión riente que tanto la embellecía: nadie, al verla, hubiera sospechado que aquella mujer, que parecía tan feliz, guardaba dentro de su alma un infierno; que era por decirlo así, un horrible abismo cubierto de flores.

Solo un hombre existía que debía necesariamente conocer aquel abismo; ver el cieno infectado á través de la tersa superficie de aquel lago engañador; aquel hombre era Bempo.

En el momento en que Angiolina se separó del marqués, mandó al italiano que siguiese al jóven, que averiguase donde paraba, y que volviese á avisarla.

Bempo volvió una hora después.

—Excelencia, dijo, en ese acento dulce y cadencioso de los romanos; he cumplido vuestras órdenes.

—¿Has seguido al marqués?

—Sí, excelencia.

—¿Dónde ha ido?

—Á colocarse en acecho bajo un soportal, frente al postigo de la casa de la duquesa de la Jarilla.

—¿Qué ha hecho después?

—Dos hombres han llegado á aquel postigo; el uno ha entrado valiéndose de una llave; el otro ha quedado esperando; el marqués le ha acometido, aquel hombre se ha puesto en defensa, y al fin, ha caído bajo la espada del marqués.

—¡Muerto!

—No.

—¿Has reconocido, pues, á ese hombre?

—Sí.

—Has sido imprudente, Bempo; ya sabes que no quiero que te expongas.

—Es tarde: la calleja apartada y solitaria; no había peligro.

—¿Y dices que ese hombre no ha muerto?

—No; pero puede morir.

—¿Le has conocido?

—Es la noche muy oscura.

—¿Qué hizo después el marqués?

—Se dirigió furioso al postigo de la casa de la duquesa; pero antes de llegar á él, la misma duquesa apareció en uno de los balcones y le habló.

—Y... ¿qué hablaron?

—Estaba demasiado lejos para poder oír su conversación, que por otra parte, duró muy poco; el marqués trepó por una reja y entró por un balcón en la casa de la duquesa.

—¡Ah!.... ¡entró!.... ¡por un balcón!

—Sí, y yo, creyendo que no saldría tan pronto, he venido á avisaros, excelencia.

—Has hecho bien, Bempo, dijo tranquilamente Angiolina: es necesario que vuelvas.

Aquella especie de *lazzaroni* se volvió hacia la puerta.

—Espera, añadió la princesa: es necesario que vuelvas; pero no vuel-

vas solo.

—¿Y qué he de hacer?

—Lleva contigo cuatro de tus amigos, de tus buenos amigos; ¿me entiendes?

Bempo hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Ven con ellos por el postigo del huerto, continuó Angiolina; yo misma te abriré: después, te lo encargo ahora porque no quiero hablarte delante de esos hombres; tomarás una de mis sillas de mano, é irás con ella y con tus cuatro amigos á la calle donde ha quedado ese hombre herido, y si no ha muerto le meteréis en la silla, y le traerás á casa, entrando en ella por el mismo postigo que yo abriré: luego volverás con tus cuatro camaradas á la misma calle; te ocultarás donde puedas ver sin ser visto el postigo de la casa de la duquesa, y harás que uno de los tuyos siga, cuando salga, al hombre que entró por el postigo, y que averigüe su paradero. Tú, con los restantes, te apoderarás del marqués cuando salga de esa casa: te apoderarás de él, ¿lo entiendes?

—¿Muerto ó vivo?

—Vivo; debes evitar una lucha: cuatro hombres bien pueden sorprender y sujetar en una calleja oscura á otro hombre que va por ella descuidado. Para conducirlo aquí, te prevenirás de otra silla de manos, y le meterás en ella con los ojos vendados.

—¿Es decir que he de traer aquí al marqués como al otro?

—Sí.

—¿Por el mismo sitio?

—Sí, por el postigo del huerto. Nada más tengo que encargarte, Bempo.

Bempo no se movió.

—¿A qué esperas? dijo con impaciencia Angiolina.

—No tengo dinero, excelencia, contestó gravemente Bempo.

—¡Ah! ¡no tienes dinero!

—Los cuatro hombres que han de acompañarme, no me seguirán si no se les paga á peso de oro. Los valientes de España no me conocen tanto como los *lazzaroni* de Roma. Además, entonces un solo paseo nocturno por la campiña, me bastaba para no verme en el caso de pedirlos nada: pero ahora es distinto.

—Toma: dijo Angiolina, quitándose un joyel de diamantes de su prendido.

—¡Buena prenda! dijo Bempo: ahora todo es posible.

Y girando sobre sus talones, desapareció por una puerta inmediata.

Sigámosle.

Atravesó algunas habitaciones y algunos corredores oscuros, bajó una escalera, cruzó un patio, pasó de él á un huerto, y abrió una puerta oculta bajo un emparrado: tras aquella puerta había dos habitaciones reducidas, y en la interior, que era un dormitorio, se veía una imagen de la virgen, delante de la cual ardía una lámpara.

Bempo abrió un arca que estaba en el mismo dormitorio, sacó de uno de sus ángulos algunas monedas de oro, que guardó en una bolsa de seda, envolvió el joyel en un paño, y le ocultó en otro ángulo del arca: después salió, cerró la puerta del aposento, atravesó el huerto, y llegando á un postigo, descorrió sus cerrojos y salió á una calle estrecha: poco después una sombra informe de mujer, llegó á aquel postigo que solo había quedado encajado; corrió de nuevo sus cerrojos, y quedó esperando junto al quicio.

Aquella mujer estaba envuelta en un manto.

Bempo se encaminó á buen paso á la Cava Baja de San Miguel, y llamó á la puerta de una casa de mezquina apariencia.

Contestó desde adentro una voz

breve, enérgica, y al parecer de hombre de bríos; mediaron algunas breves contestaciones entre el de adentro y el de afuera, y la puerta se abrió.

Apareció tras ella un hombre fornido, de buena estatura, de semblante extremadamente sesgado, verdadero semblante de bandido español: aquel hombre por lo exiguo de sus vestidos, y por el efecto que causaba en sus ojos el resplandor de la luz con que se alumbraba, demostraba claro que acababa de dejar el sueño y el lecho.

—¿Qué se os ofrece á estas horas, amigo? dijo á Bempo.

—Déjame entrar, camarada, contestó el italiano; tenemos que hablar de cosas que no son para oídas de nadie.

—Entrad, pues.

Adelantó Bempo, cerró el otro la puerta, y atravesando el zaguán introdujo á su visitante en una habitación baja.

—Aquí nadie puede oírnos, dijo el de la casa dejando sobre una mesa la luz con que se alumbraba y sentándose en un arca.

Sentóse Bempo en un banquillo de pino, y dijo:

—Los valientes se conocen, Pablo.

—Bien, ¿y qué? contestó el otro.

—Cuando los valientes se conocen y están seguros unos de otros, se sirven en lo que han menester.

—Bien, ¿y qué? repitió flemáticamente Pablo.

—Yo necesito que me ayudeis tú y otro tres de tus camaradas.

—¿En qué y cómo?

—Hay que recoger á un herido y apresar á un hidalgo.

—¡Ah! ¿y quién necesita eso?

—La persona que me envía.

—¿Y quién es esa persona?

—No hay necesidad de conocer su nombre si se conoce su oro.

—Señor Bempo, dijo Pablo leván-

tándose: merecáis un chirlo en la cara por vuestra desvergüenza.

—¡Bah! dejémonos de bravatas, dijo Bempo sin moverse de su asiento, lo que obligó al llamado Pablo á sentarse de nuevo; el hombre lleva en la cara su oficio; y aunque yo sólo os he conocido en la Tela y en los tiros de espada, sabeis que nos hemos comprendido y nos hemos estrechado las manos, porque, como quien dice, somos de la misma madera. Vosotros pasáis por buenos soldados de á caballo del rey, en la corneta del señor capitán don Luis Moncada, y yo paso por criado del príncipe Lorenzini Maffei; pero cualquiera que no sea lerdo, á poco que nos mire puede decir: hé ahí unos buenos bandidos. ¡Bah! yo no os he pedido hasta ahora ningún favor, pero contaba y cuento con vosotros, como vosotros podeis contar conmigo, sobre todo, cuando los servicios se pagan bien, tan bien como el que os pido.

Y Bempo sacó algunos doblones de á ocho y los extendió sobre la mesa.

Pablo miró con más cólera que codicia el dinero; pero instantáneamente aquella chispa de irritación se apagó en sus ojos, reemplazándola una expresión profundamente pensadora, y después de un momento de silencio, dijo:

—Tu eres mayordomo, ó lacayo, ó qué se yo, de una princesa italiana.

—Es verdad, dijo Bempo.

—De la señora Angiolina Visconti.

—Es verdad.

—¿Y es esa dama..... quien nos paga?

—Vamos, no quiere ocultártelo, ella es: pero guárdame el secreto.

—¡Ah! tratándose de esa dama es distinto. Dicen que es querida del marqués de la Guardia.

—Mucho sabes.

—Oímos hablar mucho de galanteos y aventuras á nuestros cabos y

alféreces cuando damos la guardia al rey.

—Sea como quiera: aquí de lo que se trata es de recoger un herido, y de esperar á que salga de cierta casa donde ha entrado el marqués de la Guardia, y apoderarnos de él.

—Dicen que el marqués es muy valiente.

—Pero la noche es oscura: se le deja pasar y se le acomete y se le sujeta por la espalda.

Quedó de nuevo profundamente pensativo Pablo.

—Asunto concuido dijo: ¿esta es la señal?

—Ese oro es la paga.

—Poca paga es, pero no importa; voy á despertar á tres de los amigos y al momento estamos listos.

—Ya sabía yo que nos entenderíamos.

—¡Los valientes se conocen! dijo Pablo con acento indefinible, guardándose el dinero.

Poco después cinco hombres embozados salían de aquella casa, atravesaban algunas calles, y llegaban al postigo del huerto de la casa de la princesa; que se abrió inmediatamente después de haber llamado á él recatadamente Bempo.

Los otros cuatro hombres no vieron quién había abierto y entraron siguiendo á Bempo que les llevó entre unos árboles, donde había una silla de manos.

Dos de los embozados se terciaron las capas, cargaron con la silla, y salieron precedidos de Bempo y de los otros dos: el postigo volvió á cerrarse y sus corrojos se corrieron en silencio.

Un reloj dió á lo lejos la una de la noche.

Esta continuaba densamente oscura.

Solo de tiempo en tiempo se escuchaba el reñir de dos perros que dis-

putaban un hueso: solo de largo en largo trecho se veía un embozado pegado á una reja ocupado en lo que de tiempo inmemorial se llama en España *pelar la pava*: pero no encontraron una sola ronda.

Era una noche propósito para el crimen.

Cuando llegaron á la calleja á donde correspondía la parte posterior de la casa del duque de la Jarilla, Bempo se encaminó en derechura al sitio donde había visto caer al herido.

Aún estaba allí; el trastorno, el desvanecimiento que le había causado la herida había pasado; se quejaba, pero débilmente, á causa sin duda de la pérdida de la sangre; pugnaba en vano por levantarse, y cuando sintió junto á sí á Bempo y á sus cuatro acompañantes, exclamó con voz casi imperceptible:

—Quien quiera que seais, socorredme, y después de pagaros yo, Dios os lo pagará.

—Sí, sí, dijo Bempo; á socorremos venimos, señor, hidalgo: ea, camaradas, ayudadme y pongámosle en la silla.

Dos de aquellos hombres ayudaron á Bempo y levantaron del suelo al herido, que con el dolor causado por aquel movimiento se desmayó.

Una vez colocado en la silla, Bempo se dirigió á uno de los que le acompañaban.

—Ven conmigo, Pablo, le dijo, y que nos siga uno de tus camaradas.

El italiano llevó á los dos hombres frente al postigo de la casa del duque y les dijo ocultándolos en el soportal donde poco antes se había ocultado el marqués.

—Observad desde aquí ese postigo; si sale por él un hombre seguidle uno de vosotros recatadamente, y sin perderle de vista, hasta ver en dónde para. Luego el que le siga irá á esperar junto al postigo del huerto

por donde hemos sacado la silla de manos.

—¿Y si ese hombre se apercibe de que le siguen?

—Que no pueda aperibirse. Mientras el uno le sigue el otro debe permanecer aquí y observar lo que pase en esa casa (y señaló la del duque). Ahora adios; voy á despachar el asunto del herido con vuestros compañeros.

Dicho esto, Bempo fué á reunirse con los que habían quedado guardando la silla, y cuando llegó á ellos les dijo:

—En marcha.

Cargaron aquellos dos hombres con la silla, y precedidos por Bempo, y dando una buena idea de sus fuerzas en la velocidad con que conducían al herido, llegaron en poco tiempo al postigo de la casa de la princesa, que se abrió al primer llamamiento de Bempo, y silla y hombres se perdieron tras el postigo que volvió á cerrarse.

Media hora después, Bempo y los dos hombres llevando de nuevo consigo la silla de manos salieron por el postigo y se encaminaron al soportal donde habían quedado los otros dos hombres en acecho de la casa de Yaye.

Bempo llamó á Pablo.

—Ha ido en seguimiento de un hombre que ha salido por ese postigo, dijo lacónicamente una voz contenida desde lo oscuro.

—¿Hace mucho tiempo que ese hombre ha salido? preguntó Bempo.

—A poco de vosotros haberos alejado.

—¿Y no ha acontecido ninguna otra novedad en esa casa?

—Ninguna, á excepción de que, cuando nos pusimos en acecho todos los balcones estaban oscuros, y desde poco después de haber salido el hombre á quien ha acompañado Pablo, ha

aparecido la luz que se ve reflejar tras las celosías de ese mirador.

En efecto, se veía el reflejo de una luz tras los miradores de Amina.

—Pues bien, atención y silencio, dijo Bempo.

Dieron sucesivamente las dos, las tres y las tres y media en los relojes de la villa, sin que se notase movimiento alguno en la casa de Yaye: al fin, poco después de las tres y media, se abrió uno de los balcones que habían permanecido oscuros, se oyeron en él las voces contenidas de dos personas, y luego un hombre se descolgó del balcón por una reja á la calle: apareció en el balcón una sombra blanca, habló algunas palabras con el hombre que había bajado, dejó caer un papel á la calle, y retirándose del balcón le cerró: el hombre recogió el papel, fué al nicho del Ecce-Homo de la esquina, y á su luz leyó el papel y cayó de rodillas ante el Cristo.

En aquel momento Bempo y los tres embózados que habían seguido recatadamente al marqués de la Guardia, que él era, se arrojaron sobre él.

CAPÍTULO XII.

DE CÓMO LA PRINCESA Y CISNEROS, FUERON LA DAMA Y EL GALÁN DE UNA ESCENA DE COMEDIA.

En una habitación extensa, entapizada con cueros de Flandes, por cima de los cuales se mostraba á trechos la humedad de las paredes, y en un lecho en un apartado ángulo, había un hombre con el pecho descubierto y fuertemente vendado.

Aquel hombre era el comediante Cisneros.

Sobre el vendaje se veían algunas gotas de sangre y junto al lecho, apoyada en él y mirando con sumo inte-

rés al herido, que había vuelto enteramente en su conocimiento, estaba una mujer hermosa y deslumbrantemente vestida.

Aquella mujer era Angiolina Visconti.

Una bujía de cera perfumada, puesta en un candelero de plata, sobre una mesa de mármol, iluminaba este grupo.

El semblante de Angiolina dulce y misericordioso, era el semblante de un ángel.

Cisneros la miraba con asombro, con agradecimiento, con toda la alegría que le permitía tener su estado. De tiempo en tiempo, sin embargo, lanzaba un profundo gemido.

—Os sentís muy mal, amigo mio, ¿no es verdad? dijo en una de estas ocasiones la princesa.

—¡Ah, señoral! dijo Cisneros: infinitamente peor me sentiría si no os tuviese á mi lado, os veo, y me parece un sueño: ¡vos, vos junto á mí! ¡caso en vuestra casa! ¡bendita sea la espada que me ha herido!

—No digais eso, señor Cisneros; no digais eso, contestó dulcemente Angiolina; sacadme más bien de la ansiedad en que me teneis: ¿Cómo os sentís?

—Mi herida es muy incómoda, señora; pero juraría que no es peligrosa: no respiro por ella, lo que me demuestra que no ha atravesado la cavidad; sufro porque sin duda el hierro me ha tocado alguna costilla, á lo que atribuyo el haberme desvanecido: estoy débil, pero debo de haber perdido poca sangre: esto será cosa de quince días: quince días en que vos estareis á mi lado, ¿no es verdad?

—¿Y cómo podeis dudar eso, señor Cisneros? ¿á qué os había yo de haber recogido en mi silla de manos y traído á mi casa si no me interesase por vos, é interesándome por vos,

cómo puedo abandonaros ni un momento?

—¡Ah! ¡me habeis encontrado! ¡habeis sido vos!

—Sí, amigo mio; después de la desgracia que os ha acontecido, ha sido para mí una felicidad el encontraros.

—¡Ah! ¡indudablemente Dios no me ha abandonado. ¿Cómo creer que tan tarde la princesa Angiolina Visconti?...

—¡Cómo! ¿me conoceis?

—Los comediantes, señora, conocemos desde la escena á todas esas nobles personas que protejen nuestro bajo oficio dándonos oro á cambio de una habilidad escasa... yo os he visto muchas veces en el corral de la Pacheca (1) en un aposento inmediato al que generalmente ocupa la señora duquesa de la Jarilla.

Angiolina tenía mucho interés en escuchar á Cisneros, al que pensaba utilizar, y aquel interés creció en el momento en que Cisneros nombró á la mujer que ella aborrecía. Por lo mismo que tenía gran interés creyó prudente ocultarle é interrumpiendo á Cisneros le dijo con la mayor naturalidad:

—Os suplico, amigo mio que calléis: habláis demasiado y esto, en el estado en que os encontráis, os puede ser dañoso: si mi presencia ha de haceros hablar será cosa de apartarme de vos para que reposéis.

—¡Ah! ¡no! ¡no os vayáis! vuestra presencia, señora, vuestra bondad, la generosa compasión que brota de vuestras miradas, son el mejor bálsamo que se podría aplicar á mi herida, que por otra parte, os lo afirmo, es más grande que grave: el hablar no me molesta, no me fatiga; por el contrario me distrae y me alivia: desde

(1) Este corral ocupaba poco más ó menos el mismo sitio que hoy ocupa el teatro del Príncipe.

que os he visto, desde que he escuchado vuestra voz me siento reanimado; permaneced, pues, junto á mí, y no me privéis de la felicidad de ver el cielo en vuestro semblante.

—Ya que decís que nada os daña el hablar, de lo que me alegro en el alma, porque eso me prueba que vuestra herida no es grave, permitidme, señor Cisneros, que me ría.

—¿Que os riáis? ¿y de qué?

—De vuestro genio peregrino. Estáis herido y débil, y sin embargo me requebráis, y Dios me perdone, si no me estáis enamorando.

—¿Y de eso os reís? ¡lo comprendo! os causa risa, una risa de desprecio el que un humilde comediante....

Cubrió una dulce seriedad el semblante de la princesa.

—Yo no os desprecio, dijo: hombres de vuestro ingenio más que para despreciados, son para admirados; paréceme, sí, que os creéis en uno de los pasos de amor de las comedias que tan bien representais... y eso me hace reír.

—¡Ah, señora! la palabra de amor que nace del agradecimiento no debe interpretarse de ese modo, y.... luego.... un cómico, por despreciado que sea, al fin es un hombre: un hombre que tiene corazón: y cuando ese hombre ha adorado largo tiempo en silencio á una alta persona; y de repente, después de un lance en que ha sido herido y vencido, encuentra junto á sí á aquella mujer, á quien en otra ocasión no se hubiera atrevido á mirar frente á frente; cuando la imaginación está perturbada, ¿qué mucho que ese hombre, bajo cuanto queráis, cuanto queráis infeliz, diga al ángel que tiene junto á sí: ¡Ah! ¡bendito sea Dios que ha hecho que deba la vida á la mujer á quien amo!

Angiolina miró gravemente, pero sin severidad ni desdén á Cisneros, y

le inundó con una mirada lúcida, intensa, poderosa, que á pesar del estado en que se encontraba y que, como él mismo había dicho, era más doloroso que grave, hizo estremecer al comediante.

—¿Sabéis, señor Cisneros, que lo que me sucede es demasiado extraño? dijo después de un momento de silencio la princesa.

—¡Extraño, señora! ¿y por qué?

—Figuráos que estoy pasando de sorpresa en sorpresa, desde hace dos horas: salgo de casa de una amiga mía donde acostumbro á pasar algunas veladas y de repente, los criados que conducen mi silla se paran: pregunto la causa y me contestan que han tropezado con un hombre herido.

—Muy trastornado estaba yo, cuando solo ví cuatro embozados que se acercaron á socorrerme; dijo Cisneros.

—¡Ah! yo había dejado la silla para que os condujeran á vuestra casa ó á donde indicárais, y habla seguido á pié mi camino acompañada de uno de mis criados: yo esperaba que los que había dejado para que os socorriesen, me traerian la noticia de haberos dejado amparado: pero á poco de haber yo llegado á mi casa se me presentó uno de ellos y me dijo:

—El herido se ha desvanecido, ha perdido el habla y no sabemos á donde conducirlo: en el hospital no nos abrirán á estas horas.

—¡Llevaros al hospital! yo no quise enviar á ciegas á tal punto á un hombre que podía ser muy principal.

—Os engañásteis, pues, señora, dijo Cisneros.

—Y qué ¿no sois vos un hombre principal? ¿Creéis que el noble más noble, vale para las almas que saben sentir, lo que valéis vos que arrancáis dulces lágrimas ó alegre risa de los ojos ó de los labios de vuestros espectadores? ¿que vos que sabéis ser

rey y mendigo, caballero y villano, cortés y rústico, joven y viejo? ¿que tomáis todas las formas, que expresáis todos los sentimientos, que obli-gáis á un público entero á que arroje laureles á vuestros pies? ¿queréis ser más principal? ¿cambiaríais vuestro ingenio por un título de nobleza?

—Sí, dijo Cisneros: aun á condi-ción de volverme estúpido.

—No blasfemeis de la providencia de Dios. ¿Por qué deseais ser peque-ño, cuando habeis nacido grande?

—Sí os parezco noble, y grande, y digno de ser amado, no me cambio por el rey más poderoso de la tierra.

—Dejáos de locuras, y seguidme es-cuchando: os decía, pues, que por vos he pasado esta noche de sorpresa en sorpresa: sorpresa cuando os encontré herido; sorpresa cuando os ví sobre ese lecho y os reconocí; sorpresa cuando me habeis descubierto de una manera que puede llamarse solemne, que me conocíais antes de ahora, que me habíais amado en silencio.... ¡Ah, señor Cisneros! y todas estas sorpre-sas han sido dolorosas para mí:

—¡Dolorosas!

—Sí: doloroso el veros herido; do-loroso el saber que me amáis porque..

—¿Por qué?

—Porque yo no puedo recompensar vuestro amor.

—¡Ah! ¡no me creéis digno!

—No es eso, señor Cisneros, no es eso: es que soy casada.

—¡Ah! murmuró el comediante.

—Por lo mismo no debéis hablar-me de amor.

—Perdonad....

—Sí, os perdono: pero á condición de que no volváis ádecirme amores.

A pesar de esta severidad de pala-bra la princesa no había retirado una de sus manos que Cisneros había asi-do y que estrechaba dulcemente.

—Pero no me abandonéis; exclamó con ansiedad.

—Pues es preciso que os abandone por un momento, amigo mío, dijo la princesa; han llamado á la puerta de la habitación: oid, vuelven á llamar.

—Id, id pues, señora, dijo Cisne-ros, llevando dulcemente la mano de la princesa á sus labios y besándola.

Angiolina solo castigó aquel atre-vimiento retirando bruscamente su mano de la de Cisneros, y separándo-se del lecho sin pronunciar una pala-bra.

Cisneros vió que la princesa atra-vesó rápidamente la cámara y salió por una puerta del fondo.

—¡Ah! pensó Cisneros, dejando caer sobre la almohada la cabeza que había levantado para seguir con la vista á la princesa; padezco horrible-mente: mi cabeza se desvanece: sien-to irritada la herida: esa mujer me ha obligado á hablar: no, no ha sido ella la que me ha encontrado en la calle: los hombres que fueron á bus-carme, iban sin duda enviados de in-tento: ¡yo no pude conocer al hombre que me hirió! los pasos en que ando con el príncipe don Carlos son peli-grosos: ¿quién sabe lo que significa el encontrarme en casa de la princesa? Esta puede ser una buena aventura, si mi herida no es peligrosa: es ver-dad que hace mucho tiempo que esa mujer me enamora; pero ella amaba... estaba loca por el marqués de la Guar-dia.... y hace un momento que, á pe-sar de sus palabras decorosas, pare-cía enamorada de mí.... ¡ah! mis pen-samientos se embrollan. Es necesario que me tranquilice.... ¡Ah! ¡ah! no pensemos en nada.... esperemos.

Cisneros procuró detener su pen-samiento, pero esto era imposible. La fuerza con que su pensamiento se agi-taba influyó al fin de una manera po-derosa en su físico y se desvaneció de nuevo.

CAPÍTULO XIII.

DE CÓMO LA PRINCESA DESCUBRIÓ QUE ERA MÁS FÁCIL SU VENGANZA QUE LO QUE HABÍA CREIDO.

—¿Y bien, qué has hecho? dijo Angiolina á Bempo, al que encontró en el huerto.

He hecho cuanto he podido excelencia: el herido está en vuestro poder.

—Pero... ¿y lo demás? lo demás... nada... ¿te me vienes con las manos vacías!

—No he podido hacer más excelencia: el hombre á quien mandé que siguiera á la persona que saliese por el postigo de la casa del duque de la Jarrilla, la siguió, pero la ha perdido en la oscuridad.

—¿Y el marqués?

—No hemos podido apoderarnos de él.

—¿Qué no habéis podido apoderaros de él cuatro hombres? ¡ah! ¡es verdad! ¡el marqués es valientel

—Decid mas bien, excelencia, que le han ayudado Dios ó el diablo: ya sabéis que Bempo es valiente. Lo sabéis demasiado, Angiolina.—Y al pronunciar estas palabras que establecían cierta familiaridad entre el criado y la señora, los ojos del romano, desplomaron, por decirlo así, una mirada tal sobre los ojos de la princesa, que aquellos ojos vacilaron por un momento en una mirada vaga, dominada.—Ya sabéis que Bempo es valiente: pues bien: el marqués, se desasíó de nuestros brazos en el momento en que le creíamos sujeto; tiró de la espada y nos llevó á estocadas por delante, hasta que ganó un lugar ancho, y escapó.

—¿De modo que será necesario que en adelante desconfie de tu valor?

—Creo que os he servido demasia-

do bien, excelencia, para que podáis desconfiar de Bempo. Además creo que esta noche os he hecho un servicio, que no os hubiérais atrevido á esperar.

—Sí, no esperaba ciertamente que fueras tan cobarde.

—Os he hablado de un servicio, excelencia.

—¿Te queda algo que decirme?

—Sí, por cierto; y algo que daros: algo que os llenará de placer.

—Estás abusando del predominio que crees tener sobre mí, porque posees un secreto mío, Bempo, y me impacientas, y más pareces mi señor, que mi criado.

—Bien sabeis, Angiolina, que ese secreto no ha salido de mi pecho, y en cuanto á lo de impacientarse, no se cual de los dos se impacienta más. Pero concluyamos. Cuando acometimos al marqués, en el momento en que este, con una vigorosa sacudida, se libertó de nuestras manos, dejó caer al suelo un papel que le había dado cierta dama: yo tuve tiempo de recoger el papel, mientras el marqués se defendía, ó, mejor dicho, obligaba á defenderse á mis tres camaradas: ese papel está aquí.

Y Bempo entregó á Angiolina un papel arrugado.

—¿Y qué es esto? dijo la princesa.

—Leedlo, excelencia, leedlo y comprenderéis cuanto vale el papel que os entrego. Vale más que el marqués para vos: mucho más, porque ese papel es vuestra venganza.

—¡Mi venganza!

—Sí, porque ese papel es la deshonra pública de la duquesa de la Jarrilla: deshonra confesada por ella misma: una revelación terrible escrita de su mano.

Angiolina abandonó el huerto, palpitante de ansiedad y entró en una habitación donde había luz, se acercó á ella y leyó ávidamente el papel.

Bempo la había seguido, y al escuchar el grito de suprema alegría de la princesa, exclamó con acento profundo.

—Satanás ha querido que Bempo te sirva mejor de lo que esperabas.

—¡Ah, Bempo, Bempo! ¡yo te amo! exclamó Angiolina arrojándose en los brazos del lazzaroni arrastrada por el horrible agradecimiento de su venganza satisfecha.

Bempo la separó de sí asida por los hombros y la dijo con acento indefinible, posando en ella una indefinible mirada.

—Os engañais, señora; vos no amais á Bempo: Bempo no se llama marqués de la Guardia.

Y volviendo la espalda á la princesa salió lentamente de la habitación.

—¡Ah! dijo Angiolina viéndole alejarse: ¡tienes celos! ¡celos como yo! ¡pues bien, sírveme para mi venganza, aunque después te vengues de mí!

Luego atravesó un corredor, entró en la cámara donde estaba Cisneros, que parecía aletargado, y se sentó en silencio junto al lecho.

CAPITULO XIV.

DE CÓMO SE CONJURABA TODO CONTRA EL EMIR DE LOS MONFÍES.

Al día siguiente, muy temprano, ó por mejor decir, al salir el sol de aquel mismo día, se notaba un gran tráfico en la casa del duque viudo de la Jarilla.

Algunos criados se ocupaban en cargar cofres á la zaga de un enorme coche de camino, y algunos lacayos armados á la gineta sacaban de las caballerizas fuertes caballos: las lanzas de estos hombres se veían en un ángulo del patio, y del arzón poste-

rior de cada caballo, pendía un largo arcabuz.

Todo parecía indicar que se preparaba un viaje.

La casa estaba en movimiento de arriba á abajo, á pesar de que aún no eran las cinco de la mañana, lo que nada tenía de nuevo, puesto que en la casa de Yaye, todos incluso Amina, tenían la costumbre de levantarse muy temprano.

Pero ninguna mañana como aquella, había llamado la joven á sus doncellas para que la peinasen y ataviasen á tales horas. Amina estaba sentada delante de un magnífico tocador, pálida y profundamente pensativa, y dos doncellas se ocupaban en trenzar sus largos cabellos, mientras otras preparaban un hermoso traje de camino.

Ni una palabra se habló durante el atavío de Amina entre ésta y sus doncellas: al fin, cuando el tocado hubo concluido, la joven dijo á una de sus sirvientas:

—Doña María; traed todos mis vestidos de corte y de casa.

La doncella á quien Amina se había dirigido salió.

—Doña Ana, añadió Amina, dirigiéndose á otra doncella; traed un cofrecito que encontrareis en mi retrete.

Salió la otra doncella.

Poco después, casi todos los sillones del aposento estaban cubiertos por magníficos trajes, y sobre la mesa del tocador se había abierto un cofrecillo lleno de joyas.

Amina se volvió á sus doncellas, y las dijo:

—Amigas mías, vamos á separarnos, sabe Dios por cuánto tiempo.

—Pero, señora, dijo una doncella, donde quiera que vuecelencia vaya, necesitará de nuestros servicios.

—Mi viaje es largo, y la vuelta dudosa; dijo tristemente la joven: en

los lugares á donde voy, tengo ya preparada mi servidumbre.

Guardó un momento silencio Amina, y luego continuó:

—Estoy satisfecha de vosotras; me habéis servido bien y quiero dejaros un recuerdo mio.

—¡Ah, señora! demasiado profundo nos los deja vuecelencia con sus bondades, dijo conmovida doña María.

—Ahorremos las lágrimas, dijo Amina, procurando ocultar bajo una sonrisa su commoción, y aprovechemos el tiempo. Aunque nobles, sois pobres; y siendo yo rica, no quiero, cuando voy á separarme de vosotras, acaso para siempre, que quedéis sujetas á otra servidumbre, no tan blanda quizá, como la que me habéis prestado. Mis ropas y las joyas que uso diariamente, son vuestras. Aceptadlas, más bien como el recuerdo de una amiga, que como el don de una señora.

Y Amina, en medio del asombro de las doncellas; repartió entre ellas sus trages y las joyas que contenía en cofrecillo.

Cuando estuvo concluido el reparato, Amina abrió el cajón de su tocador, y sacó de él cuatro pesadas bolsas de oro.

—Tomad, las dijo, dando á cada una una bolsa: este es vuestro doté.

—¡Ah, señora! ¡cuanta bondad!—

—¡Como podremos olvidaros!—

—¡Qué noble y qué grande sois! exclamaron las doncellas.

—Basta ya; tomad doña María: bajo esta llave, en un cofre que ha quedado en mi retrete, encontraréis una cantidad en oro, que repartiréis á las criadas, y adios: mi confesor, á quien he mandado llamar, me espera.

—¿Y no volveremos á ver á vuecelencia?

—Acaso no nos veamos en la tierra, pero podremos vernos en el cielo.

Y Amina abrazó y besó en la boca

á cada una de aquellas hermosas jóvenes, que más que sus sirvientas habían sido sus compañeras, y se separó de ellas. Quedáronse las cuatro llorando, y Amina salió, conteniendo sus lágrimas; atravesó algunas habitaciones, y entró en una cámara donde la esperaba un anciano religioso de Atocha.

—Fray Miguel, dijo la joven adelantando hácia el sillón donde el anciano estaba sentado, y arrodillándose á sus pies: absolvedme de un pecado que no os he confesado hasta hoy por pudor, y bendecidme por la última vez.

—¡Bendecirte por la última vez hija mía! exclamó el anciano pálido y turbado: ¡absolverté de una falta que no me has confesado por pudor! ¿qué falta es esa, Esperanza?

Un padre no hubiera mostrado más severidad ni más interés que el anciano religioso en aquella pregunta.

—¡Soy madre! dijo entre sollozos y ocultando su rostro entre sus manos Amina.

El buen sacerdote alzó los ojos y las manos al cielo, y sus labios trémulos murmuraron una oración, brotaron lágrimas á sus ojos; y luego poniendo sus dos manos temblorosas sobre la cabeza de Amina, la dijo con voz cobarde, por decirlo así:

—¿Sabe tu padre esa falta, hija mía?

—La sabe y me envía lejos; muy lejos de la corte para ocultar mi deshonra.

—¿Y tu padre te ha perdonado?

—Mi padre, como yo, se conforma humildemente con la voluntad de Dios.

—Y..... ¿no tiene reparación esa falta?

—Ni mi padre ni yo lo sabemos, padre mio.

—Que te perdone Dios, pobre Esperanza, como tu padre y yo te per-

donamos, exclamó el religioso profundamente: yo, ministro del Altísimo, te absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y os bendigo á tí y á tu hijo.

Después de haber hecho descender su perdón y la bendición de Dios sobre la cabeza de la jóven, el anciano religioso se cubrió el rostro con las manos.

—¡Oh, qué desgraciál exclamó: ¡qué desgracia, Dios mío! ¡una casa tan ilustre, una criatura tan caritativa, tan noble, tan religiosa, mancillada por el mundo! ¡Oh! ¡que Dios tenga misericordia para el causador de tantos males! ¡Que Dios le perdone, por que bien ha menester de su perdón!

—¡Oh! ¡sí, padre! ¡rogad, rogad á Dios por él! ¡pedid á Dios que no olvide jamás á la pobre mujer que tanto le ama!

—Pero ese hombre... ¿por qué no es ese hombre tu esposo?

—Os suplico padre que no hablemos más de esto: voy á marchar y tengo que hacerlos antes un sagrado encargo.

—¡Un sagrado encargo!

—Sí; pienso hacer una donación á la santa casa de religiosas de Nuestra Señora de Atochs.

—La casa de Atocha es rica, á Dios gracias, hija mia; destina más bien esa donación á los pobres.

—Es que no he olvidado á las pobres, dijo Amina: tomad padre, tomad esta carta; por ella mi madre os entregará tres mil doblones: los mil son para la santa casa de Atocha: los dos mil restantes para que los distribuyais entre necesitados.

El anciano tomó aquella carta conmovido, y exclamó:

—¡Ah! ¡eres buena cristiana y virtuosa, hija mia, Dios te protegerá

—¡Ay padre! ¡harto más que otros

que son muy desgraciados, necesito yo de la protección de Dios!

Entre tanto y en otro aposento de la misma casa, pasaba una escena enteramente distinta de las sencillas que acabamos de consignar.

Aquel aposento era la misma cámara donde la noche antes había recibido el emir de los monjes al príncipe don Carlos.

Yaye se pasaba meditando y mostrando en lo contraído de su semblante, una terrible irritación interna.

Con él, sentado en un sillón, había otro personaje á quien hemos perdido de vista desde la primera parte de nuestro libro.

Aquel hombre era el rey del desierto, Calpuc.

La vejez se mostraba ya en sus canas y en las arrugas de su semblante, pero se conservaba en la apariencia fuerte y robusto.

Acababa de llegar de las Alpujarras, llamado por Yaye, el día anterior, y en el momento en que le presentamos á nuestros lectores, estaba silencioso y pensativo.

—Todo me sale mal, dijo Yaye, parándose de repente: parece que Satanás anda metido en mis asuntos: este viaje de Amina me contraría, y sin embargo es necesario: dentro de poco la deshonra la saldrá á la cara.

—Has querido luchar con la astucia, al mismo tiempo que con las armas, dijo Calpuc, y ante tu fuerza de voluntad se han puesto los inconvenientes de la vida. La fatalidad nos persigue, Yaye.

—Mi hija tiene un corazón de mu-
jer.

—Tuya es la culpa: ¿por qué la has puesto al paso del mundo tan hermosa y tan incitante? Todo lo has sacrificado á tu ambición, Yaye: sacrificas-

te primero á la pobre doña Isabel de Valor; luego á mi hija, á mi pobre Estrella; después á la hija de mi hija, á mi pobre Esperanza.

—Sí; todo eso y más he sacrificado; pero lo he sacrificado á mi patria.

—Tienes el grave defecto de dar á tus pasiones el pretexto de grandes pensamientos. ¿Qué has conseguido con presentarte en la corte de Castilla encubierto con el título que debiste á tu casamiento con mi hija?

—He conocido que España es un gigante enfermo, un gigante que se hará pedazos, que no tiene fuerzas para resistir á todos los enemigos que le acometen á un tiempo. He logrado rebelar al príncipe contra el rey.

—Lo que no pasa de ser un horrible crimen.

—Tratándose de mis enemigos en nada reparo: todos los medios de destruirlos son buenos para mí: además, encubierto entre los cristianos, he logrado introducir mi gente y mi oro entre ellos: mis monfies están en todas partes: en la servidumbre de palacio; bajo las banderas del rey, en España, en Flandes, en Italia, en Francia, en Africa, en América; los hugonotes tienen cuanto oro y cuantos avisos han menester; los flamencos empiezan á corresponder á mis esperanzas, excitados por mis emisarios y por mi oro, hasta el punto de que Felipe II, creyendo poco fuerte la autoridad de su hermana la infanta doña Margarita de Parma, envía á los Países Bajos al duque de Alba: el mando feroz de ese capitán brutal, acabará la obra que yo he empezado; la guerra crece en Méjico, y los moriscos de Granada están ya en el caso de jugarlo todo á un envite: la insurrección general contra España amenaza, y los enemigos del opresor universal crecen: es verdad que he perdido la paz del corazón; que he enlodado á mi hija: pero Calpuc, el día

de la venganza se acerca: Felipe II está herido de muerte.

—Nunca hemos pensado del mismo modo; si hubieras seguido mis consejos, no hubiéramos sido más afortunados de lo que somos respecto al tirano que nos oprime: pero al menos tendríamos la conciencia tranquila: no hubiéramos cometido crímenes, Yaye; no hubiéramos sacrificado á las dos prendas de nuestra alma.

—Sí, siempre hemos pensado de distinto modo; por lo mismo lo mejor es que no hablemos más de tales asuntos. Lo que haya de suceder será. Vamos á lo que importa. Todas nuestras joyas, todo nuestro oro, gran parte de nuestro tesoro, en fin, ha sido encerrado en cofres, y va á partir con Amina. Para defenderla á ella y á esas riquezas, te acompañarán treinta de mis bravos monfies con nombre y traje castellanos; el wali que manda á esa gente y que te acompañará bajo el aspecto de mayordomo, es el Partal: ya conoces su valor de león y sus fuerzas de toro. Es además muy leal. Vais, pues, perfectamente asegurados mi hija y tú. Cuando llegues á Granada, aunque allí no tenemos palacio, tengo ya preparada una hermosa casa que pertenece á Aben-Aboo...

—¡Aben-Aboo... ¡pobre jóven! exclamó Calpuc.

—No hablemos ni una palabra de eso, exclamó con irritación Yaye; Dios lo quiso... ó Satanás. La pobre Isabel ha quedado reducida á muy poco; jamás he logrado que acepte nada de mi mano, y su hijo que ha perdido la mayor parte de los bienes de... su padre Miguel López, se ve hoy obligado á alquilar á los nobles que van á Granada su casa junto á san Miguel: yo he tomado esa casa. En ella puedes vivir con Amina todo el tiempo que pueda encubrirse su estado: después, cuando sea necesario, la lleva-

rás á mi alcázar de las Alpujarras, del que no saldrá hasta que pueda salir, si es que Dios quiere sacarla salva de esa dura prueba. Yo permaneceré en la corte todo el tiempo que sea posible, y no iré allá sino para desplegar mi bandera y embestir decididamente con el cristiano. He hecho cuanto he podido hacer. Dios hará lo demás. Ahora silencio, siento que Amina se acerca.

En efecto, poco después se abrió una puerta, y Amina entró en la cámara de su padre.

Venia profundamente tranquila.

—Estoy dispuesta, padre mío, dijo.

—Sí, abreviemos cuanto sea posible lo doloroso de esta separación, dijo Yaye, besándola en la frente: tu abuelo está dispuesto á acompañarte y todo está preparado.

—¡Ah, padre mío! exclamó Amina, cayendo de rodillas; ¡perdonadme y bendecidme de nuevo, por si no nos volvemos á ver!

—¿Quién piensa en no volvernos á ver? exclamó Yaye levantando á su hija: ¿ni por qué he de negarte yo mi perdón ni mi amor, cuando lo que es, ha sido porque Dios ha querido que sea? Yo te amo y procuraré hacerte feliz, Amina; pero es preciso que luchemos aún. Es preciso que nos separemos.

Amina se arrojó sollozando en los brazos de su padre. Calpuc miraba con un dolor profundo aquella escena.

—Vamos, tranquilízate, dijo Yaye: adivino lo que no te atreves á decirme. Yo velaré por don Juan, yo le amaré como á un hijo, apesar de que me ha hecho mucho daño. Ahora enjuga tus lágrimas, tranquilízate y vamos.

Amina hizo un violento esfuerzo sobre sí misma, y logró aparecer más tranquila: entonces Yaye fué á una de las puertas de la cámara.

—¡Ola, Partal! dijo.

Presentóse un hombre como de treinta años; vestido de camino á la usanza de los hidalgos castellanos.

—Baja y haz montar á la gente, le dijo Yaye. No olvides lo que te he encargado.

—No lo olvidaré magnífico señor.

—Vé, nosotros te seguimos.

Cuando Calpuc, Yaye y Amina, bajaron al patio, encontraron montados á los lacayos y la servidumbre, silenciosa y triste, agolpada á la puerta: se había hecho amar la joven de tal modo por todos, que su partida causaba un sentimiento general.

Sus doncellas, que la habían esperado en las escaleras, la siguieron hasta la carroza: el anciano religioso fray Miguel, estaba esperándola humildemente á la puerta. Un círculo de curiosos, aunque era muy temprano, se agolpaba en la calle para presenciar aquella fastuosa marcha.

Repitieronse los abrazos, las lágrimas de las doncellas, y las demostraciones de afecto de la servidumbre: Amina entró en la carroza con Calpuc: poco después el pesado carruaje se puso en marcha escoltado por los lacayos.

El duque se apartó con un movimiento brusco de la puerta, y se perdió en el interior de su palacio; las doncellas saludaron con sus pañuelos á Amina que asomaba la cabeza por la portezuela, y antes de que aquella cabeza se ocultase, el anciano fray Miguel la envió su última bendición, y se alejó todo lloroso y en paso tardado hacia su convento de Atocha.

CAPÍTULO XV.

CONTINÚAN LAS CONTRARIEDADES DEL EMIR.

Al entrar en su cámara parecióle á Yaye que había quedado solo en el mundo; con su hija se alejaba por una parte su amor, por otra los proyectos

que más había acariciado: Yaye había arrojado á Amina al paso del mundo como un hermoso instrumento tentador: había logrado irritar la locura de que hacía tiempo era víctima el príncipe don Carlos, y valiéndose de su ambición y de su empeño por Amina, había logrado lanzarle de lleno en la senda de la rebeldía.

Yaye esperaba con razón, que huyendo el príncipe á Flandes, poniéndose al frente de los flamencos rebeldes, creándole un partido aun dentro de la misma España, porque nunca faltan ambiciosos que ayuden á los príncipes rebeldes; había esperado, decimos, que Felipe II, demasiado ocupado en reprimir rebeldías, no pudiese acudir con fuerzas bastantes al reino de Granada, donde, en el momento preciso, debía levantarse por los moriscos el estandarte de su emancipación.

Contaba con sus monfies, fuertes, acostumbrados al peligro y á la fatiga, y bastante numerosos para poder apoderarse en un día de Granada: una vez dueños de la ciudad, levantado el trono de la Alhambra, desplegado el pendón del Islam sobre las torres de la alcazaba, degollados ó cautivos los cristianos, enteramente reconquistadas las Alpujarras y la Vega, era de esperar que el ambicioso Selim II, sultán del imperio de Oriente, y sus tributarios el rey de Argel, y los reyes de Fez y de Marruecos, se apresurarían á enviar á las costas de las Alpujarras sus galeotas piratas henchidas de taifas de turcos, y de los indomables hijos de las razas bereberes. Había momentos en que Yaye soñaba que, rey de Granada, avanzaba al frente de un innumerable y feroz ejército, sobre las ciudades de Andalucía, que todo cedía á aquella inundación de hombres, que salvaba los desfiladeros que separan á Andalucía de Castilla, y que

arrojándose sobre ésta como una tromba, se llevaba por delante villas y ciudades, hasta ir á poner el estandarte del Profeta en una sola campaña, sobre las torres de la catedral de Toledo.

Y como el que es ambicioso nunca lo es á medias; como el hombre de acción confía más de lo que debiera en sus propios recursos y en su fuerza de voluntad, Yaye, creyéndose un héroe, como Tarie-ebn-Ziak, ó como Abd-el-Rajman-ebn-Moavia, ó como Almanzor, tendía su soberbia vista á la inmensidad del porvenir, y no creía descabellado, el que, como en tiempos antiguos, volviese á ser España bajo su espada el poderoso califato de Occidente; que tal vez llegaría á conquistar la Europa, y llevar sus banderas vencedoras á Constantinopla, tornándose de este modo en conquistador de los que le hubiesen ayudado, y después revolver sobre el Africa, sujetarla bajo su mano, y hacer del Mediterráneo un lago de su imperio.

La ambición es una embriaguez, y nada tiene de extraño que el que se embriaga sueñe delirios: y hasta cierto punto no eran delirios los de Yaye: un poco de fortuna para ayudar á su genio, y sus sueños podían realizarse: el pueblo árabe se desarrolló y dominó en una considerable extensión del globo bajo el espíritu de la conquista; el Koran la prescribe: Dios, según los musulmanes, les había dado la espada para llevar adelante el conocimiento de Dios Altísimo y Único, sobre toda la tierra de los infieles; el pueblo árabe, fué indomable, fuerte, mientras se le condujo al combate, y solo empezó á desmembrarse, á corromperse, á decaer, cuando, halagado por el templado clima de España, trocó sus tiendas de piel de camello en suntuosos alcázares; cuando, en una palabra, se estableció: Yaye lo sabía demasiado: se lo había enseñado

la historia de las generaciones de ocho siglos y Yaye se decía: yo no pararé, yo no reposaré mientras haya tierras que conquistar bajo el sol: si el valiente pueblo árabe ha desaparecido, queda en pie el pueblo moro, resplandece el imperio turco y el Dios Altísimo y Único se adora en la tercera parte del mundo; el Koran da el supremo poder al vencedor; pues bien, yo venceré porque quiero vencer.

Pero Yaye no había contado con los acontecimientos, ni se había cono- cido á sí propio: una tras otra contra- riedad vinieron á demostrarle lo colo- sal de la empresa que había embesti- do; vió que tras largos afanes, sus monfíes estaban en el mismo estado y con la misma fuerza que á la muerte de su padre; que aquella niña, de quien había pensado hacer uno de los más poderosos instrumentos de sus proyectos, se había roto, por decirlo así, al ponerse en contacto con el mundo, vulgarizándose, como todas las mujeres, por el amor; que si bien había logrado empeñar por medio de ella al príncipe de Asturias en un ca- mino de perdición, aquel príncipe era loco, débil, voluntarioso, la persona menos á propósito para poder apoyar en ella de una manera firme una em- presa de importancia; comprendió, en fin, que había cometido crímenes es- tériles; se sintió humillado delante de sí mismo, con la conciencia manchada, con el porvenir incierto, y por esto cuando entró en su cámara, le pare- ció que se encontraba solo en el mun- do, abandonado del cielo y de la tie- rra, mientras Satanás le sonreía y le mostraba con un dedo horrible la espantosa página donde estaban con- signados sus desaciertos, muchos de los cuales eran horribles crímenes.

Yaye se hallaba en un estado de exaltación espantoso: sus ojos, escan- decidos, dejaban ver una expresión fe- roz: ardía en ellos la fiebre y la rabia

de la impotencia. Las figuras de los tapices flamencos que adornaban la cámara, parecían agitarse, revolver- se, cambiar de forma: parecía que de en medio de un infernal torbellino, salían dos damas, hermosas aun, pe- ro pálidas y con los ojos enrojecidos por un llanto continuo: la una resig- nada y paciente, la otra iracunda y vengativa; cada una de ellas llevaba de la mano un hermoso mancebo y se lo mostraba: Yaye, horrorizado, ce- rrraba los ojos para no verlos, y sin embargo, á través de sus párpados cerrados los veía: cada uno de aque- llos mancebos tenía impreso en la frente el estigma de fuego de una ambición insensata; alrededor de la cabeza de cada uno de aquellos man- cebos, había una señal lívida, infla- mada, como la que pudiera haber de- jado en ellas el círculo candente de una corona: alrededor del cuello amo- ratado de aquellos mancebos, había un dogal: en sus manos un puñal rojo y humeante. Tras aquellos mancebos conducidos por sus madres, marchaba una turba furiosa: mujeres, hombres, niños, ancianos, todos agitaban las cadenas de que iban cargados, todos miraban á Yaye, y todos le decían:

—¡Tu ambición nos ha hecho esclavos! ¡por tu ambición nos vemos hambrientos, desnudos, desespera- dos, sin padres, sin hijos, sin espo- sos, lanzados del pueblo que nos vió nacer, vendidos como bestias, roba- dos, degradados! ¡has querido ser rey y nos has impulsado pensando en tu ambición, solo en tu ambición, á una empresa en que necesariamente de- bíamos ser vencidos! ¡maldito, maldi- to, maldito seas!

Yaye veía todo esto en el fondo de su conciencia: un sentido íntimo, ese sentido misterioso, esa prodigiosa in- tuición que tenemos en el fondo de nuestro espíritu y que nunca nos en- gaña, le decía con el severo y horri-

ble acento de la verdad, que marchaba hácia un lago de sangre; por eso los objetos, en los cuales se fijaba su vista, tomaban formas, cuerpo, color, vida fantástica; su conciencia le traía su pasado y le presagiaba su porvenir; porvenir horrible, henchido de desgracias y de horrores, entre los cuales debía desvanecerse la última esperanza de los restos vencidos del pueblo moro español.

Yaye quería en vano arrojar de sí el remordimiento, y el presentimiento, que le acometían inaplacables: en vano quería atribuir aquellos pensamientos, aquellas visiones á la perturbación de su espíritu, causada por el dolor de haber visto á su hija alejarse de él, por necesidad, para encubrir su deshonor, con la frente baja y manchada, con el corazón ardiente y desgarrado. Cuanto más pugnaba Yaye, por arrojar de sí aquella terrible pesadilla que le combatía despierto, más y más se condensaba aquella pesadilla y le acometía y le estrechaba. Hubo un momento en que, de en medio de aquel horrible caos de fantasmas acusadoras, salió una mujer envuelta en un sudario, desmelenada, lívida, anhelante: aquella mujer, á pesar de su horrible estado y de su palidez cadavérica, era muy hermosa; aquella mujer, ó por mejor decir, su recuerdo, hizo lanzar un grito de espanto á Yaye, porque aquella mujer era su esposa, Estrella, la hija de Calpuc.

—¿Y qué has hecho, qué has hecho de mi hija? gritaba aquel fantasma acusador. ¡Tu desamor me secó las fuentes de la vida, y tu ambición ha muerto á mi hija, matándola el alma! ¡Yaye-ebn-Al Hhamar!

—¡Afuera, afuera, horribles visiones! exclamó Yaye clavándose las uñas en la frente como si hubiera querido arrancarse de ella aquel infierno, ¡afuera! Yo he heredado la

venganza de tres generaciones, yo he bebido mezclada con lágrimas, la sangre de mi padre: yo escucho continuamente, despierto y dormido, en la soledad y en medio del mundo los gemidos de dolor, y siento correr como un río, las lágrimas de millares de esclavos que todo lo esperan de mí. ¿Qué importa que vosotros hayáis caído? ¿que tú, Estrella, hayas sucumbido, esposa abandonada, madre sin hija? ¿qué importa que Amina haya bebido toda la hiel que cabe en su corazón? yo marchó hácia adelante, poderoso y terrible como el huracán, y como el huracán no me detengo ante nada. ¡Mi ambición! ¡me acusáis de ambicioso! ¡y sin embargo, mi ambición es vuestro poder, vuestra libertad y vuestra gloria, porque yo nada puedo ser sin vosotros!

Y mucha fuerza de voluntad tenía indudablemente Yaye dentro de su alma, porque logró dominar el vértigo, sus ojos perdieron su sangriento color y su expresión de tigre, dominóse, hizo callar la voz de su conciencia y los latidos de su corazón, y su semblante volvió á mostrarse impasible y frío como el de una estatua.

Solo habían quedado en su frente como huellas de la tormenta las señales amoratadas que habían impreso en ella sus dedos.

Sentóse en un sillón, respiró fuertemente, como quien descansa de una larga jornada, y su pensamiento, frío ya y calculador, volvió á su eterno objeto; á su lucha contra el rey de España, y contra sus reinos: lucha encerrada hasta entonces en el pensamiento de Yaye, pero que debía algún día pasar inmensa y aterradora, al terreno de los hechos, al campo de batalla.

Pero parecía que la fatalidad perseguía á Yaye: la fatalidad preñada de sangre y crímenes que le perseguía, y que se le presentó de repente

cuando menos lo esperaba, en la persona de Harum-el-Geniz, del valiente wali, su leal secretario, el que durante veinte años le había servido con una fidelidad á toda prueba; el que poseía todos sus secretos, el que adivinaba todos sus dolores.

Abrió silenciosamente la puerta de la cámara, y adelantó hácia el emir, sacándole de su distracción con el ruido de sus espuelas de alferez castellano.

Miróle profundamente Yaye, y en la expresión grave y triste de Harum, comprendió que le traía un asunto importante.

—¿Qué me quieres? le dijo: no recuerdo haberte llamado.

—Hay momentos en que el siervo debe llegar hasta el señor, y decirle aunque descanse entre los brazos de la querida de su alma: levántate y despierta, toma tus armas y prepárate al combate.

Yaye se levantó como si le hubiera despedido del sillón un resorte.

—¡Al combate! ¿aquí ó allá? ¿en la corte del rey de las Españas ó entre las breñas de las Alpujarras?

—No, no, poderoso señor; no son las armas que brillan entre la polvarada del combate las que debes tomar, sino las armas que mátan en silencio y de una manera segura: las armas de la venganza. No vas á luchar contra un rey poderoso, ni contra un ejército valiente, sino contra una cortesana y un bandido.

—¡Angiolina! ¡Laurenti! exclamó el emir. ¿Y de qué modo? ¿cómo me provocan esos dos miserables?...

—Anoche, ya tarde, un hombre que ha conocido á Farrix, á Abdelhamar, y á otros de los nuestros, que viven encubiertos en Madrid con nombre y trage de soldados de la compañía de ginetes de don Luis Moncada, se presentó á ellos en su casa de la Cava Baja, y pidió á Farrix que, con

algunos de sus camaradas y por algún oro que les ofrecía, le acompañasen para una aventura. El oro dado por ese hombre está aquí:

Y Harum arrojó sobre la mesa del emir algunos doblones de á ocho.

—¡Y bien! ¿tenemos algo que ver en esa aventura?

—¡Oh! exclamó Harum con acento de amenaza.

—Acaba de una vez Harum, exclamó impaciente el emir.

—El desconocido, continuó Harum, llevó á Farrix y á otros tres á una casa en la cual entraron por el postigo de un huerto.

—¿Y qué casa era aquella?

—Farrix me ha llevado hasta el postigo, y he reconocido por él, que la casa donde entraron, era la de la princesa Angiolina Visconti.

—¡Ah! exclamó profundamente el emir. ¿Y qué iban á hacer allí?

—De la casa sacaron una silla de manos y fueron con ella á la calleja á donde da el postigo de tu palacio, poderoso señor, de uno de los extremos de aquella calle, recogieron un hombre herido, le metieron en la silla de manos y le condujeron á casa de la princesa, en la que entraron por el mismo postigo.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros con eso?

—Es que hay más, magnífico señor: mientras el desconocido con dos de los nuestros conducían al herido á casa de la princesa, otros dos, Farrix y Abdelhamar, quedaron en un soportal frente al postigo de tu palacio, ocultos en la sombra y con encargo de observar cuanto sucediese. Poco después volvió el desconocido con los otros dos monfies, y se ocultó bajo el mismo soportal. Según me había dicho Farrix, había luz en tu casa en un mirador, y aquel mirador, era, á no dudarlo, del aposento de la saltana Amina.

—Nada tiene de extraño que la sultana velase, preparando su partida.

—Es que hay más que eso: antes del amanecer salió un hombre por el postigo, y después se abrió uno de los balcones de los aposentos de la sultana, y por él se descolgó otro hombre á la calle.

Irradiaron una mirada incalificable por lo feroz, los ojos de Yaye.

—Farrix y sus compañeros mienten, exclamó.

—Si han mentido, mancillando el honor de la sultana, dijo Harum cuya mirada no se alteró, deben morir.

—¡Que mueran! ¿lo entiendes? que mueran y que mueran al momento, exclamó con voz cavernosa el emir. Pero... sigue, sigue relatando la impostura de esos miserables.

—Farrix asegura que cuando aquel hombre estuvo en la calle, una mujer vestida de blanco habló algunas palabras amorosas con el que había descendido, y le arrojó un papel.

—¡Oh, miserables! y si era verdad ese dicho, ¿por qué no aseguraron á aquel hombre? ¿por qué no se apoderaron de aquel papel?

—Cabalmente, según dice Farrix; esta era la intención del que los había conducido hasta allí, pero añade también, que aquel hombre era tan valiente y tan diestro que se les escapó.

—¿Y no aconteció más?

—No señor. Los cuatro monfies se despidieron del hombre que los había buscado, y que les encargó el secreto, y Farrix vino á avisarme.

—Páreceme que tú has creído esa impostura, Harum, dijo el emir fijando en su confidente una mirada intensa.

—Hace tanto tiempo señor que te persigue la desgracia....

—Pero la desgracia ha respetado hasta ahora mi honra, Harum. No adi-

vino la causa, pero deben haber comprado á esos miserables para que me hieran en lo más profundo de mi alma.... en mi hija.... acaso la princesa.... pues bien.... es necesario que esos cuatro hombres no hablen.

—No hablarán, señor.

—Pero es necesario evitar escándalos. Envíalos á las Alpujarras, y avisa para que cuando lleguen....

—Muy bien, señor.

Quedó profundamente pensativo Yaye durante algunos segundos.

—Creo que la princesa Angiolina se vale para todos sus asuntos, de una especie de bandido romano.

—Si señor.

—Cuando te envié á Roma hace dos meses para que averiguases quién era esa princesa, me trajiste una relación escrita.

—Esta relación debe estar en tu poder, señor.

—Bien, bien: es necesario que hagas venir al momento á ese hombre que sirve á la princesa. ¿Como se llama?

—Andrea Bempo.

—Pues bien, procura que ese hombre venga al instante.

—Muy bien, señor.

—Vete. Y al momento, al momento, esos cuatro monfies á las Alpujarras y un correo á caballo que les preceda.

Harum se inclinó y salió.

El emir permaneció algún tiempo como anonadado. Después hizo un poderoso esfuerzo para salir de su atonía, se levantó en fin de la mesa, y escribió lo siguiente con mano firme:

«Señor marqués de la Guardia: os suplico que hoy mismo vengáis á verme: espero que atenderéis mi súplica, y no me haréis dudar, negándoos, del afecto que creo inspiraros.—El duque de la Jarilla.»

Yaye cerró esta carta y la entregó

á un lacayo para que la llevase á su destino.

Dos horas despues la carta le fué devuelta cerrada, tal como la había enviado, dentro de otra de don César de Arévalo que contenia estas solas palabras:

«Señor duque: el loco de mi sobrino no parece en ninguna parte desde ayer, y como vuestra carta para él puede ser importante, os la devuelvo temiendo que se extravíe. Vuestro más afecto criado.—Don César de Arévalo.

El duque arrugó en un momento de cólera aquella carta.

Luego envió cuatro ó seis de sus lacayos á que buscasen por todo Madrid al marquesito.

A las diez del día el duque oyó pronunciar con asombro á la puerta de su cámara á uno de sus sirvientes el nombre del señor príncipe Lorenzini Maffei que venia á visitarle.

Yaye mandó que le introdujesen en su salon de recibo.

CAPÍTULO XVI.

QUIÉN ERA EL PRÍNCIPE LORENZINI.

Antes de entrar en la cámara donde le esperaba su visitante, Yaye le observó detenidamente tras las vidrieras de una puerta.

Vió un hombre como de cincuenta años, un tanto encorvado, más bien como por el exceso de una vida estragada, que por los años, que no eran excesivos: tenía el pelo entrecano y un tanto largo y rizado, según la moda de los nobles italianos: llevaba por autoridad una cadena de oro al cuello, y al costado una ligera espada de corte.

Este hombre se paseaba melitabundo á lo largo de la cámara, con las manos juntas á su espalda y sos-

teniendo en ellas una gorra de terciopelo.

Durante algunos minutos Yaye le contempló con una mirada intensa, lúcida, dibujóse en sus labios una sonrisa de desprecio, y luego componiendo su semblante y adoptando la expresión más impenetrable, abrió la vidriera y entró en la cámara.

Volvióse al saludo el príncipe, saludó profundamente á Yaye, y le dijo con un perfecto acento italiano, aunque en buen español:

—Os suplico, señor duque, me perdoneis si me he tomado la libertad de venir á vuestra casa, cuando ningún antecedente media entre nosotros: apenas si nos conocemos de nombre.

Yaye señaló un sillón al príncipe, que se sentó, acercó otro en el que se sentó á su vez, y prestó al príncipe una de esas atenciones que interrogan.

El príncipe no se alteró en lo más mínimo por el silencio del duque, que era hasta cierto punto grosero, y añadió:

—Esta mañana uno de vuestros criados ha dejado en la casa de mi esposa, es decir, en mi casa, un recado vuestro para cierto Andrea Bempo. Como en mi casa no se conoce á tal sujeto; como su nombre es italiano y poco ilustre por cierto; como, además, al volver de Italia he encontrado en mi casa ciertas singularidades...

—¿Singularidades habeis encontrado en vuestra casa, señor príncipe? dijo acentuando fuertemente sus palabras Yaye.

—¡Oh! ¡sí! llegué á Madrid anoche muy tarde, y como no me gusta incomodar á nadie ni aun en mi misma casa, me quedé en una de las posadas; pero apenas amaneció, me trasladé á mi casa.... solo.... me gustan las sorpresas... porque amo entrañable-

mente á mi esposa... que como sabeis sin duda...

—Es una de las damas más hermosas, más nobles y más discretas que viven en la corte de España.

—¡Oh, gracias! comprendereis, pues que yo ame á mi esposa.

—¡Oh! lo comprendo demasiado, dijo Yaye con acento frío. Como que yo también, por más que no se lo haya dicho, la amo..... ¡oh! perdonad, pero vuestra esposa, príncipe, es muy peligrosa.

—¡Ah! ¡sí! dijo con una perfecta impertinencia Lorenzini; mi esposa tiene por destino el estar siempre rodeada de adoradores... lo que me llena de orgullo, os lo aseguro; ¿pero qué declamos?

—Decíais que os agrada sorprender á la vuelta de vuestros viajes á vuestra esposa.

—¡Ah! ¡sí! por lo tanto siempre cuidó de proveerme, á hurto, como si se tratase de un ladrón, de una llave de cierto postigo. Según mi costumbre, tomé el camino de mi casa, entré en ella furtivamente; adelanté por una y otra habitación de un piso bajo, y en una de ellas ¿qué creéis que encontré?

—Una singularidad de esas á que se exponen los maridos que gustan de sorprender á sus mujeres.

—En efecto, encontré una singularidad de bulto, un hombre herido en un lecho, según supe después, y á mi esposa, bellamente ataviada, sentada junto á la cabecera de aquel lecho, y durmiendo sobre la almohada.

—¡Ah, ah!

—¿Y qué creereis que hice yo?

—Indudablemente os fuisteis de puntillas para no ser sentido.

—De ningún modo, desperté á mi esposa.

—Y vuestra esposa...

—Se arrojó en mis brazos como de costumbre, delirante de alegría y me

colmó de caricias. Mi esposa me amó con toda su alma, pero es demasiado caritativa, y esta era la causa de la singularidad, que al principio no comprendí, pero que después me fué explicada de la manera más natural. Mi esposa había encontrado á aquel hombre, al célebre comediante Andrés Cisneros, en una palabra, herido gravemente en una calle á que dá vuestra casa, y le había recogido. Esto es todo. Como después se ha buscado en mi casa á ese Andrea Bempo, á quien no conozco; como el señor Andrés Cisneros ha sido herido cerca de vuestra casa; como estos dos sucesos podían tener relación entre sí, me presento á vos, para serviros á fuer de hidalgo en lo que hubiereis menester.

Yaye cruzó una pierna sobre la otra, se echó atrás sobre el respaldo del sillón, y apoyando en sus brazos los codos y cruzando las manos dijo al príncipe con una sonrisa fría:

—Vuestra esposa os engaña.

Había en Yaye una decidida intención de provocar al príncipe.

—¡Bah! dijo éste. Estoy seguro, enteramente seguro de que no.

—Os ha engañado al casarse con vos.

—¡Bah! os afirmo que el engañado sois vos.

—Os entregó una mano deshonrada por la desgracia y por la miseria, es verdad, pero al fin deshonrada.

—¡Bah! no conocéis la historia de Angiolina.... de Angiolina, á la que yo saqué de un convento para hacerla mi esposa.

—Pues ved ahí; Angiolina Visconti se jacta con sus amantes, ó por mejor decir, con su único amante, de que si bien sois su esposo, no habeis sido nunca su marido.

—¡Ah! eso lo digo yo por todas partes; yo he preferido la ansiedad del deseo que no se satisface, al hastio del deseo satisfecho... y luego...

ser esposo de una mujer joven, de brillante hermosura y virgen...

—¡Virgen! exclamó profundamente Yaye.

—Yo gozo con lo extraordinario. Mi vida toda es una cadena de sucesos extraordinarios.

—Demasiado extraordinarios, príncipe.

—Es que vos no sabeis mi historia.

—Acaso, acaso. Acaso también sepa la de la princesa.

—La historia de mi esposa es muy sencilla. Una vida de diez y seis años en un convento. Después diez años de matrimonio puro, sencillo, casto, de un matrimonio, como de seguro no ha habido, ni hay, ni habrá dos en el mundo.

—Sin embargo, habláis de las caricias de vuestra... mujer.

—Caricias de hermano y hermana. Un abrazo, un beso en la frente; hé aquí todo.

—¿Con que, según eso, no conoceis la historia de vuestra esposa?

—Sí la verdadera, pero ignoro la que puedan atribuirle.

—Pues os voy á contar esa historia, verdadera ó falsa, y después os contaré... la vuestra día por día, hora por hora.

—Os escucho, y si la historia es ingeniosa, os agradeceré el cuento... pero os pediré también que me reveleis el nombre de quien la ha inventado.

—Os lo diré antes, porque no me gustan las historias en cuya primera hoja no va el nombre del autor. Muchas veces por el nombre del autor se juzga de la historia, y si este nombre es bueno poco importa que la historia sea mala. El autor de las dos que voy á referiros, es el mejor autor de historias que conozco, porque su autor es Dios.

—¡Ah, Dios!

—Dios, ó lo que es lo mismo, la fatalidad.

—Pues empezad y juzguemos del ingenio de Dios.

—Permitidme: todas las historias tienen un prólogo.

—¡Ah! y esta...

—Lo tiene también. Este prólogo se refiere á la causa de que hayan venido á mis manos esas dos historias; la causa, ya os la he indicado: es el amor, el deseo, el empeño que me inspira vuestra esposa, ó por mejor decir, que me inspiraba cuando yo tenía dudas acerca de su procedencia.

—¿Dudas? todo el mundo sabe que es mi esposa.

—Pero nadie conocía al tal esposo. Creo que yo soy el primero que tiene la dicha de conoceros.

El príncipe se inclinó.

—Por lo mismo, dudando de si sería soltera, casada ó viuda, envié hace dos meses á Roma un sujeto muy apropiado para desenterrar historias, y provisto de oro suficiente para ello. Ese sujeto me ha traído las dos historias que vienen á ser una misma. He concluido mi prólogo y empiezo...

—Os escucho.

—¡Ah! dijo el duque, me olvidaba del título: llámase, pues, la que voy á referiros, «Historia de una venganza infame.»

Después de estas palabras, Yaye cerró los ojos como para concentrar y ordenar sus recuerdos, y el príncipe se colocó en la actitud de la más perfecta atención.

Yaye empezó, al fin, de esta manera:

—Nuestra historia principia en la cabeza del orbe católico, en Roma, en el verano de 1557, es decir, hace diez años.

Por aquel tiempo había en Roma dos personajes notables.

El uno era un famoso bandido de

la campaña á quien nadie conocía más que por su terrible nombre: aquel nombre era Laurenti.

La otra era una dama veneciana de diez y seis años á quien conocía todo el mundo, más que por el alto empleo que su padre desempeñaba en la corte pontificia, por su peregrina, por su maravillosa hermosura.

Esta dama se llamaba Angiolina Visconti.

Su padre, Paolo Visconti, miembro de la poderosa familia de este título, se había visto obligado á huir de la justicia de la república de Venecia, á causa de haberse visto envuelto en cierta conspiración de nobles contra el Estado.

Paolo Visconti había logrado ponerse á salvo con una hija única, con Angiolina, de los esbirros de la serenísima república, pero no logró poner del mismo modo á salvo sus bienes que fueron confiscados.

Aportó á Roma pobre, pero provisto del interés que inspira todo hombre que ha luchado por la libertad de su patria, que ha sido vencido, y que vuelve las espaldas á sus hogares para no volver más á ellos.

Aumentaba este interés la belleza y la inocencia de Angiolina, pobre desterrada en la adolescencia, que se veía envuelta en las desgracias de su padre.

Acogiósele bien por la nobleza romana, y especialmente por el papa, y con tanta mayor deferencia por éste, como que Visconti era perseguido por una república con la cual no se encontraba en la mejor armonía la silla pontificia. A fin, pues, de que Paolo Visconti pudiera vivir en Roma, si nó de una manera opulenta, conveniente á su clase, le concedió el papa un alto oficio militar bajo sus banderas.

Nombróle, pues, coronel de su guardia suiza.

Entre otras ventajas, que á más de su pingüe sueldo y de su representación, gozaba el coronel de los suizos, eran no pequeñas, el vivir en un pequeño y bello palacio del papa junto al Coliseo y el uso de carroza y servidumbre, pagados por el tesoro pontificio.

Así, pues, Paolo Visconti podía sostener á su hija en la posición de una ilustre dama.

Visconti, que se había casado muy jóven, y muy jóven había enviudado, era por los años de 1557 un hermoso caballero de treinta y cuatro años, galante como veneciano, altivo por su alcurnia y espléndido, cuanto se lo permitía su sueldo.

Los dados y los naipes habían sido con él sumamente propicios, y había ganado enormes sumas, indemnizándose casi por este medio, de lo que le había quitado su amor por las libertades patrias.

Así es, que se contaba más de una escandalosa aventura de amores, en que el coronel Paolo Vizconti había sido el galán afortunado, y no había marido, padre ó hermano que no le temiesen, si tenían hijas, esposas ó hermanas bellas; sin embargo, Vizconti logró salir sano y salvo de una y otra aventura arriesgada, á lo que contribuyó no poco su fama de valiente y de diestro en armas. Esto, acreciendo su soberbia, le impulsó á nuevas y cada día más arriesgadas empresas amatorias, hasta que, cansada la suerte de protegerle, le metió en una que debía decidir, no solo de su suerte, sino también de la de su hija.

Cerca del palacio que habitaba Vizconti, entre este, y el Coliseo, en una linda casita de un solo piso, vivía una jóven llamada Fioreta, al solo cuidado de una anciana. Servíalas una vieja criada, y nunca se había visto entrar en aquella casa un hombre, ni acompañarlas jamás nadie en sus bre-

ves salidas desde su casa á una iglesia próxima. Sin embargo, Fioreta, que vestía como una dama de la alta nobleza romana, era tan hermosa, tan cándida y tan jóven, que muchos nobles solicitaron sus favores, sin faltar algún miembro del sacro colegio que no hubiera vacilado en comprometer su alma, si le hubiesen mirado con amor los negros ojos de Fioreta.

Pero esta se mostraba inaccesible á los seguimientos, á las rondaduras y las músicas de sus numerosos adoradores, y había logrado adquirir una fama de insensible, de inespugnable, que el mundo galanteador la impuso el nombre de la *mujer fuerte*.

Llegó esto á oídos de Vizconti, del hombre irresistible, del corruptor, por decirlo así, de Roma, y deseó conocer á la tan ponderada y rigurosa hermosura. Eran vecinos, y esto no le fué difícil. Púsose al paso de Fioreta, engalanado con su ostentoso uniforme de coronel de los suizos; la vió, se enamoró perdidamente, la siguió á la iglesia; se puso continuamente á su paso, y no tardó en conocer, que la para todas desdeñosa hermosura, era para él camino llano y abierto. Fioreta se había enamorado de Vizconti, con un amor tan puro, tan intenso, tan sublime, como era sensual y miserablemente ardoroso el de Vizconti.

Por más que quiera guardarse á una mujer, no se guarda si ella no quiere guardarse: la iglesia á que la jóven concurría era oscura: cambiáronse billetes entre los amantes, y por ellos supo Visconti que era amado como jamás lo había sido, y que en la existencia de Fioreta había un misterio que realzaba el valor que ya por su hermosura tenía sobradamente la jóven. Este misterio consistía en que Fioreta no tenía padres conocidos, y además, en que una mano invisible y que debía ser inmensamente rica y

poderosa la protegía, atendía á su subsistencia de una manera espléndida, y la procuraba cuantos goces honestos puede desear una jóven honrada. Se le había dado una educación de princesa; se ponderaban las preciosidades que encerraba dentro de sí la pequeña casa en que vivía; sus trajes eran riquísimos y nobles, y en las grandes solemnidades públicas, se la veía cubierta de diamantes y brocados, en una magnífica carroza dorada, tirada por cuatro caballos admirables, carroza que aparecía por sí misma, sin saber de donde venía, y que desaparecía sin que Fioreta ni su aya supiesen á donde iba. En cuanto al cochero y los lacayos eran mudos, siempre que las dos mujeres trataron de indagar por ellos quién era aquella persona misteriosa, que de una manera tal, cuidaba de la suerte de Fioreta.

Todo esto lo supo Visconti, como he dicho, por las cartas de la jóven, y el misterio de su nacimiento, la opulencia que la rodeaba, y el desenlace problemático que podía tener aquel misterio, irritaron su curiosidad, sus deseos, y aun su ambición. Porque no sabiendo quien era Fioreta, ¿no podía suponerse todo? ¿Y quién sino un altísimo personaje podía sostener tan ruinosos gastos?

Visconti, pues, se empeñó y quiso á todo trance, llegar á la resolución de aquel problema. Compelió en una y otra enamorada carta á Fioreta, á que le concediese una cita, y esta al fin, se vió obligada á escribirle la lacónica carta siguiente:

«Contentáos con amarme, sin esperanza de obtenerme. Básteos saber, que yo os amo hasta el punto de no pertenecer á otro hombre, si nó puedo algún día ser vuestra. Yo no hablaré jamás á mi decoro, y me está prohibido de una manera misteriosa y

terrible disponer de mi mano.—Fio-
reta.

Esta carta fué un nuevo combusti-
ble arrojado al empeño de Visconti,
que juró perecer ú obtener aquella,
dificilísima y misteriosa hermosa.

Poco tiempo después de recibida
esta carta de Fioreta, notó Visconti,
que cuando seguía á la jóven á la igle-
sia, un hombre siempre embozado, á
pesar de que era el tiempo de los ca-
lores les seguía á alguna distancia,
entraba en la iglesia, se ponía en ace-
cho, y no desaparecía hasta que las
mujeres habían regresado á su casa.

Empezaba Visconti á impacientar-
se con aquel espionaje descarado y
tenaz, cuando un día encontró sobre
la mesa de su aposento y sin que na-
die supiese por donde había entrado,
una carta concebida en estos térmi-
nos:

«Sé que seguís obstinadamente á
Fioreta, y que Fioreta os ama. Si la
amáis, será vuestra, pero para ello
será necesario que déis á su hermano
una muestra indudable de vuestro
amor. Para conocer las condiciones
bajo las cuales podréis ser su esposo,
id esta noche, solo, á la vía Apia.
Allí encontraréis al hermano de Fio-
reta.»

Inútil es decir, que Visconti no fal-
tó á la cita.

Apenas había entrado en la vía
Apia, cuando se le presentó el miste-
rioso embozado que se había consti-
do en su espía.

El camino estaba desierto, y la
luna blanqueaba las ruinas de los se-
pulcros romanos. El embozado hizo
una seña á Visconti de que le siguie-
se, y este le siguió hasta un bosque
cercano en el que se internaron. Allí,
en lo más oscuro del bosque, se detu-
vo el embozado, y, sin descubrirse,
dijo á Visconti con la voz dura é im-
periosa del que está acostumbrado á

mandar despóticamente y ser servi-
lmente obedecido:

—Veamos si valéis lo bastante pa-
ra que yo os dé mi hermana.

—Yo me llamo Paolo Visconti, di-
jo con orgullo el coronel de suizos del
papa.

Sé quien sois y me convenís, como
hombre valiente y arrojado: porque
me convenís, os daré mi hermana, si
la merecéis, y lo que vale infinita-
mente menos que ella, tesoros inmen-
sos. Veamos si la amáis.

—Indicadme vuestras condiciones.

—Vos me habéis dicho vuestro
nombre, justo es que yo os diga el
mío: me llamo Giusseppe Laurenti.

Visconti dió un paso atrás asom-
brado: el misterio de la procedencia
de Fioreta se desenlazaba de una ma-
nera inesperada. Quien protegía á la
jóven, quien tenía sobre ella derechos
indudables, era Laurenti, el terrible
bandido; el hombre á quien la justicia
del papa no había podido castigar; el
jefe de los invisibles que tenía cubier-
ta de espanto la campiña de Roma.
Esto, por otra parte, explicaba las in-
mensas sumas que se invertían para
poner á Fioreta á la altura de la más
rica é ilustre dama romana.

Hubo un momento de silencio.

—Paréceme que os falta valor, ca-
ballero Visconti, dijo sombríamente
Laurenti.

—No, no me falta valor, pero ex-
plicadme, aclaradme: vos sois herma-
no de Fioreta, pero, ¿quién es vues-
tro padre?

—Ved que cuanto más os revele,
más grave será el peso del secreto
que habéis de guardar, so pena de
vuestra vida.

—No importa. Hablad.

—Mi padre se llamaba Andrea Al-
berti.

Dió otro paso atrás Visconti. Lau-
renti había pronunciado el nombre de
otro terrible jefe de bandidos.

—No os asombre esto, dijo Laurenti; hace más de dos siglos que mi familia viene reinando de generación en generación sobre la campiña de Roma. El padre educa al hijo, y el hijo hereda al padre; nada más natural.

—Pero la madre de Fioreta!...

—Aumentemos la suma del secreto si os place. La madre de Fioreta era una dama romana.

—Su nombre.

—Lo ignoro yo mismo. Mi padre al encargarme de la suerte de Fioreta, me dijo solamente: su madre era una mujer casada; una hermosa é ilustre dama. Yo la juré guardar como un depósito sagrado su honor, y muero con su secreto. Pero á más de guardar su honor, la juré proteger á nuestra hija y hacerla feliz. Fioreta puede elegir libremente el claustro ó el matrimonio, pero si eligiese este último estado, no será su esposo sino quien sea bastante valiente y arrojado para partir con nosotros los peligros. Ahora, bien, caballero Visconti, ¿amáis bastante á Fioreta para abandonar por ella vuestro bastón de mando, vuestra hermosa banda de coronel, y cambiar vuestro nombre de caballero en un nombre de bandido?

—¿Es esa vuestra resolución irrevocable?

—Es la voluntad de mi padre, á la que no faltaré en una sola palabra.

—Pues os juro que Fioreta será mía á pesar vuestro.

—Peor para los dos si eso sucede, dijo lacónicamente Laurenti.

—Adios, pues, rey de la campiña de Roma.

—Adios, señor coronel de los suizos del papa: pero escuchad antes una palabra: me conocéis y todos los días me estrecháis la mano y me pedís por la salud en la corte de su Santidad. Adonde jugáis, concurre; en donde bebéis, bebo; lo que habléis resonará

en mis oídos, porque soy uno de vuestros mayores amigos. He observado, que hasta ahora no habéis hablado ni una sola palabra con nadie acerca de vuestras pretensiones hácia Fioreta, y que no habéis mostrado ni una sola carta suya. Seguid siendo prudente. Os lo aconsejo, en ello os vá la vida. Adios.

—Esperad.

—¿Qué queréis?

—Me habéis dicho que os conozco.

—Es cierto.

—¿Que sois uno de mis mayores amigos?

—Por tal me tenéis.

—¿Que concurrís á donde concurreo?

—Es verdad.

—Sin embargo, yo no conozco vuestra voz.

—Mi voz se desfigura al pasar por el hueco de mi antifaz de hierro.

—Aclaradme...

—Ni una palabra más; adios.

—Esperad.

—Adios.

—¡Por san Paolo mi patrón, que yo os haré esperar y daros á conocer! dijo Visconti desnudando su espada y acometiendo rápidamente á Laurenti.

Este se hizo atrás de un salto, y lanzó un fuerte silbido.

Instantáneamente, aparecieron saliendo de detrás de cada árbol una multitud de hombres cubiertos con antifaces y armados de arcabuces.

Aquellos hombres rodearon al coronel de los suizos del papa.

—Guiad á ese caballero hasta la salida del bosque, dijo Laurenti á sus bandidos, perdiéndose en la espesura. Hasta mañana, caballero Visconti.

Vióse este obligado á ceder, y rodeado de los bandidos, llegó hasta la salida del bosque, y desde allí ganó la vía Apia y entró en Roma.

En vano durante muchos días buscó Visconti en sus numerosos amigos,

uno que le presentase ni el más ligero indicio del terrible bandido romano. Creyó al fin, que aquello había sido una amenaza y una burla, y dejó de desconfiar de los que le rodeaban.

En cuanto á Fioreta, su amor, ó por mejor decir, su empeño, se aumentó en proporción á las dificultades. Habían cambiado una y otra carta, pero en ninguna de las suyas había indicado Visconti á Fioreta lo que sabía acerca de su origen.

Si las dificultades irritan al hombre, puede decirse que irritan infinitamente más á la mujer. El amor de Fioreta se exaltó, y concedió á Visconti lo que siempre se había negado á concederle: esto es, hablar con él en las altas horas de la noche por las ventanas de su casa. Visconti, después de su primera entrevista de este género con Fioreta, esperó que se revelase de cualquier modo, si no la venganza, la cólera del terrible Laurenti; pero pasaron muchas entrevistas del mismo género, y ni recibí una sola carta ni el más leve aviso.

Visconti empezó á burlarse para sus adentros del rey de la campiña, y le despreció del todo cuando; enteramente rendida Fioreta, le concedió lo último que podía concederle: su posesión completa. Todas las noches, una escala llevaba á los brazos de Fioreta al afortunado Visconti, y el terrible bandido, el hermano protector, permanecía mudo.

Sin embargo, un día, encontró Visconti sobre la mesa, y sin que nadie la hubiese llevado, otra carta que contenía las frases siguientes:

«Todo lo sé. Gozad en secreto de vuestra felicidad, y haced feliz á mi hermana, pero, ¡ay de vos si por un accidente natural, ó por una villanía vuestra, se hace pública su deshonra! ¡ay de vos, y ay de ella!—Laurenti.»

Visconti era un hombre que no temía al cielo ni al infierno, y esta ame-

naza le irritó: acontecía además, que, como su amor hacía Fioreta no había sido más que deseo y empeño, satisfecho el deseo, hastiado de la pobre joven, necesitó satisfacer su vanidad de libertino, publicando su victoria sobre aquella mujer que había resistido las pretensiones de los hombres más peligrosos. Esta vanidad infame fué desarrollándose en él, y al fin, un día, en una casa de juego, con ocasión de ponderar un nuevo enamorado los desdenes de Fioreta, dijo:

—¿Qué apuesta queréis hacer conmigo, señores, acerca de esa mujer?

—¿Pretendéis acaso hacerlos amar de ella? dijo un joven caballero muy amigo de Visconti, llamado Marco Antonelli.

—No, no pretendo hacerme amar de ella, dijo Visconti, porque es mi querida.

—¡Vuestra querida! exclamaron asombrados los circunstantes.

—¡Vuestra querida! exclamó soltando la carcajada Marco Antonelli.

—Os reís de un modo muy impertinente amigo mio, dijo Visconti pica-do por la hilaridad de Antonelli.

—¿Pues no queréis que me ría? Mientras no presentéis pruebas de vuestro dicho me reiré.

—Es que pudiera suceder...!

—No debe suceder nada, dijo sin afectarse en lo más mínimo Antonelli; si esa mujer es vuestra querida, no merece ser la causa de un rompimiento entre dos amigos, y si no lo es, merecéis en castigo de vuestra mentira que nos riamos de vos.

—Y si presento la prueba?

—Me comprometo á perder quinientos escudos romanos, dijo Antonelli.

—Y yo otros tantos.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo, exclamaron todos los que estaban presentes.

Visconti, salió y volvió poco tiempo después con las cartas de Fioreta que arrojó sobre la mesa, entre los dados y las botellas.

Examináronse aquellas cartas; ellas probaban que Fioreta amaba á Visconti; pero en ninguna de ellas había una sola prueba de que fuese su querida.

—Y bien, dijo Antonelli sin perder su jovialidad, aun no habéis ganado un solo escudo: estas cartas prueban que sois más afortunado que otros: y digo prueban, porque no quiero haceros el agravio de creer que estas cartas sean falsas; pero de ser amado á poseer á la mujer que nos ama hay una diferencia incalculable. Así, pues, la apuesta queda en pié hasta que nos probéis que es vuestra querida Fioreta.

—Una palabra señores. Ahora está la luna en creciente y las noches son muy claras: ¿sabéis alguno de vosotros dónde vive Fioreta?

—Todos lo sabemos.

—¿Sabéis dónde caen las ventanas de sus habitaciones?

—Todos la hemos visto alguna vez en ellas.

—Pues bien: si esta noche á las doce, al hacer yo una señal véis que se abre una ventana de las habitaciones de Fioreta; si la véis á ella misma salir á aquella ventana, y arrojarme una escala, y después me véis trepar por ella, recibirme Fioreta en sus brazos, retirarse la escala y cerrarse silenciosamente la ventana, ¿creeréis?...

—Creeremos que Fioreta es vuestra querida, y os envidiaremos Visconti; pero habréis ganado la apuesta.

—Sí, si, habréis ganado la apuesta dijeron todos.

En efecto aquella noche se hizo la prueba: los amigos de Visconti ocultos en la sombra, le vieron entrar en las habitaciones de Fioreta. Al día siguiente todo el mundo supo en Ro-

ma que Fioreta era la querida de Paolo Visconti.

Sin embargo el terrible bandido de la campiña permaneció mudo: pasaron días y días hasta uno en que tuvo lugar un acontecimiento que heló la insolente risa de la infamia, en los labios del seductor de Fioreta.

El suceso á que me refiero pasó de la manera siguiente:

Era una hermosa tarde de mayo. Angiolina Visconti había expresado á su padre el deseo de dar un paseo por la campiña; Visconti hizo preparar una carroza, se disculpó con su hija de acompañarla, y Angiolina salió de Roma, acompañándola solo en el exterior el cochero y dos lacayos.

Caminaban lentamente por la vía Apia: Angiolina, cuya alma aspiraba ya ese amor virgen que es el sueño de la adolescencia de las mujeres, Angiolina inocente y pura, miraba con delicia el hermoso cielo de Italia, perdiéndose tras los horizontes azules, y la árida campiña por medio de la cual arrastraba su turbia corriente el Tíber.

Descendía el sol al Occidente; el día iba perdiéndose en ese poético tinte del crepúsculo vespertino tan bello y tan diáfano en la primavera de los países meridionales, y una dulce melancolía inundaba el alma de la jóven, cuando la carroza se detuvo de repente y uno de los criados asomó á la portezuela.

—Si adelantamos más, excelencia, dijo el lacayo, se nos echará la noche encima antes de que lleguemos á la ciudad, y no es prudente....

—Seguid, seguid, dijo la jóven, que de lo que menos se acordaba entonces era del terrible Laurenti ni de los bandidos.

La carroza siguió adelante: muy pronto, traspuesto enteramente el sol, empezó la noche á invadir el opuesto horizonte. Angiolina entonces sintió

un vago temor y mandó al cochero que se volviera.

Volviéronse en efecto. Roma se veía á lo lejos perdida tras la vaporosa neblina, y quedando mucho camino que andar para llegar á la ciudad.

El cochero azotó á los caballos que partieron al galope: á pesar de esto era ya de noche y quedaba mucho espacio para llegar á los arrabales.

De improviso el coche se detuvo, y antes de que Angiolina pudiera preguntar la razón, se abrió la portezuela y entró un hombre, vestido enteramente como los aldeanos de la campiña, y cubierto el rostro con un cumplido antifaz: aquel hombre llevaba á la cintura un puñal y un par de pistolas.

Angiolina solo tuvo tiempo para oír que aquel hombre decía:

—¡Al bosque!

Y se desmayó.

Cuando volvió en sí se encontró en un lecho en un aposento densamente oscuro. Un hombre la estrechaba entre sus brazos. Aquel hombre prevaleándose de su desmayo la había deshonrado.

Angiolina notó con terror, con el terror del pudor, que estaba medio desnuda.

Gritó, quiso resistirse, arrancarse de los brazos de aquel hombre, pero aquel hombre la retuvo entre ellos y la dijo con acento terrible.

—Vuestro padre ha deshonrado á mi hermana, y yo empiezo á vengarme deshonrándole en su hija.

Roma entera, supo por los criados á quien Laurenti había dejado en libertad, que Angiolina Visconti, la noble hija del señor coronel de los suizos del papa, había sido robada por los bandidos de la campiña.

Visconti sintió en medio del corazón la venganza de Laurenti; salió á la campiña, le llamó á voces en el mismo lugar donde había hablado con él

algunos meses antes; pero nadie respondió á las voces del desolado padre, que al fin era padre Visconti. Pidió licencia al papa para revolver con sus suizos la campiña y no logró ver un solo bandido. A los quince días, perdida casi la esperanza, se fué á buscar su último consuelo junto á Fioreta y la dijo:

—Es necesario que nos casemos: tu hermano sin duda nos escucha: pues bien, yo acepto todas sus proposiciones: si, yo acepto todas tus proposiciones Laurenti, seré bandido, verdugo, si quieres, pero vuélveme mi Angiolina.

—Vuélveme tú la honra de mi hermana, dijo una robusta voz á tiempo que se abrió una puerta y apareció un hombre.

Fioreta dió un grito agudísimo y se desmayó.

Visconti dió un paso atrás helado de espanto.

El hombre que tenía delante pidiéndole la honra de su hermana era uno de sus mayores amigos.

—¡Marco Antonelli! exclamó.

—No, Laurenti el bandido, Laurenti, que se venga, destrozándote el corazón, deshonorando á tu hija, como tu se lo has destrozado, deshonorando á su hermanmana: ahora defiéndete, infame, defiéndete porque entre nosotros se ha colocado tu infamia y no puede haber más que odio y sangre entre los dos.

Al día siguiente se encontró junto al Coliseo el cadáver de Paolo Visconti atravesado á estocadas, y sobre él un cartel en que se leía en letras enormes:

«Laurenti, hermano de la hermosa Fioreta ha hecho este cadáver.»

La casa en que había vivido Fioreta estaba completamente abandonada.

—¿Y sabéis vos príncipe, dijo Yaye, mirando profundamente á Loren-

zini Maffei, lo que se hizo de la pobre Fioreta?

—¡Qué! ¿no lo sabéis? dijo con la más ingénuu curiosidad el príncipe; pues ved ahí que falta á vuestra historia una noticia esencialísima.

—Lo que fué de Fioreta no lo sabe nadie, porque Laurenti á nadie se lo dijo.

—¿Y cómo, cómo, dijo el príncipe con una curiosidad creciente; cómo fué á parar Angiolina al convento donde yo la conocí en Nápoles?

—Se ignora también, porque á nadie lo ha dicho tampoco Laurenti. Pero lo que se sabe de seguro, es, que al fin, por una traición de uno de los bandidos de Laurenti, fué descubierta su guarida, exterminada su cuadrilla de malhechores y él....

—¿Y él?...

—Hay quien cree que acaso quedó entre los cadáveres de los bandidos que murieron defendiéndose, porque no se le oyó nombrar más en las intermediaciones de Roma.

—Pues habeis burlado mis esperanzas, duque, en cuanto á la historia del bandido. Debía ser curiosa.

—Pues voy á contároslo en dos palabras: el bandido está ciegamente enamorado de Angiolina que no le conoce: el bandido sigue á Angiolina por todas partes bajo el nombre de Andrea Bempo: Andrea Bempo no es otro, pues, que Laurenti, hombre feo cuando en disfraces, y que sabe variar de rostro como de vestido y de edad como de lenguaje: que unas veces se llama Bempo, otras don Diego de Zayas, y pasa por caballero español, como en Roma bajo el nombre de caballero romano pasaba por Marco Antonelli: Laurenti, en fin, esposo enamorado de Angiolina, esposo despreciado por Angiolina, que se llama el príncipe Lorenzini Maffei.

Mudáronse instantáneamente al oír estas palabras, la mirada, la actitud

y la expresión del príncipe; irguióse, centellearon sus ojos, temblaron de cólera sus labios y se puso de pié buscando un objeto entre su justillo de terciopelo.

El duque no se movió de su sillón.

El príncipe, ó Laurenti, ó Bempo, aquel singular personaje, en fin, sea que le dominara la imperturbabilidad de Yaye, sea que fuese demasiado valiente para cometer un asesinato, sea por otra causa cualquiera, retiró la mano de su jubón entreabierto, y se sentó de nuevo.

—¿Con que lo sabes todo? exclamó con acento convulso por la cólera: con que sabes, que esa mujer á quien elegí en mal hora para instrumento de mi venganza, me esclaviza, se burla de mí, me trata como un perro cuando me cree Bempo, y me deshonra creyéndome el príncipe Lorenzini Maffei. ¡Oh! no importa: yo sé también que tú, bandido como yo, emir de los Monfies de las Alpujarras, estás herido en el corazón, deshonrado en tu hija, como yo estoy herido en el corazón, deshonrado en mi esposa, por un mismo hombre, por el marqués de la Guardia. ¡Oh! secreto por secreto, monfi; y puesto que necesitamos vengarnos...

—¿Y qué culpa tiene el marqués de la Guardia, dijo imperturbable el duque, de que le haya amado mi hija, de que le haya amado Angiolina?

—El marqués no la ama, exclamó con sarcasmo Laurenti; el marqués la ha tomado como instrumento para dar celos á tu hija.... y lo ha conseguido....

—Escucha Laurenti, dijo Yaye levantándose y asiendo á Bempo de un brazo con la fuerza de un gigante. Estás en mi poder.

—¿En tu poder yo? exclamó el bandido pretendiendo en vano desasirse.

—A donde quiera que vayas, donde

quiera que te ocultes, allí te encontrará mi mano. No lo pruebes, porque serías vencido en la prueba. En cualquier terreno que elijas te haré pedazos si te niegas á servirme.

—Yo no he servido á nadie más que á esa mujer...

—A quien no debiste deshonrar, á quien no has debido servir.

—Tú has prostituido tu hija al príncipe don Carlos: tú te has visto obligado á apartarla de la corte, para que la corte no sepa tu deshonra.

—¡Laurenti! exclamó el duque de la Jarilla echando á su vez mano á su daga.

—¡Laurenti es siempre el indomable rey de la campaña de Roma! contestó sin inmutarse el bandido: Laurenti desprecia el furor del emir, como antes el emir de los monfies ha despreciado el furor de Laurenti.

Yaye dejó la daga, soltó á Laurenti y se sentó de nuevo en el sillón.

—Quiero que me digas, cómo has sabido mi nombre, exclamó después de unos instantes de silencio, recordando enteramente su calma.

—En Granada hay muchas personas que saben la interesante historia de la hija y de la nieta del duque de la Jarilla: como en Roma hay otras que saben la historia de Paolo Visconti: además como hubo un bandido que vendió en Roma á Laurenti, hubo también en Granada un monfi que vendió al emir de las Alpujarras.... Habían pagado á peso de oro, ó por mejor decir, el alcalde de casa y corte que había tomado la declaración del monfi traidor, prefirió vender aquella declaración enriqueciéndose, á servir al rey denunciando al falso cristiano, al falso duque: pero el juez se quedó con copia de la declaración por si alguna vez necesitaba algún dinero, y se la vendió á Laurenti el bandido, que sabe andar sin perderse por un laberinto y llegar al fin, solo con

que coja el cabo de un hilo: esa declaración existe... y acaso acaso esté á estas horas en poder del rey.

Yaye se puso letalmente pálido, sus ojos inyectados de sangre rodaron en sus órbitas y desnudó su daga; pero en aquel momento un resplandor vivísimo le cegó y luego.... luego no sintió nada...

Quando volvió en sí, se encontró en un lecho: sintió una pesadez inexplicable en la cabeza, se llevó las manos á ella y encontró un vendaje: revolvió los ojos en torno suyo y se encontró en un calabozo; movióse y sintió que sus pies estaban sujetos por un par de grillos. Vió junto á sí un hombre de aspecto rudo y quiso preguntarle: pero se sintió débil y las palabras se ahogaron en su garganta.

Aquel hombre pareció comprender el deseo de Yaye y le dijo como si este le hubiese hecho una pregunta:

—Habéis sido herido en vuestra casa de un pistoletazo en la cabeza por el príncipe Lorenzini Maffei, según han declarado vuestros criados; el príncipe ha desaparecido: estáis preso en el Santo Oficio por hereje, sacrilego y traidor al rey y si no morís de la herida, moriréis quemado en auto público del Santo Oficio de la general Inquisición.

Yaye á falta de voz, dió á aquel hombre con una expresiva mirada las gracias por su noticia, y luego, encerrándose en su pensamiento, exclamó en el fondo de su alma:

—¡Satanás se ha conjurado contra mí!

CAPITULO XVII.

COMPLICACIONES.

Algunos días después de los acontecimientos que dejamos relatados estaba Madrid profundamente conmovido en sus dos círculos cortesanos, el

alto y el bajo; algunas noticias extraordinarias habían ido circulando de boca en boca, agravándose más, á medida que se sucedían.

Primeramente, la hermosa duquesita había desaparecido de la corte sin despedirse de nadie, y sin que nadie supiese á dónde había ido.

En segundo lugar el hidalgo don César de Arévalo, tutor del marquesito de la Guardia, andaba, desolado por calles y plazas, tabernas y garitos, mancebías y palacios, en busca de su sobrino que también se había perdido. Ayudábale en su árdua empresa, Peralvillo, lacayo favorito y confidente del marqués, mozo despierfo y de puños, á quien no hemos tenido ocasión de citar hasta ahora, y señalado con un profundo chirlo en la cara, pero no por eso feo, ni desgraciado, respecto á ciertas princesas de vida airada. Ni el tío ni el lacayo habían podido ponerse sobre el rastro del marquesito.

Además de esto y de que los acontecimientos que vamos á relatar, fueron los que más impresión causaron en la corte, el mismo día de la salida de Amina de Madrid, á la hora de la audiencia, apareció fijado en la mampara de la antecámara pública de palacio, un papel en forma de carta, escrito, al parecer, por una mujer, con señales de haber estado arrugado, y vestigios de lágrimas, en que se leían estas palabras.

«Don Juan de mi alma: hay cosas que el pudor impide á una mujer revelarlas ni aun á su mismo esposo, pero es preciso que sepas que alienta en mis entrañas un hijo de nuestro amor. Tu Esperanza.»

Por debajo estaba, pegado asimismo, otro papel escrito también al parecer por otra mujer, en que se leía en letras gordas:

«La esperanza de este don Juan, es la hermosa duquesita de la Jarilla,

y el alma de esta Esperanza es el marquesito de la Guardia.»

El escándalo era soberano y debía retumbar de una manera imponderable: antes de que un hugier arrancase estos dos papeles y los entregase al gentil hombre de cámara de servicio, ya se habían sacado cien copias por los curiosos, y ya aquellos curiosos se habían esparcido por Madrid, llevando consigo el escándalo.

Pero no era esto solo.

Aquellos dos carteles fueron entregados al rey que despachaba á la sazón con el cardenal Espinosa.

Felipe II leyó letra por letra los dos escritos, meditó algún tanto sobre ellos, y luego dijo posando una mirada glacial en el cardenal secretario:

—Que se averigüe á todo trance quién ha puesto estos carteles en palacio, y averiguado y probado que sea, que le ahorquen secretamente sin distinción de clase ni persona.

El cardenal dió las órdenes oportunas, y á poco volvió trayendo un pliego en las manos.

—¿Qué es eso? preguntó el rey.

—Se ha encontrado este pliego en una de las habitaciones bajas del alcázar, donde han debido arrojarle por una reja, con sobre á vuestra majestad.

Tomó el rey el pliego.

Sobre su nema se leía en letra exactamente igual á la que había esclarecido de una manera tan infame la carta de Amina al marqués:

«Al católico y justiciero rey de las Españas.»

El pliego era voluminoso.

Contenía las pruebas que contra Yaye poseía la princesa Angiolina: la historia del casamiento del emir con Estrella, la muerte del anterior marqués de la Guardia, la declaración del monfi traidor, y además la para el rey terrible revelación de que su

hijo el príncipe don Carlos le hacía traición conspirando contra su persona.

«Y tenga en cuenta vuestra magestad, concluía la carta, que el hombre de quien se trata, es poderoso, rico, más rico que vuestra magestad, y que si vuestra magestad tiene en su corte un ejército, en la corte tiene también ese hombre un ejército de monfies disfrazados.»

Solo por el cuidado con que don Felipe leyó aquel proceso, que tal lo parecía el contenido del pliego, pudo traslucir Espinosa que se trataba de un asunto de gran importancia: el rostro del rey había permanecido impasible. Después que los hubo leído y releído, dobló de nuevo aquellos papeles, los puso bajo su libro de devociones, y dijo al cardenal:

—Que me llamen con urgencia al marqués de los Vélez.

Después se puso á hojear algunos memoriales, y cuando volvió el cardenal le dijo:

—Sigamos en el despacho de Indias.

Rey y secretario siguieron en el despacho.

Como á las once del día un gentil hombre anunció á don Luis Fajardo, marqués de los Vélez, que fué introducido.

El rey despidió al cardenal y se quedó solo con el marqués, á quien ni miró ni dijo una sola palabra.

El rey escribía.

—Tomad y cumplid inmediatamente esta orden, adelantado, dijo el rey entregando al marqués de los Vélez el papel en que había escrito.

Don Luis hincó una rodilla para tomar el papel, alzóse después, saludó profundamente al rey y salió.

Al llegar á la antecámara, el marqués de los Vélez se detuvo, y ocultando la orden en el hueco de su gorra, la leyó; decía así:

«El rey.—A nuestro muy leal vasallo don Luis Fajardo, marqués de los Vélez, adelantado en el reino de Murcia.—Hacéos acompañar de nuestra orden de un alcalde de casa y corte y de un secretario. Tomad asimismo de nuestra orden, treinta alabarderos y un alférez de nuestra guardia suiza; id con esta gente á la casa de don Juan de Andrade, duque viudo de la Jarilla, grande de España, y prendedle muerto ó vivo. Mandad al alcalde en nuestro real nombre, que haga inventario de los papeles del duque, y de cuanto hubiere en su casa, que la desocupe, que selle los armarios, cajones y puertas, y que ponga un cartel en la puerta en que se comine con pena de la vida al que pretendiere penetrar en dicha casa. Preso que sea el duque, le conduciréis á la cárcel del Santo Oficio, que tiene en nuestra corte la Inquisición del arzobispado de Toledo, y mandaréis, so pena de la vida, que nadie hasta nuestra orden comunique con el preso. Del cumplimiento de esta me respondéis como vasallo.—De nuestro alcázar de Madrid á los cinco días del mes de julio de 1567.—Yo el rey.

El marqués de los Vélez palideció primero, arqueó las cejas, y después se encogió de hombros, y sobre la marcha empezó á cumplimentar la orden del rey.

A las doce en punto, llegaba acompañado de un alcalde de casa y corte, de un secretario, de algunos alguaciles y de un alférez y cincuenta alabarderos suizos á la casa de Yaye. Cercóla á la redonda, tomó las salidas y se hizo anunciar á Yaye de orden del rey.

Pero encontró la casa en la mayor consternación: los criados iban de acá para allá, y no sabían qué hacerse; al fin vino á sacarse en claro, que aquella mañana había entrado á visitar al duque un caballero que decía

llamarse el príncipe Lorenzini Maffei, que después de largo tiempo que el duque y el príncipe estaban encerrados, se había oído un tiro en la cámara del duque; que el príncipe había desaparecido en el primer momento de sorpresa, y que acababan de encontrar al duque en su cámara, sin conocimiento y con la cabeza atravesada de un tiro.

El marqués se hizo conducir hasta Yaye de órden del rey; en vista del deplorable estado del emir, se llamaron doctores, y estos declararon que tal como se encontraba el herido era expuestísimo para su vida, el que se trasladase á ninguna parte. El marqués de los Vélez fué con estas noticias al rey, pero el rey mandó que se curase en su casa al duque, y que después, fuese cual fuese su estado, se le condujese de la mejor manera posible á la cárcel del Santo oficio. Asimismo mandó que se prendiese al príncipe Lorencini Maffei.

Hizose á Yaye la primera cura, sin que volviese en sí, después de lo cual fué puesto en una silla de manos y llevado á la prisión.

En seguida el marqués de los Vélez, se presentó en la casa del príncipe Lorenzini; salióle al encuentro Angiolina que se mostró profundamente admirada de que un caballero tan galante como don Luis Fajardo fuese á visitarla al frente de la justicia, y acompañado de un tan respetable resguardo de alabarderos reales.

—El rey lo manda, hermosa señora, dijo con galantería el marqués, y me veo en la dolorosa pero imprescindible necesidad de prender á vuestro esposo.

—Pues os desafío á que le prendáis, dijo riendo Angiolina: aunque trajerais con vos, señor don Luis, todos los ejércitos de su magestad, sería imposible prenderle.

—¡Imposible porque le guardáis

vos! dijo sosteniendo su galantería el marqués.

—Yo soy muy débil guarda contra el rey, dijo Angiolina, pero la imposibilidad de que prendáis á mi esposo consiste... en que no está en España.

—¡Oh! ¿no está en España el señor príncipe?

—No, no por cierto; está en Venecia, donde procura porque la república me devuelva los bienes que en otro tiempo confiscó á mi padre.

—¡Ah! ¿con que el señor príncipe está en Venecia?

—Ni más ni menos, y en prueba de ello, ved, ved una carta que acabo de recibir de él.

—¡Ah! basta vuestro dicho, señora, dijo el marqués rechazando noblemente una carta que Angiolina había tomado de encima de una mesa. Además, no conozco la letra ni aun la persona de vuestro esposo.

—Se le conoce muy poco ó nada, señor marqués; mi esposo es un hombre extraordinario. Yo apenas le conozco; hace seis años que nos casamos y después de la ceremonia solo permaneció un día á mi lado; después me envió á España; sucesivamente ha venido á visitarme dos veces al año, y eso por un solo día; emplea el tiempo en viajar y en escribirme con suma frecuencia cartas amorosas; eso lo sabe todo el mundo en Madrid; se sabe tanto, que me llaman de pública voz la casada doncella... y ¿qué ha hecho, ó qué dicen ha hecho el príncipe para que el rey quiera prenderle?

—Se le acusa de haber dado muerte al duque viudo de la Jarilla.

—¡De haber dado muerte al duque de la Jarilla! exclamó palideciendo profundamente Angiolina, y dejando su acento y su aspecto ligero y galante; pero eso es imposible, don Luis; imposible de todo punto; puedo probar que mi esposo está ahora mismo en Venecia, á no ser que haya venido

corriendo postas como esta carta. Deben haberse equivocado; alguien debe haber tomado el nombre de mi esposo para cometer ese asesinato.

—¿Es el príncipe un caballero como de cincuenta años?

—Sí.

—¿Un tanto encorbado?

—Sí.

—¿Con los cabellos entrecanos, largos y rizados?

—Exactamente, exclamó con asombro Angiolina.

—¿Usa anteojos verdes?

—Sí, si señor, porque tiene débil la vista.

—¿Además la nariz un tanto gruesa y encarnada?

—No hay duda, esas son las señas de mi esposo.

—Señas que ha dado uno de los criados del duque al alcalde de casa y corte que me acompañaba, y que escritas traigo conmigo. Mirad, princesa, mirad.

El marqués sacó de su limosnera un papel doblado que desplegó y entregó á Angiolina.

—Sí, sí, dijo ésta cada vez más turbada, son sus señas; pero os juro, don Luis, por mi honor, que no he visto al príncipe, que no le esperaba, y por lo tanto que no está en mi casa.

—Os creo señora, os creo, dijo el marqués guardando de nuevo el papel que le devolvió Angiolina: vuestras palabras rebosan ingenuidad, pero me veo en el doloroso compromiso...

—¡De prenderme...! exclamó trémula y conmovida la princesa.

—¡Oh! ¿quién piensa en eso? dijo el marqués: ¿quién podrá hacerlos cargo de un delito que no habeis cometido? solo he querido decir al hablar de compromiso, que no puedo acusarme de registrar vuestra casa para asegurarme y asegurar al rey

con testimonio de escribano que no se encuentra en ella el príncipe.

—¡Ah! eso es distinto: podéis registrar cuanto gustéis, don Luis, pero antes de que registreis tengo que hacerlos una advertencia.

—Advertidme cuanto gustéis.

—En este momento hay en mi casa un hombre herido.

—¡Un hombre herido...!

—Sí por cierto: el comediante Andrés de Cisneros, á quien encontré muy tarde abandonado en la calle cuando volvía de casa de una amiga; pero ya he dado parte de ello al alcalde del barrio; el herido ha declarado, y si no ha sido trasladado ya á su casa, es porque el estado de su herida no lo permite.

—¡Ah! en ese caso nada temais, señora; por el contrario, esta bella acción añadirá nuevo brillo á vuestra ardiente caridad, que tanto conoce la corte. Ahora bien, como hace ya algún tiempo que estamos solos, y espera fuera la justicia, permitidme que para evitar interpretaciones...

—Sí, sí, don Luis, registrad cuanto gustéis; voy á mandar que os abran mis criados todas las puertas.

Procedióse al registro, revolvióse la casa de alto á abajo desde los desvanes hasta los sótanos; abriéronse los muebles huecos, se tentaron las paredes y el príncipe no pareció: no podía haberse escapado porque el marqués de los Velez había mandado cercar la casa antes de entrar en ella. Sólo se encontró á Cisneros herido; pero Angiolina lo había previsto todo, había dado parte á la justicia. Cisneros, que había declarado de una manera que apartaba toda responsabilidad de la jóven, prestó nueva declaración ante el alcalde de casa y corte que acompañaba al marqués de los Velez, y cuando se le pidió el nombre de quién lo había herido, respondió que no le conocía, lo que era verdad,

porque no había tenido ni tiempo, ni luz la noche antes, para reconocer al marqués de la Guardia en su adversario.

Don Luis Fajardo salió con la justicia: apenas se vió sola Angiolina, tocó un silbato; entonces, como una aparición, se la presentó el bandido Laurenti, bajo la figura de Andrea Bempo, y con el mismo traje que la noche anterior.

—Has puesto la carta de la duquesita en la antecámara de la audiencia? le preguntó.

—Sí, contestó Laurenti; en la misma mampara.

—¿Has puesto el pliego que te di en lugar á propósito para que pueda llegar á las manos del rey?

—Sí.

—Gracias Bempo, gracias, dijo Angiolina estrechando entre sus blancas manos una membruda mano de Laurenti.

El bandido se estremeció como si hubiese recibido un choque galvánico y retiró su mano de las de Angiolina.

—Sucede una cosa muy singular, dijo ésta, y es necesario averiguar lo que en ello hay de cierto. La justicia acaba de salir de casa.

—Lo sé.

—¿Y sabes por qué ha venido á casa la justicia?

—Buscando á tu esposo.

—¿Sabes de qué le acusan?

—Sí: de haber herido ó matado al duque viudo de la Jarilla, al emir de los monfíes.

—¿Pero es eso cierto?

—¿Quién sabe? El príncipe Lorenzini es un hombre extraño. Siempre he desconfiado de él. ¿Y luego quién es ese hombre?

—Lleva un ilustre nombre italiano.

—¿Pero sabeis quién es ese hombre?

—Acuérdate, Bempo, de que tu fuiste quien me aconsejaste...

—Sí te aconsejé que te casaras con el príncipe, te lo aconsejé porque debía aconsejártelo; cuando te libré de mi capitán el infame Laurenti, el hombre que en medio de un misterio tenebroso te esclavizaba, te hacía sufrir su odiosa brutalidad, pudimos sostenernos durante algún tiempo con el dinero que logró sacar de las canteras que nos servían de asilo. Después la caverna fué descubierta: me vi privado de los recursos que me proporcionaban algunos compañeros que conspiraban conmigo contra el capitán, y sobrevino la miseria, una miseria horrible: yo no sabía ningún oficio, no sabía más que robar, y esto encontrándome solo era difícil: nos vimos obligados á buscar un medio de vivir; entonces tú, con ese corazón fuerte que Dios te hadado me digistes: yo soy hermosa, se tocar el laud y cantar, viviremos como vivían los trovadores en otros tiempos: yo ganaré nuestro pan, tú me acompañarás y me defenderás. Así recorrimos la Italia. Un día en Nápoles, un autor de cómicos españoles te vió, y te dijo si querías formar parte de su compañía; aquello era más cómodo y más decente que andar por calles y plazas como mendigos sufriendo soeces injurias. Fuiste cómica, yo fui cómico: antes de mucho teníamos fama; y nos aplaudían, ganábamos dinero abundante. Otro día en Pásaro, te vió el príncipe representar en una farsa y se enamoró de ti. Aquel hombre no te buscó como se busca á una mujer perdida: aquel hombre te dijo redondamente que si querías ser su esposa. Yo te amaba lo bastante para anteponer tu felicidad á la mía, te amaba, aunque no tenía esperanzas de ser correspondido, aunque me tratabas como un esclavo, porque conocías mi amor y abusabas de él.

—¡Ah! no, no, Bempo: es verdad que Dios no ha querido que yo te ame, que he abusado acaso de ti... pero...^V

—Dejemos eso, la interrumpió Laurenti; dejemos eso porque me mortifica y no quiero pensar en ello. El príncipe, antes de casarse contigo, quiso que estuvieses algún tiempo en un convento de Nápoles, para cubrir las apariencias. A los dos meses eras su esposa, y te enviaba á España, para evitar que alguien te conociera en Italia, por donde habías andado vagando como cantora y como cómica. Yo te seguí como sigue la sombra al cuerpo, y en seis años que llevas de casada, he visto muy pocas veces al príncipe.

—¡Oh! nunca he podido comprender á ese hombre! exclamó Angiolina.

—¿Y estás segura de que ese hombre tan misterioso, no sea el bandido Laurenti?

—¡El bandido Laurenti! exclamó estremeciéndose Angiolina; yo no le conozco, nunca le he visto: si sé que fué él el bandido que me robó, que me deshonoró, que me obligaba á satisfacer sus deseos en medio de una eterna oscuridad, es porque tú me lo has dicho: en el aposento subterráneo en que yo estaba, no entraba otra persona que el capitán Laurenti. A mí, á pesar de la obscuridad, me parecía jóven y hermoso... muy diferente del príncipe...

—¿Y no has tenido nunca un recuerdo de amor para Laurenti? dijo él mismo con voz insegura, que Angiolina atribuyó á celos.

—¡Yo! ¡amar yo al miserable que me robó, que me deshonoró, que mató mi porvenir, que asesinó mi á padre! ¡Amarle yo! si le conociese... si le conociese, le sonreiría, sí, le colmaría de caricias, sería una vez más suya,

y... le mataría cuando estuviese dormido entre mis brazos.

—¡Ah! exclamó Laurenti...

—Y si supiera que el príncipe era él... si lo supiera, si el príncipe volviera á verme... ¡Oh! le daría ese amor que tanto desea... ¡para matarle, Bempo, para matarle, para vengar mi deshonra, para vengar á mi padre.

—¡Ah! exclamó de nuevo y más profundamente Laurenti.

—Pero tú, que conoces al príncipe, tú que has sido bandido de Laurenti, descubre si el príncipe es Laurenti.

—Nadie, ni el más valiente, ni el más allegado de sus bandidos, ha visto nunca el rostro del capitán Laurenti, eternamente cubierto con una máscara de hierro.

—¿De modo que nada sabemos?

—Nada.

En aquel momento un criado entró con una carta para la princesa.

Esta notó que la letra del sobre era la del príncipe.

—¿Quién ha traído esta carta? dijo preocupada por aquel inesperado accidente.

—Un hombre encubierto, que no se ha detenido, señora; contestó el criado.

—Vete.

El criado salió.

Angiolina rompió la neta de la carta, y la leyó rápidamente.

—¡Ah! exclamó con un acento emanado del fondo de su alma: ¡abandonada! ¡abandonada otra vez á mí misma!

—¡Abandonada! ¿y de quién? exclamó Laurenti.

—¡De quién! ¡del príncipe! toma y lee.

Laurenti tomó la carta que conocía demasiado, y la leyó en voz alta.

Aquella carta decía:

*Mi adorada Angiolina: me veo en la triste necesidad de decir, que á

contar desde el día de hoy, no puedo serviros de nada. Estoy arruinado. He muerto además á un hombre poderoso, al duque de la Jarilla, y me veo obligado á huir, á ocultarme, porque ese hombre tiene parientes poderosos. Volved, pues, reina mía, á vuestro oficio de cómica, y buscad otro príncipe que se case con vos.....

—¡Ah! ¡yo no he leído eso! exclamó Angiolina.

—Pues aún queda mucho de la carta, que por lo visto no has leído.

—¡Ah! sigue Bempo, sigue.

Laurenti siguió.

»Buscad otro príncipe que se case con vos, lo que podeis hacer sin escrúpulo de conciencia, porque no estais casada, ni yo soy príncipe. Por lo demás, aunque vos os habeis jactado de que yo no había obtenido la felicidad de poseeros, estais en un error. Os he poseído tanto, como que me llamo Laurenti...

—¡Ah! exclamó Angiolina.

—¡Ya lo sospechaba yo! exclamó con la mayor formalidad Laurenti.

—¡Oh! ¡sigue Bempo, sigue! exclamó irritada Angiolina.

»Como ya no tengo mis buenos bandidos, como se me han acabado las riquezas que pude salvar de mi antigua guarida, no solo no puedo daros, sino que, mientras vos cuidábais al hermoso comediante Cisneros, os he tomado los diamantes y las perlas que os había regalado, valiéndome para ello de la llave de vuestro postigo, que siempre me acompaña. Sin embargo, os quedan las alhajas con que estábais prendida, mientras yo hacía mi último robo, con las cuales podeis vivir algunos meses.—Vuestro enamorado, Giussepo Laurenti.»

Angiolina miró pálida y convulsa á Laurenti.

—¡Y qué hacer! ¡qué hacer Dios mío! exclamó llorando.

—Aún queda un recurso, dijo Laurenti, si sigues mis consejos.

—Por ellos me casé con ese infame.

—Ya te he dicho que yo no conocía al capitán, me ha engañado como á ti. Los consejos que te daré ahora son más juiciosos.

—Te escucho.

—Yo te amo Angiolina, te amo con toda mi alma. En España no me conoce nadie, y seré capaz por tí, de ser un hombre honrado.

—Y bien, dijo con impaciencia Angiolina.

—Sé mi esposa.

—¡Tu esposa!..... ¿y qué hemos de hacer pobres, sin apoyo...? tú no sirves para nada más que para bandido... esto sería expuesto... yo no sé más que representar y cantar... tú tenias celos cuando era cómica. ¿Si no adoptamos ninguno de esos dos partidos, cómo podremos vivir?

—Te quedan bastantes alhajas de valor, y ricos trajes. Los muebles de tu casa ascienden á una buena suma...

—Pero viene un día y otro día, y el dinero se acaba.

—Sí... cuando el dinero no se emplea... pero podríamos vender esas alhajas, esas ropas, esos muebles; comprar unas tierras en un rincón de Asturias ó de Galicia, y vivir felices.

—¡Déjame que me vengue y seré tuya! dijo Angiolina, levantando hacia Laurenti sus ojos cubiertos de lágrimas.

—¡Que te vengues! ¿y de quién?

—De la duquesita de la Jarilla.

—¡Ah! ¡tú amas al marqués de la Guardia!

—Pues bien, si, dijo Angiolina levantando la frente radiante de amor: no quiero engañarte Bempo; le amo, le amo con toda mi alma, le he entregado mi corazón vírgen, y mi cuer-

po... ¡virgen! ¡virgen también! ¿Qué importa? la violencia y la fatalidad no mancillan; yo he salido pura de las manos de Laurenti, como había caído en ellas; yo he dado á don Juan toda mi alma, todo mi amor, toda mi felicidad... y don Juan no me ama, don Juan ama á esa sultana, como que es más noble, más hermosa, más rica, más jóven, más feliz que yo, ¡necesito completar mi venganza contra esa mujer, y después morir! No quiero engañarte Bempo, te debo mucho; te lastima mi trato acaso duro, esa es la corteza Bempo, debajo está el corazón; yo no puedo ser tu amante, seré tu hermana: si esto no te satisface, si te he hecho desgraciado sin quererlo, déjame que me vengue, y mátameme después.

Laurenti miró de una manera profunda, severa, terrible, desesperada, á Angiolina: sus ojos se tiñeron de sangre, y puso mano á su puñal: Angiolina se creyó sentenciada, dió un grito y cayó de rodillas: Laurenti la contempló un momento en silencio; en su semblante se pintó una lucha horrible, y luego la volvió la espalda y salió de la estancia.

Angiolina se dobló sobre sus rodillas, se cubrió el rostro con las manos, y rompió á llorar de una manera desolada.

CAPÍTULO XVIII.

DE CÓMO SE VIERON OBLIGADOS Á SALIR DE LA CORTE ALGUNOS DE NUESTROS PERSONAJES.

Algunos días después, el rey supo que Yaye-ebn-Al-Hamar, el terrible emir de los monfies, preso en los calabozos del Santo Oficio, estaba bueno, y que antes de mucho podría empezarse el proceso contra él.

El príncipe don Carlos supo tam-

bién, que Cisneros estaba á punto de curar de su estocada.

Angiolina Visconti, no pudo tener duda de que estaba abandonada y sola en el mundo, sin más caudal que su hermosura, su talento de cómica, su habilidad de bailarina, y más desgraciada que jamás lo había sido, puesto que estaba, como nunca lo había estado, enamorada y celosa.

El hidalgo don César de Arévalo, supo al fin de su sobrino por una carta de este, que le escribía desde las Alpujarras; pero la alegría del buen tío se aguó, como suele decirse, porque en aquella carta, su sobrino, le pedía dinero y Peralvillo.

El tío envió al lacayo con una bolsa demasiado ligera, y esta carta demasiado pesada.

«Amado sobrino don Juan: de lo que me pedís, os envío lo que puedo enviaros; vuestro lacayo y cincuenta doblones que es todo lo que he podido reunir: y no me pidáis más en mucho tiempo, porque en este último año nos hemos dado tal maña los dos para gastar vuestras rentas, que están empeñadas hasta el cuello, sin que haya fuerzas humanas que puedan sacarlas del poder de los prestamistas. Si vuestrós bienes no fueran vinculados, podríamos vender alguna hacienda y salir de apuros. Pero como esto no puede ser, y es menester vivir, yo me marcho á Flandes con una provisión de capitán que he podido sacar al príncipe Ruy Gómez. Para que veáis que no me he olvidado de vos, dentro de poco recibiréis una provisión de capitán para vos, de una compañía de arcabuceros del reino y costa de Granada. Si Dios quiere que entremos á saco algún burgo flamenco, os acudiré con lo que hubiere. Es cuanto tiene que deciros vuestro tío, que tiene ya puesto el pié en el estribo para ir á buscar á sus soldados.»

—Don César de Arévalo.»

En efecto, don César marchó dejando desesperadas á una porción de doncellas que vivían de sus buenas obras.

En cuanto á Angiolina, había recibido también una carta harto pesada, y más que pesada, terrible. Esta carta era de Laurenti.

«Adorada Angiolina: El príncipe Lorenzini Maffei, Andrea Bempo y Giuseppe Laurenti, son una misma persona: debes haberlo adivinado después de la última y acalorada entrevista que tuvimos. Como hace diez años que andamos juntos, me ha parecido descortés salir de la corte de las Españas, de donde me alejo por muchas razones, sin despedirme de tí. Además, mi conciencia me manda que cuando busques tus últimas joyas y tu último dinero y no lo encuentres, no culpes á tus criados, porque esas joyas y ese dinero me los llevo yo para la costa del viaje que será largo. No te desconsueles por eso. Aun te quedan esperanzas. He sabido por boca de don César de Arévalo, que es muy amigo mío, que el marqués de la Guardia, tu adorado, el único hombre que ha sabido conmover tu corazón, está en la villa de Cádiz, en las Alpujarras. Aunque no tienes dinero puedes valerte engañándole del señor Andrés Cisneros, que, según creo, se verá muy pronto obligado á dejar la corte.—Tuyo, siempre tuyo.—Giuseppe Laurenti.»

Es indecible la desesperación de Angiolina, porque aquella carta no mentía; sus joyas y su dinero habían desaparecido. Solo le quedaban sus ricos trages y sus muebles; pero para vender los primeros, necesitaba renunciar á presentarse en la corte; para vender los segundos, cerrar la casa; nada de esto podía ser: Angiolina, pues, se vió obligada á adoptar un partido decisivo.

Anunció, pues, que su esposo el

príncipe Lorenzini, la llamaba á su lado á Italia, noticia que causó gran sensación en la corte, porque mataba las esperanzas tenaces de muchos enamorados, y curaba el rabioso despecho de muchas damas envidiosas de Angiolina, y esta puso en almoneda sus muebles, sus tapices, sus literas, su carroza y sus caballos.

Una vez hecha aquella almoneda, y convertido en oro aquel mobiliario, era preciso salir de la corte: ¿pero cómo? ¿á dónde ir? ¿qué hacer?

Después de pensar mucho y en vano, de haber adoptado cien veces, y rechazado otras tantas, la idea de encerrarse en un convento, tropezó al fin en su imaginación, como un recurso extremo, con el comediante Cisneros. Aquel hombre estaba locamente enamorado de ella, y sería capaz de todo por ella; pero Angiolina temía que no se prestase tan fácilmente á dejar la corte; Angiolina, que había pensado usar de Cisneros, como de un instrumento de venganza, se vió obligada á asirse á él como á un áncora de salvación.

En ocho días que habían trascurrido desde que fué herido Cisneros, Angiolina le había rodeado de cuidados, de esos cuidados afectuosos que con tan exquisita dulzura sabe prodigar la mujer á los seres que sufren; había velado junto á su lecho, había sostenido con él largos debates amorosos; había sido indulgente con las no siempre respetuosas manos del comediante; le había empeñado, en fin, en un deseo voraz, en uno de esos deseos que el más experimentado confunde con el amor. Unas veces había alentado sus esperanzas, otras las había contenido, y se había guardado muy bien de explorar á Cisneros, en cuanto á las rebeldías del príncipe, de quien le creía y no sin causa, confiante, para no alarmarle y hacerle

sospechar acaso, que solo le quería para instrumento.

Cisneros, pues, era una masa preparada á todo entre las manos de Angiolina.

Decidida al fin esta, á apoyarse por último recurso en el comediante, bajó á la habitación donde este se encontraba, sencilla, pero voluptuosamente vestida de blanco, y vaporosa y leve como una nubecilla de la mañana. Cisneros, cansado del lecho, se había atrevido á levantarse y á probar sus fuerzas: el éxito excedió á su deseo, se encontró vigoroso, ágil, como si nada le hubiese acontecido; solo sentía un ligero picor en la herida.

Cuando Angiolina fué á entrar en la estancia, encontró á Cisneros á la puerta.

Illuminóse el semblante de Cisneros con una alegría infinita, sensual, ardiente, al ver junto á sí y tan hermosa á Angiolina.

Y aquella mujer que estaba deseperada, abandonada á sí misma, herida en el corazón y en el orgullo, excitadas cuantas pasiones violentas encierra el alma de la mujer, sonrió á Cisneros, con alegría, con amor, con un amor ardiente y casi sensual.

Angiolina estaba segura, y podía estarlo, de que de todos sus secretos sólo conocía uno Cisneros: el amor ó el galanteo que había tenido con el marqués de la Guardia, y este, hemos dicho mal cuando le hemos calificado de secreto, no lo era, lo sabía todo el mundo, porque Angiolina había necesitado hacer gala de aquellos amores para dar celos á Amina.

Angiolina era, pues, para el comediante una gran señora, una princesa, una de las hermosuras más codiciadas, y tenida por inconquistable antes de que hubiera dado el escándalo de sus amores con el marqués de la Guardia.

Aún la circunstancia de haber sido

el marqués el único que había triunfado de la severidad de Angiolina, mantenía el prestigio de ésta, porque ya se sabía por todo el mundo que el marquesito tenía tantos elementos de seducción, que era irresistible.

Cuando una mujer domina á un hombre, puede decirse, sin temor de equivocación, que hará de aquel hombre lo que quiera.

Angiolina dominaba al comediante por muchos conceptos, lo sabía y se aprovechaba de su influencia.

—¡Oh! ¡qué grata sorpresa, amigo mío! exclamó; os encuentro enteramente distinto de como estábais ayer. De lo vivo á lo pintado.

Y tendió su hermosa mano á Cisneros, que la besó de una manera demasiado ardiente, sin que por esto diese muestras Angiolina de incomodarse.

—Tan bueno me encuentro, señora, dijo Cisneros, que me parece lo de la estocada un sueño, pero un sueño delicioso, porque he tenido un ángel á mi lado.

—¿En qué comedia habéis aprendido eso de ángeles y de sueños, Cisneros?

—¡Ah! ¡señora! ¿será posible que desconfiéis todavía de mi amor?

—Las mujeres deben ser muy desconfiadas, muy cautas, antes de dar un paso que puede decidir de su suerte.

—¡Ah! ¡señora! ¡señora! ¡habeis meditado lo que habeis dicho! exclamó Cisneros, pálido de emoción, absorviendo en su alma la sonrisa envenenada conque Angiolina había acompañado sus palabras, ó por mejor decir, con que las había ilustrado.

—¡Oh! sí: he meditado mucho antes de decirlas, y conozco su valor.

Angiolina desasíó indolentemente su mano de entre las de Cisneros, y fué á sentarse en un estrado que había en la cámara: el comediante fué

ansioso á sentarse junto á ella, y de tal modo se sentó, que Angiolina se vió obligada á retirarse, obediendo á las prescripciones del decoro, que nunca olvida una mujer que vale algo, y mucho menos cuando se trata de un hombre de quien se quiere sacar partido. que tiene ingenio, y, como se dice, mundo.

—¡Habéis meditado vuestras palabras! dijo con intención Cisneros.

—Sí: ya os he dicho que sí.

—¿Las habéis pronunciado con intención de ser comprendida?

—Nunca preguntéis, Cisneros, á una mujer acerca de sus intenciones; contentaos con adivinarlas.

—¿Me permitiréis que os diga lo que yo he entendido en esas palabras divinas?

—Puesto que os parecen divinas habréis comprendido algo que os halague.

—¡Algo que me alague! ¡una vida de felicidad suprema! ¡todo un cielo, señora! exclamó con entusiasmo Cisneros.

—Pues si habéis comprendido que yo os guardo un cielo dijo Angiolina con una expresión y una sonrisa terriblemente seductoras, hacéos digno de ese cielo.

—¡Oh! es que nadie, sobre la tierra es digno de poseeros, señora.

—Tenéis atrevida la lengua como las manos, Cisneros, dijo severamente Angiolina.

—¡Ah! señora es que me habéis vuelto loco.

—En ese caso será necesario que os alejéis de mí, dijo riendo la jóven: no quiero á mi lado un hombre que pueda disculparse de todo á pretexto de locura. Además, añadió con más severidad, si habéis podido permanecer en mi casa sin escándalo mientras los médicos han afirmado que trasladándoos peligrosamente vuestra vida, aho-

ra es distinto: afortunadamente os encontraréis curado y fuerte....

—¡Ah! no, no señora, dijo suspirando Cisneros: me encuentro más enfermo y más débil que nunca: enfermo del corazón, que es todo nuestro; débil de la cabeza, que llenáis con sueños y con visiones insensatas. No, no señora; no saldré de vuestra casa....

—Si, sí, saldréis por el momento, Cisneros, pero después volveréis á entrar.

—¿Cuándo?

—¡Oid y oidme con las manos cruzadas y de rodillas!

Habia tal intensidad, tal calor, una expresión tan dulce, tan apasionada en los ojos de Angiolina, que Cisneros cayó de rodillas.

—¡Yo os amo! exclamó la jóven inclinando su rostro sobre el de Cisneros casi hasta tocarle.

Angiolina se retiró un tanto y miró al comediante: aquella mirada le convenció de que aquel hombre era suyo.

Cisneros estaba pálido, temblaba, asomaban á sus ojos las lágrimas, y su hermosura, porque Cisneros era un hombre hermoso, se había transfigurado; se encontraba sujeto, esclavo por aquella mujer.

—¡Oh! pensó Angiolina, ¡será el de este hombre amor, ó deseo, uno de esos deseos frenéticos que he inspirado á tantos!

Luego le alzó, le sentó á su lado y le dijo:

—Os amo como nunca he amado: creí amar una sola vez, me sentí deslumbrada, pero el hombre á quien creí amar no merecía mi amor; fué un error, pero error en el que solo perdí momentáneamente algo de mi orgullo: después... después me curé enteramente: ese hombre era el marqués de la Guardia.

—¡Ah, señora!

—Ya os dije que me engañé... y ahora os digo que estoy segura de no engañarme respecto á vos. Me amáis y os amo. Os amo porque sois grande, porque tenéis un alma sublime, porque antes de nablarme á solas, habéis hablado á mi alma delante de todo el mundo, la habéis hecho estremecerse, comprimirse, estasiarse, alegrarse, entristecerse: yo he corrido ansiosa á admiraros, siempre que os habéis dejado admirar del vulgo, y después, cuando os he tratado de cerca, he visto que sois sublime, grande como comediante, porque como hombre sois grande y sublime. Os amo, Cisneros, con toda mi alma, hasta el punto de despreciarlo todo por vos.

Cisneros estaba trastornado, doblegado, bajo el peso de tanta felicidad, sufriendo no un dolor, sino un placer: hubo un momento en que, avaro de más placer, quiso llevar su felicidad hasta el último punto, pero Angiolina le adivinó y le dijo:

—Respetad en mí las costumbres de una mujer honrada: seré vuestra, os lo juro, pero no lo seré sino completamente.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir que no seré vuestra sino fuera de la casa de mi esposo; fuera de la corte, cuando ya no hayamos de separarnos jamás.

—¡Cómo! ¿y abandonáis por mí...?

—Lo abandono todo.

—Pero si al venir conmigo...

—Dirán lo que quieran, pero no haré ese doble y vergonzoso papel que hacen tantas mujeres sonriendo á un tiempo á dos hombres, partiendo con dos lo que solo debe ser de uno: seré adúltera... en buen hora... seré adúltera porque os he conocido tarde; pero no mentiré... una mujer puede deshonorarse, pero en la deshonra, como en todo, hay dignidad ó baja: yo no seré jamás baja ni cobarde: yo

no engañaré nunca á dos hombres á un tiempo.

—Pero medita...

—¿Es que no queréis partir vuestra vida con la mía? ¿vuestro peligro con el mio?

—¡Oh! sí, sí... pero yo no puedo daros lo que dejáis... una posición envidiable...

—¿Quién os pide más que amor?

—¡Oh Dios mio!

—Oid: ahora váis á salir de esta casa: no volváis á ella: pero estad todas las noches en la vuestra después de media noche. Cuando menos lo esperéis yo iré á llamar á vuestra puerta vestida de viaje... yo iré á arrojarle en vuestros brazos y á partir después.

—¡Ah, señora! aseguradme que no sueño, que estoy despierto: que sois vos la que eso me decis...

—Sí, sí, soy vuestra, enteramente vuestra... pero fuera de la corte, donde nadie nos conozca. Adios.

Angiolina se levantó, atravesó ligera y gentil la cámara y antes de atravesar la puerta volvió el rostro á Cisneros y le sonrió.

—¡Ah! ¡ah! exclamó Cisneros: es hermosa, hermosísima, divina; pero se ha vuelto loca... ¡dejar la altura en que se encuentra colocada...! ¡obligarme á mí, á Cisneros, á dejar la corte! ¡oh! ¡esto es imposible! ¡imposible! pues bien: procuraremos que esta mujer sea racionalmente nuestra querida ó de lo contrario abandonemos la empresa: bien sé que la posesión de esa mujer aumentará mi renombre... ¡pero el principe don Carlos! ¡mis proyectos! ¡proyectos que un día deben hacerme grande...! ¡bah! ¡bah! es necesario que nos dominemos y que pueda más la cabeza que el corazón.

.....
Cisneros salió aquel mismo día de la casa de Angiolina, donde, por de-

cirlo así, había estado incomunicado; cuando supo lo que pasaba en la corte se aterró: el príncipe don Carlos estaba confinado en su cuarto en el alcázar, bajo pretexto de enfermedad: acerca de la hermosa duquesita se decían cosas horribles, y no se la llamaba entre las cortesanas más que la sultana enamorada.

El emir de los monjes estaba herido y preso en el Santo Oficio; la princesa Angiolina no se presentaba en la corte, y su esposo estaba procesado en rebeldía por asesinato intentado contra el duque viudo de la Jarilla.

Pero el prestigio de la princesa se mantenía en pié; á nadie se le había ocurrido que ella hubiese sido ni remotamente la causa de la herida del duque moro, como se le llamaba, ni se creía tampoco que el príncipe á quien nadie conocía, hubiese realmente cometido aquel crimen.

Cisneros se encontró perplejo sin saber que partido tomar, y de su inacción, de su perplejidad, sacó en claro que estaba enamorado de Angiolina.

En cuanto á lo que debía hacer, el cardenal arzobispo de Toledo, se tomó la molestia de prescribírsele. El licenciado Pelegrin, secretario privado de su señoría (1) había intimado en el término de tercero día saliese de la diócesis de Toledo (en la cual estaba como ahora comprendido Madrid) porque con su mala conducta, irreverencia y trato peligroso con el príncipe de Asturias, estaba dando escándalo á todos los hombres de lealtad y religión.

Hubo de resignarse Cisneros á esto y aun lo atribuyó á una intriga de la princesa, lo que, como le halagaba le consoló en parte. Pero quería discul-

(1) En aquel tiempo aun no tenían los cardenales el tratamiento de eminencia.

parse al menos con su señoría el cardenal arzobispo de Toledo y escribió á su secretario la carta siguiente:

«Señor licenciado Pelegrin: he recibido primero con gusto, y he leído después con sumo dolor de mi alma, la orden que vuesamerced me ha enviado con un papel en que su señoría el cardenal arzobispo de Toledo me manda que en término de tercero día salga de su diócesis. Siéntolo por muchas razones, y la principal de ellas, porque haciéndose público este mandamiento, pueden creer las gentes, no solo que soy mal cristiano, lo que es ya mucho, sino que soy mal hombre. Dícese en la órden que yo traigo á su alteza en vicios y malas costumbres y bien sabe Dios, señor, que si yo sirvo al príncipe es como criado; que le sirvo lealmente y que estoy á los reparos de todo. Buena muestra es de ello la estocada que recibí y que me ha tenido muy al cabo, causada, no por imprudencias mías, sino por la tenacidad de su alteza en servir á cierta dama de quien se habla mucho estos días en la corte. Por mi parte, aunque me ha dejado muy débil esta herida, que ha sido tal como recibida de mano airada, saldré antes de tres días á buscar mejores venturas por esos mundos, obedeciendo como esclavo lo que me ordena su señoría el arzobispo.—Dios guarde á vuesamerced, señor licenciado. De esta su casa á los veinte días del mes de julio de 1567.—Andrés Cisneros.»

Al día siguiente recibió Cisneros esta otra carta.

«Mi buen amigo: haced vuestra maleta y venid á buscarme: por razones que podéis adivinar no he querido ir á vuestra casa. Os espera en la venta de los Angeles con un coche de camino, quien tanto os ama que todo por vos lo deja.—Angiolina.»

El señor Andrés Cisneros, pues, metió en su maleta sus joyas y sus

dineros; en sus cofres sus ropas de comediante, las cargó en un carro y salió de Madrid con su amor y sus aventuras, no sin cuidarse de decir antes á sus conocidos, para que lo divulgasen, que se iba acompañado por la princesa Angiolina.

Cisneros, que indudablemente se hubiera hecho interesante entre las damas durante ocho días, solo por haber sido desterrado por el arzobispo de Toledo, lo estuvo siendo durante quince días por la circunstancia de haberse llevado consigo á la hermosísima princesa Angiolina Visconti.

CAPÍTULO XIX.

DE CÓMO EL REY DON FELIPE Y LA INQUISICIÓN SE CONVENCIERON DE QUE NO PODÍAN TODO LO QUE QUERÍAN.

Menudeaban las cartas. Poco después de haber salido de la corte Cisneros, y de haber desaparecido de ella Angiolina, recibió el cardenal inquisidor general don Fernando Valdés, la siguiente irreverentísima epístola:

«Verdugo con sotana: te aviso de que se me va acabando la tinta con que te he escrito varias veces, advirtiéndote de que te abstengas de atormentar al emir de los mouffies, mi señor, que si se encuentra en tu poder es porque aun no puede moverse por el estado de su peligrosa herida. Vuelvo, pues, á advertirtelo, y que, como la tinta se me acabe, la renovaré con tu sangre, que como alimentada con sangre humana, es de la mejor calidad posible.

«Y no desprecies éste mi último aviso, como los anteriores, porque si no te haces más humano, tomaré tu sangre, aunque te rodees de familiares y te escondas en las entrañas de la tierra.—Un moro tan moro como Mahoma, vasallo del poderoso emir de los mouffies, que vive en Madrid, que

te vé todos los días, y todos los días habla contigo; que se llama entre los cristianos como quiere, y entre los moros, sus hermanos, Harum-el-Geniz.»

Entróle cierto miedo al bueno de don Fernando Valdés, con la lectura de esta carta, que se había encontrado sobre su mesa, sin que nadie la hubiese llevado, á no ser un duende ó un espíritu. Y tenía razón para intimidarse el inquisidor general, porque así, de la misma manera, invisible, había recibido otras misivas amenazadoras, en las que se le había hecho ver que había quien conocía lo que pasaba en la cárcel del Santo Oficio, como si fuera lo más público, á pesar de que se creía muy reservado, supuso, y sin razón el cardenal, que quien tenía poder natural, ó sobrenatural para sorprender los tenebrosos secretos de la Inquisición, lo tendría también para cumplir lo que amenazaba. Aguijado, pues, por el miedo, llamó á un tremendo inquisidor, llamado Molina de Medrano, calificador de la Suprema y fiscal de la general Inquisición, y por no permitirle sus achaques ir en persona á ver al Rey, encargó á Medrano que llevase aquella insolente carta á su majestad, y que le dijese, que estando ya el preso en estado de prestar declaración, podía pedirsele la indagatoria, para abreviar de este modo, y salir de una vez con un ejemplar castigo del cuidado de aquel preso, que según muchas y repetidas pruebas, era peligroso.

Partió el licenciado Medrano con la carta y el mensaje, orgulloso y contento porque se le presentaba una ocasión de hablar al severo Felipe II, difícilísimo de ver para ciertas gentes en razón de la rígida etiqueta de la casa de Austria; llegó á la antecámara y se hizo anunciar para un asunto que atañía á la religión y á nombre del Inquisidor general, merced á lo

cual fué introducido, no sin que estuviere dos horas largas en la antecámara de audiencias.

Oyó sin pestañear el rey su mensajero, leyó y releyó detenidamente la carta de Harum el Geniz, meditó sobre ella un gran rato y luego dijo:

—Decid al cardenal que ve por todas partés visiones de moros: que no sea tan asustadizo: que en nuestra corte estamos seguros de tales duendes, y que en todo caso obligación suya es morir, si necesario fuese por nuestra santa religión; que no se atormentando se dilatará más su cura y la posibilidad de sujetarle, como Dios manda, sano y bueno, á la prueba del tormento: y puesto que el cardenal cree que ese moro puede prestar declaración indagatoria, decidle que envíe una orden en forma, para que una persona cubierta pueda entrar en el calabozo del preso y permanecer á solas con él. Por lo demás, advertid al cardenal, que no ponga mano en esto, porque todo lo que respecta á ese hombre es asunto mio. Que se componga allá como pueda en averiguar quién le envía estas amenazas, que bastantes familiares y alguaciles tiene, y que no volvamos á hablar de esto. Id, pues, en paz, Medrano, y cuidad de que se envíe al momento esa orden.

Y volviendo el rey las espaldas al licenciado, le dejó hecho una estatueta.

—O el inquisidor general no sabe lo que se pesca, dijo Molina de Medrano para su manteo, mientras salía de la cámara, ó el rey no sabe el terreno que pisa. ¡Hum! con reyes como éste la Inquisición no sirve más que para gitanos, brujas y buhoneros. ¡Es mucho, mucho rey don Felipe!

Cuando salió del alcázar Molina de Medrano era ya de noche, merced á las dos horas que le había hecho es-

perar el rey; entonces alrededor del alcázar y en la parte que ahora se llama plazuela de Oriente, existía un enmarañado laberinto de callejuelas, por las cuales era aventurado meterse de noche, á pesar de su proximidad al alcázar.

Distraído Molina de Medrano, se aventuró por ellas, y no lo reparó hasta que ya estaba en el centro del laberinto.

—¡Hum! dijo; malos sitios son éstos, muy malos, y especialmente para quien tiene enemigos.

Y apresuró el paso.

De improviso y sin que antes hubiera sentido pisadas ni otra señal que le revelase la aproximación de persona alguna, sintió una mano que se apoyaba pesadamente en su hombro derecho, y al volver la vista hacia aquel lado, vió ante sí un bulto envuelto en una capa, á pesar del calor de la estación, cubierto con un ancho sombrero, y mostrándole á dos dedos de los ojos otro objeto terrible, esto es, el cañón de un pistoleta.

—¡Socorro! gritó instintivamente el inquisidor.

—¡Eh! ¡silencio! exclamó una voz amenazadora, ó si quieres que hagamos ruido, hagámosle en buen hora: pero te juro que ese ruido pasará muy pronto.

—No llevo dinero conmigo, dijo todo trémulo Molina de Medrano.

—¡Por Mahoma! ¿y quién te pide dinero, clérigo? exclamó el embocado.

Aquel *por Mahoma*, fué un rayo de luz, ó por mejor decir, un relámpago, que iluminó el turbado pensamiento de Medrano. Aquel hombre era mucho más temible que un ladrón vulgar, porque aquel hombre era, sin duda, un monfi.

—¿Qué me quereis? dijo Medrano haciendo un esfuerzo para hablar.

—Muy poca cosa, amigo mio, con-

testó el embozado; quiero que me sigas.

—¡Que os sigal ¿y á donde?

—Cerca de aquí.

—¿Pero qué es lo que quereis hacer de mí?

—Lo que tú haces con todos, todos los dias y á todas horas: interrogarte, y si no contestas sujetarte al tormento.

—Ved que lo que pretendéis hacer os pudiera pesar.

—Lo que te interesa sobre todo es salvar tu vida obedeciéndome: no siempre has de mandar tú. Con que agárrate á mi brazo y sígueme.

Y esto diciendo asió el brazo derecho de Molina de Medrano, le sujetó bajo su brazo izquierdo y tiró del inquisidor, que opuso resistencia.

—Escucha, clérigo, le dijo el incógnito, si resistes, por la santa Kaaba que te envío á cenar con el diablo, que hace mucho tiempo que debe de tener la mesa puesta esperándote. ¡Adelante y silencio!

Molina de Medrano se dejó arrastrar, temblando como un ratón entre las garras de un gato.

Su apresador le hizo rodear dos ó tres callejas lóbregas, y en una de ellas se detuvo y lanzó un largo silbido.

Instantáneamente detrás de una esquina salieron otros cuatro hombres que ahelantaron y rodearon al inquisidor, que perdió toda esperanza.

—Será preciso que consientas en que te vende los ojos, dijo el que hasta allí le había conducido.

—Ved lo que haceis, repitió Medrano, queriendo valerse como de un arma poderosa del terror que imponía á todo el mundo la Inquisición, de que era uno de los más terribles ministros.

—También ahorcan al verdugo, amigo Molina, dijo uno de los recién llegados, con la diferencia de que nos

otros, si es necesario ahorcarte, te ahorcaremos con más humanidad que como vosotros lo haceis: te dejaremos elegir la cuerda y la altura. Vamos, estate quieto y concluyamos, que se va haciendo tarde.

Y diciendo esto, sacó un pañuelo, le preparó en forma de venda, y cubrió con él los ojos del inquisidor, que cediendo á las circunstancias no opuso la menor resistencia.

Poco después Medrano sintió que le metieron en una litera y luego que aquella litera se ponía en marcha.

Fuese por desorientarle, fuese por que efectivamente recorriese una gran extensión, la litera, y junto á ella los embozados, cuyas pisadas sentia el prisionero, anduvieron durante una hora. Al cabo de ella sintió una puerta que se abría, pararon la litera y los hombres y se abrió la portezuela.

—Sal, dijo la voz del hombre que le había apresado.

El inquisidor salió.

Una mano asió una de las suyas y tiró de él, conduciéndole en la extensión de algunos pasos en línea recta.

Luego la misma voz le dijo:

—Aquí hay una escalera.

Molina de Medrano bajó y tuvo cuidado de contar los escalones.

Cuando hubieron llegado al ciento cincuenta su guía le dijo:

—Ya no hay escalera.

El inquisidor siguió siempre asido y llevado, y contó doscientos pasos por un pasadizo tortuoso y húmedo, á cuyo fin se abrió una puerta y se tornó á cerrar.

Entonces el hombre que le conducía le quitó de los ojos el pañuelo.

Molina de Medrano á la luz de una vela de cebo que ardía sobre una mesa, vió un aposento reducido, húmedo, y por únicos muebles una silla, la mesa que hemos indicado, y sobre

ella un tintero, papel blanco y una bujía.

Ante él había un hombre: aquel hombre era alto, fornido, vestía coileto de ante, gregüescos pardos, calzas rojas y zapatos de ante con lazo: llevaba en su talabarte una espada de voluminosa empuñadura, una daga con enorme guardamano, y un par de pistoletos ó pedreñales de extraordinaria longitud; tenía cubierta la cabeza con un sombrero ancho de alas caídas, el rostro con un antifaz de cuero, los hombros con una ancha capa parda.

—¿Que tal te parece esto? dijo aquel hombre sentándose en la única silla que había, y señalando con un ademán al inquisidor el aposento en que se encontraban; no es muy hermoso que digamos, pero no son mucho mejores vuestros calabozos de la Inquisición. Aquí á lo menos no hay cadenas, ni ruedas, ni hornillos, pero te advierto que no te fies mucho de esto, porque ya, sin esos trevejos, encontraré medio de darte tormento si te niegas á hablar. Veamos, añadió el incógnito poniéndose en posición de escribir; apunto mi primera pregunta. ¿Ha recibido el inquisidor general don Fernando Valdés, una carta firmada por un moro?

Molina de Medrano que se había decidido por sacar su pellejo lo mejor librado posible, contestó con un sí categórico.

—¿Has estado esta tarde en casa del inquisidor general?

—Sí.

—¿El inquisidor general te ha enviado á ver al rey?

—Sí.

—¿Has esperado en la antecámara de audiencias dos horas largas?

—¡Lo sabéis todo!

—No importa. Contesta.

—Sí.

—¿Qué mensaje has llevado al rey?

Molina de Medrano declaró al pié de la letra cuanto había hecho desde que salió de casa del inquisidor general, y cuanto le había mandado y dicho el rey.

—Bien; perfectamente; dijo aquel hombre: eres dócil y mereces que te tratemos bien. Firma esta declaración.

—Pero... balbuceó el inquisidor.

—Espero que no me obligarás á tratarte con dureza.

Era tan amenazador el acento del enmascarado, que Molina de Medrano ocupó el asiento que aquel había dejado vacío, y firmó.

—Ahora toma otro papel.

—¡Otro papel! ¿Y para qué?

—Escribe con letra clara y puño firme lo que voy á decirte.

—Espero que no trataréis de perderme.

—No; pero trato de asegurarte. Escribe.

Y dictó al inquisidor lo siguiente:

«Mi buen amigo Harum-el-Geniz: agradecido á las dádivas que os debo....

—¡Pero esto me deshonra! exclamó el inquisidor.

—Escribe ó te mato, murmuró sorridamente el encubierto, y continuó:

«... á las dádivas que os debo, no puedo menos de avisaros que he ido á ver al rey esta tarde de orden del inquisidor general, que ha recibido vuestra carta. El rey me ha mandado pedir al inquisidor general, una orden para que se permita entrar un encubierto en la cárcel del Santo Oficio esta noche. Como esto tiene, sin duda, relación con el emir, os lo comunico para que estéis avisado y toméis las medidas que creáis oportunas. Os advierto que el inquisidor general tiene mucho miedo, y que podréis hacer de él cuanto queráis. De lo que haya de nuevo os avisaré, como debo. Guárdeos Dios. De esta vuestra casa á

veintidos días del mes de julio de 1567.—El licenciado Molina de Medrano.

El inquisidor escribió sudando y de la mejor manera que pudo esta carta, que su tiránico apresador leyó detenidamente.

—Ciérrala á tu modo, le dijo después de leerla, y pon en el sobrescrito: á Sidy Harum-el-Geniz, wali del poderoso emir de los monfies.

El sacrificio estaba consumado: Molina de Medrano estaba cogido: por más que declarase la violencia de que había sido víctima; por más que se preparase, estaba seguro de que, si aquella carta iba á dar en manos del inquisidor general, era hombre perdido.

Además de esto, y acaso porque fuese verdad, acaso por aterrarle, el encubierto le dijo:

—Vamos ven: voy á ponerte en libertad para que vayas á casa del inquisidor general; pero cuenta con lo que hablas en ella, porque hay allí ojos y oídos que ven y oyen, cuanto nosotros queremos ver y oír.

Volvióle á vendar los ojos, le sacó fuera del subterráneo y de la casa, de la misma manera que le había llevado á ella, y luego, después de haber dado vueltas y revueltas, se abrió la portezuela y una mano le condujo á alguna distancia. Poco después sintió que el que le había conducido se alejaba, y se quitó el pañuelo de los ojos: encontróse en una calle lóbrega y delante de la luz de una imagen: á aquella luz el inquisidor vió el pañuelo con que le habían vendado y se estremeció; aquel pañuelo estaba manchado de sangre.

Dominóse lo mejor que pudo, se orientó y vió que estaba muy cerca de la casa del inquisidor general, á la que se dirigió, entrando en ella más muerto que vivo.

Una hora después salió.

Al poco tiempo conoció que un hombre embozado le seguía: apresuró el paso, pero el embozado le apresuró también: desgraciadamente marchaban por una calle solitaria, y no había una sola puerta abierta ni pasaba una sola persona.

Entró á Medrano un miedo mortal y se dió á un trotecillo picado que tenía todas las señales de fuga.

—¡Diablo, dijo el que le seguía, y cómo huís de los amigos, señor licenciado!

El inquisidor se estremeció: había reconocido la voz del que anteriormente le había apresado, pero estaba cerca la desembocadura de la calle, y probó á ganar la esquina.

—Me váis á obligar á que os demuestre que una pelota de pistola corre más que vos, amigo mio, dijo roncamente el tenaz perseguidor.

A aquella insinuación Molina de Medrano se detuvo y quedó inmóvil, como si se hubiera convertido en una estatua.

El embozado, á quien llevaba mucha delantera, llegó á él.

—¿A dónde váis? le dijo.

—Al alcázar.

—¿Lleváis, pues, la orden pedida por el rey?

—Creo que sí.

—Venid á este soportal.

El inquisidor obedeció y siguió al embozado á un soportal oscuro.

Allí fué registrado escrupulosamente: no llevaba consigo más que un pliego cerrado, cuya oblea estaba todavía fresca.

—Esperadme aquí, le dijo aquel hombre.

—¿Pero os lleváis la orden?

—Yo volveré á traérosla...

—Pero...

—Esperad.

Molina de Medrano se resignó y esperó un cuarto de hora escondido en el soportal, y temblando, á que vol-

viere el terrible incógnito.

Cuando este volvió le entregó el pliego.

—Veo con satisfacción que no me habéis engañado, le dijo: es efectivamente la orden consabida. Id y llevadse la al rey. Cuidad de no tomar una necia precaución, ó procurar prenderme; porque no lo conseguiríais, y la prueba os costaría muy cara. Id en paz; llevad al rey esa orden, y no tengáis miedo por el camino porque yo os acompaño.

Molina de Medrano salió todo trémulo y desconcertado, y tomó la dirección del alcázar: por más que aguzó el oído y volvió cautelosamente algunas veces la cabeza durante el tránsito, no pudo notar tras sí ninguna persona.

Una hora después salió del alcázar, y escarmentado ya, varió de dirección y tomó hácia la iglesia de Santa María.

Pero al pasar bajo el arco, que entonces existía en aquel lugar, se despegó de la pared un bulto, que fué para el inquisidor una aparición lúgubre.

—Seguidme, dijo aquel hombre.

No era la misma voz, pero el aspecto del nuevo encubierto era enteramente igual al del anterior.

Molina de Medrano obedeció y siguió á su nuevo tirano hácia la calle de Segovia, murmurando:

—¡Dios mio! ¡ese condenado moro, tiene monfies en todas partes.

.....

Entre tanto en la casa del inquisidor general, acontecía una escena que no debemos pasar en silencio.

Apenas había salido de ella Molina de Medrano, un familiar anunció á don Fernando Valdés, que el señor don Luis de Robles deseaba hablarle.

—¡Oh! me viene como llovido del cielo! murmuró el cardenal, después

de haber mandado que le introdujeran.

Entró á poco un jóven como de unos veinticuatro años, al parecer caballero, y gentilmente vestido.

—Guarde Dios á vuesamerced, señor familiar, dijo dulcificando su acento, generalmente áspero, Valdés; ¡y qué me place de veros! ¡venid, venid á sentaros á mi lado! estos malditos humores me tienen postrado en este sillón; y luego los sinsabores que debo á mi oficio de inquisidor general me irritan la gota. Venid, venid acá, valiente caballero. Paréceme que cada día estais más contento de la pradi-lección con que os miro, y de las honras que os hace el Santo Oficio.

—¡Ah, señor cardenal! dijo el jóven llevando un sillón junto á la poltrona del prelado, y sentándose con noble soltura; indudablemente que todo lo debo á vuestra señoría, no á mis pobres merecimientos.

—No tal, no tal; vos sois uno de los miembros más útiles del Santo Oficio, y á vuestra fé cristiana, y á vuestro celo por la honra de Dios y nuestro católico monarca, su imagen sobre la tierra, debemos muchas noticias acerca de ese asunto de los monfies, de ese asunto que se va haciendo terrible.

—Débese á la casualidad, señor cardenal; ya os dije que he estado cautivo en Argel dos años, lo que me ha servido para aprender la lengua de los moros, y por doble desgracia, al saltar en tierra de Almuñécar, y en mi primer jornada por las Alpujarras, fuí apresado de nuevo por los monfies y obligada mi familia á pagar un crecido rescate. Estas desgracias, sin embargo, han sido una felicidad para mí, puesto que me proporcionan ciertos medios para entenderme con esa gente... la conozco sobre todo.

—¿Y creéis que haya en Madrid algunos de ellos?

—¡Si lo creo! no tengo duda. El emir es hombre que nunca entra en un lugar sin dejar cubierta la salida.

—Pero no habeis podido descubrir....

—Esto es difícil: por su costumbre de tratar con los cristianos, esos moros hablan perfectamente nuestra lengua, pueden disfrazarse y proveerse de papeles falsos que prueben nombre y un parentesco cualquiera; venir á la corte y entrar al servicio del mismo rey, sin ser conocidos.

—Pero y bien...

—Trabajo por ponerme en el caso de dar con el nido, ó mejor dicho, con los nidos que deben tener en la corte esos traidores. A propósito, valiéndome de mi cualidad de familiar del Santo Oficio, y de la autorización que tengo para entrar en los calabozos de todos los presos sin excepción, he bajado hoy al del emir de los monfies.

—¿Y se encuentra en estado de sufrir la prueba del tormento?

—¡Oh! ¡no señor! está fuera de peligro pero muy débil: nada se conseguiría.

—¡Ah! ¡ah! á ese hombre le protege el mismo que le ha puesto en nuestro poder: pero no importa: dicen que puede prestar declaración.

—Su razón está despejada y fuerte, de lo que he podido juzgar en dos horas que he estado hablando con él.

—¿Y de qué le habeis hablado?

—Le he propuesto lisa y llanamente, para inspirarle confianza, que si me dá una gran cantidad de dinero, le procuraré su fuga.

—Y... ¿qué os ha respondido?

—¡Oh! es un hombre terrible: me ha dicho con la serenidad más completa: —Agradezco vuestros servicios, pero no estoy preso, caballero.

—¡Cómo! pues ya diremos si está preso ó no á ese jactancioso. ¡Hum!

Y Valdés contuvo una tos profunda que habia causado en él la irritación.

—Me ha hablado además de sus proyectos, como si se encontrase ni más ni menos, entre sus bandidos de las Alpujarras.

—¡Sus proyectos....! ¡sus proyectos! ¿y qué proyectos son esos?

—Hacer la guerra al rey.

—¡Hum! hanme dicho que los moros como los andaluces son muy fanfarrones.

—Eso dice quien no los conoce, dijo con cierto acento particular el jóven.

—¿Y vos creéis conocerlos?

—¡Bah! como os conozco á vos, señor cardenal.

—¡Ah! ¡me conoceis...!

—Si por cierto: sé, por ejemplo, que el emir Yaye-ebn-Al-Hamar, se escapará de las prisiones del Santo Oficio, como sé que tú, Fernando Valdés, tienes miedo de tenerle preso.

Para comprender esta variación de tono del familiar, debemos advertir, que poco antes de pronunciar estas palabras, habia resonado en la calle un silbido particular.

—¿Qué significa esto? exclamó dominado por la sorpresa y por la cólera Valdés.

—Esto significa, que tienes delante un monfi en cuerpo y en alma; un moro disfrazado de cristiano.

—¡A mil! ¡pajes! ¡familiares! exclamó pálido de espanto el inquisidor general, apoyando fuertemente sus manos en los brazos del sillón, y procurando, aunque inútilmente, levantarse.

—No grites ni te esfuerces, viejo, dijo sin variar de tono el jóven, en cuyo acento se notaba únicamente un profundo desprecio: en tu casa, desde ahora hasta que esté libre el emir, no hay más que monfies: tus pages y tus familiares están encerrados y no acudirán á tu voz. En cambio, observa. ¡Ola! exclamó el jóven con acento de autoridad.

Inmediatamente apareció en la cámara un hombre de las peores trazas posibles, verdadero truan de plaza que adelantó con desenfado.

—¿Ha llegado la hora de aplastar la cabeza á este viejo víbora, Soleimán? dijo aquel hombre dirigiendo la palabra al jóven, y una mirada de odio salvaje al cardenal.

—No, Jafar, pero será muy posible que haya necesidad de apretarle los pulgares, lo que debes evitar cardenal, porque estás achacosillo y delicado, añadió volviéndose á Valdés, que estaba mudo de sorpresa, de miedo y de cólera; te ruego que te tranquilices, á fin de que puedas escribir con seguridad y de manera que nadie dude de tu escrito, una orden para que el alcaide de la cárcel del Santo Oficio en Madrid, á fin de que me entregue la persona del duque de la Jarrilla, para trasladarle á la cárcel del Santo Oficio en Toledo. Lo que te pedimos no es gran cosa. ¿Qué te importa que quienen ó no quienen al emir?

—¡Oh! sí le importa Soleiman; porque si el emir muriese entre las garras de estos clérigos, sería cosa de llevarse algún tiempo agujereando sotonas á puñaladas, dijo ferozmente Jafar.

—Moriré como mueren los mártires, dijo Valdés, desmintiendo con lo trémulo de su voz lo valiente de sus palabras.

—No perdamos el tiempo en sandeces, dijo Soleimán: esta es una lucha en que has sido vencido, con las mismas armas que has querido usar contra el emir; tú has querido conocer, descubrir á los monfíes por medio de un traidor: un monfí te ha ganado por la mano, engañándote, fingiéndose cristiano y verdugo é infame como tú: acepta, pues, tu suerte, y no la hagas peor de lo que es: no nos obligues á cometer una violencia que siempre es

repugnante cuando se trata de hombres que solo saben matar hombres fuertes, armados, frente á frente y con peligro.

El mismo exceso del terror operó una reacción en el cardenal que tentó un medio de salvación.

—Estais jugando vuestra vida, dijo, en una empresa descabellada: un acaso puede revelar vuestra existencia en mi casa, y sois perdidos.

—¡Oh! ¡oh! ¡y cuán amoroso nos trata! dijo el monfí que había entrado y que permanecía como un espectro amenazador, de pié delante del cardenal y con su membruda mano puesta sobre su daga.

—Os trato con la caridad de un cristiano, como debe trataros un príncipe de la Iglesia; quiero que no perdáis vuestro cuerpo y vuestra alma.

—Estás procurando ganar tiempo, cardenal, dijo Soleimán, y te advierto que esto es de todo punto inútil: cualquiera que venga á tu casa encontrará en la puerta familiares, que son monfíes como yo; familiares que dirán á todo el que llegue que estás enfermo y no puedes recibir á nadie. En todo caso el que entre, no saldrá, te lo aseguramos, y si yo te pido esa orden, es solo para causar menos escándalo. ¿Qué, no tengo yo una orden tuya que me autoriza para entrar con mis alguaciles en la cárcel del Santo Oficio?

Valdés tentó un nuevo medio de salvación.

—Puedo haceros ricos, dijo: puedo cubriros de oro; fijad el límite á vuestra ambición, y lo que me pidáis será vuestro.

—Si algo tomamos tuyo, mal clérigo, será la sangre, exclamó Jafar, sacando con un movimiento enérgico su daga de la vaina y dando un paso hacia el prelado.

Este lanzó un grito horrible.

—¡Eh, silencio! dijo Soleimán: ¡ó la órden ó tu vida, cardenal!

Diciendo esto Soleimán tomó un libro en folio que había sobre una mesa buscó un pedazo de papel, lo puso sobre el libro, tomó una pluma del tintero, y puso aquel libro con aquel papel sobre las rodillas del prelado y en su mano la pluma. Eu tanto Jafar alumbraba con una bujía, y en la otra mano tenía desnuda su daga.

El inquisidor general comprendió, que había llegado el momento de elegir entre el martirio ó hacer al rey y al Santo Oficio traición y se decidió por la traición.

Tomó la pluma y, ya enteramente entregado, se puso en la actitud del que espera que le dicten para escribir.

Soleiman estaba perfectamente enterado de la forma, por decirlo así, chancilleresca, usada por la Inquisición en estos casos, puesto que dictó sin detenerse lo siguiente:

«Nos don Fernando Valdés (seguián todos los cargos, dignidades y títulos del cardenal.)

»Por la presente mandamos á el alcaide de las prisiones del Santo Oficio de la Inquisición de Toledo en Madrid, entregue al familiar don Luis de Robles y á los ministros que le acompañen, el cuerpo de don Juan de Andrade, preso en la dicha cárcel del Santo Oficio de Toledo en Madrid, sin ponerle oposición, ni obstáculo alguno, bajo pena de excomunión mayor, perdimiento de oficio, y demás á que hubiere lugar. Dado en Madrid á 22 de Junio de 1567.—Don Fernando Valdés.»

—Falta el sello, dijo Soleiman.

—¡Oh! ¡oh! exclamó el cardenal; ¡que falta el sello! pero el sello no le tengo yo; le tiene el consejo de la Suprema.

—Pero tú tienes un sello superior, y yo sé donde está ese sello.

Suleimán fué á una mesa; forzó con su daga uno de los cajones, le abrió, sacó de él una barra de lacre verde y un sello de hierro, derritió algún lacre sobre el papel, estampó sobre el lacre el sello, y luego, volviéndose triunfante al cardenal, exclamó:

—Deseabas conocer á los monfies, cardenal, y los has conocido; pero has tenido más suerte que otros, que solos han visto el rostro para morir.

Tras estas palabras salió, dejando encargado á Jafar de la guarda del cardenal.

Dos horas después se oyeron tres silbidos en la calle: entonces Jafar, que se había sentado frente al cardenal, se levantó, ató fuertemente al inquisidor con una cuerda que sacó de su bolsillo, y sin consideración á su edad ni al estado de su salud, le puso una mordaza.

—Es necesario procurar que no grites, le dijo, y des la alarma antes de que nos hayamos puesto en cobro. En pasando una hora te desafiamos y lo mismo á tus sabuesos para que nos encuentres. Me voy con el sentimiento de no dejarte mudo para siempre; pero quien puede más que yo no lo quiere. Pídele á Dios no ver otra vez delante de tí á los monfies de las Alpujarras.

Y el impío hizo una mamola al prelado, dió una zapateta, se le rió en las barbas y salió.

Don Fernando Valdés, se quedó rugiendo tan fuerte como se lo permitía la mordaza.

CAPÍTULO XX.

DE LO QUE PASÓ EN UN CALABOZO DE LA INQUISICIÓN DE MADRID.

Dos horas antes de acontecer lo que en el capítulo anterior dejamos referido, se detuvo delante de la puer-

ta de la cárcel que tenía en Madrid la Inquisición del arzobispado de Toledo, una litera conducida por dos hombres y escoltada por otros cuatro y salió de ella un hombre embozado.

Precedióle uno de los que escoltaban la litera, que llegando á la guardia, hizo llamar al alcaide y cuando este estuvo presente, el embozado que de la litera había salido, mostró en silencio un papel al alcaide, el cual, apenas hubo leído el papel, dijo á quien se lo había dado:

—Sígame vuesamerced.

—Después de haber abierto dos fuertes rastrillos, de haber recorrido callejones y patios y de haber bajado escaleras, el alcaide abrió la puerta de un calabozo, situado en un sótano, é introdujo en él al embozado.

—Cuando quisiéreis salir, le dijo señalándole una cuerda que pendía dentro del calabozo de la pared, tirad de esta cuerda.

Y dejó dentro al embozado, cerró la puerta y se sintieron sus pasos que se alejaban.

El embozado miró en torno suyo, y se encontró en un espacio cuadrado, estrecho, de bóveda baja, sin más muebles que un lecho, una mesa y una silla. En la mesa había una luz, algunas redomas, hilas y vendajes; y en el lecho un hombre que estaba vuelto el rostro á la pared y que no se movió, apesar de la presencia del embozado en el calabozo.

Mirábale profundamente el recién llegado entre su embozo y el ala de su sombrero, pero pasó algún espacio sin que dijese una sola palabra.

Al fin dijo con acento breve y duro:

—¡Duque de la Jarilla!

—Hé aquí que te esperaba, y no me he engañado, dijo Yaye sin volverse.

—Creo, Dios me perdone, que os permitis tutearme, dijo con una cólera mal contenida el embozado.

—¿Y bien, no somos iguales? dijo Yaye.

—¡Iguales!

—Si por cierto: los dos somos reyes.

—¿Por quién me tomáis?

—Te tomo por quien eres: por mi enemigo el rey de España.

—¡Oh! ¿esto es ya demasiado! exclamó el encubierto, á quien irritaba lo sereno del acento de Yaye. ¿Os atreveis á llamaros enemigo del rey?

—Vaya si me atrevo: y me he atrevido á mucho más, y sabe Dios hasta qué punto me atreveré en lo sucesivo.

—¡Es decir que creéis veros libre!

—Tanto como lo creo. Cuando menos lo esperes, don Felipe, la Inquisición irá á decirte que ha encontrado mi calabozo vacío.

—Solo un medio tenéis de veros libre, duque.

—¡Ah! ¿y vienes tú, señor rey, á proponerme ese medio?

—Sí, vengo yo, don Felipe, á quien llaman el prudente, á verte en tu calabozo (y el rey, que él era, se descubrió) vengo á hablar contigo aquí, donde nadie pueda oírnos: vengo á ver hasta dónde llega tu audacia, y sobre todo á escuchar yo solo tu confesión.

—Entre vosotros siempre se confiesa al que va á morir.

—¿Y crees tú que si yo quisiera vivirías mucho tiempo?

—Prueba á matarme.

—Otros que se creían fuertes y poderosos....

—Han muerto á una sola palabra tuya, ya lo sé.... pero tú no me matarás, don Felipe.

—¿Y en qué te fundas para tener esa seguridad?

—En que no puedes matarme.

—¿Te protege el diablo? dijo con un acerado acento de sarcasmo el rey.

—Tal vez, tal vez me proteja Sa-

tanás: por lo pronto las señales de mi odio están ya en tu familia.

—¡En mi familia!

—El príncipe don Carlos tu hijo, tu heredero, te hace traición.

—¡La prueba!

—No tardará el mismo príncipe en dártela.

¡Extremecióse profundamente el rey.

—¿Y has sido tú, tú monfi, quien has impulsado á la rebeldía á mi hijo?

—Ha sido primero Satanás, que le ha dado perversas inclinaciones, y luego yo, que soy tu enemigo, que necesito vencerte, y vengar con tu desgracia, con una horrible desgracia, las infamias, las crueldades que has cometido contra los míos.

—Tu audacia solo es comparable á tus delitos, dijo el rey.

—¡Mis delitos! ¡y hablas tu de delitos, verdugo coronado!

Nunca el rey don Felipe se había oído tratar de tal modo: nunca, él, tan celoso de su autoridad, tan déspota como todos los déspotas de la historia juntos, había necesitado de tanta fuerza de voluntad para dominarse: sin embargo, como Yaye poseía terribles secretos, muchos de los cuales atañían al príncipe su hijo, no quería que nadie pudiese oír las revelaciones del emir de los monfies, y estaba resuelto á todo para arrancarle la confesión que anhelaba; por otra parte, tales eran sus intenciones con respecto á Yaye, que solo veía en él un cadáver.

—Te estoy probando mi magnanimidad y mi grandeza, le dijo, cuando tolero tu osadía: estás herido y preso, y es necesario que se conozca cuanta diferencia hay entre un príncipe cristiano y un capitán de bandidos.

—¿Y por qué vienes tú solo, rey, encubierto, de una manera vergonzosa, á visitar á un capitán de malhe-

chores? ¿No hay verdugos en tus reinos, ó es que me crees tu igual y quieres que este asunto se quede entre los dos?

Don Felipe estaba mudo de asombro. Yaye que hasta entonces había permanecido echado, con el rostro vuelto á la pared, se levantó, se sentó sobre el lecho y dijo contemplando frente á frente al rey:

—Tu soberbia, no te deja comprender la razón que tengo para ser tu enemigo. Sin embargo, debía bastarte para conocerla, saber que yo soy rey de los moros de las Alpujarras.

—De los bandidos, querrás decir.

—En buen hora; pero entonces tú también eres un rey de bandidos.

—¡Yo!

—Sí, tú, nieto de la reina Isabel, hijo del emperador don Carlos, es decir, descendiente de una raza maldita que se ha alimentado con sangre humana y con lágrimas de desesperación.

—Me habían dicho que los monfies érais una gente brava y desalmada, pero no me habían dicho que érais maldicientes: ¡hasta donde llegará tu audacia, moro!

—Escúchame con calma y no me interrumpas, rey. Cuando un hombre es enemigo de otro, y sobre ser su enemigo es caballero y leal, debe procurar que se conozcan los motivos de su enemistad.—No es la causa de mi odio hácia tí ni hácia los tuyos, el que en tiempos de los Reyes Católicos, tus bisabuelos, fuese conquistado por ellos el reino de Granada. El Dios de las batallas, el Dios fuerte, el Dios Altísimo y Único, da la victoria ó la quita; hace esclavo al señor y señor al siervo. ¡Dios lo quiso! mi pueblo hubiera obedecido las leyes del vencedor, si el vencedor hubiera cumplido religiosamente las capitulaciones pactadas con el vencido; pero

esto; no sucedió: esas capitulaciones han sido rotas; tus capitanes generales han azotado y maltratado á los moriscos; tus frailes los han bautizado á la fuerza; tus jueces y tus golillas los han robado; tus vasallos les han prodigado toda clase de insultos, hasta el punto de manchar la honra de sus mujeres y de sus hijas; la Inquisición los ha quemado y la Chancillería los ha ahorcado; un anatema de servidumbre, de muerte y de infamia ha caído sobre ellos, y al probar la insurrección una y otra vez, no han sido rebeldes, sino que han usado del derecho que da Dios á los oprimidos de levantarse contra la mano infame que los despedaza. Esto solo bastaría para que yo, descendiente de ese pueblo, rey de los valientes que no han sabido doblegarse al yugo, fuese tu enemigo: la patria me manda defenderla contra tí, probar todos los medios de libertarla de tu tiranía; y como si esto no bastase, voy á decirte las razones que tengo como hombre para ser tu enemigo. Escucha: mi madre murió á manos de la Inquisición.

—¡Hereje, acaso!

—No, murió porque era hermosa, bajo el peso de la venganza de un fraile.

—La Inquisición no se engaña.

—Es verdad, porque asesina á sabiendas. Pero déjame continuar: la mano de un soldado español mató á mi padre, que espiró entre mis brazos, pidiéndome venganza. Yo he empezado á vengarle.

—¡Que le has vengado!

—Sí: he vengado á mis padres, matando á cuantos frailes, golillas y soldados he habido á las manos: he vengado además en tí, á mi pueblo.

—¿En mí?

—Sí, en tí. ¿Quién ha impulsado á la rebeldía á tu hijo?

—¡Oh! exclamó con acento rugiente don Felipe.

—Es verdad que para ello he roto el corazón de mi hija, pero te he herido en tu soberbia, porque tú no tienes corazón, don Felipe. Te he herido en tu esencia de rey, porque don Carlos es tu hijo único, y tú le matarás, rey, tú le matarás.

—¡Que yo mataré á mi hijo!

—Sí, tú le matarás, porque antes que padre eres rey, y tendrás miedo de tu hijo.

—Yo romperé con tu vida esa horrible red de desgracias: ¡por San Lorenzo mi patrón, te lo juro!... No te conocía bien y había venido á hacerte merced... pero ahora... ahora sé que de tí no puedo esperar más que crímenes, ¡morirás, moro, morirás!

—No faltará en todo caso quien gobierne á mis monfies, que con mi muerte tendrán una infamia más de que pedirte cuenta, rey.

—¿Has hablado de traiciones de mi hijo? preguntó con creciente anhelo don Felipe.

—A tu hijo le pesa tu vida, rey.

—Mi desventurado hijo está loco.

—Sus locuras ó más bien tu miedo te obligarán á matarle.

—¡Matarle! ¿crees tú que para hacer justicia en los traidores me sea necesario matar á mi hijo?

—¡Le matarás!

—¡El nombre! ¡el nombre de los que alientan la rebeldía de don Carlos!

—Esos nombres se reducen á uno solo: ese nombre es el mío.

—¡Tú! ¡pero como has podido tú!..

—¡Como! primero prevaliéndome del amor extremado, insensato que tu hijo siente por mi hija, la hermosa duquesa de la Jarilla: después derramando oro á manos llenas entre los flamencos, y manteniendo entre ellos consejeros que los decidan á negarte la obediencia y á aclamar por su señor á tu hijo.

—¡Oh! ¡infame! ¡infame alevosía!

—Y ten mucho cuidado con el príncipe tu hijo, rey, no sea que la Inquisición averigüe que anda en tratos con los luteranos y te le quemé vivo.

El color generalmente pálido del rey se había tornado lívido y sus ojos centelleaban.

—Ya ves si me vengo en tí; un solo hijo que tenías te lo he muerto en cuerpo y en alma; porque tú le matarás por traidor y Dios le condenará por hereje.

—¡Morirás, morirás, como no ha muerto ningún hombre! exclamó don Felipe, tirando de la cuerda que le había indicado el alcaide, y haciendo sonar una campana; morirás lentamente, día por día, hora por hora, minuto por minuto; padecerás como padecen los condenados en el infierno, y llegará un día en que aterrado, domado, cobarde, me reveles los nombres de los traidores.

—¿Y crees tener poder para todo eso, don Felipe?

—¡Que! ¡y creerás tú que puedes librarte de mi justicia, bandido!

—Ya lo veremos.

—Pues bien, sí, lo veremos: tu único juez y tu único verdugo seré yo: nuestros únicos testigos los muros de la Inquisición. Adios, pues, rey de las Alpujarras. Que vengan á sacarte de entre mis manos tus monfies.

—Ve en paz rey don Felipe, ve en paz, si puedes: has querido conocerme y te he hablado franca y lealmente.... Pero silencio, oigo pasos que se acercan, hasta más ver, don Felipe.

En efecto, se habían escuchado pasos cercanos y poco después resonaron los candados y los cerrojos del calabozo, que se abrían.

Yaye se volvió de nuevo á la pared. El rey se encubrió enteramente.

La puerta se abrió y apareció el alcaide.

—Guiad á fuera, le dijo el rey.

Salieron y la puerta se cerró.

Poco después Yaye los sintió alejarse.

CAPÍTULO XXI.

QUE SIRVE DE EPÍLOGO Á ESTA SEGUNDA PARTE.

No había pasado media hora cuando Yaye, que había quedado profundamente pensativo y preocupado por su anterior escena con el rey, sintió pasos que se detuvieron junto á su calabozo, y luego el ruido en los cerrojos y de los candados.

La puerta se abrió.

Entró en el calabozo el alcaide acompañado de dos familiares.

—Levantáos y vestios, don Juan, le dijo con acento duro el alcaide.

Extremecióse Yaye porque creyó que había llegado la hora del tormento.

—¡Se habrá adelantado por fatalidad el rey á los míos! dijo para sí; y luego añadió alto; ¿y para qué he de levantarme y vestirme?

—Si no queréis levantaros, contes-
tó el alcaide, se os levantará; si no queréis vestiros, se os conducirá desnudo.

Yaye comprendió que herido y débil se encontraba enteramente á merced de aquellos sicarios, y se levantó y se vistió lentamente.

Quando estuvo vestido, el alcaide mandó á los dos familiares que le sostuviesen en razón de su debilidad, y sacándole del calabozo, le condujo hasta un patio donde le esperaba una litera.

—¿Es ese el duque de la Jarilla? dijo una voz que estremeció de alegría á Yaye.

—Sí por cierto, señor don Luis de

Robles, este es ese condenado preso, que tanto nos han encargado que guardemos. Alégrome que me quiten de encima esta guarda, y lo cedo de muy buena gana al alcaide de la cárcel de Toledo. Dadme, si gustáis, el recibo de su excelencia, señor familiar.

—Tomad, pues, y que Dios os guarde señor Roquelillo; vamos, ganapanes, cargad con la litera y en marcha, que se hace tarde.

Yaye se sintió conducido, y poco después oyó abrirse y cerrarse sucesivamente tres rastrillos.

Luego solo oyó el paso acompasado de algunos hombres que le acompañaban.

Mientras estuvieron en Madrid no hablaron una sola palabra, pero apenas hubieron salido por la puerta de los Pozos, cuando toda aquella gente se metió, llevando consigo la litera, por las tierras á campo atraviesa, y cuando se hubieron internado en ellas se pararon y un hombre abrió la portezuela de la litera:

—¿Váis bien, señor, preguntó?

—¡Ah! ¿eres tú Harum? dijo Yaye.

—Sí, si señor. y espero vuestras órdenes.

—¿Has enviado á alguien á mi casa á que recoja mis papeles?

—Sí señor, y ya no debe tardar.

—¿Lo tienes preparado todo?

—Si señor, y desafío á los familiares y alguaciles de la Inquisición á quienes tan á poca costa hemos burlado, á que nos encuentren.

—Pues adelante, Harum, adelante.

La litera se puso de nuevo en marcha, y tomando una senda, aquellas gentes condujeron al emir á buen paso á una casa de campo en las inmediaciones de Fuencarral.

Poco después Harum entró en un aposento donde, en un magnífico lecho, reposaba Yaye.

—Señor, dijo: Malek ha penetrado en vuestro palacio de Madrid sin ser sentido de nadie: ha ido á la cámara que indicásteis á Suleiman, y ha encontrado descerrajada la papelera.

—¡Descerrajada!

—Sí por cierto, y roto el sello que había puesto sobre ella la justicia.

Pero veo que traes en tus manos la cartera que yo había pedido.

—Si señor.

—Dáme acá y acerca una bujía.

Harum dió á Yaye una cartera que tenía en la mano y acercó una luz.

Yaye abrió la cartera y buscó en ella con ansia.

—¿Tienes confianza en Malek? dijo Yaye que estaba pálido.

—Sí, si señor, además, Malek no sabe leer.

—Aquí faltan dos papeles importantísimos, Harum; dos papeles que yo debí haber quemado; dos cartas terribles.

—Ya os he dicho, señor, que Malek encontró rotos la cerradura y el sello de la papelera, como asimismo los de las puertas de la cámara.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! dijo Yaye pálido de espanto.

Las dos cartas que faltaban, eran la de doña Elvira de Cérpedes y la de doña Isabel de Válor, en que le avisaba la una del nacimiento de Diego López; la otra del de don Fernando de Válor.

El emir hubiera dado diez años de su vida por recobrar aquellas cartas.

Su pérdida encerraba para él una amenaza oscura, y en vano quería adivinar quién fuese el que se había atrevido á entrar en una casa sellada por la justicia, en busca de aquellos papeles.

En el mismo punto, el rey recibía una carta escrita con mano trémula por el inquisidor general don Fernando Valdés.

Ni un solo músculo de su semblante se contrajo, aunque en aquella carta el inquisidor general le avisaba de la violencia que se había hecho con él, y de haberse escapado el emir de los monfies de la cárcel del Santo Oficio.

El rey tomó una pluma y escribió por bajo estas lacónicas palabras:

«Vuestra cobardía no tiene ya remedio; procurad, pues, que nadie sepa

que la Inquisición y el rey han sido burlados. ¡Que se cumpla la voluntad de Dios!»

Durante algunos días los familiares y los alguaciles del Santo Oficio, revolviéron hasta las piedras en Madrid y en sus alrededores.

A pesar de esto el emir no pareció ni más ni menos que una gota de agua que cae en el mar.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO I.

PRIMERA PARTE.

Los amores de Yaye.

	PÁGINAS.		PAGINAS.
CAPÍTULO I.—El edicto del señor Emperador	3	fies Muley--Yaye-ebn--Al-Hhamar.	129
CAP. II.—De cómo un hombre puede amar por caridad á una mujer, y de cómo, á veces, puede parecer la caridad amor.	9	CAP. XIV.—En qué se sabe por qué había dejado su casa el capitán estropeado.	139
CAP. III.—De cómo puede haber reyes sin reino conocido, y abdicaciones de las cuales no se hace cargo la historia	21	CAP. XV.—De como el capitán Sedeno hizo traición á todo el mundo.	168
CAP. IV.—Lo que eran los monfies —Yuzuf cuenta su historia á Yaye.	34	CAP. XVI.—La venganza de don Diego de Córdoba y de Válor	173
CAP. V.—Del encuentro que tuvieron en el camino antes de llegar á Granada nuestros caminantes.	55	CAP. XVII.—Cómo se encontraron el rey del desierto y el capitán estropeado.	178
CAP. VI.—En que se presentan nuevos é interesantes personajes.	61	CAP. XVIII.—Continuación del anterior	181
CAP. VII.—En que se relatan extraños é importantes sucesos.	80	CAP. XIX.—De como la justicia fué á cerrar la casa del capitán dejándola enteramente deshabitada	184
CAP. VIII.—¡El emir se ha perdido!	88	CAP. XX.—Estrella	186
CAP. IX.—En que se sabe lo que hicieron con Miguel López don Diego y don Fernando de Valor.	89	CAP. XXI.—Los xeques del Albaycin	194
CAP. X.—Del resultado que tuvieron las investigaciones de Harum.	113	CAP. XXII.—Del tristísimo y horrible encuentro que tuvo un caballero al entrar en Granada.	198
CAP. XI.—Hasta dónde había llegado doña Elvira arrastrada por su amor á Yaye	122	CAP. XXIII.—Los desfiladeros de Dar-al-Huet.	203
CAP. XII.—De cómo Dios premió la constancia de Yaye	126	CAP. XXIV.—De como, á causa del levantamiento del Albaycin cometió Yaye su primera infamia.	207
CAP. XIII.—De cómo la caridad era una virtud peligrosísima para el poderoso emir de los mon-		CAP. XXV.—Cómo encontró Yaye á su padre	216
		CAP. XXVI.—Procedimientos judiciales	219
		CAP. XXVII.—De cómo fué el casamiento de Yaye	224

SEGUNDA PARTE.

El marquesito y la duquesita

	PÁGINAS.		PÁGINAS.
CAPÍTULO I.—Tres notabilidades de la corte del Rey don Felipe.	236	CAP. XII.—De cómo la princesa y Cisneros fueron la dama y el galán de una escena de comedia	310
CAP. II.—La hermosa duquesita se ha perdido	246	CAP. XIII.—De cómo la princesa descubrió que era más fácil su venganza que lo que había creído.	314
CAP. III.—De como un niño puede ser el dedo de Dios	248	CAP. XIV.—De cómo se conjuraba todo contra el emir de los monfies.	315
CAP. IV.—La fuerza de la mujer.	249	CAP. XV.—Continúan las contradicciones del emir	319
CAP. IV.—De como el marquesito dió una prueba de que estaba perdidamente enamorado de Amina, pensando en casarse con ella	264	CAP. XVI.—Quién era el príncipe Lorenzini	325
CAP. V.—Del medio que eligió el marquesito de la Guardia para irritar el amor de Amina.	268	CAP. XVII.—Complicaciones	336
CAP. VI.—La una por la otra	273	CAP. XVIII.—De cómo se vieron obligados á salir de la corte algunos de nuestros personajes.	344
CAP. VII.—Celos italianos.	280	CAP. XIX.—De cómo el Rey don Felipe y la Inquisición se convencieron de que no podían todo lo que querían	350
CAP. VIII.—De la no menos extraña aventura que sucedió al marquesito mientras rondaba á la hermosa duquesita.	287	CAP. XX.—De lo que pasó en un calabozo de la Inquisición de Madrid	358
CAP. IX.—Lo que oyeron la duquesita y el marquesito	292	CAP. XXI.—Qué sirve de epílogo á esta segunda parte.	362
CAP. X.—Lo que puede el amor de una mujer.	297		
CAP. XI.—Lo que hizo la princesa arrastrada por sus celos	303		

